

C
612

B.P. de Soria



61063723

C 612

NOVÍSIMA
GEOGRAFIA UNIVERSAL





Handwritten marks or characters, possibly initials or a signature, located in the upper center of the page.

Onésimo y Elíseo RECLÚS

R^o ~~XX~~ 13 = 15.513
NOVISIMA

GEOGRAFIA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con mil grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

TOMO V. — AMÉRICA CENTRAL Y DEL SUR



LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

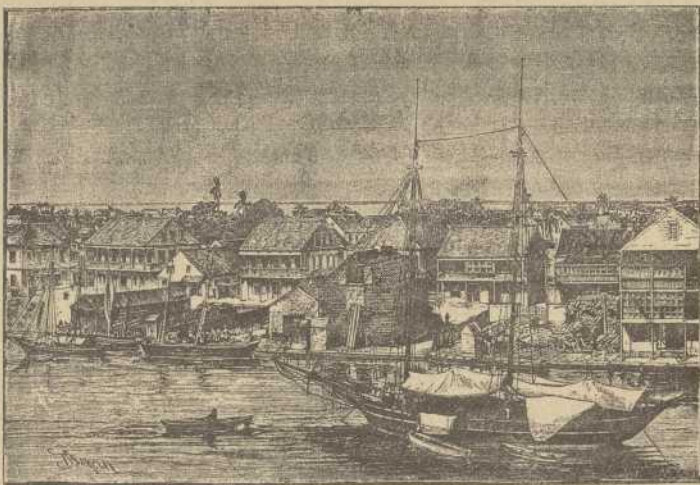
OFICINAS: OLMO, 4

1907



1663723

A. W. H. 1883



Belize.—Vista tomada desde el puerto. (Dibujo de Barclay.)

HONDURAS BRITÁNICAS

(“BRITISH HONDURAS,, Ó BELIZE)

I

El país.



Este territorio colonial de la Gran Bretaña, uno de los menos importantes del inmenso imperio, no es desde el punto de vista geográfico más que un trozo de la península del Yucatán, con límites arbitrarios. El territorio inglés de Honduras, parte integrante de la península yucateca como región natural, debería ser también tierra mejicana desde el punto de vista histórico: sólo por prescripción ha llegado á ser un dominio extranjero, y no continuará así más que hasta el día en que los hispano-americanos sean bastante fuertes para reivindicar esa parte de sus posesiones y hacer prevalecer la doctrina de Monroe: «¡América para los americanos!» En 1506 ó 1508 Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís vieron las costas de Belize, y desde entonces toda la comarca fué tenida por española. Unos piratas ingleses se apoderaron á fines del siglo xvii de la

isla Carmen, que medio cierra la gran laguna interior de Términos, y permanecieron dueños de ella hasta el año 1717. Expulsados de esa isla por una flotilla procedente de Veracruz, se refugiaron al otro lado de la península del Yucatán, y fundaron allí el campamento que acabó por ser conocido con la designación de *Belice* ó *Belize*, tomada del nombre de su jefe Wallace. A la cabeza de indios y de negros mestizos, invadieron los distritos de los alrededores y se mantuvieron allí fácilmente, gracias á su alejamiento del centro del poder español. Sin embargo, en 1730 marchó contra ellos una expedición poderosa, que capturó sus barcos, y entregó á las llamas sus cabañas y pilas de maderas; pero, en cuanto se fueron los españoles, salieron de los bosques en que se habían refugiado. Los puso en fuga una nueva expedición, pero no obstante, volviendo segunda vez, levantaron puertos fortificados á la entrada de los ríos, y quedaron así al abrigo de todo ataque futuro. Por último, el tratado de París de 1763 les dió el derecho de permanecer en el territorio ocupado, pero sólo para la explotación y el comercio de maderas, pues debían arrasar sus fortines y empalizadas; se les prohibía todo establecimiento permanente por medio del cultivo, la fundación de municipios y la organización de una fuerza armada, quedando el país en posesión política de España. El tratado de Versalles de 1783 mantuvo esas condiciones, aumentando la extensión del dominio forestal concedido á los descendientes de los piratas. Pero Inglaterra tenía la fuerza de su parte, y el estado de guerra en que se encontraron las dos naciones á fines del siglo XVIII, así como un pequeño combate naval en 1798, permitieron á los ingleses atribuirse por derecho de conquista el territorio que tenían por concesión graciosa: pudiendo arrogarse los derechos de plena soberanía, que hoy no se les discuten más que por fórmula. Además, los colonos fueron invadiendo de año en año el territorio situado fuera de los límites. Así han transpasado el río Sibún, señalado antes como línea divisoria, avanzando más de 180 kilómetros al Sur hasta las orillas del golfo de Amatique.

La superficie actual del territorio de Belize se estima aproximadamente en 19.585 kilómetros cuadrados, extensión muy poco poblada, puesto que no tiene más que unas 28.000 personas, ó sea 3 por cada 2 kilómetros cuadrados. De todas las comarcas de la América central, Belize es la menos poblada.

En esta tierra los anglosajones se adaptan difícilmente al medio en que viven. En total apenas son más que 400 en la

colonia, bastante menos que los mestizos españoles y los descendientes de refugiados políticos procedentes de las repúblicas de la América central. En las ciudades, el grueso de la población se compone de africanos más ó menos mestizos, y, en los caseríos dispersos, de «caribes», es decir, de indios que tienen, en efecto, alguna sangre de los proscritos de San Vicente que los ingleses deportaron en 1797 á las islas de la Bahía. Unos 50 kilómetros más arriba de Belize guarnecen el río multitud de terromonteros artificiales, no explorados aún, y que parecen, ó bien túmulos funerarios, ó montículos donde se refugiaban los habitantes en épocas de crecida; lo que prueba, por lo menos, que el país no siempre ha sido desierto.

El interior de Belize, aunque situado á dieciocho días de navegación tan sólo de la Gran Bretaña, es menos conocido que el Africa Central. Y, sin embargo, es una de las regiones más favorecidas del mundo por la riqueza de producciones. En un mismo terreno, poco elevado sobre la zona pantanosa del litoral, cultivan los plantadores maíz, arroz y yuca, algodones, áloes, árboles del café y del cacao, naranjos, plátanos, palmeras y árboles de caucho.

En la parte meridional del territorio, la vertiente que pertenece á la Gran Bretaña es de poca amplitud, y la mayoría de sus colinas son los contrafuertes avanzados de las montañas guatemaltecas de la Vera-Paz. Las cumbres más altas que han podido divisarse desde el mar en esas inexploradas regiones pasan de 300 metros. Un pequeño grupo aislado de rocas calizas á que los ingleses dan el nombre de *Seven Hills* ó «Siete Colinas», mide 143 metros. La punta extrema de ese grupo de alturas es el cabo que limita el golfo de Amatique. Por el Norte costean el litoral á cierta distancia ribazos cubiertos de pinos, que forman, por decirlo así, como una segunda costa sobre las tierras bajas. Las montañas más altas de la Honduras Británica se llaman *Cockscomb Mountains*, «montes de la Cresta del Gallo».

Los campos de la comarca reciben copiosas lluvias, cuyo sobrante llevan al mar multitud de ríos caudalosos. El Sarstun, que forma el límite meridional del territorio, tiene 600 metros de anchura á la entrada y cerca de dos metros de agua sobre la barra. Las embarcaciones que salvan esta última encuentran en ciertos sitios de la corriente 11 y hasta 13 metros de profundidad. Los ríos que se suceden al Norte del Sarstun, y que es su mayoría no nacen, como él, á gran distancia en el interior de Guatemala, son de menor volumen, pero igualmente



navegables. Algunos llevan bastante agua para llenar á derecha é izquierda las lagunas de la costa y proyectar en el mar dos labios de aluviones. Uno de los ríos más caudalosos de esa costa es el Sibún, que entra en el golfo algunos kilómetros al Sur de la capital, después de haber atravesado una región de colinas calizas minadas por galerías subterráneas. Al Norte de esa caudalosa corriente no hay ya ningún río importante hasta el ángulo Sudoeste de la bahía Chetumal, donde desaguan el Nuevo y el Hondo. Este último merece su nombre, porque es navegable en gran parte de su curso, y sirve de límite entre el territorio inglés y las comarcas de Méjico que aún ocupan indios independientes.

Desde la entrada de la bahía de Amatique hasta la de la bahía de Chetumal, en un espacio como de 250 kilómetros, la costa continental en que se abren las desembocaduras de los ríos hállase circuída de otra costa, la del banco de arrecifes coralígenos; coronado á trechos de cayos, islas é islotes, poblados de vegetación forestal. El espacio comprendido entre las dos costas no tiene menos de 30 kilómetros de anchura, y la mayor parte de su extensión la ocupan bajos sobre los cuales no hay más que una capa líquida de algunos metros. Sin embargo, entre los macizos de corales ábrense paralelamente á la costa canales sinuosos, donde las embarcaciones pueden bogar siquiera al abrigo de las olas, y que ofrecen al cabotaje una preciosa línea de navegación interior. La flora y la fauna de Belize se parecen á las del Yucatán, pero en todos los valles no calizos y bien regados, son los bosques mucho más grandes y espesos. En el interior alternan con dehesas como las del Petén, donde podrian criarse cientos de miles de cabezas, pero donde ha entrado hace poco la plaga de la *nigua* (*pulex penetrans*), procedente del Este. Los mares de la Honduras Británica son muy ricos en pesca, y allí se cogen muchas tortugas para el mercado de Londres.

II

Poblaciones.

La ciudad, que lleva aún, bajo la forma españolizada de Belize, el nombre de su fundador, el pirata Wallace, está situada á orillas de la laguna interior en tierras á flor de agua que recorre el Mopán, ó río Viejo. Un puente de madera atraviesa



la desembocadura entre los dos muelles de la ciudad. El suelo, limpio siempre con admirable pulcritud, está tan bajo, que ha sido menester levantarlo por medio del lastre de las embarcaciones y con las maderas averiadas. A pesar de todo, basta una marea algo mayor que el flujo medio—que no llega siquiera á medio metro—para que se vean invadidas las casas. Estas son muy ligeras, de madera casi todas, ó cuando menos, reposan sobre pilotes, porque la piedra ó el ladrillo se hundirían en el suelo esponjoso. Inmediatamente fuera de la ciudad se extienden estanques y pantanos, atravesados por diques que unen con la orilla las casitas dispersas. Las islas de la rada consideradas como más salubres que la orilla propiamente dicha, tienen también algunas quintas de recreo. El puerto sólo puede recibir embarcaciones de poco calado. Además, está expuesto á los vientos del Este, pero los islotes ribereños y los arrecifes más avanzados quebrantan la fuerza del oleaje. Defiende el paso un fuerte construído al nivel del agua.

Para el sustento de sus habitantes sólo cuenta Belize con los peces y los moluscos del vecino mar, porque los cultivos son casi imposibles en los terrenos inundados de los alrededores. Cuando los bosques vecinos abundaban en hermosos troncos de caoba, de campeche y de cedro, fáciles de transportar bajo forma de balsas, los inconvenientes de la situación topográfica no impedían que la población belizeña se enriqueciese. Ahora la escasez de maderas de buenas dimensiones ha obligado á cambiar de industria á los habitantes, negros y hombres de color en su gran mayoría. El comerci de Belize consiste principalmente en la importación de los géneros y mercancías de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, que se reparten después en los puertos atlánticos de Guatemala y de Honduras. Un vapor que circula entre Nueva Orleáns y Belize es el intermedio más activo de ese comercio. La exportación consiste principalmente en frutos.

La población urbana, que pasaba de 10.800 habitantes en 1844, quedaba reducida á 5.800 personas en 1887; y luego ha hecho bastante con mantenerse en este número aunque con tendencia á disminuir más.

El puerto de Corosal ocupa una situación más ventajosa en la boca del río Nuevo y cerca del río Hondo; siendo el depósito natural de las maderas que se cortan en las orillas de esos dos ríos. La destrucción de Bacalar, situado 50 kilómetros al Noroeste en territorio mejicano fué origen de la prosperidad de

Corosal. Los fugitivos que se libraron del furor de los indios emigraron en masa hacia el territorio británico. Esa ciudad de 5.000 habitantes, casi española, es la segunda de la colonia inglesa en orden de importancia. Las demás localidades apenas son más que plantaciones ó grupos de cabañas. San Pedro, en el cayo de Ambergris, es un pueblo de pescadores y trafica con Belize mediante una flotilla de goletas. Las dos escalas más comerciales de la costa son las aldeas de *Stann-creek* y de Punta Gorda, poblada de caribes agricultores que han descuajado vastas extensiones y surten á Belize de ganado, frutas y legumbres. A 15 kilómetros de Punta Gorda se han establecido 700 negros procedentes de los Estados Unidos del Sur y han fundado la ciudad de Toledo, dedicándose sobre todo al cultivo de la caña de azúcar. La isla de Turneffe no tiene más que un solo campamento de pescadores.

La Honduras Británica es una «colonia de la Corona», es decir, una dependencia directa del Estado inglés. La administra un gobernador, auxiliado por un consejo legislativo de diez individuos.

Guarnece á Belize y otros puntos de la colonia un destacamento de tropa de Jamaica. En 1872 tuvieron que defender la frontera contra la incursión de los indios mayas. Los negros de Belize tienen el privilegio de gobernarse aparte, pues someten sus querellas á una reina que eligen y elevan al trono con gran pompa.



Guatemala.—Riberas del río Usumancita. (Dibujo de Riou.)

GUATEMALA

1

El país y su exploración.—Montañas y volcanes.—Ríos y lagos.

Esta república, la más importante, de la región ístmica ó América Central, puesto que encierra cerca de la mitad de sus habitantes, se designa aún, como Méjico su vecina del Norte, con un nombre de origen nahuatl. Guatemala—*Quauhtemallan*—quiere decir, según algunos traductores «País de las Águilas». Una derivación menos poética le da la significación de «Tierra de los Rímeros de Maderos» y otros etimólogos escriben *U-hatez-mala*, grupo de sílabas que significa «Montaña que vomita agua». En este caso, la comarca entera debería su denominación á unade sus más altas montañas, el *volcán de Agua*.

Guatemala corresponde próximamente á las dos antiguas provincias españolas de Quezaltenango y de Guatemala, pero las fronteras han variado en algunos sitios, y en diversas regiones no se fijaron nunca. Las que, por último, se han adoptado oficialmente no coinciden tampoco, ni con las divisiones geográficas naturales ni con las fronteras entre pueblo y pueblo.

Guatemala, excepto las llanuras del Norte, tiene en su conjunto la forma de un triángulo cuya base es el litoral del Pacífico, y cuyo vértice avanza hacia la bahía de Honduras.

La mayor parte del territorio que constituye actualmente el Estado de Guatemala era aún independiente de los españoles á fines del siglo XVII, ciento cincuenta años después de la conquista del Yucatán. Según la crónica, uno de los principales jefes de los Itzas, expulsado de Mayapán, la antigua capital de los mayas, hacia 1420 ó 1440, emigró al Sur con su tribu, y después de un largo éxodo acabó por establecerse en medio de los bosques, en la isla de un gran lago, á la cual dió el nombre de *Petén-Itza* ó «isla de los Itzas», designación que vino á ser más tarde la de toda la comarca situada al Sur del Yucatán. Gracias á la ventajosa situación estratégica de su residencia y á la fertilidad de las tierras ribereñas del lago, los fugitivos itzas prosperaron en su nueva morada, y se dilató á lo lejos la fama de su poderío y de su riqueza. Hasta se hablaba de su ciudad insular como de una gran población llena de cúpulas y de torres cuyas techumbres de oro iluminaban el cielo. Cortes atravesó su territorio en su viaje aventurero, hacia Honduras, y los misioneros cuentan que, habiendo tenido que dejar su caballo en el país de los itzas, éstos lo adoraron como un dios, tratando de alimentarlo con flores y aves, y después de su muerte hicieron de él una imagen reverenciada que presidía á las tempestades. Después de Hernán Cortés, los primeros españoles que intentaron penetrar en la comarca de los Itzas, en 1662, fueron sorprendidos por los indios y murieron todos á sus manos. En 1696 y al año siguiente, otras expediciones procedentes de Guatemala no llegaron tampoco al lago misterioso; pero en 1697 Martín de Ursúa, después de preparar detenidamente los medios de ataque y aun de construir un camino al través del bosque, llevó su pequeño ejército desde Campeche á la orilla del lago de Petén, y, gracias al cañón y á los arcabuces, consiguió poner en fuga á los millares de itzas que defendían la fortaleza insular.

Los indios, lacandones y de otras estirpes, que viven en los valles altos del Usumacinta y de sus afluentes, no poseían ciudadela como los itzas, y los españoles no tuvieron que desalojarlos, pero han conservado tanto mejor su independencia cuanto que se trasladan fácilmente de uno á otro claro del bosque. Los blancos atravesaban su territorio, pero sin hacer asiento estable. Cuando marchaban, desaparecían al punto sus

campamentos, y se olvidaba hasta el recuerdo de su paso. No se conocía la dirección de las montañas ni el curso de los ríos más que por referencias inciertas y contradictorias, así los mapas originales diferían mucho unos de otros, y aún ahora permanecen dudosos multitud de pormenores de la ramificación hidrográfica.

El relieve de Guatemala es muy sencillo en su estructura general. La parte alta de la meseta sigue la costa del Pacífico á una distancia media de 80 á 100 kilómetros, y presenta por ese lado su pendiente más rápida y más igual, mientras que el declive que mira hacia el Atlántico es tres á cuatro veces más largo, y, á pesar de eso, más difícil de recorrer, á causa de sus abruptos barrancos y de las gargantas profundas que los ríos han cortado. Las montañas guatemaltecas no rematan en una arista, sino que se ensanchan hacia la cumbre para dilatarse en mesetas graníticas de diversas magnitudes que tienden, por decirlo así, á formar otras tantas «mesas», semejantes á las del Anahuac. Las mayores irregularidades de la sierra se deben á haber surgido volcanes sobre la divisoria de sus montañas, pero no con una orientación idéntica á la de la cadena que les sirve de pedestal.

La altitud del borde de tierras que se extiende sobre las costas meridionales de Guatemala disminuye gradualmente de Noroeste á Sudeste, desde las fronteras de Chiapas á las de Salvador. En la parte occidental de Guatemala, llamada los Altos, las mesetas pasan de 2.000 metros; la de Totonicapam alcanza 2.500, y las principales cimas cuentan 1.000 metros más de altura. La gran llanura de Guatemala, situada en la parte central del país, sobre la divisoria de las vertientes, presenta una altitud media de 1.500 metros, dominada en más del doble por los montes crateriformes del distrito de Antigua. Por fin, en la parte oriental el promedio de las altitudes no parece que excede mucho de 1.000 metros, y los puntos culminantes alcanzan de 1.200 á 1.500. Interrumpen las cadenas y sirven en algunos sitios como límites entre las dos repúblicas de Guatemala y Salvador, multitud de brechas, unas ocupadas por lagos y otras que son cuencas de ríos.

Al Sudeste del volcán activo de Tacaná, tomado como linde entre Méjico y Guatemala, el primer volcán es el de Tajomulco, cuya altitud pasa igualmente de 3.500 metros, y que domina la meseta bajo la forma de un gran cono de perfecta regularidad, con la falda cubierta de tupido bosque. Los indios encuen-

tran allí grandes cantidades de azufre, lo que induce á creer en la existencia de fumarolas que renuevan incesantemente la capa explotada. Más allá del Tajomulco no hay ningún volcán en actividad hasta el grupo de Quezaltenango, compuesto de tres cráteres, alineados de Sur á Norte. El cono septentrional, que se eleva á 17 kilómetros de distancia al Norte de la ciudad, es un cerro de 200 metros solamente. El meridional, llamado Santa María, cuyo soberbio cono (3.500 metros) se divisa desde el mar, armonizando sus vertientes con las de la sierra, es uno de los montes más majestuosos de Guatemala. Como el montículo del Norte, está apagado desde fecha inmemorial, hallándose todo él cubierto de espesos bosques. En la mayoría de los grupos eruptivos de la América central, los volcanes meridionales son los que conservan su actividad más tiempo, pero en aquel núcleo no ocurre así. La montaña que se encuentra todavía en el período de erupción es la del medio, ó cerro Quemado, llamado también volcán de Quezaltenango. Menos elevado que el pico de Santa María, el cerro Quemado (3.110 metros) no presenta en manera alguna el aspecto clásico de un volcán. La causa de este hecho es sin duda la última gran erupción, la de 1785, que destruyó todo el final de la montaña dejando en lugar de cráter una extensa llanura irregular cubierta de un caos de pedruscos entre los cuales brotan fumarolas. Como desde esa explosión el cerro Quemado no ha tenido ninguna erupción de cenizas no ha podido reconstruirse el cono en su perfil normal de taludes circulares. ✕

Al Este del cerro Quemado, en la otra parte de la profunda garganta por donde corre el río Samalá, se alza otra montaña llamada «volcán» por los indígenas. Es el Zuñil. Sin embargo, no hay ya memoria de sus erupciones, y ningún viajero ha descubierto aún en sus espesos bosques el sitio por donde salían las lavas; 30 kilómetros más allá, en la prolongación del eje de los focos eruptivos, cerca del ángulo Sudoeste del lago de Atitlán, se yergue la pirámide del volcán apagado de San Pedro (2.500 metros), y 15 kilómetros más lejos se alinean de Norte á Sur, transversalmente al eje de la cadena, otros tres volcanes soldados por la base. Los del Norte, de unos 3.000 metros de altura, tienen pequeños cráteres que la vegetación ha invadido. Donde se manifiesta todavía la actividad del fuego subterráneo es en el alto volcán del Sur (3.572 metros), designado generalmente con el nombre de volcán de Atitlán. Ardía en la época de la conquista, y cuando los indios oían su mugido in-

terior, prolongado como un redoble, arrojaban una doncella al cráter para conjurar al monstruo oculto. El volcán se hallaba aún activo en 1828 y en 1833, y desde esa época las grietas de la cima han lanzado siempre abundantes vapores. En la pendiente meridional del volcán de Atitlán, que se confunde con la vertiente misma de la meseta, se abre uno de los barrancos más formidables de Guatemala, cavado por las aguas en las masas de cenizas hasta la roca viva.

Los volcanes más famosos del país son los que dominan la parte central de la meseta en la inmediación de las capitales sucesivas de Guatemala. Cuando desde la risueña ciuda de Antigua, rodeada de jardines, se mira hacia el Sur á la magnífica extensión de llanuras cultivadas, donde se cruzan unos con otros los últimos declives de los montes, el cielo aparece limitado á una y otra parte por el perfil armonioso de las montañas que se elevan á 2.000 metros más de altura. Por un lado la cadena que termina en el *volcán de Fuego*, por el otro la *montaña de Agua*. La misma cadena del Este, donde arde todavía un mogote, no es en realidad más que una sola protuberancia, de cuya cima han surgido varios conos de erupción. Todos los cráteres septentrionales están apagados y cubiertos de vegetación, incluso los más altos, los del volcán de Acatenango, llamado también Pico Mayor ó Padre del Volcán, porque se eleva, en efecto, á mayor altura (4.150 metros) que el volcán de Fuego. Es la montaña culminante de toda la América Central. Al Sur del volcán de Acatenango se abre un barranco profundo que lo separa del grupo meridional. Hay un cráter de enormes dimensiones, pero desportillado en la parte Sur, que forma la Meseta, principal contrafuerte de ese grupo. Luego viene el volcán de Fuego (4.001 metros), cuyo cono terminal remata en una estrecha copa de unos 25 metros de profundidad. Inmediatamente al Sur se abre una formidable sima casi exactamente circular, que no tiene menos de 600 metros, ó sea 200 más que el diámetro. Es un embudo que conduce á un pozo vertical. No hay en la América central abismo más espantoso. El volcán de Fuego estaba en plena erupción*al llegar al país los españoles, y el terror que inspiraba á los indios prueba que antes habían ocurrido otras salidas de lavas. Después han menudeado las explosiones, y las comarcas inmediatas se han visto muchas veces cubiertas de cenizas. Los indígenas se niegan á subir á él, y ni siquiera pronuncian su nombre por temor de ofenderlo. A sus ojos es la madre creadora de toda la comarca, y lo

consideran como su kati ó «abuela»; pero no lo dicen más que en voz baja, y para designarlo se sirven de un nombre cariñoso de origen español: *Nana Catalina*.

El volcán de Agua, que corresponde en la otra parte del valle al volcán de Fuego, no es tan elevado. Mide sólo 3.753 metros; pero su completo aislamiento le da un aspecto más majestuoso. Los cakchiquel le dan el nombre de Quahol Huyú, el «Solitario», el «No casado», sinónimo de Sin Igual. A pesar de lo que á veces se ha dicho, el volcán de Agua no ha tenido erupción desde la época de la conquista. La catástrofe que le ha valido su nombre dimana de la rotura de una pared del cráter que contenía un lago en la cima de la montaña. Para alcanzar la cumbre del pico se pasa comúnmente por la brecha que abrió salida á las aguas encerradas, y allí es fácil darse cuenta de la masa líquida que ocupaba aquella cuenca suspendida sobre el llano. Cuando cedió el lienzo de cráter en 1541, la abertura vino á caer directamente sobre la capital que acababan de construir los conquistadores españoles en el punto donde se encuentra hoy Ciudad Vieja. El alud de agua se desplomó por la vertiente del monte arrastrando las tierras, los árboles y los peñascos y ahogó la ciudad bajo montones de fango. Hoy las aguas llovedizas y las que resultan de la fusión de las nieves invernales bajan pausadamente por los barrancos divergentes que surcan las laderas de la montaña. En algunas cavidades bien abrigadas consérvase en estío un poco de nieve.

El profundo valle por donde corre el Michatoya separa el volcán de Agua de un grupo de picos volcánicos, el Pacaya, llamado así por una especie de palmera de flores comestibles, que crece en su base. El Pacaya parece de cerca un grupo de cimas irregulares.

El mogote más elevado, el que aún está encendido, no mide más que 2.550 metros. A su lado se yergue un mogote cubierto de bosque, y los dos quedan dentro del recinto desportillado de un cráter vastísimo de varios kilómetros de circunferencia. En fin, sobre una explanada inmediata se abren otros dos cráteres, uno de los cuales encierra un lago de agua pura: y que es la *Caldera* de los indígenas; el otro deja escapar aún ligeros vapores. Según la tradición, el mogote humeante de Pacaya hizo erupción en 1565, y desde esa fecha siempre ha lanzado cenizas, humos ó lavas. Durante la última mitad del siglo XVII las erupciones solían ocurrir incesantemente: ninguno de los volcanes guatemaltecos reposa sobre un hogar más hirviente.

Los otros montes ignívolos de Guatemala, situados en la parte oriental del territorio, no han tenido erupciones recientes. Dos existen un poco al Este del Pacaya por cima del pueblo de Cerro Redondo, que lleva el nombre de uno de los dos montículos. Más lejos se presenta otro volcán; después una grieta transversal corta en ángulo recto la cadena normal de los volcanes, y se prolonga de Sudoeste á Nordeste en una longitud de más de 100 kilómetros. Empieza, no lejos del mar, en el pitón de Moyuta ó Moyutla, situada muy al Sur del eje principal, y la prolongan á la otra parte el Amayo, el Cuma ó Columa, el Santa Catalina ó Suchitepeque y el Ipala, que es el pico más elevado (1.660 metros) de esa hilera transversal. Cerca de la frontera se alza el Chingo, cuyo cono admirablemente simétrico se eleva á 2.000 metros en la prolongación de la cadena principal, constituyendo el linde postrero de los volcanes de Guatemala. Según los indígenas, el Chingo debe tener un lago en su cráter, como el Ipala. Es un hecho notable que los terremotos, esos fenómenos tan temidos y tan frecuentes en Guatemala, se propagan por lo común de Sudoeste á Nordeste, es decir, perpendicularmente al eje mayor de los volcanes y paralelamente al eje transversal en cuya dirección se ha alineado el ramal del Ipala.

Al Norte de la meseta guatemalteca, los terrenos, que los ríos dividen en multitud de macizos, ofrecen en varios puntos un aspecto caótico, sobre todo hacia las fuentes divergentes del Motagua, del Usumacinta y del Grijalva, con sus mil afluentes. Las montañas constituyen en esa región un nudo central de donde irradian altos contrafuertes. El más elevado es probablemente el que se dirige al Norte de Huehuetenango hacia el Estado mejicano de Tabasco. Se conoce con diversos nombres, entre otros el de Altos Cuchumatanes, pero generalmente se llama Sierra Madre, á pesar de estar separada de las demás cadenas de Guatemala por el profundo valle del Usumacinta. Al Oriente de este gran río la mayoría de las divisorias de los montes se prolongan de Oeste á Este, deprimiéndose poco á poco. Mirada en su conjunto, toda esa variante atlántica de Guatemala, limitada al Sur por la alta muralla de la cadena matriz, puede compararse á un mar que rompe en olas paralelas.

Una de esas grandes crestas se extiende al Norte del Motagua. Su nombre de Sierra de las Minas, debido á sus yacimientos auríferos, se trueca más lejos en el de Sierra del Mico, y

va á morir en la orilla del mar, entre el Golfete y la bahía de Santo Tomás, proyectando una montaña cónica, el cerro de San Gil, que los indígenas consideran como un volcán. La cresta que se dibuja al Norte del río Polochic toma el nombre de sierra Cahabón en el departamento de Alta Vera-Paz; más lejos se llama sierra de Santa Cruz, y va á formar el promontorio que separa el Golfete y el golfo de Amatique. La última gran cadena al Norte de Guatemala es la de Chamá, que se encorva hacia el Nordeste rodeando las fuentes del río de la Pasión, y, mediante crestas bajas, va á unirse con los montes de *Cockscomb* en la Honduras Británica. Los pasos de esa cadena, que muy pocos viajeros atraviesan, son ásperos y difíciles, no tanto á causa de su elevación como por el levantamiento de las capas de afiladas aristas. Son las montañas que tuvo que salvar Hernán Cortés con su gente cuando la expedición de Honduras, y que extenuó á aquellos rudos hombres, á pesar de su fortaleza. Al Norte de la sierra de Chamá se extienden sábanas que se prolongan á lo lejos hacia el Yucatán, pero esa llanura está sembrada de cerros aislados y casi uniformemente cubiertos de vegetación, que parecen islas en medio del mar de hierbas. Por todos lados rodea al viajero un círculo de esos montículos, que limitan el horizonte con sus conos desiguales.

El Sur y el centro de Guatemala, tomados en conjunto, están casi totalmente cubiertos de tobas de piedras pómez. La cantidad de piedra pómez que arrojaron los volcanes fué enorme, puesto que las capas de escombros acumuladas en todo el país tienen un espesor de 150 y aun de 200 metros, y no existe, por decirlo así, «un valle que no esté en parte relleno por aquellos depósitos, ni una meseta que no hayan nivelado». Sobre las masas de piedra pómez se extiende una capa de arcilla amarillenta como de 4 ó 5 metros de espesor, formada probablemente por la descomposición superficial de las rocas subyacentes. En esas arcillas é inmediatamente debajo de ellas, en la piedra pómez, es donde se encuentran de vez en cuando los restos de mastodontes y del *Elephas Colombi*, animales que vivían durante las edades cuaternarias. Esa fué, pues, la época durante la cual se verificaron las prodigiosas erupciones de los volcanes guatemaltecos.

En Guatemala las lluvias son bastante copiosas para alimentar numerosas corrientes; pero no puede haber verdaderos ríos más que en la vertiente del Atlántico, donde la disposición del suelo y la longitud de la vertiente permite á las

aguas extenderse en una vasta ramificación. En el lado que mira al Pacífico, estrecha faja de terreno que se inclina de golpe hacia el mar, los riachuelos bajan bruscamente por barrancos paralelos que cortan á modo de surcos los taludes de las montañas. Casi sin agua en la estación de las sequías, y muy caudalosos durante la invernada, van á perderse en las lagunas del litoral. La mayoría de esos torrentes no abren directamente sus bocas al mar, sino que, llegados á la inmediación de la costa, quedan separados de ella por un largo cordón litoral, que siguen durante kilómetros de distancia antes de encontrar una brecha de salida, que cambia á menudo con las mareas y las tempestades.

El Suchiate, frontera común á Guatemala y á Méjico, es uno de los torrentes que tienen más ancha cuenca. Todavía más importante es el Samalá, que baja de los Altos de Quezaltenango y de Totonicapam. El Iztacapa es menos caudaloso, aunque recibe el sobrante del lago de Atitlán, que sale, no por un desagadero visible, sino á favor de filtraciones subterráneas al través de las escorias de la llanura de San Lucas, por su orilla meridional. El ancho lago, de unos 160 kilómetros cuadrados de superficie, se extiende á 1.558 metros de altitud formando una media luna irregular alrededor de las estribaciones del gran volcán del Atitlán ó «Cerca de Agua», que se yergue al Sur y que sin duda ha dado origen al lago obstruyendo los valles. Las aguas, retenidas por los taludes crecientes de cenizas y de lavas, se han elevado poco á poco hasta llenar esa enorme cuenca de Atitlán, á la que se le supone una profundidad de más de 500 metros. El agua del lago, renovada sin cesar, gracias á la evacuación oculta, es perfectamente dulce y límpida.

En condiciones análogas se ha formado otro depósito situado más al Este; el lago más pequeño de Amatitlán, que se encuentra al Sur de la capital á 1.189 metros de altitud. Lo ha elevado gradualmente el volcán de Pacaya levantando al Mediodía una barrera de lavas y de escorias. En otros días fué mucho más extenso; y aún se ven distintamente las huellas de su antiguo nivel hasta varios kilómetros de la ribera actual. El agua, cuya profundidad pasa de «doscientas brazas», es dulce como la del Atitlán, pero algo menos pura, y en varios puntos de la orilla presenta una temperatura elevada, debida á sus fuentes termales. Dos veces desde la llegada de los españoles se ha quedado sin peces el lago, y ha habido que

repoblarlo de nuevo. Es probable que alimenten el Amatitlán afluentes subterráneos, porque los pobres riachuelos que en él desembocan no bastarían para formar el desaguadero. El excedente de las aguas se desliza al Sudeste por el Michatoya, el «Río de los Peces» que, saliendo de la meseta bajo forma de corriente visible, pasa por el fondo de una garganta abierta á 200 metros bajo un acantilado del Pacaya, se precipita después, cerca de San Pedro Mártir, desde lo alto de un peñascal de 60 metros, y va á desaguarse en las lagunas litorales un poco al Este de la escala de San José. Ese desaguadero ha valido al lago el nombre de cakchiquel de «Madre del Océano».

Un tercer lago, el Ayarza ó Ayarces, ocupa más al Este una depresión de la meseta en la base meridional de las montañas Mataquezciuntla (2.500 metros); pero ese lago guatemalteco pertenece ya por su corriente de desagüe, llamada Ostúa, á la cuenca fluvial del Lempa, el gran río salvadoreño. De igual suerte, en la vertiente atlántica, toda la parte occidental y septentrional del territorio, la mitad de la superficie de Guatemala por lo menos, forma parte de la cuenca del Usumacinta, que en su curso inferior y en su desembocadura es un río mejicano. La corriente más importante cuya cuenca está totalmente comprendida en los límites de Guatemala es el Motagua, llamado también «río Grande», como tantos otros de la América española. Nace en el grupo central de los Altos de Totonicapam, entretejiendo sus afluentes superiores con los del Usumacinta, y más al Este recibe todos los riachuelos que bajan de la gran divisoria de Guatemala, reducida en varios sitios á una arista estrecha, cortada á una y otra parte por quebradas profundas.

El Motagua, juntándose con el importante río que recibe de las montañas de Esquipulas y de Chiquimula, llega á ser bastante caudaloso para admitir barcas, y serpentea hacia el Nordeste por la hermosa cañe de cerros cubiertos de verdor que lo acompañan hasta el mar. En la época de las crecidas es un río ancho y profundo, que no siempre atraviesan sin peligro los viajeros. La longitud navegable de su curso se estima en más de 160 kilómetros de los 500 que mide de desarrollo total; pero en la barra de la boca principal del delta no hay por lo común ni siquiera un metro de agua.

El río Polochic, cuya cuenca, como la del Motagua, está enteramente comprendida en los límites de Guatemala, es menos caudaloso, pero navegable, no obstante, para botes de

fondo plano en una longitud casi igual. Nacido en las montañas de Cobán, lindantes al Oeste con el valle del Usumacinta, corre casi directamente hacia el Este, y se une al río de Cahabón, que baja de las montañas de Chamá. Como el Motagua, se ramifica en su desembocadura, y hay barras cubiertas de una exigua capa líquida que cierran su entrada á toda clase de embarcaciones fuera de los esquifes de fondo plano. Desemboca, no en el Océano, sino en un mar interior, el Golfo Dulce, llamado también lago de Izabal. Debe considerársele, en efecto, como un lago de agua dulce más bien que como un golfo del mar. Su profundidad media no pasa de 11 á 14 metros, lo bastante, sin embargo, para los buques grandes. El lago, pues, podría admitir todas las flotas del mundo, puesto que ocupa una superficie valuada en 630 kilómetros cuadrados, pero el canal por donde comunica con el mar no tiene una profundidad suficiente.

Al Norte del Golfo Dulce y de sus estrechos no hay más que un río importante en el territorio de Guatemala, el Sarstún, que en la parte inferior de su curso se ha elegido como frontera de la Honduras Británica. En las sábanas del Norte sólo hay esparcidos algunos lagos. El mayor es el lago Itzal ó de los itzas, llamado así á causa de las poblaciones del Yucatán que fueron á refugiarse en él durante el siglo xv. Se le llama también Petén ó «Isla», por una colina insular donde se establecieron los recién llegados. Tiene la forma de una media luna de cuernos desiguales con la convexidad vuelta hacia el Noroeste y la península que lo divide en dos cuencas se une á la costa meridional.

II

Clima, flora y fauna.

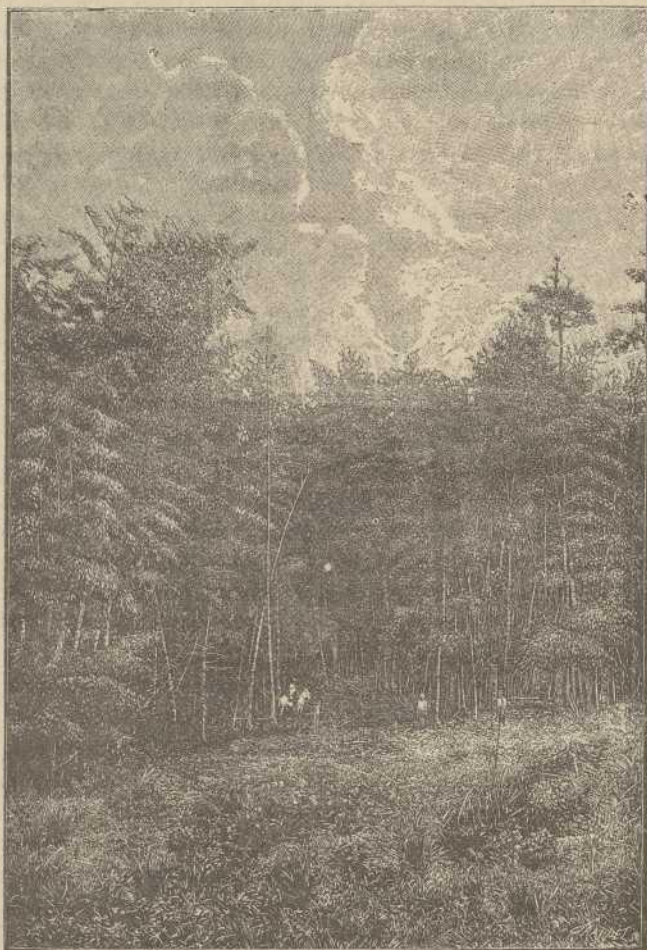
La temperatura media en Guatemala se mantiene casi la misma durante todos los meses del año, y la diferencia entre los extremos de calor y de frío no pasa de 25 grados. No nieva más que en las cimas de los volcanes elevados y en los Altos del Occidente, pero los copos que caen en esas altas llanuras se derriten con rapidez. En los Altos las estufas son una cosa desconocida.

Guatemala recibe cantidades de lluvia muy desiguales en sus diversas partes. La vertiente del Atlántico es naturalmente

la que cuenta con un riego más copioso, puesto que el viento dominante es el que lleva los vapores del Seno Méjicano y del mar de las Antillas. «Llueve allí trece meses del año», dicen los habitantes de Izabal. Las nieblas son tan densas á veces como en las islas británicas, y en las alturas de las mesetas adyacentes se ha visto transformarse los vapores en escarcha y convertirse la lluvia en nieve pasajera á pesar de que en esas latitudes aún da fruto el plátano. Pero tampoco está privada de humedad la vertiente del Pacífico. Las tierras templadas son las que reciben lluvias más abundantes. Al pie del volcán de Agua se ven hacia el centro del día algunas nubecillas, formando en torno de la cumbre una corona, que poco á poco se espesa, se convierte en un velo que se despliega por los valles, y cubre gradualmente la montaña hasta ocultarla del todo con la lluvia. La estación de los aguaceros dura seis y hasta siete meses en esa zona de la vertiente oceánica, aunque á veces con una ligera interrupción, cuando llega el *Verano de Agosto*, porque la cintura de nubes ha seguido al sol más al Norte, hacia el trópico de Cáncer. Aun durante la estación de las sequías es sumamente raro que pase un mes sin algunas lluvias, cuyo influjo en el crecimiento de la vegetación es sorprendente en esas tierras volcánicas tan fecundas. Las nieblas no escasean tampoco, y contribuyen á mantener la vegetación. En la zona fría las lluvias duran casi tanto tiempo como en las tierras templadas, pero son mucho menos copiosas, y durante la estación de las sequías el cielo permanece completamente despejado. En gran parte de esas regiones la humedad no es suficiente para los cultivos, y el suelo no se presta más que al desarrollo de los bosques de encinas y coníferas. No se conoce el promedio de agua llovida más que en la capital, donde es de 1,371 metros, correspondiente á ciento cuarenta y un días de lluvia durante el año. En las pendientes bajas de las tierras templadas, por ejemplo; en las plantaciones de Boca-Costa, á mitad de la pendiente de los grandes pitones volcánicos, la lluvia total pasa de 2 metros, y en los Altos de Quezaltenango apenas debe llegar á medio metro.

Limítrofe Guatemala, del Méjico oriental, por Chiapas, Tabasco y Yucatán se asemeja á él por su flora y su fauna. Es también el país donde se mezclan en el bosque diferentes especies de encinas y de pinos. Entre estas coníferas las hay de 50 metros de altura. En ciertas regiones de Guatemala, sobre todo hacia el Norte, podría uno creerse transportado á los pinares

de las Landas ó á los bosques de la Pomerania. Una de las especies de pino, la llamada pino colorado por los españoles, contiene gran cantidad de resina. En las regiones bajas ribereñas



Bosque de bambúes en Guatemala meridional. (Dibujo de Girardin.)

del Pacífico los bambúes se apiñan en bosques de 30 metros de altura, que se balancean á impulsos del viento como campos de trigo, y donde los animales monteses abren estrechas y oscuras galerías. El árbol gigante de Guatemala es, como en

Tabasco, la ceiba ó bombax piramidal. Los indios de las mesetas y de las vertientes acostumbran á dejar en la inmediación de sus aldehuelas un gran espacio vacío alrededor de la ceiba, para que se extienda más ampliamente su ramaje, y el árbol de tronco liso y brillante reine de una manera más soberbia sobre el pueblo respetuoso que se reúne á su pie. Como en el Mediodía de Méjico, los bejucos cubren de árbol en árbol la superficie móvil del bosque. Desde lo alto de un peñón pueden contemplarse el tejido escarlata con que la *antígona cinerescens* cubre la inmensa extensión del follaje. En Vera Paz se utiliza



El lago de Atitlán. (Dibujo de Taylor.)

para las cercas una ortiga arborecente cuyo troncos de rápido crecimiento se juntan y sueldan, formando especies de murallas grises, tapizadas de musgos y de helechos, entretnejidos con las anchas hojas de la planta. Los bosques de las tierras calientes, cerca de Ratalhuleu, y los de Polochic se han hecho famosos por sus magníficas orquídeas. Una de las especies vegetales de Guatemala es bien conocida de los indios por el calor que su flor irradia en el momento de la fecundación: de ahí el nombre de *flor de la calentura* que le han dado los españoles. En la zona volcánica obsérvanse á menudo en los troncos de árboles viejos unas excrecencias simétricas en forma de rosa ó de tulipán, que llevan en el país el nombre de *flores de palo*.

El tapir, el cerdo montaraz y algunos otros mamíferos viven

también en los bosques de Guatemala. No se han descubierto allí especies nuevas sino en los órdenes inferiores de animales. El cocodrilo y diversos peces del lago Petén, en número de 30, no eran conocidos antes. Se ha encontrado en el país una especie de serpiente trigonocéfala que completa la serie de estos peligrosos ofidios, entre las Guayanas y la Carolina del Sur. El país de Vera Paz es una tierra de promisión para los ornitólogos: allí se ve todavía la maravillosa gallinácea *quezal ó «trogón resplandeciente»*. El macho tiene sedoso plumaje, de color verde esmeralda con visos de oro en las alas, y de un bello matiz de púrpura en el vientre. La longitud de la cola no baja de un metro. La República de Guatemala ha elegido esta ave como símbolo en su escudo de armas. En tiempo de los aztecas no se mataba al animal, pero, después de cogerlo en el lazo, se le arrancaban las guías para hacer magníficos mantos. Ahora no se procede con la misma previsión respecto de la preciosa gallinácea: pero por fortuna para la duración de la especie, la hembra está desprovista de galas, y los cazadores la respetan.

III

Indígenas de Guatemala.

La frontera común de Guatemala y de Méjico atraviesa comarcas que ofrecen á uno y otro lado poblaciones del mismo origen y de las mismas lenguas. En el Petén guatemalteco, como en el Yucatán, viven los mayas. Al Este como al Oeste del Usumacinta acampan los lacandones y los cholos, tzendales y mamés habitan las alturas y las dos vertientes así en los Altos como en Soconusco. Se ha intentado estudiar y agrupar esas diversas poblaciones según sus afinidades de costumbres y dialectos, pero la obra está lejos de terminarse, y varias lenguas que aún se hablaban á comienzos del siglo XIX se han perdido ya. Los elementos de estudio desaparecen rápidamente, porque las tribus que permanecían separadas de los españoles, absorbidas por los *ladinos*, van fundiéndose más cada día en el conjunto heterogéneo de la nación guatemalteca, y las lenguas, corrompidas sin cesar, acaban por ceder su puesto al español. Al Este del meridiano de Guatemala apenas hay ya indios que hablen todavía el primitivo idioma. Casi todos han

pasado á ser *ladinos*; nombre que se da en toda la América Central á los mestizos de origen español, que forman una clase por encima de los indios.

Representa á los aztecas, principales indígenas del Anahuac, en Guatemala, un solo grupo, el de los pipiles, que viven, no en la inmediación de la frontera de Méjico, sino por el contrario, en el Oriente de Guatemala, cerca de otras razas afines establecidas en el Salvador. En tiempo de la conquista los pipiles ocupaban un territorio mucho más considerable que hoy. Su dominio se ha reducido poco á poco, no sólo en beneficio del español, sino también á causa de la extensión de lenguas indígenas, como el cakchiquel y el pokomán. Actualmente el área glosológica se encuentra dividida en dos partes: la una en Salamá y en ambas orillas del río Grande ó Motagua; la otra, en Escuintla y en Cuajiniquilapa, en las cuencas del Guacalate y del Michatoya.

Según algunos, el nombre de pipiles significa «niños», y se lo pusieron los mejicanos por su ignorancia de habla castiza. Otra etimología dice, al contrario, que los pipiles de Guatemala y de las demás repúblicas de los istmos son los antiguos pipiltinos, es decir, los «principales», los «mejores», los nobles entre los aztecas. Es un nombre que se darían á sí mismos al emigrar al territorio de poblaciones menos civilizadas..

La gran mayoría de los indios de Guatemala pertenece al tronco de que descienden también los huastecas de las montañas mejicanas y los mayas del Yucatán: de ahí que al conjunto de las poblaciones que hablan esas lenguas se le dé el nombre de raza mayaquichu, atendiendo á las dos naciones más poderosas del grupo, los mayas de las llanuras yucatecas y los quiches de las mesetas de Guatemala. En los límites mismos de esta última República ocupan los mayas propiamente dichos un territorio muy extenso: el distrito de Petén y casi toda la región limitada al Sur por los ríos de la Pasión y Mopán. Y aun una de las tribus más puras, la de los itzas, es la que representa en ese país á la nación de los mayas. Gracias á su permanencia en la isla ó petén del gran lago de las llanuras, han podido conservar durante mucho tiempo su independencia á la vez que la pureza de sus costumbres y de su sangre. Los lacandones, que viven más al Oeste, entre al lago Petén y el río Usumacinta, son también verdaderos mayas que han permanecido libres, aun cuando los españoles y los mismos mayas suelen darles el nombre de caribes. Acogen á los extraños,

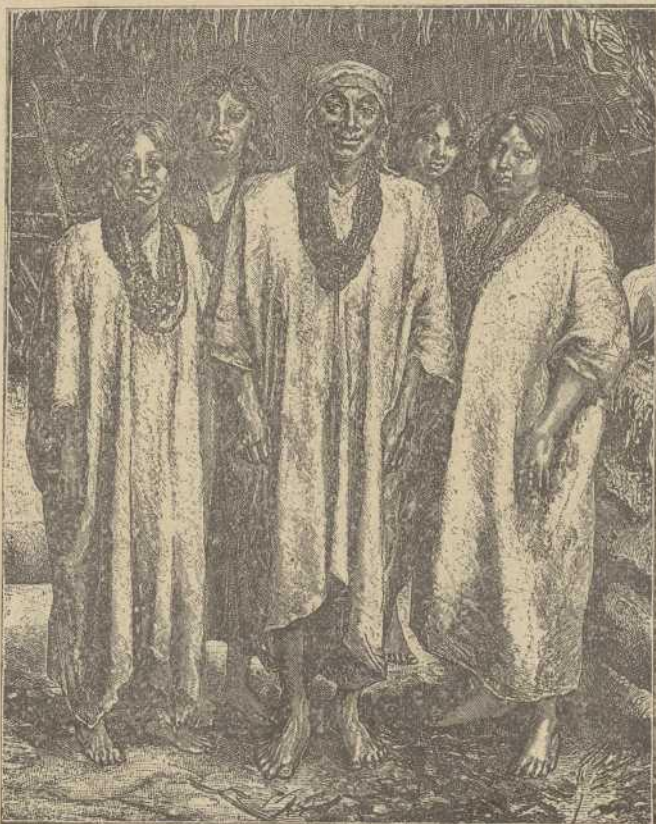
pero sin obedecer sus órdenes, y se consideran siempre dueños del país. Son muy poco numerosos: 4 ó 5.000, á lo sumo, según los viajeros que los han visitado, y parecen, en general, de



Indios guatemaltecos. (Dibujo de Tibiriab.)

carnes flácidas y fofas, anémicos, lo cual se debe, quizá, á que pasan su vida entera á la sombra húmeda de los grandes bosques. Aunque agricultores, son aún medio nómadas, porque después de cada cosecha se van á desbrozar otro punto del

bosque. Cultivan el maíz y preparan las tortillas de la misma manera que los indios «civilizados»; utilizan, como ellos, las calabazas para vasijas; también son mucho más hábiles como cazadores, y de espíritu más noble é independiente. Han aprendido cuanto sus vecinos pueden enseñarles, y si ignoran



Indios lacandones. (Dibujo de Fritell.)

el arte de fabricar el bronce y el hierro, tampoco lo saben los indios «civilizados». Al menos los lacandones, aunque conservan por armas las hachas de piedra, han entrado en «la edad del vidrio de botella», pues con cascotes de botellas adquiridas por trueque en las aldeas de los alrededores tallan sus puntas de flechas. El traje uniforme de los lacandones se reduce á una

larga túnica blanca, que los jefes, adornan con manchas rojas producidas por el jugo de una baya.

Los mopanes, diseminados en algunos grupos al Sur del lago Petén y en el valle alto del Mopán ó río Belize, son también mayas, casi independientes, pero muy poco conocidos. Los cholos ú «hombres», sus vecinos del Sur, esparcidos por las llanuras entre el Usumacinta y el Golfo Dulce, son los indígenas de raza maya que encontró Hernán Cortés en la expedición de Honduras, y con quienes pudo entenderse por mediación de doña Marina, que hablaba el chontal. Las dos lenguas, derivadas del maya, eran, pues, todavía bastante próximas. Es probable que los cholos fuesen una de las naciones más civilizadas del país que ha venido á ser Guatemala, porque en su territorio se encuentran las bellas ruinas de Quiricuá; pero ahora son tan escasos los representantes de esa raza, que es de temer la pronta extinción del pueblo y de la lengua. Sabido es que la falta casi absoluta de población india en las costas atlánticas, desde el Yucatán hasta Nicaragua, se debe á los tratantes españoles. Cuando los indígenas de Cuba y de la española fueron exterminados por los propietarios, sin que la trata de negros suministrase aún número suficiente de trabajadores, los plantadores de esas islas trataban de reclutarlos mediante la importación de «caribes», es decir, de indios de todas razas que poblaban las islas y la tierra firme, y á quienes se acusaba de toda clase de crímenes y de canibalismo para disculpar su servidumbre. La caza del hombre se llevó á efecto principalmente en las costas del golfo de Honduras, entre los cabos Catoche y Gracias á Dios. Estas tierras quedaron completamente despobladas en pocos años, y los tratantes, no encontrando ya víctimas, tuvieron que remontar el curso de los ríos para devastar sus valles y capturar sus habitantes. Los relatos de Bernal Díaz prueban que, cuando Cortés realizó su expedición á Honduras, las playas del Golfo Dulce, desiertas ahora, estaban guarnecidas en varios puntos de pueblos y de cultivos. Se explica el nombre de «devoradores de hombres», que los cakchiquel dieron á los blancos. Cuando se acercan europeos, aún ahora las madres gritan á sus hijos: «Corred, que esos son los que quieren comeros.» Tales son los recuerdos que ha dejado la conquista. Después, cuando cesaron las incursiones de los españoles, tocó la vez á los piratas franceses é ingleses, que impidieron á los blancos colonizar el país, y se establecieron en varios puntos, continuando la caza de los indígenas.

Al Sur de los pocos campamentos de cholos que se encuentran aún en la cuenca alta del río de la Pasión, está el territorio de los quekchís y de los pokonchís, que descienden también del tronco maya, pero constituyen un grupo especial. Su comarca se designaba en otro tiempo con el nombre de Tezulutlán ó «País de la Guerra», porque los españoles bajaban allí á menudo de las mesetas para guerrear contra las poblaciones, pero sin llegar á conquistarlas. La sumisión de los indígenas se debe al célebre obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas, y á los misioneros dominicos que le siguieron. A condición de que se vedaría el acceso al país á sus compatriotas civiles ó militares durante cinco años, fueron solos y sin armas y no tardaron en despertar la admiración de los indígenas celebrando fiestas en su presencia, enseñándoles á desfilar en procesiones solemnes y á cantar el catecismo católico al son de los antiguos aires del país. En pocos años dispusieron de un poder sin límites sobre la población, y la comarca, que había sido el «País de la Guerra», recibió el nombre de Vera Paz. Pero, aunque haciéndose voluntariamente siervos de los sacerdotes dominicos, los quekchís y los pokonchís sólo se convirtieron en apariencia, y sus costumbres recuerdan todavía las de la época pagana. Los matrimonios se celebran frecuentemente á los doce años, y aun antes de la pubertad. La madre elige esposo para su hija ó el padre mujer para su hijo, y los nuevos cónyuges se establecen en la casa de los padres que tienen la iniciativa en la elección. Pero el matrimonio religioso no se efectúa hasta que el marido cumple los quince años, y á esa fecha precede muchas veces el divorcio, y se devuelven los presentes de grado ó por fuerza. El marido se considera á menudo esposo de sus cuñadas, y la mujer esposa de sus cuñados, lo cual parece un resto de las antiguas costumbres de poliandria y poligamia que parece prevalecen aún entre los lacandones independientes.

Una de las principales naciones indias, en cuyo territorio se ha fundado la moderna capital del Estado, es la de los pokomanes. Es también una de las mejor conocidas, porque los indios del populoso Mixco, que van todas las mañanas á surtir á Guatemala de combustible y de víveres, son pokomanes. Pertenecen también á la estirpe maya, y, como sus hermanos de raza, dan testimonio de una notable fuerza de resistencia. Ellos son los que han rechazado poco á poco á los pipiles y los han dividido en dos secciones, conquistando la religión que

forma la divisoria. Sus vecinos del Este, los chortis, que penetran á lo lejos en el territorio de Honduras, usan un lenguaje emparentado con el suyo.

Los quiches ó «Gentes del Bosque Grande», eran, con los aztecas y los mayas, los habitantes más adelantados de la América Central, á la llegada de los españoles. Dicese que fueron muy numerosos, y los cronistas hablan de varios millones de hombres. Mucho más diseminados hoy ocupan casi el mismo territorio que en la época en que fueron á subyugarlos las gentes de Alvarado, y en ciertos distritos, especialmente en el de Totonicapam, defienden enérgicamente su lengua contra el español. El quiche, lengua de los antiguos dominadores del país, es uno de los raros idiomas indios que poseen, si no una literatura, al menos documentos originales. El *Popol-Vuh* ó «Libro de la Historia», que un patriota desconocido escribió poco tiempo después de la conquista para reemplazar al que se había perdido, es una de las obras más preciosas para el conocimiento de los mitos y de las tradiciones de la América Central.

El cakchiquel, que se habla igualmente en la meseta, desde Sololá hasta Chimaltenango y Antigua, es decir, en la zona comprendida entre el área del quiche y la del pokomán, es como el quiche una lengua literaria, pues se cita un documento histórico de la misma que cuenta también la historia de la nación cakchiquel desde la creación del mundo, y que concuerda con el *Popol-Vuh* en varios pasajes.

Los indios puros, que constituyen más de los dos tercios de la población de Guatemala, se asemejan mucho físicamente, cualquiera que sea la lengua que hablen. Los contrastes entre los moradores de las tierras frías y los de las tierras cálidas proceden de la diferencia de los climas; pero la gran mayoría de los habitantes puebla las mesetas y las vertientes de las tierras templadas. Los indios cakchiqueles, que pueden tomarse como tipos de los indígenas guatemaltecos, son individuos de estatura media ó baja (145 á 155 centímetros), pero de anchas espaldas, de facciones acentuadas, de ojos claros con espesas cejas, de pómulos salientes, de nariz recta y boca voluntariosa, de frente baja, deprimida por la correa de sus cargas y cubierta de pelo negro, liso y espeso. No encanecen nunca y conservan hasta una edad avanzada sus dientes de una blancura brillante, y su recia y enjuta musculatura. Son andarines incansables, de pie elegantemente arqueado y de abultada pantorrilla.

Todos los días se ven ir al mercado mujeres que llevan un peso de 40 ó 50 kilogramos en la cabeza, con una criatura en la cadera, y que andan sus 6 kilómetros por hora. Los indios de las mesetas tienen la tez más morena, por punto general, que los naturales de la tierra caliente. En cuanto á la antigua costumbre maya de dar á los cráneos de los niños una forma piramidal con la frente inclinada hacia atrás, no parece que la conservan más que los lacandones del Usumacinta. El traje de los indios es muy sencillo: pantalón, camisa y blusa, como los ladinos. En los distritos de la tierra caliente y de la tierra templada lejanos de las ciudades, las mujeres no llevan, por lo común, más que una saya; sólo se cubren el pecho con una chaqueta para salir de su cabaña ó para recibir ladinos. En las mesetas los indios ricos llevan una camiseta con mangas anchas de muchos colorines, adornada de bordados; además, cuando hace frío, se echan á la cabeza una especie de capucha ceñida á la cara. Los quekchis se atan el pelo por detrás con una cinta roja, formando una coleta que flota sobre la espalda.

La geofagia es una costumbre muy extendida entre los indios de Guatemala. La tierra comestible es una ceniza volcánica de color pardo amarillento y de un olor fuerte, que se emplea como condimento. Los fieles que van en peregrinación comen también figuritas de tierra que llevan del santo lugar, y que deben de curarlos de todas las enfermedades. Ese gusto depravado es peligroso, sobre todo en las mujeres, que comen con pasión greda, yeso y ladrillo machacado. Algunos autores hablan de señoras criollas que comían tierra «á manos llenas» para aclararse la cara. La tisis es una afección común, aun en las mesetas, á pesar de la «eterna primavera» de esas regiones de temperatura igual. Los remolinos de polvo que levanta el menor viento en los terrenos formados de ceniza pueden ser una de las causas agravantes de las enfermedades pulmonares. La afección que ocasiona el mayor número de víctimas es la viruela. La *tina*, es decir, la coloración abigarrada de la piel, es común en los guatemaltecos, principalmente en el Oeste de la comarca, pero esa extraña enfermedad es más rara que en Méjico. Las paperas son endémicas en ciertos valles próximos al Pacífico, desde los Altos á Nicaragua, y se transmite de generación en generación, sin distinción de razas, y complicada frecuentemente con el idiotismo. Los indígenas envejecen rápidamente, á causa, sin duda de la suma monotonía de su existencia, que no alimenta nunca la curiosidad, ni dan al pensa-

miento ningún elemento de renovación. Llegados á la edad de treinta años ¿qué les falta ya que aprender? Las viviendas actuales de los indígenas en los campos y en las aldeas son lo que eran antes del tiempo de la conquista, casuchas de paredes de barro cubiertas de hojas ó de cañas. Hay hasta pueblos importantes compuestos únicamente de esta clase de construcciones, á excepción de la iglesia y del «palacio» municipal. Antiguamente los indios vivían en su mayor parte aislados unos de otros, cada familia cerca de su milpa ó maizal. En nin-



Ruinas de Tikal. (Dibujo de Bar.)

gún punto se agrupaban las casas formando pueblo; sólo en raros sitios se elevaban algunas plazas fuertes donde residían los jefes y los guerreros. Cuando los españoles se hicieron dueños del país, se apresuraron á reunir en torno suyo, en las haciendas, á los indios de las inmediaciones, reducidos á esclavos. También los sacerdotes querían tener los conversos junto

á la iglesia, y así se fundaron aldeas; pero en los comienzos fué muy difícil poblarlas. Los indios se escapaban para recobrar su vida libre en los bosques, y á veces también para preparar un ataque. Aun en nuestros días basta un rumor de peligro político ó cualquier otro para que queden desiertas las aldeas, y en más de una ocasión, el anuncio de un censo próximo, presagio de un aumento de impuesto, ha dispersado poblaciones enteras.

Los indios que están en contacto inmediato con los ladinos, suelen tener fisonomía triste y pensativa, pero en los distritos donde la población ha permanecido casi pura, se conserva la primitiva alegría á la vez que la cordialidad y la perfecta cortesía en las relaciones. El ceremonial de las visitas está reglamentado de la manera más minuciosa; la etiqueta se practica sin ninguna rigidez. Al presentarse á la puerta de la cabaña amiga, el recién llegado se inclina delante del «padrecito», y pide la venia para entrar: se informa de la salud de todos, y en sus fórmulas de gratitud ó súplica repite sin cesar el nombre de Dios que han tomado del español las lenguas indígenas. Cuando el indio se encuentra con un viejo, le suplica con voz aguda que le toque la cabeza con el dedo como para recibir la comunicación de un fluido sagrado. Hay mucha afición á las reuniones musicales. El menor pretexto, sobre todo la muerte de un niño, del que «el cielo ha hecho un ángel», justifica las fiestas, á las cuales se invita á todo el mundo. Los indios, principalmente los mayas de Petén, tienen una gran disposición para la música. Los itzas cantan con perfecta afinación y varían sus temas de una manera original.

Aunque católicos mucho más fervientes que los ladinos, los indios no han dejado de conservar el antiguo culto mezclado con el nuevo. En varios sitios, debajo de los altares de las iglesias, ocultan muñecos; y los fieles se prosternan ante los dos patronos á la vez. Al arrodillarse delante de San Miguel, los indios encienden dos velas: una para el diablo y otra para el arcángel. A cada persona de la religión cristiana corresponde un dios antiguo: al adorar á Dios Padre, los indios dirigen sus homenajes al Sol, que es el dios favorable por excelencia; la Virgen María es para ellos la diosa Luna, y los santos son las estrellas protectoras. En el calendario nahuatl, conservado todavía en ciertos distritos, los veinte días de cada uno de los diez y ochomeses se clasifican en días buenos, nefastos ó indiferentes. La mayoría de los indios cree que existen dos dioses,

uno de los cuales, el *Dios de la Montaña*, se ocupa especialmente de la raza indígena, y no conoce ni blanco ni ladino. Se le llama frecuentemente *Dueño del Palo*, porque habita en el tronco de las ceibas, y al pie del árbol gigantesco, situado en el claro del bosque, se llevan las primicias de las cosechas y de la caza, y se quema incienso. Adoran también á la tierra, pero la temen, pues representa el principio del mal.

Los indígenas de cada aldea se agrupan en cofradías, constituidas evidentemente del mismo modo que los antiguos *Calpulli* de los nahuas, y cada una de esas cofradías tiene su santo, á quien se hacen fiestas solemnes. Los *capitanes* y *capitanas* recogen el dinero necesario para pagar los trajes, las velas, los adornos y la música, y la comunidad se empeña á veces para muchos meses; pero así se honra más al santo. Los bailes mímicos representan dramas cosmogónicos ó históricos de origen indio, pero más ó menos modificados desde la llegada de los españoles por nuevas tradiciones. Así, hay el «baile de los Moros», cuyos principales personajes son Carlomagno y Tamerlán, «el baile de los Negros», y hasta el «baile de la Conquista». Los actores, cubiertos con caretas de madera y vestidos de hojas y hierbas ó de trajes raros, se exaltan en esas fiestas hasta el delirio. Tal es la pasión, la furia de las bacantes indígenas que á su vista concibe uno fácilmente las antiguas ceremonias religiosas en que los fieles se precipitaban sobre cuerpos ensangrentados para devorar sus carnes. Aun en el siglo XVII, había hombres disfrazados de fieras, que perseguían á las víctimas y las desgarraban á bocados.

Los cantos y las oraciones de los indios guatemaltecos conservan la huella de la antigua religión. Los quichés, invocan todavía las «las almas santas que acompañan á la aurora y á los últimos rayos del día». El niño quiché recibe el bautismo el nombre de un animal, que se hace su *nagual* ó patrón durante la vida; pero ese nombre del ser protector suele tenerse oculto, porque, si algún enemigo le hiciese daño, padecería al mismo tiempo su protegido.

Lleno su corazón de los males inolvidables de la servidumbre, y sabiendo la fuerza que les da el número, los indios no se han fundido aún con los ladinos, y los odios profundos de raza han tenido ocasión de revelarse en más de una matanza durante las luchas suscitadas por los ambiciosos del poder. En 1838, cuando un ejército de indios, mandado por uno de los suyos, el antiguo vaquero Rafael Carrera, penetró victoriosa-

mente en la capital, pudo temerse que aquellos vengadores, «suscitados por la Virgen María para matar á los blancos, á los extranjeros y á los heréticos», pusiesen por obra sus amenazas. Pero en sus mismas victorias debían sufrir el ascendiente de los ladinos, con quienes, por otra parte, se multiplican de año en año los puntos de contacto y de fusión. Así como se da á veces el nombre de «blancos» á los ladinos, aunque todos son de origen mestizo, del mismo modo se designan como indios puros una multitud de aldeanos que tienen también en las venas sangre no americana. En las plantaciones no han cesado los cruzamientos entre la clase de los amos y la de los servidores; y los esclavos negros, que los dominicos habían introducido para cultivar sus tierras, han aumentado esa mezcla de razas. Puede decirse que ya no hay negros en Guatemala, aunque se reconozcan su caracteres más ó menos modificados en poblaciones enteras.

Lo que separa á los «indios» y á los ladinos no es tanto la diferencia de raza como la de las posiciones sociales. Los ladinos son los que gozan de una instrucción relativa, y los que por sus relaciones de parentesco pueden ambicionar los empleos públicos. Los indios no tienen otra carrera en la vida que la del trabajo, y trabajan en efecto. Son muy laboriosos en su mayoría, aun cuando su trabajo aproveche á otros. Consagrados á la agricultura los más, trabajan el suelo con inteligencia, y no se niegan á modificar sus procedimientos ó sus cultivos cuando la experiencia lo aconseja. Aprenden fácilmente todos los oficios; indios son los albañiles y carpinteros de las ciudades, y los que fabrican toda clase de muebles. Sumamente hábiles en otro tiempo para hacer obras de plumas, conservan mucha destreza para todos los trabajos delicados, y bajo el régimen de los dominicos formóse, sobre todo en la Antigua, una escuela de escultores en madera, de cuyas notables obras conservan aún las iglesias tal cual testimonio. Algunos de esos artistas vinieron á Europa. En fin, como comerciantes al por menor, los indios llegan á soportar las mayores fatigas á fuerza de paciencia, de sobriedad y de energía. No les cuesta nada recorrer 100 kilómetros para llevar á la otra parte de los barrancos ó de las cordilleras una cesta de fruta, semillas ó cualquier producto de su pequeña industria. De las tierras frías de los Altos salen anualmente cuadrillas de indios, vestidos con el *suyucal* de palma, para ir á contratarse á las ciudades ó á las plantaciones de las tierras más bajas, y volver á sus

hogares algunos meses después, llevando una pequeña ganancia para la familia. Los caravaneros son gente de una honradez á toda prueba. Cuando mueren ó se estropean en el trayecto bestias de carga, la carga se deja á orillas del camino cubierta de ramaje y los conductores la encuentran sin falta á la vuelta.

Aunque desdeñado por el ladino, el indio produce toda la riqueza de Guatemala y él es también quien, por sus cualidades morales, dispone del porvenir del país. Ha conservado las virtudes de la solidaridad. En todas las aldeas donde los indígenas son completamente dueños de sus acciones, á más de sus fincas particulares, cultivan una *milpa* comunal, es decir, una tierra perteneciente al conjunto de los habitantes y en la que todos trabajan. Al llegar el domingo, un niño recorre las calles del pueblo, convoca á los vecinos á son del tambor y designa á los que han de trabajar durante la semana en provecho de la comunidad. El indio hace amistades sólidas; es fiel y agradecido; su vida es menos agitada que la del ladino; su familia, más unida: nunca es parásito, y sustenta á sus orgullosos conciudadanos, que perecerían sin él.

IV

Poblaciones de Guatemala.

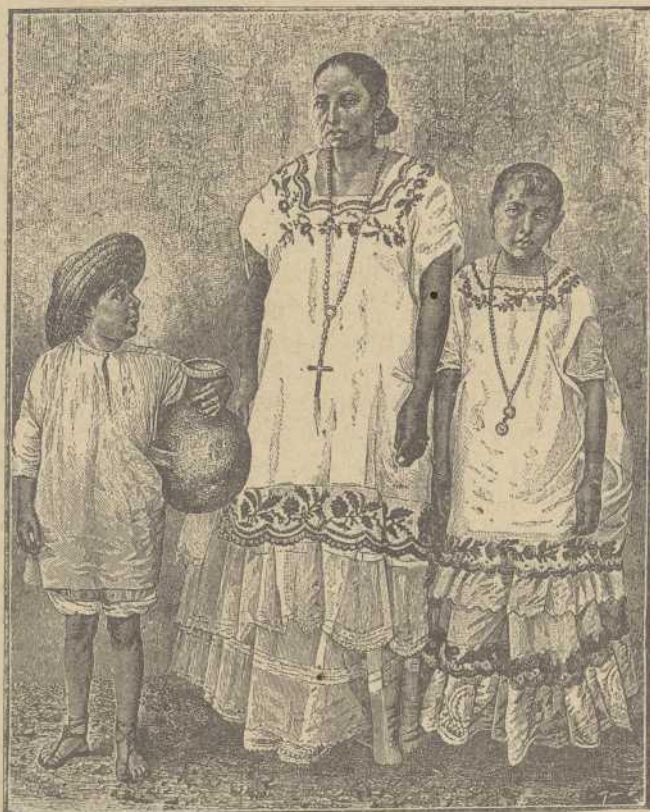
La población guatemalteca se ha agrupado principalmente en las tierras frías y templadas de la cadena que costea el litoral del Pacífico. La zona montañosa es al mismo tiempo la zona poblada, y todas las ciudades de alguna importancia se encuentran en las alturas comprendidas entre los llanos ribereños del Océano y los valles superiores del Usumacinta y del Motagua.

Cerca de la frontera mejicana, la primera ciudad de la meseta es la de San Marcos, situada en tierra fría sobre una altura desde donde se contempla un horizonte vastísimo, cubierto de cafetales desde hace algunos años. En una llanura inmediata continúa la ciudad india de San Pedro Sacatepeques, cuyos habitantes no hablan ya el mamé, antigua lengua del Occidente de Guatemala. Un decreto reciente los declaró ladinos, lo que equivale á darles mayor autonomía en la administración de sus intereses. San Marcos se ha enriquecido mucho con la

venta del café, que es de una calidad muy apreciada; pero aún es reducido el número de habitantes del departamento, y escasean las poblaciones. El puerto natural de San Marcos y de las plantaciones del contorno es el estuario del Ocos, que se abre á 80 kilómetros de distancia hacia el Sudoeste, en la boca del río, en una laguna donde desagua también el río Naranjo, engrosado por varios afluentes. En Abril los comerciantes y los plantadores del Soconusco mejicano y del Occidente de Guatemala celebran allí una feria, donde se hacen por lo común transacciones importantes. Parte de los que acuden al mercado llevan redes y escopetas para dedicarse á la pesca y á la caza, porque las lagunas inmediatas abundan en peces, y sobre las aguas y en los bosques vuelan innumerables aves. Después de echar la red, los indios se tiran al agua y andan por el fondo para acosar á los peces y meterlos en el esparavel. También persiguen al cocodrilo, cuya carne es muy estimada en el país; y, cuando han herido al animal, no temen echarse en plena laguna para rematarlo con el cuchillo.

Quezaltenango, segunda capital de la República y la capital de los Altos, situada 50 kilómetros al Sudeste de San Marcos, ocupa un espacio muy extenso, á 2.346 metros de altitud, sobre una meseta montuosa, al Sur de la cual se eleva la cima todavía humeante del cerro Quemado. En 1838 fué capital de un Estado que comprendía las tres provincias orientales Totonicapam, Quezaltenango y Sololá. Las casas están construidas con pedruscos de lava, cuyas canteras se abren al pie del volcán. Edificada muy irregularmente á causa de las desigualdades del suelo, la población es pintoresca y presenta en sus diversos cuarteles un aspecto menos vulgar que la mayoría de las restantes ciudades americanas. En Quezaltenango hay muchas escuelas primarias y secundarias, y es general la instrucción, aun entre los indios quichés. En éste la ciudad de los Altos es la primera de Guatemala. La pequeña industria está representada por tejedores de lana y algodón, por tintoreros y zurradores. Una especialidad de los artesanos quichés es la fabricación de los mantos bordados de oro, de los sombreros de pluma y de las carretas que usan los indios en sus bailes, procesiones y representaciones teatrales. Pero es raro que se vendan esos preciosos objetos; por lo común se alquilan para la fiesta á un precio subido y los trajes se envían hasta los pueblos más lejanos de los confines del bosque virgen. Esa industria de las plumas es probablemente la que ha valido á la ciu-

dad su nombre mejicano de Quezaltenango, que significa «Lugar de las Plumas Verdes», y no, como suele repetirse, «Lugar de las Aves quezal», cuya especie, además, no vive en los alrededores. El nombre quiché de la ciudad es Xela-lu, es decir, «bajo los Diez». Según los cronistas españoles, la ciudad fortificada, que destruyeron los conquistadores y que se



Tipos de ladinos. (Dibujo de Roujat.)

encontraba en un paraje contiguo, estaba dividida en diez cuarteles, cada uno de los cuarteles tenía su jefe. Esa denominación se ha conservado, á pesar de la ruina de la primera ciudad. Del pie del volcán de Quezaltenango [brotan en abundancia los manantiales calientes. Los más famosos y concurridos son los de Almolonga, que corren en un barranco profundo al

pie del volcán de Zúñil. La capital de los Altos es la residencia de la mayoría de los grandes propietarios cuyas plantaciones cubren la Costa-Cuca, á media ladera en la vertiente del Pacífico. En esa ciudad viven también los comerciantes y los prestamistas, que son los verdaderos dueños del suelo. Prefieren ese lugar saludable á Retalhuleu, que está mucho más cerca de la zona de los grandes cultivos, pero que es uno de los sitios más insalubres de Guatemala. Retalhuleu, es decir, la «señal», se halla á 415 metros de altitud solamente, ó sea, en plena «tierra cálida», bajo un clima cuya temperatura media es de 28 á 29 grados centígrados. Es un antiguo mercado establecido probablemente por los reyes quichés para asegurarse la provisión necesaria de cacao y de algodón. La ciudad de los ladinos y su arrabal indio de Santa Catalina se ocultan entre el follaje de los plátanos y tamarindos, pero de lejos no se ve más que el bosque de los alóscocoteros cuyos abanicos se mecen por encima de la tupida masa de los árboles. El puerto de Champerico, puesto en comunicación con Retalhuleu por un ferrocarril, apenas expide más que cafés. Como lugar de muchas fiebres en la estación de las lluvias, Champerico sólo está habitado durante las sequías, y sobre todo en Abril y Noviembre, épocas de carga de las embarcaciones, pertenecientes casi en totalidad á norteamericanos. La mitad de los cargadores son inmigrantes de Méjico.

Totonicapam, construido 20 kilómetros al Nordeste de Quetzaltenango y en la misma meseta, es más frío aún. Se eleva á 2.484 metros de altitud, ó sea, 140 más que la población vecina, y 200 más que Méjico. Es una ciudad risueña, por lo menos vista á distancia desde el monte que la domina ó desde las colinas del contorno. Sus verdes jardines ocultan las casas y no dejan ver más que las blancas cúpulas. El nombre de la ciudad es azteca, pero traducción de otro antiguo quiché, *Xe-me-ken-ya*, que significa «Cerca de las Aguas Calientes», como así es, porque en la inmediación brotan fuentes termales. La población de Totonicapam se compone principalmente de indios quichés, cuya lengua más usual es todavía la de sus antepasados, y que, lejos de considerarse como inferiores á los ladinos, constituyen, al contrario, una especie de aristocracia. Gran número de ellos descende de los caciques de Tlaxcala, que acompañaron á Alvarado durante la conquista, y que en premio de sus servicios recibieron privilegios nobiliarios, entre otros la exención de impuestos; las mejores construcciones de la ciudad per-

tenecen á esos tlaxcaltecas. Totonicapam, como la capital vecina, es una ciudad industrial donde se fabrican paños, cacharros, muebles, guitarras, marimbas y otros instrumentos de música. Dos veces por semana afluye la muchedumbre de campesinos indios á la plaza del mercado.

Otra ciudad histórica es la de Santa Cruz Quiché, ó simplemente Quiché, que lleva todavía el nombre de la nación de que fué capital, pero cuyos habitantes son ahora casi todos ladinos. Está situada (1.887 metros) á 40 kilómetros al Nordeste de Totonicapam en una llanura de la tierra templada donde corre uno de los primeros afluentes del río Grande de Motagua. Cerca se elevan las antiguas construcciones de Utatlán, rodeadas de precipicios, entre los cuales el del Sur tiene 400 metros de profundidad. El palacio de Utatlán, tan espacioso como el de Moctezuma, al decir de los cronistas, podía contener todo un pueblo de mujeres, criados y soldados. La escuela encerraba más de 5.000 niños educados á expensas del soberano, y, cuando éste reunió sus tropas en la plaza para oponerse á la marcha de los españoles, cuéntase que pasó revista á 72.000 combatientes. La pirámide designada con el nombre de Sacrificatorio presenta todavía un contorno bastante regular y restos de gradierío. Fuera de la acrópolis, en las vertientes de las colinas, en las alturas circundantes y en las llanuras, las ruinas de los edificios cubren una inmensa extensión, reconquistada en gran parte por el cultivo, pues el maíz brota entre las piedras. Las excavaciones practicadas varias veces han puesto al descubierto estatuas, bajo relieves y multitud de adornos. Al Sudeste, en el borde de la meseta, se eleva el pueblo saludable de San-Tomas Chichicastenango, que aún habitan los descendientes de la antigua nobleza quiché.

Huehuetenango (Güegüetenango) ó la «Ciudad de los Antiguos» ha reemplazado igualmente á una ciudad de los indios, Zakuleu ó «Tierra Blanca», que, según se dice, fué la capital de los mamés. La ciudad moderna está situada en las tierras templadas, que producen los frutos de Europa y de los trópicos. El río que riega sus campos desciende al Noroeste para ir á unirse al Grijalva. En las cercanías está el floreciente pueblo de Chiantla, cuyo convento era antiguamente uno de los más suntuosos del Nuevo Mundo, gracias á las dádivas que ofrecía todos los años la muchedumbre de peregrinos, menos numerosa ahora. A orillas del río alto Chixoy, que es el curso superior del Usumacinta, no existe más que una ciudad, Sacapulas, poblada

de indios quichés, y construída á 1.166 metros de altitud sobre un lomo de la margen derecha, poco más abajo de la unión del río Negro y del Blanco. Inmediatamente debajo de la ciudad surgen del granito multitud de manantiales termales, cuyas temperaturas varían de 40 á 70 grados centígrados.

Las tumbas aglomeradas en los alrededores prueban que la comarca era populosa en otro tiempo. En nuestros días está casi abandonada, por más que Sacapulas siga siendo un lugar importante de tránsito para las caravanas de comerciantes que van desde los Altos á Vera Paz.

Salamá, la capital del departamento de Baja Vera Paz, está situada igualmente en la cuenca del alto Usumacinta, á orillas de un afluente oriental del Chixoy y á 871 metros sobre el mar. La ciudad se halla, pues, en plena zona de cultivos tropicales. El pueblo de San Jerónimo, antiguo establecimiento de los dominicos, que se encuentra algunos kilómetros al Este, ha venido á ser el centro de una de las plantaciones más importantes de caña de azúcar, y á pesar de la dificultad de las comunicaciones, sus productos se exportan á distancia. La región de Vera-Paz, que fué el «país de la guerra» durante varios años después de la llegada de los españoles, tiene numerosas ruinas. Grandes ciudades de otras épocas son hoy montones de escombros sepultados bajo la vegetación.

Las ciudades que existen en las mesetas y en las montañas al Este de Quezaltenango y de Totonicapam, aunque muy elevadas aún, no se consideran como pertenecientes á la región de los Altos. Sololá, que ha dado su nombre á uno de los departamentos de la República, está situada á 2.146 metros en una explanada de detritus porfiricos, cubierta de arcillas amarillentas y cortada á pico hacia la parte del lago de Atitlán por un acantilado de cerca de 600 metros de altura. Dos profundos barrancos abiertos á derecha é izquierda aislan el zócalo de Sololá, convirtiéndolo en un soberbio promontorio que sólo se une al resto de la meseta por la parte Norte. Pasadas las últimas casas de Sololá se llega á la orilla de esas murallas, compuestas de peñas y piedras hacinadas, unidas por un cemento arcilloso sin consistencia aparente. Parece que la inmensa ruina va á desplomarse en el lago azul, limitado por todas partes, al Norte por bruscos acantilados y al Sur por suaves y verdes pendientes que en graciosas ondulaciones suben hacia el cono del Atitlán. Hay un sendero de angulosos contornos abierto en las tobas y peñascales del escarpado que desciende de Solo-

lá á la orilla del lago y al pueblo ribereño de Panajachel, cuyo nombre se aplica á veces á la cuenca lacustre. Sololá, antigua capital de los cakchiqueles y que habitan todavía sus descendientes, indios industriosos y altivos, lleva también el nombre de Tecpan-Atitlán ó «Palacio comunal de Atitlán», en oposición al Atitlán de los ladinos, que se encuentran enfrente, en la orilla meridional del lago, y fué también capital de un reino, el de los tzutujil. En las altas mesetas que separan la vertiente del lago Atitlán y la del río Motagua se ven las ruinas de una de las muchas ciudades que llevaron el nombre de Quatemala ó Guatemala, extendido después á todo el país. Esa ciudad, que fué la capital de los cakchiquel y á que éstos llamaban Iximche, ocupaba un espacio de «tres leguas» de circunferencia en una altiplanicie, rodeada de precipicios por todas partes, y á la cual daba acceso, según la crónica, una sola entrada, cada una de cuyas dos puertas estaba cerrada por una sola piedra de obsidiana. El conquistador Alvarado estableció allí su residencia en 1524 y dió á la población el nombre de Santiago.

Chimaltenango, la «Ciudad de los Broqueles», llamada así indudablemente porque sus habitantes fabricaban en otro tiempo estas armas defensivas, es ahora la capital del departamento de su nombre, que corresponde con corta diferencia al antiguo país de los cakchiqueles. Está situada á unos 1.800 metros, precisamente en la divisoria de aguas entre el Atlántico y el Pacífico, no lejos del extremo septentrional de la cadena de los volcanes que remata al Sur en el pico del Fuego; por su comercio se encuentra ya en la zona de atracción del ferrocarril que desciende de Guatemala á Escuintla y San José. Entre Chimaltenango y Guatemala, pero más cerca de esta última, se halla actualmente la ciudad india de Mixco, es decir, «En las Nubes», á donde fueron trasladados los cautivos de la antigua ciudad del mismo nombre. Los pokomanes de Mixco viven principalmente de los productos de sus huertas, que van á vender todos los días á Guatemala, atravesando dos veces el espacio de 14 kilómetros y el profundo valle que separa las dos poblaciones. Casi todos los ladinos de Mixco son alquiladores de caballos y mulas para el transporte de las mercancías.

La primera Guatemala de fundación española que sucedió á las otras dos Guatemalas de origen cakchiquel, es la que se llama ahora Ciudad Vieja. La fundó Alvarado el año 1527 en el risueño valle de Almolonga ó «Montaña de los Manantiales» á

orillas del río Pensativo, afluente del Pacífico por el intermedio del Guacalate. Difícil hubiese sido encontrar un sitio más delicioso, de clima más igual y más dulce, de suelo más fecundo y bien regado y de paisajes más grandiosos que el de la calle abierta entre los volcanes del *Fuego* y del *Agua*. La ciudad con todo no duró más que diez y siete años. En 1541, á consecuencia de largas lluvias, cedió de repente la pared del lago superior suspendido sobre la ciudad en el cráter del Agua. Todos los habitantes perecieron ahogados ó aplastados bajo las ruinas, y entre ellos la mujer de Alvarado, doña Beatriz *Sin Ventura*. No quedó en pie más que un soberbio árbol, bajo cuya copa se habían reunido los españoles antes de la construcción de la ciudad. Hoy se reduce la población moderna á unas cuantas casitas en medio de las plantaciones.

Para evitar un desastre semejante, aunque ya no podía reproducirse de la misma manera, se decidió trasladar la ciudad más al Norte; y en 1542, Alvarado presidió la fundación de otra capital, Santiago de los Caballeros la Nueva, designada ahora con el nombre de la Antigua, en oposición á la nueva Guatemala. La ciudad prosperó, llegando á ser en pocos años la más populosa de la América Central, á pesar de las tempestades, inundaciones, terremotos y enfermedades que sufrió. Sus habitantes, vivían entre «dos montañas; el volcán del Agua que los amenazaba con un diluvio y el del Fuego con sus lavas». Ya en varias ocasiones los vecinos de Santiago habían hecho sus preparativos de huida y otras tantas se habían limitado á reparar sus viviendas, después de pasado el peligro, cuando en 1773 sobrevinieron terribles sacudidas del suelo que derribaron casi todas las casas. Decidióse, por último, elegir un tercer sitio para la capital, y se designó el caserío de la Ermita, en la alta meseta de las vacas, 40 kilómetros al Nordeste, como el sitio más favorable para la construcción de la ciudad. La meseta empezó á poblarse inmediatamente después del desastre de la Antigua, pero la traslación oficial no se hizo hasta 1779. La primera casa de Guatemala, la *Hacienda de la Virgen*, existe todavía y se enseña á los forasteros como un monumento histórico. Sin embargo, la Antigua nunca llegó á abandonarse completamente. Ahora es la quinta ciudad de la República por el número de sus habitantes. Su población sigue aumentando, sus aguas termales atraen á los enfermos; los habitantes de Guatemala van á pasar allí temporadas de campo y se han reconstruido no pocos edificios derri-

bados. Los más suntuosos en su día, como la catedral, el convento de San Francisco y el palacio de los gobernadores, son ruinas admirables, cuya belleza realzan los árboles que crecen en las grietas, enroscando sus raíces en torno de las esculturas.

La tercer Guatemala, la ciudad más populosa de la América Central, está situada en un terreno ligeramente inclinado, en la depresión de una meseta de 1.500 metros de altitud media, que forma la divisoria entre las vertientes de los dos mares. Domina á Guatemala, el cerro del Carmen, donde se encuentra el antiguo retiro á que debe la ciudad el nombre de Ermita, que aún usan los cakchiqueles. El paisaje es triste, á causa de la falta de árboles en la meseta de matorrales de las Vacas, dedicada á pastos desde hace tres siglos y medio; pero el inmenso panorama, limitado al Sur por los dos conos volcánicos, ofrece un carácter grandioso. No hay capital que ocupe de una manera más evidente una posición dominante sobre las regiones que á lo lejos descenden. Construída con la regularidad perfecta de una ciudad modelo, Guatemala presenta interiormente un aspecto monótono. Los reglamentos primitivos, inspirados por el recuerdo de las catástrofes de la Antigua, prohibían á los arquitectos edificar casas cuya altura pasase de 20 pies ó 6 metros; esa ley no se ha observado y las iglesias tienen sus cúpulas y sus torres como en todas partes. Sin embargo, las construcciones en su mayoría son muy bajas, y, por consecuencia han tenido que ganar en superficie lo que no alcanzan en altura. La población, pues, se halla esparcida; no se apiña más que en los arrabales, donde cada estrecha cabaña encierra una familia de indios. En Guatemala hay muchas más mujeres que hombres, á causa de la multitud de sirvientas que van de los campos. Antiguamente todos los grandes edificios de Guatemala eran conventos. El de los jesuítas se ha transformado en Instituto Nacional y en él se encuentra el observatorio. La ciudad tiene también una escuela politécnica, una escuela normal, otros varios centros universitarios, sociedades científicas, un museo y bibliotecas. La industria no tiene importancia más que para el consumo local y los víveres se reciben en gran parte de los pueblos del contorno y de las plantaciones de la vertiente oceánica. El agua va también de lejos por los dos acueductos de Mixco y de Pinula, que es menester reconstruir, porque están en parte obstruídos. Las fuentes más cercanas brotan al Norte de la población en un profundo

barranco, cuya agua desciende hacia un afluente del Motagua. La ciudad no es muy sana y los remolinos de polvo que el viento levanta hacen muy peligrosas todas las enfermedades de las vías respiratorias. Por eso, la mayoría de las personas de la clase acomodada abandonan la capital durante la estación de las sequías y se van á algún sitio agradable del campo para pasar una temporada á la sombra de los grandes árboles. La moda favorece principalmente á las ciudades y aldeas situadas al Sur en los alrededores de la Antigua.

El ferrocarril que baja de Guatemala se aparta del valle de la Antigua para dirigirse al Sur hacia el lago de Amatitlán,



Vista de Escuintla. (Dibujo de Taylor.)

que rodea por el Oeste. La ciudad de Amatitlán, situada á orillas del Michatoya, en el punto por donde el río sale de la cuenca lacustre, fué antiguamente una gran hacienda de dominicos, cuyas fincas divididas se han convertido en un inmenso vergel. Una soberbia ceiba extiende su ramaje por encima de la plaza del mercado. En la época en que la cochinitilla se vendía á precio elevadísimo, Amatitlán era el centro del cultivo del nopal y su población crecía rápidamente. La ruina de los antiguos procedimientos de tinte ha sido fatal para ese distrito. Cierto que al nopal ha substituído el café, pero las tierras arcillosas de Amatitlán no convienen tanto á ese arbusto como las de los otros distritos agrícolas de las tierras tem-

pladas. En las plantaciones de los dominicos abundaban los esclavos negros y ya lo revela la vista de los indígenas, tan notables por su vigor muscular.

Escuintla, la antigua Itzcuintlán de los nahuas, es la principal estación entre Amatitlán y el mar. Antes de la construcción del ferrocarril la mayoría de las personas ricas de Guatemala bajaban á Escuintla durante los meses de invierno, desde Diciembre á Febrero.

San José, última estación del ferrocarril, como los restantes puertos de la playa guatemalteca del Pacífico, no es más que una escala de embarque combatida por el oleaje de fuera. Hay un muelle de hierro, con una vía férrea y grúas para la carga y descarga de las barcas, que avanzan mar adentro en dirección á las embarcaciones que fondean á un kilómetro de la costa.

El departamento que al Este confina con los de Amatitlán y Escuintla es el de Santa Rosa. No contiene ninguna gran ciudad, y sólo un pueblo comercial, Cuajiniquilapa, situado en el camino de Salvador, y dominando al Oeste el profundo valle por donde corre el río de los esclavos, llamado así con referencia á los sinca ó «esclavos» de sus orillas. Cruza la anchurosa corriente un puente de once arcos, construido en el siglo xvii por los españoles, y considerado como el más bello monumento de la América Central. En el extremo Sudeste de Guatemala y en medio de dilatadas dehesas se halla situado el departamento de Jutiapa, con la capital del mismo nombre. Es un centro agrícola que crece anualmente en importancia á causa de sus ferias, de sus ventas de ganado, índigo y otros artículos á la República vecina.

En las regiones orientales de Guatemala pertenecientes á la cuenca del Motagua hay algunos otros pueblos que han tomado cierto aspecto de ciudades. De este número es Jalapa, situada á 1.700 metros de altitud en un circo de montañas muy fértiles. La ciudad de Esquipulas, que se encuentra también á orillas de un afluente del Motagua, pero cerca de una divisoria desde donde se baja á las fuentes del río salvadoreño Lempa, es un lugar casi desierto durante la mayor parte del año. Dos millares de indios viven diseminados en sus casas, pero el 15 de Enero, fiesta de Nuestro Señor de Esquipulas, se aglomera una muchedumbre enorme en las calles y plazas, cubiertas de cabañas temporales. Los enfermos y los afligidos se prosternan ante una efigie negra que representa el Cristo

y le ofrecen exvotos de plata, plumas, madera esculpida y paja. La fiesta religiosa es al mismo tiempo una feria. El torrente que baja de Esquipulas hacia el Motagua tiene por ciudades ribereñas á Chiquimula y Zacapa, capitales una y otra de departamentos del mismo nombre y destinadas á adquirir una importancia considerable con la población de la comarca. Diez kilómetros más abajo de Zacapa y de sus plantaciones de tabaco, las aguas del valle caen en el Motagua, que se hace navegable á corta distancia de allí, ya en Gualán durante las crecidas, ya en Barbasco durante las sequías. Al Nordeste de Barbasco, en los bosques de la sierra del Mico, hubo una ciudad india cuyo nombre se ha perdido, pero cuya existencia señalan multitud de pirámides y hermosísimas ruinas.

Actualmente el camino de Guatemala al Atlántico abandona el valle del Motagua en Barbasco, y atraviesa la cadena del Mico un poco al Este de Quiriguá para descender á Izabal, villorrio insalubre situado en la orilla meridional del Golfo Dulce. Bajo el régimen español, ese puerto que tiene la inmensa ventaja de encontrarse á 100 kilómetros en el interior de las tierras, pero que no admite embarcaciones de mucho calado, no podía hacer ningún comercio á causa de la inseguridad de los mares vecinos, infestados de piratas. Después de la proclamación de la independencia monopolizó casi enteramente el tráfico exterior de Guatemala (tráfico muy exiguo, por supuesto). Luego el descubrimiento del oro californiano y el establecimiento de servicios litorales entre Panamá y San Francisco hicieron que Guatemala se volviese al Occidente, por decirlo así, para mirar hacia el Pacífico. Todo el comercio se dirigió en ese sentido, y quedó casi abandonado el puerto de Izabal. El puerto avanzado de Izabal, que se encuentra en la desembocadura marítima del río Dulce, en el promontorio occidental del estrecho, lleva el nombre inglés de Livingston, en memoria de un jurisconsulto que redactó el Código de Guatemala. La primera familia de colonos se estableció en 1806. Poblado de caribes, agricultores, pescadores y marinos, que hacen el comercio de cabotaje con Belize y Honduras, el puerto de Livingston, franco no ha mucho para el comercio extranjero, es muy frecuentado por embarcaciones americanas, que llevan aguardientes y toman cargamentos de plátanos y otros frutos. Ese puerto es el tercero de Guatemala y viene después de San José y de Champerico. No lejos de él, en la orilla orien-

tal del río Dulce y cerca del pueblo de San Gil, se elevaba la importante ciudad de Nito, que conquistó Olid, el teniente de Cortés, y que quiso erigir en capital de un reino independiente. Sobre el cabo oriental que surge en la orilla del lago, á la salida del río Dulce, se alza la ciudadela de San Felipe, uno de los sitios más insalubres del litoral: por lo mismo la ha elegido el Gobierno para prisión de Estado.

La extensa provincia llamada Alta Vera Paz, que pertenece en gran parte á la cuenca del Polochic y del Golfo Dulce, tiene por capital la ciudad de Cobán, situada á 1.328 metros de altitud en la región más sana de Guatemala y una de las más fértiles. Su temperatura es igual y suave. Cobán, aunque edificada en una elevación, es casi invisible: cada habitación, con su huerto, su corral y su campo, se oculta detrás de una cortina de árboles y de arbustos. Es una de las ciudades prósperas de la República, y su población crece rápidamente. Los vecinos de Cobán, son en su mayoría indios quekchis, gente muy laboriosa, que hace producir á sus campos grandes cosechas de maíz y judías, y hasta envían una parte á otras regiones de Guatemala. El principal cultivo industrial de Cobán es el del café, que se da muy bien en las tierras de Vera Paz, pero los plantadores se quejan de no tener posesiones bastante extensas, y están en lucha constante con los indios, que se niegan muy juiciosamente á vender sus milpas para tener que recibir después un salario de los propietarios, en vez de ser dueños de sí mismos. Un buen camino carretero que se dirige primero al Sudeste, y después al Este por las aldeas de Tactic, Tamahú, Tucurú, y Telemán, conduce al puerto fluvial de Panzos, desde donde un vaporcito transporta los géneros al Golfo Dulce por el curso sinuoso del río Polochic. Lejos está Cobán de la región populosa de Guatemala, pero la capital del departamento de Petén, llamada Libertad, se halla á una distancia doble de la capital de la República. Entre Guatemala y Libertad se cuentan más de 300 kilómetros por caminos montuosos y difíciles. Esa ciudad naciente, más conocida bajo su nombre indio de Sacluc, se encuentra en medio de las sábanas, á orillas de un afluente del río de la Pasión, una de las ramas principales del Usumacinta. Los escasos habitantes de la villa y de las aldeas cercanas apenas se ocupan más que de la cría de ganado. Las dilatadas llanuras del Norte, sembradas de bosques y lagos, que ocupan la parte septentrional de Guatemala, hacia el Yucatán, son la región por excelencia para los rumiantes:

siempre abunda allí la hierba y reverdece varias veces durante el año. Los grandes animales carniceros son rarísimos en esas comarcas. Sacluc se ha elevado á la categoría de capital en esa comarca de pastos, con detrimento de una ciudad más célebre, situada en una isla oval. Es la antigua Tayasal, llamada ahora Flores en honor de una víctima de la guerra civil de 1826. El anfiteatro de las casas se eleva en suave pendiente y termina en una plataforma caliza. El suelo está cubierto de una porción de cascote, procedente de la destrucción de los edificios contruidos por los itzas. La ciudad española, que ha substituído á la antigua Petén, guarnece la orilla de un círculo de casas, y sube la cuesta una calle en escalera hasta la cumbre de la colina donde se alzan la iglesia y el cabildo sobre las ruinas de los templos mayas. Desde la alta explanada se contempla un panorama bellísimo de islas, promontorios, puntas pobladas de bosque y aguas azules. Enfrente, en la orilla opuesta, se divisan los dos grandes pueblos indios de San Andrés y San José, que se inclinan sobre la pendiente de los montes. El territorio de Petén es de una exuberante fertilidad.

V

Agricultura, Industria, Comercio, Gobierno.

La población guatemalteca aumenta notablemente todos los años, y es casi sólo por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones: pues la inmigración entra por muy poco en tal aumento, pues el número de extranjeros en América central (europeos, norteamericanos ó chinos) apenas llega á tres millares. Los más numerosos, los llamados «tirolese», son italianos del Norte, piemonteses y lombardos, gentes laboriosas que hacen á todo, que así son jardineros como albañiles, pasteleros ó mozos de carga, y que precisamente por no desdeñar ninguna ocupación se atraen el soberano menosprecio de los indios, acostumbrados á no ver en los blancos más que señores ociosos. Guatemala cuenta 1.450.000, es decir, cuatro ó cinco veces más que tenía hace treinta años. El aumento anual se extiende á todos los departamentos, incluso á los del litoral insalubre. Sólo en los distritos septentrionales bañados por el Atlántico suele haber excepciones algunas veces.

Los productos agrícolas de Guatemala dan con holgura para

el sostenimiento de la población. Cuando Guatemala se proclamó independiente, eran casi nulas sus producciones para el comercio internacional; pero la cochinilla del nopal, planta á que el suelo y el clima de Guatemala convienen tanto como los de Oaxaca, llegó á ser bien pronto un artículo de exportación muy remunerador. Pero el descubrimiento de los colores extraídos de la hulla arruinó esa industria, y se han hecho raros los campos de nopal. A la cochinilla sucedió el café como artículo de principal cultivo y exportación.

Las tierras templadas de Guatemala son favorables también para el cultivo de la caña de azúcar, pero algunas regiones productoras disponen de tan grandes capitales y de un material tan perfeccionado, que un país relativamente pobre, como Guatemala, no podría competir en esa industria con países como la isla de Cuba, la Luisiana y el Brasil.

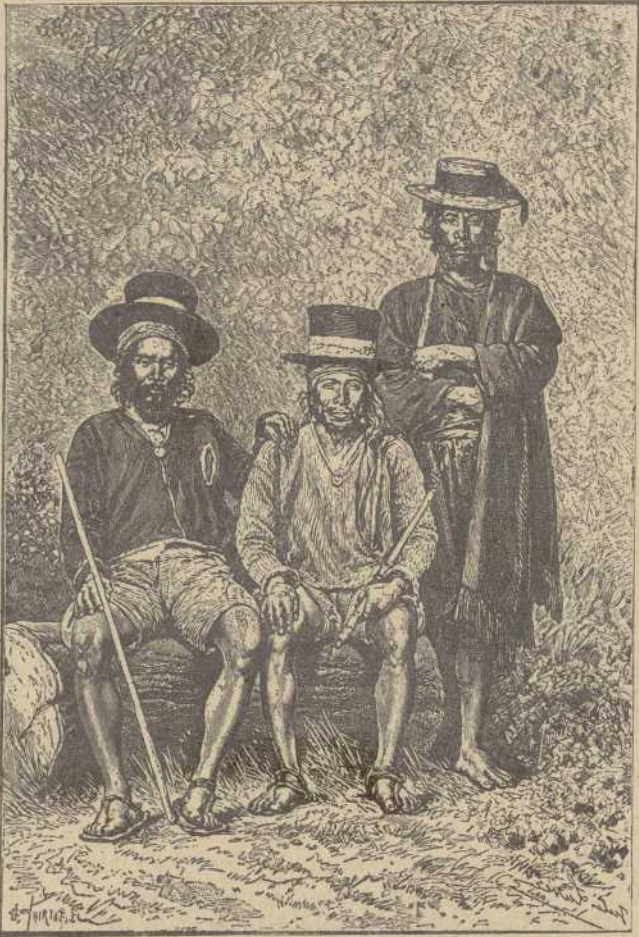
En Guatemala, como en Méjico, los indios que trabajan en las plantaciones de los propietarios ladinos ó extranjeros viven en un estado de verdadera servidumbre á consecuencia de los anticipos ó habilitaciones, que no pueden pagar y empeñan todo el producto de su labor futura. Así como en los tiempos de la esclavitud, los plantadores sostienen vigilantes para impedir la huida de los obreros y corredores del bosque para capturar á los fugitivos y volverlos al trabajo. A pesar de las leyes consérvase la servidumbre corporal, y los alcaldes proporcionan «brazos» á los propietarios por una pequeña retribución. Sin embargo, la población india de muchos distritos, se compone de hombres libres, que gozan en propiedad de sus fincas.

El comercio exterior de Guatemala es aún muy reducido, comparado con el de la Europa occidental y el de la América del Norte. Unas nueve décimas partes de la exportación total consisten en café. Los demás artículos son, por orden de importancia, el azúcar, las pieles y los cueros, el caucho, la plata y los plátanos.

Guatemala no ha seguido aún el ejemplo de Méjico, su poderoso vecino del Norte, en punto á la construcción de ferrocarriles. No tiene más que dos vías férreas de alguna importancia: la de San José á Guatemala y la de Champerico á Retalhuleu. Verdad es que la primera de esas líneas tiene que vencer pendientes difíciles y elevarse en la meseta á la altitud de 1.500 metros.

Todas las mercancías expedidas de Guatemala hacia el

Atlántico tienen que ir en acémilas y gracias á que se ha reparado la carretera, que no ha mucho era una serie de barrancos y baches peligrosos, y se puede andar por allí sin temor de



Alcaldes indios. (Dibujo de Naves.)

quedarse en el camino. Antes las caravanas de mercaderes estaban expuestas á perder todas las bestias de carga en ese viaje, que duraba á veces dos y hasta tres meses. En las regiones casi desiertas del interior, donde están muy espaciados los

pueblos, el servicio postal se hace aún, como en tiempos de Moctezuma, por los *chasquis* ó andarines que van transmitiéndose de uno á otro la carta ó la noticia verbal. Ese sistema se conoce con el nombre de cordillera, ó cuerda, por ser como el hilo que une los extremos lejanos de la República á la red postal regularmente organizada. La rapidez de la transmisión es grandísima. A pesar del mal estado de los caminos, á pesar de las subidas y bajadas por un suelo pedregoso ó entre los torbellinos de polvo, el promedio del recorrido diario es de unos 90 kilómetros. Pero la extensión creciente de la red telegráfica y telefónica va suprimiendo rápidamente el servicio de la cordillera.

La constitución de Guatemala ha sufrido frecuentes variaciones. Tan pronto parte de un Estado mayor como República independiente; alternativamente gobernada por los «serviles» ó por los «liberales»; entregada á la tiranía de un Carrera ó á la crueldad de un Barrios, la nación guatemalteca ha tenido que modificar su constitución política á cada nueva revolución. Pero esos cambios no pasan de la superficie: las masas de los indígenas no salen por eso de la servidumbre.

El poder legislativo corresponde á una Cámara de diputados cuya mitad se renueva por bienios, y en cuya elección toman parte todos los ciudadanos que saben leer y escribir. Los representantes, en número de 69 (uno por cada 20.000 almas), son nombrados en distritos especiales, que, según la importancia de su población, tienen derecho á elegir uno, dos ó tres miembros. El Poder ejecutivo se confía á un presidente elegido por seis años, con la asistencia de un Consejo de Estado y de seis ministros, encargado cada uno de un departamento distinto—Relaciones exteriores, Interior, Obras, Guerra, Hacienda é Instrucción pública—.En fin, ejerce el Poder judicial un Tribunal Supremo, que decide en última apelación de todos los casos que juzgan los tribunales inferiores. El origen de todos esos cuerpos judiciales es electivo; no puede prenderse á nadie por deudas, ni aun por crímenes, ni detenerlo más de cinco días, sin formalizar la acusación. El domicilio y la correspondencia se reputan inviolables, pero pueden suspenderse los derechos individuales en caso de invasión ó de guerra.



Obreras indias. (Dibujo de Thiriat.)

EL SALVADOR

I

El país, volcanes, r'os y lagos

La más pequeña de las Repúblicas centroamericanas, la de Salvador, es mucho más rica y poblada que las demás, en proporción á su superficie. Redúcese esta última á 18.720 kilómetros cuadrados, que viene á ser como tres departamentos franceses. No iguala siquiera á la Honduras Británica; pero su población es veinte veces mayor. El Salvador, comparada con Guatemala, por ejemplo, goza del privilegio grandísimo de constituir una nación mucho más homogénea; y en la guerra este pequeño pueblo ha podido sostener la lucha sin gran desventaja. Los indios se encuentran más asimilados á los ladinos, y no hay que temer que las disensiones civiles del país degeneren en guerras de razas.

El Salvador no es más que una zona bastante estrecha, de forma cuadrilátera, que sigue la costa del Pacífico y sólo ocupa cierta extensión de la vertiente Sur de una cadena central,

cuya vertiente opuesta, mucho más extensa, pertenece á Honduras. La amplitud media de Salvador, de Norte á Sur, no pasa de 80 kilómetros en una longitud de cerca de 300. Casi todo el contorno terrestre del país tiene fronteras puramente convencionales, ó sólo indicadas por corrientes en cuyas márgenes habitan poblaciones del mismo origen. Por la parte que mira á Guatemala, la línea divisoria sigue, como es sabido, el curso del riachuelo Paza; después, rodeando el volcán de Chingo, corta el lago de Güija, y se inclina hacia el Este para formar el límite al Sur de Honduras, atravesando montañas y valles. En ese breve trayecto no quedan más respetados los dominios étnicos que los accidentes naturales: la frontera corta los territorios de los pupulucas, de los pipiles y de los pokomanes. Al Norte no es la cresta de la Sierra la que indica la separación de los dos Estados, sino el río Sumpul, afluente del Lempa, (este último después de la confluencia), y un tercero perteneciente á la misma red hidrográfica. El Goascoran limita por el Este la República, sin dejarla más que una escasa parte del litoral de la bahía de Fonseca.

En El Salvador abundan los volcanes como en la vecina Guatemala.

Desde la ciudad de Ahuachapam hasta la aldea de San Juan de Dios, situada 30 kilómetros al Nordeste, se extiende una línea de *salsas* y de fumarolas, transversal al eje de los volcanes. En varios puntos de esa grieta se desprenden los gases con abundancia, pero donde se encuentran reunidas las más notables *salsas*, designadas en el país con el nombre de *ausoles*, es á las puertas mismas de Ahuachapam, cerca de la carretera que une á Guatemala y San Salvador. Los fenómenos de desprendimiento presentan todas las fases posibles entre la fumarola ordinaria y la fuente termal.

La llanura está sembrada de grandes lagos de cieno, que el vapor levanta á borbotones. Las arcillas que depositan los ausoles ofrecen muy diversa coloración debida evidentemente á la alteración de rocas ferruginosas, mezcladas con alumbre y azufre. De ellas sacan los habitantes del país colores minerales.

Más al Este existe un grupo montañoso con cimas que alcanzan 1.700 y aun 2.000 metros sobre el mar. Ese grupo se designa á veces con el nombre de Madre del Volcán y los habitantes de Sonsonate, sin datos exactos, dan por verdaderos volcanes todos sus picos; Apaneca, Launita ó Lagunita, San

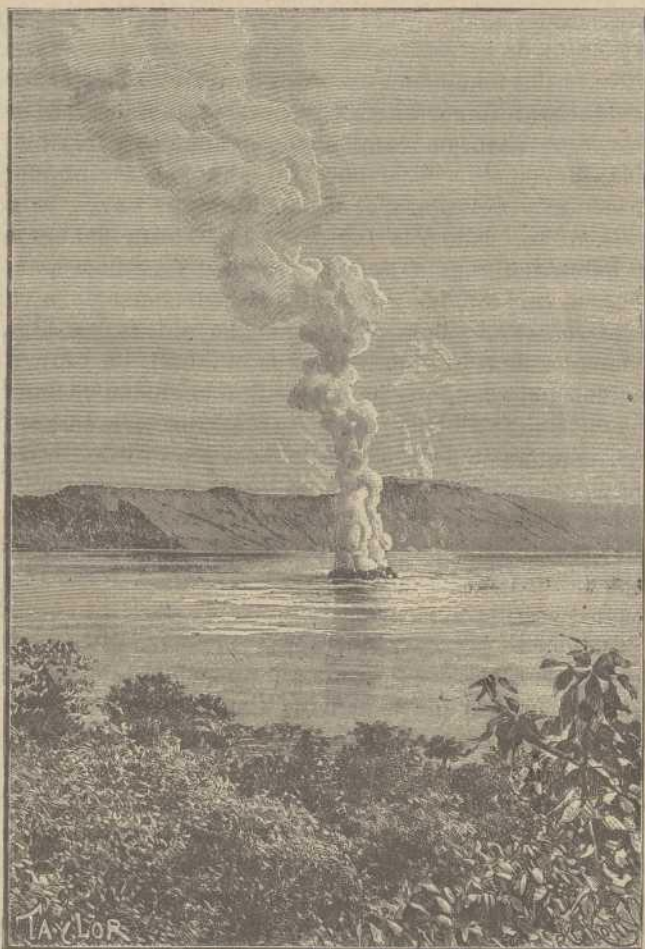
Juan, Aguila, Naranjo y otros. El volcán de Santa Ana (2.016 metros), cuyas erupciones refería la tradición ya que no la historia, hace poco ha vuelto á lanzar abundantes cenizas. El cráter de esa montaña es muy profundo, y aún no ha bajado á él ningún viajero; dícese que en una depresión contigua hay una laguna circular llena de un «agua de vinagre». Por la majestad con que se levanta el volcán de Santa Ana le han dado los indígenas el nombre de Lamatepec, es decir, el «Padre Volcán». Del mismo macizo que el Santa Ana, forma parte un monte mucho más famoso aún, aunque de menos altura: el volcán de Izalco, levantado, como el Jorullo de Méjico, después de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo. El nombre que lleva lo ha recibido de un pueblo situado veinte kilómetros al Sudoeste. En 1769 ocupaba la falda del Santa Ana una llanura donde pastaba el ganado. Terribles ruidos subterráneos y sacudidas violentas, seguidas de erupciones de vapor, pusieron en huida á los pocos habitantes de los alrededores. De pronto, el 23 de Febrero de 1770, se abrió la tierra y brotaron copiosas lavas. Empezaba á dibujarse el volcán fuera de su grieta y desde entonces no ha cesado de crecer. Las primeras erupciones fueron casi las únicas que vomitaron piedra líquida; después el volcán de Izalco apenas ha arrojado más que cenizas. Antiguamente las explosiones de vapores y de piedras eran casi incesantes: ocurrían de dos en dos minutos, al decir de algunos viajeros, ó de cuarto en cuarto de hora. Por la noche, los marinos que pasaban frente á Sonsonate siempre veían ondular sobre la montaña los vapores rojizos; de ahí el nombre de Faro del Salvador que se dió al volcán. No obstante, el Izalco se ha apaciguado á veces.

El volcán de San Salvador, distante 12 kilómetros al Norte de la capital, se eleva á 1.879 metros y parece que está en reposo desde una época anterior á la conquista. Visto de lejos, no ofrece los caracteres distintivos de un cono volcánico. Es un núcleo alargado, de base irregular, cubierto de bosque hasta cerca de la cima. Pero en la parte superior se abre un cráter muy ancho, casi redondo, que se llama el «boquerón», y encierra un lago profundo de agua verde y transparente. Es una inmensa depresión circular de unos 5 kilómetros de circunferencia y 200 metros de profundidad. Al pie del volcán brotan manantiales termales y son frecuentes los desprendimientos de ácido carbónico; á veces ha sido preciso interrumpir las faenas del campo á causa de los gases asfixiantes que salían del

suelo. En fin, entre montículos de cráter se ve á 12 kilómetros del Oeste de la ciudad, un abismo, llamado la Hoya, antigua boca de erupción abierta á flor de tierra al través de las espesas capas de arenas volcánicas. Un lago, el Cucatlán, dormía en el fondo de este cráter extinguido, pero se ha vaciado recientemente y ahora ocupan el puesto de las aguas plantaciones de caña de azúcar.

Así, pues, los fenómenos externos de actividad volcánica no han tenido gran importancia en la región cuyo centro ocupa San Salvador, pero, en cambio, son frecuentes y terribles las sacudidas del suelo. Pocas comarcas hay en el mundo que hayan sido más agitadas por los temblores de tierra. El nombre de Cucatlán, dado á la laguna, á la llanura del contorno y en el habla indígena, á la misma ciudad y á varios pueblos, recuerda, al parecer, las numerosas trepidaciones de la corteza terrestre: «Valle de las Hamacas», he ahí, según algunos etimólogos, la significación de la voz nahuatl. La naturaleza especial del suelo donde se ha construido la ciudad de San Salvador contribuye á hacer más peligrosos los terremotos. Este terreno, compuesto de una roca tobácea blanquizca, que procede de piedras pómez alteradas, es ligero y móvil, «flotante», por decirlo así, en las depresiones de la costra sólida sin formar cuerpo con ella. Las cenizas, en vez de vibrar con las rocas profundas más ó menos elásticas, saltan fuera con las construcciones que soportan. No bajan de siete las veces que se ha desplomado San Salvador durante los tres últimos siglos y otras tantas se ha reedificado en el mismo paraje, en medio de las tierras fértiles que le dan sus abundantes cosechas. La repentina catástrofe de 1854 sepultó multitud de víctimas; la de 1873, más destructora aún para los edificios, se anunció al menos por mugidos y estremecimientos precursores, y, cuando se produjo el gran choque, toda la población válida é inválida acampaba ya en las plazas. Era profunda la obscuridad y sólo al resplandor del incendio que devoraba las hacinadas ruinas pudieron reconocer los moradores la inmensidad del desastre. El temblor de tierra que derribó la capital parecía tener por centro de vibración el lago de Ilopango ó de Apulo, depósito de agua profunda que se encuentra á 10 kilómetros al Este de San Salvador y á la altitud de 483 metros, ceñido de un círculo de alturas de bruscos acantilados. Este lago, cuya superficie se acerca á 60 kilómetros cuadrados, ha variado de nivel varias veces y los indígenas atribuían sus movimientos

á un «monstruo» ó «sirena» que vivía en el fondo. Cuando ocurrían temblores de tierra, llevábanse al lago, como ofrenda flores y frutos; después, si los fenómenos continuaban, se le



Volcán de Ilopango. (Dibujo de Taylor.)

echaban animales vivos y niños en los momentos de gran peligro. A mediados del siglo XVIII el lago era mucho menos elevado, pero, á consecuencia de resbalamientos del suelo, el riachuelo que sale de la cuenca al Este para caer por un profundo

barranco en el río Jiboa, tributario directo del Pacífico quedó detenido en su curso, y, refluyendo al lago, levantó notablemente su nivel. En 1873 el lago se agitó con violencia y se elevó cerca de un metro sobre la altura ordinaria; se le vió hervir á trechos y se oyeron subir mugidos de las profundidades. En 1874 volvió á empezar el movimiento de las aguas lacustres y salieron vapores; el lago tornó á crecer hasta alcanzar 1,22 metros sobre la antigua orilla; pero de pronto las aguas desbordadas, pasando con ímpetu por encima del punto de desagüe, abrieron rápidamente una brecha y el lago empezó á decrecer. En tres horas bajó su nivel 2,50 metros. En cincuenta y cuatro días la desnivelación total llegó á 10,49 metros y el volumen de agua evacuado pasó de 635 millones de metros cúbicos. Surgieron á la superficie muchos troncos de árboles, cubiertos de una espesa capa caliza, que en una época anterior habían encallado en la ribera; isletas, alejadas de la costa en otro tiempo, se unieron á ella á guisa de promontorios. En su nivel mínimo, el lago bajó 35 metros. A las erupciones de gases nauseabundos, desprendidos en un principio de en medio de las aguas, sucedieron luego las de lavas y sobre la hirviente superficie elevábanse poco á poco islotes de lavas y cenizas. Al fin no quedó ya más que un montículo de lava dura, que alzaba 50 metros y junto á ese peñón midió la sonda 209 metros. Al nacer el volcán insular, los gases sulfurosos y el calor mataron millones de seres que fueron á parar á las riberas inundadas. Para evitar la peste hubo que ocupar centenares de hombres, durante día y noche, en enterrar la masa de carne corrompida. Cuando el lago empezó á vaciarse, se vió á algunos pescadores correr hacia la orilla gritando. «¡Oh! ¡quédate, madre, no huyas!»

Al Nordeste del lago Ilopango se elevan los estribos del volcán de Cojutepeque (1.035 metros), que no ha hecho erupción durante los tiempos históricos, pero que aún presenta su pequeño cráter regular. Más lejos se alza otro, el de mayor altura de El Salvador (2.400 metros), al cual llamaban los indígenas el Chichontepec ó «monte de Dos Picos», y que ha recibido de los españoles el nombre de San Vicente. Esa montaña está en reposo, y la vegetación forestal ha invadido sus laderas hasta la cima.

La cortadura por cuyo fondo corre el río Lempa, bajando hacia el Pacífico, interrumpe la cadena de volcanes y al mismo tiempo la salida montañosa de las tierras que se extiende para-

lamente á la ribera oceánica. La cadena continúa al otro lado del valle en el volcán de Tecapa, cuyo cráter encierra, al decir de los indígenas, una laguna bastante extensa de aguas «frías por un lado y calientes por otro». Más lejos vienen las montañas de Usulután, formadas también de lavas, y las cuatro cimas del Chinameca (1.500 metros). El Chinameca, de igual modo que el San Vicente, el Tecapa y el Usulután, no ha tenido erupción reciente, y su enorme cráter de 1.500 metros de circunferencia está completamente cerrado; pero á dos kilómetros del pueblo de Chinameca, cobijado al pie del monte, salen gases sulfurosos, silbando, de un «hervidor», de un «boquerón» y de otras grietas de menos importancia. Sobre las grietas del monte se arremolina y desarrolla incesantemente un denso vapor. El San Miguel, uno de los pitones más elevados de El Salvador (2.153 metros), es también uno de los que ofrecen el aspecto más grandioso. Su aislamiento, la magnitud de su base, lo abrupto de sus pendientes y la limpia truncadura de su cono superior, hacen de él un monte sin rival. Es una de las cimas desde donde se descubre el más bello horizonte. Alrededor se extiende un círculo inmenso de depresiones, el mar, los valles del Lempa y de sus afluentes, y, más allá de la cortadura por donde pasa el río San Miguel, la bahía de Fonseca ramificándose en golfos secundarios. El volcán se ha abierto varias veces durante la época histórica. En 1844, catorce bocas abiertas en sus laderas, vomitaron ríos de lava en sentidos divergentes, y una de ellas, situada en el talud septentrional, arrojó una enorme corriente que tomó la dirección de la ciudad de San Miguel, distante 15 kilómetros al Nordeste, y no se detuvo hasta llegar delante de las primeras cabañas de los arrabales. El cráter del volcán, uno de los más grandes de la América central, tiene 3 kilómetros de circunferencia y una profundidad de 150 metros, pero el foco principal de las erupciones de gases cambia frecuentemente, y forma cráteres secundarios sobre los cuales se desarrollan las blancas espirales de los vapores. Al Este del San Miguel y del río del mismo nombre, la llanura ofrece también huellas de actividad volcánica y la cadena remata á orillas de la bahía de Fonseca en un volcán de doble cima, cuya base se destaca en las aguas á guisa de promontorio. Es el volcán de Conchagua, cubierto en parte de bosques; de ahí el nombre de Cerro del Ocote ó del Pino, que lleva su punta más alta (1.236). Las faldas del volcán son lo bastante suaves para que puedan subirse á caballo. El cráter

principal, de forma vaga, parece haber contenido un lago, vaciado en lo antiguo á causa de algún temblor de tierra. El Conchagua pasaba por un monte completamente extinguido, cuando en 1868 se abrió en su falda una grieta después de violentas sacudidas, remolinos de vapores y aludes de peñas. El Conchagua figura, pues, en el número de los volcanes activos (el quinto de El Salvador), entre los cuales se podrían contar también los *ausoles* diseminados en las llanuras entre las montañas ignívolas.

Las masas de lava esparcidas paralelamente á la playa del Océano Pacífico han contribuído positivamente á modificar la hidrografía del país obstruyendo el curso de los riachuelos y obligándolos, bien á abrirse otros valles, bien á llenar extensas depresiones lacustres. La cadena de los volcanes con las alturas intermedias ha venido á constituir una divisoria de las aguas. Hacia el mar corren rápidos torrentes que se secan en verano ó, por lo menos, llevan un caudal reducido á la otra parte, donde existe una vertiente más prolongada, formándose varios riachuelos que se juntan en el gran valle del Lempa, paralelo al eje volcánico y al de la cadena principal de Honduras. El Lempa, uno de los ríos principales de la América Central, nace en el territorio de Guatemala y se forma de ramas diversas. El río naciente corre al Sudeste por una cortadura que las aguas han abierto en la espesa lava y penetra en el Estado de El Salvador, donde recibe el desagüe del gran lago Güija, alimentado á su vez por el Ostua y por una porción de riachuelos que bajan del anfiteatro de los montes circundantes. El Güija, situado á la altitud de unos 600 metros, es probablemente una de esas cuencas que las masas de lavas y las erupciones de cenizas han privado de desagüe directo hacia el mar. Pasada la confluencia, el valle del Lempa sigue orientándose paralelamente al mar y recoge á derecha é izquierda los riachuelos de las dos cadenas. Su principal afluente es el Sumpul, procedente también de un valle longitudinal que dominan por el Norte las montañas de Honduras. Al encontró del Lempa viene el Tonolá, y las dos corrientes juntas se abren paso al través de las mesetas en que se alza la cadena de los volcanes. En la Barca, el río, aunque á 60 kilómetros aún del Océano, no se eleva más que algunos metros sobre el nivel marino y arrastra perezosamente sus amarillas aguas, de tres metros de profundidad, durante la estación de las sequías. En tiempo de crecida lleva hasta seis y ocho metros de agua; pero al entrar en el mar

se encuentra obstruído por una gran barra, donde las barcas encuentran dos metros de fondo á lo sumo. Ese caudaloso río, cuyo curso alcanza un desarrollo de 300 kilómetros en una cuenca de 14.700 kilómetros cuadrados, y que vierte en el mar una masa líquida, cuyo promedio varía entre 496 y 714 metros cúbicos por segundo, se halla cerrado á la navegación marítima; pero los vapores fluviales pueden remontar el Lempa en toda la parte de su curso situada más abajo de la gran curva que describe hacia el Sur. También se podría unir el Lempa á las albuferas laterales que orlan la ribera, al Este la de Jiquilisco y al Oeste la de Jaltepeque. El río San Miguel, que corre al Este y salva también por un profundo valle la loma en que se alinean los volcanes, podría comunicar de igual modo con el Lempa mediante el estuario de Jiquilisco.

En su conjunto, la costa oceánica de Salvador es mucho menos baja que la de Guatemala, á no ser á los dos lados del Lempa, á lo largo de las albuferas de Jiquilisco y de Jaltepeque. Al Este, por la parte de la bahía de Fonseca, la tierra termina en acantilados rojizos minados por cavernas. Al Oeste la costa del Bálsamo, comprendida entre Libertad y Acajutla, no es más que una sucesión de puntas roquizas poco salientes y de acantilados á pico, separados por algunas pequeñas bahías guarnecidas de playas ó arenales. A trechos elévanse á la orilla misma del mar altas arboledas. En otros puntos las mesetas ribereñas están cubiertas de *sacate*, hierba larga y recia, cuyos prados, durante la estación seca, parecen á distancia campos de trigo maduro. Esa hierba suele quemarse cuando se acerca la estación lluviosa, y la tierra roja toma entonces el aspecto de una roca volcánica; pero desde las primeras tormentas se tiñe de un verde pálido semejante al de los brotes de caña de azúcar. La costa de El Salvador, como la de Guatemala, es teatro de numerosos cambios en el nivel relativo de la tierra y del mar. Bancos de conchas modernas, situados actualmente á distancia del Océano, prueban que ha subido el litoral de El Salvador ó que han bajado las aguas.

La región ribereña es una de las menos pobladas de El Salvador. Los habitantes se apiñan en la zona alta de los volcanes, donde se encuentran los valles fértiles. En esa zona, cuya altitud varía de 500 á 1.000 metros, es donde se han construído la mayoría de las poblaciones y donde se mueve, paralelamente al mar, casi todo el comercio de la República. La temperatura

media de esta región es de 21 á 26 grados en las diferentes ciudades.

Las especies vegetales y animales de El Salvador no se diferencian de las de la flora y fauna guatemaltecas. Pero entre las plantas hay varias cuya área de gran producción es limitada. Tal es el bálsamo de El Salvador (*myrospermum salvatorensis*), que ha dado su nombre á una parte del litoral, entre la Libertad y el Acajutla, y cuya trasudación se llamó en otro tiempo «bálsamo del Perú», porque en la época del régimen colonial se transportaba primero al Callao para enviarlo desde allí á España.

II

Indios salvadoreños.

Los pipiles, es decir, los aztecas que se habían esparcido por una parte de Guatemala, y que han seguido formando nación aparte hasta nuestros días, ocupaban también El Salvador occidental en la época en que se presentaron los conquistadores españoles. El centro de su poder se encontraba en Suchitolo, ó sea al Norte del sitio en donde existe actualmente la capital de la República. Tenían templos donde adoraban al sol, hacían también sacrificios humanos, y elegían sus víctimas especialmente entre los niños. Los sacrificadores arrancaban el corazón del pecho aún palpitante y arrojaban su sangre hacia los cuatro puntos del horizonte; los guerreros hacían excursiones de cuando en cuando para recoger cautivos y ofrecerlos á los dioses. Durante todo el régimen español fueron lo que habían sido sus hermanos de Méjico, una muchedumbre de «seres irracionales»; pero, como en Méjico, se asimilaron poco á poco á sus señores por el cruzamiento. Cuando se proclamó en 1821 la independéncia de Guatemala, de que entonces formaba parte El Salvador, la cifra de los mestizos salvadoreños excedía ya con mucho á la de los blancos y la población había pasado á ser ladina. Las cuatro quintas partes de los habitantes de Salvador pertenecen á la vez á las dos razas por la mezcla de la sangre. A pesar de todo, aún quedan indios, si no completamente puros, lo bastante distintos, cuando menos, para constituir comunidades aparte. En ese número figuran los pipiles de Izalco, que hablan todavía un dialecto mejicano. A él pertenecen también



algunos grupos de indios cuyas aldeas se encuentran desparrramadas en la vertiente meridional del volcán de San Vicente, y que en 1832 sostuvieron una guerra de raza contra blancos y mestizos. Pero los indios que mejor pudieron resistir la dominación española y que mejor conservan la lengua y las costumbres primitivas son los de la *costa del Bálsamo*, acantonados al Sur de la vía histórica que han seguido los emigrantes, los conquistadores y los peregrinos, es decir, á lo largo de la cadena de los volcanes. Sus viviendas no son más que chozas bajas cubiertas de palma ó de sacate, y los caminos del país se reducen á estrechas sendas. Cultivan el maíz, pero se limitan á sembrar la exigua extensión de terreno que ha de darles las provisiones del año. La cosecha suplementaria la sacan de los árboles del bálsamo, cuyos productos venden en los puertos del litoral y el dinero de la venta sirve para adornar sus iglesias y para celebrar bulliciosamente las fiestas de sus santos, porque sin dejar de ser paganos, se han hecho á la vez católicos. Los aztecas de la *costa del Bálsamo*, pueblos de condición muy dócil, obedecen á sus *ahuales* ó ancianos, y á ellos deben confiar todas las economías reservadas para las fiestas de los patronos. Los ahuales se reúnen siempre de noche á la luz de una hoguera sagrada que arde en un rincón del cuarto, y simboliza sin duda la divina llama que debe iluminar á los hombres en sus deliberaciones sobre el interés público. Sin embargo, que esos viejos se guardan muy bien de hacer la menor oposición al Gobierno central y en tiempo de elecciones reciben las órdenes de San Salvador, y hacen que se vote en consonancia con ellas. Las antiguas costumbres han cambiado gradualmente desde que afluye gran número de forasteros á los puertos del litoral, y se construyen caminos, y se abren escuelas en los pueblos. Leyes recientes han reducido la autoridad de los caciques desarrollando la iniciativa individual.

III

Poblaciones del Salvador.

La primera ciudad, cerca de la frontera guatemalteca, es Ahuachapán, famosa por sus volcanes de cieno. Ahuachapán, como Atiquisayá, Chalchuapa y Santa Ana, se encuentra en una llanura de maravillosa fecundidad donde se cultivan sobre

todo la caña de azúcar y el café, pero que durante las frecuentes guerras de Guatemala y Salvador ha sido siempre el campo de batalla. Chalchuapa es la ciudad donde el dictador de Guatemala, Rufino Barrios, sucumbió en 1885 después de un asalto sangriento. Este acontecimiento puso fin á la hegemonía de Guatemala sobre las otras repúblicas de la América central. Los habitantes de la llanura son en gran parte indios, descendientes de una tribu nahuatl, cuya ciudad fortificada, Apaneca, construída más al Norte, al pie del volcán del mismo nombre, es hoy una pobre aldea abandonada. La ciudad de Sonsonate ó de los «Cuatrocientos Manantiales», cuyas casas se cobijan á la sombra de las palmeras, ocupa una situación más espléndida aún que la de Ahuachapán, en una campiña bien regada y siempre verde, que domina un anfiteatro de montañas y que el «faro» natural de Izalco ilumina durante las noches. Los frutos de Sonsonate, sobre todo los ananas, son exquisitos. En otro tiempo el cacao de esa comarca rivalizaba con el de Soconusco, pero ya apenas se cultiva el árbol. Sonsonate, que fué en lo antiguo la ciudad más importante de El Salvador occidental, ha cedido el puesto á la de Santa Ana, situada al Norte del volcán de ese nombre, en la zona templada y en la carretera de Guatemala á San Salvador. Desde los terremotos que por dos veces destruyeron la capital, Santa Ana, aunque no ocupa una posición céntrica, ha pasado á ser la ciudad más populosa de la República. Es un mercado agrícola muy importante, y cerca de él se encuentra el distrito de Metapán, que baña el lago de Güija, y tiene yacimientos de hierro, cobre, plata y cinc, bastante explotados. La escala marítima de esta región occidental de El Salvador es la aldea de Acajutla, situada en la extrema concavidad de una ancha bahía abierta á los vientos del Oeste y del Sur. Durante el verano, cuando soplan los vientos del Norte el fondeadero es muy seguro, pero la barra es siempre peligrosa, y la descarga no puede hacerse á menudo sino por medio de las lanchas indígenas. A pesar de sus inconvenientes, Acajutla es el puerto más comercial de la República. Su muelle de embarque es el punto de partida del primer ferrocarril construído en Salvador: sube éste por largas calles de cocoteros hacia los valles interiores, atraviesa Sonsonate y Armenia, la antigua Guaymoco, y quizá en plazo no muy lejano debe enlazarse á una vía principal de Méjico á Panamá, que pase por todas las ciudades situadas en el trayecto de la cadena de los volcanes.

San Salvador, capital del Estado, estaba ya fundada en 1525, pero no en el sitio que hoy ocupa, pues se hallaba mucho más al Norte, en el valle de Suchitoto. La ciudad actual, situada á 692 metros de altitud, disfruta de excelente posición. Se encuentra en una fertilísima llanura, que desde las vertientes orientales del volcán de San Salvador se inclina hacia el lago Ilopango, y riega sus campiñas, cubiertas de cafetales y otras plantaciones, el río Aselguate, afluente meridional del Lempa. Casi inmediatamente al Sur corren otros riachuelos que por valles paralelos descienden al Pacífico. La ciudad, ofrece, la ventaja política de ser aproximadamente el centro del Estado; y la dotan de fortificaciones naturales los anchos y profundos fosos de los barrancos, que dividen en otros tantos reductos de difícil acceso los fragmentos de la meseta. Sabido es que el suelo de San Salvador es de los que tiemblan más á menudo bajo la acción de las fuerzas interiores. La ciudad ha experimentado frecuentes sacudidas, y ha sido destruída dos veces en el siglo XIX. Por dos veces también emigraron parte de sus habitantes hacia otras ciudades de la República, y especialmente hacia Santa Tecla, situada 15 kilómetros al Noroeste en tierra más templada. Esta ciudad, convertida en capital durante algún tiempo. llegó á recibir el nombre de Nueva San Salvador; pero, expuesta igualmente á las erupciones volcánicas y á las sacudidas del suelo, apenas promete más seguridad que la primera San Salvador, y esta última, reedificada de madera con arreglo á un sistema de marcos elásticos, ha recobrado su categoría de asiento del Gobierno, pero no aún la población de más de 30.000 mil habitantes que tenía á mediados del siglo XIX. San Salvador encierra también la Universidad del Estado. Una carretera bien conservada pone á la ciudad en comunicación con su puerto, La Libertad, abierto á todos los vientos y frecuentemente peligroso. Los buques grandes fondean á más de un kilómetro de la costa, sin dejar de balancearse nunca. La Libertad es, no obstante, el punto principal de importación de la República; aunque en exportación le aventaja mucho el puerto de Acajutla.

Al Este de San Salvador el camino principal pasa por el Norte del lago Ilopango, y después por Cojutepeque, cuyo nombre suele aplicarse con frecuencia á la cuenca lacustre. Esa ciudad poblada de indios tuvo también el honor de substituir temporalmente á la capital salvadoreña, después de la destrucción de esta última en 1854. Su principal industria es la fabri-

cación de cigarros. Más allá se presentan Jiboa y después San Vicente, fundada en 1638 á orillas de un afluente occidental del bajo Lempa para substituir á la antigua Tehuacán. San Vicente, como San Salvador, tiene su puerto marítimo, designado igualmente con un nombre sonoro: es la Concordia, situada en la desembocadura del río Jiboa y cerca de las albuferas de Jaltepeque, que comunican con el río Lempa. El camino de San Vicente á su marina pasa por la falda del contrafuerte donde se eleva Opico y por la ciudad de Sacatecoluca, circundada de ricas plantaciones.

A orillas del gran río Lempa, que separa los distritos de San Vicente y de San Miguel, no hay ciudades importantes. En otro clima la población habría afluído en masa hacia ese fértil valle, cubriendo de cultivos las riberas; pero en la zona tropical, al contrario, se evitan las hondonadas, mal aireadas y pantanosas por lo común. Las ciudades más próximas al río que son, Suchitoto, Ilobasco y Sensuntepeque, están colocadas en altos donde reina una temperatura menos cálida y un viento más fresco que en el valle bajo. Chalatenango, la única ciudad salvadoreña que se encuentra en la región del Norte comprendida entre el Lempa y el Sumpul, se halla también á distancia del valle principal. En cuanto al principal² lugar de paso, la Barca, es una aldehuela de barqueros dedicados al transporte de viajeros.

La mayor aglomeración de habitantes que existe al Este del Lempa es la villa de Chinameca, poblada de mestizos y de indios, dedicados principalmente á la labranza y horticultura en las vertientes septentrionales del volcán del mismo nombre. A pesar del número de habitantes, Chinameca se reputa de orden inferior á la ciudad de San Miguel, donde los blancos y los ladinos constituyen el conjunto de la población. San Miguel es la ciudad civilizada, á la cual surten en gran parte de provisiones los trabajadores indios de Chinameca. Tiene, además, una importancia especial por sus ferias, las más famosas de Salvador. A ellas acude gente de toda la América central y de Méjico, y los precios de San Miguel regulan la marcha de los demás mercados de la República. Desgraciadamente la ciudad es una de las menos salubres del Salvador. La escala marítima de San Miguel, la Unión, no está situada como los otros puertos salvadoreños, en la costa meridional, sino en uno de los golfitos que se ramifican al Oeste de la bahía de Fonseca. Su puerto no es más que una de las abras de ese vasto conjunto

de abrigos que forman el golfo y sus archipiélagos. Se abre al extremo de una bahía secundaria que penetra en el interior del Salvador, al pie y por el lado septentrional del volcán de Conchagua; por ese punto desembocan en la bahía el Goascorán y otros ríos. Allí pueden anclar con toda seguridad las embarcaciones, pero á dos kilómetros de la costa.

IV

Estado.—Situación económica y política de El Salvador.

Á pesar de las guerras exteriores, de las disensiones civiles y de las competencias de los candidatos al poder, El Salvador es un país próspero, según lo acredita el crecimiento rápido de su población, sin el concurso de los inmigrantes. Algunos comerciantes son los únicos extranjeros que van á establecerse á El Salvador. Hoy tiene más de 1.600.000 habitantes.

El Salvador ha dado recientemente buena prueba de notable vitalidad por la rapidez con que se ha verificado allí una revolución económica. Hace poco puede decirse que el país no poseía más que un artículo de exportación: todas sus rentas tenían por origen la venta del índigo. Pero la industria europea, que cuenta ahora con las materias tintóreas extraídas de la hulla, prescinde cada vez más del índigo, y los plantadores de El Salvador han tenido que abandonar sus antiguos cultivos y empezar otros nuevos. Han substituído el índigo, en gran parte, con café, conocido antes en el comercio con el nombre de «Costa Rica», pero designado ahora según su verdadera procedencia. Han aumentado, además, sus campos de caña de azúcar y todas esas transformaciones agrícolas han ido acompañadas de progresos importantes en el conjunto de la producción. La explotación de las minas también ha aumentado mucho.

El Salvador no ha sido una República distinta é independiente hasta el año 1859. Según su constitución, frecuentemente modificada, la forma del Estado debe ser representativa; pero muchas veces no ha tenido más que un Gobierno militar, modificado por incesantes insurrecciones. Sin embargo, El Salvador gasta más en instrucción y obras públicas que en el sostenimiento de fuerzas militares.

HONDURAS

I

El país.—Montañas, ríos y lagos.

El nombre del país recuerda los tiempos del descubrimiento, cuando los pilotos, siguiendo con precaución las costas, encontraron «honduras» ó profundidades en los parajes ribereños situados hacia el interior de la bahía. Colón, el primero que en 1502 navegó por esta parte del mar de las Antillas y reconoció toda la mitad de las costas comprendidas entre los dos cabos, punta de Caxinas (Honduras) y Gracias á Dios, se vió en grandes peligros en las cercanías de los arrecifes y bancos, y la existencia de buenos fondeaderos en un mar tan peligroso era natural que sirviese para distinguir esa región del litoral. No fué, sin embargo, el gran navegante el que designó la costa firme con ese nombre, que justifican los escollos del mar adyacente. Bartolomé de las Casas habla del país de Honduras como si tal nombre fuese de origen indígena. Veintidós años después de Colón, cuando Hernán Cortés hizo su asombrosa expedición á Honduras al través del país de los mayas, los españoles denominaban la comarca Hibueras ó Higueras. En recuerdo de España se llamó también Nueva Extremadura.

Convertida en una de las provincias del virreinato de Guatemala, y separada luego de la madre patria con el resto de la América Central, después de tres siglos de dependencia, la tierra de Honduras es ahora una de las cinco repúblicas hermanas. Al pronto parece que su situación junto al centro de la región de los istmos, los excelentes puertos que tiene en los dos mares y la salubridad y la facilidad de acceso de sus mesetas, debían darle cierta preponderancia entre los Estados de la América Central. Al contrario: lejos de esto, Honduras es la que progresa más lentamente. Su estado de inferioridad dimana

en gran parte de sus mismas ventajas. Bajo el régimen español, los puertos y cultivos de su ribera atlántica atraían á los piratas, y poco á poco fué despoblándose el país hasta muy adentro, mientras que en la vertiente del Pacífico, donde las poblaciones tenían menos riesgo que correr, Honduras sólo tiene un reducidísimo territorio. La comarca se repuebla, pero los cálculos más favorables no le asignan más de 3 habitantes por kilómetro cuadrado de superficie.

La forma de Honduras guarda correspondencia con la de Guatemala. Los dos Estados presentan una disposición triangular; pero el uno tiene por base el litoral del Pacífico y por vértice una estrecha zona ribereña perteneciente á una bahía del Atlántico, al paso que el otro se desarrolla principalmente á orillas de este Océano y termina en el mar del Sur por un haz de penínsulas y de islotes que ocupan el fondo de un golfo. Los límites del Estado, en casi todo su desarrollo, no son líneas geométricas puramente convencionales, sino accidentes de la naturaleza, ríos y montañas. Al Noroeste, el país está separado de Guatemala por una frontera sinuosa, que asigna á Honduras, es cierto, el valle guatemalteco de Copán, pero que coincide, en términos generales, con las crestas de las montañas de Merendón, de Espíritu Santo y de Grita, y va á terminar, siguiendo el curso del riachuelo Tinto, en una de las bahías secundarias del golfo de Honduras. La frontera con El Salvador la forman principalmente, cursos de ríos—el Sumpul, el Lempa, el Torolá y el Goascorán—; y, en fin, por la parte de Nicaragua, el límite en la vertiente de la bahía de Fonseca es el riachuelo Negro. Luego una importante cordillera, la de Dipilto, constituye á la vez una barrera política y una divisoria entre la cuenca del Choluteca, que va al mar del Sur, y la del Ocotal, que por el Segovia se dirige hacia el Atlántico.

El interior de Honduras, en cuanto uno se aleja de las poblaciones y de los caminos frecuentados, se conoce muy imperfectamente aún, y queda por hacer más de un descubrimiento. En general puede decirse que el país, dividido en dos vertientes muy desiguales, limitadas por la cresta de una sierra madre, se extiende paralelamente al litoral del Pacífico, á una distancia media como de 100 kilómetros. Esa sierra madre es mucho más abrupta por la pendiente meridional, vuelta hacia el gran Océano, que por la opuesta, inclinada hacia el mar de las Antillas. El declive del Sur debe considerarse más bien como la vertiente de una tierra alta, de una meseta, dividida por los

rios en grupos diferentes. Además de eso, es muy desigual; y, aunque á distancia ofrece el aspecto de una muralla continua, hállase interrumpida, si no por brechas, al menos por depresiones profundas. Al Oeste, cerca de la frontera de Guatemala, esa muralla se desprende del núcleo de Merendón bajo el nombre de sierra de Pacaya (2.000 metros), y se yergue para formar otro nudo montañoso, la sierra de Selaque, de donde irradian las aguas corrientes en todas direcciones. Allí se elevan probablemente los picos más altos de Honduras, que exceden de 3.000 metros. Más allá el relieve se deprime y encorva, y después se eleva de nuevo de Oeste á Este, para formar las montañas de Opalaca y la sierra de San Juan. Al extremo de esta cadena se abre el gran valle de comunicación entre las dos vertientes fluviales del Humnya al Norte y el Goascorán al Sur. Sólo lomas exiguas, como los collados de Guajoca (696 metros) y de Rancho-Chiquito (726 metros) marcan aquí la divisoria.

Al otro lado de las lomas continúa la cadena principal bajo el nombre de sierra Lepaterique. A poco se bifurca, y mientras el ramal del Norte se une á las montañas que se dirigen al Nordeste para ir á morir cerca del cabo Gracias á Dios, el ramal del Sur, llamado Sierra de Ule, corre hacia el Sudeste para penetrar en Nicaragua y formar su eje principal. La cadena de los volcanes, que en el Salvador y en Nicaragua se ha erguido entre la Sierra Madre y el litoral oceánico, falta completamente en la tierra firme de Honduras, pero está representada en las islas hondureñas de la bahía de Fonseca. Con un levantamiento poco considerable del fondo marino se unirían estas islas al continente, y quizá la mayor, Sacate Grande, quedara enlazada á la costa en un porvenir próximo mediante un viaducto de vía ferrea. Sacate Grande eleva á 600 metros de altura varios de sus mogotes basálticos cubiertos de sacate, en donde pacen numerosos ganados. La isla del Tigre, situada más al Sur, levanta su cúpula perfecta de lavas antiguas á la altura de 789 metros.

Las montañas de la vertiente atlántica no son mogotes aislados como las rocas volcánicas de Sacate y del Tigre: pertenecen á ramificaciones de la Sierra Madre. El grupo del Merendón destaca hacia el Noroeste, entre el valle guatemalteco de Motagua y el valle del Chamelicón, la larga cresta del Espíritu Santo y la Grita, cuya altura media pasa de 2.000 metros. Los montes de Omoa, que forman el linde extremo en la cercanía del golfo y del puerto del mismo nombre, alcanzan 3.000 me-

tros quizá. Estos picos se cuentan entre los más elevados de Honduras, y ofrecen un aspecto tanto más grandioso cuanto que se descubren íntegramente desde el mar, rodeados de bosques. Otra cadena, ramal septentrional de las montañas de Opalaca, termina en un enorme macizo casi aislado, el monte Puca, circundado de ríos. Los montes de San Juan, que dominan la depresión del camino interoceánico, se prolongan también hacia el Norte mediante los Montecillos y la Sierra de Cancchia, que dan frente á los montes de Comayagua, situados al Este del otro lado de la depresión. Los montes de Lepaterique se unen al Este con la sierra de *Chile*, que constituye el nudo central desde donde se ramifican en diversos sentidos las cadenas separadas por valles profundos. En fin, la línea divisoria entre Honduras y Nicaragua, es una arista mayor, la cordillera de Dipilto, que se prolonga hasta el ángulo del continente entre las dos costas rectilíneas de Honduras y el *País de los mosquitos*. Hacia el Nordeste se dirige otra arista, llamada del Misoco; y á una ramificación de esas montañas pertenece quizá el Paya (1.130 metros), que se eleva cerca del cabo Camarón, á orillas del Atlántico. Los macizos de Sulaco y de Pijá, que se alzan en el centro del país sobre un zócalo de tierras altas de 1.000 metros de altitud, por lo menos, se ligan también al nudo de *Chile*. No se han medido sus cimas, pero los marinos han podido determinar la altura de los pitones de Congrehoy, que limitan por el Norte el borde de la meseta de Honduras, y parecen formar una cadena distinta, paralela á las islas llamadas «de la Bahía». El pico más alto de Congrehoy alcanza 2.450 metros. Algunos de los montes del interior se han designado como volcanes, pero sin pruebas, porque no se han visto sus erupciones, ni á ellos ha subido ningún geólogo.

Honduras, país bien expuesto á las lluvias del Atlántico, está surcado por muchos ríos y arroyos, y no tiene, como Méjico y Guatemala, cuencas cerradas donde las aguas se pierden. Por el Oeste, el primer río caudaloso es el Chamelicón, llamado también Chamlico, que nace en las montañas de Merendón, y corre paralelamente al río guatemalteco de Motagua, del cual lo separan las cadenas del Espíritu Santo y de Grita. Después de un curso que se estima en más de 250 kilómetros, y que cortan multitud de raudales, termina en un delta, uno de cuyos brazos desagua en la laguna de Puerto Caballos, mientras que el otro rodea una montaña cónica aislada, de 194 metros de altura, para llegar al mar. La cuenca del

Chamelicón, encajonada entre los montes, tiene poca anchura para recibir grandes afluentes; pero á él mismo se le puede considerar como una especie de afluente del Ulúa, porque todo su curso inferior, en una longitud de 50 kilómetros, se desarrolla paralelamente á ese río en la misma llanura baja, y bastaría para unirlos una cortadura practicada en las tierras de aluvión. En tiempo de crecidas se forman golas y canalizos temporales que mezclan las dos corrientes. El Ulúa, aun sin el Chamelicón, es ya el mayor río del país. Su cuenca, que abraza próximamente el tercio, ocupa al Sur un espacio enorme, desde las montañas de Merendón hasta las de *Chile*. Del Oeste descienden el Santiago ó Venta, engrosado por el río Santa Bárbara, y diversos emisarios del gran lago Yojoa. Del Sur, es decir, de la divisoria de Comayagua, baja el Humuya, que puede considerarse como la rama principal, no por la masa líquida, sino por la dirección general del valle. Del Este parte el Sulaco.

El lago de Yojoa ó de Taulebe, cuyo sobrante contribuye á hacer del Ulúa un río majestuoso, tiene la forma de un valle de montañas, y se encorva á modo de media luna de Sur á Norte. Es un «bolsón», como otros muchos valles de las regiones altas de Honduras, circuido por todos lados de rocas calizas. Los demás bolsones del país se han vaciado, pero el lago de Yojoa subsiste aún.

Al Este del Ulúa y de la ancha llanura baja de Sula, que parece un golfo cegado, descienden de las montañas de Congrehoy algunos ríos muy cortos. No vuelven á encontrarse corrientes caudalosas hasta después del cabo de Honduras ó Punta Caxines, ya marcado por Colón. El río Aguán ó Romano desemboca en el mar por dos corrientes más accesibles que el Ulúa, aunque siempre peligrosas. Ese río que atraviesa una de las regiones forestales de Honduras más ricas en arenas anriferas, tiene, según se dice, 200 kilómetros de desarrollo; pero cede en caudal al Patuca, cuyos diversos afluentes nacen en las montañas de Misoco y de Chile, y se unen antes de entrar en un desfiladero formidable, que se llama Portal del Infierno.

Todo el litoral atlántico de Honduras está bañado por aguas navegables á corta distancia de tierra, pero cuya profundidad, sin embargo, es inferior á 100 metros. El zócalo submarino, donde la sonda desciende casi bruscamente de 100 á 1.000 metros, sigue la costa á una distancia media de unos 30 kilóme-

tros, y en ese zócalo sumergido se elevan bancos, escollos y hasta islotes. Más allá del cabo Camarón la meseta de arrecifes se aleja rápidamente de las costas para abrazar el extenso banco de Mosquitia ó *Mosquito-bank*, que avanza á más de 200 kilómetros en dirección á la Jamaica. Esa meseta submarina, cubierta por término medio de un espesor de agua de unos 40 metros, reproduce al Este de Honduras y de Nicaragua la formación que presenta la meseta sumergida del Yucatán. Es también una inmensa laja caliza sobre la cual se elevan hileras ó archipiélagos de corales donde el mar extiende sus rompientes.

De esas producciones coralígenas del banco de Mosquitia, sólo una merece el nombre de isla, Utila, que forma parte, á la vez, de la hilera á que se da especialmente el nombre de Islas de la Bahía ó *Bay-islands*. Utila, que ocupa el extremo occidental de esa hilera, se encuentra precisamente á la orilla del banco de Sondas; su costa septentrional es, pues, muy acantilada, y los fondos descienden allí bruscamente á más de 400 metros, mientras que, al Sur, el estrecho comprendido entre la isla y la tierra firme está sembrado de arrecifes y no tiene más de 55 metros en el sitio más hondo. Las restantes islas, Roatán, Elena, Barbareta ó Borburata y Bonaca, alineadas de Oeste-Sudoeste á Este-Nordeste, se bañan por entero en el mar profundo. Diez kilómetros al Noroeste de Roatán se encuentran ya 3.485 metros de agua; al Sur los fondos tienen un millar de metros. Roatán, que es la mayor de las islas, mide 50 kilómetros de longitud, y la prolongan los dos islotes: Elena y Barbareta, sustentados por el mismo zócalo de corales.

Los dos ríos más caudalosos de la vertiente meridional de Honduras son el Goascorán, que en la parte baja de su curso sirve de límite entre El Salvador y Honduras, y el Choluteca, cuya cuenca pertenece por entero á la República hondureña y que es el que lleva más agua de los dos. Nace en la vertiente septentrional de las montañas de Lepaterique y describe una gran curva al Norte de la cadena principal; después la atraviesa por una serie de desfiladeros, y, llegado á las llanuras ribereñas del Pacífico, entra en la bahía de Fonseca formando un ancho estuario. Las embarcaciones indígenas suben toda la parte del río que engruesa la marea.

La bahía, ó, mejor, el golfo á que Gil González de Avila dió en 1522 el nombre de Fonseca, en honor del temible prelado que iracundo persiguió á Hernán Cortés, es una dilatada

cuenca que ocupa más de 2.000 kilómetros cuadrados de superficie. De los cuatro pasos que toman las embarcaciones para penetrar en el interior de la bahía, el más estrecho, el que existe entre las cimas volcánicas de Conchagua y de Conchaguaíta, tiene más de 3 kilómetros, con una profundidad media de unos 12 metros. En el interior del continente se ramifican bahías secundarias, y las dos mayores—al Sudeste la del Estero Real en Nicaragua, y al Noroeste la de la Unión en el Salvador—se hallan orientadas precisamente en el mismo sentido que la cadena principal, el eje de los volcanes y el litoral del Pacífico.

La gran altura de Honduras, que forma un conjunto de mesetas, de vertientes y valles de un millar de metros de altitud, por lo menos, templá notablemente el clima; pero en las partes bajas del litoral es muy cálido é insalubre para habitantes que no sean los caribes «negros». Las costas más insanas son la del Atlántico, á causa de la mayor humedad que llevan allí los vientos alisios, cargados de vapores. La temperatura media de los puertos atlánticos de Honduras oscila entre 24 y 28 grados centígrados, mientras que en el centro del país, en la ciudad de Comayagua, que se encuentra á la altitud de 610 metros, el termómetro indica 2 ó 3 grados menos de calor anual. En la capital, Tegucigalpa, cuya altitud es de 1.032 metros, la media es probablemente de 20 grados, y los meses de invierno tienen una temperatura bastante fresca para que los indígenas se quejen realmente de frío.

Uno de los árboles característicos de Honduras es el pino, que se encuentra en todas las partes elevadas del territorio y aun en las dos vertientes, llegando hasta cerca del mar en la costa del Pacífico. En estos bosques viven enjambres de golondrinas. Al rayar el alba suben por los aires en espiral, nubes tan espesas de aquellos pájaros, que parecen una columna de humo, y á la tarde vuelven á bajar del mismo modo con un ruido semejante al del huracán.

II

Indígenas de Honduras.—Caribes.

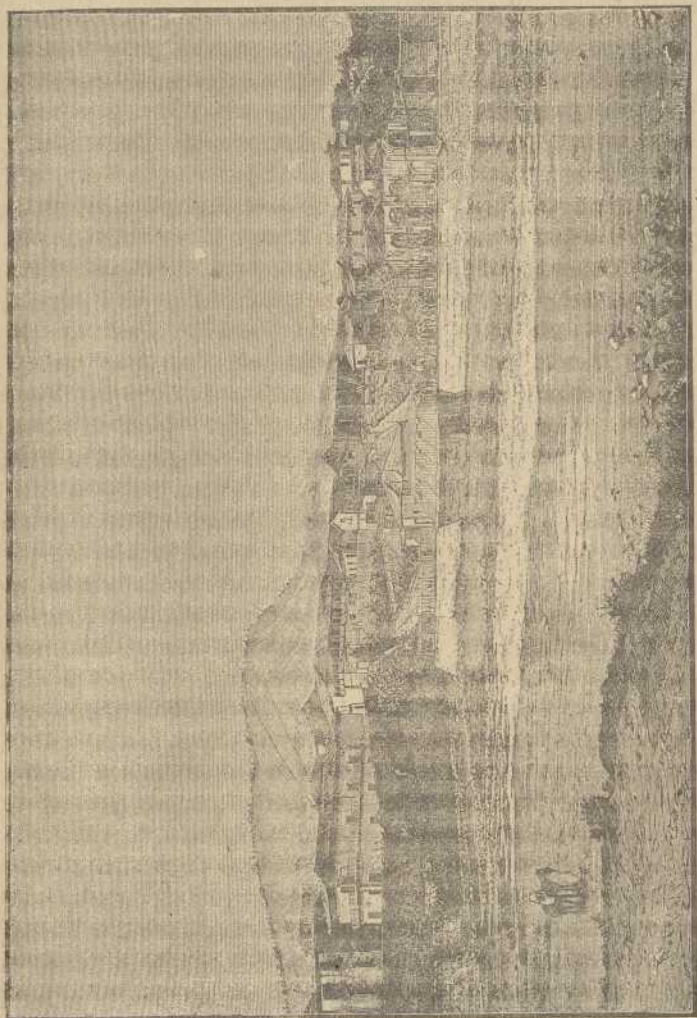
Según las estadísticas más ó menos aproximadas que se han hecho de la población de Honduras, las tres cuartas partes de los habitantes son ladinos, y siempre va aumentando con gran

ventaja de ese elemento de mestizos españoles. Los indios puros, ó, más bien, los que viven acantonados aparte, ya cerca de la población civilizada, ya aislados en los montes, parece que no llegan siquiera á 70.000. Por lo demás, todos esos indígenas «mansos» ó «salvajes», viven en paz con sus dominadores de lengua española y reconocen su autoridad. El trabajo en las plantaciones, en los puertos y en los caminos, y el comercio del polvo de oro, de los productos forestales, de la caza y de la pesca, acentúan la intimidad de las relaciones y contribuyen á hacer un mismo pueblo de las dos razas antes enemigas. A la llegada de los españoles, la resistencia de los indígenas de Honduras fué valerosa y tenaz. No cundió [el exterminio hasta el interior de las tierras, pero en el litoral y en las orillas de los ríos navegables, los piratas ingleses y franceses, se llevaron á los habitantes para venderlos como esclavos en las plantaciones de las Antillas, donde todos debían perecer.

En la parte occidental de la República viven indios de la misma lengua que algunas tribus de Guatemala. Tales son los chortís de Copán, hermanos de los pokomanes, y pertenecientes, como ellos, á la estirpe maya. En su territorio se han encontrado las ruinas prehistóricas más notables de Honduras, y se cree que los constructores de esos edificios eran los antepasados de los indios que habitan aún en el país. Los indígenas de Honduras se designan actualmente con el nombre general de lenca. [En toda la región de la meseta, aun cerca de las dos capitales, Comayagua y Tegucigalpa, existen aldeas habitadas exclusivamente por ellos.

Todos se parecen físicamente: fornidos, bajos, pero de extraordinaria fuerza, como andarines y mozos de carga, representan, mejor aún que los mejicanos, el tipo de la dulzura resignada, de la bondad melancólica. Los más indómitos parecen los toacas, que viven á orillas de los altos afluentes del Patuca y lanzan á ese rápido y peligroso río las vigas de cedro tan ligeras como sólidas. Los tejedores toacas son muy hábiles en la fabricación de telas de algodón ó de seda basta mezclada con plumón de ave. Hablan un dialecto distinto del de los otros lenkas. Los xicacos tienen también un idioma particular. En número de unos 5.000 viven aparte de los blancos y sólo tienen relaciones con ellos por medio de los caciques; sin embargo, éstos deciden á veces á sus tribus á desbrozar tierras para los plantadores extranjeros. Los payas ó poyas del río Negro,

en las inmediaciones del cabo Camarón, han conservado las costumbres patriarcales, y, como los pueblos de los Estados Unidos, habitan grandes casas comunes, de forma oval y de



Vista de Tegucigalpa. (Dibujo de Barclay.)

unos 25 metros de largo por 10 de ancho, donde cada familia tiene su compartimiento. Al extremo de la vivienda se reserva un espacio limitado por un cortinaje de ramas verdes para las mujeres enfermas ó recién paridas. Los payas preparan una

bebida fermentada mezclando cazave y maíz. Se llaman católicos, como los demás indios de Honduras, pero esa profesión de fe es un simple acto de docilidad hacia la raza dominante de los blancos ó *cristianos*.

Después de exterminados ó rechazados los indios que vivían en el litoral, se multiplicó bastante el número de negros en las costas de Honduras. Se dice que á principios del siglo xvii encalló un gran barco negrero en los bancos próximos al cabo Gracias á Dios, y que los africanos que se salvaron del naufragio fundaron en ese sitio una pequeña república independiente. Más tarde fueron á establecerse en el mismo país negros fugitivos de la Jamaica y de otras Antillas; luego algunos plantadores ingleses importaron esclavos y fundaron pueblos, con la esperanza de conquistar el país. Los negros libres que los habían precedido les sirvieron de cazadores para ir á cautivar á otros hombres ó someterlos á tributo. A fines del siglo xviii, esa población de inmigrantes negros, transformada poco á poco por los cruzamientos, apenas se componía ya más que de zambos ó mestizos de negros é indios. Abundaban principalmente en las orillas del bajo Patuca y en las sábanas inmediatas de las lagunas Brus y Caratasca; pero una nueva invasión los rechazó á casi todos á Nicaragua, hacia las costas de la Mosquitía. Los invasores caribes eran también desterrados. En esa lucha incesante de pueblo contra pueblo y de raza contra raza, los negros habían sido transportados de su tierra de Africa, de igual manera que los caribes habían tenido que salir de su Antilla natal de San Vicente. Algunos buques ingleses embarcaron en 1796 á 5.000 de ellos, para hacer sitio á blancos acompañadas de negros esclavizados, y los dejaron en la playa de Roatán, la isla principal de la bahía de Honduras. Creíase que esta deportación en masa de todo un pueblo tendría por consecuencia inevitable la extinción de la raza caribe; pero, al revés, después de las primeras dificultades del destierro, los recién llegados se amoldaron perfectamente á la tierra donde tenían que vivir. Gran número se quedaron en Roatán, donde se hicieron pescadores y horticultores; otros fueron á establecerse en las islas occidentales del archipiélago; pero la mayoría aceptaron la invitación del Gobierno español, que les ofrecía tierras en la costa firme de Honduras, en los alrededores de Trujillo. Poco á poco la población caribe derivada de los proscritos de San Vicente ha venido á ser la dominante, no sólo en las islas de la bahía, sino en todo el litoral hondureño y

guatemalteco y en toda la parte meridional de Honduras británica. Se estima su número en unos 20 millares. Ellos son los que ocupan el puesto de los indios que hizo desaparecer la trata, y con ellos hay que contar para el desarrollo de todos los recursos del país. Además de ser labradores y hortelanos, van al bosque á cortar la madera de caoba, la disponen en forma de balsas y la cargan á bordo de los buques; pescan, construyen las embarcaciones, transportan las mercancías y sirven de intermediarios entre los comerciantes del interior y los de fuera. Varios tienen plantaciones de caña de azúcar y de tabaco, y son los iniciadores de las industrias locales. La mayoría de los desterrados de San Vicente eran «caribes negros», es decir, mestizos ya de africanos, y desde su llegada á Honduras ha crecido más aún la mezcla de las sangres. Los diversos cruceamientos, así como los contrastes de ocupaciones y medios, han creado grandes diferencias; pero en general puede decirse que esos «indios negros» son de buena estatura, bien formados, de una fuerza muscular excepcional, de una destreza notable y de mucha actividad para el trabajo. Les gusta vestir, como á todos los criollos de las Antillas, y cuidan mucho del aseo de sus personas, de sus viviendas y de las calles de sus pueblos. Casi todos los caribes hablan más ó menos bien tres lenguas: el idioma de sus antepasados de las Antillas, el inglés y el español; y se prevé el día en que el habla materna acabará por caer en desuso.

III

Poblaciones de Honduras.

El departamento más occidental del Estado es el de Copán. La ciudad de Copán, que ha dado su nombre á esa división administrativa, aunque no es su capital, se ha hecho famosa por las ruinas de monumentos anteriores á la conquista. El principal edificio, situado inmediatamente á orillas del río Copán, 1.200 metros al Este de la aldea, se eleva á 20 y hasta 32 metros de altura, y mide 190 de longitud. De las grietas brotan árboles y el borde del muro se halla enteramente cubierto de follaje. Una brecha, que ha valido al monumento el nombre español de *las Ventanas*, descubre el espeso bosque que llena los atrios y patios del antiguo templo. Los otros muros del recinto, mu-

cho más irregulares que el del ribazo, aparecen guarnecidos de pirámides é interrumpidos por anchas escaleras, cuyas losas han levantado y derribado las raíces de los árboles. La vegetación ha desalojado también de su sitio, y medio enterrado á veces, los ídolos que allí abundan. Son monolitos de arenisca labrados con una profusión de detalles que no superaban por los artistas de los templos indios. La figura central, de proporciones colosales, y modelada con gran esmero, representa un personaje con las manos sobre el pecho. En torno de este motivo central se agrupan relieves de todas clases, símbolos y jeroglíficos, poco diferentes, en su forma, de los que cubren los monumentos mayas. El pueblo de Cachapa, que se encuentra 12 kilómetros más arriba de Copán, ocupa también el emplazamiento de una ciudad arruinada.

El valle alto de Sensenti, rodeado de un círculo de montañas—Merendón, Pacaya y Selaque—, es una admirable llanura y cuyo fértil suelo da á la vez los productos de la zona tropical y los de la zona templada. Por eso, su población fué muy importante en lo antiguo, y allí fué donde Lempira, el cacique indígena que resistió tan enérgicamente á los conquistadores, reclutó su ejército, un ejército más numeroso que todos los habitantes actuales de la comarca. El río que pasa por Sensenti, el Venta ó Santiago, brazo occidental del Ulúa, riega las campiñas de Santa Rosa, capital del departamento de Copán, desde donde se expiden los mejores tabacos de Honduras. Otro brazo del Ulúa, el Mojocote, atraviesa por Gracias, capital también de un departamento de los más ricos en filones metalíferos, y una de las primeras ciudades que fundaron los españoles: Chaves, teniente de Alvarado, se estableció allí en 1536.

Santa Bárbara, que se encuentra asimismo en la cuenca del Venta, á orillas de un afluente lateral, es la capital del departamento privilegiado que posee la rica llanura de Sula, las tierras aluviales del bajo Ulúa y del Chamelicón y los mejores puertos de la costa atlántica. Pero las campiñas de Sula, muy populosas antes de la conquista, están ahora casi desiertas, y van repoblándose lentamente. La ciudad de San Pedro de Sula, situada al Oeste de la llanura que le ha dado su nombre, en los terrenos inclinados hacia la orilla izquierda del Chamelicón, es el centro agrícola más importante de la comarca. Los habitantes no se limitan ya á cortar la madera de caoba en los bosques, é coger la zarzaparrilla, el cacao silvestre y otras producciones espontáneas, sino que desbrozan el suelo para plantar cocote-

ros y árboles de caucho, caña de azúcar y sobre todo café. También se cría ganado en las llanuras para venderlo á los ingleses de Belize. La industria manufacturera [contribuye igualmente á la prosperidad del comercio local con sus sombreros de *palmilla*, tejida sobre todo cerca del lago de Yojoa.

Los puertos del departamento de Santa Bárbara y de toda la vertiente del Atlántico hasta Comayagua son Puerto Cortés y Omoa, situados los dos al Oeste de las tierras bajas del Ulúa y del Chamelicón. Puerto Cortés debe su nombre al conquistador de Méjico, que lo fundó en la época de su expedición á Honduras; pero durante mucho tiempo ha sido muy usual la designación de Puerto Caballos. Esta abra, defendida de los vientos del mar por una lengua de tierra que avanza de Este á Oeste, es muy amplia y profunda; y á ella van á cargar los buques de gran porte á algunos metros de la ribera. A pesar de todas sus ventajas, Puerto Caballos estuvo abandonado durante mucho tiempo. Para defender el puerto contra los piratas hubiera sido menester construir fortificaciones en varios sitios, mientras que, estableciéndose en el puerto de Omoa, que se abre por un estrecho paso 10 kilómetros más al Oeste, bastaba para proteger el fondeadero, un fuerte que dominase el boquete. Desde que los corsarios no infestan ya esos parajes, los traficantes han podido volver á Puerto Cortés. Sin embargo, Omoa conserva una parte del comercio exterior de Honduras, y en el porvenir cuando haya hecho algunos progresos la industria, no dejarán de explotarse las hermosas canteras de mármol blanco que se han descubierto en la montaña, inmediatamente encima del pueblo. Asegura la preponderancia á Puerto Cortés el ferrocarril, que empieza en el desembarcadero mismo para dirigirse al Sur hacia San Pedro de Sula, y más tarde hacia Camayagua y la vertiente del Pacífico. Puerto Cortés es la ciudad de Honduras donde hay más extranjeros, ingleses y norteamericanos. La antigua ciudad de Naco, famosa en tiempo de la conquista, debía hallarse en las inmediaciones, quizá en las bocas del Chamelicón.

Los puertos vecinos situados al Este del Ulúa, Puerto Sal y Triunfo de la Cruz, no son más que fondeaderos poco frecuentados y de donde hay que alejarse en cuanto empiezan á soplar los vientos del Norte. La larga playa de Ceiba, tuerce al Este del cabo Congrehoy, y ha adquirido cierta importancia comercial como marina del departamento y de la aldea de Yoro, situada á 100 kilómetros en el interior. Los barcos de un cala-

do medio van allí á cargar plátanos y otros productos. Mucho más visitado es el puerto de Progreso, en una entrada de la costa meridional de la isla de Boatán, perfectamente abrigada y enteramente inaccesible á los vientos; pero ese beneficio se obtiene al caro precio de la infección del aire. La atmósfera estancada llega á ser tan funesta, que los forasteros son víctimas de fiebres perniciosas á los pocos días de llegar, y sucumben fatalmente, si no se alejan. En cuanto á Trujillo, fundado en los primeros tiempos de la ocupación española, en 1524, y elegido por capital del nuevo departamento de Colón, después de haberlo sido de toda la comarca, se halla admirablemente dispuesto para el comercio; lo mismo que Omoa y Puerto Cortés, se halla resguardado de los vientos alisios por una larga península, orientada de Este á Oeste. En la profunda y abrigada rada pueden fondear los mayores buques. En otros países, Trujillo habría llegado á ser un centro de convergencia de numerosas líneas de navegación; sin embargo, apenas es más que una aglomeración de chozas. Algunos cientos de habitantes, casi todos caribes, bastan para dar salida á la caoba que se corta en los bosques de Yoro, á la zarzaparrilla, al ganado, á las pieles y metales, que las caravanas de arrieros llevan de la provincia de Olancho por el valle del Aguán ó río Romano. En una extensión de unos 200 kilómetros esas caravanas cruzan un país enteramente desierto.

Este país de Olancho es una de las regiones de la tierra que merece mejor el nombre de Paraíso, dado á otro departamento de Honduras. El clima de sus altas llanuras es perfectamente sano; el suelo es muy fértil, y en él alternan las praderas con los bosques, y los pastos con los terrenos por desbrozar. En todos los valles, circuidos de pintorescos montes cubiertos de vegetación forestal, corren multitud de riachuelos, cuyas arenas explotan los buscadores de oro. Cerca de un afluente del Patuca, que también arrastra partículas de oro, se agrupan las casas de Jutigalpa, pueblecito de mestizos españoles, y en las inmediaciones se encuentra Catamacas, población india, cuyos habitantes, activos é industriosos, siempre se han mostrado dóciles. Pueden exportarse las mercancías de Olancho, ya por el camino de Trujillo, ya al Oeste por los senderos de montañas que bajan hacia el valle del Choloteca, bien al Noroeste por el río Patuca, que las piraguas de los caribes remontan hasta el puerto de Delón, á algunas leguas de Jutigalpa.

El departamento de Comayagua puede considerarse, con el

de la Paz, como el país divisorio entre la vertiente del Atlántico y la del Pacífico, aun cuando riega á entrambos el Humuya, una de las ramas principales del Ulúa. En su territorio se encuentran los pasos fáciles de uno á otro mar. Comayagua ó «Meseta de los Manantiales», capital del departamento de su nombre, y antiguamente de la República, se eleva á 610 metros de altitud en una llanura muy extensa que se halla casi exactamente entre los dos mares. Alonso de Cáceres, que la fundó en 1540, había recibido, efectivamente, el encargo de «buscar un punto bien situado para edificar una ciudad á mitad de camino entre los dos Océanos». Antes de 1827, Comayagua tenía entonces el nombre español de Nueva Valladolid. Era muy importante en comparación de las demás capitales de la América central; habitábanla, según se dice, 18.000 personas; pero los «serviles» de Guatemala la sitiaron y saquearon, y desde entonces no ha vuelto á levantarse. La mayoría de las poblaciones del contorno, especialmente en el departamento de la Paz, están habitadas por los descendientes de los lencas, y en ninguna parte del país se ven tantas ciudades arruinadas, anteriores á la conquista.

Al Oeste del departamento de la Paz, cuya capital, designada actualmente con el mismo nombre, es la antigua ciudad de las Piedras, posee Honduras otra circunscripción, la de Intibucá, situada en las montañas de la vertiente del río Lempa, confinante con El Salvador. El pueblo principal es el de Esperanza, construido á 1.585 metros de altura en las tierras templadas donde se cultivan el maíz y el trigo. En esa parte de Honduras se encuentran las preciosas minas de ópalo de Erandique. Cerca del pueblo de Virtud, situado en la misma región montañosa, está la gruta de donde rezuma la famosa «agua de sangre», líquido rojo que se coagula al caer y se corrompe difundiendo el olor de la sangre. Allí depositan sus larvas los insectos, y los perros y los pájaros van á comérselas. Ese agua debe su color y sus propiedades á las algas que en ella crecen y á las materias animales que pululan en su seno.

La parte más poblada de Honduras es la cuenca del río Choluteca que baja al Pacífico. Esta región constituye una prolongación de El Salvador por el Este y continúa en las populosas campiñas del Sur de Nicaragua. La cuenca superior del río, es la que forma el departamento de Tegucigalpa. La capital que lleva ese nombre, y que citan los anales del país desde el año 1762, adquirió casi de repente gran importancia como centro

de una región muy rica en minerales de plata y oro. Desde 1778 hasta 1819, el valor anual de los metales que allí entraban oscilaba entre 20 y 25.000.000 de pesetas. Durante ese periodo,



Paisaje de Honduras. (Dibujo de Menard.)

el distrito de Tegucigalpa dió cerca de 1.000 millones al comercio de metales. Las guerras, las revoluciones y las oscilaciones del valor del mineral redujeron á poca cosa la exportación minera de Tegucigalpa, pero ha recobrado mucha actividad.

Esa ciudad, elegida desde 1880 como asiento del Congreso, y capital de la República, es sin comparación la más populosa de Honduras, y crece de año en año. Se alza en forma de anfiteatro al pie de una escarpada montaña, y domina la orilla derecha del Choluteca, unida á la izquierda por un puente de diez arcos. La ciudad de la opuesta margen, Concepción, está ya unida á Tegucigalpa.

Otros dos departamentos, igualmente ricos en minas, se suceden en la cuenca del Choluteca: el uno, cuya capital es Yuscarán, fundada ó mediados del siglo XVIII, lleva el nombre merecido de Paraíso; el otro se distingue con la misma denominación que el río y la nación india que habita sus márgenes. La capital, Choluteca, construída en la orilla izquierda, del estuario, fué la antigua Jerez de la Frontera. Algunas embarcaciones suben hasta esa población. Nacaome, á orillas del riachuelo del mismo nombre, que desagua también en la bahía de Fonseca, pero mucho más al Oeste, tiene manantiales minerales muy estimados, que en un clima menos abrasador atraerían gran número de visitas. El puerto de Nacaome es San Lorenzo, abierto al extremo septentrional de la bahía del mismo nombre. Los barcos encuentran allí profundidades de siete metros hasta corta distancia de la ribera.

El puerto de Honduras en el Pacífico se halla enfrente de Sacate Grande, en la costa Noroeste de la isla del Tigre, antigua guarida de piratas. Ha recibido el nombre de Amapala, como el promontorio salvadoreño situado á la entrada de la bahía de Fonseca. Las islas del archipiélago de Fonseca, Sacate Grande y Tigre, pertenecían antes á la República del Salvador. Esta República permitió á las fuerzas de Honduras ocuparlas en 1833, en pago de un auxilio militar. La Gran Bretaña y la República de los Estados Unidos se disputaron á mediados del siglo la posesión de esa isla, restituída finalmente á la América Central en 1850.

IV.

Estado económico y político de Honduras.

Aun cuando una mitad de Honduras es todavía, por decirlo así, un dilatado desierto, la población ha crecido mucho y se ha triplicado, por lo menos, desde comienzos del siglo anterior.

Hoy su población es de unos 800.000 habitantes. Como en Europa y en los Estados Unidos, el número de mujeres supera al de los hombres, á pesar de nacer más niños que niñas. La inmigración es casi nula, y los inmigrantes son ladinos de las otras repúblicas de la América Central é «ingleses» de Belize ó de la Jamaica. Los verdaderos extranjeros americanos del Norte, españoles, franceses, etc., no llegan siquiera á medio millar.

Honduras no es un país industrial, y apenas se cuenta siquiera entre los agrícolas, porque sus producciones no sirven casi más que para el consumo local. Los platanales, los cafetales y las plantaciones de árboles de caucho no han adquirido importancia hasta estos últimos años; no obstante, el tabaco de Copán y de Santa Rosa es muy apreciado desde hace tiempo. Una parte de los índigos que se venden en las ferias del Salvador, procede del Occidente de Honduras. Los quesos ordinarios, llamados mantequillas, suelen ser del mismo origen. Después del oro y la plata, la exportación más productiva de Honduras era hace poco la de las maderas, principalmente de la caoba. En los bosques de Honduras es donde se encuentran los ejemplares más hermosos de ese árbol; pero los leñadores han visitado ya casi todos los sitios donde se erguan los troncos más majestuosos y de más amplio ramaje: son las tierras aluviales del Norte, surcadas de los ríos y de golgas, y fácilmente accesibles á las embarcaciones. Los que buscan la madera tienen que internarse más cada año y construir caminos más largos de explotación.

El Gobierno de Honduras sólo se diferencia en algunos detalles de los de las otras repúblicas de la América Central. Ofrece también instituciones parlamentarias, modificadas frecuentemente por golpes de Estado. En tiempos normales, el presidente es elegido por cuatro años mediante sufragio universal, y gobierna con ayuda de un Consejo de siete ministros. El poder legislativo pertenece á un Congreso compuesto de 37 individuos elegidos por los diversos departamentos en proporción al número de habitantes.



Una aldea de Nicaragua. (Dibujo de Vuillier.)

NICARAGUA

I

Historia.—Montañas.—Ríos.—Lagos.

La República de Nicaragua, cuyo nombre reproduce, quizá bajo forma española, el de un cacique que encontraron los conquistadores, es el mayor de los seis Estados de la América Central, pero el menos poblado en proporción á su superficie. No obstante, en su territorio se encuentra el verdadero centro de la región de los istmos y uno de los puntos cardinales de la historia del Nuevo Mundo. Esta región privilegiada es la estrecha lengua de tierra comprendida entre la costa de los lagos Managua y Nicaragua y la del Pacífico. Allí reinaba precisamente el famoso cacique Nicarao, patrón después de la República hispanoamericana.

Nicaragua tuvo que sufrir, como Honduras, incursiones de corsarios en su vertiente atlántica, y la Gran Bretaña, here-

dera de los piratas, pretendió la posesión del país asolado. El Gobierno inglés reivindicó la costa llamada Mosquitia ó de los Mosquitos, y á no intervenir los Estados Unidos, toda la extensión comprendida entre el río de Nicaragua y la bahía de Honduras habría pasado á ser territorio británico, como lo es actualmente el país de Belize. En virtud de la «doctrina de Monroe», América sigue siendo de los americanos, y el litoral del mar de los Caribes fué restituido á Nicaragua. Pero ésta tuvo que temer otros enemigos de su independencia, precisamente los que se llaman americanos por antonomasia, y en 1855 se encontró en peligro inminente. Un aventurero de los Estados Unidos, uno de esos hombres que, según dice un historiógrafo, «reúnen todas las condiciones á propósito para el trono ó para la horca», Walker, llamado por uno de los partidos que se disputaban entonces el poder, introdujo en el país sucesivamente más de 12.000 «filibusteros» de la América del Norte, á quienes se debían dar grandes extensiones de tierras en recompensa de sus futuras victorias. Su primer ataque, el que dirigió contra la ciudad de Rivas, fué rechazado; pero en una segunda campaña se apoderó de la vía comercial, como asimismo de Granada, la ciudad principal de la República, é hizo que sus soldados impusiesen un Gobierno. A poco un simulacro de elección le erigía á él en presidente de Nicaragua, y se apresuró á restablecer la esclavitud é intentó atraer al país nuevos plantadores para convertirlo en una región de gran cultivo á semejanza de los «Estados de algodón», como el Mississippí ó la Carolina del Sur. Hasta prometió á sus nuevos súbditos que no tardarían en gozar de los «beneficios» de la trata de los negros. Pero ya todas las poblaciones de la América Central comprendían el inminente riesgo de servidumbre que las amenazaba, y se formó la liga contra los filibusteros. Del Sur llegaron los costarriqueños y por el Norte los guatemaltecos, al par que se levantaban los nicaragües; y Walker, derrota tras derrota, tuvo que encerrarse en Rivas y capitular en 1857, después de cuatro meses de sitio. Le perdonaron la vida, y aprovechó el perdón para intentar volver por dos veces; pero al fin cayó en manos de los hondurenses en Trujillo el año 1860, y fué fusilado como pirata.

Desde este suceso, Nicaragua se ha desarrollado con más tranquilidad que las repúblicas vecinas. En general, ha progresado en población y en riqueza, sin que las disensiones civiles degeneren en revoluciones graves. Las cuestiones de límites,

que suelen suscitar tantas animosidades entre los pueblos, han originado entre Nicaragua y Honduras solamente discusiones diplomáticas, memorias y contramemorias, y tentativas de arbitraje.

La cadena principal de Nicaragua es la que empieza en Honduras por las altas montañas de *Chile* y continúa al Sudeste, paralelamente á la ribera del Pacífico. La mayoría de sus picos excede de 1.000 metros, y los puntos culminantes llegan á 1.200; pero la cresta se deprime poco á poco, y cerca del lago de Nicaragua no se eleva por término medio más que 200 ó 250 metros sobre esa cuenca. En su conjunto, esta cadena irregular debe considerarse como el borde de una antigua meseta que presenta su talud más pendiente por el Oeste, y cae al Este hacia el Atlántico por una larga y suave cuesta dividida en multitud de valles divergentes. Los del Norte de Nicaragua se dirigen hacia el Nordeste paralelos al río Segovia; los del centro se abren directamente al Este, y los del Mediodía, entre otros el del río de San Juan, se hallan orientados hacia el Sudeste. Los fragmentos de meseta que cortan los ríos, tienen en varios puntos el aspecto de sierras distintas, como sucede, al Norte, con la sierra de YelUCA, y, al Sur, con la de Yolaina, que termina á orillas del mar en el agudo promontorio de Punta del Mico, llamado por los ingleses *Monkey-point*. Entre los diversos contrafuertes orientales de la cadena principal, hay uno, el pequeño macizo de Amerrique, situado no lejos de Libertad, notable por sus paredes verticales, sus obeliscos y sus grandes rocas aisladas. La sierra de Amerrique, llamada también Amerisque y Amerrisque, como una población antiguamente poderosa, según se dice, se encuentra en el dominio de los antiguos lenca, según lo acredita la terminación de la palabra en *rique* común en las regiones de Honduras que habitan los indios de esas tribus.

La parte de Nicaragua que mira hacia el Pacífico, al Oeste de la cadena principal, fué en su origen una gran llanura baja; pero los levantamientos volcánicos han formado dos hileras de cerros y hasta de verdaderas montañas, aisladas unas, y alineadas otras en forma de cadenas. La primera de esas hileras es poco distinta, y, vista desde la llanura, parece que se confunde con la cadena cuya cresta se perfila inmediatamente al Este. Es que los volcanes han surgido del suelo en los taludes mismos de la meseta. Así, el Guisisil (1.370 metros) se ha elevado en la inmediación de las montañas de Matagalpa, y, cerrando

el paso á las aguas que bajaban al Oeste, las ha obligado á refluir hacia el Este y á correr directamente hacia el Atlántico por el río Grande. Al Sudeste del Guisivil, el más alto de los volcanes que forman esa cadena, han aparecido otros conos á lo largo de la depresión que llenan los dos lagos Managua y Nicaragua. Cerca de la orilla oriental del gran depósito siguen en este orden los montículos de erupción: el cerro de la Palma, el Guisaltepe, el cerro de Juigalpa, el Platotepe, el Pan de Azúcar, el Jaén, la Pícara y las Ventanillas. Mucho más arrogantes y de mayor importancia geológica en la historia del país son los picos de la cadena principal, prolongación en Nicaragua de la cordillera de los volcanes salvadoreños. El cono truncado del Cosegüina, que domina la entrada meridional de la bahía de Fonseca, enfrente del Conchagua, es el primero de esos montes eruptivos. Desde el mar se divisan sus murallas enormes y circulares de un rojo sombrío y el plano inclinado de su enorme cráter coronado de almenas, de las cuales la más alta, mide 1.169 metros. Antiguamente el cono regular alcanzaba, por lo menos, el doble de esa altura. Antes de la explosión del Krakatoa, el Cosegüina era, con el Timboro de Sumbawa, la montaña que se citaba como ejemplo de las más formidables catástrofes causadas por el desprendimiento repentino de los gases aprisionados. El 20 de Enero de 1835 saltó hecha polvo la cumbre del Cosegüina: al punto quedó en tinieblas una amplitud de varios centenares de kilómetros; el mar se cubrió de una espesa capa de cenizas y escorias, en medio de la cual se encontraban presas las embarcaciones, y hasta más de 40 kilómetros del volcán desapareció toda vegetación bajo una capa de polvo de 5 metros de grueso por lo menos. En el mar y en la bahía de Fonseca avanzó la costa. El viento alisio llevó el polvo al Oeste hasta más de 2.200 kilómetros; el contraalisio volvió á traerlo al Este dejándolo caer en Honduras, el Yucatan y Jamaica, y algunos remolinos aéreos lo transportaron hasta Nueva Granada. El estruendo de la deshecha montaña se oyó en las altas mesetas de Bogotá, á 1.650 kilómetros en línea recta. El espacio sobre el cual cayeron las cenizas se calculó en 4 millones de kilómetros cuadrados, y la masa proyectada á los aires en 50.000 millones de metros cúbicos. La explosión duró cuarenta y tres horas, pero desde el principio de la larga noche los habitantes de los campos contiguos huyeron para librarse de la asfixiante ceniza, seguidos por los animales domésticos y por las bestias de los bosques (monos, serpien-

tes y aves) confiadas en la superior inteligencia del hombre.

Los volcanes extintos de Chonco y el Viejo (1.909 metros) se elevan en un macizo doble á 10 kilómetros del Cosegüina, marchando hacia el Sudeste. Viene después la hilera de los Marrabios, cuyas bases están, sin embargo, unidas de modo que forman una verdadera sierra, escarpada al Sudoeste, y suavemente inclinada al Nordeste. La mayoría de los mogotes tienen sólo un millar de metros ó menos aún. El Telica, que está hacia el medio de la cadena, alcanza 1.277 metros. Un poco al Este del eje de los Marrabios continúa la serie de los volcanes con el majestuoso cono del Momotombo (1.865 metros), cuya base forma península en el lago de Managua, y á su lado aparece el cono insular de Momotombito (850 metros), como un hijo junto á su madre. Después de la llegada de los españoles tuvo algunas erupciones el Momotombo, pero hacia mucho tiempo que el volcán permanecía en calma cuando se encendió de nuevo en 1852. Los misioneros bautizaban antiguamente los volcanes para conjurar las llamas de sus cráteres, pero el Momotombo no quiso dejarse bendecir. Jamás se vió volver á los religiosos que se habían encargado de ir á plantar allí la cruz. Otro volcán se ha formado en las aguas del lago Managua: el Chiltepeque (850 metros). Más lejos, hacia el Sudeste, se elevan otros conos pequeños en tierra firme, pero al lado de estanques, que formaron parte del Managua, sin duda, en una época anterior. Como á mitad de camino entre los dos lagos, sobre un zócalo de unos 300 metros que forma los campos del istmo, se eleva la famosa montaña de Masaya (851 metros), que los españoles conocían antiguamente con el nombre de Infierno, y que en tiempo de los nahuas parece se llamó Popocatepetl ó «Montaña del Humo», como el gran volcán de Méjico. El nombre de Masaya, de origen mangue, tiene casi la misma significación: es el «monte Ardiente». Oviedo fué el primero que trepó al volcán de Masaya, y vió el horno de hirviente lava en el cráter. En aquella época las erupciones de la «Boca del Diablo» ocurrían en intervalos casi regulares. Las enormes burbujas de lava, que subían del fondo del «Infierno», proyectando una lluvia de piedras incandescentes, estallaban por lo común de cuarto en cuarto de hora. Atraídos por la fascinación del oro que subyugaba á tantos españoles, dos frailes acompañados de tres compatriotas y gran número de indios, pugnaron en balde por extraer el oro líquido que creían ver brillar en el fondo del cráter. Entonces surgió otra idea. Juan Alvarez, deán del

cabildo de León, concibió el proyecto de abrir un túnel al través de la pared de la montaña para sacar de golpe el precioso metal que contenía; pero no parece que llegara á empezar seriamente los trabajos. En 1772, tras un terrible desbordamiento de lavas, que derramó un vasto caos de piedras rojas en medio de un paraíso de verdor, adormecióse el «Infierno» de Masaya, y después no ha salido de su reposo hasta 1852 para lanzar algunos surtidores de vapores. El Nindiri, «tumefacción» lateral del volcán de Masaya, se abrió en 1856 un ancho circo de donde se desprendieron enormes columnas de humo.

Sobre el mismo zócalo que el Masaya, pero en la orilla Noroeste del lago de Nicaragua, se eleva el Mombacho (1.398 metros), hace tiempo apagado, pero muy activo antiguamente, á juzgar por sus capas de lava y los archipiélagos de islotes eruptivos llamados los Corales, que rodean su base saliente. Al Sudeste de esa montaña prolongan en pleno lago la cadena de los volcanes: primero, un cerro de 600 metros, la Zapatera, cuyo primitivo nombre fué, sin duda, Zapotera ó «isla de los Zapoteros»; segundo, una gran isla de conos gemelos. Sin razón lleva el nombre de Ometepe el volcán principal de la isla doble (1.630 metros), puesto que ese nombre, de origen nahuatl, significa «Dos Montes», y se aplicaba, en efecto, á los dos pitones, del Noroeste y Sudeste. Al segundo, que es de menor altura (1.277 metros), lo llaman los españoles Madera. La cima del Ometepe presenta un pequeño cráter que encierra un lago, y en la ladera del monte se abre un cráter más ancho, enteramente oculto por la vegetación. Desde la cumbre de esa montaña de soberbia curva ve uno á sus pies toda la extensión del lago, el istmo estrecho que lo separa del Pacífico y el anfiteatro de alturas que se extiende sobre la mitad del horizonte.

Al Oeste de los dos lagos, el istmo que constituye el Nicaragua propiamente dicho, presenta también su cadenita marginal, poco elevada y cortada por multitud de brechas. El punto más alto de la estrecha faja de tierra, el Venturón, tiene 240 metros; la divisoria más baja no supera al nivel del lago más que en 7 ú 8 metros, y en su parte menos ancha no se cuentan arriba de 21 kilómetros de mar á mar. Las capas de productos volcánicos, conocidas en Nicaragua con el antiguo nombre nahuatl de *talpetate* ó *tepetate*, cubren casi toda la región litoral del Pacífico. Tal es la causa de que en ella no existan arroyos ni manantiales: toda el agua de lluvia desaparece en las profundidades del suelo á través de las piedras sueltas y de las

cenizas. Los habitantes se ven obligados á conservar en cisternas el agua necesaria para el consumo, y las plantas no encuentran la humedad indispensable para su crecimiento más que en los sitios donde el agua, retenida por lechos de lava, permanece en las capas superficiales. La rápida desaparición de las aguas, ya que no otra cosa, tiene la ventaja de evitar que se formen en el istmo verdaderos pantanos.

Los únicos ríos que bajan al Pacífico desde Nicaragua nacen á espaldas de los Marrabios y se dirigen á la bahía de Fonseca.

Estos ríos, que son el Estero Real, que nace cerca del lago de Managua, y, más al Norte, el río Negro, frontera común de Honduras y Nicaragua, han cambiado frecuentemente de curso á consecuencia de las erupciones de cenizas, que han obstruído los lechos y formado islas y penínsulas: quizá también las oscilaciones del suelo han contribuído á alterar el rumbo de las corrientes. El río Negro ha variado de lecho cuatro veces desde la erupción del Cosegüina en 1835; actualmente sus golías laterales se cruzan con el delta del Estero Real.

El río más caudaloso del Norte de Nicaragua, que desemboca en el Atlántico cerca del cabo de Gracias á Dios, después de haber atravesado casi toda la extensión del territorio en su mayor amplitud, nace en las montañas de Matagalpa, desde donde bajan por la otra vertiente los afluentes del Estero Real. No hay río de la América española que tenga tal diversidad de nombres. Hacia sus primeros orígenes, distantes 80 kilómetros solamente de las costas del Pacífico, recibe primero la denominación de Somoro, y después la de Cabrugal ó Cabullal; más abajo, es el río Coco ó Cocos, el Oro, Yoro ó Yare, Portillo Liso, Tapacac, Encuentro, Pantasma, ó también el Segovia, á causa de una población de sus orillas y de la provincia que recorre, y el Gracias ó el *Cape-river*, por la península baja que forma cuando sale al mar. Se le designa asimismo con el nombre de Herbias, y los ingleses lo han llamado Wanks ó Yankees. Esa variedad de designaciones no procede sólo de que sus ribereños hablen lenguas diferentes, sino que se debe también á la falta de unidad histórica del país. Al paso que en los valles altos del río Segovia se establecían colonos españoles, subían su curso inferior varios navegantes extranjeros, piratas de naciones diversas. Encajonada entre montes á derecha é izquierda, la cuenca de ese río es bastante angosta; pero como está expuesta á los vientos lluviosos del Este, la corriente es muy caudalosa, y, más abajo de los raudales que interrumpen

su curso, es perfectamente navegable para las lanchas ó piraguas y aun para los vapores pequeños, en una longitud de 275 kilómetros. Su delta se interna profundamente en el mar entre ribazos de aluviones rojizos procedentes de los valles superiores.

Al Sur del Segovia hay otros ríos importantes que se dirigen al Atlántico, pero atraviesan regiones casi deshabitadas. Apenas se conocen más que por sus desembocaduras, sus albuferas y las lagunas de sus deltas. La mayor de esas corrientes, situada entre el río Segovia y el San Juan, es la que ha recibido, entre otras, el nombre merecido de río Grande. Su rama principal, el río de Matagalpa, se designa en una parte de su curso con el nombre de Bulbul, mientras que hacia su desembocadura, los sambos de Mosquitia lo llaman Aualtara. Hay golgas laterales que ponen en comunicación la boca del río Grande con las de otras corrientes. En una longitud de 400 kilómetros de desarrollo, hay una cadena no interrumpida de falsos ríos, albuferas y lagunas, separados del mar por un cordón de playas arenosas y de manglares. Las lagunas comprendidas entre el río Grande y el Segovia son pequeñas en su mayoría y están obstruidas de islas, mientras que al Sur del río Grande, la laguna de las Perlas y la de Blewfields, así llamada, según se dice con referencia al pirata holandés Blieveldt, son verdaderos mares interiores, cuyas dimensiones reducen continuamente los mangles, pero que aún ofrecen á la navegación dilatados espacios. En esa misma laguna desagua un río Blewfields, llamado también Escondido en la parte media de su curso, porque esa región de Nicaraguá era, no ha mucho, desconocida por decirlo así.

Desde el punto de vista geológico, la costa actual, desde el cabo Gracias á Dios hasta la Punta del Mico, indica un estado de transición entre el litoral antiguo, que es la orilla occidental de las lagunas, y el zócalo del gran banco de los Mosquitos, que se prolonga en el mar hasta una distancia variable de 50 á 150 kilómetros, encerrando multitud de cayos salientes ó anegados. Uno de esos arrecifes es el cayo Mosquito, que ha dado su nombre al conjunto del banco y, por extensión, á toda la costa oriental de Nicaragua y á sus pobladores. Entre las islas del borde exterior de los bancos las hay bastante grandes y salientes para que hayan podido fundarse en ellas colonias. En ese número figuran las islas Vieja Providencia y San Andrés, que pertenecen políticamente á la República de Colom-

bia, las islillas del Maíz, llamadas por los ingleses *Cornislands*, y los cayos de las Perlas, situados en el mismo arrecife y dependientes de Nicaragua. Al Sur de la Punta del Mico, la estrecha vertiente de los montes envía aún algunos ríos al mar de las Antillas, y uno de ellos, el río Indio, mezcla á veces sus aguas en la superficie del mar, con las del San Juan, el más caudaloso del Estado nicaraguayo, aunque no pertenece á éste más que una parte de su cuenca. Las vertientes septentrionales de la cadena volcánica de Costa Rica, directamente expuestas á la fuerza de los vientos alisios, son las que proporcionan al río la masa más importante de su corriente. El San Juan, nace al Oeste de la cadena principal de Nicaragua, en la depresión donde se han formado los dos grandes lagos de Managua y Nicaragua.

Durante la estación de las lluvias, las aguas sobrantes del lago Managua alimentan la corriente de su desagadero y forman en el salto de Tipitapa una cascada de 5 metros y medio de altura; pero, durante las sequías, este río no tiene siquiera corriente continua, y rezuma poco á poco al través de las arenas y de las grietas de la piedra. Entonces el río deja de existir. El mismo Managua, á pesar de su dilatada superficie de más de 1.000 kilómetros cuadrados, está sembrado de bajos que no permiten su navegación más que á embarcaciones de 1 á 2 metros de calado. La superficie media está á 42 metros sobre el mar.

A un nivel inferior de 8 metros y medio, ó sea, en estiaje, á 33 metros y medio sobre el nivel de los mares contiguos, el lago de Nicaragua, el Cocibolco de los aborígenes, cubre un espacio medio de 9.000 kilómetros cuadrados, pero no tiene profundidades como los lagos alpinos. El pozo más hondo mide 82 metros, y, por consiguiente, desciende por debajo del nivel del mar, con el cual comunicaba el lago antiguamente, según lo prueban los animales de origen marino que lo pueblan aún. Algunas partes de la cuenca, sobre todo al Sudeste, cerca de la salida del San Juan, tienen poca agua. Según la alternativa de las lluvias y de las sequías, la altura del nivel difiere en algo más de 2 metros, pero no cabe duda de que la superficie líquida fué mucho más alta en otro tiempo, porque los islotes esparcidos al Sur del volcán de Zapatera están cubiertos de capas de cenizas que encierran conchas de agua dulce semejantes á las que se encuentran actualmente en las riberas vecinas. Del Este al Oeste del lago cambia el régimen de los vientos y de las

olas. Mientras los parajes orientales, abrigados por las montañas, ofrecen un agua casi siempre tranquila, en la orilla occidental rompen incesantemente las olas impelidas por el viento alisio. Casi todos los días el nivel del lago baja y sube alternativamente en la costa 60 centímetros, y aun á veces un metro, á consecuencia de la variación de la fuerza de la brisa alisio, que crece con el calor del día y disminuye con el fresco de la noche. Tal es la razón del fenómeno que los escritores españoles confundieron en otro tiempo con el flujo y el reflujo. Los ribazos presentan también completo contraste: los que bate la resaca son una playa de arena y de guijarros, mientras que la playa oriental es baja y pantanosa. En ese litoral, las cenizas que lanzan los volcanes se han mezclado hasta tal punto en ciertos sitios con los aluviones procedentes de los montes, que se han aglutinado, formando una especie de pasta. Durante la estación de las lluvias se ven dilatadas extensiones de terreno convertidas en ciénagas, enteramente intransitables. El agua que baja de las alturas penetra á gran profundidad en el suelo pastoso, y la llanura no es más que un mar de fango. Durante las sequías, el agua contenida en el enorme cenagal se evapora poco á poco, y el suelo se deprime y agrieta en todos sentidos, pero sin cubrirse de vegetación.

Los afluentes del lago son numerosos, y algunos, á pesar de su exiguo curso, han adquirido cierta celebridad, porque sus lechos pueden servir de paso al canal interoceánico, como ocurre con los ríos de Sapoá y de las Lajas en el istmo de Rivas. El tributario de Nicaragua que lleva más agua es el río Frio, alimentado por los torrentes que descienden de las altas montañas de Costa Rica.

II

Clima y suelo de Nicaragua.

La naturaleza del suelo y el clima dividen á Nicaragua en tres zonas—oriental, central y occidental—perfectamente diferentes en todos los fenómenos de la vida: vegetación espontánea, cultivos, habitantes, estado social é historia. Las copiosas lluvias y nieblas que acarrea el viento regular del Nordeste riegan las rocas antiguas que constituyen las mesetas y las montañas de la vertiente atlántica. Gracias á tal exceso de hu-

medad, esas regiones están cubiertas de un bosque continuo, que sólo interrumpen lechos fluviales, pantanos y llanos tremedales. Son los bosques sin límites de donde habían salido, al decir de Colón, las maderas del templo salomónico. Allí se ven todos los árboles de construcción, de ebanistería y tintorería, que forman parte también de la flora de Honduras y del Mediodía de Méjico, como cedro, caoba y palo santo. El árbol más notable quizás es el cortés (*tecoma sideroxylon*). Su madera es tan dura como el ébano, pero lo que le distingue principalmente son las flores de un color amarillo de oro, que lo cubren por entero hacia fines de Marzo, después de la caída de las hojas verdes. A varias leguas de distancia se le ve resplandecer sobre el fondo sombrío del bosque, y de cerca deslumbra. El límite de las lluvias atlánticas, que es al propio tiempo el de los bosques insalubres, se halla trazado con notable precisión. En Libertad, situada en la vertiente oriental de los montes, llueve á menudo durante semanas y meses, mientras que en Juigalpa el cielo permanece completamente despejado durante la misma época. El río que riega los cultivos de esta ciudad no lleva agua todo el año sino merced á la situación de algunos de sus manantiales, alimentados por las lluvias de la cuenca atlántica. Los aguaceros de las regiones orientales empiezan en Mayo y continúan hasta Enero. El buen tiempo intermedio apenas dura más que tres meses, de Febrero á Abril; sin embargo, las claras llegan á veces de Octubre á Noviembre, y duran á menudo varios días consecutivos. Las lluvias más copiosas caen en Julio y Agosto y entonces es difícil atravesar los torrentes é imposible cruzar por las regiones pantanosas.

Donde acaban las selvas empiezan las llanuras de la zona media de Nicaragua, que recorren el ganado y los pastores. Aunque la región está poco poblada todavía, proporcionalmente á sus inmensos recursos, el trabajo del hombre ha contribuido ya en cierta medida á alterar los límites respectivos de las dos zonas. Los llanos invaden por el Este, el dominio de los bosques. Desde las herbosas cumbres, donde aparece á trechos la ceiba dominante, bajo la cual se refugian los rebaños, se divide á los pies la faja negra que serpentea, trazando curvas irregulares por los valles y por la falda de las montañas. Los ríos desaparecen en esa sombra misteriosa, y todo cambia bruscamente en cuanto se penetra bajo aquellas bóvedas adornadas de guirnaldas de bejucos. El trabajo de los agricultores indios, proseguido secularmente, ya en un punto, ya

en otro, ha ganado terreno sobre los grandes bosques mediante conquistas desiguales. Quemado una vez el linde de la selva para ceder su puesto al maíz, pugna luego por rehacerse; pero vuelve á desbrozarse el suelo después de algunos años, y la vegetación espontánea de las sábanas acaba por substituir á la flora arborescente. A su vez, las hormigas cortahojas (*occodoma*) conspiran con el hombre á reducir los grandes bosques, porque no tocan la hierba, y en cambio se ceban en los retoños arborescentes.

La tercera zona, la de las llanuras y del litoral del mar del Sur, es la comarca de Nicaragua propiamente dicha, el «Paraiso de Mahoma», según la expresión de los conquistadores españoles, el país privilegiado del cual dependen naturalmente las otras dos zonas. Es á la vez la región más fértil, donde todos los cultivos prosperan á medida del deseo y la región más salubre, donde el agua llovediza, después de realizada su obra de fecundación, desaparece por el suelo poroso. La costa se halla expuesta á ventarrones del Oeste, bien conocidos de los marinos en las riberas occidentales de toda la América del Centro y de Méjico bajo el nombre de papagayos, tomado del golfo nicaragüeño de este nombre que forma la curvatura del litoral donde se abren las bahías de Salinas y de Santa Elena. A pesar de ese inconveniente, parece que las poblaciones indígenas se aglomeraron en el istmo formando ciudades próximas de «cuatro leguas de longitud», según Bartolomé de Las Casas, y transformaron todo el campo en un vergel. Allí la flora principal es la de las plantas cultivadas y de los vegetales que á ellas se asocian.

III

Indígenas de Nicaragua.

La despoblación de Nicaragua, si no fué más atroz, alcanzó, por lo menos, mayores proporciones aún que en el resto de la América Central, porque en esta región cultivada de los istmos los habitantes no tenían ningún lugar de refugio. En la parte oriental de Nicaragua, lindante con el mar de los Caribes, las tribus indias cubrían con sus aldeas varias regiones, enteramente despobladas después por los piratas. Así, desde el Mico, hasta el estuario de Blewfields se encuentran antiguos cementerios, fragmentos de cerámica, piedras esculpidas y aun

efigies humanas. Las viviendas españolas que se ven siguiendo el curso del Mico, están construídas con los restos de los edificios indios. Hoy no se reconoce á los indios del Oeste, es decir, de Nicaragua propiamente dicha, más que en estado de mestizos ó ladinos, y sólo con ayuda de la historia se llega á reconstituir sus orígenes. Los cholutecas de la República de Honduras pertenecen á la misma raza que los indios del Noroeste de Nicaragua, pero éstos se conocen con otros nombres, mangues, nagrandanes, dirianes, ortiñanes. La designación corriente de chorotegas ó choroteganos apenas difiere de la denominación de los indios de Honduras, y significa lo mismo, los «expulsados».

Cuando los españoles llegaron al país, los chorotegas no eran ya los dueños de la comarca. Los mismos nahuas, que habían triunfado ya de los chiapanecas y que se habían esparcido por las mesetas de Guatemala, de El Salvador y de Honduras, penetraron también como vencedores en Nicaragua, un siglo, por lo menos, antes de la aparición de los hombres de ultramar. Esos nahuas son los que recibieron, ó mejor, los que tomaron el nombre de niquiranes ó nicaraos, que pasó á designar, con leve alteración, el nombre de la República: Nicaragua. Los nahuas de Nicaragua tuvieron, como los mejicanos su ciudad de Tola ó Tula. Sabían también transmitir sus pensamientos y escribir sus disposiciones en pieles y en hojas de papel; grababan jeroglíficos en las peñas, esculpían estatuas y erigían templos, que, según se cree, no cedían á los de Méjico y Yucatán en dimensiones, ni en decoración y riqueza.

En Nicaragua, como en el Anahuac, los conquistadores se apresuraron á hacer desaparecer los monumentos de la civilización de los indígenas. Así en 1524 el misionero Bobadilla hizo una hoguera en la plaza de Managua y entregó á las llamas los mapas, las pinturas religiosas é históricas, los calendarios y todos los demás documentos nahuas y chorotegas que fué posible reunir. Se arrasaron los templos, se derribaron los ídolos y se trastornaron los cementerios.

La mezcla de las razas y los cambios del medio político han modificado las costumbres de tal manera, que es imposible distinguir exactamente los orígenes castellanos ó indios de los diversos usos. Sin embargo, las antiguas crónicas permiten á veces seguir la filiación. Así, según ellas, las mujeres de la región comprendida entre los dos lagos eran los jefes reconocidos de las familias y á ellas pertenecía la morada conyugal,

teniendo el derecho de pegar y hasta de echar al marido. Ahora, las indias de Masaya conservan, aun después del matrimonio, el goce completo de lo que poseían antes, y los maridos no pueden usarlo sino con su permiso formal. Los indios de Nicaragua, como sus congéneres del resto de la América central, son muy aficionados á las flores, á los arbustos olorosos y á los pájaros. Saben domesticar con suma dulzura á los animales salvajes más indómitos. En una de las antiguas ciudades de Nicaragua, en Condega, situada al Sur de Ocotál, capital de la cuenca superior del río Segovia, celebran aún la fiesta de la naturaleza á la antigua usanza nahua. Durante la noche de la víspera plantan enfrente de la iglesia tallos de maiz, de arroz, de judías y de todos los demás vegetales que cultivan, y luego, en medio de ese verde, sueltan animales domésticos, colocan aves enjauladas, encadenan animales monteses y á veces hasta jaguares, para que el sol de la fiesta ilumine como un compendio del mundo.

Habita las regiones montañosas de la divisoria, entre la vertiente de los lagos y la del Atlántico, una población india designada con el nombre de chontales, es decir, «bárbaros», como diversas tribus indígenas del Sudeste de Méjico. Antes de la llegada de los españoles estos indios del Este eran ya objeto de desdén para los cultos nahuas de las llanuras occidentales. Sin embargo, las ruinas de las ciudades y los mil vestigios de construcciones y de calzadas prueban que esos supuestos bárbaros estaban bastante adelantados en las artes de la civilización. Rechazados poco á poco por los ladinos, descendientes de blancos y de indios de otra raza, los chontales, que se funden al Este con los zumas ó simu y los polacas ó waiknas, es decir, «hombres», disminuyen rápidamente. En varios distritos no se ven ya más que sus tumbas, dispuestas comúnmente en un extenso círculo alrededor de las habitaciones. Allí se encuentran, bajo los desperdicios de cocina, objetos de uso doméstico semejantes á los que usan actualmente los indígenas.

Los indios salvajes de Nicaragua son en su mayoría de buenas proporciones, pero abundan entre ellos los lisiados y los cojos, sin luda á causa de la humedad de sus campamentos. También se encuentran familias enteras de *pintos*, es decir, con manchas blancas sobre fondo obscuro. Inmediatamente que nacen los niños se les hace una incisión en la cabeza para conjurar la suerte aciaga: es una de las raras prácticas religio-

sas que estos indios conservan. En una de las tribus las mujeres tienen aún la costumbre de aplastar la cabeza de los recién nacidos por medio de una tablilla en donde se cuelgan conchas para distraer un poco al pobre paciente. Esta bárbara operación acarrea la muerte con frecuencia. En otro tiempo se modelaba la cabeza de las criaturas haciéndoles dos bollos á cada lado y un hueco en medio; la cara adquiriría así un aspecto «más noble», y la cabeza más resistencia para llevar pesos. Muy sufridos y muy satisfechos de ser insensibles al dolor, los hombres, sobre todo los jóvenes, suelen desafiarse á ver quién aguanta más tiempo la paliza ó la aplicación del fuego, y á veces mueren de los golpes sin exhalar un grito. Los matrimonios se celebran generalmente sin ninguna ceremonia: todos los niños de ambos sexos están ya prometidos por los padres y hacen juntos expediciones de pesca y de caza y cuando llegan á la edad de la pubertad, se construyen una cabaña en el claro que les conviene. Es frecuente la poligamia, pero las mujeres suplementarias son casi siempre viudas, huérfanas ó fugitivas que buscan un defensor. A la muerte del marido las mujeres se cortan el pelo, quemán todo lo que perteneció al difunto y hasta derriban los árboles frutales que había plantado. Todos los indios de esas regiones son agricultores, cazadores y pescadores, pero tienen muy mal cuidadas sus huertas y dejan que las invada la vegetación silvestre. Después del plátano y el maíz, que les dan el sustento, cultivan el achiote que les suministra el color rojo para pintarse en el cuerpo extrañas figuras, y diversas plantas cuyos frutos les sirven para preparar bebidas embriagadoras. El espeso licor que hacen con el maíz es el que prefieren para sus largas orgías. Es el *ulung*, mezcla impura que acorta la vida y corrompe la raza. Aunque labradores, los indios, seminómadas, trasladan el campo frecuentemente; ó se alejan para hacer largas expediciones de caza. Los indios carcas, por ejemplo, emigran anualmente en partidas, de los bosques de la vertiente atlántica, hacia las secas laderas que circundan el gran lago, para cazar iguanas. Las cogen en las ramas de los árboles por medio de un lazo suspendido al extremo de un palo largo, y después de precipitar al suelo al reptil, le rompen un dedo de cada pata, le atan los miembros, le cosen la boca, y en ese estado se lo llevan y lo guardan vivo hasta el día de comérselo. Entre los útiles que emplean aún en nuestros días los *ulleros* ó buscadores de caucho, se han descubierto hachas de piedra cuyo mango está unido precisamente del

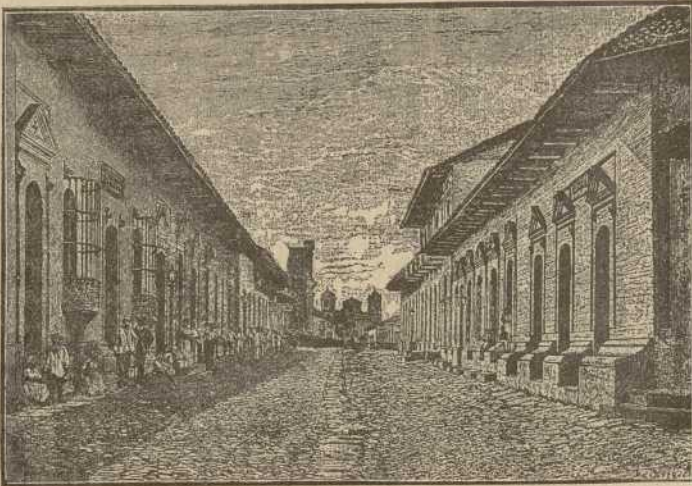
mismo modo que lo representan las esculturas de Uxmal y de Palenque. En cuanto á los supuestos «caribes» del litoral, más generalmente designados con el nombre de moscos ó mosquitos, son zambos ó mestizos de indios y negros, con cierta mezcla de sangre europea debida á los piratas que visitaban aquellas costas. Gran número de habitantes de las provincias de Segovia y de Matagalpa tienen el pelo rubio y los ojos azules, lo cual habría que atribuir á los cruzamientos realizados en los siglos xvi y xvii entre los criollos del país y los piratas franceses é ingleses refugiados en el Continente. En 1687 los 280 corsarios que mandaba el «sieur» Ravenau de Lussan, dejando sus barcos en la bahía de Fonseca, emprendieron la travesía del cuerpo continental, que en ese sitio mide unos 500 kilómetros de anchura, y ganaron el Atlántico por el valle del río Segovia. Otros piratas remontaron el mismo río, que habia venido á ser la «gran vía de uno á otro Océano».

IV

Poblaciones de Nicaragua.

La zona del istmo comprendida entre los lagos y la ribera del Pacífico debía ser, naturalmente, la tierra elegida de los conquistadores españoles, puesto que en ella se encuentran reunidas todas las ventajas: fertilidad del suelo, facilidad de acceso, salubridad del clima y civilización relativamente avanzada de los habitantes. A las ciudades indias han reemplazado otras ciudades españolas, casi siempre en el mismo paraje ó por lo menos, cerca. Pero hasta una época reciente la única sangre que se ha mezclado con la de los indígenas es la sangre ibera y la de los esclavos africanos importados antiguamente á las plantaciones. Casi todos los blancos que han poblado á Nicaragua pertenecían á la vigorosa raza de los gallegos, y aún se reconoce su tipo; pero su dialecto español no contiene más que un corto número de voces del de Galicia. Hasta mediados del siglo xix no han ido emigrantes de otros pueblos (franceses, italianos, ingleses y americanos del Norte) y la emigración se ha reducido siempre á individuos ó grupos aislados. Sin embargo, en muchos distritos, sobre todo en el de Matagalpa, podrían aclimatarse perfectamente cientos de miles de trabajadores europeos.

Chinandega, situada al Noroeste de Nicaragua en el camino de Honduras, se compone de dos poblaciones distintas: el pueblo viejo, llamado simplemente el Viejo, construido en la falda del volcán del mismo nombre, y la ciudad nueva, la que ahora lleva la denominación exclusiva de Chinandega, que se encuentra algunos kilómetros al Sudeste, más cerca del mar, y es la más populosa de las dos. Tuvo su período de gran prosperidad, cuando era el emporio obligado de todo el tráfico que se hacía al Norte por el Estero Real y el puerto de Tempisque, y al Oeste por el abra de Realejo, fundada en 1534 por Alvarado; pero el comercio ha abandonado casi estas escalas á consecuen-



Una calle de León. (Dibujo de Lauzelot.)

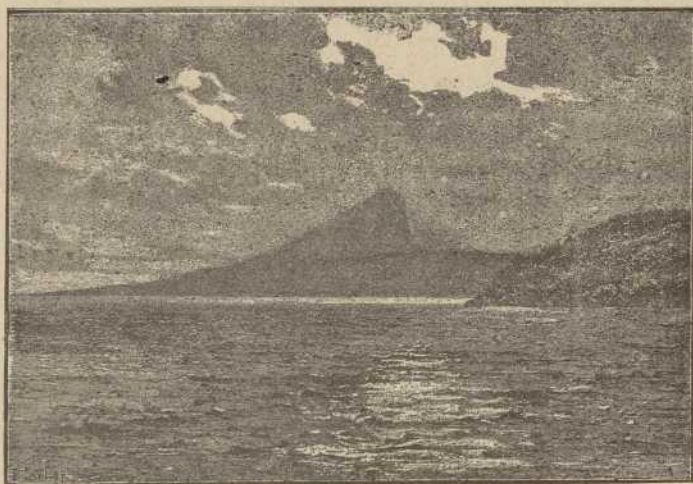
cia de graduales cegamientos. El puerto actual, Corinto, situado en una península baja, se halla, además, protegido por el islote del Cardón, y tiene un excelente fondeadero de más de 7 kilómetros de longitud por más de uno de anchura. Hay cerca de 7 metros de agua en la marea baja, y 12 en la alta. Es sin comparación el puerto más comercial de Nicaragua en la costa del Pacífico, y en él se carga mucho palo de tinte.

León, la principal ciudad de la República, es el punto de depósito de las mercancías de Corinto. Si situación entre el lago de Managua y los dos estuarios de Corinto y del Estero Real, en una llanura de fecundidad maravillosa, es de tal naturaleza que cualquiera esperaría encontrar en ese punto

la población más densa de toda la América Central. Ya, cuando los conquistadores españoles invadieron el país, se aglomeraban en la ciudad india de Subtiabá cien millares de habitantes. La primera ciudad española del distrito fué fundada en 1523, no en la llanura que dominan al Este los volcanes Marrabios, sino en Imbita, en la orilla Noroeste del lago de Managua. Múltiples accidentes determinaron la traslación de la colonia al lado de Subtiabá, la ciudad de los nagrandán. La nueva población, donde residía el gobierno de la provincia de Nicaragua, prosperó en poco tiempo, y los piratas ingleses que la quemaron y saquearon en 1680 encontraron allí inmensas riquezas. A fines del siglo XVIII León y Subtiabá sumaban juntas, según se dice, más de 50.000 residentes; pero en el siglo XIX disminuyó mucho la población, sobre todo por efecto de las guerras. León se había levantado contra los españoles en 1811. Después de la proclamación de la independencia vinieron las disensiones civiles: los ambiciosos no podían dejar de aprovechar las eternas rivalidades de los cholutecas de la llanura ó nagrandanes y de los cholutecas de la colina ó dirianes, representados ahora por León «la clerical» y Granada «la liberal. Desde que ha heredado el rango de capital una tercera población, colocada entre las dos ciudades enemigas, han disminuído los celos, y León vuelve á crecer. Un ferrocarril le une á Corinto y á las demás ciudades de la región ístmica. Aliméntanla aguas puras que brotan en los barrancos de los alrededores, y en torno de los volcanes afluyen manantiales termales, poco utilizados aún, porque fuera de León el país está casi enteramente desierto. El peligro principal es el de las inundaciones. Las lluvias se precipitan por los barrancos sin árboles de los volcanes, y anegan la población. Las calles, empedradas y deprimidas hacia el centro, parecen á veces torrentes, y el agua ha subido muchas veces hasta el arranque de los tejados de sus casas bajas.

Managua, la capital actual de la República, no era á mediados del siglo anterior más que una aldehuela edificada en el sitio que ocupó una ciudad india, á unos 100 metros sobre el lago de su nombre. Limitan la meseta de la población acantilados tapizados de verde. En las inmediaciones se encuentran también las lagunas sin desagüe de Tiscapa, Nejapa, Asososca y Apoyo, antiguas ampollas de volcanes que, después de reventar, se han llenado de un agua cuya proporción de sales difiere según la composición de las tierras y de las lavas. En las

paredes de la laguna de Nejapa se ven algunos restos de inscripciones indias. Su rango de capital y la residencia temporal del Congreso y de los personajes del gobierno, acrecentando notablemente la importancia de Managua, han hecho de ella una rival de Granada y de León. La campiña del contorno era antes muy rica en algodones, y ahora está cubierta de cafetales. Más allá del pueblo de Tipitapa y del río temporal que lleva su nombre se extienden bosques ricos en palo de Brasil (*caesalpinia crispa*). Las riberas orientales del lago de Managua están separadas de los estribos de los chontales por



Volcán Mombacho en el lago de Nicaragua. (Dibujo de Taylor.

tierras negras pantanosas llamadas *jicarales*, porque el árbol predominante es el *jicaro*, cuyos frutos suministran á los indígenas casi toda la vajilla que han de menester.

Granada, la ciudad progresiva de Nicaragua, es, como León, una de las más antiguas del país. Fué edificada en 1523 por Francisco de Córdoba cerca de un pueblo indio, Salteba ó Jalteba, que ha venido á ser ahora su arrabal. La gran riqueza de sus campos y la celebridad que adquirió en las Indias occidentales le atrajeron por tres veces la visita de los piratas. En 1665 y en 1670 subieron éstos el curso del San Juan y atravesaron el lago Nicaragua para saquear é incendiar la población. Otra partida de forajidos ingleses y franceses se presentaba quince años después por la vía del Pacífico y tomaba la ciu-

dad de nuevo, pero la mayoría de los habitantes había podido refugiarse con los objetos más preciosos en los archipiélagos del lago Nicaragua. Por último, en 1856 el filibustero Walker, después de intentar inútilmente enseñorearse de la América central, dejó á Granada después de incendiarla. La ciudad se encuentra en la falda de la meseta que domina por el Noroeste el lago de Nicaragua. Delante se extiende la bahía en forma de semicírculo perfecto, y la curva remata al Sur en el soberbio promontorio del volcán de Mombacho. A derecha é izquierda se abren barrancos profundos, fosos naturales que aseguran á Granada una posición militar bastante fuerte, que es una de las causas principales de sus frecuentes desgracias. Facilitase la pendiente del suelo mediante tramos enlosados que de trecho en trecho se suceden entre los descansillos. A veces es peligroso cabalgar sobre estas losas resbaladizas, bien barridas siempre por el viento ó lavadas por las lluvias. Los edificios públicos de Granada no tienen ninguna belleza arquitectónica, y la importancia de esa ciudad se debe á sus escuelas, á su industria y á su comercio. En la costa vecina sucedense varios lugares de embarque, bajo el precario abrigo de las isletas. La única ensenada del litoral que merece el nombre de puerto y que podría admitir flotas de embarcaciones está situada mucho más al Sur, y es el Charco Muerto, resguardado del viento alisio por la isla Zapatera.

El departamento de Granada es el más populoso, y en sus campos se ven sembradas varias poblaciones importantes. La más industrial, que puede servir de modelo á todas las demás, es la ciudad de Masaya, poblada de unos 15.000 indios mestizos. Se encuentra al Noroeste de Granada en la meseta dominada al Oeste por el volcán del mismo nombre, y cerca de la sima de derrumbamiento abierta al pie de esa montaña. Masaya y su vecina la risueña Nindirí, verdadero «jardín de las Hespérides», están rodeadas de vergeles, y cada familia tiene su cerca bien cultivada, que da abundantes flores, legumbres y frutos. Los propietarios, gente de posición modesta, son también en su mayoría industriales. El tabaco de Masaya se envía á puntos lejanos. Jinotepe, ciudad situada á 766 metros de altitud al Sudoeste de Masaya, se enriquece por sus numerosos cafetales, mientras que Nandaime, enclavado en un hermoso valle que se inclina hacia la bahía del Charco Muerto, es el centro de las ricas plantaciones de cacaoales.

Rivas, en la parte más estrecha del istmo que separa el lago

de Nicaragua del mar del Sur, tendría el derecho de llamarse la «metrópoli de la República». Allí es donde residía el jefe de los niguiranes, el cacique Nicarao, cuyo nombre, al decir de la mayoría de las crónicas, pasó á ser el de todo el país; y allí empezó la obra de conversión y de conquista. Bobadilla bautizó en ese punto más de 29.000 personas en el espacio de nueve días. Sin embargo, en esa admirable comarca no se fundó ninguna población española, y la aldea india de Nicaraocalli no se elevó á la categoría de ciudad hasta 1720, con gran disgusto de los habitantes de su rival Granada. Designósele mucho tiempo con el nombre de Nicaragua, pero desde el comienzo de este siglo ha prevalecido la denominación de Rivas. La población india mestiza de hortelanos y humildes labradores que predomina en los cuarteles del centro y en los arrabales da al conjunto una fisonomía campestre de lo más pintoresco. Los setos de cactus, las huertas y los plantíos pasan por entre calles y callejuelas; la vegetación penetra por todas partes en el interior de la ciudad. Pasados los arrabales se ven aldeas de casas diseminadas, como Obrage, Potosí y Buenaire, que son prolongación de Rivas á leguas de distancia. Por el Este la población desciende de su terraza para unirse á San Jorge que es su puerto en el lago de Nicaragua. Frente á Rivas, en la llanura que pone término por el Norte á las altas islas gemelas de Ometepe, aparecen algunas aldeas y el caserío de Alta Gracia. Hacia la costa del Pacífico, las aldehyelas de Brito y de San Juan del Sur, llamada también la Concordia, recuerdan los proyectos de los ingenieros para la apertura del canal de Nicaragua. La admirable abra que ofrece la bahía de Salinas, común á Nicaragua y á Costa Rica, no se utiliza aún más que para la explotación de las salinas de Bolaños y no cuenta ninguna ciudad en sus riberas.

En comparación con la vertiente occidental, la del Oriente está, por decirlo así, deshabitada. Toda la población que tiene una parte de sangre europea se ha establecido en los puntos altos, cerca de la divisoria. El inmenso valle del río Segovia no encierra en toda su extensión más que una sola ciudad, Ocotál, llamada así por los pinares que pueblan las montañas de los alrededores. Es la capital del departamento de Segovia. Varias ciudades la precedieron como capitales de esa apartada región; pero sucesivamente la destruyeron los piratas.

La Segovia de nuestros días, más conocida con el nombre de Ocotál, es, pues, una ciudad moderna. Está situada á 615 metros

de altitud en la orilla izquierda del río de nombres múltiples que desemboca cerca del cabo Gracias á Dios. La región de los alrededores es de las más ricas en yacimientos mineros de oro, plata, cobre, hierro y estaño. De la primera ciudad destruida por los piratas no queda más que una iglesia, á cuyo alrededor han construído sus cabañas miseros negros. Más abajo se suceden á orillas del río algunos pequeños campamentos de indios. Uno de ellos, Koom, cerca de la desembocadura, era la residencia de un «rey» zambo.

El valle alto del río Grande es un poco más populoso y está mejor cultivado que el del río Segovia. Matagalpa, la capital, tiene la ventaja de encontrarse en un valle muy accesible, abierto en la dirección del lago de Nicaragua, aunque sus aguas van hacia el Atlántico. La ciudad es próspera y los cafetales aumentan rápidamente de extensión. Jinotega, situada al otro lado de la montaña, á orillas de uno de los afluentes del río Grande, es también una ciudad creciente y los cultivos de su valle ganan terreno sobre los pinares todos los años. Las montañas de esta región son muy ricas, como las de Ocotol, en metales preciosos; y cerca de Sebaco, ciudad india que parece colgada de un peñón y que se defendió con energía contra los españoles, se ven multitud de galerías, de donde los indígenas sacaron grandes cantidades de oro, empleadas después en pagar su rescate. Hay cierto movimiento de emigración hacia Matagalpa y hasta se han establecido allí familias de trabajadores europeos. Otras colonias han nacido en el río bajo y prometen subsistir, gracias á los caribes y á los negros jamaíqueños que forman los elementos principales de la población. Las arenas auríferas de Principolca han atraído muchos inmigrantes al país de los zuma, á orillas de los afluentes del río Grande. Acoyapa ó San Sebastián, la humilde capital del departamento de Chontales, construída en el paraje donde estuvo una ciudad que fué muy populosa, no es más que un villorrio enclavado en medio del fango, cerca de la orilla oriental del lago de Nicaragua, donde posee el puerto de San Ubaldo. En la misma región litoral, pero más al Norte, al pie de los blancos acantilados de la sierra de Amerrique, se encuentra otra ciudad, Juigalpa, en azteca la «Gran Ciudad», que parece haber sido, en efecto, un centro importante de población, á juzgar por multitud de ruinas. Al otro lado de la cadena, en la vertiente del Atlántico, se alza la ciudad de Libertad, capital de un distrito minero muy productivo, pero peligroso por la hume-

dad de su clima. Los trabajadores más enérgicos, pero también los más temidos por su violencia, son inmigrantes de Honduras.

Al Este de estas minas, situadas en la cuenca del río Blewfields, el país está casi deshabitado hasta la gran laguna de ese nombre, que los aluviones amenguan poco á poco, y á cuya orilla se encuentra la aldea de Blewfields, antiguo nido de piratas y residencia del rey de los mosquitos, doblemente rey, á juzgar por su nombre, *reyking*, español é inglés juntamente. Este soberano, antiguo protegido de la Gran Bretaña y ahora súbdito de Nicaragua, que le paga una lista civil, administra, en nombre de la República, todos los pueblos de la costa de los mosquitos, entre el río Hueso y el Rama, en un espacio de unos 250 kilómetros, de Norte á Sur, Blewfields es también el centro de las misiones protestantes y de las escuelas inglesas del litoral. Rodean el pueblecillo extensos platanales y otras plantaciones. Los plátanos de Blewfields son los más apreciados en los mercados de los Estados Unidos. Las orillas de la laguna de las Perlas y las islas del Maíz ó *Corn-islands* se han hecho también lugares de cultivo. En las lagunas de la costa abundan mucho las ostras. San Carlos, situado en la orilla izquierda del Desaguadero, en el punto donde sale del lago, no es más que un grupito de cabañas, dominado por las ruinas de un fuerte. Otro puerto, el del Castillo, es el grupo de habitaciones más importante entre los que se suceden á orillas del río hasta San Juan del Norte, designado frecuentemente con el nombre de Greytown, desde la época en que se apoderaron de él los ingleses. Esta ciudad, famosa en la historia de las guerras entre españoles y piratas y de las disensiones entre ingleses y americanos, es, á pesar de su falta de puerto, la única entrada comercial de Nicaragua por la costa del Atlántico. Sus casitas de madera, pintadas de blanco, están rodeadas de graciosos jardines, hermoseados por palmeras, artocarpos ú otros árboles notables por sus flores, sus frutos ó sus perfumes. A los muros se aferran plantas trepadoras sembrándolas de olorosas frondosidades. Situada en la inmediación de pantanos, de canalizos tan pronto llenos de agua como secos ó atestados de fango y azotada por copiosas lluvias durante nueve meses, parece que la ciudad debería ser un foco de pestilencia, pero, si hemos de creer á los viajeros desinteresados, San Juan es uno de los grupos urbanos menos insalubres del litoral. El hecho se debe sobre todo á la naturaleza permeable de la arena

volcánica acarreada por el río, en la cual desaparece el agua, apenas caída, arrastrando las impurezas de la superficie.

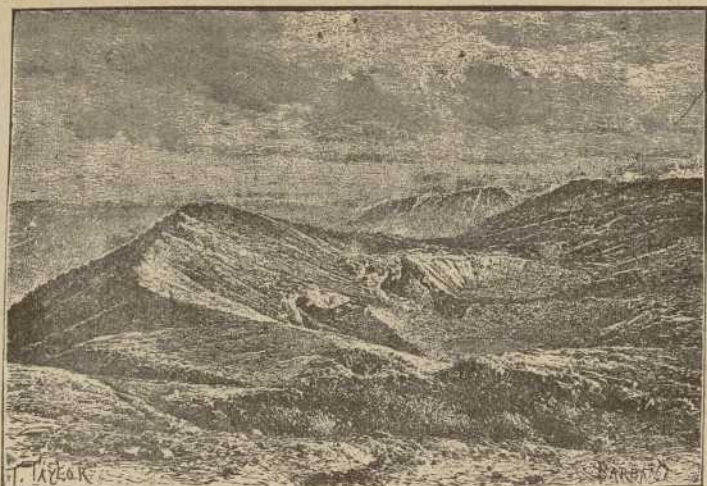
IV

Estado económico y político de Nicaragua.

Aunque es bien exiguo, proporcionalmente á la inmensa extensión del suelo cultivable, el número de habitantes de Nicaragua crece como en las demás repúblicas hispano-americanas. Hoy tiene este país 429.000 habitantes.

La producción principal de Nicaragua es la agrícola, pudiendo acrecentarla con las grandes extensiones que tiene de terrenos baldíos. El artículo de exportación más lucrativo es el café, que procede casi exclusivamente de la provincia de Granada. Después viene el caucho, recogido, no de plantas cultivadas, sino de los árboles que cortan los leñadores caribes en los grandes bosques de la vertiente atlántica. Los platanales aumentan de año en año, gracias al creciente pedido de los Estados Unidos. Los labradores de Nicaragua cultivan también para la exportación el cacao y la caña de azúcar, pero han abandonado casi completamente la producción del índigo. El ganado mayor, que comprende en Nicaragua cerca de 1.200.000 cabezas, es otra de las riquezas del país: se exporta á Costa Rica por Guanacaste, y á Honduras por Ocotal. El país tiene grandes recursos mineros, pero en casi todas partes es rudimentaria la explotación. Las minas dirigidas más hábilmente son las de los chontales, pertenecientes desde hace mucho tiempo á propietarios ingleses. En cuanto á los lavados de oro, que se hacen en las orillas de los ríos de la vertiente atlántica, apenas ocupan más que indios y zambos de la costa.

La organización política de Nicaragua se asemeja á la de las otras repúblicas de la América Central. Hay dos Cámaras elegidas por sufragio universal: un Senado de 18 individuos nombrados por seis años, y una Cámara de 21 representantes nombrados por cuatro. El presidente recibe también su mandato por cuatro años y forman su consejo cuatro ministros: el de Relaciones exteriores y los de Hacienda, Obras públicas é Interior. Por cuestiones de límites, Nicaragua ha sostenido una guerra con Honduras.



La cumbre del Irazú. (Dibujo de Taylor.)

COSTA RICA

I

El país.—Montañas, volcanes y ríos.

En la América Central, Costa Rica no excede en superficie más que al Estado de Salvador, y en cuanto á número de habitantes es inferior á las otras repúblicas del istmo americano. Puede todavía decirse que Costa Rica, propiamente dicha, se reduce á una zona de territorio muy estrecha, que forma una altiplanicie entre los dos Océanos, á mitad de altura de una cadena de volcanes. Pero esa meseta de un millar de metros de altitud por término medio, está habitada por una población que ofrece cierta originalidad entre las comunidades hispano-americanas. Se ha fundido mejor en cuerpo de nación, y sus progresos se han visto menos interrumpidos por guerras extranjeras ó disensiones civiles. Es también una de las más prósperas desde el punto de vista material, no por sus minas, como parecía indicar su nombre, sino por sus producciones agrícolas.

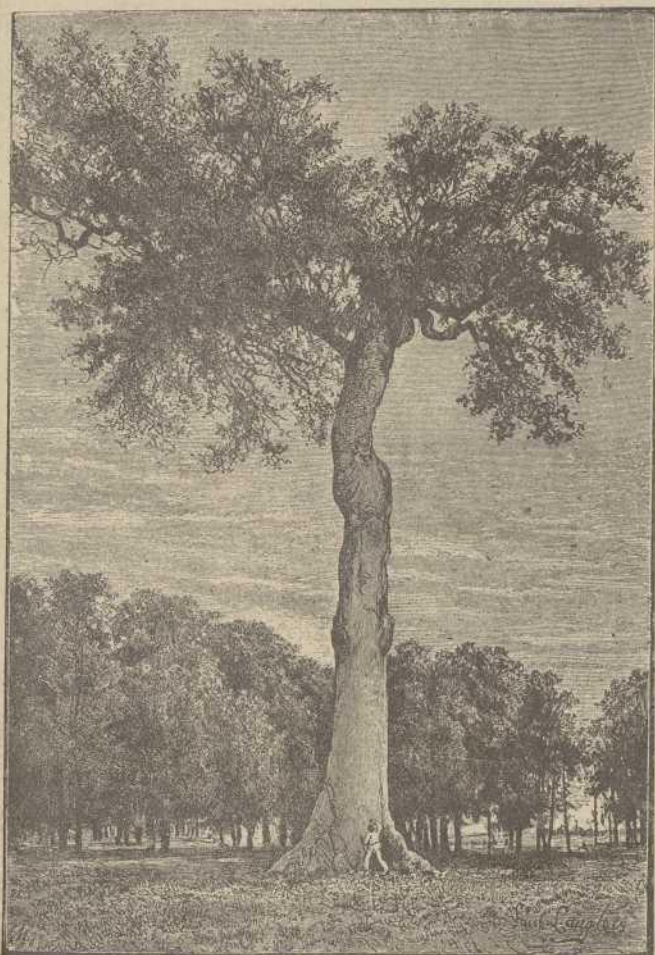
Como las repúblicas hermanas, Costa Rica ha andado siempre en discusiones diplomáticas con sus vecinas por cuestión

de límites, aun cuando su propio territorio es aún demasiado extenso para que haya podido intentar su aprovechamiento y cultivo. Sus diferencias más graves, acompañadas á veces de luchas sangrientas, han sido con Nicaragua. Los distritos de Nicoya y de Guanacaste, que constituyen actualmente la región más importante de Costa Rica en la ribera del Pacífico, formaban parte en otro tiempo de la provincia de Nicaragua. El límite natural entre los dos países era el golfo de Nicoya. Pero en los primeros años de la independencia fueron tan ardientes en Nicaragua las disensiones políticas, que los dos distritos del Sudoeste pidieron su anexión á Costa Rica hasta que se restableciese el orden. Verificóse la anexión, y por voluntad de los habitantes se mantuvo después, reconociéndola al fin oficialmente un tratado entre las dos repúblicas limítrofes.

Costa Rica, mirada en su conjunto, puede considerarse como una alta meseta que domina la depresión en que se han acumulado las aguas del lago de Nicaragua. Inmediatamente al Sur de esta dilatada cuenca elévanse poco á poco las montañas hasta la cumbre de la cordillera volcánica que se tiende de Noroeste á Sudeste. Menos de 30 kilómetros al Sur del estrecho de tierras situado entre la bahía de Salinas y el lago de Nicaragua, se yergue el doble volcán de Orosi (2.638 metros), de donde salen algunos surtidores de vapores ardientes de un cráter que invade la vegetación. Casi aislado, sucede al Orosi el Rincón de la Vieja, es un gran núcleo de cuatro mogotes, cuya ladera Nordeste ofrece un ancho cráter de donde surgen, con intervalos de poca duración, estridentes surtidores de vapores. Viene después, siempre en la dirección de Noroeste á Sudeste, el pico de Miravalles (1.434 metros), cono de forma regular, que remata en dos cerros, con una ancha depresión intermedia, que fué un cráter probablemente. La parte final de la montaña apagada está cubierta de un bosque casi impenetrable, que fuertes vientos del Nordeste han tendido, por decirlo así, en el suelo. Escalando las pendientes, no es posible pasar por debajo de las ramas; hay que trepar por encima, como en otros sitios por las potentes raíces de las ceibas y de los ébanos. La falda inferior al contrario, está cubierta de hierbas, sin duda, porque las lavas expelidas antiguamente por el monte no se han descompuesto aún bastante para alimentar la vegetación forestal. Pero allí donde el suelo se compone de cenizas transformadas en humus por el tiempo, la fecundidad es maravillosa. Al pie del volcán corren aguas termales y bro-

tan los vapores sulfurosos de los Hornillos. Una montaña vecina debe también su nombre de Hedionda al desprendimiento de gases sulfurosos.

Más allá del Miravalles y de su vecino el Tenorio, la cresta



Una celba. (Dibujo de Langlois.)

de los montes, cubierta de bosques (los Cerros de los Guatusos), se dibuja hacia el Sudeste en una longitud de 100 kilómetros, sin que descuelle en la cumbre el pitón de un solo volcán. La primera montaña humeante se encuentra ya hacia el centro

del istmo. Es el volcán de Poás (2.644 metros), que contiene en uno de sus tres cráteres un lago de agua azul que desagua por el río Angel en el Sarapiquí. El cráter superior encierra un laguito de agua caliente de donde á veces salen vapores que se elevan cientos de metros por la atmósfera en resplandecientes espirales. En otro tiempo se designaba el volcán con el nombre de Votos, ya porque fué solemnemente bautizado en 1815 y consagrado á Juan de Dios; ya, más bien, porque los indios votos recorrían los bosques de sus pendientes septentrionales. El nombre actual de Poás lo debe también á un pueblo de indios. Diez y nueve años después de su bautismo el volcán entraba en erupción, y destruía bosques y pastos de los alrededores. El vecino oriental del Poás, el Barba, que es también un volcán, pero extinguido, y cuyo cráter se ha convertido en lago, mide una altura un poco mayor (2.835 metros), y más lejos aparece el gigante de los volcanes costarriqueños, el Irazú, Sin embargo, esta montaña, que se eleva al Norte de Cartago. vista desde las mesetas, no tiene el aspecto que correspondería á una cima dominante, desde donde se divisan á la vez los dos océanos y toda la extensión de Costa Rica. Desde Cartago, apenas se distingue de las otras cumbres, y la pendiente es tan suave que se puede subir en mulo hasta el punto superior. Sus vertientes están cubiertas de cultivos, y, más arriba, de pastos. El Irazú es probablemente un poco más elevado de lo que se creía no ha mucho, pues no baja de 3.500 metros.

El sexto y último volcán de la costa del Este, el Turrialba (3.325 metros), no tiene el aspecto imponente del pico de Teide ó del Cotopaxi. Desde la meseta aparece bajo la forma de un terraplén que se une á la superficie general del país mediante suaves ondulaciones; pero, entre los volcanes de Costa Rica, es uno de los que han contribuido más con sus explosiones al relieve general de la comarca. Desde su erupción de 1866 no ha cesado de arrojar abundantes vapores con algunas cenizas. Al pie de esos montes de Costa Rica, en las llanuras aluviales que recorren los afluentes del San Juan, se elevan algunas colinas insulares, como el Tortuguero, como de unos 200 metros, rodeado de aluviones pantanosos.

Al Sur de la cadena de los volcanes costarriqueños se interrumpen las montañas. Las fuentes del río Grande de Tárcoles, que baja al Pacífico, y las del Reventazón, que desagua en el mar de las Antillas, se mezclan en una depresión, el collado de Ochomogo (1.545 metros), que, en una época geológica ante-

rior, fué uno de los estrechos que enlazaban los dos océanos. Esa brecha, que no podía menos de llegar á ser para los habitantes del país el camino natural de un mar á otro, constituye, por decirlo así, la verdadera Costa Rica. Al Norte, las vertientes de la cadena de los volcanes que miran hacia el valle de San Juan están cubiertas de un mar de verdor donde no viven más que indios salvajes; al Sur se extiende hasta las fronteras de Panamá una región aún poco conocida, aunque es una de las más ricas en tesoros naturales.

En la parte de Costa Rica, situada al Sur del collado de Ochomogo, no parece haber montaña humeante. El monte Herradura ó Turubales, forma la torre meridional á la entrada del golfo de Nicoya. Un ramal lateral une la Herradura á las montañas de Dota, fragmento de la cadena media que se desarrolla en Costa Rica á mitad de distancia entre los dos mares. De trecho en trecho elévanse en esa cadena altas cumbres el cerro Chiripó, en el país de Cabecar; el monte Ujun (2.940 metros); el Nemu, Kamuk ó pico Blanco (2.914 metros), y el Róvalo (2.137), cuya cima se presenta en la inmediación de la frontera de Panamá.

Las vertientes de Costa Rica hacia los dos mares son demasiado estrechas para que pueda ser de mucha importancia su ramificación de ríos. Aun sus corrientes más caudalosas no tienen nombre, por decirlo así. Son ríos que pierden su denominación mezclándose con el San Juan, al cual llevan la mayor parte de su agua, con el San Carlos y el Sarapiquí. El Colorado, que recibe, á la inversa, casi todas las aguas del San Juan, es también un río costarricense, y se mezcla con el Sarapiquí mediante las golas del río Sucio, cuyo curso y cuyos deltas interiores modifican anualmente las arenas, las arcillas y los convoyes de troncos arrastrados por las inundaciones. Como la vertiente de los montes elevados mira al Nordeste y forma ángulo recto con el viento alisio, allí es donde llueve con más abundancia y donde los ríos, por tanto, llevan más caudal. El Parismina ó Reventazón, que no pertenece á la misma cuenca que el San Juan, se encuentra en la misma vertiente pluviosa, y vierte una cantidad de agua mucho mayor de la que podía esperarse de la corta longitud de su curso. Por el mismo lado siguen otros varios ríos, entre ellos el Sicsola ó de los «Plátanos» y el Tilorio ó Changuinola.

En la vertiente del Pacífico, privada del tributo regular de las lluvias, las corrientes son menos caudalosas en proporción

á su longitud. Tres de ellas, sin embargo, llevan el nombre de río Grande: el río Grande de Térraba, que desagua en el mar al Norte del Golfo Dulce; el río Grande de Pirris, que corre al Sur de las montañas cuyo promontorio occidental forma la Herradura; y el río Grande de Tárcoles, que nace en el collado de Ochomogo, como el Reventazón, pero para descender en sentido inverso, después de pasar por un desfiladero profundo, al pie de los escarpados porfíricos del monte Aguacate. El río Grande de Tárcoles, engrosado por el Tiribi, que es verdaderamente el principal en cuanto á caudal de agua, entra en el mar frente al extremo Sur de la península del golfo de Nicoya, mientras que el Tempisque se esparce en el estuario septentrional del golfo, después de recorrer el istmo bajo que fué un estrecho entre la península de Nicoya y la tierra firme

El golfo de Nicoya, llamado así en memoria de un jefe que los españoles convirtieron con 6.000 de sus súbditos, es, por sus contornos y por la forma de las montañas que lo ciñen, un hermosísimo conjunto de paisajes maravillosamente armoniosos, como el golfo de Nápoles, el Bóforo y el estrecho de Simonosaki. Pero son raros aún los que tienen la fortuna de poder admirar esos cuadros; los pueblos ribereños no son de aquellos cuyo nombre suena en la historia. Diseminadas en las aguas del golfo vense islas grandes y pequeñas, altas y bajas, que contrastan por su sombría vegetación forestal con el azul de los lejanos montes. La isla más próxima á Puntarenas, puerto de la República en el mar del Sur, ofrece alguna semejanza de contorno con la isla de Capri. Se llama la isla de San Lucas, y está convertida en presidio. Tiene fama en la América Central por la tradición del inmenso botín que se supone escondieron en ella antiguamente unos corsarios náufragos y numerosas expediciones han ido á remover inútilmente el suelo de la isla en busca del tesoro. El Golfo Dulce, mucho más profundo que el de Nicoya, no encierra islas en su cuenca.

El clima costarricense es de los más saludables de la América Central para el indígena y para el colono extranjero. No obstante, también en esas alturas han reinado grandes epidemias y el cólera, la viruela y la tos ferina han arrebatado millares de víctimas; pero es muy rara la tisis.

La fauna de Costa Rica es de una riqueza excepcional, comparada con la de las otras comarcas de la zona tórrida. El coyote de las praderas recorre los llanos de Guanacaste, y uno de los roedores más comunes de esta provincia es una especie de ardi-

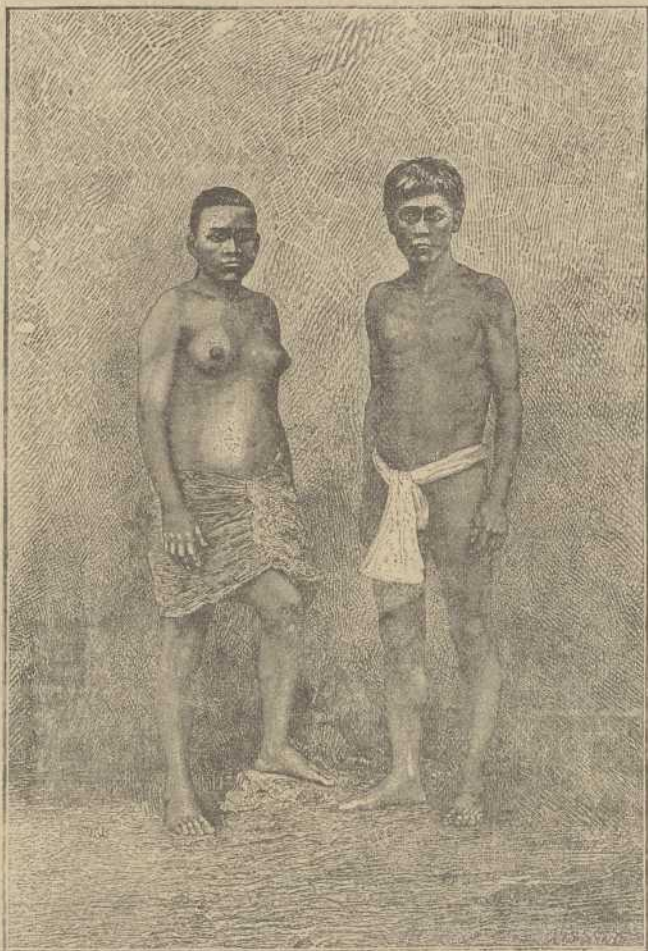
lla: que se ve saltar de rama en rama al lado de los monos que pululan como ella. Costa Rica tiene varias especies suyas: el mono aullador, distinto del de las Guayanas; el tapir (*clasmognathus*), de hocico diferente al tapir colombiano. Hay también en el país murciélagos particulares, vampiros muy peligrosos para el ganado, cuya sangre chupan. Aparecen de repente por millones en las llanuras de Pirris que guarnecen las costas occidentales, al Sur del monte Herradura y caen sobre los animales domésticos, sobre las gallinas, los gatos y los perros, lo mismo que sobre los bueyes y los caballos. En cuanto llegan las nubes de vampiros, los habitantes no tienen más recurso que huir á otro valle con sus animales, so pena de perderlos todos. Aunque hayan solido tacharse de fábulas los relatos que presentan al vampiro chupando la sangre del hombre dormido y refrescándole el rostro con el suave soplo de su aleteo, esos hechos no son dudosos para los viajeros y los naturalistas que han atravesado las comarcas de la América central. Se citan pueblos que los habitantes han tenido que abandonar para librarse de los murciélagos. El ingeniero Brooks, uno de los exploradores del canal de Panamá, sucumbió á consecuencia de las mordeduras de un vampiro. Pero donde se nota sobre todo la riqueza portentosa de la fauna costarricense es en las aves. Las tribus de los loros y de las gallináceas son extraordinarias en punto á número de formas y á muchedumbre de individuos. Se han estudiado también en Costa Rica 132 especies de reptiles, y aún queda mucho por descubrir en los pantanos del litoral y en la espesura de los bosques. Los mares ribereños son igualmente muy ricos en vida animal, y los ríos que desaguan en el Atlántico son quizá de los que más abundan en manatíes, animales que ya han desaparecido de casi todos los parajes antillanos.

II

Pobladores de Costa Rica.

La población de civilización española ha substituído casi por completo en Costa Rica á los aborígenes indios. Sin embargo, estos últimos pudieron sostenerse mucho tiempo después del descubrimiento de la antigua Veragua por los blancos, en 1502. Veintidós años más tarde fué cuando Hernández de Córdoba fundó en las riberas del golfo de Nicoya la primera ciudad cos-

tarriqueña, Bruselas, que no estaba llamada á durar. En el litoral opuesto, se elevaba el año 1540 á orillas de la desembocadura del Sicsola, en el país de los talamancas, otra ciudad desti-



Indios talamancas. (Dibujo de Barbotin.)

nada también á desaparecer, Badajoz; y poco después, en 1544, surgía cerca de Cartago el primer conflicto entre los indios de la meseta y los españoles. Hasta 1563 no empezó la conquista definitiva con las expediciones de Vázquez de Coronado. Este último hizo asiento firme en las mesetas, donde hoy se agrupa

casi toda la población de lengua española, y penetró en las regiones del Sur, que permanecen casi enteramente inexploradas en nuestros días. Avanzó hasta corta distancia del Golfo Dulce para combatir á los indios de Cotó, nación guerrera muy hábil en el arte de las fortificaciones, y á la cual no pudo reducir sin grandes pérdidas. Las mujeres mismas, á quienes los relatos de los cronistas concedieron el nombre de «amazonas», manejaban valerosamente la lanza. Vázquez de Coronado hizo también una incursión por la vertiente oriental al país de los talamanca, y en ese viaje atravesó elevadas montañas desde donde podía verse á la vez los dos mares. Llegó á la bahía del Almirante y al país de los guaymies, y descubrió las regiones auríferas del río de la Estrella. En aquella época, la población india de la actual Costa Rica debía subir, por lo menos, á 60.000 personas. Los talamanca se calculaban en unos 25.000; 3.000 guerreros, representantes de una nación de 12 á 15.000 individuos, habían defendido los pueblos fortificados de Cotó. La meseta propiamente dicha y todas sus vertientes del Norte estaban sembradas de aldeas donde se contaban más de 11.000 indios. Los españoles no pasaban todavía de 500 en 1675, más de un siglo después de la conquista del país, y casi todos agrupados en torno de las dos únicas ciudades de la meseta, Cartago y Esparza. Los indios que empleaban en sus plantaciones se habían fusionado gradualmente, y se reducían á algunos centenares. La pequeña colonia de Costa Rica, sin minas de oro conocidas ó explotables, perdida en una tierra alta rodeada de bosques y falta de vías fáciles de acceso, gobernada de lejos por reglamentos contradictorios, no podía contar con ninguna inmigración libre, con ningún auxilio de fuera. Su comercio era tan insignificante que aun en 1718 no había allí una sola tienda, y todas las transacciones se hacían por intermedio de mercaderes ambulantes. Durante el siglo xvii los piratas atacaron frecuentemente á Costa Rica, pero el país era demasiado pobre para invitarlos á subir más allá de Cartago. Hacia fines del régimen colonial, la provincia costarricense del «reino» de Guatemala, á pesar de su importancia estratégica, no tenía más que una población de 47.000 habitantes, de origen mestizo. Suele repetirse que los costarricenses son de raza española, gallegos en gran mayoría; pero no existe tal pureza de raza, porque los conquistadores se unieron á las mujeres del país, y el resto de la población indígena se ha asimilado gradualmente. Lo que es verdad es que, á pesar del predominio de la san-

gre india, los ladinos de Costa Rica se han españolizado absolutamente en lengua, en costumbres y en conciencia nacional. En cuanto á la parte de cruzamiento con los negros, es insignificante, porque los costarriqueños de la época colonial eran demasiados pobres para comprar muchos esclavos: estos últimos se reducían á 200 en 1824, cuando la abolición oficial de la servidumbre.

Los indios bravos, de 3.500 á 6.000, según diversos cálculos, vivían aún no ha mucho, enteramente aparte de la población civilizada. Los más conocidos son los guatusos, que recorren las selvas de la vertiente septentrional, vuelta hacia el San Juan, sobre todo el valle del río Frío, llamado también Bolsón de los Guatusos. Ahora van en grupos al mercado de San José, y llevan presentes á los sacerdotes católicos, los «hermanos del Sol». Son excelentes agricultores, que cuidan con el mayor esmero sus milpas de plátanos, cacao, tales y palmeras. Sus matrimonios se verifican con frecuencia por raptó. Si la moza robada vuelve á la cabaña paterna, se la trata como culpable y llueven estacazos sobre su cabeza hasta hacerla sangre. Pero no la matan porque el asesinato se castigaría con el asesinato. De igual suerte los guerreros que se baten en duelo no tienen el derecho de matarse. Los guatusos no cazan á los animales grandes ni comen su carne, por creer que las almas de los muertos se refugian en el cuerpo de las bestias monteses. Esos indígenas no tienen la ferocidad que se les atribuyó en otro tiempo. El hombre blanco, armado de su carabina de gran alcance, es bastante más peligroso para los infelices que ellos para el europeo, con sus armas primitivas y sus hachas de piedra. Los ulleros ó buscadores de caucho de Nicaragua y Costa Rica, convertidos en cazadores de indios, han exterminado casi la raza. Hace poco, el precio de un guatuso era 50 pesos.

Los indígenas del Sur de Costa Rica, privados de toda comunicación directa con los guatusos, se comprenden generalmente bajo la denominación de talamanca, aun cuando cada tribu tiene su nombre especial, y los grupos no están bien clasificados aún, según sus orígenes y lenguas. Según se dice conservan sus coronas de plumas, sus collares de dientes y de perlas, sus azagayas y cerbatanas, y habitan aún en *palenques*, especie de cabañas con techumbres de bálago que bajan hasta el suelo. Celebran sus fiestas en las lunaciones y adoran al sol y los astros, las peñas y los vientos, los ríos y el mar. Los contrastes en las invocaciones y oraciones proceden de la diferen-

cia del lugar de habitación y del género de vida: el cazador de las montañas no tiene el mismo dios que el pescador de la costa.

III

Poblaciones de Costa Rica.

La región de Guanacaste, disputada entre Nicaragua y Costa Rica, permaneció mucho tiempo casi desierta; pero desde mediados del siglo pasado ha cuadruplicado su población. Sus dilatadas llanuras, donde podrían encontrar pasto millones de animales; sus bosques, ricos en madera de construcción y de ebanistería; su golfo y sus puertos, y, en fin, su situación en la línea obligada de comunicación entre el istmo de Nicaragua y la meseta de Costa Rica, aseguran á esta provincia una importancia de primer orden. Su capital, Liberia (antiguamente Guanacaste), está situada en la falda meridional de los volcanes de Orosí, hacia el medio de la fértil depresión que separa de la tierra continental la península de Nicoya. Es un pueblo de mestizos, españoles, indios y negros, que se parecen mucho á los ladinos de Nicaragua. En el interior de la península existen dos villas populosas, Santa Cruz y Nicoya, agrupadas á la sombra de los árboles. Nicoya, la principal, era la residencia del jefe que dió hospitalidad á los conquistadores españoles y que se bautizó con todo su pueblo. Algunos centenares de pescadores recogen en las orillas del golfo las ostras de perlas y comestibles, estas últimas las mejores de toda la costa occidental de América. Puntarenas (Punta Arenas) se halla efectivamente en una punta arenosa, á la salida del riachuelo Barranca, que ha depositado masas enormes de cenizas volcánicas en el golfo de Nicoya, no lejos de la entrada. En el estero que se abre entre la punta de arena y la tierra firme, sólo penetran embarcaciones de poco calado; los grandes navíos fondean en pleno mar, y comunican con el desembarcadero mediante lanchas y gabarras. Desde 1814 Puntarenas es el puerto de Costa Rica por donde se hace todo el comercio exterior del Pacífico. Esta ciudad comparte el conjunto del movimiento con Limón, el puerto atlántico y gana con todos los progresos de Costa Rica en población y en industria, puesto que es aún el único puerto comercial de la República en la cos-

ta del Occidente. De Nicoya y de otros pueblos de los alrededores recibe mucha madera de cedro, que se emplea en la fabricación de lápices y cajas de cigarros. La risueña bahía de Tárcoles, que se abre al pie de la doble montaña de la Herradura, tiene una pequeña población del mismo nombre. La vía férrea que desde Puntarenas sube la meseta, llega á la ciudad de Esparza, situada á 219 metros de las primeras elevaciones del suelo montuoso. La llamó así en 1578 su fundador Navarro, en recuerdo del pueblo del mismo nombre que hay cerca de Pamplona. Más hubiese valido dejar á Esparza esa denominación que tiene su razón histórica; pero por lisonjear á los habitantes transformándolos en espartanos, el gobierno bautizó nuevamente la población, más de tres veces secular, convirtiéndola en Esparta. Más lejos, en la cuesta de la meseta (725 metros), hay otra estación, rodeada de maizales, arrozales y prados, que ha tomado el nombre de Atenas. Cinco kilómetros más adelante se llega á la Garita, situada al borde de la meseta, en una explanada desde la cual se dominan todas las llanuras inferiores del río Grande. El monte Aguacate estrecha en ese punto el valle abierto como una sima. Hay minas de oro y de plata en los bancos de cuarzo de la montaña, y allí se han abierto durante el pasado siglo las minas más productivas de la República. El oro se acuña en la Casa de la Moneda de San José.

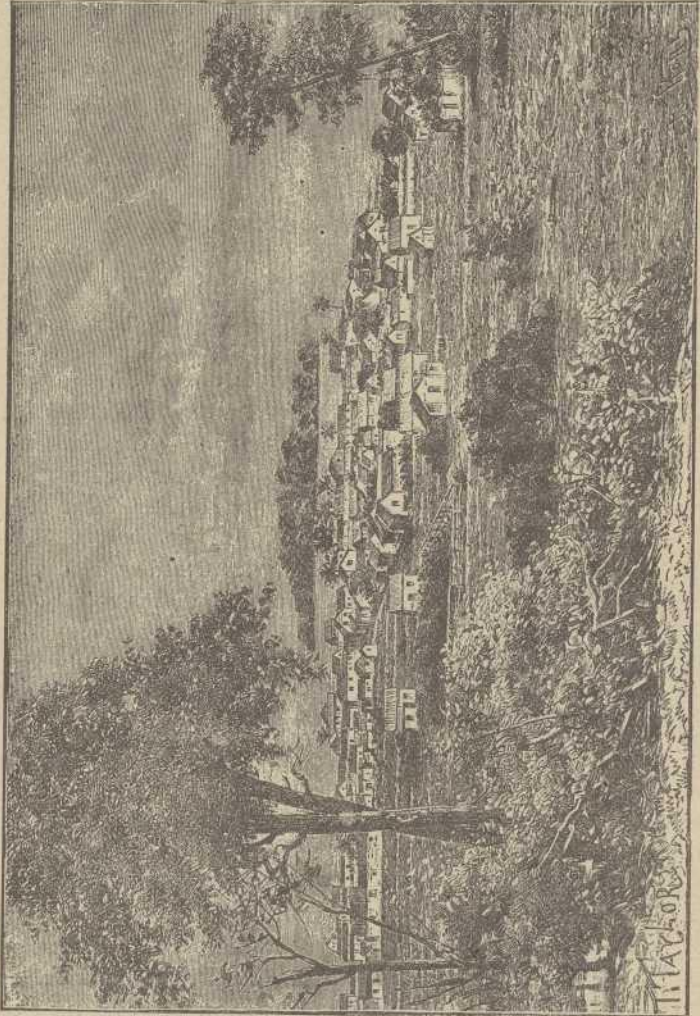
Alajuela (915 metros), aunque menos antigua que Esparza, la ha superado mucho en importancia. Nació á fines del siglo XVIII de algunas cabañas dispersas en una hacienda dividida en pequeños cultivos. La fertilidad del suelo, compuesto en gran parte de cenizas que lanzó el volcán de Barba, enriqueció rápidamente la nueva ciudad. La provincia de que es capital Alajuela viene después de la de San José en cuanto al número de habitantes. Las ciudades secundarias de la provincia, una de las cuales ha recibido el nombre clásico de Grecia, crecen también muy rápidamente. San Ramón tiene la ventaja de dominar un paso de la cadena, desde donde partirá un camino al valle del río San Juan por el San Carlos. Heredia, la vecina oriental de Alajuela situada igualmente al pie del volcán de Barba, en medio de cafetales y otras plantaciones, tiene, como San Ramón, el privilegio de encontrarse cerca de un collado, el Desengaño (1.831 metros), desde donde se baja al San Juan por un camino difícil porque no se ha habilitado para carros más que hasta una corta distancia del collado. Más abajo hay que atravesar el bosque virgen, siempre húmedo, por un suelo fan-

goso, que las lluvias riegan en todas las estaciones, antes de llegar al muelle del Sarapiquí, donde empieza la navegación. Una aldehuela, San Miguel, y ranchos, simples *ajupas* levantadas de trecho en trecho, son los únicos abrigos que encuentra el viajero en ese largo y penoso camino.

La capital actual, San José, no era más que una aldehuela, conocida con el nombre de la Villita, á mediados del siglo XVIII, pero tenía sobre Cartago la ventaja de ocupar una situación más céntrica, relativamente al conjunto de la población costarricense, é hizo rápidos progresos. Cuando cesó el régimen español, los habitantes de San José y los de la antigua capital Cartago (éstos más conservadores, aquéllos más audaces y emprendedores) se encontraron en rivalidad por la dominación, y la lucha acabó por la victoria de San José, la ciudad republicana. Está situada admirablemente en medio de la meseta costarricense, á 1.135 metros de altitud media, en un terreno graciosamente accidentado que corta dos riachuelos: al Norte, el Torres; al Sur, el María Aguilar, uno y otro afluentes del Pacífico por intermedio del río Grande de Tárcoles. San José, como centro político de Costa Rica, posee, naturalmente, los principales edificios públicos del país, y allí se han fundado también los establecimientos científicos, Universidad, Escuela Normal, Museo y Observatorio meteorológico. Desde el punto de vista de la disposición material de la limpieza de las calles y la abundancia de aguas puras, San José es una de las ciudades modelos de Costa Rica. Desde el año 1887 está alumbrada con luz eléctrica. Para su tráfico dispone de las vías férreas que se dirigen hacia los dos mares y del ramal de Carrillo, que empieza en la vertiente opuesta de la cadena de los volcanes para unirse después á las líneas de navegación del San Juan.

Cartago, la capital destronada, no deja de ser la metrópoli de Costa Rica. Edificada en 1564 por Vázquez de Coronado, es la ciudad más antigua entre las que aún existen en el país. Casi todas las familias directoras de Costa Rica han salido de Cartago. Esta ciudad tuvo frecuentes infortunios. Hubo de defenderse varias veces de los ataques de los corsarios; además, en 1723 fué arruinada en parte por una erupción del Irazú, y en 1841 fué la única, entre todas las ciudades costarricenses, destruída completamente por un terremoto. Cartago mira aún con malos ojos á su rival San José. Sus habitantes son más desconfiados, más retraídos y menos activos. En torno de una antigua iglesia milagrosa á que la gente acude en peregrinación

se agolpan los mendigos. En la rampa atlántica de la vía férrea, una de las estaciones es Angostura, llamada así á causa de un estrechamiento del valle del Reventazón. Desde mediados del



Puerto Limón. (Dibujo de Taylor.)

siglo xvii plantadores españoles habían introducido esclavos en los campos de Matina, y exportaban los productos por el río de este nombre. Limón, la última de la cadena de poblaciones que se suceden al través del istmo de Costa Rica, es de fundación

reciente. A pesar de las ventajas de su puerto, el mejor de la costa atlántica dentro del dominio costarricense, no podía elevarse hasta que se construyesen vías de acceso á la meseta. Gracias al ferrocarril, Limón ha igualado de repente á Puntarenas en importancia colonial; y no sólo exporta los cafés de la meseta, sino que las nuevas plantaciones fundadas en el contorno le envían también enormes cantidades de plátanos para el mercado de los Estados Unidos. La construcción del ferrocarril de Limón ha exigido grandes trabajos en la travesía de los pantanos y de las golias del litoral, especialmente cerca de Moín, donde se hacía antiguamente un pequeño tráfico de contrabando para la introducción de las mercancías inglesas. Al Sur de Limón, en toda la *tierra adentro* que se inclina hacia el Atlántico, no hay más colonia de costarricenses civilizados que la de San Bernardo en el país de los talamanca, cerca del Puerto Viejo. Lo mismo que el puerto de Chirripó, no ha prosperado, sobre todo á causa del aislamiento. En cuanto á la «ciudad» de Santiago de Talamanca, construída á orillas del Sicsola, fué incendiada en 1610 por los indios sublevados.

IV

Situación económica y política de Costa Rica.

Los progresos materiales de Costa Rica, aunque no tan rápidos como los de otras comunidades hispano-americanas, son, por lo menos, constantes y regulares. Pueden juzgarse por el aumento de su población, que de 80.000 habitantes que la constituían en 1854, se ha elevado á 323.000. Los inmigrantes propiamente dichos comprenden, en primer lugar, los negros de Jamaica, cerca de 1.000, y, en segundo, españoles, la mayoría canarios, alemanes, chinos, franceses, ingleses y norteamericanos.

La importación de Costa Rica en el comercio del mundo se debe casi únicamente á su café, introducido en el país en 1817, pero que no producía aún más que una decena de toneladas en 1833. Hoy es de unas 10.000 toneladas, que representan un valor de unos 12.000.000 de pesetas. Costa Rica exporta también azúcar, caucho, cacao, cueros y maderas; pero desde hace algunos años, á todos esos artículos de comercio superan en valor los plátanos que se envían á los Estados Unidos. Tam-

bién se cultiva en el país, aun en las milpas indias, el quiquisque que es el *taro* de la Oceanía ó la colocasia comestible. Concentrando todos sus esfuerzos en la producción del café, los plantadores de las tierras altas no producen víveres bastantes para los consumidores, y tienen que importar harinas de Chile. Tampoco tienen ganado suficiente, á pesar de la inmensa extensión de sus pastos.

Las instituciones políticas costarriqueñas, aparte algunos pormenores, se ajustan al modelo de las otras constituciones de Estados hispano-americanos. Ejerce el poder legislativo un Congreso, cuyos individuos se eligen por cuatro años mediante sufragio de segundo grado; y el poder ejecutivo corresponde á un presidente, nombrado también por cuatro años, y que no puede ser reelegido, como tampoco los diputados del Congreso. Al mismo tiempo que él, se nombran tres «designados» ó substitutos eventuales. El presidente elige sus secretarios de Estado y nombra los gobernadores de provincia, los comandantes de armas y los jefes políticos de cada cantón. El sufragio popular elige los Ayuntamientos. La aplicación de las leyes corre á cargo de jueces de paz, alcaldes constitucionales residentes en cada cantón, tribunales provinciales y un Tribunal Supremo. En las causas criminales funciona el jurado. Está abolida la pena de muerte con todas las infamantes. La mujer goza de sus derechos civiles, y todos los ciudadanos tienen plena iniciativa testamentaria. La libertad de cultos, proclamada en 1870, existía de hecho años antes, y el diezmo quedó abolido en los primeros tiempos de la independencia. Están prohibidos los conventos y las órdenes religiosas en toda la extensión del territorio.



Islotes del golfo de San Blas. (Dibujo de Wise.)

PANAMA

I

El país y sus accidentes.

Esta nueva República, la más moderna de América, fué un departamento de Colombia hasta el 3 de Noviembre de 1903, en que se declaró Estado independiente, apoyada en secreto por los Estados Unidos. Esta separación no ocasionó luchas ni derramamiento de sangre.

Los Estados Unidos pagaron 40 millones de pesos por los derechos y títulos de propiedad del canal interoceánico, que ha de abrir el istmo de Panamá, y además, otros diez millones por la cesión á perpetuidad de una faja de terreno de siete millas de ancho de Océano á Océano. Se cree que para 1915 estará terminado el canal de Panamá, obra gigantesca, cuyo coste será de muchos millones de *dollars*.

La población del Panamá se calcula en 381.000 almas.

Elevadas montañas continúan en Panamá la alta cadena de Costa Rica. El Picacho, que se eleva cerca de la frontera, alcanza 2.150 metros, pero no es más que un pitón secun-

dario si se compara con su vecino del Este, el volcán extinguido de Chiriqui, cono perfecto, con zonas de vegetación escalonadas, que se yergue en toda su majestad sobre las llanuras del Sur. Las cartas marinas le asignan una altura de 3.434 metros.

Más adelante, la cordillera (mucho más próxima á la costa del Norte que á la del Pacífico) pasa de 2.500 metros. A un lado, por la vertiente del Pacífico, se abre la vasta llanura de David en forma de anfiteatro; al otro, el mar de las Antillas proyecta en el interior del istmo la gran escotadura de la bahía ó laguna de Chiriqui. En esta parte de su desarrollo, la cordillera se designa con el mismo nombre que la laguna. Más lejos, toda la parte de la cordillera que traza una curva graciosa y regular cuya convexidad mira al Sur, se conoce comúnmente con el nombre de cadena de Veragua. Es un poco menos alta que la de Chiriqui, aunque empieza al Oeste por la soberbia montaña de Santiago (1.900 metros), y aunque algunos otros de sus picos pasan de 1.200 metros. En esa región toda la amplitud del istmo la ocupan montañas ó colinas: por el Norte avanzan contrafuertes hasta las riberas del Atlántico, mientras que al Sur prolóngase un ramal por el Pacífico para formar la ancha y maciza península de las Palmas, al Oeste del golfo de Montijo. Pero la península cuadrangular del Azuero, que se desprende de la costa Sur como una enorme concha y limita al Sudoeste el golfo de Panamá, es perfectamente distinta de la cordillera de Veragua por su relieve de alturas. Se sabe que la península de Azuero forma parte de una cadena casi enteramente submarina que se desarrolla en dirección paralela á la cordillera sinuosa de los istmos y que comprende la península de Nicoya, las del Golfo Dulce y Burica, la isla de Coiba y el archipiélago de las Perlas.

Al Nordeste de la cadena de Veragua, en el punto precisamente donde el istmo de Panamá se encorva como un arco con una regularidad asombrosa, el relieve montañoso se hace muy desigual en dirección y altura; dividiéndose en varios fragmentos cuyo orden primitivo es difícil de reconocer. El grupo de Capiro, el más elevado de esa región (1.500 metros), se halla enteramente fuera de la cadena media. Sus escarpados se prolongan al Sur por la bahía de Panamá, y hasta proyectan en su seno la peninsulita del cerro Chame. La arista que puede considerarse como prolongación del eje principal, y que está mucho más próxima á la ribera Sur que al litoral Atlántico,

es la colina de Ahoga-Yeguas, cuya cumbre mayor es de 212 metros solamente, y que presenta una brecha á 115 metros de altitud. Más lejos se abre un paso, inferior aún, el de la Culebra, á 87 metros sobre el nivel de los dos mares, cuya distancia en ese punto es de 56 kilómetros en línea recta.

Más allá del paso de la Culebra vuelven á empezar los ramales montañosos, elevándose gradualmente hacia el Este. Las colinas de María Enríquez alcanzan ya 400 metros, y las de Pacora, que forman su prolongación oriental, pasan de 500. Después, cerca del golfo de San Blas, se yergue un nudo montañoso que va á unirse á una cadena costeña orientada de Oeste á Este, á lo largo del Atlántico. Una de sus puntas, inmediatamente al Este de Puerto Beló, alcanza 915 metros. Las dos cadenas unidas continúan en una cordillera de rápidas pendientes con una altura de 150 á 800 metros. Allí es donde más se estrecha el istmo americano entre los dos mares. En ese punto no hay más de 50 metros en línea recta de uno á otro, y no median siquiera 28 kilómetros de distancia entre el golfo de San Blas y la curva del río Bayano, en donde va á morir la ola de la marea del Pacífico. Esa angostura del istmo de San Blas no podía, pues, menos de señalarse como lugar á propósito para la apertura de una vía navegable.

La cordillera de San Blas ó de Chepó, continúa bajo diversos nombres como cadena ribereña del Atlántico hasta la entrada del golfo de Urabá, donde la comarca ha recibido el nombre de istmo de Darién. El nudo montañoso del Gandi, de 900 metros de altura, y más lejos el grupo del Turganti, indican el punto en que tuerce la cadena para prolongarse directamente hacia el Sur, al Oeste del curso del Atrato. Se deprime en el collado de Tihule, donde la altitud se reduce á 142 metros, y donde se ha proyectado también la perforación de un canal interoceánico en substitución de un antiguo estrecho, por el río Atrato al Este y el Tuyra al Oeste. Más allá se reanuda la cadena, pero sin ofrecer salidas importantes, y, mediante ramificaciones laterales, va á unirse á otra cresta, la de los montes Baudó, que costea muy de cerca los aguas del Pacífico. En varios puntos las alturas se yerguen inmediatamente sobre el Océano en forma de acantilados, y por las aguas avanzan promontorios rodeados de arrecifes. En su conjunto, la sierra de Bodo, que se extiende de Norte á Sur en una longitud de unos 200 kilómetros; es una intumescencia del suelo más bien que una cadena de montañas; un reborde del litoral sobre el

cual se elevan de trecho en trecho nudos de una gran altura relativa, como el de Bodo cuyo punto culminante está á 1.816 metros.

A excepción del río Atrato, que no pertenece á Panamá más que por afluentes laterales, y por algunos canalizos del delta, el istmo no tiene ríos caudalosos, sino es después de lluvias extraordinarias. Aunque varios de ellos alcanzan un curso bastante largo, gracias á la disposición de sus valles, que se extienden paralela, y no trasversalmente, á las riberas, no poseen cuencas de bastante amplitud para enviar al mar un gran excedente de aguas fluviales. Lo que ha valido á esas corrientes la notoriedad de su nombre es su situación en las cercanías ó en el trayecto de las vías de comunicación interoceánicas explotadas ó proyectadas. El Changres nace casi en el centro de istmo del Panamá, y empieza por correr hacia el Sudoeste, en dirección paralela á las riberas oceánicas del istmo. En Cruces, donde ha recogido todos sus altos afluentes, lleva ya bastante agua para admitir botes. Poco más adelante, en Matachín, donde su nivel de estiaje no está más que á 14 metros sobre el del Atlántico, recibe el Obispo, que baja del grupo de la Culebra, y que, por la dirección de su valle, es la rama principal. La profundidad del río oscila en cuatro metros en la época de las sequías; pero las crecidas repentinas que producen las grandes lluvias, levantan á veces 12 metros el nivel fluvial. Las subidas bruscas de seis no son raras, y las inundaciones se han elevado cuatro y seis metros sobre los puentes del ferrocarril. El caudal del Chagres varía de 1.000 á 1.930 metros por segundo. La superficie de la cuenca fluvial se estima en 2.650 kilómetros cuadrados, y la longitud del curso en unos 125 kilómetros.

El río Bayano, llamado también Chepó como una aldea ribereña, es un poco más largo que el Chagres y tiene una cuenca más extensa, pero lleva menos agua, porque pertenece á la vertiente del Océano, que no riegan tanto los vientos dominantes del Este y del Nordeste. Corre al principio, como el Chagres, por un valle longitudinal, paralelo á las montañas de la costa, y no tuerce al Sur para bajar directamente al mar hasta el punto de su curso en que la marea va á detener dos veces al día su corriente ya amansada. El río termina en el Pacífico en un ancho estuario, pero está cerrado por una barra donde no hay medio metro de agua ni siquiera en baja mar. Las profundidades del golfo de Panamá, donde pueden fondear las

embarcaciones, están muy lejos de la costa. La línea de los fondos de ocho metros y medio no se encuentra hasta ocho kilómetros y medio de la desembocadura, y esto es uno de los mayores obstáculos que hay que vencer al construir el canal.

El río del Panamá que presenta la ramificación más amplia es el Tuyra, afluente del Pacífico, como el Bayano, porque el valle longitudinal donde se acumulan sus aguas es mucho más largo que el del Bayano y del Chagres. Se desarrolla en una extensión de más de 150 kilómetros, paralelamente á la cordillera del Darién, y da paso á dos ríos que vienen al encuentro uno de otro: al Nordeste, el Chucunaque; al Sudoeste, el alto Tuyra, ambos orlados de espesos bosques. Aun en varios sitios en que el lecho fluvial tiene más de 40 metros entre las dos orillas, los árboles cruzan sus ramas de una á otra, formando así «pasos de monos». Después de cada raudal las aguas giran en anchos remolinos que obligan á dar continuas vueltas á los troncos que arrastran. Antes de salir de la región de las montañas, cada uno de los dos ríos da comienzo á la parte marítima de su curso, indicada por el vaivén de la marea. En la zona de encuentro de la corriente fluvial y del flujo marino, los árboles que lleva la primera se apiñan formando balsas naturales que ocupan toda la amplitud del lecho, y á duras penas pueden forzar el paso las piraguas. Por último, pasadas las llanuras superiores, el Tuyra y el Chucunaque se unen en un hermoso canal de 300 metros de anchura y 10 de fondo, con un caudal medio de 32 metros cúbicos por segundo. Orillan su corriente pantanos que fueron lechos fluviales, y hacen muy difícil su acceso por tierra. Más lejos, el río se convierte gradualmente en estuario, y el estuario en golfo. El magnífico puerto de Darién, entrada incomparable para una vía interoceánica, mezcla sus aguas con las del golfo de San Miguel por los dos estrechos de Boca Grande y Boca Chica, donde las corrientes alcanzan á veces una velocidad muy grande á la entrada y á la salida. La vegetación de los promontorios es admirable. La orilla del cabo Garachín, que es bastante alta, desaparece completamente bajo árboles de 30 metros de elevación, cuyo tronco, blanca y recta columna, sostiene una cúpula de verde sombrío.

En la costa atlántica de la provincia, el corte más profundo del litoral es el que forman las dos bahías ó «lagunas» del Almirante y de Chiriquí, en donde se entra desde alta mar por tres pasos principales: la Boca del Drago, la Boca del Toro y la

Boca del Tigre, lo bastante profundos para dar acceso á los mayores buques. La bahía del Almirante ha recibido ese nombre en honor de Colón, que visitó esos parajes en 1503. Isla Colón se llama también la colina arbolada que prolonga la costa firme entre la Boca del Drago y la Boca del Toro; y otra tierra del interior de la bahía se llama isla Cristóbal. La bahía del Almirante es un dilatado conjunto de puertos, como la laguna de Chiriquí, mar interior de unos 800 kilómetros cuadrados. Las islas é islotes de la entrada están dispuestos de tal manera que continúan la alineación de las costas continentales, como si hubiesen formado una antigua ribera rota por las olas marinas. La península de Valiente, ó, mejor, de los Valientes, que medio cierra por la parte oriental la laguna de Chiriquí, es una de las raras playas de arena blanca y pura que se ven entre la boca del río Chagres y la del San Juan de Nicaragua. En otros puntos la playa se compone de una arena oscura, casi negra, y tan llena de partículas de hierro, que en ciertos sitios, si se acerca un imán, queda inmediatamente cubierto.

Al Este de Chiriquí la costa se prolonga varios kilómetros mar adentro, mediante una meseta cubierta por menos de 50 metros de agua, y sembrada de bancos é islotes. Uno de ellos es el famoso Escudo de Veragua, que se cita frecuentemente en los documentos diplomáticos como tierra disputada entre Costa Rica y Panamá. El golfo de San Blas, que se abre en el litoral atlántico en el punto donde es menor la anchura del istmo, parece, como la laguna de Chiriquí, una brecha que las erosiones del mar han abierto en una antigua costa rectilínea. La península de San Blas, que limita el golfo por la parte Norte, es un fragmento de esa primitiva costa, y continúa al Este en los centenares de arrecifes y de islotes que forman el archipiélago de las Muletas ó Mulatas. Ninguno de esos cayos tiene cerros ni peñas. Son playas arenosas que sobresalen algunos metros y descansan en fondos de coral. La mayoría se agrupan en círculos ú óvalos, entre los cuales pasan canales bastante profundos para las embarcaciones y que ofrecen fondeaderos seguros en los sitios resguardados del viento. A pesar de sus reducidas dimensiones, varias de esas islillas tienen manantiales de agua dulce, y algunos indios han podido establecer allí sus aldeas. No hay ninguna de las Muletas que no sea un bosque ó un sotillo de cocoteros. Desde lejos no se ve la tierra, sino sólo los abanicos de las palmas á modo de bandadas de aves gigantescas. Más allá de las Muletas, los

cayos aparecen esparcidos sin regularidad á lo largo de la costa, pero hasta el Puerto Escocés esa armadura de arrecifes defiende el litoral propiamente dicho. El mar libre no empieza hasta las cercanías del golfo de Urabá, donde se inicia una formación nueva, la de las tierras aluviales que el Atrato deposita en el fondo marino. No hay parajes donde se modifiquen más rápidamente las curvas de contacto entre tierra y mar. Los contornos de la playa cambian casi á la vista. Todas las islas del ancho anfiteatro semicircular del golfo de Panamá reposan, como el propio istmo, sobre un lecho de menos de 50 metros de profundidad. El zócalo de la meseta se extiende de punta á punta á la entrada del mismo golfo. Las islas mayores de esa bahía constituyen, con más de un centenar de islotes, todo un archipiélago llamado de las Perlas, aun cuando sus pesquerías de perlas están casi completamente agotadas. Al Este de ese grupo de islas accidentadas, pero de poca altura, se abre el profundo seno del golfo de San Miguel, donde las embarcaciones encuentran siempre más de 10 metros de agua en el punto que menos.

El clima del istmo de Panamá no se diferencia del de los istmos occidentales más que por ligeras transiciones, procedentes de la menor amplitud de la cinta continental y de la proximidad de la enorme masa sudamericana con sus altas mesetas y sus múltiples hileras de montañas. La temperatura media del año es de 26 á 27 grados centígrados, un poco mayor en el litoral atlántico, merced al influjo de las corrientes marítimas, más cálidas en el mar de las Antillas que en los parajes del Océano vecino. Las diferencias anuales de temperatura, de un extremo á otro del año, no exceden nunca de 17°, entre 18° y 35°, y cuando en un mismo día pasan de 6° las variaciones y se elevan á 8°, ó sea 30° durante el calor del día y 22° durante el fresco de la noche, la gente se queja de los cambios «bruscos» del tiempo. El clima es, pues, uno de los que ofrecen la temperatura más constante.

La cálida atmósfera del istmo, saturada casi constantemente de vapor y apestada por las exhalaciones de los pantanos, no es de las que el trabajador blanco puede respirar mucho tiempo sin peligro. Los primeros españoles que habitaron en Panamá le dieron el nombre de Sepultura de vivos. Así, los inmigrantes de Europa y de los Estados Unidos, atraídos por las Empresas del ferrocarril y del canal, se han reservado la dirección, la inspección y las industrias fructuosas que no exi-

gen ningún esfuerzo físico. Tienen que temer, sobre todo, las enfermedades de la piel, del hígado, de los riñones y la fiebre amarilla durante los ocho primeros meses de su residencia. Después de este período se hallan tan aclimatados como los indígenas para esta enfermedad. Entre los naturales lo que causa mayor mortalidad es la tisis. Indígenas de raza mixta y negros de la Jamaica (estos últimos en número de cuatro quintas partes) son los que prestan el trabajo material, y este trabajo ha costado muchas más vidas humanas, en igualdad de condiciones, de las que cuesta en las canteras y desmontes de la zona templada.

En Panamá, y especialmente en el istmo de Darién, es donde se desarrolla con más potencia la vegetación del área centro-americana. Allí se encuentran la flora del Mediodía de Méjico y la de Colombia. Hay, además, especies locales que constituyen una flora particular panamesa. Las plantas mezcladas cubren la tierra de tal espesura de troncos, ramas, hojas enredaderas y parásitos, que el viajero no encuentra un paso libre por ninguna parte, y en ningún sitio se ven el suelo ni la roca. Los promontorios del litoral no tienen el aspecto de acantilados ni de cerros; la masa sólida queda escondida completamente debajo del follaje. Podría creerse que la colina no es más que una planta gigantesca que tiene sus raíces en el mar y se yergue en forma de soberbia pirámide de 200 metros de altura. Tierra adentro, los arroyos y los ríos corren por el fondo de galerías tenebrosas bajo las ramas entretejidas, y el agua desaparece, ora bajo balsas de troncos apiñados, ora bajo una capa de confervas y de otras plantas que se pliegan al paso de las barcas como un tapiz y sobre las cuales flotan los remos sin tocar el líquido. Hay una especie de palmera, la *chamædorea pacya*, que se presenta hasta la altitud de 2.100 metros sobre el mar al lado de las encinas y alisos. En la zona litoral del Pacífico, la vegetación es menos exuberante, y hasta se ven, alternando con la inmensidad de los bosques, sábanas ó *catingas*, sin más que algún que otro soto. La causa de esto es la menor abundancia de lluvia.

Otra de las diferencias notables entre las dos orillas del istmo es la que ofrece la fauna oceánica. De uno á otro mar varían los peces y las demás formas animales, y aunque en la época terciaria eran iguales cuando se comunicaban los dos océanos, la aparición del istmo les ha dado otras condiciones de existencia, y las faunas se han hecho distintas poco á poco.

La fauna terrestre varía también en ambas vertientes del istmo. Abraza algunos animales que no se encuentran en otros puntos, como un mono, el *Chrysothrix*, que no se ha descubierto fuera de Chiriquí y que no puede conservarse vivo en las costas vecinas, en Cartagena, por ejemplo. Uno de los peces interesantes del río Tuyra lo citaba ya Herrera con el nombre de *roncador*. Su voz parece la de un becerro. Los pescadores de perlas temen mucho la especie de tiburón llamada «tintorera», bastante común en el golfo de Panamá. Este escualo mide hasta 15 metros de longitud y tiene la boca al extremo de la cabeza, no por debajo del hocico, como los otros tiburones.

II

Indígenas de Panamá.

Los habitantes de la República de Panamá son en gran mayoría, como sus vecinos del Centro América, representantes de una raza mixta, españoles, indios y negros á la vez; pero la parte del elemento africano es mucho mayor en ellos que en la población de las cinco repúblicas. Desde la abolición de la esclavitud, la Jamaica no ha cesado de enviar inmigrantes negros y de color á las riberas del istmo. Después, los trabajos del ferrocarril y los del canal han atraído millares de jamaqueños, y muchos de esos trabajadores se han quedado como modestos comerciantes y agricultores en ese país, cuyo clima les conviene perfectamente, y donde el solo hecho de desbrozar una tierra inculta da un derecho definitivo de propiedad sobre el suelo ocupado. En varios pueblos de la costa atlántica constituyen la población dominante, y aun en el conjunto de la comarca pueden considerarse en varios sentidos como el elemento civilizador, porque ellos son los que sostienen el movimiento de las transacciones, son los que introducen las mercancías, las noticias y las ideas que más activamente contribuyen á modificar las costumbres de los aborígenes. Son también los que han iniciado á los ribereños en el conocimiento de la jerga mixta de español é inglés, necesaria en las transacciones usuales con los marinos dedicados al cabotaje.

Algunos pueblos indígenas han conservado, si no la pureza completa de la raza, por lo menos el aspecto físico, las costumbres y la lengua primitiva. Así, los guaymí ó los «hombres»

que viven en la parte occidental de la provincia, se han agrupado, en su mayoría, en el valle alto de Miranda, circo de montañas que no comunica con las llanuras litorales de la laguna Chiriquí más que por un desfiladero de difícil travesía. A esta hondonada, de unos 400 metros de altitud, se han retirado, para evitar todo contacto con los españoles y mantener su independencia. Ni negros ni blancos pueden entrar allí más que por el favor de algún jefe poderoso. La tribu principal es la de los *valientes*, llamados así, sobre todo, por los encarnizados duelos á que se entregaban á consecuencia de la menor ofensa ó palabra mal sonante. Antes era raro ver un *valiente* cuyo cuerpo no estuviese cubierto de cicatrices. Estos indios pertenecen á la misma familia que los talamanca de Costa Rica, y probablemente descienden de los que, antes de la llegada de los españoles, grababan figuras simbólicas en las peñas de las montañas y depositaban adornos de oro en las *guacas* ó tumbas. Antiguamente fueron más civilizados sin duda, pero el comercio con los blancos ha servido para destruir sus industrias. Vistiéndose á la europea, compran trajes hechos; no saben ya tejer ni teñir telas, y el algodónero, que planta aún al lado de su cabaña, echa al viento sus fibras. Poseyendo ollas de hierro ignoran ahora la alfarería; se procuran armas é instrumentos, y serían incapaces de fabricarlos ellos mismos. En cuanto al arte de la orfebrería, debió perderse probablemente desde los primeros tiempos de la conquista española. El régimen político de los guaymis ha cambiado igualmente. Obedecen á grandes jefes que han centralizado el poder. Hasta hay uno de ellos que pretende descender de Moctezuma, nombre que los indios han aprendido evidentemente de los blancos, y de que se sirven para expresar su derecho de primeros ocupantes á la posesión del suelo. El guaymí, bajo, rechoncho, robusto, de cabeza grande y cara aplastada, andarín y portador infatigable, se parece al otomí de Méjico. Como el quiché y el cakchiquel de Guatemala, tiene su *totem*, su animal tutelar, especialmente, una especie de lorito. Cuando llega á la adolescencia, tiene que someterse á rudas pruebas con sus compañeros, y sufre en los bosques, lejos de su familia, un período de noviciado. Los ancianos, con el cuerpo pintarrajeado, la cara enmascarada y la cabeza coronada de follaje, le enseñan las tradiciones y canciones en un dialecto misterioso y sagrado, y, cuando resiste bastante sin quejarse, lo admiten en el número de los hombres y le dan un nombre definitivo. Por lo que se refiere á las mucha-

chas, no se hace más que celebrar su pubertad, é inmediatamente después casarlas, ó, más bien, venderlas. La fiesta principal, llamada *balzeria* por los españoles, se verifica comúnmente á principios de la estación seca, en el día indicado por el número de nudos que se han hecho en un bejuco enviado á cada familia. Después de un baño general, las mujeres invierten algunas horas en pintar el cuerpo de los hombres de azul ó de rojo, y en adornarles la cara con arabescos ó dibujos raros semejantes á los de las vasijas antiguas. Después se visten á la usanza primitiva, con el taparrabos de corteza y la piel de animal. Entonces comienza la orgía, seguida del baile de los hombres y del tiro de la *balza*, palo ligero que los bailarines se arrojan unos á otros para derribarse. Frecuentemente hay que recoger heridos. La religión del guaymi no es otra que la del miedo: todo ruido le espanta y lo atribuye á un espíritu malo, á quien es menester que conjure un hechicero ó aplique alguna dádiva. Cuando un enfermo parece que va á morir, sus parientes lo llevan al bosque y lo abandonan, sin dejarle más que una calabaza de agua y algunos plátanos. Después de la muerte, se expone el cadáver sobre un tablado, y al año se recogen los restos, se limpian los huesos, se reúnen en un paquete y se entierran en el cementerio de la familia. Estos indios han disminuído mucho, así como otras tribus antiguas.

A excepción de los chocós, que habitan en los grupos montañosos del Sur y se asocian á las poblaciones de Colombia, los diversos grupos indios de Darién pertenecen, á pesar de la diferencia de los dialectos, á una sola y misma nación, la de los cunas ó Cuna-Cuna, llamados también tis ó «ribereños», porque tienen sus cabañas aisladas ó sus aldeas siempre á orillas de las aguas. Así, en la cuenca del Atrato, los indios chocós se designan con el nombre de «Dos», palabra que en su lengua tiene precisamente el mismo sentido. Los cunas, como la mayoría de las otras naciones, se llaman á sí mismos los tules, es decir, los «hombres» por excelencia. Se supone que pertenecen á la raza caribe, y los más altivos, los que han mantenido más enérgicamente su independencia hacia las fuentes del Chucunaque y del Cañaza, afluente del Bayano, se consideran como inmigrantes goajiros procedentes de la península mediana entre Colombia y Venezuela. Pero esa supuesta asimilación entre dos tribus alejadas una de otra es posible que dimane de que los cunas de Chucunaque, como los indios de la Goajira, han sabido permanecer libres y conquistar el respeto de sus

enemigos. Por regla general, los cunas son bajos, rechonchos, con una tendencia marcada á la obesidad. Se parecen mucho á los guaymies, salvo el tener la tez menos morena comúnmente. Generalmente, el pelo es muy negro, espeso y abundante; no cae, por decirlo así, nunca con la edad, y rara vez blanquea, pero, en cambio, falta la barba. Los ojos son ligeramente oblicuos. En tiempos antiguos se pintaban el cuerpo; ahora se limitan á untarle con el jugo negruzco de la *jagua* que les conserva fresca la piel, y en las grandes festividades se pintan rayas rojas en la cara con el achiote. Su lenguaje es una especie de cantilena: á cada frase sigue una pausa que los interlocutores utilizan para manifestar su aprobación.

Los usos y costumbres de los cunas, se diferencian poco de los de los guaymies. Hasta los que no están en contacto inmediato con los «españoles» se españolizan. Todos toman parte en el comercio, como expedidores ó vendedores de granos de cacao silvestre, de nuez de coco, de caucho, de marfil vegetal ó *tagua*, y ese tráfico extiende progresivamente la introducción de objetos extranjeros en el país. Traje, instrumentos y armas, todo cambia poco á poco. Cada grupo de casas tenía su cacique ó «capitán» y su *lelé*; sacerdote, algebrista y mágico en una pieza. El tercer personaje de la comunidad era el *comotoro*, músico oficial, corifeo y maestro de ceremonias. En cuanto al *urumia*, era el vigilante, á la vez que agente de policía y guarda campestre. La mujer pare en una cabaña aislada bajo la vigilancia de una vieja, que, después de bañar á la madre y al hijo en el río, los lleva al *lelé* para someterlos á fumigaciones de tabaco á fin de expulsar el maleficio. Como entre los guaymies, la pubertad de las muchachas es ocasión de una fiesta. La joven recibe por primera vez un nombre público y un nombre secreto, y al año siguiente tiene el derecho de casarse con el hombre elegido. No es raro que el hermano se case con la hermana, y hasta parecen estas uniones muy frecuentes. El esposo tiene derechos sobre todas las mujeres con quienes contrae parentesco mediante el matrimonio. Sin embargo, las costumbres son muy severas: los hijos reputados ilegítimos se entierran vivos ó se tiran al río, y el extraño que presenciase el parto de una mujer sería castigado con la muerte. En todas las tribus de la raza impera la costumbre de meterse en cama el marido cuando está de parto la mujer. Los blancos y los negros del litoral neogranadino participan más ó menos de la superstición que induce al marido á creerse solidario con

la mujer en los dolores y consecuencias del alumbramiento. Cuando muere un cuna, se cuelga á su cabaña un pico de tucán, sin duda para que el ave lo acompañe al otro mundo, y en la tumba se ponen provisiones para el viaje. Algunos pueblos colocan á los muertos en hamacas, y creen que andan vagando míseramente por el país de las sombras hasta que se rompen las cuerdas de suspensión.

III

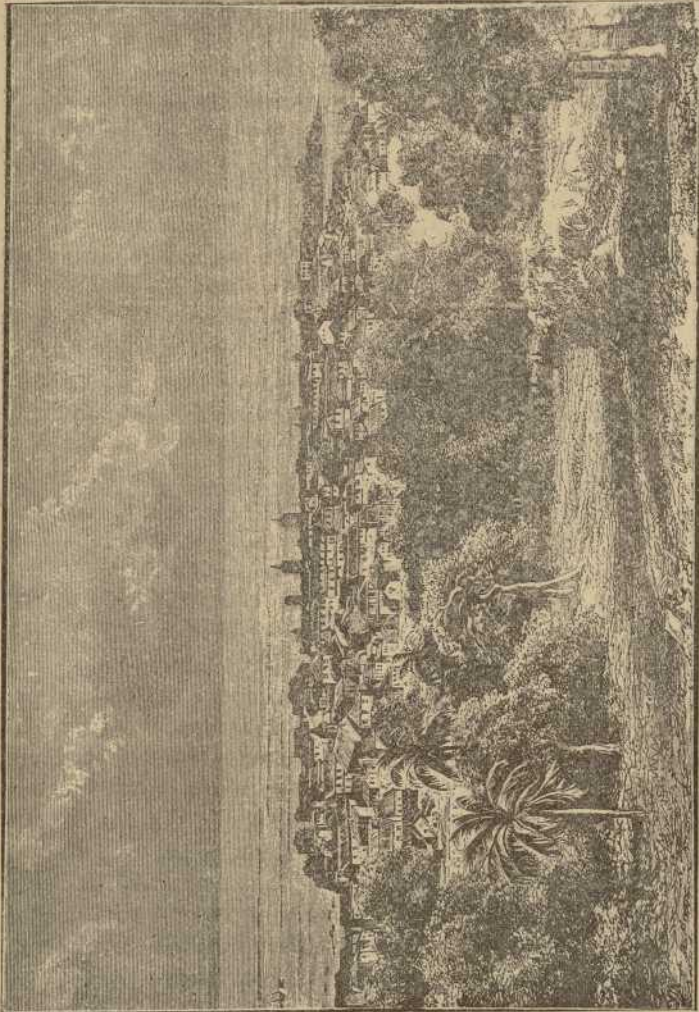
Poblaciones de Panamá.

El comercio no ha hecho aún más que rozar, por decirlo así, las costas atlánticas entre Chagres y la bahía de Chiriquí. La «ciudad» de Castillo de Austria, fundada á orillas del Chiriquimula ó río de Guaymi, en los primeros tiempos de la conquista, desapareció á poco sin dejar huellas. Todavía á comienzos del siglo anterior no tenía el país más habitantes que los indios, cuando llegaron á las costas de Chiriquí negros procedentes de las islas de Vieja Providencia y de San Andrés desembarcando en la isla del Drago ó de Colón y en otros puntos del archipiélago, desde donde su descendencia se ha propagado poco á poco por todos los ámbitos de la bahía. El pueblo más importante, llamado Boca de Toro, porque se encuentra, en efecto, á orillas del estrecho de ese nombre, en la isla de Colón y á la entrada de la laguna de Chiriquí, es el que fundaron esos inmigrantes de origen africano. En 1883 contenía una población de unas 500 personas, casi todas de color, que hacían un comercio bastante activo de cocos, conchas de tortuga, zarzaparrilla y palo de tinte. El puerto de Boca del Toro, bien protegido por las islas inmediatas, es bastante profundo para los buques de gran calado. Enfrente, en la ribera occidental de la isla Bastimentos, llamada en inglés *Provisión-island*, se extiende una aldea rodeada de huertas, de donde proceden, en efecto, los plátanos, las patatas, las batatas y otros víveres para el abastecimiento de las embarcaciones de paso. La población naciente de Boca del Toro es de las que pueden contar con un gran porvenir, porque un día llegará á ser el puerto de salida de los carbones de la costa, de los fosfatos del Escudo de Veragua y de los géneros colocoliales del interior. En cuanto al oro, no se han descubierto las minas explotadas en la época del viaje de

Colón, el cual supo, «evitando el escándalo, privar de todas sus pepitas de oro al príncipe de Veragua». En tierra firme, el principal establecimiento comercial es el de Gobrante, situado á orillas del Chiriquimula, en el punto de arranque de la navegación, y quizá en el sitio donde los conquistadores habían edificado el Castillo de Austria. Un sendero difícil sube desde Gobrante hacia el valle de Miranda, poblado de indios guaymies, y después hacia la cresta de la cordillera, para bajar luego á las llanuras de David. Pero el camino más cómodo, accesible hasta para caballerías, empieza mucho más al Oeste, en la Bahía Francesa, y pasa por uno de los vecinos collados del cerro Horqueta. David, la capital del departamento de Chiriqui, es una pequeña ciudad situada á 20 kilómetros del Pacífico en una llanura cortada por barrancos y dividida así en cercas naturales de pastos para el ganado, principal riqueza del país. Al Norte se yergue el soberbio cono de Chiriqui, cuyas primeras pendientes están cubiertas de cafetales. En los puertecillos vecinos de Pedregal y Cañafisbola entran embarcaciones de poco tonelaje á cargar géneros para Panamá. El humilde pueblo de Alanje, que está 20 kilómetros al Oeste, á orillas del río Chico, es resto de la antigua capital de la comarca y de un lugar de mercado, en el camino de las caravanas que iban en otro tiempo de Guatemala á Panamá. Más lejos, en Bugabita, cerca de la aldea de Bugaba, se han descubierto *guacas*, ó tumbas muy ricas en adornos de oro—tan ricas que los primeros hallazgos, hechos en 1860, valieron al país de Chiriqui un renombre temporal, casi igual al de California—. Mil quinientos buscadores de oro llegaron á reunirse á la vez en esa región, pero de cada veinte ó veinticinco tumbas, sólo una por término medio encerraba tesoros; así que los rebuscadores, después de explorar todos los montículos funerarios y recoger una suma de más de un millón de pesetas, abandonaron el país. La región de David se considera mucho más sana que la del istmo de Panamá propiamente dicho. Sin embargo, los blancos no se aclimatan en ella completamente, ni fundan establecimientos durables.

Nata ó Santiago de los Caballeros es una de las ciudades antiguas de América. Alonso de Hojeda reconoció el año 1510 el país en donde se halla, y dos años después se fundó la ciudad. En esa época era desconocido en Europa el nombre de Méjico. Situada á orillas del río Chico, no lejos de su desembocadura en la bahía de Parita, extremo occidental de la vasta

cuenca semicircular del golfo de Panamá, Nata domina las llanuras que se extienden entre la cordillera de Veragua y la península de Azuero. Como David, posee dilatadas llanuras



Vista de Panamá desde el monte Ancon. (Dibujo de Taylor.)

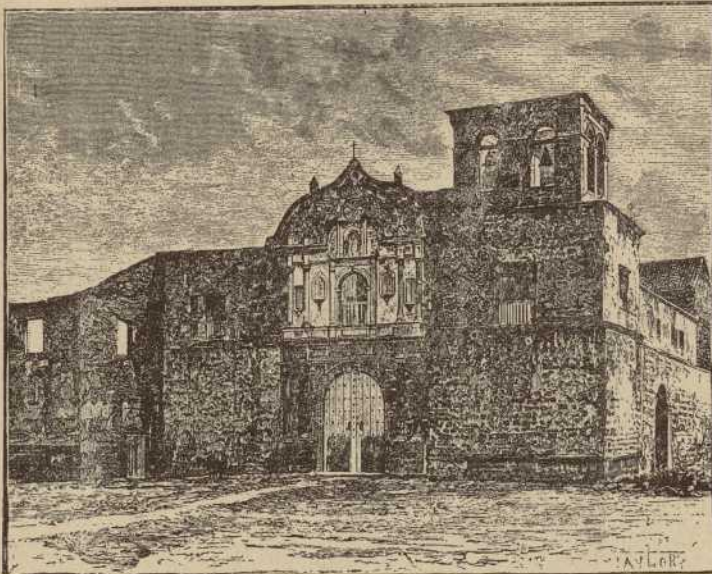
pobladas de caballos y de ganado vacuno. Las alfarerías de Nata alimentan con sus productos la ciudad de Panamá y casi todos los distritos de la provincia. También se tejen en Nata

con las fibras del jipijapa los sombreros flexibles y fuertes que se llaman «sombreros de Panamá».

La ciudad famosa, que ha dado su nombre al golfo, al istmo y á la provincia ó sea Panamá, no se fundó en el sitio donde ahora se encuentra. En 1518, cuando Pedrarías de Avila trasladó la capital de la orilla atlántica á la del mar del Sur, eligió una playa situada en la desembocadura del riachuelo Algarrobo, por donde la curva del golfo desarrolla su convexidad extrema hacia el Norte. Esta ciudad de Panamá, fundada en el sitio que ocupaba una aldea india del mismo nombre, es la que durante siglo y medio tuvo el monopolio del comercio del istmo. Allí era donde las flotillas españolas desembarcaban las mercancías y todo el oro del Perú. Más de 2.000 mulos se empleaban para llevar los metales preciosos de Panamá á Puerto Belo, donde iban á tomar el cargamento los galeones del rey de España. Estos tesoros no podían escapar á los piratas. En 1670, Morgan «el Exterminador» fué á atacar á Panamá á la cabeza de 1.100 hombres, y tal era el terror que inspiraban los corsarios, que los españoles no se atrevieron siquiera á disputar el paso del istmo. Después de hacer un simulacro de defensa de la ciudad, la abandonaron con sus cañones y una parte de sus riquezas. De los galeones, el que iba cargado de oro consiguió hacerse á la mar. Panamá fué entregada á las llamas, y los españoles temieron volver allí, recelando un nuevo ataque. Ya no quedan de la primera ciudad más que las ruinas informes de dos iglesias, cubiertas de malezas.

La ciudad actual se halla 10 kilómetros más al Oeste, al pie de Ancón, monte aislado de 170 metros de altura, y cerca de la desembocadura de un riachuelo llamado «río Grande». Todavía rodean la ciudad propiamente dicha ó San Felipe, sólidas murallas de 3 metros de espesor, y una de ellas, que domina el mar, forma el magnífico paseo de las Bóvedas. Por la parte de afuera, en las playas y vertientes inmediatas, se extienden los arrabales. La ciudad nueva tiene, como la antigua, sus ruinas causadas por el incendio, pero posee también monumentos en perfecto estado de conservación, como la catedral, cuyas dos torres sirven de señales y de faros, y diversos conventos transformados en casas ó fábricas. Panamá tiene escasísima importancia como centro de población y de comercio local. Los sombreros llamados «de Panamá» no se tejen en la ciudad cuyo nombre llevan. La razón de ser de Panamá es su posición como lugar de paso de un océano á otro en la angostura del cuerpo

continental; de ahí que su historia ofrezca una notable alternativa de rápido progreso y de decadencia, según la dirección seguida por la corriente de las transacciones. Así, Panamá fué próspera, cuando dominaba el tráfico del Perú y de Chile. Luego la pérdida del monopolio la despobló casi enteramente. La afluencia de los mineros á California volvió á hacer de ella una ciudad activa y populosa hasta la apertura de los ferrocarriles transcontinentales de los Estados Unidos, que desvió el

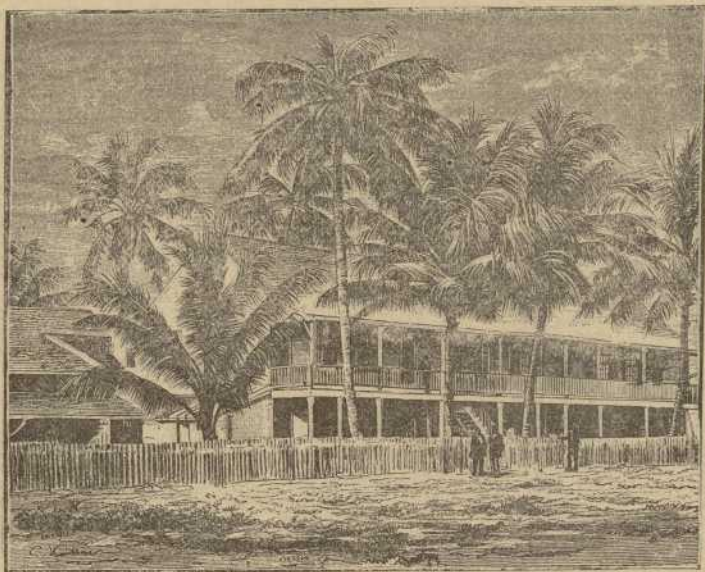


Antigua iglesia de San Francisco en Panamá. (Dibujo de Taylor.)

movimiento de viajeros y mercancías. Las obras del canal, levantaron la ciudad por tercera vez, pero cuando terminen empezará de nuevo su descenso. Pero aparte de esto, siempre será uno de los nodos de vibración de las líneas comerciales del mundo, gracias á la vía férrea que atraviesa el istmo por ese sitio y á los vapores que de Oceanía y de la América del Norte y del Sur convergen en su golfo. Desgraciadamente, su rada es un mal fondeadero á causa de los vientos del Norte que agitan las aguas. Los buques grandes echaban el ancla al abrigo de la isla Taboya, 18 kilómetros al Sur de la ciudad. El canal, según el proyecto, debía prolongarse entre largos malecones que entrarían en el mar hasta un pequeño grupo de

islotes donde empieza la línea de los fondos de ocho metros y medio. Ya una canal enlaza ese fondeadero con la orilla. Las islas, que producen exquisitas ananas, sirven de sanatorios á los habitantes de Panamá y á los forasteros. El hospital del istmo, establecimiento grandioso, domina la ciudad de Panamá y la rada desde las pendientes del Ancón.

La antigua escala atlántica, Puerto Belo, que defendieron en su día fortificaciones hoy cubiertas de matorrales, es una pobre aldea donde viven algunos centenares de negros que



Una casa en Colón. (Dibujo de Vuillier.)

hacen un pequeño comercio con Colón, Colombia y Jamaica. El puerto es excelente, profundo y bien abrigado de los vientos, pero sus orillas son muy insanas, precisamente por esa tranquilidad de los aires. El famoso navegante y pirata Francisco Drake murió de repente delante de Puerto Belo en 1595, antes de poder saquear ese puerto, como las ciudades de la Costa Firme. La ciudad de Chagres, situada en la boca del río del mismo nombre, á la orilla derecha, sucedió á Puerto Belo como punto de término de la travesía al Norte de Panamá. Los barcos subían y bajaban la corriente del río entre Chagres y el pueblo de Matachín, que sólo dista 23 kilómetros en línea

recta del Pacífico. Pero Chagres es un sitio insano, como Puerto Belo, y las terribles fiebres palúdicas que reinan en el litoral atlántico se designan generalmente con el nombre de esa ciudad: «fiebres de Chagres». Por eso la población disminuyó bruscamente, apenas se eligió otro punto de escala en el Atlántico, que es la islita coralígena de Manzanillo, situada al Nordeste de la bahía de Limón, entre Chagres y Puerto Belo. Allí, sobre un fondo fangoso, en medio del cieno que se había acumulado entre las raíces de los mangles, se ha construido la ciudad nueva, llamada Colón, en honor del navegante que descubrió la bahía en 1502. Se la designaba también con el nombre de *Aspinwall*, en memoria de uno de los capitalistas á quienes enriqueció la construcción del ferrocarril del istmo. Colón es una ciudad de hierro y de madera, con columnatas y miradores, llevada hecha de los Estados Unidos, guarnecida de muelles fijos y volantes, con algunos cocoteros alrededor de la estación, y una estatua de Colón, enfrente del mar. No tiene más industria que el hospedaje de los viajeros y el recibo de las mercancías que le llevan más de mil embarcaciones, casi todas vapores de servicio regular. Por las plantaciones del río Chagres, toma parte también en el comercio creciente de plátanos que toda la América central hace con los Estados Unidos. Aunque protegidas por un terraplén construido recientemente, las embarcaciones no están bastante abrigadas en la desembocadura del canal, y los veleros van á refugiarse á veces á la rada de Puerto Belo.

Pocas líneas férreas han influido tanto en la Tierra como la del istmo de Panamá. Gracias á ella la costa occidental de América se ha aproximado á Europa de repente algunos millares de kilómetros, y se ha modificado, por consecuencia, la red de las vías mayores de la Humanidad, cambiando el equilibrio comercial del globo.

Al Este de Puerto Belo, en la costa atlántica de Panamá, no hay aldeas donde no estén en gran mayoría los indios. La colonia Nombre de Dios, que fundó Nicuesa el año 1510, no ha dejado vestigios ni se sabe siquiera dónde se encontraba. En el fondo del golfo de San Blas, ese ancho y profundo seno donde cabrían holgadamente diez mil embarcaciones, sólo existen algunas aldehuelas de indios cunas, diseminadas bajo los grupos de cocoteros. Los indios del archipiélago de San Blas, libres de toda autoridad, venden los productos de sus cacaotales y de sus palmeras, así como también conchas de tortuga, que arrancan

del animal. sin matarlo, por medio de la acción del fuego. Se abstienen asimismo de tocar á los huevos, para conservar la especie.

La vertiente del Pacífico tiene por capital la populosa villa de Chepó, que se halla rodeada de llanuras y comercia con Panamá por un camino poco cuidado y por el curso inferior de Bayano, que remontan las embarcaciones hasta el puerto de la Capitana. Por el Este, el fuerte de Terrable, arruinado ahora, defendía antiguamente el país contra los indios. La población de Chepó y de los campos del contorno se compone de negros muy poco cruzados con blancos ó indios.

La bahía de Caledonia, que se abre en la costa atlántica, como 200 kilómetros al Sudeste del golfo de San Blas, y no lejos de Putricanti, la aldea más populosa de los indios cunas, recuerda ensayos de colonización ya antiguos. Un puerto, perteneciente á la misma escotadura del litoral, lleva el nombre de Puerto-Escocés, en recuerdo, como el de Caledonia, del grupo de escoceses que fué á establecerse en ese sitio el año 1698, bajo la dirección del capitalista Patterson. El puerto Carreto, no lejos de allí, había visto en 1513 viajeros más ilustres; Núñez de Balboa y sus compañeros, que iban al descubrimiento del mar del Sur, donde tuvieron la suerte de llegar veintitrés días después. En esta época el puesto de los españoles en la costa atlántica era el pueblo de Santa María, construído como «ciudad metropolitana» en las orillas del golfo de Urabá, inmediatamente al Norte de las bocas del Atrato. Pero en 1526 la colonia fué trasladada á Panamá, y Santa María, invadida gradualmente por las malezas, recibió el sobrenombre de la Antigua. Darién se llamaba entonces Castillo de Oro y, efectivamente, se explotaban yacimientos auríferos en Cana, hacia las fuentes del Tuyra, en el país de los chocós. Hasta fines del siglo XVII se sacó de este «Dorado» cierta cantidad de metal; pero los piratas habían aprendido el camino de las minas y, para alejar á estos molestos visitantes, el Gobierno no encontró cosa mejor que ordenar el abandono de los trabajos. Su política consistía en arruinar sus colonias para desviar de ellas las ambiciones rivales.



Puerto de Sabanilla. (Dibujo de Giou.)

AMÉRICA DEL SUR

COLOMBIA

I

El país y su exploración.

La República, que ahora se denomina Colombia y antes se llamó (según las alteraciones políticas) Nueva Granada y Estados Unidos de Colombia, ocupa un dilatado territorio en el ángulo Noroeste de la América del Sur. Merece esta nación el nombre que lleva por haber visitado Colón sus playas desde la laguna de Chiriquí á las islas de San Blas, aunque no vió la tierra firme entre el golfo de Urabá y la península de los Goajiros. Ojeda y Americo Vespucio llegaron hasta muy cerca de lo que es hoy costa colombiana, pero no la vieron, quedando del otro lado del cabo de la Vela, y los que primero la exploraron fueron Bastidas y su gente, si bien no fundaron colonia alguna. Los aventureros españoles preferían ir á aquella parte del istmo en que Colón encontró el oro que le valió el título de duque de Veragua. Corrían noticias de que del lado opuesto

había otro mar, en busca del cual cruzó en 1513 dicho istmo Vasco Núñez de Balboa, empleando en el descubrimiento veintitrés días, ó sea el mismo tiempo que hoy se necesita para ir desde Londres ó de París al mar Pacífico. Llamaron á éste, los españoles, mar del Sur, y pronto le pusieron en fácil comunicación con el de las Antillas por un buen camino que conducía de Puerto Bello á Panamá, de cuya ciudad salían muchos barcos á descubrir las costas del Pacífico, unos al Norte, hacia Méjico y California, y otros al Sur, en demanda del Perú ó Birú, como le llamaban. El primero que trajo noticia de este país fué Pascual de Andagoya, quien después de bajar por los mares de Nueva Granada, volvió á Panamá con la novedad de que en dicha dirección había un gran Estado en que el oro era abundantísimo. Tres años después del viaje de Andagoya asociáronse Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque para ir á las conquistas de las comarcas de que hablaba aquél. En la primera expedición detuvieron á Pizarro, á poca distancia del punto de partida, la fiereza de los indios y los rigores del hambre; pero Almagro navegó 500 kilómetros más al Sur, llegando á la desembocadura del río de San Juan, que es muy importante, porque señala, juntamente con el Atrato, el verdadero principio de las montañas de la América Meridional. En 1526 continuaron los españoles descubriendo la costa hasta lo que después fué reino de Quito, y en 1527 entraron en la bahía de Guayaquil y desembarcaron en Túmbez, primera ciudad del territorio peruano.

Desde el principio se habló del oro que había en las montañas entre el Panamá y el Perú, pero la fama de las conquistas de Pizarro y de las riquezas ganadas por éste y sus compañeros fué causa de que los conquistadores desdénasen este país, al cual sólo acudieron después de muy adelantada la conquista, llegando del reino de Quito á las mesetas de Túquerres, Antioquia y Cundinamarca, en las que se encontraron con otras partidas de aventureros procedentes de Venezuela. Hasta entonces sólo dos intentos de conquista se habían hecho, y fué el primero en el año 1508, en que algunos españoles emprendieron la de las comarcas á orillas del golfo de Urabá, sin conseguirlo; y el segundo en 1525, cuando algunos aventureros fundaron la ciudad de Santa Marta cerca de la desembocadura del río Magdalena, de donde penetraron en los valles y barrancos de la Sierra Nevada.

Concedió Carlos V á Pedro de Heredia, gobernador de Santa

Marta, permiso para conquistar en esta parte de Tierra Firme, la región conocida después con el nombre de Nueva Andalucía, que era la que estaba entre los ríos Magdalena y Atrato. Desembarcó en Calamari, donde hoy se halla la ciudad de Cartagena; peleó con los indios de Turbaco, y los venció; siguió marchando hacia el Sur y entró en la cuenca del río Sinú, quitando á sus pobladores todo el oro que pudo, que fué mucho. Así vino á ser la Nueva Andalucía su Pactolo. Siguiéron á esta primera expedición otras mandadas por Pedro y por su hermano Alonso de Heredia y el portugués Francisco César, que conquistaron los valles afluentes al de dicho río Sinú y todas las comarcas entre éste y el Cauca, llegando algunos hasta la orilla izquierda del río Magdalena. Como necesitaban una base de operaciones lo más cercana posible del país de las minas, reedificaron el fuerte de San Sebastián, que Ojeda había fundado en el golfo de Urabá, cerca de la desembocadura del Atrato, de donde salió Pedro de Heredia en 1536 para descubrir las minas de oro de Dabeibe (así las llamaban los indios), y que quizás estaban donde ahora se halla la población de Dabeiba. Salióle mal la empresa, y después de haber perdido mucha gente, tuvo que volver atrás; pero Francisco César fué más afortunado, y después de nueve meses de marcha llegó á un país en que había gran abundancia de oro, en el actual Estado de Antioquia, cerca del gran recodo occidental del Cauca, de donde volvió cargado de riquezas, haciendo una marcha forzada de diez y siete días para escapar á los indios chocós, á quienes temía, á pesar de haberlos vencido en una primera batalla. Por este tiempo fué el descubrimiento de la gran meseta de Cundinamarca, donde vivían los muíscas, honor que en poco estuvo no correspondiera á Jorge Speier, un alemán, á sueldo de los banqueros de Augsburgo. Este Speier salió de Coro en 1534, entró en los llanos por el hueco que deja á Oriente la Sierra Nevada de Mérida, y siempre faldeando, cruzó los afluentes del Orinoco en sus salidas de las montañas, y así llegó al transponer el Upiá, á la meseta en que habitaba aquel civilizado pueblo. Pero en vez de detenerse continuó caminando hacia el Sur hasta dejar á las espaldas el Ari-Ari, ya en la cuenca del Guaviare, donde después de pelear mucho con los naturales, tuvo que retroceder, habiendo perdido las cuatro quintas partes de su gente, y entrando en Coro á los cinco años de su salida. Mucha culpa tuvo del mal suceso de la expedición el segundo de Speier, llamado Fredemann, el cual, en vez de

alcanzarle en el camino, como le tenía mandado, quiso obrar por sí y adelantarse al jefe en el descubrimiento de las buscadas minas. Siguió al principio tras de aquél por los llanos, pero después torció á la derecha y fué á dar en el imperio de los muíscas con sus ciudades, sus templos y sus riquezas de metales preciosos y esmeraldas. Pero antes que él y por opuesto lado habían llegado otros descubridores españoles, á los que encontró dueños del país. Era jefe de esta tropa el capitán Belalcázar, ó Belalcázar, gobernador de Quito por Pizarro, y á quien los quechuas habían dado noticia de existir en aquella parte un poderoso y rico reino, cuya novedad le confirmó un indio de Cundinamarca que andaba errante de tribu en tribu. Deseoso Belalcázar de la gloria de esta conquista, dispúsose á marchar hacia el Norte, y mientras lo hacía, envió delante con alguna gente, á Juan de Ampudia, hombre feroz, de quien dice el cronista que hacía los mismos efectos que el azogue y el rayo, y que como tal fué apoderándose de cuantos metales preciosos encontraba en los pueblos, incendiando las casas y arrasando los campos. Llevándolo todo á sangre y fuego, llegó á orillas del Cauca, donde fundó en los comienzos del año 1536 una población, á que dió su nombre, y que Belalcázar, que no tardó en llegar, mudó al sitio en que se levantó Cali, ciudad hoy importante, así en lo político como en lo comercial. Volvió Belalcázar al Sur: hizo de la ciudad india de Popayán la capital de la nueva provincia; descubrió y exploró las fuentes del Cauca y las del^a Magdalena; se enseñoreó de todas las tierras altas de la cuenca de este río, y por último, subiendo los montes, llegó á la meseta de Fogotá antes que Fredemann, como ya hemos dicho, pero después que Gonzalo Jiménez de Quesada, gobernador de Santa Marta. Había éste preparado su expedición desde mucho antes, sospechando ó conociendo las grandes dificultades de la empresa. Primero tuvo que cruzar las inmensas lagunas y pantanos en que se juntan las aguas de los ríos César y Magdalena, y allí perdió los barcos en que llevaba la gente. Después del naufragio emprendió la subida de la cordillera, venciendo cuantos obstáculos se le opusieron, así de la naturaleza como de los indígenas, hasta llegar á la meseta, donde después se levantó la ciudad de Santa Fe, quedando dueño de ella. Entonces tuvo las primeras nuevas de que se acercaban otras huestes españolas. Dicen algunos que Fredemann, Belalcázar y Quesada tenían el mismo número de soldados, es decir, 160, con un cura y un fraile cada uno. Las

tres huestes vestían de diferente modo, y los del Perú más vistosamente que los demás, pues traían ricas sedas y se adornaban con plumas. Los de Santa Marta usaban telas de algodón hechas por la industria de los indios, y los de Venezuela cubríanse rústicamente con pieles de animales. Acamparon separados unos de otros en disposición más guerrera que pacífica, de modo que pudo temerse que peleasen entre sí. Pero por fin se entendieron en paz, haciendo un tratado, por el cual Belalcázar y Quesada dieron á Fredemann cierta suma de dinero, y repartiéndose la comarca señalaron las fronteras que entre uno y otro habían de existir. Quesada quedó dueño y reconocido por gobernador de todo el territorio, al cual dió el nombre de Nueva Granada, en recuerdo de su patria.

Al ser dueños de esta meseta de Santa Fe los españoles, quedaron también de todas las regiones vecinas, porque habiéndolas hecho la naturaleza dependientes de aquella, lo habían sido siempre en lo político, estando acostumbrados los indios á que desde allí los gobernasen. Por eso ya no ofreció la conquista dificultad alguna y pudieron los conquistadores continuar tranquilamente la exploración y estudio de toda esta parte de América. Lejos de oponerse los indios á su paso, salían á recibirles y los caciques les traían tributos, pagando, entre otros, el de la sal, de que desde luego se hizo estanco. Badillo y Robledo reconocieron las partes bajas de la cuenca del Cauca y el país de Antioquia, completando las exploraciones de Belalcázar y sus tenientes en la cuenca alta del río. Poco después desembarcó al Sur del río de San Juan, Pascual de Andagoya, descubridor que había sido de las costas occidentales de Nueva Granada, el cual desde la bahía de Chocó subió el riachuelo Dagua, y transponiendo la cordillera de la costa, bajó á Cali, descubriendo en tal viaje el principal camino para el comercio de la Colombia occidental. Después de estas expediciones podía darse por descubierta la mayor parte del país, no quedando desconocido sino las de menos consideración é importancia. De muchas de ellas siguen los geógrafos teniendo sólo incompletas noticias y todavía hay regiones defendidas de la curiosidad de los viajeros por los bosques, las ciénagas y las fiebres. En los llanos hicieron muchas expediciones después de las de Speier y Fredemann, pero sus huellas se han perdido casi todas en aquellas inmensas soledades, como se borran en la superficie del mar las estelas de los barcos. Sin embargo, los viajes y estudios de los españoles continuaron sin interrupción, y desde los

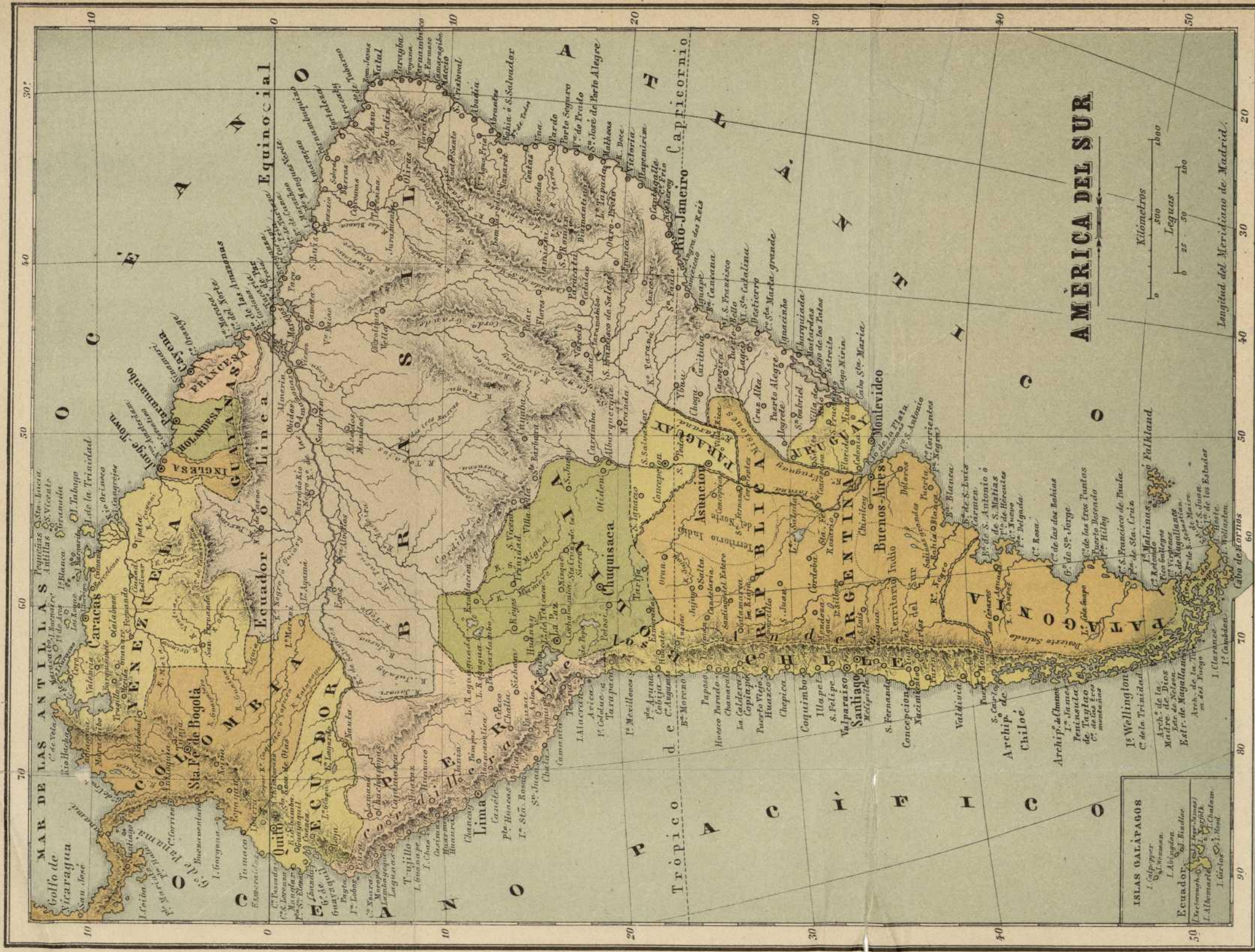
de Jiménez, de Quesada y Antonio Berrio (1569 y 1591), hasta la separación de Colombia, fueron innumerables las tribus descubiertas y civilizadas, los ríos navegados y los itinerarios trazados en las montañas por los españoles.

Está Colombia á la cabeza de la América del Sur, dueña de los caminos que de la del Norte vienen á ésta, y hasta hace poco poseyendo Panamá tenía la denominación futura del Atlántico y el Pacífico. Estas ventajas señaladísimas, la dieron un gran papel en la guerra de la Independencia.

Ofrece Colombia tales facilidades á la colonización, que ni Méjico se le puede comparar, porque tiene todos los climas, desde el más caluroso hasta el glacial. En los llanos bajos, junto á las costas, ó en las vegas hondas de los ríos, cuando van éstos cerca del mar, el sol es abrasador. Un poco más arriba comienza á moderar sus rigores, y se va haciendo el clima, según se sube: primero suave, luego fresco y, por, último frío; y todo ello con tales combinaciones de sequía y humedad, y tal variedad de vientos, que hacen de Colombia como el resumen de todos los climas de la tierra.

Podría recibir Colombia infinidad de emigrantes si tuviese caminos que en poco tiempo les llevasen de la costa á las mesetas y montañas donde hay todavía pocos pobladores; pero quizás con no tener esos caminos gane más de lo que pierde, porque de este modo se sostiene y crece de su propia substancia y no corre el grave peligro de perder, como otras Repúblicas españolas, el carácter propio. Dentro de ella hay emigraciones que van de las provincias más pobres á las más ricas, y así van mezclándose unas con otras y las diferentes razas entre sí, con lo que se hace más compacta la nación, y ofrecerá siempre mayor resistencia á la invasión extranjera. Es indudable, que sus puertos tendrían más comercio y serian más populosas algunas ciudades del interior si á unos y á otras acudiesen los fugitivos de la vieja Europa, que á millares marchan á América, llevandola el caudaloso capital de su saber y su actividad; pero los colombianos lograrán al final mayores y más duraderos beneficios, mostrándose, por ahora, pacientes y satisfechos de sí mismos, que otros pueblos, en su afán inmoderado de crecer pronto y atesorar en pocos años grandes caudales. Sobre todo, hacen bien en no olvidar aquella gran máxima del insigne Quevedo:

«Yo no quiero ser nada sin ser mío.»



II

Montañas, volcanes é islas.

Las montañas más altas de Colombia no dependen de la cordillera de los Andes, sino que se levantan aisladas á orillas del Atlántico en forma de descomunal pirámide, cuyo lado mayor cae al mar, el segundo, mirando al Oeste, al río Magdalena, y el tercero, vuelto al Sudeste, á los ríos César y Ranchería. La Sierra Nevada de Santa Marta, que así se llama esta gran cadena masa, aparece como isla rodeada de pantanos, playas y campiñas, extendiendo sus raíces por un espacio que no bajará de 16.400 kilómetros cuadrados. En otro tiempo debió ser, en efecto, una isla, lo que aun hoy está bién patente, porque el pequeño istmo que la reúne á la cordillera apenas llega á tener 280 metros sobre el mar, y es un llano de tierras de acarreo, en las que no sobresale ninguna peña ni monte-cillo; de modo, que muy fácilmente se podría cortar con un canal que uniese el río César, afluente del Magdalena, al Ranchería, que corre al mar de las Antillas. Hay quien cree que por este valle corría el río Magdalena, el cual se abrió después paso hacia el Oeste en la dirección que ahora lleva, y de esta opinión son todos los viajeros que le han visitado, no pudiendo explicarse de otro modo la existencia de esta gran cañada entre la Sierra Nevada y la Sierra Negra, que es la parte más avanzada de los Andes hacia el Norte.

Pocos paisajes hay tan admirables en el Nuevo Mundo como este de la Sierra Nevada de Santa Marta, irguiéndose casi á pico sobre el mar hasta más de 5 kilómetros de altura. Cuando desde el Océano se la contempla al amanecer, antes de que los vapores de la atmósfera envuelvan y oculten los últimos picos, suspende el ánimo la vista del conjunto de la sierra y recrease pasando de las frondosas selvas de sus faldas á las azuladas cumbres, que están en primer término, y por último, á la corona de rosadas nieves, que parecen perderse á lo lejos en el azul del firmamento.

Aunque la vertiente que cae sobre el río César es menos escarpada que la del mar de las Antillas, tiene, sin embargo, terrible aspecto, debido á su esterilidad, pues como en toda esa parte no soplan los vientos alisios ni llueve casi nunca, las desnudas rocas reciben de plano los rayos del sol abrasador de los



tropicos y resplandecen como si un pavoroso incendio las consumiese desde los ventisqueros hasta el llano. Esta espantosa apariencia de la sierra debió contener algún tiempo la curiosidad de los viajeros, aunque quizás despertaría en otros el deseo de descubrirla. Así lo hicieron algunos, entre ellos el feroz Alfinger, quien entrando á conquistar las mesetas en que vivían los temidos taironas, sufrió, más aún que de éstos, del frío, del que murieron muchos soldados é indios amigos. La mayor parte de los pobladores de dicha comarca perecieron en la conquista, pero otros indios se establecieron en su lugar con algunos mestizos y negros. Quedó la Sierra Nevada de Santa Marta muy olvidada de los exploradores hasta nuestros días, en los que la han visitado, muchos llegando muy cerca de las nieves eternas

Levántase el grupo central, que es de formación granítica, á 45 kilómetros del mar en línea recta, por lo cual podría calcularse á la falda norte de la sierra la pendiente de un metro por cada diez, lo que no es mucho; pero las mesetas, precipicios y contrafuertes que se interponen la hacen inaccesible, y no hay otro medio de subir al pico de la Horqueta que flanquearlo con largos rodeos por los cerros vecinos. Una de sus principales ramas marcha al Noroeste hacia el nudo de los montes de San Lorenzo, llegando al mar ensanchado en forma de abanico, entre cuyas varillas se esconden pequeñas calas y bahías. Hacia el Este de la misma Horqueta corre otra cadena de páramos sin árboles, donde el viento, la lluvia y á veces la nieve descargan toda su furia, inspirando tal terror á los indios que, aunque cristianos, no cruzan estos parajes sin encomendarse á sus antiguos dioses, los que quizás les recuerda la ancha cumbre cubierta de bosque y rodeada de precipicios, llamada Chirua, que se ve al Este, y que fué entre ellos montaña sagrada. Cerca de ella ostenta su reluciente pico el Cerro Plateado, al que dan tal nombre por el brillo de sus rocas cuando las hieren los rayos del sol. Pasado este cerro, baja mucho la altura de la sierra, á la que en este paraje no se puede llamar Nevada, porque no suele tener nieve. Son estos montes de suave pendiente y redondeadas cumbres, desde las cuales hasta la base hay mucho bosque, menos en aquellas tierras que las aguas han arrastrado, amontonándolas en forma de pirámides. De éstas se encuentra gran número á los pies de la cadena, dispuestas en línea como tiendas de un campamento. Una sierra que, partiendo de la Horqueta, se dirige hacia el Sur, es

de lo más encumbrado de este grupo de montañas, viéndose en ella algunos picos, tales como el Mamón y el Chinchicua, que pasan de 3.000 metros, y terminando, después de una honda barranca de 900 metros, en alturas rodeadas al Este, al Oeste y al Sur de tierras anegadas, que en otro tiempo estuvieron cubiertas por el mar y á las que domina 460 metros el Alto de las Minas, donde acaban estos montes del lado del Mediodía. Adviértense en la Sierra Nevada señales de haber sido volcánica, de lo que son prueba ciertos terrenos de origen ígneo que se ven entre los granitos y rocas. También habla la tradición de grandes erupciones ocurridas en lo más interior de las montañas á fines del siglo XVIII. El nombre de Nevada que lleva esta sierra, antes llamada de Tairona, débelo, no sólo á la nieve, que no es tanta como de su gran altura podría esperarse, sino á la blancura de sus rocas de granito micáceo, á las cuales desde lejos da el resplandor de los rayos del sol la blancura del hielo.

Al Este y al Nordeste de la Sierra Nevada de Santa Marta hállase la península Goajira, provincia orográfica independiente compuesta de montañuelas y sierrecillas, tal vez relacionadas, lo mismo que las de la provincia de Paraguana, con la cadena submarina que corre á lo largo de Tierra Firme. La parte Sudoeste de esta península, limitada por un golfo del mar de los Caribes, y la espaciosa ensenada de Calabozo, forma un llano en que se levantan separados algunos cerros, el más notable de los cuales es el Teta Goajira (366 metros), llamado por los indios Jepitz, perfectamente cónico, y visible de los dos lados del mar. A Oriente de él comienza una sierra, que se dirige de Noroeste á Sudeste, de grandes y escarpados peñascos, como amontonados unos sobre otros, y todos sin árboles, en cuyo gran laberinto de piedras se esconden los indios goajiros. La parte más alta es un grupo de cerros situado al Mediodía y dominado por el Yuripiche (701 metros). En la misma dirección que esta cadena, desde Bahía Honda hasta la laguna de Tucacas, corre otra no menos escarpada y pedregosa, pero con alguna vegetación de cactus, árboles y arbustos espinosos, y dominada por el Guajarepa ó Cerro Aceite, que llega á 670 metros. [Por último, sigue á estas dos sierras otra en igual dirección que ellas, á lo largo de la costa Nordeste. La llaman de Macuira, que [es el nombre de su cerro más alto (792 metros), y de uno de sus estribos sale el promontorio largo y agudo de Punta Espada, extremo oriental de la península. No sólo en

altura aventajan estos montes de Macuira á los otros de que hemos hablado, sino también en frondosidad, porque cortando el paso á los vientos alisios, reciben bastante agua para que crezcan en sus vertientes muchas plantas y árboles, sobre todo en las cañadas. En lo demás seméjense á aquellos, pues son un conjunto de rocas eruptivas, dispuestas á lo largo de grietas transversales al eje de la cordillera de los Andes.

Empiezan los Andes junto á la raicilla de la península goajira anunciando su nacimiento unas ondulaciones del suelo, llamadas Montes de Oca, y cubiertas de selvas, por las que pasa la frontera entre Venezuela y Colombia. Pronto se levantan estas ondulaciones á más de 1.000 metros, después á 2.000, con el nombre de Sierra de Perijaá, y luego á más con el de Sierra Negra, que se les da sin duda por la negrura de los bosques que cubren sus calizas laderas, y tan diferente del color que tienen los granitos rosados ó blanquecinos y las nieves de la Sierra Nevada, cuyas altas cumbres la dominan desde el otro lado del valle del Upar. El pico culminante de esta primera parte es el Cerro Pintado, llamado así por las rayas y dibujos que los bosques y los prados dejan en los barrancos que cortan sus vertientes de calizas blancas de gres. Tiene esta soberbia montaña, que se yergue como una ciudadela sobre las demás que se encuentran en su vecindad, 3.600 metros de alto. Después empieza á bajar la cordillera, sin apartarse de la dirección del Meridiano. Primero queda su altura media en 1.500 metros, no pasando la máxima [de 2.500, á que llegan los Tetos, montes situados en el territorio de Motilones, y luego, al pasar entre el río Colorado, afluente del Magdalena, y el del Oro, que lo es del Catatumbo (tributario á su vez del lago de Maracaibo), se aplanan tanto, que deja enlazarse las fuentes de estos ríos con pasos de 900 metros de altura entre ambas cuencas, y más allá, los Andes, aunque conservan la dirección Norte-Sur, pierden la apariencia de cordillera, ensanchándose tanto y con tal confusión de montes y valles, que forman un extenso laberinto hasta llegar al Bobalí (2.055), donde empieza el borde de la alta meseta colombiana. Puede decirse que este es su primer escalón, por cierto de no mucha altura, pues en los montes de Simaná, que son los más elevados, apenas alcanza 1.500 metros, y le cruza á 1.300 un puerto en la latitud de la ciudad de Ocaña, que está en la vertiente oriental. Sigue otro escalón de la meseta entre sierras, que llegan y pasan de 2.500 metros. El Macho Rucio levántase á 3.000, y el Cerro Pe-

lado, en el grupo del Espíritu Santo, á 3.350, y en la misma proporción [suben los valles. La masa granítica del lomo principal descansa sobre montes calizos, agujereados por grandes *pailas* ó cuevas, que beben todas las aguas de lluvia, las cuales, por largas galerías subterráneas, entran hasta las entrañas de la sierra y manan al pie de ésta en abundantes manantiales para engrosar el caudal del río Lebrija. Del núcleo montañoso, que está entre Ocaña y Bucaramanga, salen, dirigiéndose al Este y al Nordeste, hacia la frontera de Venezuela, dos sierras con picachos, de majestuoso aspecto. Los más encumbrados son la Horqueta, 3.281 metros, el Paramillo (3.183) y el Cerro Mina (3.350), que á pesar de su elevación, á duras penas se superponen á las dilatadas mesas cubiertas de pastos que junto á ellos se extienden á 3.000 metros sobre el nivel del mar, entre precipicios y hondas quebradas. De otro núcleo central de la cordillera arrancan los montes que la enlazan á la de Mérida y que separan las aguas que el Lebrija y el Sogamoso llevan al Magdalena, de las que van al lago de Maracaibo y al Arauca y el Apure, afluentes del Orinoco. Sostienen estas montañas páramos más altos que el límite de la vegetación arbórea, barridos de vez en cuando por tormentas de nieve. Las cortaduras del lomo de la sierra no son grandes, pero sí pedregosas y con muchos precipicios, lo que las hace poco accesibles, inconveniente que compensan los ricos valles escondidos entre sus faldas, las pintorescas cañadas, que parecen colgadas de los picos, y la variedad infinita del paisaje. El pico culminante de esta rama de los Andes de Colombia es el de Cachiri (4.200 metros), que se levanta en el Centro. Casi le iguala el Tama (4.000 metros), fronterizo de Venezuela. Al Oeste adelantase el estribo Juan Rodríguez, con puertos de 3.500 metros de alto, que son de los de mayor pasaje de Colombia.

Esta cordillera Oriental ó de Suma Paz es la región de los páramos por excelencia, entendiéndose por páramos lo mismo que en España, es decir, mesetas ó anchas cumbres, á mayor altura que el límite de la vegetación arbórea, azotadas por vientos fríos y borrascas de nieve. Témenles tanto los montañeses colombianos y los viajeros, que dan largos rodeos, algunos de muchos días y aun de semanas de jornada á caballo para evitar el pasar por ellos. La piel siente más en los trópicos los cambios de temperatura que en las zonas templadas, y como es tan grande el cambio que se nota desde los valles y campiñas de Colombia, donde el termómetro está casi todo el año sobre

30 grados, hasta lo alto de las montañas, donde baja á menos de seis, es muy fácil entumescerse y sucumbir al frío. Comienza el mal con una gran flojedad, como si la sangre no circulase por las venas. El viajero siente irresistible deseo de detenerse y sentarse, y si no combate con mucho ánimo y fuerza esta propensión, andando de prisa, frotándose y hasta golpeándose, acaba por quedar rígido y morir. A esto llaman en el país *emparamarse*. En los páramos muy concurridos de viandantes suceden muchos casos de muerte, no sólo de hombres, sino también de bestias de carga, sin que pueda salvarse pájaro alguno que vaya enjaulado, por muy bien envuelta que esté la jaula en lana ú otro abrigo. Quizás contribuye mucho á aumentar el peligro del entumecimiento causado por los vientos fríos, el *Soroche* ó mal de montaña propiamente dicho.

El río Sarare, que es una de las principales ramas del Apure, corre á los pies del Tamá y de sus páramos por un valle muy profundo que separa las montañas de que hemos hablado de la Sierra Nevada de Cocui ó de Chita, uno de los mayores nudos de los montes de Colombia. El más alto de estos peñascos lleva 300 metros de ventaja al Monte Blanco, pues se halla á 5.085. Rodea el ventisquero una pared, la cual no le deja otra salida que un estrecho paso por donde baja uno de sus brazos hasta 4.150 metros, á cuya altura empieza un páramo de mucho pasto que le sirve de continuación. Llámánle Llano Redondó y está á 3.985 metros. Algunos kilómetros al Sudeste del Cocui está el Cerro Guerra, que aunque muy alto (4 200 metros), no llega al límite inferior de las nieves eternas, y á cuyos pies, á 3.548 metros, hay escondida entre rocas de caliza una laguna de origen glaciár, famosa porque, según tradición que se conserva entre los indios, guardaba en su seno grandes tesoros. Sécáronla para sacarlos, y hallaron que sólo contenía muchos huesos de mastodonte. La vertiente oriental de la sierra, ó sea la que cae al Orinoco, está cortada por hondos precipicios que los torrentes tributarios del Arauca y del Meta han abierto con el transcurso de los siglos, viéndose á lo largo de las faldas los grandes montones de tierras arrastradas por aquéllos, en tal cantidad y tanta magnitud, que por sí solos forman una regular cordillera. Al Norte de la serranía de Guasina (4.300 metros), notable entre todas por las infinitas y puntiagudas agujas que la coronan, han construído las aguas un singularísimo circo semejante á un cráter, cuyas paredes suben

verticalmente 800 metros, hasta muy cerca del límite de las nieves eternas.

Las montañas que siguen al Mediodía de la Sierra Nevada de Chita, más que verdadera sierra, son continuada cadena de páramos, para cruzar los cuales merecen poca consideración las dificultades que oponen su altura y lo escarpado de las faldas, si se comparan á los que provienen de su anchura, en toda la cual, marchan los viajeros que las recorren, envueltos en nubes y acometidos por las tormentas. La elevación media de estos páramos es de 3.000 metros, y las cumbres que de trecho en trecho se levantan sobre ellos, sólo suben 900 metros más. Del lado oriental de estas montañas arranca una sierra que se levanta al Norte del antiguo lago de Bogotá, cruzando hacia el Oeste, y que no es otra cosa que una divisoria entre dos cuencas fluviales, respetada por las aguas. De ella hasta el Magdalena la comarca es un caos de cerros, en el que apenas se conocen los primitivos rasgos de la meseta, y cuya masa van cortando los ríos en mil diferentes partes, siendo cada una de éstas un nudo diferente de los demás. La dirección de las sierras principales es tan confusa, que más acertado será confesar no conocerse ninguna, y así, para tener alguna idea de la estructura de la región, debe atenderse únicamente á la marcha de los valles. Al Sur del nudo de montañas en que tienen sus fuentes el Upiá, el Chicamocha y el Funza, que, naciendo juntos, se apartan luego en contrarias direcciones, vense sobre los páramos del borde oriental de la cadena montes de bastante consideración, como son: el Gacheneque, domado por el Pan de Azúcar (3.700 metros), el Alto de las Cruces, el Choque y el Carbonera (3.440 metros). Por otros páramos, llamados de Choachi, Cruz Verde y Chipaque, cuya altura es de 3.200 á 3.500 metros, y que están al Este de Bogotá, pasa la divisoria de las aguas entre el Magdalena y el Orinoco. De ellos parte una cadena de cumbres desnudas, para enlazarlos al gran nudo de Suma Paz, que sale hacia el Este, como el de Cocui, del cual parece hermano menor. El más erguido de sus picachos apóyase en estribos de origen volcánico para subir luego á 4.310, altura inferior á la de las nieves eternas, no durando las que caen en sus últimas rocas más de la mitad del año. Sin embargo de ser tan inferior al Cocui, Suma Paz ha dado nombre á los Andes Orientales, sin duda por estar cerca de la capital y verse desde ella, vista que no es de las menores cosas de que Bogotá puede alabarse, porque cuando los rayos del sol

envuelven con sus dorados reflejos las cumbres de Suma Paz, parece esta montaña un Olimpo, donde vienen dioses inmortales. El Alto de las Cazuelitas (3.900 metros), la Cumbre de las Oseras (3.800) y el Ari-Ari (3.500), siguen á este soberbio Nevado, presidiendo el acompañamiento que del lado del Sudoeste le hacen otros montes más humildes, hacia donde nace el Guayavero, rama occidental del Orinoco. Aquí puede decirse que terminan las montañas grandes y encumbradas de los Andes Orientales, porque más allá no se encuentra ninguna que merezca el título de gran altura en una tierra donde las hay de tanta magnitud. Después de una gran hondonada ó foso, viene la Cuchilla, que trabajosamente llega á cerca de 2.000 metros; tras ésta la Venta del Viento, y por último, la sierra de Miraflores, en la que el pico principal (el de Miraflores), no pasa de 3.800. Aquí están bien manifiestos los estragos que el poder de las lluvias y los ríos han hecho en la sierra, las cuales intentan el postrer esfuerzo en los picachos de la Fragua, que se alzan en la tortuosa línea que el arrastre de las tierras ha dejado como límite del borde oriental de los Andes, y cuya dirección es al Sudoeste. La altura de la Fragua es de 3.000 metros, y su naturaleza volcánica, y de ella en adelante, los tributarios del Amazonas llevan tan adelantada su destructora tarea de arrastrar las tierras, que la cordillera pierde la apariencia de tal, quedando reducida á una suerte de hinchazón del suelo en el lomo de los llanos. Levántase un poco en el Cerro de la Ceja (1.600 metros), pero sin poder pasar de 100 metros sobre la cañada por donde corre á poco de nacido el río Magdalena, y aun eso, para caer de nuevo sin volver á levantarse, cruzando el continente hasta el Caquetá, reducida á una serie de lomas de 800 á 1.000 metros de alto donde más. El Magdalena y el Cauca señalan perfectamente el comienzo y límite Norte de la cordillera central de los Andes de Colombia, llamada también de Quindío, á causa del famoso puerto que la corta por medio. Estos son los verdaderos Andes, según lo atestiguan la independencia de sus cerros, no oprimidos por páramos y mesetas. Pero pocas veces tiene ocasión el viajero de gozar de la majestad de la cordillera de Quindío. Para ver desde la bajada de la meseta de Bogotá sus agudos picos, de caprichosas formas, alzándose hasta el azul firmamento, hay que aprovechar las primeras horas de la mañana, porque después de las nueve comienzan á subir desde los valles altos á las cumbres, nubecillas tenues, que poco á poco se extienden y

espesan, cubriendo primero la mole gigante del Ruiz ó el cono truncado del Tolima, y corriéndose de unos á otros, hasta envolverlos en sus vapores y ocultarlos por completo.

Empieza la sierra en las llanuras pantanosas del Norte, sobre las [cuales apenas se levanta lo suficiente para tener apariencia de tal, á pesar de ser [bajas las tierras vecinas. Conforme van marchando hacia el Sur estos montecillos, van ganando [altura y extendiendo sus brazos hasta enlazarlos unos con otros y formar nudos de cuya unión nace la ancha meseta de Antioquía, cortada en varias partes por las profundas cañadas en que corren el Nechí y sus afluentes. De una de estas ramas laterales, que se adelanta hasta cerca del Magdalena, sale el Cerro Grande, [cuya cumbre está á 1.935 metros.

En el cuerpo principal de la cordillera, y á la misma latitud, levántase el Yarumal, monte de dos picos, el más bajo de 2.276 metros y el más alto de 2.404. Las pendientes de la cordillera son en esta parte poco escarpadas del lado del río Magdalena, mientras que del Oeste caen casi á pico sobre la gran hondonada por donde corre el Cauca, tras el cual se levantan los ásperos montes de la sierra de Chocó; de modo que en el primer trozo de su marcha, la cordillera central y la occidental marchan tan juntas, que poco les falta para tocarse. Este gran laberinto de montes es lo que hoy se llama comarca de Antioquía y lo domina el nudo de Santa Rosa de los Osos, cuyo picacho culminante, llamado San José, alcanza 2.739 metros. Unense estos estribos al Sur de Medellín y del valle del Porce para formar la sierra transversal de San Miguel (2.750 metros), que termina por Oriente en el Alto de Pereira, punto de partida de otra altísima sierra, de la cual es la primera cumbre la Mesa de Herveo. A 1.000 metros de su pico culminante (5.590 metros), abre la boca un antiguo cráter, y de sus lados oriental y occidental parten otras montañas, que bajan hasta el Magdalena y el Cauca formando escalones. Al Norte acaba en un gran barranco y en éste hay una laguna, cuyas aguas corren á los dos ríos. Avanzando en la misma dirección encuéntrase el puerto de Aguacatal (3.400 metros), entre Mariquita, al Este, y Salamina al Oeste. Al Sur de la Mesa de Herveo levántanse otros dos grandes montes, también cubiertos de nieves eternas, el Ruiz (5.300 metros), y tras éste el Santa Isabel (5.110 metros) ofreciendo el primero la particularidad de que aún sale fuego de sus picos.

El granpico de Tolima es un cono de andesita, de redondeada punta que descuella sobre todos los demás de los Andes de Colombia y se levanta un poco á Oriente de la línea dorsal de la cordillera, encima de una descomunal base de pizarras y micascistos. Su elevación sobre el nivel del Océano es de 5.616 metros, y la del cono en que termina, medida desde la citada base, de 1.300. Pocos volcanes se conocen tan apartados del mar como el Tolima, y aunque no ha tenido desde la conquista acá ninguna verdadera erupción, ha dado señales de vida más de una vez, con notable estrago.

Después del Tolima viene el famoso puerto ó boquerón de Quindío, fácil paso entre la vertiente oriental de la sierra en que está Ibagué y la occidental, donde se halla Cartago.

Los picos que siguen al Tolima quedan á elevación mucho menor, y la misma cadena baja también hasta el monte de Santa Catalina, donde nuevamente sube tocando el límite de las nieves eternas (4.930 metros). Tras éste viene el majestuoso Huila, montaña aún más alta, pues tiene 5.500 metros, y es por consiguiente, casi igual al Tolima. Parece también á él en algunas manifestaciones volcánicas, reducidas á vapores sulfurosos que brotan de ciertas grietas junto á la cumbre y tiñen de amarillo las nieves vecinas, derritiendo alguna parte de ellas.

Del Huila y de otros grandes cerros compañeros suyos, salen varias sierras que se encaminan hacia el Este y el Nordeste, no uniéndose á los de la cordillera oriental por interponerse los estrechas gargantas en cuyo fondo corre el Magdalena. Al Sur pasa un ancho puerto, por donde comunican este río y el Cauca. Llámase de Guanacas; es un poco más alto que el de Quindío, y no tiene como éste buen camino que le cruce. Por él pasó Belalcázar cuando por primera vez llegó á Nueva Granada.

Cuanto más se marcha al Sur mayor número de volcanes se encuentran, y la energía de ellos es también mayor. De la suya ha dado terribles muestras el Puracé, el cual, en 1849, reventó de pronto, lanzando á gran distancia infinita cantidad de cenizas. Derritiéronse instantáneamente las nieves que le cubrían, y cayendo sobre el llano con grandísima violencia, enterraron en lodo muchas aldeas de las cercanías y llegaron á poner en peligro á la misma ciudad de Popayán, á pesar de hallarse ésta á 27 kilómetros de distancia de la montaña. Desde aquella catástrofe la cumbre del Puracé, que antes tenía la

apariencia de una cúpula, quedó siendo un cono truncado y, según dicen los indios, ha aumentado tanto el calor de la tierra en las laderas, que la nieve se derrite hasta mucha mayor altura que antes. En 1869 tuvo otra erupción el Puracé, llenando de barro y piedra pómez la barranca del Cauca, por lo que la corriente de este río quedó detenida algún tiempo. De un volcancillo que se ha levantado en las laderas del Puracé, y al que denominan los naturales Azufral del Boquerón, sale un arroyo (el Pasambio ó río Vinagre), que á poco de nacido da un gran salto de 80 metros; pero es más famoso que por esta circunstancia, por la gran cantidad de ácidos que contiene su corriente.

En el Puracé empieza la Sierra Nevada de los Coconucos, así llamada por los cinco picos que la coronan, y al Sur de la cual se extiende el nudo de la Colombia, gran centro de montañas, de donde manan las aguas de cuatro caudalosos ríos, que son: el Patía, el Cauca, el Magdalena y el Caquetá, siendo este último una de las ramas principales del Amazonas. Forman el nudo muchas mesetas y páramos, y el más céntrico de todos y que puede considerarse punto de dispersión de la aguas de dichos ríos, es el del Buey, de cuyo paraje parte hacia el Norte el Páramo Blanco, por donde va la divisoria de las aguas entre el Patía y el Cauca. Este páramo acaba por el Norte en el volcán de Sotará (4.417 metros), de grandioso aspecto por alzarse aislado y ser sus rocas de un color muy obscuro, al contrario de las montañas vecinas, que se hallan cubiertas de bosques.

Después del nudo de Colombia marcha la sierra con dirección Sudoeste hasta el nudo de Pasto, donde se junta á las otras dos cordilleras. En este trecho hay tres volcanes, todos próximos al lomo de la misma cadena: el Bordoncillo ó Patascoy, el Campanero (3.800 metros), á cuyos pies duerme el gran lago ó Cocha, que envía sus aguas al Amazonas por el Putumayo, y el Pasto, que debe el nombre á los pastos de las comarcas adyacentes. Su altura es de 4.264 metros, llegando á cuajar algunas veces la nieve en los bordes del cráter; pero pronto se derrite, subiendo al cielo en vapores que, por tomar algunas veces la apariencia de la proa de una galera, han sido causa de que también se llamase de la Galera á esta montaña. El volcán de Pasto ha tenido muchas erupciones, y á veces estalla, arrojando al espacio, hasta gran altura, trozos de roca ardiendo. En cambio, los terremotos son raros en sus faldas, porque, según decía

á un viajero, un indio, «el volcán tiene la boca bien abierta y respira sin trabajo». Al Sudoeste del Pasto, junto á la frontera del Ecuador, están el Azufral (4.070 metros), el Cumbal (4.790 metros) y el Chiles (4.780), también volcanes, pero tan poco temidos de los indios como aquél. El cráter del primero es ahora un lago de color de esmeralda, y el Cumbal sólo descubre su naturaleza dejando caer por las faldas varios arroyos de corriente muy ácida, uno de los cuales aventaja en esta particularidad al río Vinagre y dando salida á unos vapores sulfurosos que arden entre la nieve de las alturas.

La cadena occidental de Colombia está formada, como las demás del país, de capas cretáceas sobrepuestas á otras rocas, que son como el corazón ó esqueleto de ella, no viéndose en toda su extensión ningún volcán desde los llanos que están á orillas del Atlántico hasta el río Patía. Antes de llegar á la verdadera cordillera, viniendo del Norte, encuéntrase los montes de María, que se interponen entre los ríos de San Jorge y de Sinú, á un lado, y Magdalena bajo y el Océano, al opuesto. Divídense estos montes y colinas en diversos grupos, y el más alto de todos es el Manco, que no lejos de Carmen se levanta á 1.365 metros, siendo también dignas de mención las Tetas de Tolú, á las que da apariencia de respetables montañas el levantarse derechamente sobre el mar. En la isla, formada por los brazos del río, encuéntrase otros cerros sin agua, muy escarpados y con poca ó ninguna vegetación, cuyos estribos entran por el Atlántico ó corren á lo largo de la costa, llegando uno, cercano á Sabanilla, á 800 metros de altura. En los linderos de la cuenca del río Sinú empieza verdaderamente la cadena occidental. A Levante vense los montes de Murrucucú, que siguen en dirección del Sudoeste, tomando luego el nombre de Sierra de San Jerónimo, y al Poniente extiéndense las quebradas mesetas de Quinamari, de las que arranca otra sierra, que va á morir al Noroeste, con el nombre de Promontorio del Aguila, dominando la entrada oriental del golfo de Urabá, y siendo su pico culminante el Chigurradó, cuya altura se calcula que llegará á 2.000 metros.

Todos estos ramales en que se esparce la cordillera, jún-tanse en el cerro Paramillo (3.390 metros), erguida montaña que separa al río Cauca de la cuenca alta del río León, hacia la que corren otras montañas no menos elevadas, seguidas como una muralla y dominadas por el Sasafiral y el cerro León, rivales del Paramillo. Desde aquí va la cordillera dere-

chamente al Sur, mostrando la serie de sus agudos y descarnados picos entre pastosas mesetas, y alcanzando en algunos sitios cerca de 3.000 metros de altura, como sucede en el páramo de Frontino Citará (3.400 metros), el San José (3.005 metros) y el Monte Plateado (2.980 metros). Pasado éste, baja á 2.000 metros en el puerto de la Quiebra entre un afluente del Cauca y el Atrato alto, pero vuelve á levantarse en los Farallones de Citará (3.300 metros) y el nudo de Caramanta (3.100 metros), de donde sale un ramal que se adelanta hacia el Oeste, acercándose á la cadena del Baudó ó de la costa. Entre el ramal y la cadena pasa el puertecillo de San Pablo (1.010 metros), por donde comunican las cuencas del Atrato y del San Juan, pero del opuesto lado no queda sitio para ramal ni estribo de ninguna consideración, porque se alza tan á pico sobre el Cauca, que la vega de éste no es otra cosa que profundísima y estrecha garganta. La montaña más principal de esta región es el cerro de Torrá, solitario picacho que se levanta á 43 kilómetros de Novita en línea recta, sobre un gigantesco pedestal de sienita, cruzado de vetas de cuarzo aurífero.

La cordillera, que desde su origen hasta el Caramanta marcha paralela al litoral, vuelve después de dicho monte al Oeste, marchando tortuosamente. Su punto más alto en esta parte es el Tatamá (3.000 metros); pero le aventajan, si no en altura, en fama los Farallones de Cali (2.800 metros), al Norte de los cuales pasa el camino de Cali á Buenaventura por un puerto que está á 1.535 metros. Del Munchique (2.970 metros), cerro que al Oeste domina la cuenca alta del Cauca, sale un ramal que se adelanta hasta soldarse al volcán de Sotará, en el nudo de Colombia, al Sur de la cordillera central. Después del Munchique viene el cono de Cacanegro (2.780 metros), á cuyos pies se abre la garganta de Minamá (512 metros), por donde sosegadamente corre el Patía. Vuelve á levantarse la cadena para ensancharse en el gran nudo ó meseta á que llaman de Túquerres, del nombre de uno de sus montes, el cual, aunque ha merecido este honor, no es el más alto de ellos, pues tiene 4.070 metros, y por tanto, le aventajan otras cumbres, entre ellas el Gualcalá (4.200 metros) y los ya mencionados volcanes de Chiles y Cumbal, que con otras montañas ígneas dominan la comarca, presididos por el volcán de Pasto.

Los montes del Caquetá, que se extienden por mucha parte de los llanos de Colombia, entre la cordillera oriental y el Orinoco, más que tales montes, son puntos salientes de una

dilatadísima meseta que ocupa más de 100.000 kilómetros cuadrados.

En Colombia como en Venezuela, las faldas de los montes que caen sobre los llanos son paredes calizas, en las que hay infinitas grutas llenas de guano, dejado allí sin duda por los millares de pájaros que vivían en aquellos parajes, cuando las aguas del mar llegaban hasta ellos.

Casi puede decirse que la República de Colombia no tiene islas, porque las de Zamba y Cartagena, en el Atlántico, y las que están en las bocas de los ríos Patía y Mira son apéndices de la tierra firme. En cuanto á los grupos de San Andrés y de Vieja Providencia, que se hallan al Norte, más pertenecen á la América Central que á la del Sur, no siendo colombianas sino en lo político. En medio del Pacífico tiene las islillas de Malpelo y Cocos. La primera es un peñasco de escarpadísimas pendientes, situado á 500 kilómetros de distancia, al Oeste de la bahía de Buenaventura, erguido 258 metros sobre las aguas, y al que se debe considerar cumbre de un monte submarino, cuyas laderas bajan de la parte del continente á 2.810 metros. La isla de Cocos, á la que han dado nombre sus muchos cocoteros, es muy frondosa, y como la anterior, forma parte de otro gran monte submarino, que tiene la base en los grandes abismos del Océano, habiéndose medido entre ella y la isla de Malpelo profundidades de 3.444 metros. Debe mirarse este islote como dependiente del archipiélago de los Galápagos, que pertenece á la República del Ecuador.

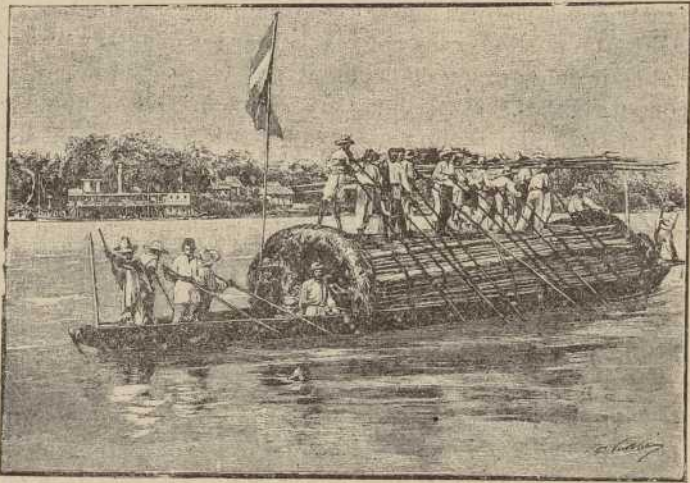
III

Ríos y lagos.

El río principal de Colombia es el Magdalena, cuarto de la América del Sur en caudal. Todas las aguas que recibe las debe á la cordillera, siendo por esta como por otras circunstancias un hijo de los Andes. Nace y muere lamiendo sus faldas, así como el Cauca, su principal tributario, y entrega al mar el caudal que de ellas recibe, á los pies de la Sierra Nevada de Santa Marta, coincidiendo los límites de su cuenca con los de la comarca poblada por los colombianos. Los demás grandes ríos sudamericanos sólo toman de los Andes las aguas que les llevan los primeros afluentes, y pronto se apartan de la cadena, internándose en los llanos, camino del Atlántico. También

en lo político es el Magdalena muy diferente á los ríos de la vertiente oriental Orinoco, Amazonas y Paraná, pues corre todo él dentro del territorio de una sola nación y siempre de Sur á Norte, siguiendo la misma marcha que los Andes, y así va derecho, y en espacio de nueve grados, desde las mesetas cercanas al Ecuador hasta el mar de las Antillas.

La fuente principal del Magdalena está en el nudo de Colombia, á dos grados de latitud septentrional, entre los volcanes de Puracé, al Norte, y el de las Animas, al Sur. Este nudo



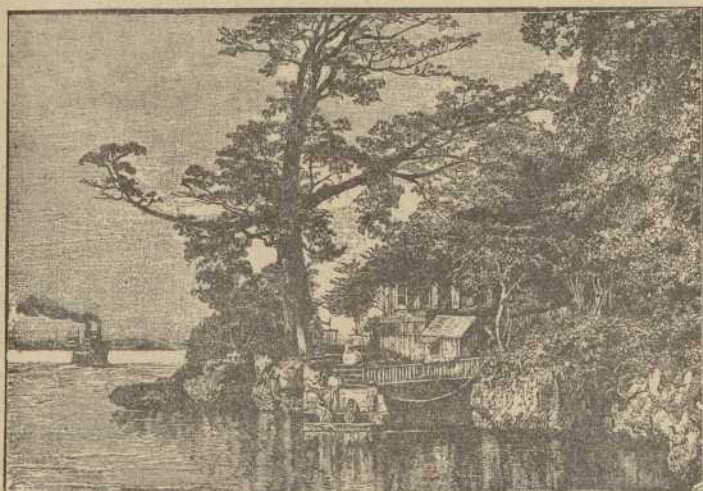
Un bongo navegando por el Magdalena. (Dibujo de Venillier.)

es de gran importancia hidrográfica, pues en él están los manantiales que forman los primeros torrentes del Magdalena Alto, los cuales se encaminan hacia el Nordeste; los del Cauca, que van al Norte; los del Patía, que corren hacia Oriente para ir al Pacífico, y los del Caquetá (uno de los mayores tributarios del Amazonas), que toman desde su nacimiento la dirección del Sudeste. El punto de partida de todos ellos es el Páramo del Buey, centro de la meseta, y al cual también se podría llamar, en vez de punto de partida, punto de enlace, porque con las abundantes lluvias del invierno le cubre en parte un lago ó ciénaga, en cuyo seno se confunden todas estas fuentes y manantiales, viéndose juntas aguas que han de ir al mar de las Antillas por los cauces del Magdalena y del Cauca, y al Atlántico ecuatorial por los del Caquetá y el Amazonas. De dos de

estas lagunillas, tan pronto juntas como separadas, nacen otros dos riachuelos, que se unen algo más abajo en un gran circo, dando origen al Magdalena. Apenas nacido, tiene éste que vencer la gran dificultad que oponen á su paso la Peña Grande y la Peña Chiquita, dos montañas que se sobreponen al páramo, del lado del Sudeste. No sin gran trabajo consigue abrirse paso entre ellas por una estrechísima garganta ó profunda grieta, y para bajar de aquellas alturas al valle que se abre ante él da un salto de 100 metros, corriendo luego furioso de tabla en tabla hasta que llega á terreno más suave. Pronto empieza á engrosar con las aguas que le rinden muchos y caudalosos tributarios que por todas las cañadas afluentes acuden á él; así es que al salir del corazón de las montañas y antes de encontrarse con su rival el Suaza, lleva más de 300 metros cúbicos de agua por segundo. Dicho río Suaza podría disputarle el derecho de soberanía en la cuenca por donde marchan juntos si se atendiese á la dirección que lleva; pero en caudal es el Magdalena un poco mayor. Muy enriquecido y orgulloso, sigue peleando éste con los obstáculos que todavía oponen los montes á su paso, con bastante agua para tener en muchos sitios dos y tres metros de profundidad, á pesar de los escollos y barreras de peñascos con que tropieza. Hállase en esta parte de su curso á 1.900 metros de altura; pero en Neiva, donde baja á 550 y llega á tener 200 metros de ancho, aun en la época de la sequía, ya le pueden navegar vapores, si bien éstos se detienen generalmente en la desembocadura del Saldaña, río que baja de la cordillera central, añadiendo al caudal de sus aguas un tercio más.

En el repentino recodo de Girardot tropieza el río con las escarpadas faldas de la meseta de Bogotá, y vuelve su curso hacia el Oeste para tomar más adelante la anterior dirección, después de haber recibido las aguas de dos afluentes, más notables que por su caudal, por los admirables paisajes que ofrecen sus cuencas, y más conocidos que otros por correr cerca de la capital. Son estos ríos el Suma Paz y el Bogotá. Nace el primero en un gran circo de montañas, dominado por muchos picachos cubiertos de eternas nieves, y admirable tramo de una portentosa escalera que el río ha de bajar, y cuyos peldaños son cuencas de antiguos lagos, hoy secos. El Suma Paz ha ido abriendo camino de un lago á otro hasta vaciarlos, haciendo bajar á sus aguas por profundísimas cortaduras. Es famosa una de éstas, á la que llaman de Pandi ó de Icononzo, por el puen-

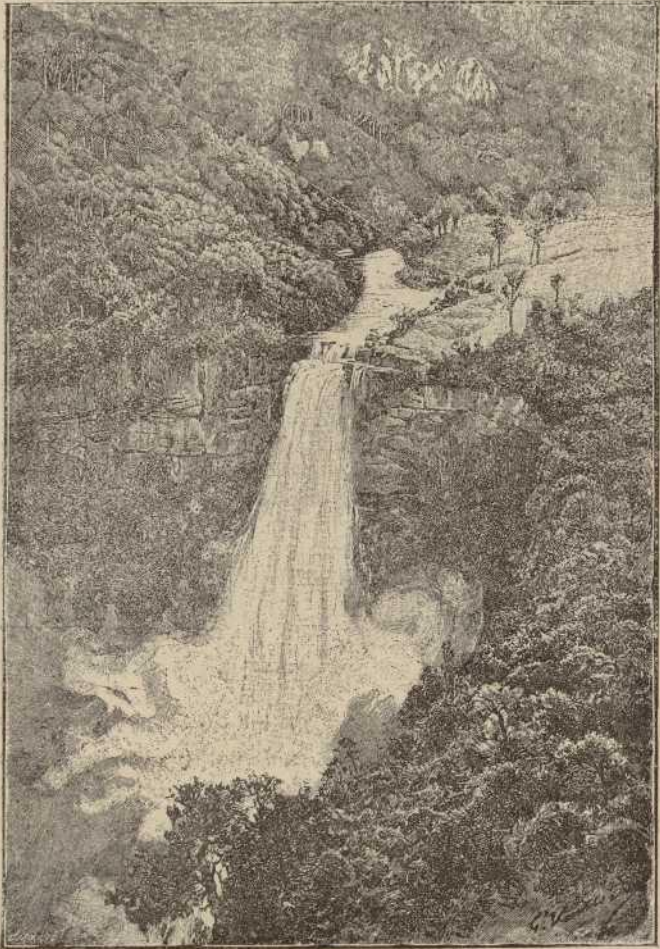
te natural que ha dejado el río al pasar por debajo de una roca que, formando arco, une las dos orillas del abismo. En el lóbrego y húmedo seno de éste revolotean millares de guapacos (*steatornis*), y abajo, á 100 metros del puente, corren las revueltas aguas, cuya profundidad es de 15 á 18 metros. Después del segundo lago hay otro boquerón, aún más extraño y espantoso, pues sus dos paredes se inclinan la una hacia la otra hasta tocarse, como si mutuamente se ayudaran á sostener, dejando abajo un estrecho corredor, por donde pasa la corriente, la



Un desembarcadero en el Magdalena. (Dibujo de Taylor.)

cual, para llegar al Magdalena, tiene que transponer todavía la cortadura del Volador. El Bogotá ó Funza corre, como el Suma Paz, de lecho en lecho de antiguos lagos. La meseta ó sábana en que está la capital era el primero de ellos. Arrastra el Funza perezosamente sus amarillentas aguas por terreno llano, derramándolas á derecha é izquierda cuando las muchas lluvias no le permiten dar cabida á todas en su cauce, y así se forman ciénagas, que fácilmente podrían secarse abriéndolas camino hacia tierras más bajas. Llegado á Tequendama, cerca de donde acaba la meseta por el Sur, cambia su tranquilo paso en precipitada carrera por un estrecho y torcido desfiladero, cuyas paredes en ningún sitio se apartan más de 50 metros. Con tan furiosa marcha, encuéntrase al borde de la altura y sin otro camino para saltar al valle, lo que hace desle 145 me-

tros, á 2.210 sobre el mar y 435 por bajo de Bogotá. De las profundidades del precipicio suben sin cesar vapores, á los que prestan caprichosos y brillantes matices los rayos del sol, y que desde las nueve de la mañana van siendo cada vez más den-



El salto de Tequerdama. Vista Tomada del primer tramo. (Dibujo de Venillier.)

sos, hasta convertirse en nubecillas, que envuelven la catara-ta, ocultándola, en parte, á la admiración del viajero, que desde los *balconcitos* ó terrados naturales que dejan las peñas pretende gozar de esta admirable vista. Comienza el Bogotá su caída

con un salto de ocho metros; pero apenas toca en la roca, cuando rebota para lanzarse al espacio en gallarda y tremenda curva, coronada arriba de una magnífica guirnalda de copudos árboles, que desde lo alto parecen contemplarle, acompañada de mil olorosas y bellas flores que á ambos lados, en toda la altura de la roca, crecen profusamente. Abajo la corriente es recibida por la vistosa y lozana espesura de los helechos y otras plantas tropicales, de cuya variada y frondosa vegetación se originó el ponderar la magnitud de este salto, hasta decir que en él bajaba el Bogotá de la zona templada á la tropical. Se ignora la altura de la catarata, pero algunos creen que no será menor de dos leguas. Contemplando la majestad del Tequendama, donde la bóveda acuática lleva 120 metros cúbicos y es tres veces más alta que la del Niágara, compréndese que los indios muíscas la adorasen, considerándola obra famosa de sus dioses, y se explica la leyenda, tan acreditada entre ellos, de haber abierto este paso á las aguas que cubrieron la meseta bogotana el dios Bochicá, quien con este milagro dió á su pueblo fértiles campos que cultivar. El Bogotá no termina sus trabajos con este grandísimo salto, sino que, encontrando nuevas dificultades, continúa hasta el Magdalena por revueltos raudales que impiden la navegación, y muere al fin en aquel río, habiendo bajado en el corto espacio de 100 kilómetros 1.780 metros.

Entra luego el Magdalena en un desfiladero de 130 metros de ancho, en el cual se ha podido construir un puente. De Girardot (280 metros) á Honda 200 (metros), la pendiente es muy suave é igual; pero en Pescadería, cerca del último de los sitios mencionados, comienzan grandes raudales, cataratas y cachones, en los que no es posible navegar sin grave peligro por ser tan grande la furia de la corriente, que aun pasadas las últimas tablas, va con bastante fuerza para que sólo con mucha dificultad logren vencerla los vapores. Queda, por tanto, cortada la navegación en todo este espacio, que es de 25 kilómetros, y para que puedan comunicar con más facilidad las dos partes del río, separadas de este modo, han hecho los colombianos un ferrocarril que corre por la orilla izquierda. La diferencia de altura entre el paraje donde empiezan los cachones de Honda y el paraje donde acaban es de 35 metros; pero no se tranquilizan del todo las aguas después de haberlos transpuesto, porque todavía siguen alborotadas y revueltas hasta la desembocadura del río Nare, ó mejor dicho, hasta la angostura de Ca-

rare, que tiene dos kilómetros de longitud, en cuyo trecho corre el Magdalena aprisionado entre dos grandísimas rocas, que sólo le dejan en algún sitio un ancho de 125 metros para el paso de todo su caudal. En invierno (ó estación lluviosa), llega éste á 5.000 metros cúbicos por segundo, con una profundidad de 30 metros.

En el desfiladero de Carare cambia la naturaleza del Magdalena, ensanchándose su lecho y dividiéndose á cada paso en diversos brazos, que ciñen islas de frondosa vegetación. A derecha é izquierda hay muchas ciénagas y lagunas, y vense con toda claridad señales de antiguos brazos del río, hoy secos y perdidos en la espesura de los bosques. Después de cada crecida cambian los bancos de arena y los canales, con cuya novedad tienen que detenerse muchas veces los vapores, ó navegar despacio, para evitar algún desagradable encuentro, y también se forman como en el Mississippi y en el río Rojo, barreras de árboles, que son muy peligrosas, aunque no tanto como los troncos muertos, que caen en el fondo del lecho, donde quedan medio enterrados, amenazando, con las agudas puntas de su ramaje, el fondo de las embarcaciones. Viendo los primeros conquistadores y descubridores la cantidad de leña que llevaba la corriente, le llamaron Madera, pero este nombre no prevaleció, quedando el de Magdalena. En esta parte de su curso llega á tener dos kilómetros de ancho, y recibe el tributo de los tres caudalosos ríos Carare, Opón y Sogamoso. El primero lleva la misma denominación que el desfiladero que acabamos de describir, y cerca del cual muere. Tiene su origen al Norte de la meseta de Cundinamarca, y baja llamándose río Minero por entre selvas vírgenes y espantables gargantas, una de las cuales es la de *Fura Tena* ó el Hombre Mujer, formada por dos altísimas rocas blancas de arriba á bajo y cortadas á pico, y á las que los muíscas adoraban como dioses.

Después del Cauca es el Sogamoso el mayor afluente del Magdalena, y á la importancia que le da su caudal se añade la que se deriva de la población, industria é interés histórico de la comarca que le envía sus aguas, rival en lo último de la misma meseta de Cundinamarca. Las principales ramas de cuya unión se forma el Sogamoso, son el Chicamocha y el Saravita, aquélla más larga y ésta de mayor caudal; pero como la ciudad de Sogamoso que ha dado nombre á todo el río, se halla á orillas del Chicamocha, considérase á la primera la principal de las dos. Nace en una alta cañada de la cordillera

Oriental; muy cerca de donde empiezan á bajar las aguas de ésta á los llanos, corre á sus pies hasta llegar á los del gran nudo de Cocui, y de allí se encamina al Noroeste para cortar las sierras que se oponen á su paso, lo que hace abriendo hendiduras y barrancos gigantescos, de centenares de metros de profundidad algunos de ellos, como el de Sube, que tiene 830, y por el fondo del cual lleva el río 180 metros cúbicos por segundo en una angostura de 20 metros. Todavía son mayores los obstáculos que en su carrera encuentra el Saravita ó Suárez, al cual, la altura de su cuenca obliga á dar un salto dos veces mayor en la mitad de trecho, pues nace á mitad del camino entre la cordillera oriental y el Magdalena. En la primera parte de su curso, cruza el Saravita mesetas pantanosas; después el lago de Fúquene, que más que lago es una extensa ciénaga, y pasado éste, comienza con un salto de 20 metros, una caída de 700, que dura cinco kilómetros en el fondo de tan estrecha garganta, que en las rocas de ambos lados acaban por juntarse, de modo, que en un espacio de 200 metros, queda el Saravita bajo tierra. Siguen otras gargantas, barrancos, saltos y cascadas, y lo mismo sucede á todos los torrentes que á él vienen á morir desde los intrincados montes, así de la derecha como de la izquierda. Unidos los dos ríos principales, siguen corriendo y saltando entre montañas y mesetas, que están á 1.700 metros sobre ellos, sin perder el carácter que cada uno tenía antes de juntarse; de modo, que sólo en los últimos 50 kilómetros de los 125 de su desenfadada carrera, se puede navegar por el Sogamoso. «¡Triste presente de la naturaleza son estos caminos que andan, dice el geógrafo Vergara y Velasco, y que impiden en sus orillas se construyan verdaderos caminos!»

Si bien, el Sogamoso no ha terminado todavía la difícil y larguísima tarea de hacer su cauce, que ha vaciado los lagos de las mesetas y que se hallan ya secos unos y muy próximos á estarlo otros. El de Fúquene, de donde sale el Saravita, era sin duda, mucho mayor al descubrirle los españoles, extendiéndose hasta la laguna de Ubate, según declaran las señales que las aguas han dejado en las rocas. El lago no tiene más de seis á ocho metros de hondo, pero aun así, es de mucho provecho para el comercio de la comarca.

El Lebrija es río importante, aunque no de tanto caudal como el Sogamoso, al que son paralelos sus afluentes. Nace también en los montes del Este, pero en cuanto llega á terreno

llano, muda de dirección y corre de Sur á Norte, como el Magdalena, al que imita también en el dejar que la corriente salga del lecho y discurra por las anegadizas tierras de ambos lados, ya formando pantanos, ya caños ó esteros, y hasta en llevar muchos troncos de árboles, con gran peligro de los barcos que en él navegan. La unión de ambos se hace por diversos brazos que se cruzan en las encenagadas llanuras. El mayor brazo del Magdalena corría por este delta interior hacia el Norte, pero ahora ha cambiado de rumbo dirigiéndose á Levante y metiéndose en el cauce del propio Lebrija. Hacia la mitad del delta interior, el brazo principal del río deja de marchar al Norte para encaminarse al Noroeste, pero quedan señalando la dirección que antes tuvo muchas charcas y ciénagas, que son los restos del cauce que seguía cuando pasaba al Este de la Sierra Nevada de Santa Marta por la cuenca que ahora es del río Ranchería, y en las que vierte, en tiempo de crecida, el agua sobrante. Este es el origen de la gran ciénaga de Zapatos, que en verano se extiende por espacio de 1.000 kilómetros cuadrados y en invierno llega al doble. En varios sitios tiene seis y ocho metros de profundidad, y por ella navegan algunas barcas, no sin peligro, por las muchas tormentas que bajan de la Sierra Nevada y la alborotan, y por los tapones ó barreras de hierbas flotantes, arrastradas por el Magdalena, que marchan en peregrinación por la laguna, fijándose casi siempre en los canales y tapándolos. Las tierras que rodean á la Zapatos son llanas y horizontales, y en época de la sequía arenosas, pero en la de las lluvias se encharcan, mostrándose en la superficie de la laguna los tallos de las hierbas. Sostienen el nivel de Zapatos, de un lado, el reflujo del Magdalena, y de otro el tributo del César, que á ella viene á morir, trayendo las aguas de los innumerables torrentes y gargantas de las sierras Nevada y Negra. En ciertas épocas del año se puede navegar en piraguas ó en lanchitas de vapor hasta Salguero, pueblo próximo á Valle de Upar, capital de la comarca, y para mayor comodidad del comercio y de los viajeros, se han hecho trabajos hidrográficos en el río César. Pasado el laberinto de charcas, pantanos y esteros que salen de la ciénaga de Zapatos y del Magdalena, llégase á un sitio notable por otro capricho del voluble río. Hasta fines del siglo XVIII corría lamiendo las escarpadas faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta, pero en 1801 había comenzado ya á mudar de rumbo abriendo el cauce, torcido y estrecho, de la Loba, por donde encaminó bue-

na parte de sus aguas al Cauca, con creciente daño del cauce principal ó del Este, que fué perdiendo importancia hasta 1868, desde cuya fecha la principalía pertenece al occidental, quedando el otro reducido en la estación seca á un canalillo, que en unos puntos no tiene 50 centímetros de hondo y en otros ni siquiera corre. En cambio el brazo de la Loba, al que se une el Cauca, y más adelante el San Jorge, río de regular caudal, lleva casi todas las aguas del Magdalena, con lo que ha sufrido gran trastorno la navegación en esta comarca, pues las ciudades del brazo oriental decaen y se despueblan por faltarles el río que las dió vida, mientras que las aldeas del brazo occidental ó nuevo, encontrándose convertidas en escalas de comercio, prosperan mucho, aunque amenazadas por la corriente, que engruesa de día en día.

No se sabe el origen del nombre del Cauca, y si sólo que los españoles le llamaron río de Santa Marta. Por su mucho caudal, por nacer en el páramo del Buey y por correr paralelamente al río principal, podríamos llamarle Magdalena del Oeste. Del dicho páramo y del Blanco que de él arranca hacia el Norte, bajan despeñados muchos torrentes á juntarse en una profundísima garganta, entre los volcanes Puracé y Sotará, por donde camina con tanta prisa, que en 100 kilómetros se coloca á 2.500 metros por bajo de sus fuentes, hasta llegar al llamado Valle del Cauca, que es el fondo, seco desde remotos tiempos, de un dilatado lago que entre las cordilleras occidental y central se extendía, muy prolongado, de Norte á Sur. Sosiega allí su impetuosa corriente y se hace navegable lo mismo hacia arriba que hacia abajo, pero sin gran provecho del comercio, porque pronto pierde nuevamente la mansedumbre, teniendo que pelear con los montes de Belalcázar, que poco más abajo de Cartago, y á la misma latitud en que entra el Magdalena en los raudales de Bahía Honda, le cierran el paso. Intenta primero rodearlos, dando una larga vuelta, pero al fin entra por medio de ellos, emprendiendo rápida carrera por un plano muy inclinado, raudal de 625 kilómetros de largo con 812 metros de bajada, pero sin ninguna cascada. En tan largo trecho son tantos los remolinos y tablas, que bastarían para impedir la navegación, si la mucha fuerza de los raudales no la hiciese imposible, quedando de esta suerte cortada la comunicación entre la parte alta y la baja del río, si no es por tierra. Pasa también por hondos desfiladeros entre rocas que se acercan unas á otras en términos de no dejarle

en algunos sitios más de 30 metros de ancho. Sobre alguna de estas gargantas se han echado puentes de bejucos, semejantes á los que hacían los indios, siendo el mayor de ellos el de Sope-trán, de 230 metros de largo, en el camino de Medellín á Antio-quiá. Los indios se arriesgaban á bajar en sus piraguas por los raudales del Cauca y hoy también navegan algunas barcas por los pocos sitios en que la corriente está un poco serena, pero esto es con mucha dificultad. En mucha parte de las orillas no hay el menor camino, formando bóveda las rocas sobre el río, unas veces, y bajando otras en resbaladiza pendiente hasta el agua.

Al salir de estas montañas recibe el Cauca el tributo de un caudaloso río que por el corazón de la cordillera central ha ido corriendo de Sudoeste á Nordeste. Este río es el Nechi, así llama-do, aunque el mayor de los que le forman es el Porcé ó Medellín, que aventaja á los demás en caudal. Nacen ambos ríos en altas montañas de quebradas y escarpadas vertientes, de donde bajan formando cascadas y raudales por priscos y saltos comparables á los del Sogamoso. El salto del Guadalupe, afluente del Porcé, es de los más admirables de Colombia, pues el río cae de una altura de 250 metros, y luego desaparece bebido por unas bocas que abre la roca, sumiéndose en las entrañas de la tierra, donde parte de él se pierde en una gran caverna. Cuando las aguas vienen crecidas, las bocas no pueden sorberlas todas y las devuelven, extendiéndose sobre la peña á modo de inmenso abanico. Recibido el tributo del Nechi, ensánchezase el Cauca hasta 600 metros y sigue su camino por un dilatado llano, muy sosegado, dando infinitos rodeos, siempre entre pantanos, que fácilmente se forman por ser bajas sus dos orillas, y así llega á unirse al Magdalena en Guamal, tan orgulloso de sus 2.200 metros cúbicos por minuto, que no parece concederle ninguna ventaja, se vale también de que el Magdalena no lleva junto su caudal, que se halla repartido en muchos esteros, el río de San Jorge y el brazo ó caño de Mom-pós. Antes de su desembocadura corre el San Jorge en una llanura muy unida y horizontal, por la que derrama con la mayor libertad sus aguas en grandes ciénagas, á las cuales, en las épocas de crecida, van las sobrantes del Magdalena y del Cauca, para volver á éstos poco á poco en tiempo de sequía. En los *anegadizos* (que así llaman á estos prados por estar siempre anegados) pueden navegar las barcas por muchos canales de regular profundidad que en mil diversas direcciones los

cruzan, semejándose también al mar en que la vista no advierte hasta el más lejano horizonte otra cosa sino agua, con la sola excepción de algún montecillo de plantas secas y endurecidas, que nacidas y muertas en el mismo paraje, han ido acumulándose y levantando un poco el suelo del llano. En muchos se ven huesos de vacas, toros y otros animales, que se acogieron á ellos, huyendo de la inundación, y que allí murieron de hambre, al cabo de muchos días de cautiverio. Nunca se llegan á secar del todo los anegadizos, y queda en ellos, después de haber bajado la inundación, cierta planta llamada *zampuna*, que es como una fuente, porque basta apretarla un poco para que mane de ella bastante agua.

Entre la desembocadura de los ríos Cauca y San Jorge, que por ir juntos pueden contarse como uno, y el dique del Calamar, primer brazo en que se abre el delta del Magdalena, éste lleva todo su caudal recogido en un sólo lecho por espacio de 100 kilómetros, sin que la separación de aquél traiga merma de importancia, porque la anchura del dique no pasa de 60 á 90 centímetros y la profundidad, en muchos sitios, se reduce á otros 20. Sólo es río en tiempo de crecidas, en las cuales tiene en algunas ocasiones hasta cinco metros de profundidad; pero, según parece, está medio cegado por las hierbas, y sin el cuidado que ponen los comerciantes de Cartagena en que no se les cierre por completo este camino, por donde comunican con el Magdalena, quizás se habría derramado ya por las lagunas y ciénagas de Tierra Adentro (nombre que dan á esta parte de la provincia de Bolívar). En varios sitios le han limpiado el fondo; en otros han hecho esclusas para regularizar la corriente, y en algunos se ha procurado encauzarle, de donde viene sin duda el llamarse dique. La industria acabará por convertir en verdadero canal este antiguo brazo del Magdalena. Otros, que le siguen hacia el Norte, van del río á la Ciénaga Grande, marisma ó albufera, lindante con el mar y tendida á los pies de la Sierra Nevada de Santa Marta. Los principales son los caños de San Antonio y del Remolino; pero tanto éstos como los demás que le acompañan y los infinitos que van de unos á otros formando espesísima red, roban al río muy poca agua, por lo que llega casi entero á la isla de los Gómez, donde se parte en dos y está el verdadero delta. El brazo Oriental ó Río Viejo tiene de 500 á 800 metros de ancho, pero sólo uno y medio de profundidad, por lo que únicamente las barcas entran en él. El Oriental ó Boca Ceniza es ahora mucho mayor. La

barra es de peña viva y tiene á veces siete metros y medio, y aun 10, de hondo. La pasaron por primera vez vapores en 1857, y en toda la longitud del canal de entrada habia siete metros de agua, pero no siempre está tan despejado y no son bastantes á asegurar la navegación las balizas ni los estudios de la marcha de la corriente hechos hasta ahora, lo que ha sido causa de muchos naufragios. Añácese á estos inconvenientes el ser tan pequeñas las mareas, que nunca se levantan más de 50 centímetros en la barra, y estar ésta revuelta siempre por el eleaje. Por esto los buques de mucho calado no osan transponerla á pesar de que, vencida tal dificultad, podrían subir el río sin hallar obstáculo hasta Tacaloa, donde se reúnen el Magdalena, el Cauca y el San Jorge, no habiendo en todo este espacio, que es de 300 kilómetros, paraje alguno con menos de ocho metros de agua y en muchos el doble. Por eso quedan los vapores fuera del río, fondeando al Oeste de Boca Ceniza, en la rada de Sabanilla, de movedizas orillas. De allí suelen pasar al Magdalena, por esteros que con éste la comunican, algunas barcas llevando mercancías. El puerto donde comienza la navegación fluvial es Barranquilla, en la margen izquierda del río, cerca del arranque del delta y en uno de sus brazos, y está unido á Sabanilla por ferrocarril. La corriente va separándose de la ciudad y torciendo hacia el Este, como si quisiera volver al hoy medio cegado Río Viejo y dar vida á los esteros que se pierden del lado de Oriente, hacia la antes mencionada Ciénaga Grande ó de Santa Marta, por los que sólo navegan algunos botes ó *bonguitos* que, por su misma pequeñez, fácilmente pasan entre las hierbas que cubren los esteros, ó por canalillos y regatas fabricados por industria de los naturales. Una larga lengua de tierra, semejante al *lido* de Venecia ó á los *half* alemanes, separa el mar de las bocas de estos esteros del falso delta, corriendo desde la del verdadero río hasta la entrada de la Ciénaga. Llámamla de Salamanca, y su parte vuelta al mar es una curva de singular perfección. De la arenas que en ella habían amontonado los vientos fórmanse unos médanos, que antes andaban errantes, pero que ya están quietos, habiéndoles dado esta quietud los bejucos y otras plantas que en ellos han crecido, principalmente muchos y corpulentos árboles. Si el arenal de Salamanca adelanta hacia Occidente, pronto cerrará las entradas de los esteros viejos, estancando sus aguas, como hizo con los de la Ciénaga.

Si se contasen como navegables todos estos caños y esteros

y los demás de la cuenca que en tiempo de crecida se aprovechan, habría que reconocer al Magdalena y sus afluentes una longitud de vías navegables tres veces mayor de la que se le supone; pero verdaderamente sólo sirve todo el año el curso del río de Barranquilla á Honda, cuya navegación hacen los vapores en cinco ó seis días, río abajo, y en diez ó quince, río arriba. Los bongos y champanes que en pasados tiempos subían el Magdalena, tardaban en este viaje dos ó tres meses; de modo que en la ida y vuelta empleaba el viajero una parte no pequeña de su existencia.

El único río navegable que hay entre el delta del Magdalena y el golfo de Urabá es el Sinú. Comparado á aquél y al Atrato, su longitud es poca y su cuenca muy pequeña; pero las montañas, cuyas aguas recibe, ocupan muy importante posición por hallarse entre la parte navegable del Cauca y las dos vertientes del Atlántico y del Pacífico, siendo los valles que las separan de los más fértiles de Colombia. Nace el Sinú en los montes del Paramillo, no lejos del San Jorge y de diversos afluentes del Cauca y del Atrato, saltando, más que corriendo, de roca en roca en la primera parte de su curso y metiéndose por hondonadas profundísimas. El torrente denominado Angostura, que es una de sus ramas principales, pasa por una grieta de las montañas, cuyas paredes tienen de 300 á 500 metros de altura, y mucho más abajo hay otra singularísima por estar compuestas las rocas de ambos lados de capas horizontales, unas blancas y otras negras, con riguroso orden. Llegado el Sinú al llano, divídese en muchos brazos, los cuales, á su vez, se subdividen infinitamente, y entre todos ciñen multitud de islas é islotes, mudables en cada crecida, y que ocupan el lugar de un antiguo lago cegado por el río. Vuelven á juntarse estos brazos en un solo cauce, y después de un largo rodeo á que le obligan los montecillos de la costa, llega junto al mar, donde una estrecha lengua que las aguas de éste han ido extendiendo hacia el Oriente, le obliga á desviarse para morir en el golfo de Morosquillo. El caudal del Sinú es de 320 metros cúbicos por segundo, ó sea tanto como el Tíber, poco más ó menos. Los vapores pueden navegar por él casi todo el año hasta 180 kilómetros de la desembocadura, y las lanchas hasta 60 kilómetros más; pero tiene pasos muy peligrosos, principalmente los de la barra, en la que hay muchos arrecifes, por lo que la navegación es poco segura, sirviendo la corriente, más que para ella, para el arrastre de maderas, de las que tiene gran

cantidad la comarca. De esta industria, que está muy floreciente, se origina el grave daño de irse destruyendo los bosques, á cuya destrucción sigue el hacerse menos regular la marcha del río, cuyas crecidas son mayores y más repentinas, á la vez que más largos y pobres en aguas los estiajes.

El Atrato, Darién ó Chocó (pues por todos estos nombres se le conoce, aunque prevalece el primero), es notable por varias importantes circunstancias: la primera porque en él acaba la América del Sur hacia la parte del Noroeste, y la segunda porque, extremando las condiciones del Sinú y el Magdalena, más parece lago que marcha hacia el mar, que verdadero río. Como en su cuenca llueve copiosísimamente, es uno de los que lleva más agua en proporción de la superficie de aquélla, sin exceptuar la del Bramaputra, porque si en ésta hay algunos valles en que llueve más, en cambio se conocen otros en que cae poca lluvia, por lo que viene á ser mayor el término medio de ésta en la cuenca del Atrato. No nace éste en los Andes, sino en el lomo de las tierras bajas, paralelas á la cordillera occidental, que van del golfo de Urubá á la bahía de Chocó, y sólo en la primera parte de su curso corre á modo de torrente; pero pronto toma la dirección del Norte y entra en la llanada que en otro tiempo fué brazo de mar, y en la que crece tanto con el tributo de los centenares de afluentes que á él bajan desde la cordillera Occidental y de la cadena de la costa, que le pueden navegar barcas en todo tiempo, y en invierno hasta vapores. Después de unido al majestuoso río Sucio, que viene del Paramillo, camina reposadamente con una anchura de 300 á 600 metros, dando grandes rodeos y pareciendo aún más ancho de lo que es por las muchas ciénagas y lagunas que cubren los llanos de sus dos orillas. Algunos de los ríos que en él desembocan llevan tal cantidad de plantas acuáticas, que esconden la corriente, cubriéndola con un tapiz en el que con dificultad se hunden los remos, lo que no sucede en el mismo Atrato, en el que hay muchas y fuertes corrientes que se cruzan en diversas direcciones, dejando entre sí remansos poblados de espesos cañaverales. En las encenagadas llanuras de aquellos contornos apenas se ve de la tierra algún que otro montecillo insignificante, cuya cumbre sobresale un poco entre las aguas, siendo islas de este mar dulce. Con esta apariencia llega el Atrato á las cercanías del golfo de Urabá, por cuya orilla occidental sigue hasta que, volviendo al Este, le entrega por muchos brazos el tributo de su caudalosa corriente, y con ella tantas

tierras de acarreo, que gana terreno al mar. No contando los brazos pequeños, son quince los del Atrato, y de éstos dos admiten goletas y ocho canoas, pero no puede fijarse su número, situación y caudal porque á cada momento los cambia el río, según el agua que lleva y las tierras, hierbas y árboles que arrastra, con cuyos materiales va formando una península que entra en el golfo de Urabá y acabará por separarle del seno en que éste termina. En el fondo del golfo de la parte del Sur desemboca el río León ó Cuacubá, por el que pueden navegar canoas, y que en realidad es, lo mismo que el Suriquilla, afluente del Atrato, al cual le unen numerosos caños

Todos los ríos que desembocan en el Pacífico son cortos por el poco espacio que hay de las montañas al mar, aunque algunos le alargan, corriendo buen trecho paralelamente á la costa antes de entregar sus aguas al Océano. De éstos, tres alcanzan longitud y caudal más que medianos: el Sambú, que va de Sudeste á Noroeste hasta la bahía de Garachiné, donde desemboca, cerca del golfo de San Miguel; el Baudó, á cuyo corriente, que describe un arco de círculo, sólo separa del mar una legua de tierra bastante estrecha, y el San Juan, que teniendo únicamente 300 kilómetros de curso, ofrece á la navegación una red de vías navegables, así á vapores como á lanchas y canoas, de 500 kilómetros, contando todos sus afluentes.

Hacia el Sur hay otros ríos más pequeños que los nombrados, y á los que mejor conviene el nombre de torrentes por el ímpetu con que bajan por faldas de las montañas. Uno de ellos es el Dagua, que sólo tiene importancia por hallarse en el camino del puerto de Buenaventura á la ciudad de Cali, sobre el Cauca, si bien el subirlo ó bajarlo es jornada penosísima que no olvidan fácilmente los viajeros que la han hecho, por las muchas rocas, saltos y raudales que cierran el paso. Son de mayor caudal que el Dagua, el Micai, el Iscuandé, que le siguen camino del Sur, y tras éstos el Patía, que lleva casi tanta agua como el San Juan. Nace del otro lado de la cordillera occidental, en el nudo de Colombia, junto al Cauca, el Magdalena y el Caquetá, según ya hemos dicho, llamándose Sotará en la primera parte de su curso, del nombre del volcán que le envía en gruesos torrentes las primeras aguas. Baja entre los montes de la cordillera, corriendo hacia el Sudoeste á recibir el tributo del Juanambú ó Río de Mayo, el cual se abre paso entre las montañas por grandes gargantas, sobre las que cruza el camino principal del valle, salvándolas con puenteci-

Los de doble pendiente. El volcán de Pasto y toda la meseta de Túquerres envían sus aguas al Patía por el Guaitara, río que da un largo rodeo, marchando por el fondo de un valle que continúa por la parte del Sur, los del Cauca y del mismo Patía, y que separa, cruzando la meseta, las tierras pertenecientes á la cordillera central de las de la occidental, las cuales se juntan en el Ecuador á las cadenas volcánicas de esta República. El principal afluente de los que forman el Guaitara es el Carchi, alimentado por las nieves del Cumbal, y que sirve de frontera á las repúblicas de Colombia y Ecuador. Al juntarse al río Blanco, pasa por debajo del puente de Rumichaca ó Puente del Inca, así llamado, aunque todo él es obra de la Naturaleza, que quiso construir allí un arco de caliza, sostenida por dos grandes peñas de granito, junto á una de las cuales mana una fuente ferruginosa. Por este puente de Rumichaca pasa el camino de Popayán á Quito. Después de haber recibido el Patía en su lecho los ríos y torrentes de las mesetas, emprende la gran obra de cruzar con todas sus aguas, que ya son muchas, la cordillera occidental. Pásala, no sin trabajo, por la angostura de Minamá, de solos 40 metros de ancho, y de allí desciende al Bano, formando fuertes raudales, hasta que recibe el caudal del Telembi, que viene de las fronteras del Ecuador, con el que entra en una espaciosa llanura, por la que camina majestuosamente, dando largos rodeos entre ciénagas y antiguos esteros, ahora abandonados. Tiene como el San Juan extensa delta, que se introduce mucho mar adentro, y barras en cada una de sus bocas, que las cierran á todo barco de algún calado, por lo que la navegación no es fácil sino desde el interior de dicho delta hasta los pies de las montañas. Pero como la comarca se halla casi del todo desierta, nadie echa de menos la comunicación con el resto del mundo. Cuando las orillas del Océano estén pobladas, podrán aprovecharse los infinitos canales de los deltas de estos ríos y los que separan del continente á las muchas isllas que hay en aquellos parajes, y entonces se podrá navegar por ellos en un espacio de 300 kilómetros, desde la bahía de Buenaventura hasta la de Ancón, en el Ecuador.

El último tributario colombiano del Pacífico es el Mira, cuyas primeras aguas manan de los montes ecuatorianos y cuya cuenca, aún más despoblada que la del Patía, es más agreste y áspera.

IV

Flora y fauna.

Por la variedad de plantas y el brillo del follaje y de las flores, rivaliza la flora colombiana con la del Brasil, pues no sólo entran en ella las especies tropicales de este país y de Venezuela, sino también las de los Andes y de la América Central, que vienen á encontrarse en el suelo colombiano, habiendo subido unas del Sur por los valles de la Cordillera y bajado las otras del Norte por el istmo de Panamá. A esto hay que añadir las especies de países templados, semejantes ó iguales á las de muchas partes de Europa, que viven á la mitad de las laderas de los montes, y las especies propias de las comarcas polares que se encuentran en las altas cumbres y en muchas mesetas, dicho lo cual se comprenderá con cuánta razón se considera á Colombia de igual ó mayor riqueza que las comarcas más ricas de Méjico, así en la frondosidad y robustez de la vegetación como en la variedad de especies.

Las palmeras árboles de eterna juventud, encuéntranse por todas partes, pero nunca en bosques, sino en grupos ó solitarias. Ni en las vertientes de la cordillera de Suma Paz, donde el terreno les es sin duda particularmente favorable, porque en ninguna otra comarca hay tantas, llegan á formar grupos, pues casi siempre crecen en compañía de otros árboles; pero en cambio es grande el número de sus especies. Las que viven en grupos mayores y más extensos son las *curuas* del valle del Upar y los cererós ó palmas de cera de la cordillera central. Es árbol de extremada altura y gallardía, habiéndolos de 60 metros de alto, tan derechos y lisos como un junco. Algunos explotadores bárbaros los cortan para sacarles la savia, que es la cera, pero lo general es raspar la corteza para hacerla salir, operación para la cual hay que trepar por el árbol. Cada tronco, recto y blanco lo mismo que una columna de marfil, puede dar de 8 á 12 kilos de una cera blanca ó amarilla, cantidad que llevan á Ibagué, donde dan por ella de 20 á 30 pesetas, y que usan para hacer velitas de las llamadas cerillas

En la vertiente de los Andes, hay otra hermosa especie de palmas. Es la *deckeria*, cuyas raíces salen de tierra en forma de pirámide, uniéndose á dos metros del suelo al modo que los fusiles de los soldados en un descanso, y sobre cuya extraña

base levántase el agigantado edificio vegetal. Los frutos son unas vainas del grueso y vista de las ciruelas, y dispuestas en racimos, que pesan de 50 á 80 kilogramos. El tagua de que hay gran abundancia en las orillas del Magdalena, el Atrato y el Patía, es pariente de las palmeras y tiene mucho parecido con el cocotero. Da una fruta á que llaman *cabeza de negro*, que es grande y semejante en la forma al melón, pero de cáscara tan dura, que los granos que contiene están muy bien guardados de los dientes de los pécaris y monos de la comarca. Esta cáscara es el marfil vegetal de que se fabrican tantos objetos delicados. Todavía hay otras muchas palmas, cuyas fibras y hojas emplea la industria, como por ejemplo, una que los indios nombran de diversos modos y que da los nervios de sus anchas hojas para la fabricación de los sombreros denominados de Panamá. Los *ficus* y otras plantas semejantes al maguey de Méjico, son como almaneces de donde los habitantes de aquellas comarcas toman las cuerdas, sacos, telas, sandalias y hamacas que necesitan. Casi tantas *macanas* ó helechos arbóreos hay en las selvas de Colombia como palmas. Junto á Fusagasugá crecen unas quince especies de palmeras, favorecidas de la suavidad de la temperatura, y los habitantes aprovechan sus troncos para entarimar los caminos, que son grandes barrizales, evitando que los viajeros se hundan en ellos. A estos caminos los llaman *empalisados*. Aunque el bambú es planta tenida por intertropical y sólo propia de la zona comprendida, entre 1.000 y 1.800 metros, sube por las faldas de estas montañas á más altura que los helechos y las palmeras, viéndosele á 4.500, junto al *frailejón*. plantas propias de regiones muy elevadas. Este tiene cierta semejanza á primera vista con la palmera; la savia es de terebinto, y las hojas gruesas y suaves como sayal de fraile, de cuya circunstancia viene su nombre. Vive en lo alto de los páramos y sierras, pero á veces baja á 3.000 metros y también á 2.660, encontrándose en estos parajes con el cactus ó pita. Las *bejarías* ó rosas de los montes encuéntranse á 2.800 ó 3.100 metros, llegando á la altura de un hombre, y tienen mucho parecido con los rhododendros de Europa. Crecen sobre un montón de raíces flexibles y rodéanse de una capa que las protege del frío. Todas estas especies conservan, á pesar de la altura, una apariencia tropical, pero más allá de 4.000 metros comienzan las nieves, y con ellas la flora de los valles altos de los Alpes, tan propiamente, que hay parajes en que el viajero podría creerse en el de la Engadina.

Crece en Colombia muchas plantas que dan sabrosas frutas y que aún no se han aclimatado en otros países, según sucede con el aracacha ó apio de los Andes, pero todavía es más extremada su riqueza en las medicinales que en las frutales. La cinchona, que fué en pasadas épocas el principal producto de las selvas colombianas, es árbol muy propio de los Andes, en cuyas faldas vive, entre 2 400 y 3.000 metros de altura, junto al soberbio cedro encarnado, de perfumada resina. El primer estudio completo de este precioso vegetal hízose en Nueva Granada, y se debe al insigne botánico español D. Celestino Mutis, quien le acabó y publicó en 1793, habiéndose descubierto después nuevas cinchonas, si bien las cortezas de éstas no tienen virtud alguna contra la fiebre. En cambio hay otras de diferentes familias, que la tienen en la misma proporción, como sucede al cedrón, del cual ponderan mucho en el país las propiedades tónicas, creyéndolo de mayor poder que la quinina, con la ventaja de no dejar en el organismo lesión ni otra huella de su paso. Los indios creen que el cedrón tiene también poder contra los venenos, lo mismo que la *aristolochia ringens*, el guaco ó *mikania* y otras especies. Uno de los discípulos de Mutis tuvo el valor de dejarse morder por una serpiente en 1788, para probar la eficacia del guaco contra este veneno y después, aunque con menos peligro, se han hecho otras pruebas, con las que se ha averiguado que si estos poderosos tónicos no son tan antivenenosos como dicen los naturales, ayudan mucho en la curación de las mordeduras. También conocen los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta y los de los Andes la coca del Perú, á la que llaman *hayo*, y la población de Tolú, junto al golfo de Morosquillo, ha dado su nombre á la planta balsámica, que crece en los bosques de sus alrededores juntamente con la zarzaparrilla, la copaiba, y otras plantas medicinales. Algunas plantas, cuyo sólo mérito es recrear la vista con la pompa de sus admirables flores, están amenazadas de muerte. Colombia fué la comarca del mundo en que había las más bellas orquídeas, y aun lo es allí donde sólo viven indios bárbaros, pero pronto acabarán, con esta gala de la naturaleza, los botánicos comisionistas de los jardineros y floristas de Inglaterra, Europa continental y Estados Unidos, pues tal cuidado han puesto en la destrucción de algunas especies, que ya es muy difícil encontrarlas. Uno de estos feroces enemigos de las orquídeas cuenta, muy ufano de su hazaña, que en dos meses hizo cortar 4 000 árboles, y que de este modo

pudo coger 10.000 flores, cambiando de campamento en la selva según iba llenando sus cajas.

No menos rica y variada es la fauna de este país que la flora, maravillando la muchedumbre de animales pequeños, pájaros, peces é insectos que entran en ella. En remotos siglos vivieron allí, como en otras partes de América, descomunales mamíferos, cuyos restos se descubren en muchos parajes, entre los que es famoso el Campo de los Gigantes, en la meseta de Bogotá. También hay huesos *de gigantes* en las riberas del Zulia, principalmente de megaterios, gliptodones, taxodones y caballos fósiles. De los mamíferos de hoy, que son principalmente monos, murciélagos y vampiros, jaguares, pumas y otros felinos, osos, perezosos y hormigueros, tapires, pecaris, etc., etc., nada nuevo puede decirse, pues son los mismos que en la América Central.

Hay extraña relación entre las raras formas de los insectos colombianos y la hermosura, riqueza y singular conformación de las orquídeas, mereciendo muy bien el nombre de paraíso de los entomólogos. Algunos distritos son famosos por los millones de lepidópteros que en ellos pululan, entre ellos el valle de Muso, al Noroeste de Bogotá y la cuenca alta del río Mineiro, donde hay tantos y de tan brillantes colores, que la superstición popular los cree esmeraldas aéreas, hermanas de las que se encuentran en las rocas de aquellos contornos. De la multitud de estos insectos nada puede decirse á ciencia cierta, ni hay manera de dar idea de ella, dificultad que fácilmente se comprenderá, sabiendo que las nubes de mariposas que oscurecen y casi esconden del lado del Océano á la inmensa Sierra Nevada, se calcula que están formadas por trillones de ellas. No menos pobladas que los aires se hallan las aguas, viéndose á veces el mar todo amarillo, en un espacio de miles de kilómetros cuadrados, por la muchedumbre de medusillas que allí se juntan. En el Atrato, donde por estar desiertas ó poco menos las orillas apenas se pesca, es tal la abundancia de peces, que cuando en ciertas estaciones suben por él hacia arriba, producen en la corriente rizados y remolinos como podría hacerlo una roca ó bajío: tantos y tan apiñados van.

Las especies de animales que por su naturaleza pueden vivir en anchos espacios extendiendo su morada por los valles y las cuencas de los ríos, no dejan de hacerlo á lo largo de las faldas de las sierras y también hacia lo alto, es decir, por pisos, según su resistencia al frío y á otras causas topográficas, lo

mismo que las plantas. Los monos de las selvas tropicales no suben nunca á los montes, ni á más de 1.800 metros hay temor de encontrar serpientes venenosas. Las pulgas, las chinches y otros parásitos tampoco pasan nunca de ciertas alturas, y lo propio sucede á las aves y mariposas, á las que nunca se encuentra más arriba de su piso, si no es que una racha de viento las hace subir más de lo debido. Los pájaros-moscas viven hasta en los páramos, en los que se les encuentra representados por una especie pequeña, el *steganura underwoodii*, al que la naturaleza ha resguardado de la frialdad del clima, cubriéndole las patas con una pelusilla blanca. Pero sobre todos los animales, levántase en el espacio el buitre real, ave arrogante y fea, de colores chillones, que cae de lo más alto de los cielos sobre el cadáver de cualquier bestia apenas muerta, pósa-se sobre él majestuosamente, y come los mejores trozos, rodeada por un cortejo de águilas, gipaetos y otros pájaros de rapiña, que á respetuosa distancia esperan á que, satisfecha su hambre, las entregue los restos del banquete. Algunas regiones padecen mucho de las acometidas de la langosta, plaga que, no obstante lo lluvioso del clima y los grandes bosques de aquellas tierras, se multiplica mucho, formando innumerables ejércitos. En 1825 asolaron la cuenca del Cauca, limpiándola de follaje, de tal modo, que las vacas, carneros y cabras, viéndose sin pastos, comieron larvas de langosta. Lo propio hicieron los cerdos y gallinas; de modo que por mucho tiempo la carne, la leche y los huevos olieron á estos devastadores insectos, lo que les hacía casi insufribles al paladar.

V

Indígenas de Colombia.

La mayor parte de los colombianos descienden de los indios que poblaban estas tierras á la llegada de los españoles. Las guerras, la nueva vida que les obligaron á hacer á los indios, las epidemias y principalmente cierta melancolía ó disgusto de la existencia, mataron cientos de miles, de lo que es buen testigo el propio adelantado Jiménez de Quesada, quien treinta y nueve años después de la conquista decía que donde antes había 2.000.000 de habitantes, sólo quedaban restos de algunas desgraciadas tribus. De esos restos y de la sangre española que con ellos se mezcló ha nacido la población de Nueva Granada,

como brota de las raíces de un tronco derribado un nuevo retoño; pero aunque todas las tribus que habitaban el país contribuyeron á darla origen, los colombianos han declarado antepasados suyos á los muísca, sin duda porque tuvieron más policía y civilización que los demás y dejaron nombre en la historia.

La voz muísca valía tanto como *hombres*, ó los hombres por excelencia y éste era el nombre que á sí mismos se daban, pero también se llamaron *chibchas*, de las muchas *ch* que pronunciaban al hablar. Según su tradición, vivían en la mayor barbarie, ignorando la manera de cultivar la tierra y tejer las telas, cuando vino á su país un mancebo de rostro blanco, quien les enseñó las artes necesarias á la vida y les descubrió los secretos de la naturaleza, imaginando aquellos indios, como todos los pueblos salvajes [desconocedores del poder inmenso del tiempo para enseñar á los hombres, que cuanto sabían lo aprendieron de pronto, gracias á la voluntad del cielo que así lo dispuso cuando le pareció oportuno. El civilizador de los muísca (por algunos confundido con el dios Bóchica) les señaló el modo de gobernarse, y al morir dejó nombrados jefes de la nación á sus dos hijos (ó á dos hijos de sus hermanas), uno con el cargo de sumo pontífice, que era el de mayor respeto, y otro con el de rey y señor, que era el de mayor poder. Los habitantes de Cundinamarca adoraban los astros y personificaban todos los cuerpos celestes y las diversas fuerzas de la naturaleza, levantándoles altares al aire libre y templos, á los que llevaban sus ofrendas, consistentes en oro, piedras preciosas, ricas telas, etc. También les sacrificaban algunas veces víctimas humanas. Sucedió, que pasando un muísca cerca de cualquier montaña ó roca, creía verla moverse, y se prosternaba para adorarla, viendo en ella un representante más de la secreta y misteriosa vida de la naturaleza, con el que aumentaba la larga lista de sus dioses. Pero sobre todos éstos, reconocían uno, señor de ellos y dios universal, al que llamaban Bóchica, el cual había dado el gobierno de toda la tierra y principalmente el de los muísca, á Chibchacum, cuyo nombre quiere decir *sostén de los chibchas*, el cual Chibchacum llevaba la tierra sobre los hombros como el Atlas de la mitología griega, y al cambiar de postura, cuando se cansaba de aquel gran peso, producía los terremotos. La mucha veneración en que los indios convertidos tuvieron siempre á San Cristóbal, era debida á que este santo les parecía igual á su Chibchacum, con

un niño en brazos, símbolo del pueblo muísca. Este santo era patrono de los labradores.

Cuando llegaron los españoles dividiase el país de los muíscas en muchos Estados diversos, y hasta la misma Cundinamarca, esto es, la comarca ceñida por los ríos Fusagasugá y Sogamoso, estaba partida en dos Estados, uno al Sur y otro al Norte, cuyas capitales eran Muequetá (Funza) y Hunsa, hoy Tunja, respectivamente. También el sumo pontífice tenía un distrito suyo, que era el de Iraca. El rey del Sur ó *zipa* (poderoso señor), y el del Norte ó *zaque*, se hacían cruda guerra al comenzar la conquista, venciendo por último, el *zipa* al *zaque*, por tener soldados más aguerridos. El poder de ambos soberanos era absoluto, pero no hereditario á la manera que en Europa, porque el heredero del trono se elegía entre los hijos de la hermana del rey, educándole desde niño en un templo, donde celosos preceptores le vigilaban con cuidado para que no violase las reglas á que debía sujetarse, y una de las cuales era no ver el sol ni comer sal. Cuando terminaba su educación, elevábanle á la dignidad de jefe vasallo hasta la muerte del *zipa*, cuyo poder heredaba al morir éste, después de jurar que gobernaría según justicia. Sólo podía tener una mujer legítima, pero el uso le autorizaba á dar habitación en palacio á 2.000 concubinas. La reina podía pedirle, al morir, formal promesa de guardar la fidelidad cinco años. Cuando salía de palacio para encaminarse al templo (distante tres tiros de arcabuz), caminaba con tal pompa y majestad, que tardaba tres días en llegar. Sus súbditos le veneraban con la misma humildad y sumisión que los orientales á sus soberanos, no atreviéndose á mirarlo, ni á hablarle sino vueltos de espaldas, y si alguno le ofrecía algún presente, llegaba arrastrando á entregárselo. El mayor castigo que se daba á un criminal era ponerlo frente al rey, para que los rayos de la mirada de éste le hiriesen, después de lo cual nadie le hablaba ni tenía con él comunicación alguna, acabando por morir abandonado de todos. Todos los muíscas debían llevar luto por la muerte de *zipa*, lo que hacían tiñéndose el cuerpo de encarnado. Colocaban el cadáver en un tronco de palmera adornado con láminas de oro, después de embalsamado con una especie de resina, y luego le engalanaban también con oro y esmeraldas, enterrándole juntamente con esclavos y algunas mujeres que voluntariamente se ofrecían á acompañar al otro mundo á su señor. También el poder de los *uziques* ó nobles sobre sus vasallos era grande, siendo los ho-

nores que les tributaban muy semejantes á los que hacían al rey. Su dignidad y nobleza se heredaba como la de éste, no de padre á hijo, sino de hijo de hermana á hijo de hermana, y no la recibía el heredero sin haber hecho antes ciertas pruebas ó noviciado. Entonces se hacían grandes fiestas, cubriéndole de láminas de oro, coronándole de plumas y poniéndole en la mano derecha un bastón de guayaco. Los caciques menores entraban en su cargo sin otra ceremonia que una especie de bautizo, que se hacía en un río ó arroyo. Tenían un uso muy singular (resto quizá del poderío que entre ellos alcanzó en otro tiempo la mujer), y por el cual tenía ésta autoridad para pegar á su marido, al que ninguna otra persona podía tocar, con la sola condición de no darle más de ocho golpes, y sin que le estuviese permitido pasar de este número, aunque hubiese cometido un crimen de los que los súbditos pagaban con la vida.

El gran pontífice de Iraca ó Sogundomuxo (*El que se hace invisible*), residía cerca de Suamoz, hoy Sogamoso, en cierto misterioso paraje, lejos de las miradas del vulgo. Su poder no era hereditario, como el de los príncipes y demás jefes, sino electivo, pero el uso hacía que se escogiesen siempre entre dos familias de sangre real. El oficio de sacerdote ó *jeque* (como se llamaban los que dependían del pontífice) pasaba de tíos á sobrinos, siguiendo el mismo orden que el de rey, y había seminarios en que los muchachos que habían de ser jeques se instruían en las cosas necesarias á su ministerio, enseñados por un sacerdote viejo y de autoridad. Teníanles en el *cuca* doce años, sin darles de comer más que lo necesario para que no muriesen de hambre. Al que acababa este largo noviciado llevábanle con gran pompa al palacio del zipa, el cual le daba la investidura y después le entregaba un paquete de *coca*, planta sagrada con cuyo humo había de incensar á los ídolos, debiendo también emplear gran parte de aquella noche en mascar algunas hojas de ella. No podía casarse, ni hacer otra vida que la más retirada y pobre posible, y en las ocasiones señaladas, ó cuando amenazaba algún peligro á la nación, los jeques subían antes de despuntar el alba á una alta montaña, seguidos de todo el pueblo, y allí, volviéndose á Oriente, sacrificaban al sol un niño cogido al enemigo. Degollábanle con un trozo de caña muy afilada, recogían la sangre en una calabaza, y con ella pintaban las rocas en que daban los primeros rayos del sol, hecho lo cual se retiraban, dejando el cadáver expuesto al

calor para que éste le consumiese. Tenían unos períodos de quince años, cuyo comienzo señalaban, como los mejicanos, con un sacrificio humano, en el cual debía ser la víctima (al que llamaban *güesa*, es decir, el vagabundo ó el sin hogar) un mancebo nacido en los llanos orientales, de donde vino la primera vez el dios Bóchica. Obligábanle á hacer papel de dios, y con mucha pompa le traían en procesión por el camino que aquél siguió cuando visitó á Cundinamarca. Llegado el día del sacrificio, vestíanse los sacerdotes con trajes de dioses de su religión, disfrazándose de demonios y de animales; ataban á la víctima en el extremo de un poste, la arrojaban flechas para ponerla en punto de muerte, y cuando lo estaba, pero cuidando de que aún tuviera alguna vida, la arrancaban el corazón y las entrañas y las enseñaban al sol, fingiendo mostrarle á su propio hijo Bóchica.

Cuando los españoles acabaron con el imperio muísca estaba éste en la decadencia, sucumbiendo al rigor de las leyes, que hacían al soberano dueño de todo, y á la división de los habitantes en castas, de ninguna de las cuales podían pasar á otra. La primera era la de los sacerdotes, que tenían también los oficios de médicos, magos, jueces y verdugos; la segunda la de los guerreros, quienes en tiempo de paz tenían á su cargo la policía del reino y la cobranza de los impuestos; la tercera la de los artesanos y comerciantes, y la cuarta la de los agricultores, que servían también como soldados, aunque en ningún caso podían llegar á jefes. Había, además, una quinta clase, á la que pertenecían los pueblos nómadas vencidos por los muíscas y de diferentes idiomas y costumbres que éstos. Las leyes protegían muy bien la propiedad particular y obligaban al deudor que no pagaba en el plazo debido, á satisfacer al acreedor doble de lo adudado. Si éste era de casta noble, enviaba á casa de aquél un criado seguido de un oso ó de un jaguar, á los que tenía que mantener á su costa hasta que satisficiera la deuda, y si al fin no lo hacía, venían los demás criados del noble, le apagaban con agua la lumbre del hogar y le llevaban cautivo. Quemaban al ladrón los ojos con un trozo de metal candente, si el robo era poco importante, y si lo era mucho, se los arrancaban con espinas. Pero había diferencia entre los castigos á que estaban sujetos los plebeyos y los que sufrían los nobles, á los que por ser tales y estar obligados á sentir el dolor en la honra más que en el cuerpo, los echaban de su casta á las de los plebeyos, dándoles nombres propios de

éstos en vez de los que tenían, cortándoles el cabello, rasgándoles las vestiduras y condenándolos en algunas ocasiones, á ser apaleados por mujeres.

Aunque estos indios tenían muchas industrias, no conocían el uso del hierro, y hacían de madera ó de piedra los instrumentos de labranza, lo que les impedía arar y mover la tierra de cualquier modo que fuese si el año no había sido muy lluvioso, de donde se seguían, á poco que durase la sequía, hambres crueles. En las mesetas sólo sembraban maíz y patatas, además del *chenopodium quinoa*, y más abajo, en la zona templada, mandioca y aracacha. Las muchas salinas y minas de oro que había en su país, daban á los muíscas los medios de hacer mucho comercio con los pueblos del llano hasta gran distancia de las sierras, y en el país de los poincos ó yaporogos, que está en la cuenca alta del Magdalena, tenían una feria importante cerca de la que es ahora ciudad de Neiva. Por los comerciantes muíscas supieron los españoles que al pie de las montañas de Suma Paz había un reino de gente civilizada, y la primera vez que los vieron fué á orillas del Opón, donde los soldados de Quesada, que iban muy abatidos por los trabajos sufridos en la áspera subida por la cuenca de aquel río, se admiraron mucho de encontrar una barca de indios que conducía sal refinada y telas de algodón de colores chillones. Con esto cobraron ánimo para continuar adelante y llevar á feliz término la difícil empresa que habían comenzado. Los muíscas usaban el oro en el comercio en concepto de moneda, fundiéndolo para hacer unas ruedecitas con que pagaban las mercancías, lo que apenas hay ejemplo que hiciera ninguna otra nación del Nuevo Mundo. También tentan artífices muy prácticos y hábiles en trabajar el oro, y de él fabricaban figurillas de hombres, ranas y animales de extrañas formas, que vendían á gentes de países distantes, y de que hay gran cantidad en los museos de Europa y América, á pesar de los muchísimos autos de fe que con ellos hicieron los misioneros en los siglos xvi y xvii, mirándolos como objetos consagrados al culto del diablo. También sabían esculpir en relieve las piedras duras, viéndose en las colecciones de antigüedades americanas láminas de basalto, cuadradas unas y pentagonales otras, con figuras simbólicas, que probablemente eran signos de su calendario. En cambio, y á pesar de la mucha abundancia de minerales diversos que había en el país, no sabían extraer y trabajar otro metal que el oro. Eran buenos tejedores, y hacían unas telas de

algodón muy duraderas, que pintaban con dibujos de vivos colores. Hacían las casas de madera y arcilla, cubriéndolas con techos de forma cónica y amueblándolas con sencillez. Sólo los templos y los palacios de los reyes y sacerdotes tenían muebles lujosos y trabajados con esmero. Parece que también construyeron monumentos de piedra, según puede juzgarse por las columnas que sostenían la techumbre de ciertos edificios levantados en las colinas de Leiva, al Este del Saravita. De unas ruinas que parecían restos de una gran ciudad de piedra, se sacó la necesaria para edificar en Monquirá, una iglesia y varias casas.

Para hacer agradable á los dioses la obra que emprendían, usaban los muiscas regar los cimientos con sangre humana, á semejanza de lo que hicieron en el Antiguo Mundo ciertos pueblos cuyas religiones se distinguían por estas y otras crueldades, y pensaban que enterrando cada parte de los cimientos en el cuerpo de una doncella hermosa ó de un enemigo valiente, el edificio sería eterno. También hacían caminos enlosados, en lo que eran muy peritos, por lo que á todas las ciudades, fortalezas y lugares sagrados se podía ir sin dificultad cruzando pantanos y salvando montes y precipicios.

Dividían los muiscas el tiempo en lunas y éstas las subdividían en diez períodos de tres días ó en tres períodos de diez días. Dedicaban el primer tercio del mes á actos religiosos y al ejercicio de las virtudes y el resto al descanso y diversiones. Antes de la siembra y de las cosechas hacían rogativas, y para estos casos tenían, entre otras ceremonias, la de disfrazarse de animales silvestres, sin duda remedando á los que tenían por dioses protectores de los campos. La fiesta principal ó del sol celebrábanla cada quince años. También honraban con grandes ceremonias á la luna, á la que enviaban embajadas con unos loros enseñados á repetir cierto mensaje, y á los que sacrificaban para que fuesen al otro mundo á repetirlo. Entre los chibchas, como en tantos otros pueblos, el matrimonio era una especie de compra de la mujer por el marido, debiendo éste enviar á los padres de la novia una manta de riqueza proporcionada á la suya propia. Pero no era válido sin la bendición del sacerdote, el cual terminaba la ceremonia después de esta pregunta hecha á la mujer: «¿Quieres á Bóchica más que á tu marido, á tu marido más que á tus hijos y á tus hijos más que á ti misma?» Pero Bóchica era un dios cruel, á quien había que sacrificar todas las hijas que naciesen hasta que tuviese el matrimonio hijo



varón, pues sólo éste podía ser primogénito, y si nacían gemelos, había que dar muerte á uno. Si la mujer moría del primer parto, la mitad de los bienes del marido pasaba á ser propiedad del suegro en castigo del crimen cometido. Para dar á luz huían las mujeres á un lugar apartado, cerca de donde hubiese agua corriente, en la que lavaban al recién nacido. Los chibchas cuidaban mucho de los enfermos y tenían gran respeto á los cadáveres. Creían que los muertos iban al país de las Sombras, que está en el centro de la tierra, y en el que entraban cruzando un ancho río en una barquilla hecha de hilos de araña, animal que reputaban sagrado. Enterraban los muertos con largas y costosas ceremonias, diversas, según las castas y también, según la comarca en que se hacían. En unas vaciaban el cuerpo de todas las entrañas para rellenarlo de objetos preciosos, y en otras los ponían en torno de los templos, sobre catafalcos, ó los secaban al sol. También los encerraban en ciertas grutas, colocándolos en corro y con las manos juntas. A los que morían de mordedura de serpiente los enterraban, poniéndoles una cruz sobre la tumba. Para la gente más noble y distinguida construían sepulturas separadas, semejantes á los *huacos* del Perú y de Chiriquí, en los que hallaron los españoles estatuillas de dioses, lares y ricos adornos de oro. Embalsamaban los cuerpos de los capitanes más valientes y llevábanlos á la pelea delante del ejército para animarse con su vista y conseguir la victoria, reconociéndoles como jefes, aun después de muertos, según hacían los antiguos locrios, que ponían los huesos de Ajax en medio de la falange, y copiando, sin saberlo, los atenienses que llevaron al frente de sus huestes los de Teseo para pelear con los persas en Maratón.

La nación muísca ya no existe, habiéndose mezclado con la raza hispanocolombiana. Ningún indio, por viejo que sea, puede hablar aquella lengua, pues murió hace más de un siglo, conservándola los gramáticos en sus libros como guardan los naturalistas en los Museos las momias que se encuentran en los huacos. De los muíscas bárbaros que vivían en los valles del Mediodía de Bogotá hasta el corazón de la meseta, sólo queda algún lejano recuerdo, sabiéndose, por lo que dijeron los conquistadores, que andaban desnudos, comían carne humana y tenían muchos nombres, tales como tocaimas, analoimas, anapoimas, coyaimas, natagaimas y otros, todos los cuales se resumían en el de panchos, que generalmente les daban. Entre esta gente se cumplía con más rigor que entre los muíscas ci-

vilizados la bárbara costumbre de matar á todas las hijas que nacían antes que un hijo varón. No se casaba ninguno de ellos con mujer de su pueblo, considerando incestuosa tal unión;



Indios muiscas con joyas antiguas. (Dibujo de Menetrier.)

pero no tenían inconveniente en unirse á una hermana con tal de que hubiese nacido en otro, pues su ley se lo permitía. Los colimas ó *cruelles*, que poblaban el valle del río Negro, al Noroeste de Bogotá, y los musos, habitantes del valle alto del río Minero, guardaban la ley del Talión y no conocían jefes ni

jueces. Cuenta de ellos la tradición que por el menor disgusto se suicidaban, y si bien no está bien averiguada esta circunstancia, es muy cierto que casi todos prefirieron morir despeñándose por las montañas á someterse á los conquistadores.

Al Sur de Colombia, lindando con la que ahora es República del Ecuador, había otro Estado de mucha civilización, nacida al calor del imperio quechua, cuyos herederos son aquella República y la del Perú. Extendióse el influjo de los incas por las mesetas de Pasto y de Túquerres y por la cuenca alta del Cauca, en los alrededores de Popayán, donde vivían indios de suaves costumbres, que tenían grandes y bien cuidados pueblos con casas espaciosísimas, algunas de más de cien metros de fachada y capacidad para cien familias. Eran de menos ánimos que los demás colombianos, por lo que no resistieron á los españoles como los muiscas, y hay quien dice que, sabedores de la llegada de aquéllos, dieron en suicidarse, colgándose unos de los árboles y despeñándose otros, en tanto número, que se conocía el camino de Popayán por los muchos cadáveres que en él yacían. Algunas de las tribus de la cuenca del Cauca volvieron á la vida de barbarie que antes habían tenido, y en su lengua, principalmente en la de los coconucos de los contornos de dicha ciudad de Popayán, se encuentra cantidad de voces de origen quechua, prueba de que el comercio y la industria de esta nación se habían extendido á muchos centenares de kilómetros, hacia el Norte de sus fronteras. Las tribus bárbaras del Atrato y del istmo de Panamá vivían separadas unas de otras y hablaban diferentes lenguajes, hallándose tan apartadas de los quechuas como de los aztecas y mayas; de modo, que con ninguno de estos poderosos Estados tuvieron comunicación. Los últimos vestigios de la civilización mejicana acababan, bajando de Norte á Sur, en la tribu de los guaimis, á orillas del golfo de Chiriquí, quedando así tan completamente separados en lo etno-gráfico como en lo geográfico los dos continentes septentrional y meridional por la cuenca del Atrato, y sirviendo de mojón entre las tribus de cada lado (guaimis al Norte y chocós al Sur) el bárbaro pueblo de los cunas.

Divídense los chocós en baudós, citaraes, noánamas, tadós y otras tribus que pueblan las comarcas occidentales de Colombia, desde el Atrato y el San Juan hasta el Ecuador, guardando los estribos septentrionales de la cordillera que caen al Atlántico y las entradas de la meseta de Antioquía. También hay pequeños grupos de ellos, á manera de avanzadas, en el

istmo de la América Central. De su misma familia eran los pueblos de la nación de los catios, quizás los más bárbaros de toda la Nueva Granada. Vivían estos indios entre el Cauca y el Atrato, y de los de la parte baja de la cuenca de éste, dicen algunos autores que hacían las casas en las copas de los árboles como los guaraunos. Andaban desnudos, ó á lo sumo usaban por todo traje una tira de tela hecha de corteza de árbol y sujeta alrededor de la cintura para cubrir la parte del cuerpo que el decoro manda esconder. Engordaban á los prisioneros para comérselos y tuvieron muchas guerras con los españoles, hasta que no atreviéndose á hacerles cara dieron en huir; pero ni aun así escaparon á su suerte, pues quedaban muy pocos. Tomaron de los vencedores muchos vocablos, cuyo número ha ido en aumento con el transcurso del tiempo, en término de verse ya próximo el día en que las diversas maneras de hablar la lengua chocó, todas muy parecidas, se acabarán como acabó el muísca de Cundinamarca y el quechua de Popayán.

En la comarca limitada por los ríos Cauca y Porcé hallábase establecida la nación de los nutabé, y en las montañas entre el Porcé y el Magdalena, la de los tahami, ambas parecidas en muchos usos y leyes á la de los muíscas. Tenían alguna agricultura, fabricaban vasijas, tejían el algodón y sabían teñirle; trabajaban el oro y hacían de este metal figurillas de hombres y de animales. No han dejado tanta reputación de nación civilizada como aquéllos, aunque parece que en nada les eran inferiores, lo que debe achacarse á que nunca llegaron á formar un verdadero y poderoso imperio como el que hallaron establecido los españoles en Cundinamarca.

En los valles pantanosos que bajan de Antioquía, por la parte de Occidente hasta el Magdalena, encuéntranse todavía algunos restos de la nación de los pantagoros, que tan temidos fueron de los colonos españoles. De las tribus que vivían en las grandes selvas de esta vertiente de la cordillera occidental, la de los pijaos ó paes, era la más bárbara é inculta. Estos sacrificaban á sus dioses, víctimas humanas, eligiéndolas entre las más delicadas é inocentes, tales como una mujer, un niño, un extranjero inofensivo pensando que estos seres puros eran gratos á los dioses, y los impuros, un prisionero de guerra, por ejemplo, indiferentes y, por tanto, incapaces de aplacar su ira. Pero la eficacia de un sacrificio acababa pasado cierto número de lunas, y era preciso repetirlo para que el dios no dejara de amparar á su pueblo.

Los guanes eran una nación de las altas y quebradas tierras por donde corre el Sogamoso en la primera parte de su curso, no tan rica en oro como los muiscas y tahamis, pero de civilización nada inferior, y muy aventajada sobre ellos en valor, sufrimiento, rectitud y otras prendas morales. De ellos y de los citareros, agataes y laches (éstos tenían la extraña costumbre de vestir de niña, y educar como á tal al quinto hijo varón nacido de una sola mujer), descienden en gran parte los socorranos y pamploneses actuales; pero aún quedan algunos (muy pocos) en estado salvaje. En la cuenca del Carare, protegidos de los blancos por la espesura de los bosques y la corrupción del aire, hay indios aún no reducidos, y en las regiones elevadas de las sierras de Antioquía y Socorro no se hallan otros colonos de origen español, en una zona de 100 kilómetros, que los de las escalas del Magdalena. Los indios del Carare, descendientes de los antiguos guanes, lo mismo que los meztizos de las vecinas mesetas, llevan diversos nombres. De éstos son los apipis, de la raza de los antiguos musos (cuyo abolengo confiesan con orgullo), y que se dicen independientes, si bien mostrándose respetuosos con los colombianos. No se contratan para trabajar en las haciendas ni en las minas; pero tienen á su cargo la construcción de puentes, hechos, según uso de los indios, de troncos de árboles y bejucos, sobre el río Carare ó Minero. En la misma cuenca, pero un poco más abajo, están los yariguís, gente bárbara que huye de los blancos y los odia. Hay también en la comarca una tribu á que llaman aruacos, como á los de la Sierra Nevada de Santa Marta; pero esta coincidencia de nombre no indica que sean de la misma raza, pues los españoles denominaron aruacos á indígenas de muy diferentes pueblos. Todos los indios del Carare, completamente apartados de la gente civilizada que habla español, no pasan de mil. Los valles de la Cordillera Oriental, que están al Norte de las mesetas, hállanse poblados por tribus tanto más temidas cuanto menos conocidas, pero que han recibido casi siempre muy bien á los viajeros que las han visitado. De los chimilas de la sierra de Perijaá cuentan que comen carne humana, aunque no hay pruebas de ello. Los tupes, que viven en las mismas montañas, mudan la forma de la cabeza á los niños apretándosela. Los motilones, nación de raza caribe, reducida á unos 3.000 indios, pobladores de las montañas que van del río César á la frontera de Venezuela, tienen territorio propio, concedido por el gobierno de Colombia.

Los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta, en la que hay algunas aldeas de ellos, son aruacos y están del todo reducidos, viviendo hace mucho tiempo en paz con sus vecinos y habiendo comenzado á mezclarse con éstos. Casi todos entienden el español, y los niños le hablan y escriben; pero aún se usan mucho las lenguas indígenas, como son: el coggaba, en la vertiente septentrional de la Sierra; el bintucua, en la parte más meridional del nudo, y el guanaca, al Este y al Sudeste. No se conoce con toda certeza el origen de los aruacos, á pesar de que se les da la misma denominación que á otros pueblos indios de las Guayanas, Venezuela y Brasil, ignorándose si serán parientes de éstos y descendientes de algunos de ellos, huídos del llano por temor á los españoles. Aunque convertidos al cristianismo, no se cuidan de ocultar sus supersticiones paganas. Después de bautizado un niño llévanle los padres á orillas del más inmediato río ó arroyo para lavarle en la corriente. Si se trata de un matrimonio, sigue á la bendición del sacerdote una ceremonia ajustada á los antiguos ritos, y en los bailes, á uno de los cuales dan el extraño nombre de *subida al cielo*, gritan y silban de un modo singular, imitando la voz de ciertos animales. Tienen sacerdotes llamados *mancas*, que dirigen invocaciones á los astros y á los montes, curan las enfermedades y se atribuyen el poder de producir las introduciendo en el cuerpo arañas, escorpiones y lagartos. También les suponen la ciencia de encontrar y esconder los tesoros, y por eso les acusan de que no hayan podido descubrirse todavía el oro y las piedras preciosas que dejaron ocultos los taironas cuando la conquista. Respetan y honran á estos sacerdotes tanto cuanto los temen, y cuando mueren ponen sobre sus tumbas grandes rocas de granito semejantes á los dólmenes de los bretones. Celebran sus fiestas en sitios sagrados, en los que no consienten la presencia de extraños de otra raza que la suya, y es entre ellos costumbre, con fuerza de precepto religioso, que el marido no ha de vivir en la misma choza que su mujer y sus hijos, por lo que cada familia tiene dos moradas diferentes, y cuando el jefe de ella quiere comer, va á sentarse en una piedra colocada entre las dos chozas, y allí le lleva su mujer el sustento, por mal tiempo que haga. Las chozas de los aruacos tienen un gran techo cónico de paja, el cual, visto de lejos, les da apariencia de colmena gigantesca. En torno de la casa siembran las mujeres cebollas, aracachas y otras hortalizas, y poco más lejos tienen el huerto, en el que

con sumo cuidado cultivan el plátano, la caña de azúcar y otras plantas de mucho provecho, pues de ellas se sustentan. También tienen ganados, á los que dejan tanta libertad, que se hacen silvestres si no los toman para sí, como suele suceder, algunos tratantes colombianos que vienen á vivir por temporadas á la comarca. Las mujeres, que son muy industriosas, hacen sacos y cuerdas de fibras de maguey para dichos tratantes, los cuales siempre les tienen comprado el trabajo con mucha anticipación y poco dinero, porque de tal manera arreglan las cuentas, que son acreedores perpetuos. Pero los aruacos se consuelan de esta especie de esclavitud mascando hojas de coca, que mezclan con cal calcinada y frotan contra el *poporo* ó *ca'abaza* que tienen siempre en la mano. Según parece, esta gente no goza de muy buena salud, muriendo tísicos muchos de ellos.

Los goajiros son muy diferentes de los aruacos por la apariencia, carácter, género de vida y costumbres. En vez de vivir como éstos entre montañas y separados por páramos que no sin mucha dificultad pueden cruzarse, habitan los llanos que se extienden á Oriente del Rancharía entre Río Hacha y Maracaibo. Son más corpulentos, robustos y ágiles que aquéllos y de color mucho más claro, todo lo cual se debe quizás á que se nutren casi exclusivamente de carne, mientras que los aruacos viven de vegetales, no probando vaca ni cerdo sino en días festivos. Los goajiros tienen mucho ganado y pescan gran cantidad de tortugas; pero en cambio, por la poca fertilidad de sus tierras, apenas pueden comer granos ó legumbres. Los hombres como las mujeres de este pueblo, llegan á viejos sin haber perdido las fuerzas y buena proporción de sus miembros, si no es algún jefe que para adquirir mayor autoridad procura engordar desmesuradamente. Andan casi desnudos, menos cuando van á los poblados de los blancos, porque entonces ponen una especie de manto de algodón, de color blanco en la bajada hacia Venezuela y azul en los distritos fronterizos de Colombia. Las mujeres suelen llevar coronas de plumas ó guirnaldas de conchas en el cabello y se embadurnan el rostro con pinturas sacadas del rocú. Quizás el nombre español de goajiros con que se designa á estos indios es una alteración del de *guayus*, que ellos mismos se daban. No se les conoce ninguna tradición relativa á su origen, y sí leyendas mitológicas, según una de las cuales, descienden de la luna; pero por la apariencia, lo orgulloso y guerrero del carácter y la lengua que hablan, se advierte que tienen parentesco muy próximo con los

caribes. Los goajiros, que con tanta arrogancia desdennan el trato de los venezolanos y colombianos, fueron muy amigos de los espa~oles. Poblaban sus diversas tribus la península y los contornos del lago de Maraicabo hasta las montañas de Mérida y de Trujillo, y recibieron misioneros que los convirtieron al cristianismo. Como aventajaban en inteligencia y en industria á la mayor parte de los demás indios, podía esperarse de ellos que ayudarían mucho á los espa~oles en su obra civilizadora. Pero surgieron disputas entre unos y otros hasta alzarse los goajiros, quienes con la furia que de tan bárbaros enemigos podía esperarse, talaron los campos y destruyeron las aldeas, llegando á entrar en la ciudad de Trujillo, donde dieron muerte á muchos vecinos. Sucedió esto á fines del siglo xvi, y desde entonces volvieron los goajiros á su primitiva libertad, renegando de la religión que habían empezado á seguir.

Si debe medirse la civilización de un pueblo por la consideración que en él tiene la mujer, puede contarse al de los goajiros en el número de los más civilizados, pues respetan mucho á las suyas, las consultan en todos los negocios y no hacen compra que antes no hayan aprobado ellas. Habiendo riñas entre hombres, les está permitido interponerse, cogerles las armas, romperlas y arrojar á lo lejos los pedazos. Acompañado y protegido por una mujer, puede el extranjero viajar por la comarca seguro de recibir hospitalidad en todas partes y de que nadie le faltará al respeto. No por ser tantos y tan grandes los fueros de la mujer entre esta gente, deja de comprarla el marido para casarse, según sucede en casi todos los pueblos bárbaros. Cuando las muchachas llegan á la pubertad, encierranlas estrechamente y no las sacan sino para disponer el matrimonio, señalando el precio de la dote, lo cual hace el padre, determinando el número de cabezas de ganado de que se ha de componer y que han de repartirse entre su familia y la de su mujer. Si la desposada muere del parto, el marido tiene que pagar una segunda dote; pero si el muerto es el marido, su hermano, su primo ó cualquier otro pariente, á falta de ellos, heredan á la viuda. Antiguamente era costumbre buscar compañera fuera de la tribu, pero ahora lo general es que cada goajiro case con mujeres de la suya propia. Si ésta comete alguna falta, el marido la devuelve á los padres y recibe en cambio la dote, salvo si prefiere aplicar la ley del talión, á que esta gente obedece, y en cuyo caso debe robar al seductor su mujer. Páganse las heridas y las muertes con sangre ó con

dinero, sin que puedan oponerse á ello los ancianos de la tribu; y cuentan que los goajiros que viven junto allago de Maracaibo, practican con tanto rigor la ley de la venganza de sangre y lágrimas (así la llaman), que piden el precio de la vertida por un hombre herido casualmente y sin mala intención, debiendo el causador del daño pagar costas á la familia de la madre del herido, como precio de la sangre, y á la del padre como precio de las lágrimas, porque, dicen ellos, la sangre es lo que une la madre al hijo, mientras que entre éste y el padre no hay más lazo que el cariño. Los que presencian una desgracia son deudores de parte del rescate á la familia del muerto, herido ó estropeado, y el que presta ó vende un caballo vicioso ó cualquier otro objeto causante de algún mal, también es responsable, siendo de advertir que la ley de los goajiros no admite la prescripción de estas deudas.

Los goajiros, como los demás indios no convertidos á la religión y civilización españolas, tienen *piaches*, es decir, sacerdotes que hacen de curanderos y magos, los cuales adoran al sol, á la luna y á la rana, símbolo de la lluvia y de las revoluciones terrestres, considerándola también, según algunos, como ascendiente del hombre. Antiguamente dividíanse en tribus, regida cada una por un *otem*, como los pieles-rojas de la América Septentrional, y se creían hijos del mono, de la gallina, de la perdiz ó de cualquier otro animal sagrado. Son muy ceremoniosos y hospitalarios, pero no desinteresados, porque para ellos nada hay tan respetable como la riqueza, y sólo á ésta atienden para nombrar á los que han de gobernarles, sean hombres ó mujeres, pues lo mismo obedecen á aquéllos que á éstas, prefiriendo para tales cargos, no á los más nobles, sino á los que tienen mayores y mejores rebaños. Otra de las honras que hacen á los ricos es enterrarlos según el uso antiguo, es decir, dos veces. La primera consiste en llevar al muerto á la aldea en que nació, por lejos que esté, y tenerle allí meses y hasta años en un sepulcro, junto al cual encienden cierto fuego sagrado, que una mujer se encarga de mantener vivo todas las noches, desde el obscurecer hasta el amanecer. Así consumen muchísima leña, hasta que sacan los restos del cadáver y los llevan á un sitio apartado, donde por última vez le entierran, poniéndole encima grandes piedras, lo cual hacen con muchas ceremonias, sacrificando varios novillos y terneras y bebiendo cantidad de chicha. Con los 30.000 goajiros que pueblan la península viven algunos miles de indios, á que dan el nombre

de cocinas, y que probablemente son de la misma raza que aquéllos, pero á los que están reservados los oficios más humildes. De dueños de la tierra, que sin duda fueren, como los demás goajiros, han venido á parar á la más estrecha servidumbre, pues son los gañanes de las majadas, los que levantan los ranchos ó barracas en que viven los amos del ganado, los que les preparan el veneno de las flechas, los que les sacan de las rocas las cornalinas ó *tumas* de que hacen los collares con que se adornan, y los que les cultivan los campos que esta nación tiene en las fértiles vegas ocultas entre los montes orientales, á cuya triste condición sólo escapan algunos grupos de ellos que andan errantes, pero que son tan despreciados como los demás por los goajiros.

Naciones aún más libres que la de los goajiros, gracias al territorio inmenso en que viven, se encuentran entre los Andes y los ríos Orinoco, Casiquiare y Negro. Algunas habitaban en las mesetas á la llegada de los españoles, y huyendo de ellos, se bajaron á los llanos. De éstas es la de los tunebos o tames, que ha dejado al Este de la sierra de Cocuí alguna parte de su gente, pues aún se halla allí un pequeño pueblo de tunebos, encastillado detrás de ciertas altísimas é infranqueables rocas, á las cuales nadie puede subir si no sigue su ejemplo, que es ir poniendo pies y manos en unas grietas que han hecho en la peña, por la que trepan de este modo, poniendo espanto en el ánimo de quien los ve. Los de los llanos viven muy ocultos en los bosques, sin morada fija, y sin sembrar la tierra, por miedo á quedar sujetos á las leyes de la nación, y á que cualquier aldea por ellos fundada tenga que recibir autoridades colombianas. Si encuentran un blanco, le dicen «*Hermano: no me hagas daño*». Compréndese con esto que las mermadas y miserables tribus de esta parte del territorio colombiano, poco ó nada representan y valen en comparación del resto de la República, pues todas juntas no pasan de 50.000 almas, lo que es poquísimos, atendida la extensión de los llanos. Sin opresión de nadie ni persecuciones, y sólo por los destructores efectos de las enfermedades que llevaron los europeos, principalmente el sarampión y la viruela, introducidas por las mercaderes y ganaderos, se han acabado tribus enteras en las que causaron mayor mortandad que habrían podido hacer las balas.

En los pobladores de las mesetas y valles altos de Colombia, que son los más civilizados y que descienden de la raza espa-

ñola mezclada á la de los americanos que allí vivían, adviértense diferencias nacidas de la diversidad de condiciones de aquellas comarcas y de aventajarse alguno de los elementos étnicos á los demás. Los de Cundinamarca, hijos de los muiscas y de los invasores andaluces, son vivos en sus propósitos, perspicaces y de poca perseverancia; los pastusos, que tienen alguna sangre quechua, pacientes, de mucha prudencia, tenaces, rencorosos, muy dados á respetar la tradición y los antiguos usos, y por esta causa la gente más conservadora de la República; los del Cauca, que viven en la región más sana y agradable de Colombia, son hospitalarios, generosos, leales, compasivos y suaves con los inferiores y débiles, y tan complacientes, que llaman, esta tierra *país del sí*, pero tienen mucha sangre negra en las venas, por lo que fácilmente se les enciende la cólera, y movidos de ella, recurren á las armas por la menor cosa. Los de Antioquía, de quienes se dice que descienden de judíos, son muy dados al comercio, en el que sobresalen entre todos por la actividad, la energía y la inteligencia, de que dan cabal muestra en sus negocios. Cuentan que fueron sus padres los muchos judíos convertidos que cuando el descubrimiento y conquista de América se acogieron á esta parte del continente, huyendo de la persecución de los cristianos, historia que es particularmente desagradable á los antioqueños, los cuales no quieren que se les hable de antepasados judíos ó moriscos, y por el contrario, se muestran orgullosos de la sangre vascongada, que dicen circula por sus venas. Se multiplican más á prisa que los habitantes de las otras comarcas de Colombia, y no llegando su número á 100.000 al comenzar el siglo XIX, pasan de 1.000.000, sin contar los que viven lejos de la tierra en que nacieron, que son bastantes, pues los antioqueños emigran á otros países para dedicarse á todo género de industrias, no habiendo ciudad en la República en que no tengan tiendas. Muchos casan muy jóvenes para ir á puntos apartados del territorio á cultivar algún campo virgen. Gracias á su genio emprendedor y á su laboriosidad, han penetrado por la cuenca del Cauca adelante hasta las minas de Río Sucio, y de la parte oriental de aquel río han fundado, á los pies del gran volcán de Herveo, la rica ciudad de Manizales. Han bajado también por la vertiente opuesta de la Cordillera Central, pasando de Honda y Mariquita hasta dar en las minas de plata de Frías, y dejando atrás el Magdalena, llegan ya hasta la meseta de Cundinamarca, en cuya capital hay es-

tablecidos muchos. Los grandes cafetales de Chimbe, en el camino de esta ciudad al Magdalena, pertenecen todos á antioqueños.

Los socorranos ó pobladores de las montañas de Santander parecense mucho á los catalanes. Son muy trabajadores, económicos, poco amigos de palabras, de gran habilidad para sacar partido de los peores terrenos, y para las industrias pequeñas. No llegan á tener el espíritu atrevido é industrial que los antioqueños, pero les aventajan como trabajadores. Casi todos son propietarios en pequeño; cultivan su campo ellos mismos, no dan á nadie ventaja en dignidad y honras, y cuentan que fueron los primeros que en 1781 dieron la voz de independencia en Nueva Granada, titulándose *Comuneros*. Tienen afición á emigrar como los antioqueños, pero no para abrir tienda en alguna población lejana, sino para darse á la agricultura en el territorio de otros Estados. Se les encuentra por el Oeste en los llanos del Magdalena, y por el Este en la bajada á los del Orinoco, donde sólo en los cafetales de Cúcuta trabajan más de 30.000. En el litoral del Atlántico, lo mismo que en el Pacífico, hay muchos negros, que también procrean y aumentan, mientras otras razas disminuyen, pues en la mezcla acaba por dominar la raza africana. Los *zambos*, ó mestizos de negros é indios ejercen los oficios más bajos, como los de barquero, mozos de cuerda, etc., etc.

En cualquier familia de esta parte de Colombia, por encumbrada que sea, se advierten, así en el color de la piel como en las facciones, señales que manifiestamente descubren la variedad de sangres que corren por sus venas, y cabe pensar si el bondadoso carácter, el descuido, buen humor, amabilidad y palabrería sin ideas de esta gente, no se deberá en parte á la sangre africana y en parte también á lo caluroso, húmedo y enervante del clima.

VI

Poblaciones de Colombia.

No es fácil describir las ciudades y villas de Colombia, comenzando por el centro económico de la nación y pasando después á las comarcas menos pobladas y ricas, porque tal centro no existe, no teniendo Bogotá, que es la capital política y administrativa, bastante influjo para que su acción se sienta

á alguna distancia. Por eso debe ser nuestro guía en esta descripción el río Magdalena, arteria principal de la República, su mayor vía de comercio, lazo entre las diversas provincias, y por tales razones, principal fundamento de la nación.

En la cuenca alta del Magdalena se encuentran pocos habitantes. Dícese que en tiempo de la conquista tuvo mucho mayor número de pobladores, lo que parece cierto contemplando las ruinas que por todas partes se encuentran. Las ciudades, villas y aldeas que ahora hay en ella han sido levantadas después de guerras porfiadas con los indios andaquis, yalcoes y pijaos. San Agustín, que es el poblado más alto del valle, está á 1.634 metros de altura, en un rincón de cierta tierra sagrada en la que los andaquis celebraban sus ceremonias religiosas, y aún se ven allí los restos de un templo, arruinado completamente por los buscadores de tesoros. También se encuentran en esta tierra, que para los indios fué sagrada, toscas esculturas de seres humanos y de animales, principalmente de ranas, que era uno de los ídolos más comunes en la región de los Andes septentrionales. Al Este de San Agustín, unos 10 kilómetros del lado opuesto al templo y al camino de los ídolos, se halla el de la Matanza, así llamado del gran número de indios andaquis muertos por los españoles en una batalla que con ellos tuvieron. Mucho más baja que San Agustín (á 1 066 metros), y al Nordeste de ella, se encuentra Timaná, población rodeada de haciendas. Esta fué la primera colonia que los españoles fundaron en la comarca. Otra población á que llamaban la Plata, de las minas de este metal que tenía, fué también destruída por los pijaos, y si bien la levantaron más adelante los fundadores, parece que no pudieron dar nuevamente con los criaderos. Había en este distrito una industria muy próspera, que era la fabricación de sombreros de paja de nacuma, á que se dedicaban más de 3.000 familias de Timaná, Naranjal y otros pueblos del Magdalena alto; pagábanlos muy bien en las Antillas y el Brasil, pero ahora apenas hay quien los compre, por haber cambiado la moda y gustar más de otros.

La capital del departamento de Tolima es Neiva, ciudad á 468 metros en la margen derecha del Magdalena y en el sitio en que empieza la navegación del río por barcas y aun por vapores cuando las aguas están altas. Fundáronla en 1550 los españoles junto á la desembocadura del río Neiva, al que debe su nombre, pero á poco la destruyeron los pijaos, como á Timaná y á la Plata, por lo que sus moradoradores la trasla-

daron al sitio que hoy ocupa, el cual está 25 kilómetros más abajo del primitivo, á los pies del famoso monte Huila. Al Sur de éste pasa uno de los caminos de mayor tránsito de Colombia, el cual, saliendo de Neiva, baja á Popayán por el puerto de Guanacas. La ciudad tiene mucho comercio y en su término hay variedad de plantas muy bien cultivadas, principalmente cacao de buena calidad y también buenos prados artificiales de hierba Guinea. Siguen á Neiva, en la margen izquierda del Magdalena, Aipe, Natagaima, Purificación y Guamo. Las dos



Columnas de un antiguo templo indio. (Dibujo de Venillier.)

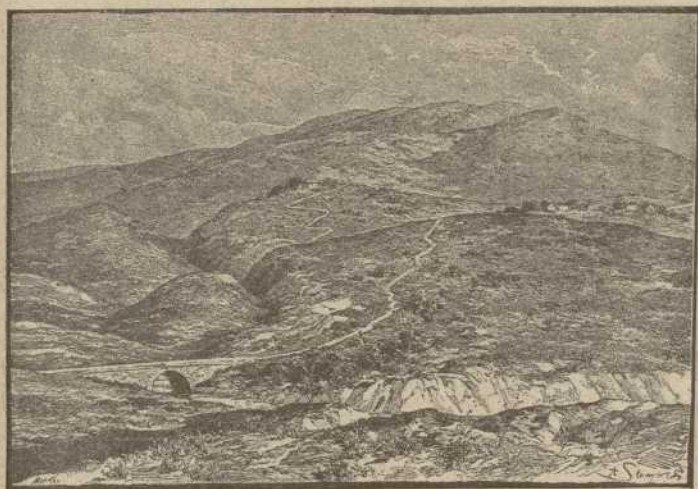
primeras llevan el nombre de tribus indias que desaparecieron, y las dos últimas, muy ricas en ganado, están separadas por el caudaloso río Saldaña, que por entre fértiles prados baja á unirse al Magdalena, dejando á un lado las importantes poblaciones de Ortega y Chaparral. Más abajo, y no lejos de la orilla izquierda del Magdalena, viene Espinal, ya próxima al recodo de Flandes, poraje de suma importancia en la geografía de esta cuenca, donde la cañada del río Saldaña, la del Bogotá y la parte del curso del Magdalena, que corre entre ambas, cortan la cuenca de éste. Pero antes de llegar á Bogotá se encuentra el valle de Fusagasugá, digno de atención por varios conceptos. La ciudad debe al río el nombre que lleva y se halla en una hoya rodeada de altas montañas, á 18.00 metros y á la salida de un puerto que cruza la cordillera de Suma Paz para caer á

los llanos por el valle de Humadea. En Fusagasugá tienen casas de recreo muchas familias ricas de Bogotá, y en sus campos hay grandes cafetales y rocas erráticas principalmente en Chinautá y Anacutá, notables por las figuras en ellas grabadas y cuyo sentido no se conoce. A 30 kilómetros al Sudoeste, en la aldea de Pandi, famosa por el puente natural de Icononzo, se ven también rocas con jeroglíficos. El principal centro de comercio de esta comarca es Melgar, porque junto á él se unen el arroyo de Cuja, que cruza la hoya de Fusagasugá y el torrente de Suma Paz, que baja de las montañas del mismo nombre, comenzando á poco de la unión á ser navegable.

La sábana por donde corre el Founza ó Bogotá alto es de la mayor importancia en la historia de Colombia anterior á la llegada de los españoles. En el ángulo Nordeste se encuentra Chocontá, que fué plaza fuerte del Zipa, y más al Sur, junto á un afluente, las ciudades santas de Guatavita y Guasca. Allí están también Nemocón, gran mercado que fué de los indios chibchas, y donde se producía mucha sal, como hoy también se sigue produciendo, aunque estancada por el Gobierno colombiano. Zipaquirá ó *morada del Zipa* fué para los reyes muíscas lo que Aranjuez ó La Granja para los de España, y lleva camino de llegar á ser el principal centro industrial de la meseta de Cundinamarca y de toda Colombia, gracias á sus salinas, á las minas de carbón y á los criaderos de hierro que hay en las montañas de su término. La ciudad está edificada precisamente á los pies de un monte de sal, cuya masa se calcula en muchos centenares de millones de metros cúbicos. Cubre el monte una capa de gres pizarroso, de la que manan varias fuentes salinas que se extienden por ella, y de las cuales se saca las dos terceras partes de la sal que se consume en el territorio de la República, á pesar de no tener parte alguna de yodo, en lo que no se iguala con la extraída de los manantiales salinos de Antioquía, rica en dicha substancia. De esta falta se originado un grave mal, y es que donde se usa la sal de Zipaquirá enferma mucha gente de paperas.

Funza era capital de los muíscas del Sur cuando la conquista, y tan populosa, según dicen, que se contaron en ella 20.000 chozas, lo que supone unos 100.000 habitantes. Hoy, á pesar de haber tenido algún tiempo el honor de ser capital del Estado de Cundinamarca, no pasa de aldea, y antes de la construcción del ferrocarril, del que es estación entre las de Bogotá y Facativá, apenas tocaban en ella los viajeros, pues se detenían en

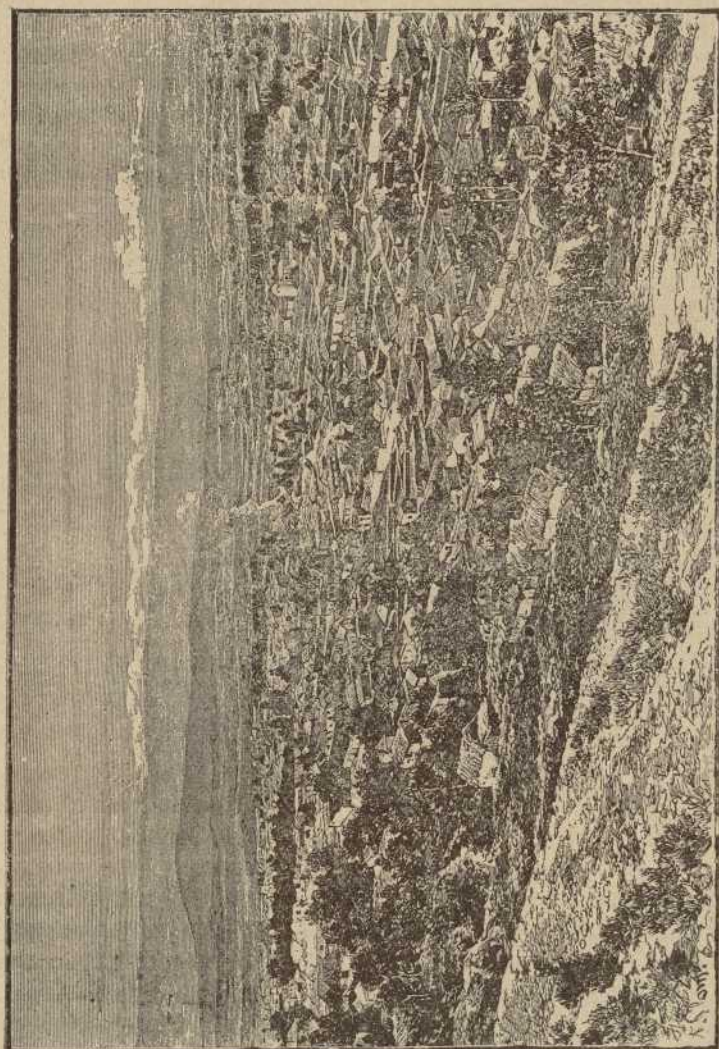
una posada llamada Cuatro-Equinas junto al camino real. No pareciéndole bien al español Jiménez de Quesada el sitio en que tenían los muiscas aquella ciudad, que era en un llano entre el Funza y su tributario el Serrezuela, la mudó en 1538 á otro, á 20 kilómetros al Sudeste del primero, pasando el Funza á los pies de los Andes orientales, donde existía la aldea india de Teusaquillo. Los españoles la llamaron *Ciudad de los Alcázares*, por los muchos torreones que edificaron, y Quesada la bautizó con el de Santa Fe, el cual, unido al indígena de Muqueta ó Bacatá, transformado en Bogotá por el uso, es el



Un camino de la meseta. (Dibujo de Slom.)

nombre que le ha quedado. Estas voces chibchas valían tanto como *extremo ó fin del campo* en nuestra lengua. De todas las provincias españolas de América, ninguna tuvo la capital tan apartada del mar, y por tanto del resto de la nación, circunstancia que pesó mucho en la historia de la Nueva Granada, y á la que en gran parte debe ésta el haber conservado su carácter propio. Hállase Bogotá en una meseta de la zona fría, á 2.645 metros de altura, en paraje donde no se ven otros árboles que sauces y manzanos, reclinada en el arranque de las faldas de dos montañas, que son, al Sur la de Guadalupe (3.255 metros), y al Norte la de Monserrat (3.132 metros), cuyos cerros, apenas vestidos de alguna vegetación, se alzan á igual altura, sobre poco más ó menos, que la misma cordillera veci-

na. Dividida en varias partes ó barrios dos arroyos tributarios del Funza, y que como todos los que pasan por grandes ciudades, hacen oficios de alcantarillas, principalmente bajo la ancha



Vista general de Bogotá. (Dibujo de Blomiz.)

bóveda de los puentes. El centro de la ciudad es una gran plaza rodeada de los principales edificios, y en medio de ella se levanta la estatua del Libertador. De esta plaza parten las calles de mayor tránsito y comercio, las cuales se alejan tanto, que

salen al campo, y entrando por éste adelante, van convirtiéndose en carreteras. Uno de los monumentos históricos es la Columna de los Mártires, levantada para recordar la muerte de 100 colombianos que en 1816 mandó fusilar el gobierno español. La Universidad, fundada en 1867, es la mejor que hay en toda la región de los Andes hasta Chile, y tiene una biblioteca magnífica. Hay también en la capital de Colombia Observatorio, fundado por Mutis; Instituto de Bellas Artes con galería de cua-



Una calle de Bogotá. (Dibujo de Venillier.)

dros, algunos de ellos del pintor granadino Vázquez, y her-
sas colecciones de Historia Natural, entre otras el herbario de
José Triana, naturalista famoso. En los alrededores hay paseos
muy bonitos, engalanados con hermosísimas flores y algunas
capillas en lo alto de los montes vecinos, á las que va mucha
gente en romería, y desde donde se disfruta de la hermosa
vista de toda la capital, que se extiende á los pies, y luego la
inmensa llanura de un lado y del otro la cordillera de Suma
Paz, que cierra el horizonte como una muralla. Bogotá va
creciendo mucho, sobre todo hacia Fontibón, al Oeste, y al
Norte hacia Chapinero, adonde concurre mucha gente los días
de fiesta. No hay en esta ciudad otras fábricas y almacenes que
los necesarios para sus 100.000 habitantes, ni más comercio
que el de las frutas, legumbres y otros comestibles, que lleva
á su mercado la gente campesina, viéndose reunidos en admi-

rable confusión los productos de las tres zonas, caliente, templada y fría, y las manzanas y melocotones de Europa mezclados con las frutas tropicales. Para el aumento del comercio es obstáculo invencible hasta ahora la falta de comunicaciones con el resto de la nación y por tanto con el extranjero. Todavía en 1836 se necesitaban tres largas jornadas para ir de Bogotá á la aldea de Villeta por un mal sendero cortado de baches y precipicios, y para llegar de dicha aldea al río Magdalena, frente á Honda, aún había que pasar dos puertos. En invierno esos mismos tres días apenas bastaban para llegar á Facatativá, en el borde de la meseta del lado de Occidente. El camino que desde tiempo inmemorial habían seguido los indígenas y que luego siguieron los españoles era una serie de subidas y bajadas trabajosas y dificultosísimas, sin que en él se hiciera mudanza alguna en los dos siglos y medio que siguieron á la conquista. Ahora se realizan grandes trabajos, pero la opinión pública en Colombia está más deseosa de ferrocarriles que de carreteras, y pide la construcción de tres líneas que pongan á Bogotá en comunicación rápida con el resto del mundo. De éstas, la del Norte pasará por Zipaquirá, Chiquinquirá y Vélez, llegando á Magdalena junto á la desembocadura del Sogamoso, la del Noroeste seguirá la misma dirección del camino proyectado por Poncet en 1847, y la tercera se encaminará en sentido inverso, siguiendo el curso del río Funza ó Bogotá para morir en el Magdalena junto á Girardot, enlazándose con los caminos de la parte alta del río, los del Cauca y los que, bajando por aquél hacia el Norte, conducen á Europa. En la vía de Zipaquirá se sigue [trabajando, pero de las otras sólo está construido el trezo que va á Facatativá, cuyas obras pocas ó ninguna dificultad han ofrecido, pues la bajada es sólo de 50 metros. Pasado el promontorio de los Manzanos acaba la vía y empiezan las dificultades. Antes de la construcción de la carretera y del ferrocarril era Facatativá aldea sin importancia ni otras viviendas que chozas, pero hoy es bastante rica, habiendo pasado de aquella categoría á la de arrabal de Bogotá y emporio de su comercio con Europa. Fué ciudad fuerte del reino de los muisca, y en las rocas que hay en sus alrededores se ven caracteres é imágenes esculpidas semejantes á los de Pandi.

Mejores comunicaciones que éstas tendrá Bogotá en lo porvenir, porque sólo la separa de los llanos una sierra, cuya altura, en el puerto del páramo Choachi (3.170 metros), la domina

535 metros. La distancia á este punto es de 8 kilómetros en línea recta y la subida fácil, bajando luego el terreno en rápida pendiente hacia la cuenca del Orinoco. Las mesetas y los valles altos de esta parte están poco menos poblados que los de la opuesta, y hay allí algunas ciudades de importancia, como son Chipaque, Cáqueza, Ubaque, Choachi, Fómeque y Quetama, en los valles afluentes al Humadea, y más al Norte Junín, Gachetá, Ubalá y otras villas en la cuenca alta del Upiá.

Así como si se sale de los montes y se entra en los llanos se advierte menor número de habitantes, de suerte, que los pueblos de los últimos estribos de la cordillera no pasan de ser aldeas pequeñas, sin que lleguen á merecer el nombre de villas ni las más principales y populosas, como son San Martín, Villavicencio y Medina, cuyos habitantes viven principalmente de engordar el ganado de los indios hanos para llevarlo á vender á Bogotá. Opónense á la colonización la fiebre de los llanos y, más aún, los malos caminos, pues todas las mercancías tienen que pasar por los peligrosos senderos de la sierra. La población, en vez de aumentar, ha disminuído, tanto, que se calcula que sólo existe en la comarca la tercera parte de indios que hace un siglo, siendo varias las tribus que han desaparecido, entre ellas las de los achaguas y los zeonas. También tenían los misioneros mayores rebaños que los que poseen los ganaderos colombianos de hoy, y algunas poblaciones quedaron tan destruídas, que ni sus ruinas se han vuelto á encontrar, de lo que es ejemplo la antigua ciudad de San Juan de los Llanos, que estuvo á orillas del Ari-Ari. En los últimos años ha comenzado á repoblarse esta comarca y vuelven á cultivarse sus campos, en toda la tierra llana hasta el Orinoco. Comienzan á explotarse las salinas que hay en esta vertiente, principalmente las de Mámbita; aumenta de año en año el plantío de cacao y café en los sitios antes ocupados por bosques y malezas, y en 1857 se fundó sobre el Humadea, cerca de donde éste se une al Upiá, el puertecillo de Cabuyaro, á 260 kilómetros de Bogotá, hasta el cual pueden subir los vapores del Meta, aunque generalmente no pasan de la isla de Orocué, que está á unos 300 kilómetros más abajo. Como se hacía mucho contrabando por los ríos tributarios, dió el gobierno un decreto en 1889, mandando que se pusiese la aduana de Orocué mucho más adelante, en la unión del Meta y el Casanare, fundando allí una nueva población, que se llama San Rafael.

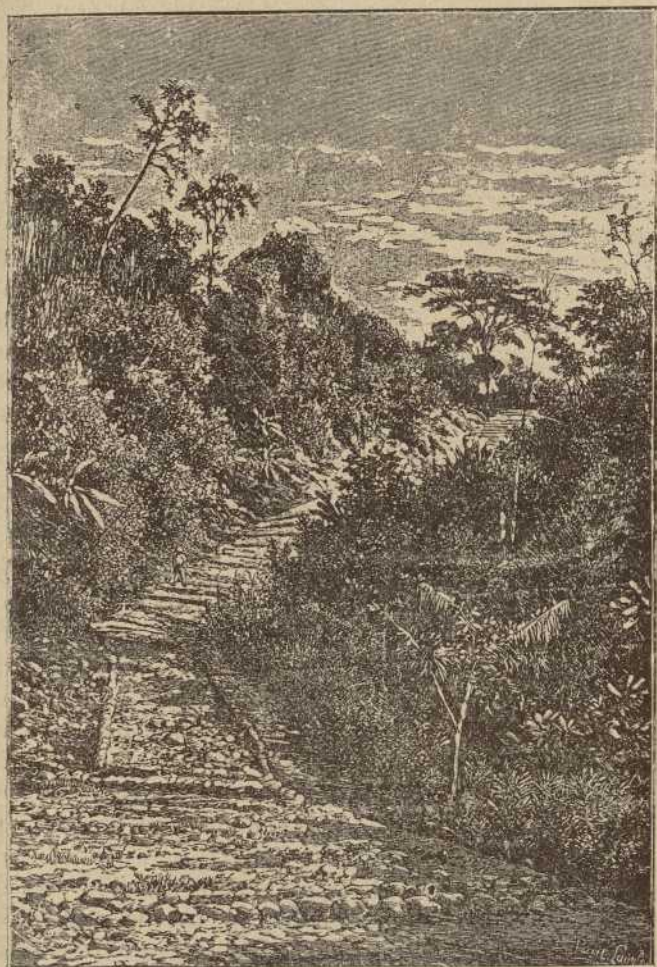
La primera jornada del camino de Bogotá al Magdalena alto

y al Ecuador acaba en la ciudad de la Mesa, así llamada de una meseta de conglomerado de 1.281 metros de altura, que domina al Norte la honda garganta por donde corre el río Bogotá, pasada la gran catarata. Rodean á esta ciudad de la zona templada haciendas de cacao y café, y es punto importante de la contratación entre Bogotá y la Tierra Caliente, siendo sus mercados los de mayor negocio de todos los de la provincia, descontados los de la capital. Al Sudoeste de la Mesa y á los pies de ella, junto á un lago seco, está la aldea de Anapoima, en cuya vecindad nacen unas fuentes sulfurosas, y por un desfiladero que hay al Oeste corre el río Apulo, nacido en los altos de Anolaima, pueblo habitado por indios panches antes de la llegada de los españoles. El ferrocarril que sube de Girardot á las mesetas muere á 5 kilómetros de la desembocadura del Apulo, desde donde trepará al promontorio de la Mesa por una rampa de cremallera como la del Righi.

A la ciudad de Tocaima acudían antiguamente muchos forasteros, atraídos por la fama de unas aguas termales sulfurosas, pero algunas epidemias de fiebre amarilla les disgustaron de esta cura, no obstante lo mucho que facilitaba el viaje el ser Tocaima estación del ferrocarril. De estas fuentes termales hay una á la que llaman Agua de Dios, de singular virtud para curar la lepra, por lo que la reservan á los muchos leprosos que allí acuden y que tienen su leprosería y una colonia agrícola fundada por la provincia de Cundinamarca y sostenida con el producto de un impuesto especial sobre las herencias. Así se ha formado junto al manantial una aldea de Agua de Dios, en la que vivían hasta hace poco, además de algunos empleados y colonos, unos 520 leprosos, cada uno de los cuales era dueño de un jardín de no más de una hectárea de grande, que él mismo cultivaba, si no le arrendaba á jardinero ú hortelano de oficio. Aseguran que en Tocaima no es contagiosa la lepra; que aquel á quien trasladan allí, por lo menos no empeora, porque el mal se contiene, y que si mueren muchos, la causa no es propiamente la lepra, sino las pocas fuerzas con que llegan los leprosos á este país de clima debilitante. Cogen los labradores de Tocaima exquisitas uvas, de las que no hacen vino, porque siendo aquella hoya tan baja, que llega á 500 metros sobre el nivel del mar, el calor es excesivo.

El ferrocarril acaba, al llegar al Magdalena, en Girardot, población situada al Mediodía de unas rocas, poco más abajo de donde desembocan los ríos Fusagasugá y Bogotá, y en la

que se ven algunos cocoteros, circunstancia digna de mención porque rara vez se encuentran estos árboles lejos del mar. Es ciudad moderna, á la que ha venido á dar gran importancia



Un camino en la Tierra Caliente. (Dibujo de Hanglon.)

mercantil un puente de hierro de 130 metros de longitud, que salvando el río en la angostura llamada Paso de Flandes, facilita el comercio, principalmente el de sal, entre Bogotá y el departamento de Tolima, pasando también por él algunas mer-

cancias, que toman el camino del Cauca por Ibagué y el puerto de Quindío. Esta ciudad de Ibagué, que es la segunda del departamento, hállase á 1.300 metros sobre el mar, en un llano hermoso y fértil, de tan suave clima, que goza de eterna primavera, rodeado por los primeros estribos del volcán de Tolima y regado por el Combeima, afluente del Magdalena. Al Este, en vez de florecidos jardines, extiéndense campos de áridas lavas separados del Magdalena por el lomo volcánico de Gualanday, que se levanta como una muralla, y en toda esta parte manan aguas termales sostenidas por el calor de las lavas subterráneas. No saca Ibagué provecho alguno de las vetas de plata, ni de los criaderos de azufre que hay en su territorio, pero en cambio hace mucho comercio con los valles del Cauca y del Magdalena. Su puerto en este río es la aldea de Guataquisito, situada frente á Guataqui, miserable pueblecillo de la Tierra Caliente, en el que empieza á subir el camino que conduce á Tocaima y á la Mesa. En Guataqui se embarcaron para volver á España los tres conquistadores Quesada, Belalcázar y Fredemann.

Ambalema, una de las capitales del departamento de Tolima, es ciudad moderna, fundada en 1786 en la orilla izquierda del Magdalena, junto á la desembocadura del Recio, río formado de las nieves del volcán de Tolima. A pesar de lo malsano de su clima, que es excesivamente caluroso y húmedo, tuvo considerable población y riqueza, merced á lo mucho que ganaba con el tabaco que produce su término y que se consideraba el mejor de Nueva Granada. Cuando acabó el estanco de esta planta aumentó tanto la producción, que se mandaban á Europa, principalmente á Bremen, miles de arrobas, que valían en el mercado de Ambalema 10, 15 y hasta 25 millones de pesetas en los buenos años. Pero no duró mucho esta prosperidad, porque empezaron á enfermar las plantas de un mal que perjudicaba la calidad, lo que fué causa de que perdiera casi todo su crédito, viniendo á no poder compararse al de otros países, sobre todo al de Java y Sumatra, lo que junto al privilegio de venderle, que concedió el Gobierno á una poderosa casa de comercio, y á estar ésta mal gobernada, trajo en breve plazo la ruina de tan importante industria. Pero en los últimos años se va reponiendo conforme vuelve á sanar la planta. También tiene fértil vega la población de Guayabal, situada lejos del Magdalena, á orillas del Sabandija, río que arrastra entre sus arenas pepitas de oro. A unos 100 kilómetros más abajo de

Ambalema, y en la margen izquierda del citado Magdalena, se halla la ciudad de Honda, así llamada de la mucha profundidad que tiene allí el río, antes de entrar en los raudales. Es una de las poblaciones famosas en la historia de Colombia, pues en sus almacenes se guardaban, cuando esta parte de América era provincia española, las mercancías que subían de Cartagena, dirigiéndolas de allí unas á Bogotá y otras á Popayán, Pasto y Quito. Divídela en dos barrios la rambla de Guali, que desemboca en el Magdalena, más arriba de los raudales, y sobre la que hay varios puentes, uno de ellos construído por los españoles. La ciudad que éstos edificaron estaba en la margen derecha, pero el terremoto de 1805 la derribó casi por completo y aún sigue reducida á ruinas, ocupando éstas tanto espacio como los edificios que se hallan en pie. La población moderna es la de la izquierda del Guali, y tendrá unos 5.000 habitantes, no pudiendo compararse en manera alguna á la antigua, que tuvo más de 20.000, y sin esperanzas de que vuelva á su esplendor pasado, porque el ferrocarril de la Dorada, que marcha por la orilla derecha, la ha quitado casi todo su negocio, que era el depósito de mercancías, las cuales salvan ahora el obstáculo de los raudales y pasan á su lado sin detenerse en ella, como antes sucedía. Tiene este ferrocarril 20 kilómetros de longitud, partiendo de las Yeguas, en cuyo incómodo puerto toma las mercancías que le traen los vapores, y muriendo en Arrancaplumas, frente á Pescaderías, donde las desembarca, dejándolas emprender trabajosamente la subida á la meseta de Bogotá, pues aún no hay vía férrea en la que puedan hacer esta segunda parte del viaje.

Otra población de la cuenca del Guali es Mariquita, fundada en 1550 y hoy reducida á ruinas. Explotaban sus habitantes ricas minas de oro y plata, y de la riqueza que reunieron dan testimonio los restos de antiguas y suntuosas casas españolas que aún se ven medio cubiertas por la espesura, malamente acompañadas de algunas chozas de zambos y mestizos, casi todos enfermos de paperas. No le faltan á Mariquita recuerdos históricos, pues sobre haber muerto en ella, dicen que de lepra, el conquistador Jiménez de Quesada, en los campos de su término cogió el botánico Mutis mucha parte de su herbario y plantó bosquecillos de árboles exóticos, entre otros el de la canela, de que aún se ven algunos. El terremoto de 1805 costó la vida á más de 10.000 personas sólo en las ciudades de Honda y Mariquita.

La cuenca del Negro, río que desemboca en el Magdalena, más abajo de los raudales y del sitio donde muere el ferrocarril, contiene varias ciudades de las principales de Cundinamarca, entre otras Villeta y Guaduas, muy conocidas de los viajeros como sitio de descanso entre Bogotá y Honda. Debe Guaduas su nombre á los *graduas* ó bambús que crecen junto á un riachuelo tributario del Negro, y fué en otro tiempo la segunda ciudad del país, debiendo la prosperidad de entonces á la circunstancia de estar en el paso de la capital al río, por lo que tuvo mucho comercio. Aunque decaída después de la construcción de los nuevos caminos, Guaduas merece ser visitada, pues con razón se la cuenta entre las bellas ciudades de Colombia, por la riqueza de vegetación de los vecinos valles, la suavidad del clima y la hermosura y majestad de las montañas que la rodean. También es ciudad ilustre en ciencias y letras, siendo oriundas de ella muchas de las familias colombianas que las han cultivado con más fruto. Cerca de las fuentes del Negro, en las faldas de las montañas que caen sobre Zipaquirá, se encuentra Pacho, población industrial, dependiente de ésta, y por la riqueza de sus minas de hierro, ocupa el primer puesto en la industria metalúrgica de Colombia. También la conocen mucho los buscadores de orquídeas por la abundancia de estas plantas en sus alrededores. Más abajo, ya en la zona de la Tierra Caliente, extiéndense los grandes cafetales de la Palma. La última aldea del departamento de Tolima está en la orilla izquierda del Magdalena y merece muy bien el nombre que lleva de Buena Vista. Sepárala de la provincia de Antioquia, por la parte del Norte el riachuelo de la Hiel, cuya desembocadura se halla un poco más abajo de la del río Negro. Cuando la navegación interior de Colombia se hacía en champanes y bongos y no en vapores, como ahora, construíanse en Buena Vista muchos barcos, para lo que se aprovechaba las maderas de los grandes árboles que crecen en la comarca, pero ahora dedícanse sus habitantes únicamente al cultivo de los campos y á la ganadería. No lejos de ella está Nare, que fué en pasados tiempos el único puerto del Estado ó provincia de Antioquia, y principal depósito de todas las mercaderías de la meseta, pues hallándose á la entrada del río en el desfiladero de Angostura, en ella se detenían forzosamente todos los barcos. Hoy es una pobre aldea, olvidada, en la margen izquierda del Magdalena. El río de Nare, que recibe las aguas de varias cuencas, es bastante caudaloso para que por él puedan subir las embarcaciones hasta

Islitas, junto á la desembocadura del Nus, pero los pantanos de los alrededores son causa de muchas enfermedades, y la corriente del río se ha ido llevando poco á poco el alto en que estaba el pueblo, no habiendo podido éste vencer tantas circunstancias adversas, á las que se ha unido la fundación de otra escala de comercio más abajo. Casi todas las ciudades de la cuenca alta del Nare han dejado de servirse de éste como vía comercial, y tienen por principal mercado á Medellín, gran centro de contratación de mucha parte del Estado de Antioquía. De estas poblaciones de la montaña, la mayor es Río Negro, sobre el arroyo que lleva el mismo nombre, á 1.150 metros de altura. Tanto ella como Marinilla, que á poca distancia y aun á mayor altura se levanta, cuéntanse entre las ciudades antioqueñas de que salió mayor número de vecinos para pelear contra los españoles en la guerra de la Independencia. Ambas se encuentran en decadencia y entregadas á las discordias civiles. Los marinillos son *azules*, *godos* ó *conservadores* (pues de todos estos modos les llaman), y objeto de mil burlas de sus enemigos encarnizados los rionegreros, *rojos* ó *liberales*, habiendo llegado algunas veces á las manos, movidos del odio que se tienen.

La nueva estación de Puerto Berrio, construída en 1875 á orillas del Magdalena, debe su existencia á hallarse en sitio favorable para el arranque del ferrocarril de dicho río á Medellín, y que desde éste debe extender diferentes brazos por toda la meseta de Antioquía, con cuyas ventajas quedan compensadas la humedad del suelo y la corrupción del aire de su termino. La primera parte de la línea férrea cruza terrenos pantanosos que se extienden por ambas orillas del río, y su construcción costó la vida á muchísimos operarios, pero al fin se la ha hecho pasar de tan mortífera comarca, y ya corre á más de 800 metros de altura, penetrando en la cuenca del río Nus, afluente del Nare, en la que hay muchas minas, y de donde se dirigirá al Noroeste por el puerto de la Quiebra (2.000 metros) para entrar en el valle del Porcé y subir al Sur hacia Medellín. A pesar de no estar aún terminada, ya conduce gran cantidad de mercancías, y puede esperarse que ha de conducir mucha más cuando el llevarlas del Magdalena á Medellín no cueste 400 pesetas la tonelada. Hoy las llevan indios, que hacen la jornada cargados de grandes fardos, que sostienen con una correa pasada alrededor de la frente. Son famosos, entre los que tienen tan rudo oficio, los indígenas de la Ceja de Guatapé,

situada al pie de la escarpada loma llamada Alto del Perro (2.220 metros) cerca de Marinilla.

A 25 kilómetros río abajo de Puerto Berrio desemboca en el Magdalena el río San Bartolomé, por el que apenas navegan algunos barcos, y cuya cuenca está poco poblada, á pesar de que hacia sus fuentes hay tierras en que se encuentra oro. También la cuenca del Carare, río tributario del Magdalena por la margen derecha, está casi desierta. En un alto, y junto á la unión de ambos ríos, está el pueblecillo llamado de Carare, que dejaría de ser insignificante al construirse un camino por el cual fácilmente se pudiese ir desde él á las ciudades de la meseta, pues por ninguna otra parte podría hacerse mejor, ni sería tan corta la distancia de Bogotá al Magdalena, y por tanto hasta Barranquilla y el Atlántico. Pero no estando abierto dicho camino, opónense á la jornada dificultades casi invencibles, como son grandes precipicios, dilatados pantanos y hasta algún temor á los pocos indios que en estas soledades quedan. También llaman al Carare, en su parte alta, Río Minero, de las muchas minas que en él hay, y de las cuales son particularmente famosas las de Muso, que producen las esmeraldas más bonitas del mundo. Poblaban la comarca los indios musos cuando llegaron los españoles, y declarándose sus enemigos, destruyeron la ciudad de Tudela fundada por éstos, hasta que acudiendo más aventureros, atraídos por la reputación de las minas, acabaron con los bárbaros valiéndose de todos los medios, incluso el de perseguirlos con perros de presa. Desde 1558 pudieron comenzar con alguna tranquilidad la extracción de esmeraldas, viéndose todavía, junto á un torrente, á seis kilómetros del pueblo, el pozo de donde las sacaban y restos de una galería, que fué preciso abandonarla después de un hundimiento. Desde entonces se llama *Cueva de los Muertos*. El gobierno colombiano es dueño de la mina, y la tiene arrendada por 70.000 pesetas anuales. La ganancia de los arrendatarios y la cantidad de esmeraldas que cogen despenden de los caprichos de la moda.

A unos 40 kilómetros de la boca del Carare encuéntrase la del Opón, otro tributario del Magdalena, de gran importancia comercial en el imperio muísca, porque siguiendo su corriente sacaban mercancías para venderlas á otros pueblos, principalmente telas de algodón y sal. No menor la tuvo en la conquista, habiéndole remontado, en 1536, el conquistador Jiménez de Quesada, en demanda de aquel gran Estado de que ya tenía

noticia. Hoy no se hace por él comercio alguno, ni tampoco por sus orillas.

Junto á las fuentes del Sogamoso y á una altura de 2.793 metros, ó sea, en tierra que para aquellos habitantes puede decirse fría, está la ciudad de Tunja, que antes se llamó Hunsa, y en la que tuvo su corte el *zaque* ó rey de los muíscas del Norte. En tiempo de los españoles fué ciudad populosa con muchos y suntuosos edificios, principalmente iglesias, que todavía dan testimonio de su riqueza pasada. En un montecillo que la domina hay dos grandes piedras llamadas *cojines*, ante las cuales se prosternaban los muíscas para orar vueltos hacia Oriente, según mandaba su religión. Aunque es capital de la provincia de Boyacá, ha decaído mucho, habiendo en la misma otras ciudades que la aventajan en población y comercio. La de Ramiriquí, vecina suya, famosa en la historia de los chibchas, está poblada por indios muy industriosos, que hacen telas de lana y algodón y crían mucho ganado. Los *zaques* de Tunja venían con gran pompa á bañarse en Ramiriquí, junto á la iglesia de los indios, de la que sólo restan algunas ruinas. Al Sudeste, entre colinas de redondeadas cumbres que forman esta parte de la Cordillera Oriental, está Boyacá, en el sitio en que se dió el año 1819 la batalla que ganada por Bolívar, fundó la independencia de Colombia y dió nombre al departamento actual. Todavía se ve el puentecillo cuya posición se disputaron con tanto empeño los dos ejércitos, y en los alrededores del cual hay algunas rocas con letreros. Cruzan la cordillera diversos puertos de fácil pasaje, por los que se baja á las ciudades de Turmequé, Umbita, Guateque, Guayata y Miraflores, situadas en las vertientes que dan al Orinoco, donde empieza el cultivo de las tierras. El mucho ganado que sube de los llanos para ser vendido en las ciudades populosas de las mesetas, pasa por los puertos que están al Sur de Tunja, Boyacá, Pesca y Jenezano.

Más abajo de Tunja corre el torcido Sogamoso á los pies de las cumbres en que se levantan Paipa y Duitama, habitada ésta en otro tiempo por una tribu así llamada y que hablaba un dialecto especial de la lengua chibcha. Gobernábala el poderoso cacique Tundama, quien peleó valerosamente contra los españoles. En la misma meseta encuéntrase Santa Rosa de Viterbo, capital que fué de Estado y cuyo nombre suena en las historias de las ciencias, por haberse hallado el año 1810, en un montecillo de sus cercanías, un aerolito de 700 kilogramos de peso,

que fué trasladado á la plaza principal del pueblo, donde se halla. No menos nombre que Tunja tuvo en los anales muíscas Sogamoso (Suamoz), á orillas de este río, y aún alcanzó mayor importancia en lo religioso, viéndose todavía á dos kilómetros al Sudeste de ella el sitio donde estuvo Iraca, residencia del *sogamuxi* ó sumo sacerdote de la nación. Allí hubo un templo riquísimo, sin igual en la comarca, fabricado de madera y cubierto de láminas de oro, al que los soldados, mientras duraba el saqueo, prendieron fuego por descuido, durando el incendio varios días ó, según la leyenda, cinco años. Ya no acuden á Sogamoso los infinitos peregrinos de otro tiempo, trayendo al santuario oro y piedras preciosas, pero siguesiendo ciudad considerable, con mucho comercio de ganados y más pobladores que la misma capital. Principalmente se crían en sus alrededores muchos y buenos caballos, habiendo también abundancia de otros géneros de ganados, cuya casta se trajo de los llanos de Casanare, y hallan buenos pastos en sus prados, que por estar casi siempre encharcados, son poco á propósito para la agricultura. También se ha hecho importante, por la fertilidad de su vega y por el comercio, la ciudad de Soatá, edificada á cien kilómetros al Norte de Sogamoso, en una meseta que domina del lado del Oeste, la profunda garganta por donde corre este río. En sus campos, poblados de sauces, se coge gran cantidad de azúcar, trigos y otros productos de las zonas cálida y templada, así como también dátiles, fruta muy escasa en Colombia. Los industriosos labradores de Soatá llegan á cultivar hasta las vertientes escarpadas que caen sobre el río, sin pararse á considerar que descansan sobre pizarras mal sujetas, las cuales, cuando menos se piensa, resbalan hacia el fondo de la garganta, arrastrando campos y casas.

Entre otras ciudades que han ido naciendo en la vertiente oriental de la cordillera, al Norte del Sogamoso, deben citarse como las primeras Chita y Cocuí, que han dado nombre á la gran sierra que por este lado se levanta á más de 1.000 metros sobre las de dicha parte de Colombia. Chita está situada al Sur y Cocuí al Norte de la sierra, á 2.976 y 2.757 metros de altura respectivamente, es decir, en la misma zona fría y sin ninguna defensa contra los helados vientos de los vecinos páramos. Chita posee en la vertiente de los montes que envía aguas al Casanare y á 1.600 metros de altura, fuentes termales muy salinas, que el Gobierno explota y cuyos residuos se aprovechan para la cura de muchas enfermedades. Cocuí no tiene otra indus-

tria que la fabricación de unos paños burdos y muy fuertes, pero cuando crucen aquellas montañas nuevos caminos, podrá sacar gran provecho de las minas de sal, carbón, hierro, cobre, plomo argentífero y cinabrio, que hay en las laderas de los montes, y será sin duda uno de los principales puntos de paso para ir á éstos. Dependen de esta ciudad las dos miserables aldeas de Labranza Grande y Morón. Al Oeste de Cocui comienza el Sogamoso á abrirse paso con grandísimo esfuerzo por las cadenas de montañas paralelas á la Cordillera, no encontrándose en estos solitarios parajes más que alguna aldea pobre y chozas destinadas á abrigar á los pasajeros. Las poblaciones de alguna consideración se levantan á distancia del río, en los cerros y muelas que le dominan. De éstas son las principales Onzaga y Mogotes, que se encuentran en un valle lateral del lado del Sur. A una legua corta de la última, ábrese cierto famoso pozo natural, llamado el *Hoyo de los Pájaros*, abismo de 184 metros de profundidad y 45 de circuito en la boca, y en el cual viven infinidad de guacharos ó guapacos, pájaros ricos de grasa. También está lejos del río, junto á la divisoria de donde parten las aguas del Carare para encaminarse al Orinoco, la industriosa ciudad de Málaga. En una hoya alta, cerca del lago de Ortices, á más de 2 000 metros, se halla San Andrés, celebrada por sus escuelas, y al pie de los montes de Juan Rodríguez, Piedecuesta en la posición que declara su nombre, es decir, en el arranque del camino por donde se va á Pamplona cruzando aquella sierra. Está á 1.000 metros de altura, en un llano muy fértil y abundante en aguas, con clima suavísimo y perfectamente sano, á cuyas favorables circunstancias debe haber ascendido, de pobre aldea que era en 1670, á población principal entre las que dependen de la rica y próspera Bucaramanga, ciudad situada al Norte, en la vertiente del río Lebrija. Disfrutan sus vecinos de tan buena salud, que es desproporcionadamente mayor el número de los que nacen que el de los que mueren, y son tan industriosos, que todos trabajan, los hombres en el cultivo de los jardines y campos de los alrededores, y las mujeres haciendo sombreros, cigarros y confites. Por la parte del Sur viene la cuenca del Suárez ó Saravita, rama occidental del Sogamoso y preferible á la oriental para el paso del comercio de Bogotá al Atlántico, pero la comarca en que las dos se encuentran es de las más ásperas de Colombia, semejándose las gargantas del Sogamoso, por sus muelas, cornisas y despeñaderos, á los cañones del Colo-

rado. Oculta en una de las mayores hondonadas y medio abrasada por el gran calor que en esta estufa natural se siente, está Sube, invernadero muy visitado de la gente de las frías mesetas vecinas, que acude allí en busca de salud. El primer puente colgante construido en Colombia cruza el Sogamoso entre Sube y los Santos. Las fuentes de este río pertenecen todavía á Cundinamarca, hallándose el lago de Fúquene y las poblaciones que le rodean (cuya capital es Ubaté, antiguo castillo muísca), en los límites de esta provincia (1). Al Norte del lago, y en el extremo septentrional del llano que en otro tiempo fué su lecho, está la antigua Chiquinquirá, «la ciudad de las nieblas», que fundada por un compañero de Jiménez de Quesada, lleva sin embargo nombre chibcha. Hay en ella una milagrosa imagen de la Virgen, muy querida de los indios, que en número de más de 60.000 acuden en peregrinación todos los años á la espaciosa iglesia donde se venera. A esta afluencia de peregrinos debe Chiquinquirá gran parte de su prosperidad y riqueza, y que los caminos que á ella conducen sean muchos y buenos: atractivo poderoso para el comercio. Hoy es Chiquinquirá la ciudad más poblada de la provincia, aunque son muchas las que la aventajan en la fertilidad del territorio y suavidad del clima, por hallarse en la tierra fría, á 2.614 metros sobre el nivel del mar. La principal industria de sus vecinos es la ganadería. En sus alrededores hay sitios muy bellos, y al Sur levántase sobre el llano la población de Caldas, así denominada en memoria del famoso botánico discípulo de Mutis. A unos 10 kilómetros hacia el Norte, junto á la aldea de Saboyá, vese la más notable piedra escrita que hay en Colombia, gran

(1) Ciudades principales de la provincia de Cundinamarca y población de su término, según Pereira y otros:

HABITANTES		HABITANTES	
Bogotá.....	110.000	Guatavita.....	7.000
La Mesa.....	14.000	Tocaima.....	7.000
Zipaquirá.....	12.000	Pacho.....	7.000
Guaduas.....	11.000	Gacheta.....	6.500
Anolaima.....	10.500	Villeta.....	6.000
La Palma.....	10.000	Guasca.....	5.000
Chocontá.....	10.000	Nemocón.....	5.000
Fomeque.....	9.000	Funzá.....	3.000
Junín (Chinasaque)..	9.000	Pandí.....	2.500
Fusagasugá.....	8.000	Fontibon.....	2.500
Cáqueza.....	8.000	Girardot.....	2.000
Ubaté.....	8.000	Fúquene.....	1.500
Facatativá.....	7.500	Villavicencio.....	1.000

roca pintada con extraños caracteres, muchos de los cuales están medio escondidos por los líquenes. Creen los indios que estos misteriosos signos les enseñarían, si los descifrasen, el sitio donde se hallan ocultos grandes tesoros, pero algunos sabios han advertido que una de las figuras más repetidas en esta escritura es la de la rana, y como dicho animal significaba en la religión de los muísca abundancia de aguas, opinan que en tales jeroglíficos se halla referida la historia del diluvio producido por el lago de Fúquene en aquella profunda garganta al derramarse hacia el llano. En este caso, los jeroglíficos de Saboyá serían hermanos de los de Pandi, situados al otro extremo del territorio en que vivieron los muísca.

Al Este de Chiquinquirá, y junto á las ruinas de una antigua ciudad de indios, está la de Leiva (1.932 metros), con minas de cobre, plata y azufre, mucho viñedo y olivos, y al Noroeste de ésta, Moniquirá, en cuyo distrito se hallan las primeras minas de cobre de Colombia. El riachuelo que pasa por Moniquirá va al Suárez, el cual, después de recibirle, pasa al Estado ó provincia de Santander (1). Un poco más arriba de la desembocadura le cruza el puente llamado antes Real y ahora Nacional, cuyo nombre lleva también una populosa villa edificada en terreno donde antiguamente tenían sus ferias los indios chibchas, guanes y agataes. De allí se puede subir, caminando hacia el Oeste por una fértil y hermosa vega, al alegre pueblecillo de Jesús y María, ó trepar, siguiendo hacia el Norte, las escarpadas pendientes que conducen á la ciudad de los Vélez, fundada por Vélez en 1539 en las faldas de un monte, á 2.190 metros sobre el nivel del mar y en terreno quebradísimo, lo que la hacía muy fuerte, pudiendo dominarse desde ella la cuenca alta

(1) Ciudades principales de la provincia de Boyacá y población de su término, según Pereira:

HABITANTES		HABITANTES	
Chiquinquirá.....	18.000	Santa Rosa de Viterbo	9.000
Soatá.....	17.500	Cocui.....	9.000
Sogamoso.....	14.000	Guateque.....	9.000
Moniquirá.....	13.000	Saboyá.....	9.000
Pesca.....	12.500	Guayata.....	8.500
Duitama.....	12.000	Ramiriquí.....	8.500
Miraflores.....	12.000	Tunja.....	8.000
Paipa.....	12.000	Cladas.....	7.000
Turmequé.....	11.000	Labranza Grande....	7.000
Chita.....	10.000	Boyacá.....	7.000
Jenezano.....	10.000	Muso.....	5.000
Leiva.....	4.500 habitantes.		

del Sogamoso de un lado, y las del Carare y Opón del opuesto. A pesar de estar edificada para la guerra, ningún daño la ha hecho la paz, habiendo crecido tanto, que iguala á la capital en vecindario. Todo el término de Vélez es de lo que más tiene que ver en Colombia, siendo digno de mención particular el gran pozo de 118 metros de profundidad y cerca de 1.000 de circuito, que se halla cerca de la Paz, y que sin duda se formó por el hundimiento de algunas capas superficiales del terreno.

La capital de la provincia de Santander es Socorro, ciudad situada del otro lado de las gargantas, á 1.256 metros, sobre una meseta que al principio se inclina hacia el Suárez y luego cae á pico sobre él desde una altura de 610 metros. La edificaron los españoles en el mismo paraje en que se hallaba un pueblo de indios; pero la trasladaron en 1681 á donde hoy se halla, por cierto con poca ventaja de sus habitantes, porque la gran diferencia de temperatura que hay entre la profunda vega por donde corre el Suárez, y en la que el calor es grande, y las montañas vecinas donde hace mucho frío, produce grandes y repentinas rachas de aire. Es fama que una María Antonia de Vargas, vecina de Socorro, fué la primera en alzarse contra España, rompiendo el escudo en que estaban las armas reales y arrancando de los sitios públicos los bandos que habían mandado poner las autoridades, con cuya sedición comenzó el alzamiento de los comuneros el año 1781.

Del otro lado del Suárez, al Sudoeste de Socorro, y en una meseta algo más baja, descúbrese la ciudad de Simacota, en cuyo término hay un montecillo de carbones y piritas, que arroja humo continuamente, y al que por eso llaman volcán. Al Sur están Oiba y Suaita, también en altos rodeados de precipicios, y al Sudoeste, medio escondida en el valle del San Gil, río que desemboca en el Suárez más abajo de Socorro, la industriosa ciudad de Charalá, rodeada de una fértil vega en la que se produce mucha caña de azúcar. En una estrecha cañada de la orilla del mismo río apíñanse las casas de San Gil, otra población de no menos industria que la anterior, donde hay fábricas de paños burdos, hamacas, mantas é instrumentos agrícolas, y donde se hace mucho aguardiente y azúcar, que consumen los propios habitantes. A 800 metros de distancia más arriba escóndese, entre unos puntiagudos riscos que la separan del Sogamoso, la población de Aratoca, y al Noroeste, ceñida por las profundas cañadas del Suárez y el Sogamoso, se encuentra Barichara, población moderna, que se empezó á edificar en 1751

por haber encontrado en aquellos campos cierto pastor una piedra en la que le pareció ver la imagen de la Virgen, con cuya noticia se movió la piedad de los fieles á fundar allí una iglesia, en torno de la cual se levantaron algunas casas. A Barichara van en peregrinación todos los años muchos devotos de esta imagen. Más hacia el Norte se halla Zapatoca, al Oeste del valle donde corren unidos el Suárez y el Sogamoso, sobre una explanada de la misma formación que la de Barichara, á 1.723 metros sobre el mar y á 1.257 sobre el puente colgante que á sus pies salva el río. A esta diferencia de nivel corresponde una no menos notable variación de clima, pues en la ciudad la temperatura media anual es de 19° y en la vega del río de 30°; lo que á su vez trae aparejado un cambio completo de vegetación. Pasadas Zapatoca y las últimas villas y aldeas de su término, cesan los poblados y comienzan grandes selvas, en las que sólo se ven algunos ranchos de leñadores ó barqueros, siguiendo á estas sombrías y grandiosas soledades del Sogamoso bajo las más imponentes todavía del Magdalena, que marcha acompañado de lagos, ciénagas y esteros medio cegados.

Unos 50 kilómetros más abajo de donde muere el Sogamoso hay un caño, por el que se puede ir del Magdalena al río Lebrija y á las lagunas del interior; es decir, que permite á los barcos llegar á Puerto Botijas ó Estación Santander, donde tienen depósito de géneros los mercaderes de Bucaramanga y de las poblaciones vecinas, faltando sólo para que el comercio tome esta ruta la construcción de buenas carreteras del río á las mesetas cultivadas que le dominan. Esperando que estos proyectados caminos lleguen á hacerse, se halla cerca de la entrada del estero la aldea de Paturia, fundada en 1867, y que cuando vea cumplidos sus destinos alcanzará mucha importancia comercial. La colonia más antigua de esta comarca es Girón, situada á 563 metros en el vallecillo del río de Oro, afluente del Lebrija, y que tiene, además de criaderos de oro, bastante industria, pero la aventaja en importancia y vecindario la ciudad de Bucaramanga, edificada á mayor altura (925 metros) y en sitio menos accesible, pero en cambio mucho más sano. La gente de Bucaramanga sobresale entre toda la de la provincia de Socorro por su carácter emprendedor, pues son grandes comerciantes y tienen almacenes, algunos de los cuales pertenecen á alemanes, tan bien surtidos de mercaderías extranjeras como los de Bogotá. La ciudad, lo mismo que las de Girón y

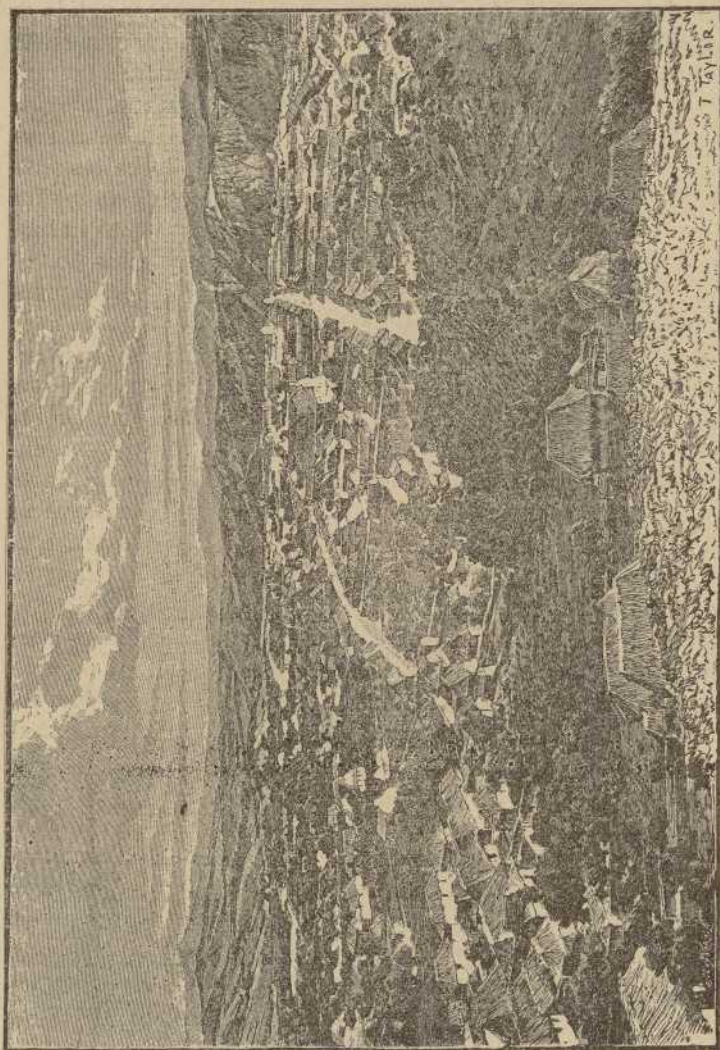
Piedecuesta ha perdido mucha parte de su antigua riqueza, porque ya no se trabajan sus minas de oro, ni se exportan sus tabacos y cacao, ni la especie de cinchona que crece en los bosques á ella cercanos tiene el crédito que antes, por lo que es mucho menos buscada, y por último, tampoco hallan salida los sombreros de fibras de nacuma que antes hacían las mujeres bucaramanguenas. Hállase Bucaramanga en la cuenca del Magdalena, pero muy cerca de donde comienzan las del Orinoco y del lago de Maracaibo, pues á poquísima distancia hacia el Este están las fuentes del Sarare, uno de los ríos de que se forma el Apure, y que sale de los montes por una gran hendidura abierta entre la Sierra Nevada de Chita y el páramo Tama. En el gran anfiteatro de valles que se abre en el corazón de la Cordillera Oriental hay muchas aldeas bastante pobladas, pero de todas ellas sólo una, la de Concepción, junto á la cual manan unas aguas termales, ha recibido nombre de ciudad. Aunque toda esta parte del territorio colombiano cae á los llanos del Orinoco, así en lo comercial como en todo lo demás depende de la cuenca del Magdalena, pudiendo decirse que por la Aduana de Arauca no se hace comercio alguno.

Entre la cuenca alta del Lebrija y el distrito de Bucaramanga, de un lado, y las fuentes de los ríos Zulia y Catatumbo, que corren por territorio venezolano, de otro, interpónese una sierra llamada Mesa de Juan Rodríguez. La ciudad de esta comarca edificada á mayor altura es Pamplona, que está á 2.800 metros sobre el mar, en el lecho de un antiguo lago, junto á donde nace el río Pamplonita, y en el paraje bastante combatido de los vientos del Nordeste, que con frecuencia levantan sobre ella nieblas y nubes que se deshacen en lluvia. Fundóla en 1549 el navarro Pedro de Ursúa, y aunque no tiene tanta vida como otras de la provincia de Santander, posee industrias propias, como son la fabricación de fósforos y cervezas. Bajando de Pamplona por la orilla del torrente que de ella sale se recorre uno de los valles más hermosos de los Andes, se pasa por debajo de Chinacota y se llega, por último, á San José de Cúcuta (ó Cúcuta á secas), en la margen izquierda del Pamplonita, á 294 metros de altura, esto es, en plena Tierra Caliente. En toda esta parte aparecen las rocas completamente desnudas de tierra vegetal, si no es en algún sitio inmediato al río, pues desde las mismas montañuelas que le dominan sólo queda el esqueleto. Debe Cúcuta mucha parte de su opulencia al café que se coge en las vertientes de los montes, un poco más

arriba, y no menos que á éste al cacao, considerado uno de los mejores que se conocen. Un terrible terremoto la destruyó por completo en 1875, no quedando en pie ni una sola casa ni una pared que tuviese más de 50 centímetros de alto, y muriendo entre los escombros más de 2.000 personas. Esta sacudida se propagó á lo lejos, destruyendo las vecinas poblaciones de Rosario y San Antonio, y sintiéndose, aunque con menos fuerza, por la mayor distancia, en Pamplona, Mérida y Ocaña. La ruina de Cúcuta fué de corta duración. Al año siguiente comenzaron sus habitantes á levantarla de nuevo, abriendo calles más anchas, plazas más espaciosas y casas más fuertes y de menos altura; de modo que es hoy cabeza de la comarca más industrial é importante de la República, poblada por unos 80.000 habitantes, y con tantos cafetales, que coge más de 50.000 toneladas de café al año. La exportación de este producto se hace por el ferrocarril que conduce á Puerto Villamizar, situado sobre el Zulia, y en sitio donde este río empieza á ser navegable, á cuyo ferrocarril debe en parte Cúcuta el haberse podido levantar en tan pocos años. Como todo el comercio de esta ciudad va á Venezuela con notable provecho del puerto de Maracaibo, los ingenieros colombianos han propuesto varias veces la construcción de otra vía férrea que una el distrito de Cúcuta á las ricas haciendas de las orillas del Magdalena transponiendo la Cordillera Oriental.

En cambio de la dependencia en que Cúcuta se halla respecto de Maracaibo, tiene la soberanía comercial que ejerce sobre muchas poblaciones de las faldas de la Sierra de Mérida y sobre las tres de su mismo apellido, que son tan colombianas como ella, á saber: Pueblo, Rosario y San Antonio. La principal, en lo Antiguo, fué Rosario, al Oeste de San José, cerca del río Táchira, con una iglesia, en la cual se reunió en 1821 el Congreso de las tres repúblicas, Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, que debían formar una sola nación con el nombre de Colombia. En los alrededores de Rosario hay fuentes termales. Sobre una escarpadura pedregosa, dominando el curso de un tributario del Zulia, y á 852 metros sobre el mar, encuéntrase Salazar de las Palmas, donde se coge mucho café, que va á Cúcuta, y en cuyas inmediaciones hay una peña con escrituras de indios. Sobre una agradable muela de la Tierra Templada, á 1.165 metros de altura y cerca de donde nace el Catatumbo, extiende Ocaña su caserío. Es ciudad antigua, fundada en 1572, en territorio de los indios carates, y cuyas mujeres, que son

pequeñas y morenas, tienen reputación de hermosas. Por lo mucho que debe á la naturaleza, fertilidad de su campo, buena posición á medio camino entre las frías mesetas y las cálidas



Vista de Ocaña. (Dibujo de Taylor.)

vegas y llanuras y facilidad de comunicaciones, ha conseguido llegar á capital de Estado y á presunta capital de la República de Colombia cuando en ésta entraban las tres naciones que intenta-

ron formarla. Los puertos de Ocaña en el Magdalena son Puerto Nacional y la Gloria, en los que desembarca el ganado de Tierra Adentro para llevarlo de allí á Ocaña y al interior de Venezuela (1). A mitad de camino descansan los rebaños para tomar algunas fuerzas en los ricos pastos de la cordillera, en los alrededores de Carmen, poblados como los de Ocaña, de grandes haciendas de café, cacao y caña de azúcar. En cambio, toda la vertiente occidental del valle está desierta, viéndose casi sin vecinos la ciudad de Simiti, en lo pasado rica y poderosa y hoy abandonada, así como sus minas de oro. Más allá de Gloria, bajando el río, se encuentran escalas sin importancia. Tamalameque, pueblecillo que se descubre en un recodo del río, cerca de la desembocadura del César, donde se encuentran los dos considerables valles del Magdalena bajo y de Upar, aunque muy antiguo, no ha podido pasar de 1.000 vecinos, muy maltratados de las calenturas y sin otro albergue que pobres chozas. El Banco es un pueblecillo de pescadores, al que se llega bajando el Magdalena y que por estar entre este río y la ciénaga de Zapatosa y en la separación de los brazos de Mompós y la Loba, aún tiene mayor importancia comercial y estratégica que Tamalameque. Un cuerpo de tropas situado allí y apoyado además por una escuadrilla, domina los caminos que conducen al valle de Upar y á la península Goajira, y por esto el primer intento de los insurrectos ó de los soldados del gobierno, en cuanto ocurre alguna revolución en Colombia, es apoderarse de esta población.

Cabeza y defensa principal de la estrecha cuenca del Cauca es la famosa ciudad de Popayán, la *sabia* y *noble*, que no en

(1) Ciudades importantes de la provincia de Santander y número de habitantes de su término, según Pereira y otros:

HABITANTES		HABITANTES	
Socorro.....	20.000	Charalá.....	11.000
Jesús María.....	18.000	Pamplona.....	11.000
Bucaramanga.....	17.000	Onzaga.....	11.000
Puente Nacional.....	16.000	Suaita.....	10.000
Vélez.....	15.000	Mogotes.....	9.000
San Gil.....	14.000	Ocaña.....	8.000
Cúcuta (San José)...	13.000	Zapatoca.....	8.000
Girón.....	12.000	Salazar.....	7.500
San Andrés.....	12.000	Málaga.....	7.500
Piedecuesta.....	12.000	Rosario.....	6.000
Barichara.....	11.000	Concepción.....	6.000
Clinácota.....	3.000 habitantes.		

balde lleva con orgullo estos títulos, porque sus hijos han sido siempre singulares en el estudio de las ciencias y cultivo de las letras, y ninguna otra de la República puede alabarse de haber producido tanto escritor, sabio y político ilustre como ella. Es capital de la provincia del Cauca, y difícilmente se hallará en Colombia otra que más hermosa y magnífica vista ofrezca á los ojos del viajero que por primera vez la contempla. En una campiña de suave pendiente cubierta de sauces y engalanada por toda suerte de agradables plantas, extiéndese su caserío sobre el que se levantan las cúpulas y campanarios de las iglesias. Por medio de ella cruza, algo oculto entre los árboles, un copioso y cristalino arroyo, que va á rendir su tributo al Cauca, cinco kilómetros más abajo, y sirven de marco á este hermoso cuadro, al Norte, las dos cordilleras, que de ambos lados ciñen el valle, y al Oeste y al Sur un semicírculo de grandes montañas, dominadas al Sudeste por los soberbios conos del Sotará y el Puracé, de los que se eleva, hasta perderse en la azulada bóveda celeste, un penacho de blanco humo. En las vertientes de estas montañas viven algunos indios coconucos, que todavía cantan melancólicas endechas en la lengua de sus mayores. Como la altura del valle de Popayán se calcula en 1.750 á 1.800 metros y la temperatura media es de 17 á 18 grados, su vegetación es la propia de la zona templada. Seducidos los españoles que acompañaban á Belalcázar por la hermosura de este lugar, en que había un pueblo regido por el cacique Payán, fundaron en 1536 una ciudad, que vino á ser dos años anterior á Bogotá. Mientras Nueva Granada fué una de las partes de la monarquía española, Popayán vivió feliz y próspera, disfrutando varios privilegios y sacando no poco provecho de sus minas; pero después de la separación padeció más que ninguna otra ciudad de la nueva República en las continuas guerras civiles, mostrándose la nobleza popayanesa defensora de los principios conservadores. El terremoto de 1827 la causó también mucho daño; su fábrica de moneda ya no acuña oro y su industria redúcese á la fabricación de algunos paños de lana para uso de los vecinos. De la gran ventaja de hallarse en el camino de Quito á Bogotá, no saca la utilidad que se podría esperar, porque nada han hecho los hombres para mejorarla de como la dejó la naturaleza, ni en toda su longitud se encuentran otras vías de comercio que le den vida, y en cambio le falta una que le ponga en comunicación con el Pacífico, sea por la cuenca del Patía, sea por la del Iscuandé, ó

mejor todavía por la del Micai, cruzando la cordillera al Sur del cerro de Munchique. También necesita mucho Popayán que se haga transitable el penoso camino que conduce á la cuenca alta del Magdalena por el puerto de Guánacas. En las montañas de Pitayo, que están al Nordeste de Popayán, había antiguamente muchos árboles de quina de que sacaban gran producto los *quineros* de Silvia y de las aldeas de aquellas cercanías. Una circunstancia notable de esta comarca es el mucho ozono que hay en la atmósfera.

Siguiendo por el Cauca, con dirección á Cali, encuéntrase á la mitad de la jornada la bella ciudad de Santander, llamada en lo antiguo Quilichao, de los indios que vivían en lo alto de la cuenca, y situada entre el río y la cordillera de Quindío. A ella y á la misma Popayán aventaja la citada Cali, la primera de la provincia, por ser desde ella más cortas y fáciles las comunicaciones con el Pacífico, del que dista 80 kilómetros en línea recta. Es tan antigua como Popayán, habiéndola fundado los españoles en el mismo año de 1536, al Oeste del Cauca y al mismo pie de la Cordillera Occidental, en sitio de tanta abundancia de frescas aguas y frondosidad, que no hay casa sin jardín y árboles que le den sombra, y en los fértiles campos de sus alrededores se cultivan todas las plantas propias de los países tropicales. De los tiempos de su pasado esplendor conserva no pocos vestigios, principalmente antiguas casas solariegas, en cuyas fachadas se ven aún los viejos escudos. En algunas se guardan también muebles curiosos, esculturas y alhajas de mérito. Es centro de contratación del comercio entre el Cauca y el Pacífico, y todo él pasa por la carretera del puerto de Buenaventura. Cerca de Cali hállase Palmira, que, por el comercio y vecindario, es la segunda de la provincia. Hace poco más de un siglo que se fundó, habiendo llegado en tan poco tiempo á mucha prosperidad por la industria de sus habitantes, que crían numerosos rebaños y cogen en las campiñas de su término cantidad de excelente tabaco, compitiendo en esto con Ambalema y Carmen, si bien los cigarros que con él se elaboran se fuman todos en Colombia. Desde la altura en que está Palmira, que va cayendo suavemente hacia el Cauca, vense muy bien los famosos Farallones sobre los campos de Cali. También es Buga, que viene luego de Palmira, población agrícola y ganadera de consideración y crece mucho en vecindario y riqueza, habiendo dejado muy atrás en poco tiempo á Tulúa y Buga la Grande (cuyo nombre declara lo que fué). Está cer-

ca de la margen derecha del Cauca, y por ser de todas las de la cuenca de éste la más próxima al Puerto de Buenaventura, puede llegar á ser rival de Cali. Á la izquierda del río, subiendo un poco la falda de la Cordillera Occidental, hay un pueblo llamado Roldanillo, al que van en la estación calurosa los habitantes acomodados de las ciudades mencionadas en busca de salud y descanso, y que en las guerras civiles de Colombia fué refugio de muchas familias.

Sirviendo de cabeza á la parte septentrional de la cuenca del Cauca, después de pasados los raudales, hállase Cartago, no menos bella que las demás de este paraíso colombiano, ni de campos menos fértiles en plantas y árboles de las zonas templada y tropical; pero aventajándolas en lo mercantil por encontrarse sobre el camino que por el puerto de Quindío va del Cauca al Norte del departamento de Tolima y á Cundinamarca. Además, la enfermedad de paperas, que padece tanta gente de la que vive á orillas de dicho río, en su parte alta, es desconocida en Cartago y hasta curan de ella los que, padeciéndola, van á esta ciudad, atribuyéndose generalmente tan señalado beneficio á las aguas del río Viejo que nace en la Cordillera Central y viene á desembocar en el Cauca después de pasar por Cartago. Anserma la Vieja, levántase en una meseta junto á las fuentes de un arroyo salino, á 850 metros sobre las gargantas en que desaparece el Cauca, y Anserma la Nueva está más cerca de Cartago y de la vega.

En un estribo de la Sierra de Quindío, á Oriente del Cauca, encuéntrase la ciudad de Manizales, una de las principales de la República y de las que en menos tiempo han crecido más. En 1848 cubría su promontorio la selva virgen; pero habiendo comenzado á talarla unos antioqueños, supieron poblarla tan bien, que en dos años la hicieron capital de distrito. La causa de este rápido engrandecimiento no debe buscarse en la vecindad de ricas minas (como la de otras ciudades de la Cordillera Central) ni en la fertilidad de las haciendas que hay en su término, sino en los ricos pastos, que crían mucho y muy buen ganado, el cual con gran provecho venden sus habitantes á los de las otras poblaciones de la misma cuenca, principalmente á los de la Antioquía, adonde también mandan mucho cacao del que se coge en la cuenca alta del río. Además se unen en ella dos caminos, y con tales privilegios de la naturaleza, nada tiene de extraño que Manizales se haya hecho en poco tiempo principal centro del comercio de la comarca meridional del depar-

tamento de Antioquía, y que haya ido creciendo en vecindario y riqueza, sin que la detuvieran en el camino de la prosperidad los terremotos de 1875 y 1878, que derribaron muchos edificios y determinaron á sus habitantes á construir en adelante casi todas las casas de madera. En las guerras intestinas de Colombia fué Manizales muy disputada por los ejércitos de cada bando, pues tiene mucha importancia estratégica. Su altura sobre el nivel del mar es de 2.130 metros, y su clima algo más cálido que el de Bogotá; pero no por eso dejan de quejarse los manizaleños de unos vientos fríos que soplan algunas veces de las nieves del volcán de Ruiz. En las faldas de éste, á 3.500 metros de altura, hay unas aguas termales, que del balneario allí fundado llegan á la ciudad por cañerías. Hasta media ladera de la sierra suben, al Norte de Manizales, Neira, colonia suya; Aránzazu y Filadelfia, recientemente pobladas, y Salamina, que tiene unas salinas y de la que sale un camino que va al Magdalena, pasando el páramo de Herveo. Enfrente de éstas, en la otra vertiente del valle, descúbrense Supía y las fundiciones de Marmato, sobre un gran risco de sienita que se levanta de pronto á 630 metros sobre el Cauca, y en cuyas entrañas penetran muchas y largas galerías horizontales de antiguas minas de oro, plata y otros metales en que trabajaban los indios antes de la conquista, según lo prueban muchos instrumentos suyos en ellas encontrados.

En las faldas orientales de Herveo, hasta la sierra del Alto de San Miguel, hay también muchas minas, siendo bastantes las poblaciones. Estas son: Pacorá, al Norte de Salamina, cuyo nombre recuerda el de los indios pacueras que se extinguieron después de la conquista; Arma, fundada por Belalcázar en 1542, y por tanto una de las más antiguas de la República, é ilustre por la sangre de Robledo, descubridor y conquistador de las tierras de Antioquía, muerto en ella; Aguadas, que gana mucho dinero con la venta de sombreros; Sonsón, casi tan poblada y rica como Manizales, y como ella posterior á la guerra de la Independencia, edificada á 2.525 metros, en campiña de ricos pastos de que se sustentan innumerables rebaños, con camino que la comunica sin gran dificultad con Honda en la cuenca del Magdalena. El río Sonsón es famoso por su hermosísima catarata llamada de Aures, que cae de gran altura, dividiéndose en tres tramos, cuyo prolongado eco, nunca interrumpido, ha dado nombre á la ciudad vecina. Más abajo están Abejorral y Santa Bárbara, ésta última á 1.820 metros sobre

el nivel del mar en lo alto de unos encrespados riscos, que obligan al Cauca á marchar con rumbo al Oeste, y de donde se goza una hermosa y dilatada vista de valles y montañas, á cuyo agradable, solitario y seguro sitio se acogieron en 1827 algunos *godos* ó conservadores, huyendo de sus enemigos y vencedores los liberales. En la vertiente meridional, y en medio de la campiña, encuéntrase Jericó, ciudad también moderna. Estréchase la cuenca más abajo; pero, gracias á las muchas minas, encuéntranse por doquier villas y aldeas. Fredonia, Sabanetas, Titiribí y Amagá hállanse en terreno en que abunda el carbón de piedra, el cual se aprovecha para la fabricación del hierro; pero son muy malos y hasta peligrosos todos los caminos, principalmente entre Amagá y Titiribí, donde hay un trozo á que llaman *el volcán*, que es una resbaladiza pendiente de tierra arcillosa que al menor golpe se desmorona, pudiendo quedar enterrado el viajero. La vertiente oriental del valle, es decir, la que está más cerca de Medellín, capital del departamento, es, sin comparación, la más poblada, á pesar de que al opuesto lado, á 572 metros sobre el nivel del mar, en lo alto de una montañuela á cuyos pies corre el río Tonusco, se encuentra Antioquía, ciudad á la que la comarca debe el nombre, y que, como tantas otras, no ocupa el mismo sitio en que la fundaron los españoles, los cuales la comenzaron á poblar en el valle del Frontino, afluente del Atrato en la vertiente occidental de la Cordillera (año 1541), y aunque traída después á paraje más próximo al Cauca, sigue fuera de la región minera, que es la que con más prisa se va poblando. Entre Antioquía y Medellín, en la vertiente oriental del valle, hay muchas villas y aldeas de alguna consideración, entre ellas San Jerónimo, Evencijo, Eliconia y Sopetrán, notable esta última por la industria de sombreros de paja, llamados de Panamá, que hay en el distrito. Al puente de bejucos, que cerca de ella cruzaba el Cauca, ha substituído un puente colgante de hierro, y en 1891 había ya sobre este río otros cinco puentes recientemente terminados.

Las orillas del Cauca están casi desiertas más abajo de Antioquía, oponiéndose á la colonización de la comarca el calor del clima, lo malsano de las vegas bajas, por las que apenas corre el aire, y los saltos, raudales y recodos del río, con todo lo cual sucede que hasta poblaciones muy bien situadas como Cáceres, que está donde comienza á ser navegable el Cauca Bajo, no han podido pasar de humildes aldeas, habiéndose esta-

blecido casi todos los que han querido poblar esta parte de Colombia en las cuencas del Porcé y del Nechí, cuyas hoyas altas, aunque no muy accesibles por falta de caminos, tienen, sin embargo, la gran ventaja de que en ellas el ambiente es fresco y puro.

La ciudad de Medellín, así llamada por la que existe en la Extremadura española, es hoy la principal de la provincia y la segunda de la República. Descubrieron los españoles este valle



Una granja en las Tierras Templadas. (Dibujo de Nouville.)

de Medellín ó de Aborra, cuyas aguas van al Cauca por el Porcé y el Nechí, en 1541; pero hasta 1674 no fundaron en él la primer colonia, que fué la villa de la Candelaria, y en todo el tiempo del Gobierno español, y aun en la guerra de la Independencia, no pasó de ser un grupo de casas de campo y granjas pertenecientes á habitantes de Antioquía. Desde entonces ha prosperado mucho en poco tiempo, favorecida de la circunstancia de hallarse en tierra templada, á 1.479 metros de altura y con clima muy apropiado para mantener bien despierto e genio vivo y emprendedor de los antioqueños, los que hallaron pasto abundante á su actividad en las minas de oro de aquellas cercanías. Con el producto de ellas compran las máquinas y mercaderías europeas que necesitan, calculándose que emplean unos 60.000.000 de pesetas al año en la explotación de los cria-

deros. Tiene Casa de Moneda, que ha fabricado muchos millones de pesos. Las minas de oro están al Este, junto al ferrocarril que baja al Magdalena, al Norte, en las cuencas del Nechí y del Porcé, y al Oeste en las dos vertientes del valle del Cauca. Mensualmente sale de Medellín un convoy de barras de oro y plata camino de Inglaterra, donde residen los principales accionistas de las minas, y del metal que queda fabrican los habitantes muchas joyas. Dos veces á la semana tiene feria muy concurrida, y también posee Universidad y Escuelas de Artes y Oficios, distinguiéndose los habitantes de Medellín por su amor á la instrucción. Los alrededores son muy bonitos, y hay en ellos muchas quintas, villas y aldeas que les dan animación y semejanza á las cercanías de cualquier ciudad populosa de Europa. Parten de Medellín en todas direcciones buenas carreteras que van: las del Norte y del Sur al valle del Porcé, y la del Noroeste á la aldea de Ana, hacia Antioquía. Las principales poblaciones que siguen al Sur de Medellín hasta el Alto de San Miguel son Envigado é Itagüí, á las que la estrechez de las cañadas en que se hallan no permite crecer en la proporción que podrían hacerlo.

Hacia el Norte, conforme va bajando el terreno, se encuentran Copacabana, Jirardota y Barbosa, ciudades agrícolas y futuras estaciones de ferrocarril; pero á derecha é izquierda, en los ásperos riscos que aprisionan la cuenca del Porcé, no hay otros pueblos que los fundados por la codicia de los buscadores de oro, y el principal de ellos es Santa Rosa de los Osos, edificada á 2.540 metros de altura en una muela rodeada por todas partes de hondos barrancos y gargantas, cuyo paraje parece más propio para morada de osos que de hombres, lo que no ha podido evitar que éstos echaran á aquéllos. En este páramo, barrido por todos los vientos y cuya temperatura media es muy fría para Colombia ($14^{\circ},3$), no crece planta alguna, pero es tan sano el aire, que no muere nadie sino es de vejez ó por su propia mano, según asegura cierto refrán local. La principal y casi única industria de los habitantes es la explotación de las minas de oro, la que se hace de dos modos: en fábricas, pertenecientes á Compañías poderosas, ó por trabajadores que, por su cuenta y riesgo, lavan las arenas de los arroyos auríferos de la comarca. No son estas minas de oro menos de 40; pero además hay en el distrito de Santa Rosa salinas muy ricas en yodo, y se encuentran en las arenas de los torrentes muchos rubíes, granates y diamantes. Al Norte de Santa Rosa dismi-

nuye la población con la altura, pues los antioqueños, habituados al aire puro de sus montañas, huyen de los terrenos bajos y las cañadas húmedas, razón de que en todo este país minero se hallen las ciudades y villas en sitios encumbrados, según sucede á la Carolina, á Angostura, Yarumal, Anori, Amalfi, villas y aldeas de consideración, de las cuales la que menos se halla á 1.450 metros. En cambio, Remedios, población de la parte alta de la cuenca del Ité, pequeño tributario del Magdalena, ha decaído mucho desde que se agotaron sus minas de oro, y Zaragoza de las Palmas, cabeza de toda la comarca baja que sigue á la unión del Porcé y del Nechí, ha quedado en miserable pueblecillo, á pesar de la gran extensión de su distrito y de las ventajas que le proporciona la vecindad de un río navegable, por el que con toda puntualidad suben y bajan vapores. Todavía tienen menos habitantes Nechí y Santa Lucía, pueblos inmediatos á la unión del Cauca con el Nechí, sin más edifieios que algunas chozas en que viven pescadores y barqueros. Allí empiezan las ciénagas, esteros, caños y corrientes encontradas que forman el delta interior del Magdalena, del Cauca, del San Jorge y del César.

La cabeza de esta región, casi enteramente encarchada, era Mompós, situada en la orilla izquierda del Magdalena, en la isla de su nombre, y ciudad de las más antiguas de Colombia, pues la fundó Alonso de Heredia en 1539. Fué en lo antiguo la principal escala del río, entre Honda y la desembocadura, donde los champanes que venían de Cartagena, Sabanilla y Santa Marta, se detenían á desembarcar las mercaderías, que inmediatamente trasbordaban á otras lanchas menores, por donde las llevaban río arriba. En Febrero de cada año celebraban una feria, á la que acudían los comerciantes de la región alta y de la marítima, llegando algunas veces el precio total de las contrataciones á 4 ó 5 millones de pesetas. Acabó esta prosperidad en poco tiempo con la desviación de las aguas del río. Lo que ha perdido Mompós lo ha ganado Guamal, aldea que se encuentra en el punto de unión del brazo de la Loba y el Cauca, y principalmente Magangué, edificada en la orilla izquierda del brazo citado, y en paraje en que bajan unidas las aguas de todos los ríos afluentes. El puerto de Magangué es hoy de escala entre la navegación del delta exterior y la del Magdalena medio, y tiene ferias de mucha importancia; pero cuando el río sube, corre la ciudad tanto peligro de inundarse como antes Mompós, por la altura y violencia de las aguas. En la unión

del brazo de Mompós, ahora casi abandonado, y del Magdalena-Cauca, está la aldea de Tacaloa, que por sí no tiene importancia alguna, pero tras de la cual se extienden, hacia el Oeste, hasta el golfo de Morosquillo, dilatadísimas campiñas donde pastan más de medio millón de cabezas de ganado, del que sale la carne necesaria para el sustento de los habitantes del Norte de Colombia y materia de mucho comercio con Panamá, las Antillas y provincias occidentales de Venezuela. El centro de esta región es Corozal, y luego Sincelejo, su vecina, en las que viven los propietarios de estos rebaños, gente rica. También prospera mucho la agricultura en estas fértiles tierras, donde se coge mucho tabaco, sobre todo en los alrededores de Carmen, al Norte de Corozal, tan bueno como el de Ambalema, pero tan en desgracia como el de ésta en opinión de los fabricantes de cigarros. Caminando hacia el Sur, se llega, no lejos del lomo que divide las cuencas del San Jorge y del Sinú, á la ciudad del Chinú ó Sinú, algo apartada de este río, aunque unida á él por la fama de tener mucho oro, pues allí encontró el conquistador Pedro de Heredia unos sepulcros llenos de joyas, que fueron, según cuentan, el mayor botín que se repartió en el Nuevo Mundo, tocando á cada uno de los 150 soldados del ejército 6.000 ducados. De la mina de donde salieron tales tesoros, no se ha tenido la menor noticia, por más que la han buscado.

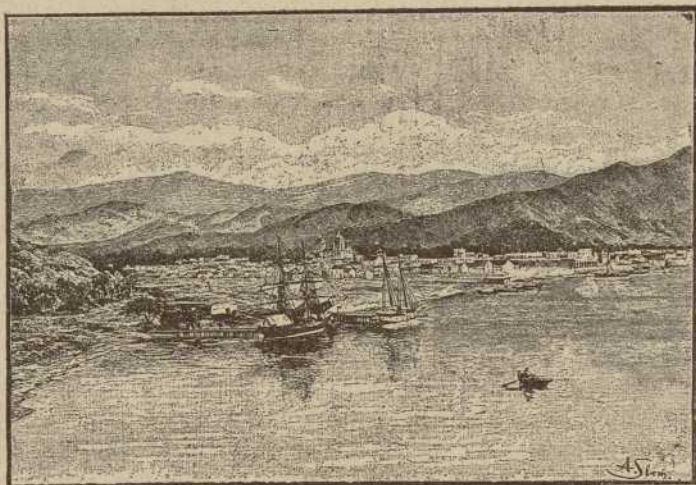
Bajando el Magdalena desde Tacaloa se van encontrando algunas aldeas, como son: Tenerife, en la orilla derecha; Calamar, en la izquierda, junto al sitio de donde parte el canal llamado Dique, que de laguna en laguna va hasta una bahía próxima á Cartagena; Remolino y Sábana Grande, á derecha é izquierda cerca de la desembocadura; Soledad, en cuyos extensos campos hay buenos pastos, y por último Barranquilla, principal puerto y una de las mayores ciudades de Colombia. Está en un estero del Magdalena, por las orillas del cual se extiende en un espacio de algunos kilómetros. Es ciudad fea, aunque de calles derechas. Las casas son bajas, muy blancas, con rejas en las fachadas, como en muchas partes de España, los arrabales nada limpios y los alrededores poco fértiles. Fundáronla los españoles en 1629, y no pasó de humildísima aldea hasta mediados del siglo XIX, en cuyo tiempo se introdujeron en el Magdalena los vapores. Desde entonces el comercio ha crecido sin cesar, y hoy se ven en su puerto muchos buques de vapor rodeados de champanes y bongos. Tiene astilleros para

construcción de buques y para carenarlos y repararlos, y grandes almacenes muy bien surtidos de todo género de mercancías europeas. El mucho peligro que corren los buques al cruzar la barra del Magdalena es causa de que éstos vayan á fondear á la bahía de Sabanilla, á 25 kilómetros al Noroeste, de donde parten, además de un ferrocarril, varios esteros, todos de muy poca agua, que la unen á Barranquilla. También está en manos de los comerciantes de Barranquilla, gracias á los esteros del Este, que mueren en la Ciénaga Grande, el comercio de Santa Marta con el Magdalena y las ciudades del interior; de suerte que los dos tercios del de Colombia vienen á parar á ellas.

La porción de costa occidental del delta en que pueden hallar algún refugio los buques se llama puerto de Sabanilla, dándose este nombre, no sólo al fondeadero propiamente dicho, sino á toda la gran rada en que éste se halla, los diversos muelles y sitios de desembarco, etc. Es un litoral de inseguras formas, pues las corrientes, el oleaje del mar y las arenas le mudan á cada momento. La parte antigua de la ciudad hállase medio escondida entre árboles á orillas de una apartada bahía, en la que no entran sino lanchas. El ferrocarril la deja atrás, siguiendo su marcha á los pies de unas montañuelas desnudas y escarpadas; pasa por el puerto de Salgar y llega por último á la playa del Puerto Colombia. Resguarda la rada del lado del Norte una cadena de islillas y bajíos, al abrigo de la cual se esperaba encontrar mejor fondeadero.

Santa Marta, ciudad que antes que Sabanilla fué centro principal del comercio entre el mar y el Magdalena, puede considerarse incluida dentro de los naturales términos del delta de este río. La fundó en 1525 Rodrigo de Bastidas, hallando que era buen sitio para ciudad la bahía en forma de media luna que se abre á los pies de los estribos del Noroeste de la Sierra Nevada de Santa Marta. Algunos años después preparó en ella Jiménez de Quesada la pequeña hueste con que descubrió y conquistó la tierra de los muísca. Comunica con el río Magdalena por la albufera ó Ciénaga Grande y por diversos caños que la lengua de tierra de Salamanca separa del mar, á cuya situación debió haber sido el primero de los puertos colombianos en el comercio con las Antillas, sacándose por él casi todos los metales preciosos que se enviaban al extranjero; pero desde la construcción del ferrocarril de Sabanilla ha quedado sin comercio ó poco menos. Pero si Santa Marta ha perdido importancia mercantil, conserva en cambio el verdor de sus

campiñas y laderas, las frescas aguas de su río Manzanares y el hermosísimo semicírculo de montañas, desnudas unas y vestidas de frondosidad otras, que entran en el mar en forma de dos agudos promontorios, en cada uno de los cuales se ven las ruinas de un castillo, terminando el del Nordeste en un peñasco aislado que sirve de avanzada á la montañuela cónica del Morro. El clima de Santa Marta es poco sano, y la temperatura media anual (28°,6) más alta que la de la Guaira en Vene-



Vista de Santa Marta. (Dibujo de Slom.)

zuela. Los habitantes acuden á la aldea de Mamatoco, en el Manzanares alto, á reponer su salud, gastada por el excesivo calor, sirviendo también de sanatorios algunas haciendas, entre otras la de San Pedro, en la cual murió Bolívar en 1830. En los montes vecinos, de los que mucha parte apenas se conoce, encuéntranse trozos de las antiguas carreteras enlosadas que construían los taironas. En la comarca hay varias aldeas pobladas de indios y mestizos, como son los de Taganga, Masinga, Gaira, sin contar la de Bonda, en donde se fabrican las vasijas que usan en todo el departamento del Magdalena. San Juan de Córdoba, villa de indígenas, se ha sobrepuesto á la aristocrática Santa Marta, así en vecindario como en comercio. Conócesela más con el nombre de Ciénaga, por estar á orillas de la albufera, así llamada, y á cuya entrada, que sólo tiene

dos metros de agua, se halla el arrabal de Pueblo Viejo, poblado de pescadores y barqueros. En las orillas del río de Córdoba hay muchas haciendas pertenecientes casi todas á labradores de Santa Marta. El camino que se dirige al Sur hacia la cuenca del río César, siguiendo la falda de las montañas, cruza una comarca que rápidamente se va poblando, y junto á los vados de los ríos se fundan pueblecillos. Uno de los que en medio de estas soledades han surgido es Río Frío, cuyas primeras chozas se levantaron en 1876, y ya bastante rico para enviar todos los días cantidad de víveres al mercado de Barranquilla. En su término se coge un tabaco de mucha aspereza, pero del que gustan los fumadores del país. Los vecinos de la Fundación, colonia que sigue á Río Frío, á orillas del río del mismo nombre, afluente de la Ciénaga por el Aracataca, viven del oro que cogen, industria todavía muy provechosa en ciertos valles á la salida de las gargantas altas, pero las principales circunstancias en que funda su prosperidad es la agricultura, cogiéndose en sus campos mucho maíz, mandioca, plátano, cacao y sobre todo tabaco. Hasta de Bogotá han venido labradores á establecerse en la aldea india de San Sebastián de Rábago, escondida á 2.000 metros de altura en las entrañas de la Sierra Nevada, y allí cultivan el trigo. Con la esperanza de encontrar los tesoros que, según la indispensable tradición, dejaron enterrados los taironas, se han buscado por todas partes en la espesura de las selvas las ruinas de la ciudad de Pochihueca, que fué capital de aquellos indios, pero nadie ha encontrado hasta ahora señales de ella.

La costa que sigue al Este de Santa Marta es ríscosa, no tiene más camino que la playa, y está desierta, siendo el primer poblado que de ella se encuentra la aldea de Dibulla, grupo de cabañas á más de 100 kilómetros de aquella ciudad, que tuvo en otro tiempo alguna importancia, cuando se llamaba San Sebastián de la Ramada, y cuyo vecindario se halla hoy reducido á unos cuantos leprosos y otros tantos zambos, de rostro pintado por la enfermedad llamada caraté. De Dibulla salieron algunas veces los españoles contra los taironas de la sierra, y todavía parten de allí los pocos viajeros y comerciantes que entran en el interior de los montes para ir á San Antonio, San Miguel y Macotama, aldeas septentrionales de los aruacos.

En este punto, la costa del Mar de los Caribes vuelve al Nordeste, hacia Río Hacha, última ciudad del litoral colom-

biano; y después empiezan los áridos llanos en que viven los goajiros, protectores de ella. Lo son tan verdaderos, que nunca cometen desorden alguno, y hasta en más de una ocasión han dado auxilio á sus vecinos, como sucedió en 1867, en que la incendiaron gentes de uno de los bandos políticos que se disputaban el poder. Entonces dieron asilo en sus ranchos á las mujeres y cuidaron con gran solicitud á todos los fugitivos. Fundó esta ciudad en 1545 el alemán Fredemann en la orilla izquierda, cerca de la desembocadura de un río, al que llamó de la Hacha, por haber dado una á cierto guía indio, y no ofrecía aquel sitio otra ventaja que unos bancos de ostras perleras, muy bien explotados en los primeros años, pero abandonados hoy. Rodéala una llanura arenosa, cuya principal vegetación es de cactus y mimóseas, y que se extiende hasta las montañas de San Pablo, estribo oriental de la Sierra Nevada, cortándola al Este de la población el río Hacha, más comúnmente llamado Ranchería en su parte alta, y Calancala, junto á su desembocadura, el cual rodea la cadena y señala el límite del territorio goajiro. El río pasaba antiguamente junto á la ciudad, pero su corriente es muy caprichosa, variando de rumbo con frecuencia, y no hace mucho que tomó el de Oriente, apartándose 4 kilómetros de Río Hacha, cuyos habitantes, como no tienen acueducto que les lleve el agua al pueblo, forzosamente han de comprar cuanto necesitan á los aguadores goajiros. Tiene Río Hacha mucho comercio con los indios de esta nación, los cuales prefieren su mercado al de Maracaibo, y aunque carece de puerto, también comercia con el extranjero, exportando granos de *dividivi*, de los que se cogen en la Goajira hasta 5.000 toneladas al año, pieles de vaca y algún café. Los barcos en que se hace este comercio vienen casi todos de la isla holandesa de Curaçao, y tienen que fondear en alta mar, pues el muelle de madera hecho sobre éste y siempre amenazado por el empuje de las corrientes, que poco á poco van descarnando la costa, sólo sirve para amarre de algunas lanchas. En esta parte del litoral, tanto al Oeste como al Este del río Hacha, hay grandes salinas que bastarían para el consumo de muchos millones de personas, pero de que apenas se saca provecho alguno.

Los puertos que hay en el litoral del Norte de la península Goajira hacen poco comercio, por pertenecer á una comarca sólo habitada por indios. Sin embargo, algunos tratantes envían por ellos á las Antillas caballos, maderas de tinte y ganado

vacuno, el más manso, robusto y lustroso que se cría en Colombia. De estos puertos, los principales son el Portete, en que pueden entrar hasta goletas, y Bahía Honda, capaz de recibir grandes flotas de toda clase de buques. Por Bahía Honda se hacía mucho comercio antes de que los guardacostas allí establecidos obligasen á los comerciantes á pagar puntualmente los derechos de aduanas, y se dice que Bolívar pensó fundar en este puerto una ciudad, que había de ser metrópoli de toda la América española, incluso Cuba. En el punto en que se cruzan los diversos caminos de la península, ó sea en el centro de ésta se encuentra Guinca, pequeña aldea que, por el aumento de su vecindario y edificios, va pareciendo villa.

En toda la longitud de la cuenca del César se encuentran poblaciones, que si hoy son de poca importancia, la tuvieron muy grande en otro tiempo, señaladamente Valle de Upar ó de los *Tres Reyes de Upar*, capital del valle, fundada á mediados del siglo xvi, y uno de cuyos pobladores fué el famoso poeta Castellanos, cantor insigne de la conquista de Nueva Granada. En la época de su prosperidad llegó á tener 12.000 almas y mucho comercio con Mompós, en el Magdalena, que se hacía por el puerto de Salguero, en el río César, algo más abajo. Hoy hállase reducida á la décima parte de lo que fué, pero sus pocos habitantes tienen fama de muy ricos, pues se les supone la manía de esconder el dinero en sitios misteriosos donde nadie puede encontrarlo, y hay quien asegura que de este modo guardan, desde los más remotos tiempos, grandes tesoros. Badillo es otra población venida á menos, y hállase sobre el torrente de su nombre, al pie de la Sierra Nevada, habiendo perdido todo el comercio de palo amarillo y encarnado que antes tenía. En cambio, Villanueva y San Juan de César, pueblos del mismo valle, adquieren cada día mayor importancia, gracias á los cafetales que sus habitantes han plantado en las primeras vertientes de la Sierra Negra. En las extensas campiñas de esta comarca pastan numerosos rebaños, y por Río Hacha se exportan muchas cabezas, principalmente para Cuba. Toda la cuenca alta del César es de lo más fértil y sano de Colombia, y muy á propósito para fundar colonias de emigrantes. En Urumita, aldea de esta parte, tienen los *riachuelos* su principal sanatorio, y cerca de ella está el pueblecillo de Mutis, al que también acuden los colombianos del interior á reponer su salud. La parte baja de la cuenca del César, ceñida al Norte por el antiguo territorio de los aruacos,

cuya capital es Atánquez, y al Sur por el de los Motilones, que tiene por capital á Espíritu Santo ó Codazzi, se va también poblando, á lo que contribuye en gran parte el aumento de la ganadería y de las haciendas de cacao, café y tabaco. Los estritos meridionales de la Sierra Nevada, dominados por el Alto de las Minas, tienen gran riqueza de criaderos minerales y de carbón de piedra (1). Una de las más antiguas ciudades de Colombia es Cartagena de Indias, fundada en 1553, á unos 100 kilómetros al Sudoeste de las bocas del Magdalena, por Pedro de Heredia, el cual la dió el nombre de Calamar, que hoy llevan el canal por donde comunica con el río y el pueblo, junto al cual acaba aquél. Está admirablemente situada entre el mar y las albuferas que forman el puerto, rodeada de cocoteros y blandamente reclinada con su arrabal de Jijimani, á los pies de la Popa, escarpada montaña que domina el puerto interior del lado de Oriente, y mostrando por encima de las murallas cubiertas de plantas trepadoras las torres de sus iglesias y los techos de sus palacios, entre los que sobresale el que fué de la Inquisición. En la defensa de esta ciudadela gastó España inmensos tesoros que, según cálculo de algunos, no bajarían de 300 millones de pesetas, y puede decirse que fueron bien empleados, pues contra la fortaleza de Cartagena de Indias se estrelló muchas veces el ansia de saqueo de los piratas extranjeros. Quien peor lo pasó fué el almirante inglés Vernon cuando en 1741 quiso tomarla, atacándola tan desesperadamente, que perdió 7.000 hombres y gran parte de su armada, compuesta de 36 buques de guerra, cuatro brulotes y 130 transportes, teniendo que retirarse con la vergüenza de la derrota. También se defendió heroicamente en 1815 de los 8.000 españoles que la sitiaron, y que cuando entraron en ella, al cabo de cuatro meses de asedio, encontraron las calles llenas de cadáveres. No ha vuelto Cartagena á la prosperidad que tuvo cuando era principal centro del comercio hispano-americano, habiéndose antepuesto á ella el puerto fluvial de Barranquilla, y perdido las nueve décimas partes de su vecindario, muy

(1) Ciudades importantes del departamento del Magdalena:

Ciénaga ó San Juan de Córdoba.	7.200 habitantes	14.500 con el distrito.
Santa Marta.....	5.000 —	7.000 —
Río Hacha.....	4.000 —	6.300 —
Villanueva.....	2.400 —	4.500 —
Banco.....	1.700 —	4.500 —
Valle de Upar.....	1.400 —	6.500 —
Tamalameque.....	1.000 —	2.000 —

inferior actualmente á lo que era en el siglo XVIII. De las causas materiales de esta decadencia, las principales son dos: la primera, la falta de agua que se padece en la isla donde se encuentra la ciudad, y que obliga á los habitantes á no beber otra que la que el cielo envía, y que recogen en cisternas; la segunda, la falta de comunicaciones fáciles por tierra ó por canales con el río Magdalena. Hablan también algunos de causas morales, citando como principal el orgullo de los cartageneros, que no olvidando nunca el viejo estribillo *Cartagena, de los mares reina*, ostentan ciertas pretensiones aristocráticas que suelen ir emparejadas en todas partes con el desamor al trabajo. Cartagena, no sólo tiene puerto, sino más bien un conjunto de ellos, á cual más extenso y seguro. Al Sudoeste de la isla, en que está la ciudad, sale una lengua de tierra, que se adelanta hacia Tierra Bomba, la cual á su vez sólo está separada de la isla de Barú por un estrecho canal, de modo que entre todas resguardan del mar un gran seno de 40 kilómetros cuadrados, por lo menos, con una profundidad de 20 á 30 metros, y en el que pueden fondear las mayores armadas. Las entradas que á él conducen no son fáciles de pasar, y la del Sur, ó sea la que se interpone entre la isla de Barú y la tierra firme, tiene tan poco fondo, que se le puede vadear, de donde le viene el nombre de Pasa Caballos. La del Sudoeste, llamada Boca Chica, es tan estrecha, que los barcos sólo pueden entrar en ella uno á uno, y la de Boca Grande, que es la más cercana al puerto, después de haberla cerrado los cartageneros con un dique de piedras sueltas, para resguardar la ciudad de las acometidas del mar, la volvieron á abrir luego del ataque de la armada inglesa, para cerrar la Boca Chica, de la que los enemigos habían llegado á apoderarse, y por último trabajaron trece años, desde 1765 hasta 1788, y gastaron 7 millones de pesetas en la construcción de un dique, con el cual acabaron la clausura de dicha Boca Grande, no dejando á los barcos otra entrada que la Boca Chica, á pesar de hallarse ésta á 15 kilómetros al Sur de Cartagena. También al Mediodía de la rada desemboca el canal de Calamar, por el cual comunica el puerto con el río Magdalena, y que, á pesar de las obras que algunas veces se han hecho en él, no tiene importancia comercial por la poca agua que lleva, y sólo puede dar paso á vapores pequeños.

De las poblaciones de la Tierra Adentro dependientes de Cartagena, y cuyos vecinos viven principalmente del cultivo

de los campos, una de las más conocidas es la villa de Turbaco, antiguamente llamada Yurbaco, donde los indios vencieron á Ojeda en 1510, matando, entre otros españoles, al célebre piloto Juan de la Cosa.

Aumenta de año en año la importancia comercial del golfo de Morosquillo, y del seno que hace al Sudceste, llamado puerto Cispata, donde desemboca el Sinú, y Pactolo colombiano que riega vegas muy ricas. Sobre la costa del golfo levántase la ciudad de Tolú, una de las más antiguas de Colombia, anterior á Bogotá, habiéndola fundado en 1535 Alonso de Heredia, y tanto ella como Tolú Viejo, edificada un año antes á alguna distancia del litoral, han podido resistir á los ataques de los indios y de los piratas, y vivir de su comercio de productos coloniales, entre los que sobresale el bálsamo que lleva su nombre. Los emigrantes la dejan, sin embargo, para establecerse en la cuenca del Sinú y en Lórica, capital de ella, situada detrás de una red de esteros enlazados con el río, el cual es en toda aquella parte navegable por vapores. La región del Sinú bajo va poblándose con mucha rapidez y llegará pronto á tener considerable comercio, no sólo de maderas de construcción y ebanistería, sino también de cacao, fibras vegetales é ipeca-cuana (1).

El grupo de islas formado por las de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, que están en el mar de las Antillas, frente á la costa de los Mosquitos, aunque más cercano al departamento de Panamá que al de Bolívar, pertenece á éste. Las cuencas del León y del Atrato, situadas al Oeste, entre la Cordillera Occidental y los montes del istmo, se consideran perte-

(1) Ciudades importantes del departamento de Bolívar, con el número de habitantes que hay en ellas y en sus distritos:

Barranquilla.....	15.000 habitantes;	17.000 con todo el distrito.
Cartagena.....	12.900	19.000
Sabanalarga.....	10.000	15.100
Sincelejo.....	9.000	11.800
Carmen.....	7.500	9.200
Mompós.....	6.000	11.600
Magangé.....	4.000	21.200
Sincé.....	4.000	8.600
Chinú.....	3.600	9.400
Corozal.....	3.600	7.600
Lórica.....	3.000	10.600
Turbaco.....		5.100
Tolú Viejo.....		4.500
Tolú.....		4.200
Calamar.....		2.000

necientes al departamento del Cauca, provincia de caprichosos contornos que, tocando en el Atlántico al extenderse por las playas del golfo de Urabá, corre á lo largo de la costa del Pacífico hasta las fronteras del Ecuador, da vuelta á Oriente, rodeando por el Sur el departamento de Tolima, y se ensancha por el dilatadísimo espacio limitado por los ríos Guaviare y Napo y la frontera del Brasil. Estas comarcas, vastas y diversas, hállanse aún desiertas, ó poco menos, y buen ejemplo de ello es la cuenca del Atrato, la de mayor fertilidad y riqueza de todas, proporcionalmente, aunque también la de clima más dañoso á los blancos, y en la cual, según White, no vivían en 1883 más de 40.000 personas, las tres cuartas partes de ellas de raza mestiza, y sólo la otra cuarta parte blancos. La industria y comercio de esta gente eran la compra y venta de oro, granos, raíces, caucho y cortezas de árboles medicinales que encontraban en los bosques. A fines del siglo XVIII no había en toda la cuenca del Atrato 15.000 almas (1).

La capital de la comarca es Quibdó, en la margen derecha del Atrato, á 400 kilómetros de las bocas de éste y junto al sitio donde recibe el tributo de las aguas del Cuia. Es población importante por tener en ella su principal mercado los buscadores de oro de las vertientes de toda la parte alta de la cuenca del río, y por los criaderos de hulla y cobre que hay en los altos que la rodean. Aunque se halla muy cerca de los límites entre los llanos y las colinas por donde pasa la divisoria del Sur de la cuenca, y no lejos tampoco del sitio por donde podría abrirse el canal entre el Atrato y el San Juan, los vapores llegan hasta ella sin ningún inconveniente, porque el río tiene por todas partes una profundidad que no baja de tres metros,

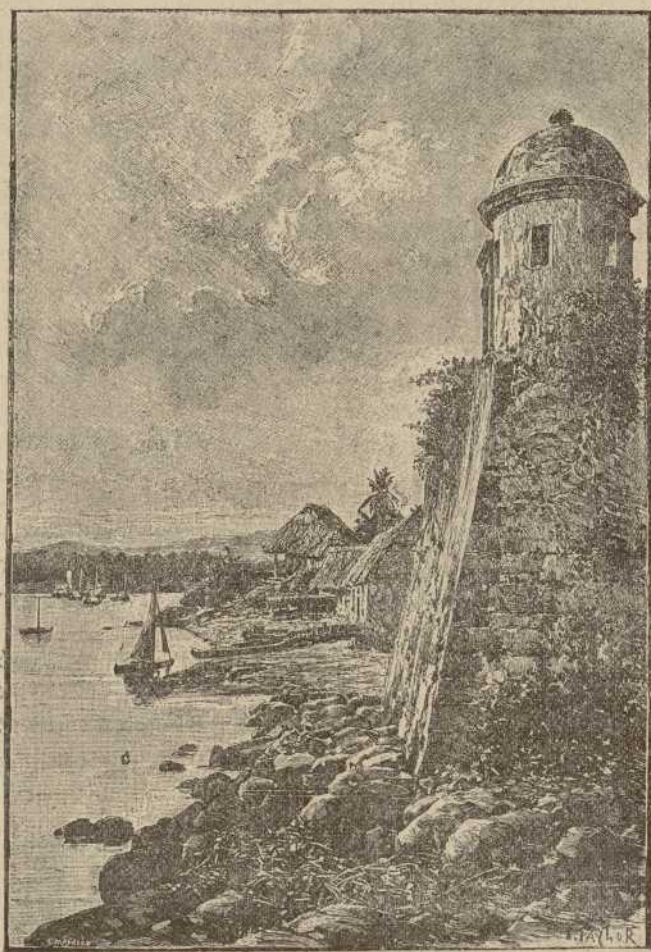
(1) Ciudades principales del departamento de Antioquía con el número de habitantes de su distrito, según censo de 1884, y el que probablemente tienen actualmente.

Medellín... 37.237 hab.	50.000 hab.	Salamina... 9.116 hab.	10.000 hab.
Manizales... 14.603	20.000	Antioquía... 8.780	10.000
Sonson... 13.935	15.000	Abejorral... 8.136	10.000
Ríonegro		Neira... 8.060	10.000
(Río Negro). 11.809	12.000	Sopetrán... 7.861	10.000
Jericó... 11.593	12.000	Amalfi... 6.613	9.000
Agnadas... 11.294	13.000	Envigado... 6.527	8.000
Fredonia... 10.376	11.000	Itagüi... 6.448	8.000
Sta. Rosa de		Remedios... 6.444	6.500
los Osos... 10.059	11.000	Amagá... 6.433	9.000
Yamural... 10.005	10.000	Marinilla... 5.641	7.000
Titiribí... 9.214	10.000	Zaragoza... 2.147	2.500

por término medio, y mucha más en tiempo de crecida. En ciertas épocas del año sube tal cantidad de peces por el río á hacer sus puestas en los torrentes de las montañas, que se juntan en grosísimos bancos. Los habitantes ponen vigas en los tejados de las casas y desde allí pescan en tan gran cantidad, que los restos del pescado, amontonados en las calles, apestan el aire, con grave daño de la salud pública. Un mal sendero cruza la Cordillera Occidental á 2.088 metros, y por ella se va de Quibdó á la aldea de Bolívar, en la cuenca del Cauca, pero los colonos de los valles altos del Atrato son antioqueños, que van á ellos á cultivar las tierras vírgenes, y que poblarán seguramente esta comarca, como están poblando las dos vertientes de la Cordillera. En la que cae al Atrato han fundado ya algunas aldeas, como son: Urrao, cerca de las fuentes del Murri, uno de los principales afluentes de aquel río; Frontino, Cañas Gordas y otras que se encuentran en las hoyas altas del Sucio, cuyas aguas se unen á las del Atrato en el delta. Todos estos pueblecillos son avanzadas del departamento de Antioquia, y fueron fundados en la misma cuenca en que estuvo la primera colonia española de Santa Fe de Antioquia, cerca del sitio donde existió la ciudad india de Dabeiba, famosa por el mucho oro que guardaban sus habitantes.

El río San Juan es muy semejante al Atrato, lo mismo por correr en la misma cuenca ceñida por la Cordillera Occidental y la cadena de la costa, como por el caudal de sus aguas, la feracidad de su vega, la comodidad con que por él pueden subir los vapores más de 100 kilómetros, lo solitario de sus inmensas selvas y el mucho oro que lleva en sus arenas, á lo que se añade que de la cuenca alta del San Juan se saca casi todo el platino que se emplea en el mundo. El mercado principal de los buscadores de oro es la villa de Novita, construída sobre postes como Quibdó, junto á un tributario del San Juan y á 3 kilómetros del sitio donde estuvo antes de la emancipación de los esclavos. Los marinos apenas visitan los puertos de la montañosa costa que corre de Norte á Sur paralelamente á los ríos Atrato y San Juan, y sólo en la ensenada de Baudó, población situada á orillas de un riachuelo, que engruesa con la marea, entran algunas lanchas. Las tres cuartas partes del comercio del Cauca se hace por Buenaventura, población situada en el interior de una profunda bahía sobre una islilla, frente á la cual desemboca el río Dagua. En 1539 descubrió la bahía, que es muy abrigada, Pascual de Andagoya, quien, subiendo por

el Dagua, cruzó la Cordillera; pero hasta 1821, en que fundó el Gobierno colombiano la ciudad, no hubo en este paraje otros edificios que algunas chozas de pescadores. Hoy tiene en la



Antiguas fortificaciones españolas en Puerto Bello. (Dibujo de Taylor.)

vecina costa, en cierto seno de la parte Norte, donde desemboca un arroyo, un arrabal á que llaman Pueblo Nuevo, y más comercio, sin comparación, que ningún otro puerto colombiano del Pacífico, aunque mucho menos que Barranquilla. Siguen al Sur de Buenaventura, en las pequeñas rías de aque-



lla parte de la costa, algunos puertecillos tales como Micay, Timbiqui, patria del poeta Arboleda, Iscuandé, separada del mar por una ancha faja de plantas acuáticas, viéndose enfrente la isla de Gorgona con los siete picos que la dominan, y con otra isla llamada Gorgonita, hacia su parte meridional. La extensa cuenca del Patía, situada al Sur de estos puertos, es más populosa que las de todos los ríos de Colombia que corren al Pacífico, porque no se forma de las aguas de la Cordillera Occidental, sino de las del nudo de Colombia, junto á las fuentes del Cauca, el Magdalena y el Caquetá, pudiendo considerarse la cuenca del Patía continuación de la parte alta de la del Cauca. Las ciudades y aldeas principales, como son Almaquer y Bolívar, hállanse á gran altura en la sierra, en sitios de aire puro, aunque algo frío, pero son muy sanas, al contrario de lo que sucede en los desfiladeros y gargantas que se abren á sus pies, donde el calor es sofocante y el aire apenas circula. Los montañeses huyen de las aldeas de los barrancos y parajes hondos como de la peste, y sólo los negros y los indios arrostran los inconvenientes del clima, dedicándose al cultivo de aquellas feracísimas vegas, cuyos productos son de excelente calidad, principalmente el tabaco. Tiene fama de más rica que ninguna la del Castigo (Rosario), pueblo que se halla más arriba de una grandísima hendidura ó quiebra, por donde desaparecen las aguas del Patía, después de haber corrido arremolinadas y violentas en una extensa hoya de rocas pizarrosas. Los vapores pueden subir el Patía hasta Salto, á 145 kilómetros de la desembocadura. Guardando la entrada de la meseta, junto á la frontera del Ecuador, están las ciudades de Túquerres y de Pasto, al Oeste la una y al Este la otra del hondo valle del Guaitara, tributario del Patía, y colocadas junto á los volcanes de su nombre. Túquerres lleva el de una tribu que se extinguió. Es de las ciudades frías de Colombia, pues se halla á 3.057 metros de altura, ó sea unos 30 metros más que la ciudad de Mucuchies, de Venezuela, gozándose de la meseta en que se halla de la más hermosa vista que cabe imaginar sobre los volcanes, las mesetas que se extienden á los pies de éstos y los valles y barrancos que las cortan. Pasto está poco más ó menos á la misma altura que Bogotá, y tiene parecido clima, sirviendo al comercio de sitio de descanso y depósito entre Quito y Popayán. Es heredera de la antigua ciudad de Madrigal, fundada por Belalcázar en 1539, es decir, dos años antes, y dependía de la diócesis de Quito, á cuya ciu-

dad la unían también las costumbres y la civilización de sus primitivos pobladores, habiéndose distinguido siempre los pastusos por su amor á España. Esta gente, tan diversa de la demás de la República, peleó al lado de los españoles contra los sublevados por la independencia, y aun después de haber venido éstos, siguió combatiéndolos hasta que fué vencida por Bolívar, en la sangrienta batalla de Bomboná, en las laderas del volcán de Pasto, por cuyos gloriosos hechos bien merece aquella ciudad el nombre de *leona de los Andes*, que lleva. Tienen los pastusos no poca industria de *ruanas* ó ponchos de lana y de algodón y de otras telas muy fuertes, á las que dan colores perdurables con unos tintes que les traen los indios mocoas, pobladores de la cuenca del Caquetá, fijándolos con zumo de limones silvestres y ácido sulfúrico, tomado de los vecinos volcanes, y también fabrican, además de multitud de objetos pequeños para usos domésticos, un barniz inalterable, hecho con la goma *mopamopa* que los mismos mocoas les llevan. En todo el Patía bajo no hay una sola ciudad, hallándose Barba-coas, cabeza de la comarca, á orillas del Telembi, afluente de aquél, y también navegable por vapores. En las arenas de los valles se encuentra oro, que todavía cogen algunos, pero produce más que esta industria, la agricultura. Para ir de Barba-coas á Túquerres, que es la ciudad de las mesetas menos distante de ella, hay que subir escarpados senderos, salvar precipicios y barrancos y caminar por hondonadas hasta más de 3.000 metros de altura, siendo algunos pasos tan peligrosos, que la carga de las caballerías la toman unos hombres llamados *cargueros* ó *estriberos*, que la sujetan á la frente con una correa, como ya hemos dicho que se hace en Quindío y en otras partes de las sierras colombianas. Estos *cargueros* no llevan sólo las mercaderías, sino que cuando es preciso, hacen lo mismo con los viajeros. El puerto de Barba-coas en el mar es Tumaco, en una isla, á no gran distancia de la boca del Río Mira. Antes tenía buen comercio de marfil vegetal ó *tagua*, pero ha disminuído mucho la salida de éste desde que bajó el precio en los mercados de Alemania. Hay también en este litoral algunas otras islas, todas pequeñas, y que están completamente desiertas.

Ipiales es una aduana terrestre de Colombia, en la frontera del Ecuador, correspondiente á la aduana marítima de Tumaco. Aún está más alta que Túquerres (á 3.081 metros), sobre el río Males, tributario del Guaitara, y por tanto del Patía, y

tiene igual clima, industria y población que aquélla. A pesar de que por ella se hace todo el comercio terrestre que pasa entre Colombia y el Ecuador, éste es muy escaso (1).

La dilatada región que se extiende entre el Guaviare, el Napo y el Amazonas es mucho menos conocida que la de los llanos colombianos pertenecientes á los departamentos de Cundinamarca y Boyacá, y también menos poblada, siendo en menor número las aldeas y más pequeñas que las de aquella otra parte de Colombia. Entre los pocos itinerarios de viajeros que han recorrido esta solitaria comarca, quedan grandes espacios en blanco; pero lo que hoy se sabe de ellos hace suponer que fué en otro tiempo más poblada. El curso de los ríos principales es más conocido. Por todos bajaron los españoles en lanchas hasta el Amazonas, habiéndoles seguido al cabo de unos siglos otros viajeros, contemporáneos nuestros, que sin escrúpulo se han declarado descubridores de lo que ya estaba descubierto por los conquistadores españoles.

VIII

Estado económico y político de Colombia.

A pesar de las mortíferas guerras civiles y de ser tan malas las vegas y llanos de las tierras bajas, donde el calor, la humedad y la estancación de los vientos son tan grandes, la población de Colombia crece constantemente de año en año, calculándose que en el espacio que va de la guerra de la Independencia á hoy, se multiplica en tal proporción, que dobla cada cincuenta años.

Aún no se conoce en Colombia esa muchedumbre de pobres que se encuentran en las naciones de mucha industria, pues la mayor parte de sus habitantes viven de la agricultura, y

(1) Ciudades importantes del departamento de Cauca y número aproximado de habitantes de su distrito:

Cali.....	16.000 habitantes.	Nóvita.....	8.000 habitantes.
Palmira.....	15.000 —	Bandó.....	8.000 —
Pasto.....	13.000 —	Quibdó.....	7.000 —
Ipiales.....	13.000 —	Cumbal.....	6.500 —
Buga.....	12.500 —	Almaguer.....	6.500 —
Popayán.....	10.000 —	Barbacoas.....	6 0/0 —
Cartago.....	9.500 —	Buenaventura..	5.000 —
Túquerres.....	8.500 —	Iscuandé.....	5.000 —
Túnaco.....	2.5000

aunque no por eso deja de haber pobreza, en ninguna parte es tanta, que llegue á faltar el pan de cada día, si alguna inundación, invasión de langosta ó cualesquiera otra desgracia de parecida índole no es causa de ello. Hace mucho más de medio siglo que desapareció del todo la esclavitud, pero aún quedan restos de cierto género de servidumbre, sobre todo en ciertas provincias donde la propiedad está menos repartida, y no tiene la gente pobre otro recurso que ir á trabajar como peones á las casas y haciendas de los ricos, á los que siempre aparecen debiendo algún dinero. Sin embargo, lejos de faltar en Colombia tierra para sustentar á sus actuales pobladores, sobra tanta que, aunque fuesen veinte veces más, podrían vivir de ella. Menos en la tierra fría, donde la inclemencia del cielo y la pobreza del suelo obligan al labrador á un continuo trabajo, el cultivo de los campos es fácil y productivo en toda la República, pues sólo se benefician los mejores, por lo que casi sin gasto ni esfuerzo se consiguen maravillosas cosechas, según sucede, por ejemplo, en ciertos sitios de la cuenca del Cauca, donde el maíz da 300 por 1. Siendo tan fácil y cómoda la vida, compréndese que los labradores colombianos puedan estar ociosos mucha parte del año, sin otra ocupación que hacer del maíz chicha, y del guarapo caña de azúcar, y además una especie de aguardiente de savia de *furcroya*, semejante al mejicano, del que fabrican mucha cantidad de Cucui. Con fibras de esta misma planta hacen paños, cuerdas y sacos, y con las de *carludovica* y otros vegetales fabrican sombreros. También aprovechan muchas hierbas, hojas y raíces de plantas de los bosques y de los llanos para hacer colores con que teñir sus telas. Los españoles introdujeron en este país multitud de plantas de Europa, siendo una de las primeras, entre los árboles frutales, el melocotonero, que se ha hecho de hoja perenne.

Como Colombia se halla más concentrada en sí misma que Venezuela, el Perú y Chile, naciones en las cuales las comarcas populares se hallan cerca del mar, tiene poco comercio exterior, consumiendo sus mismos habitantes casi todo lo que producen. De las mercancías que exporta, las principales son los cafés de Santander y de Cúcuta, tabacos de Carmen, de Ambalema y de la cuenca del Cauca, marfil vegetal producido por el *fitelefas*, cortezas de cinchona y más que nada oro de Antioquia. Entre los productos manufacturados que envía al extranjero, sólo merecen mención los cueros. En muchos sitios,

señaladamente en la meseta de Bogotá, es más importante la ganadería que la agricultura. Sin duda, podría tener Colombia poblados sus inmensos llanos de tantos rebaños como tiene Venezuela en los suyos, si á ello no se opusiese la gran diferencia de clima y suelo que hay entre las mesetas y sierras de las cordilleras y los dilatados campos cuyas aguas corren al Orinoco.

Aunque la población de Colombia es dos veces mayor que la de Venezuela, su comercio exterior no llega á la importancia de ésta, lo que se explica fácilmente atendiendo á la situación geográfica y á la forma del suelo en ambas naciones. En Venezuela, las comarcas de mayor población y riqueza se hallan junto al mar, no estando separadas de éste Caracas, que es la capital, y Valencia, segunda ciudad de la República, más que por una pequeña sierra, y además, el Orinoco permite llegar á los barcos hasta Ciudad-Bolívar, en el corazón de los llanos, circunstancias favorables al comercio, que se completan con la de hallarse las costas más cerca de los Estados Unidos y de Europa que las de Colombia. En esta nación, las ciudades más populosas se encuentran en las altas mesetas del interior, como son las de Cundinamarca, Boyacá, Santander y Antioquía, adonde no se llega sino por largos y peligrosos caminos, lo que es causa de que las mercancías europeas doblen de precio con los gastos del transporte. De aquí resulta, que lo que Venezuela compra á los extranjeros ha de producirlo Colombia en su propio territorio, ingeniándose los colombianos en fabricar cuanto necesitan para su uso, y cultivar todas aquellas plantas necesarias á su sustento, y así, si por cualquier imprevista circunstancia se interrumpiese el comercio con Europa, los inconvenientes no serían grandes, reduciéndose á que algunas familias ricas usasen, en vez de ciertos muebles y telas lujosas del extranjero, otros más modestos. De esta mayor importancia del tráfico interior nace, en mucha parte, el ser Colombia más resistente á la invasión de ideas y modas extranjeras, razón de que haya conservado, mejor que otras Repúblicas sudamericanas, su carácter propio. En la guerra de la Independencia tuvieron también que contar con sus solos recursos, sin que les ayudaran, como á los venezolanos, aventureros de todos los países. Esto no obstante, consiguieron su autonomía, y pudieron además enviar al Perú y á Bolivia, hasta Potosí y Chuquisaca, un ejército que de 1823 á 1826 peleó por la de estos países.

Dos partidos se han disputado mucho tiempo el gobierno de la República de Colombia, y según venía uno ú otro, cambiaba éste. Hasta 1885, los radicales conservaron á la República la forma federal copiada de los Estados Unidos de la América del Norte, pero habiéndoles vencido los conservadores, triunfó con ellos la forma unitaria, pasando los nueve Estados antiguos á departamentos dependientes de la asamblea soberana reunida en Bogotá, residencia del representante del poder ejecutivo nombrado por las dos comarcas. El sufragio no es universal, y sólo pueden votar los mayores de veintiún años que tengan algún oficio ó carrera, ejerzan cargo público ó posean renta, los cuales eligen los concejales y los gobernadores de los departamentos, pero no los diputados ni los senadores, cuyo nombramiento se hace en segundo grado, es decir, reuniéndose los electores y designando otros, á cuyo cargo corre aquella elección.

El Congreso tiene un diputado por cada 50.000 habitantes, y para entrar en él se requiere ser mayor de veinticinco años. La elección es por cuatro, y no es preciso acreditar renta alguna. Los senadores no pueden serlo sino después de cumplidos treinta años y teniendo cierta renta. Cada departamento elige tres, lo que hace un total de veintisiete, á los cuales, el presidente de la República añade otros seis de su particular elección. El cargo dura seis años, y cada dos reúne el Congreso, que elige presidente y vicepresidente por otros seis, y nombra un substituto para ocupar el puesto del presidente en caso de quedar vacante. Según la Constitución, el Senado tiene derecho á residenciar á los ministros, pero no puede condenarlos si no votan la sentencia las dos terceras partes de los senadores, bastándole, por tanto, al presidente una minoría de doce amigos para hacer ilusoria esta prerrogativa. Compónese el Consejo de Estado de seis miembros, nombrados dos por el presidente, dos por los senadores y dos por los diputados. En esta Constitución sólo falta al jefe del Estado el título de rey, pues es irresponsable y reelegible y no se le puede deponer ni acusar. Nombra ocho ministros, que son los del Interior, Hacienda, Guerra, Estado, Tesoro, Fomento, Instrucción pública y Justicia, los embajadores, gobernadores de departamento, consejeros de Estado, jefes militares y la mayor parte de los empleados importantes, con la facultad también de dar estos cargos á los diputados, pues la Constitución no lo prohíbe. El Tribunal Supremo, compuesto de siete individuos nombrados

por toda la vida y los demás tribunales inferiores, así como también el Banco Nacional, dependen del gobierno de Bogotá. Han sido suprimidas las milicias de los Estados, y ya no se reúnen las diputaciones de éstos sino una vez cada dos años, como el Congreso, sin que en la reunión se puedan tratar otros asuntos que los administrativos, con todo lo cual, claramente se advierte que la centralización es tan grande ó mayor en Colombia que en muchas monarquías parlamentarias y quizás no menos que en la República francesa. El Código civil es copia casi en todos sus artículos del chileno, adoptado en 1857 por el Estado de Cundinamarca y luego por los demás. La religión oficial es el Catolicismo, estando los poderes públicos obligados á protegerla y hacerla respetar como primer elemento del orden social. La Iglesia vive muy independiente del Estado, gobernada por un arzobispo y siete obispos sufragáneos, y aunque las órdenes monásticas fueron abolidas en 1863, quedan en el país algunos religiosos y religiosas. Toléranse los cultos no católicos, pero á condición de que no sean contrarios á la moral cristiana.

Divídese la República en quince Departamentos, cuatro Intendencias y un Distrito Capital.

Los Departamentos son:

Bolívar, capital Cartagena; Atlántico, capital Barranquilla; Magdalena, capital Santamarta; Santander, capital Bucaramanga; Galán, capital San Gil; Tundama, capital Santarrosa; Boyacá, capital Tunja; Quesada, capital Zipaquirá; Cundinamarca, capital Facatativá; Huila, capital Neiva; Nariño, capital Pasto; Cauca, capital Popayán; Caldas, capital Manizales, Antioquia, capital Medellín; Tolima, capital Ibagué.

Las Intendencias son:

Goajira, capital Sanantonio; Meta, capital Villavicencio; Alto Caquetá, capital Florencia; Putumayo, capital Mocoa.

El Distrito Capital lo forma la ciudad de Bogotá, capital de la República.



Las landas. (Dibujo de Ri6n).

VENEZUELA

I

El pa6s.

El nombre de Venezuela procede de las muchas casas levantadas en las orillas del mar y sobre estacas que hallaron Ojeda y Am6rico Vesputio en la laguna 6 golfo de Coquibacoa, hoy Maracaibo, cuando por primera vez entraron en ella, el a6o 1499. Viendo un grupo de dichas casas, encima de las tranquilas aguas, rodeadas de sus piraguas y en comunicaci6n entre s6 por peque6os puentes levadizos, v6noles 6 la memoria el recuerdo de Venecia, y llamaron 6 aquella aldea Venezuela 6 Venecia peque6a. Pero como en toda la orilla del lago hab6a otras aldeas semejantes 6 6sta, fu6 corriendo por ella el nombre, y hecho ya se6or de tanta tierra, sali6 por la que va hasta las bocas del Orinoco, que era la llamada propiamente Tierra Firme, y qued6 con el nombre de Venezuela hasta obscurecer la denominaci6n de Capitan6a general de Caracas, que mucho tiempo di6 el gobierno espa6ol 6 esta gran comarca.

Venezuela es hoy todo lo que est6 entre las fronteras de Colombia, el Brasil y la Guyana inglesa, de un lado, y el mar de otro. Hasta hace poco los l6mites terrestres eran tan dudosos, que hubiera sido temeridad se6alarlos: tanta diferencia hab6a en los que cada uno de aquellos Estados se adjudicaba,

en daño del vecino y propio beneficio. Con Colombia mediaban grandes disputas, que por fortuna se reducían á notas y contranotas diplomáticas, hasta que puesto el pleito en manos de España, ésta le decidió, atendiendo á los documentos que se guardan en sus archivos.

Después de establecida la nueva frontera con Colombia, y admitido el hecho de una usurpación realizada por Inglaterra por la parte de la Guayana, apoderándose de una extensión de 90.000 kilómetros, quedó Venezuela reducida á las dos terceras partes de lo que era, pero aun así es un gran Estado, y aun grandísimo, teniendo en cuenta sus pocos pobladores (1). La mayor parte del territorio hállase casi desierta, ó habitada nada más que por algunas tribus de indios, y falta mucho para que esté bien conocida. Las regiones que confinan con la Guayana inglesa y todavía más que éstas las vecinas al Brasil, apenas han sido cruzadas por algunos viajeros, á cuyas indicaciones, así como á las noticias que dan los indios, se reduce lo que sabemos para trazar los mapas en que las representamos.

Los venezolanos se alzaron contra España en 1810. El resultado de la guerra estuvo dudoso largo tiempo y en más de una ocasión faltó poco para que se restableciese el antiguo gobierno. El gran terremoto de 1812 hizo mucho daño á los partidarios de la independencia, porque ocurrió en Jueves Santo, de cuya circunstancia sacó gran partido el clero para predicar que Dios había enviado aquella calamidad en castigo del alzamiento. En poco tiempo se rindieron á los españoles todas las ciudades rebeldes, incluso Caracas, donde se hallaba el general Miranda, jefe de la insurrección. La capital de Venezuela estaba reducida á ruinas. Al segundo alzamiento ayudaron poderosamente los extranjeros venidos de las Antillas, de la América del Norte y de Europa. A ninguna de las provincias españolas de América acudieron tantos. Se asegura que llegaron á figurar en el ejército venezolano 9.000 ingleses americanos, franceses, etc. Sólo negros de Haití se contaban 1.000. Pero también la situación geográfica de Venezuela favorecía la llegada de tropas españolas, y aunque de la península pudieron enviar muy pocas, iba siendo cada día más difícil la resistencia. No se sabe cuándo ni cómo hubiera acabado la guerra si en ella no hubiese entrado contra España toda la pobla-

(1) Extensión y población de Venezuela: 972.000 kilómetros cuadrados con 2 millones y medio de habitantes.

ción de los campos, en primer término los *Llaneros*, gente diestrísima (como de raza española) en pelear en partidas ó guerrillas, sin darse un momento de reposo ni dárselo al enemigo; y como éste cada vez recibía menos refuerzos, acabó por cansarse y consumirse. La batalla de Carabobo dió la independencia á Venezuela, la cual formó con Nueva Granada y el Ecuador la República de Colombia. Los honores de la victoria fueron para el famoso general Simón Bolívar, apellidado el *Libertador*, cuyo nombre se encuentra en todas las ciudades y villas de Venezuela, aplicado á alguna calle ó plaza, ó á un monumento levantado á su memoria.

II

Montes y llanos.

Los montes cuyas faldas lame el Orinoco, dando hacia occidente grandísimo rodeo, estuvieron sin duda unidos en otro tiempo á los Andes, cuando entre ambas sierras mediaban extensos lagos. Rompiéronse los diques, fueron bajando las aguas al Atlántico y con ellas mucha cantidad de tierra que arrancaban éstas de las arruinadas vallas que antes las contenían. Con esto y con haber quedado muchas de estas tierras de acarreo amontonadas acá y allá, perdió aquella vastísima comarca su primer aspecto, de tal suerte que hoy es muy difícil imaginar cómo estaban antes y aun descubrir la primitiva arquitectura entre los escombros y alteraciones de tantos siglos. Añádase que los montes orientales no forman una verdadera cadena, sino que más bien son grupos de anchos cerros que se levantan sobre una meseta, y que se apoyan en contrafuertes esparcidos en todas direcciones, unos de suaves laderas, otros muy escarpados, con grandes precipicios y cumbres de la más singular apariencia, pues los hay semejantes á agujas, y extrañas torres, encontrándose también en estos laberintos, llanos redondos como circos. A tan quebradísima y extraordinaria región llaman Párima en recuerdo del fantástico lago de Párima, centro del famoso *Dorado*, donde los palacios eran de oro y piedras preciosas: paraíso de avaros que todos los aventureros del siglo XVI, Raleigh entre ellos, buscaron con tantos afanes.

En esta confusión de montes sobresale como sierra principal é independiente la que da al Orinoco sus primeras aguas y nacimiento al río Branco, pero es también de las menos cono-

cidas, no habiéndose atrevido á penetrar en ella los individuos de la comisión de fronteras venezolano-brasileñas en su viaje de exploración de 1880 á 1883. Sólo por noticias aisladas de ciertos viajeros se sabe, sin mucha certeza, que la componen rocas graníticas cubiertas de capas de gres, y supónese que las cumbres más altas pasan de 2.000 metros. Las que se hayan cerca de las fuentes del Orinoco tendrán de 1.200 á 1.400. Más al Norte esta sierra cambia de nombre y pasa á llamarse de Maigualida, cerca de donde nace el Ventuari, y de Matos entre el Cuchivero y el Caura. En esta última que, como la anterior, está en la Guyana de Venezuela, se encuentra el cerro de Mato, de 1.868 metros. Las colinas graníticas de Caicara, fronteras á la desembocadura del Apure y los peñascos de Cabruta que se hallan enfrente, en la orilla opuesta del Orinoco, y rodeados por la inmensidad de los llanos, pertenecen también al sistema montañoso de Párima. Entre ambos grupos de alturas rompió el gran río la barrera que se oponía á su paso y torció al Oeste para ir en busca de las aguas del Atlántico. También se llaman montes de Párima los que corren á lo largo de la margen derecha del Orinoco en el seno de la curva que describe. Destácase de entre las irregulares filas de estas sierras el cerro Duída (2.474 metros, que es de forma de pirámide y está cubierto de frondosidad. Domina su encrespada cumbre el sitio en que las aguas del río se derraman hacia el Negro por el Casiquiare, y la ven desde muy lejos los que navegan por ellas. Algunos la han denominado volcán, sin duda fundándose en haber oído decir á los indios que sobre los bosques que cubren su parte más alta se ven á veces ciertas llamaradas; pero suponiendo el hecho cierto, será prudente atribuirlo á fuegos fatuos, y de ningún modo á las causas que se han supuesto. Aún tiene mayor altura que el Duída el cerro de Maravaca ó Maraguaca, que se levanta más al Norte hasta la altura de 2.508 metros. El de Maparama, que se encuentra al Noroeste, y el de Neiva, alcanzan á 2.187 y 1.838. Del otro lado de la profunda cuenca del Ventuari hay también grandes montes, entre ellos el Yamari (2.258 metros), el Cunavana (1.884) y otros, cuyos contrafuertes caen sobre el Orinoco en forma de torres, escalinatas gigantescas ó paredes verticales. En la margen izquierda del río sobresalen algunas montañuelas, que vienen á ser prolongación de las sierras nombradas. La más alta es el pico de Uniana (582 metros), al que sirven de lazo de unión con ellas las rocas graníticas de Atures, donde corre impetuoso el

Orinoco. Lo notable de todos estos montes de Párima y de cuantos de ellos dependen, es que parecen aislados y colocados sin el orden que siempre vemos en las sierras.

En la parte de Venezuela, limitada por el Orinoco, la cuenca del Caura y los montes de la Guyana, el suelo sigue siendo quebrado, y hay algunos cerros que pasan de 1.000 metros. Los más dignos de mención son los que se alzan al Este de dicha cuenca, á saber: el Chanaro (1.672), el Turagua (1.838) y el Tacuto (1.048). Paralelas á esta sierra, corren las otras de la Guyana venezolana, es decir, de Sudeste á Noroeste, que es la misma dirección de la de Párima, y de ellas sólo una pasa de 1.000 metros. El famoso monte Roraima, gran mojón que separa las aguas del Esequivo, el Amazonas y el Orinoco, y que sin duda puede contarse entre las montañas más altas de las Guyanas, tiene 2.286 metros. Aunque no llega á la zona de las nieves eternas, es de majestuosa y casi terrorífica apariencia. Sobre altas terrazas y hondos valles en que crecen infinitas plantas y árboles de tropical verdor, levántase casi á pico una enorme roca de 500 metros de altura, cuya espaciosa cumbre, de seis kilómetros de extensión, semeja la plataforma de una fortaleza de gigantes. El suelo de esta gran plataforma parece liso desde lejos; pero una vez en él, se ve que está cubierto de grandes peñas, que no son sino fragmentos de la masa principal disgregados por la acción continua de los meteoros. Abajo flanquean las paredes de la ciudadela otras ruinas que la naturaleza ha ido amontonando y disponiendo en largas pendientes. Otros montes próximos al Roraima se le parecen mucho, si bien ninguno es de tanta altura. A uno de ellos llámanle monte de los Cristales, porque efectivamente está cubierto de cuarzo cristalino, únicos restos de las rocas que allí existieron. Es indudable que el Roraima fué antes un llano y que las aguas han ido abriendo en torno suyo barrancos y llevándose las tierras que le rodeaban, hasta dejarle aislado y en forma de montaña, quedando un hermoso monumento de remotas épocas geológicas, que por un capricho de la naturaleza continúa de pie en los tiempos actuales. En la meseta de la cumbre nacen muchas fuentes, que bajan en cascadas por las laderas, adornando el color rosado de la roca con la blanca espuma de sus cascadas. Los arecunas, indios que viven en los campos próximos, veneran á la majestuosa montaña y la dedican himnos, y dirigen invocaciones, cantando: «¡Oh, Roraima, roja montaña rodeada de nubes y madre de las aguas!»

Los Andes continentales comienzan en la misma orilla de las bocas del Drago, frente á la punta Nordeste de la isla Trinidad, con el nombre de Montes de Paríá. Su regularidad es grande, pero su altura escasa. Sin embargo, el primero de sus cerros domina al mayor de la isla de enfrente, llegando á 1.070 metros. De allí sigue la cordillera, que es de origen volcánico, hasta el golfo de Cariaco, espacio de unos 250 kilómetros. Al Al Sur limitanla, de un lado el golfo de Paríá, y el opuesto el de Cariaco, y entre estas dos profundas entradas que el mar hace en el continente, hay una llanura baja, en la que aún queda un lago, como restos de las aguas marítima que en otro tiempo la cubrieron, juntando los dos golfos. Por esta llanura, que riegan riachuelos de cauce poco pendiente, se abrirá algún día, de modo más ó menos completo, la interrumpida comunicación.

Las montañas de Cumaná, situadas al Sur de las anteriores, son más desiguales, dispuestas en la misma dirección (de Este á Oeste) y de mayor altura. Hacia el centro levántase el Turumiquire hasta la respetable altura de 2.027 metros, y en el extremo occidental el Bergantín, que llega á 1.668. Los valles son á veces estrechos, de laderas muy desiguales y poco accesibles, pero en cambio hay sitios en que se puede subir de la base á la cumbre de los montes por terrazas puestas unas sobre otras como escalinatas gigantescas. El corazón de estas montañas está formado de rocas metamórficas, schistos, calizas y gres, cubiertas de capas de creta. Espaciosas cavernas penetran en su interior á gran distancia y sirven de guarida á infinitas aves que viven en ellas, especialmente murciélagos, únicos dueños de estas ocultas moradas, cuyas entradas esconden tupidas cortinas de bejucos y ramas. De un lado mueren los montes de Cumaná en las llanuras del delta de Orinoco, y del opuesto extiéndese al Oeste y al Sur, cayendo á pico en la inmensidad de los llanos. Después no se encuentra sierra alguna en largo trecho, y sólo interrumpe la uniformidad de aquellos campos el Morro Unare, que sobre ellos destaca su masa de 1.000 metros de altura, rodeada de las aguas del caudaloso río Unare, que allí mismo desemboca. Pero andando hacia Occidente, descúbrense otras dos sierras paralelas, una marítima ó costera, y otra más interior, que guardan diferente orden que las de Paríá y Cumaná, porque la primera es la principal y más alta. Comienza ésta de pronto en el cabo Codera con caracteres que declaran ser continuación de la de

Cariaco y Paríá. Es toda de gneis, micaschistos y rocas metamórficas, y baja casi perpendicularmente sobre el mar, sin que entre ellos se interponga playa alguna. Tan escarpada es la falda, que no se podría subir á la sierra y transponerla, si no fuese por los infinitos rodeos que da el camino. Entre la Guaira, á orillas del mar, y Caracas, en la vertiente meridional, el lomo de la sierra sube á 1.600 metros, con una inclinación de 55 grados. El pico culminante, llamado de Naiguatá, es un gran monte de gneis con venas de cuarzo, y una de sus faldas está cortada verticalmente. Hasta hace pocos años se le creía inaccesible, pero en 1874 treparon á su cumbre (2.782 metros) los viajeros Spence y Ernst. Sobre la capital Caracas se alza la famosa Silla, á la que esta vecindad dió siempre muchos visitantes y fama de aventajar en altura á los otros picachos. Según Avelado, ésta fama es usurpada, siendo la Silla 117 más baja que el Naiguatá. El antiguo camino de Caracas á la Guaira era una vereda, hoy abandonada, que cruzaba la sierra por el puerto inmediato á esta montaña.

El valle longitudinal que separa la cadena de la costa de la del interior no es tan hondo como los golfos de Paríá y Cariaco, y le forman la cuenca del río Tui al Este, y la profunda cavidad en que duerme el lago de Ticaragua al Oeste, entre los que sólo se interponen las colinas de Teques, que por ser bastante elevadas, llevan á veces, sin dejar de merecerlo, el nombre de *sierra* de Higuerote, peñascos de gneis que sirven de lazo de unión entre los dos sistemas de montañas. Las montañas de la segunda cadena no alcanzan á la mitad de la altura de la primera, no pasando su pico más alto de 1.278 metros. Allí donde la costa vuelve hacia el Norte y se abre el seno en forma de media luna, á que llaman golfo Triste, intérnense los montes en el continente, marchando hacia el Sudoeste, y empiezan á denominarse Andes en el lenguaje popular. Cruzan la comarca que está entre la cadena, el golfo Triste y la laguna de Maracaibo, estribos irregulares que marchan de Sudoeste á Noroeste, es decir, en la misma dirección que la cordillera, y en ellos aparecen, al través de terrenos más modernos, rocas cristalinas. Al Sur del golfo de Coro está el cerro de San Luis, que es el principal de la región. En la isla Paraguana, unida á Tierra Firme por un angosto istmo de médanos movidos sin cesar por el viento, hay otro cerro, el de Santa Ana, de 397 metros de alto, acompañado de sierrezuelas que copian en todo la disposición de las del continente vecino. Entre los

Andes reconocidos como tales y los venezolanos ó Sierra de Mérida, de que vamos á tratar, media una cortadura tan profunda que sólo divide al río Yaracui del Cogedes, tributario del Portuguesa (y por éste del Apure y del Orinoco), un umbral de 360 metros.

La única cordillera de Venezuela á que se ha podido dar nombre de Nevada, es la de Mérida, que tiene muchos picos de más de 4.000 metros, y entre ellos cinco que pasan del límite de las nieves eternas. De estos picachos hay dos á que llaman Nevados, que son La Concha y La Columna, y cuya altura es de 4.700 metros. De La Concha baja un pequeño ventisquero, al que suelen ir los indios á coger hielo para el consumo de los vecinos de Mérida. El núcleo mayor de la sierra compónese de varias filas de altos montes enlazados por estribos oblicuos á ellos y formados casi todos de rocas cristalinas y schistos antiguos. En medio está el monte Mucuchies, dominando el puerto por donde pasa, á 4.120 metros de altura, el camino preferido por los viajeros que cruzan la sierra. Entre estos picachos, sobre páramos cubiertos de hierbas cortas, musgos y líquenes, á más de 3.500 metros sobre el nivel del mar, halláanse los poblados más altos de Venezuela, á pesar de la frialdad de los vientos y de las heladas nieblas que envuelven estos altísimos parajes. La vertiente septentrional de estas montañas cae como una pared sobre las llanuras que rodean el lago de Maracaibo, y nada tan bello y de hay tan grandioso efecto como ver sobre la selva virgen los ríos y los pantanos, los estribos cretáceos de la cordillera dominando majestuosamente el paisaje. La mayor parte de las aguas bajan en torrentes espumosos al Norte hacia Maracaibo, y al Sur hacia el Apure, tributario del Orinoco, pero algunos de éstos quedan aprisionados por sierras paralelas hasta encontrar salida, rompiendo entre altas rocas y por estrechísimas gargantas para bajar al terreno llano. Algunos afluentes del Apure nacen en el corazón de la cadena, siguen la marcha de ésta, corriendo hacia el Sudoeste y luego cambian de pronto el rumbo para unirse al río principal. Una de las gargantas así formada es de particular importancia, porque si bien pertenece del todo á Venezuela puede considerarse como límite entre sus montes y los de Colombia, por separar los Andes de Mérida de los de Pamplona, primeros montes de los colombianos. La frontera política pasa por el río Táchina, cruzando después el alto y ventoso páramo de Tamá.

En Venezuela no se conocen volcanes activos, pero sí seña-

les de haberlos habido, más que en ningún sitio en San Juan de los Moros, al Sur de los montes Caribes. Lo que sí es muy cierto es un extraño fenómeno visto así en los llanos como en las montañas y en la costa como en el interior, y todavía no muy bien explicado por los sabios. Hablamos de él al tratar de ciertas llamaradas que solían verse en el monte Dufda, y ahora añadiremos que otros muy semejantes ó iguales se han visto en la provincia de Cumaná (faldas del monte Cuchivano) á orillas de la laguna de Maracaibo, en los pantanos del Catatumbo y de sus afluentes, y que sobre la hierba de los llanos corre á veces una llama sin consumirla ni quemarla. Los indios de la costa cercana á Maracaibo designan estas llamaradas con el nombre de *faro ó linterna*, porque pretenden que sirven de guía á los navegantes. Los llaneros le dan el nombre de *fuego de Aguirre*, mostrando cómo ha pasado de generación en generación al cabo de trescientos años el recuerdo del famoso pirata de dicho apellido. Hay quien dice que unos lagos de asfalto, brea ó alquitrán (que de todos estos modos les conocen) iguales á otros que existen en la isla de la Trinidad se han inflamado espontáneamente en más de una ocasión. Son muy numerosos en el delta del Orinoco, en la cuenca del Unare y á orillas del lago Maracaibo, y se aprovecha la materia que contienen, mezclándola con sebo, para calafatear buques. Quizás sean efectos volcánicos las muchas fuentes termales, en su mayor parte sulfuroso-salinas que brotan en la región de las montañas, sobre todo á lo largo de las líneas de fractura en los montes de Cumaná, en las playas del golfo de Cariaco, en las márgenes del Tacarigua y en la Sierra de Mérida. Las más celebradas son, según Humboldt, las de las Trincheras, que manan de unas rocas entre Valencia y Puerto Cabello, cerca del boquerón por donde en otro tiempo salían las aguas del lago. También deben mencionarse el Azufral Grande y el Azufral Chiquito, en la península de Araya, al Norte del golfo de Cariaco, que son grandes surtidores de agua hirviendo, ó géiseres, cuya agua, al enfriarse, deja depósitos de azufre. Tantos y tan fuertes terremotos han removido el suelo de Venezuela, que Humboldt le consideró uno de los más sujetos á este fenómeno de cuantos hay en el mundo. El de 1812, que fué de los más terribles, redujo á escombros la ciudad de Caracas, enterrando entre éstos á más de 12.000 personas; pero antes hubo otros no menos desastrosos, como fué el que en 1550 levantó seis metros las aguas del mar y las arrojó sobre Cumaná, destruyéndola. En 1766 fué

víctima de parecida catástrofe esta misma población, y luego siguió estremeciéndose la tierra más de quince meses. También Mérida ha sido muy combatida por los terremotos, y Caracas padeció, antes del que hemos mencionado, otros muchos. Del de 1812 quedan como señales grandes grietas, que las aguas van ahondando y ensanchando.

Los llanos de Venezuela ocupan una extensión de medio millón de kilómetros cuadrados, limitada por la corriente del Orinoco que, según hemos visto, describe un gran círculo, por los montes al Oeste y por el delta al Este. No todos los campos de esta región estuvieron en otro tiempo bajo las aguas y fueron nivelados por ellas, y así el suelo no es tan igual como pudiera creerse, dado su nombre. En muchos sitios levántanse colinas de paredes verticales, á las que llaman bancos ó mesas, conforme á su altura y dimensiones. Algunas están seguidas, remedando pequeñas sierras, y llegan á ser divisorias entre cuencas de ríos, de lo que es buen ejemplo lo que sucede en los llanos orientales, donde aquéllos corren unos hacia el mar de los Caribes y el golfo de Paríá, y otros hacia el Orinoco. En esta pequeña hinchazón del terreno la divisoria no siempre es visible. Profundos barrancos abiertos por las lluvias cortan aquí y allá los llanos, rompiendo la igualdad del suelo con las líneas sinuosas de sus surcos. También cambia mucho el paisaje según la tierra tenga alguna humedad ó esté seca, revelándose tales circunstancias en el aspecto de la vegetación, sea ésta de árboles, arbustos ó plantas bajas. La comarca más árida de los llanos es la que los montes de Cumaná guardan de los vientos alisios, donde la sequedad es tanta, que si los viajeros no llevarsen agua morirían de sed en estos desiertos. Sólo cubre el suelo escasa y agostada hierba. El suelo unido y horizontal como la superficie de un mar, cubierto de abundantes y crecidas hierbas secas y amarillentas en la época de los alisios, lozanas y unidas en las de las lluvias, ofrece inmenso campo á la vista, sin otro límite que la línea donde parece confundirse con el azul firmamento que sobre él cae como una cúpula colosal. Diríase que es este el reino de la uniformidad, porque es tan vasto el cuadro, que todo absorbe en sí, advirtiendo la vista únicamente los pormenores del primer término más inmediato al viajero. Lo que no es la florecilla hollada por la planta de éste, ó el animalillo que asustado cruza el sendero, piérdese en la inmensidad del espacio inundado de luz. La naturaleza descansa de su obra, orgullosa de ella, con tan solemne silencio

y majestuosa calma, que humilla, cansa y abate al pobre ser humano, perdido en su seno, con la conciencia de su pequeñez y sin otro reposo ni alivio que ver cómo va caminando delante de él, el remoto semicírculo del horizonte. La sola novedad que advierte es el cambio de luz que acompaña á las diversas horas del día.

Hay *llanos altos* y *llanos bajos*. Aquéllos son los primeros que se encuentran al descender de las montañas, con cuyas rocas, desmenuzadas y arrastradas por lluvias y torrentes se han ido formando. Baján en pendiente suave hacia los otros y su altura media es de unos 100 metros. Los *llanos bajos* son la prolongación de los altos hasta los lechos del Orinoco y del Apure. En los primeros estribos de la sierra, sobre todo al Sur de Caracas y del Estado de Carabobo, vense unas graderías de rocas paralelas, á que llaman *pretiles*, de tan singular disposición y perfecta hechura, que parecen obra humana. La sierra está cubierta de bosques y los llanos de hierbas. Donde terminan éstos y comienzan aquéllos acaba la vegetación herbácea y comienza la forestal. La línea que los separa es sinuosa como la de una costa combatida por el mar. En parajes en que las faldas de los montes son poco escarpadas, vese á veces una península de árboles avanzar la campiña adelante entre dos golfos de hierba, ó alguna bahía herbácea meterse entre dos arboledas como cabos ó grandes lenguas de tierra. El paso de la una á la otra no es repentino. Los bosques pierden parte de su espesura y vanse aclarando y dividiendo hasta acabar en grupos de arbolillos, y los llanos, que al principio ostentan algunos arbustos presentan pronto, según su nombre indica y los pinta la fama, sin otra variación que algunas palmas, plantas espinosas y chaparros raquíuticos.

Mientras duró la guerra de la Independencia vióse la flora de los llanos libre de sus mayores enemigos, que son los rebaños montaraces, á los que los dos ejércitos daban caza para obtener víveres, de que siempre estuvieron muy necesitados. Acabaron con una buena parte, y los retoños pudieron crecer, en vez de ser pasto de tantos millares de bueyes que antes los consumían. Desde entonces, hasta 1875, el arbolado fué aumentando con cierta rapidez, y es seguro que toda la región se cubriría de selvas, por ser para ello suficientes las lluvias con que las riega el cielo; pero si la ganadería vuelve á prosperar no nacerán nuevos árboles, y morirán los que ahora existen. En los llanos de Venezuela, como en las praderas del Illinois, aunque no

llueve lo que en la sierra, las lluvias serán suficientes para que crecieran frondosas arboledas, si pudiesen defenderlas de la voracidad del ganado.

Los torrentes de las sierras, y con particularidad los de la de Mérida, bajan al Orinoco y al Apure por laderas muy pendientes. Muchos son ramblas ó gargantas que crecen y se desbordan en invierno (estación lluviosa), quedando en verano (estación seca) tan reducidos, que algunos casi dejan de correr, siendo entonces sucesión de charcas separadas por arenales ó playas, asilo de los pescados qu^e abundan muchísimo. Pero el agua sigue corriendo bajo la arena, por la cual se filtra, y los ribereños, cuando quieren beberla más pura que la contenida en dichas charcas, abren un pozo, que luego se llena. En el espacio limitado por la sierra de Mérida al Noroeste, el Apure al Sur y el Portuguesa al Este, todos los torrentes son ramblas del género descrito, al menos en la parte media de su curso. En la alta, las fuentes de las montañas los alimentan con suficiente abundancia para que en época alguna del año suspendan su marcha; y en la baja, cerca ya de la desembocadura, el caudal del río en que mueren (Apure, Portuguesa ú Orinoco), deja siempre aguas sobrantes que refluyen hacia el lecho seco y se llenan en parte, sustentando en sus márgenes, con este riego, vegetación lozana y espesa. No faltan indicios de que en otro tiempo eran estos ríos más caudalosos. Cuentan los indios que el Guárico, que nace en las montañas próximas á Tacarigua, y que riega las llanuras de Calabozo para morir en el Apurito, corría en todo tiempo, en vez de formar como ahora un rosario de estanques en la estación seca.

III

Ríos y lagos.

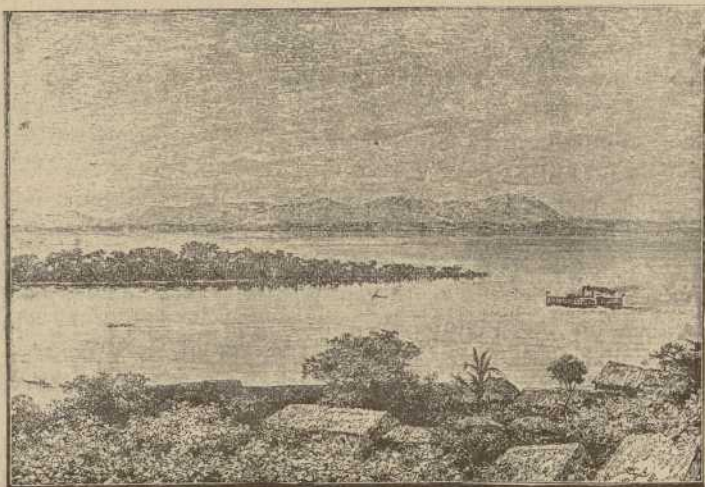
El verdadero nombre del Orinoco, cuando los españoles le descubrieron, era Paragua, voz que como las de Paraguay, Paraná y tantas otras análogas que se encuentran en la América del Sur, quiere decir *agua grande*. A ésta se sobrepuso la de Orinoco, alteración de Orinucu, que oyó á los tamanacas el descubridor Diego de Ordax. Este río, que corre todo en territorio venezolano, separándole del colombiano (de donde le vienen sus mayores tributarios) en alguna parte de su curso, es uno de los más caudalosos de la América Meridional y de todo

el mundo. A pesar de que aún falta mucho para que se sepa con exactitud la distancia que hay de sus fuentes á sus bocas, y el caudal de sus aguas, y de que la misma duda existe respecto de los demás grandes ríos, puede decirse, sin miedo de incurrir en error grave, que en la América del Norte el Mississippi y el San Lorenzo son los únicos que le aventajan, y que en todo el resto de la tierra sólo son mayores que él el Amazonas, el Congo, el Paraná-Uruguay, el Niger, el Yant-se-kiang y el Bramaputra; de modo que viene á ser el noveno en magnitud. En la facilidad de navegar por sus aguas, y en la extensión de la parte navegable pocos le igualan, no siendo de bastante importancia para impedirlo del todo ninguno de los raudales que se encuentran en su corriente, y pudiéndose remontar el curso de sus afluentes de la izquierda hasta la base de los Andes. La propia cuenca del San Lorenzo, con ser tan dilatada y encerrar tan grandes lagos, no tenía, antes de la construcción de los canales que rodean las cataratas del río, tanta extensión navegable como la del Orinoco. En ésta es muy de notar una singularísima circunstancia: su comunicación con la del Amazonas por el Casiquiare, gracias á la cual un buque entrado por las Bocas del Drago podría internarse hasta el corazón del Brasil y aun de la Bolivia.

Pero estas ricas y accesibles regiones, regadas por lluvias suficientes para la vegetación, tan fértiles y tan abundantes en los más preciados productos de la naturaleza, están casi desiertas. Las matanzas de indígenas y las epidemias que siguieron á la conquista diezmaron la población, á la que todavía no han substituído los inmigrantes europeos, á los cuales les basta con las comarcas de la costa.

Sostenía á mediados del siglo xviii graves disputas el Gobierno español con el portugués sobre las fronteras de Venezuela con el Brasil, y para mejor conocer su derecho y defenderlo, mandó una expedición á que reconociera las fuentes del Orinoco. Fué nombrado jefe de esta expedición Díaz de la Fuente, quien en 1760 subió el río hasta el raudal, llamado por los indios de los Guaharibos, pero las dificultades que se le ofrecieron le impidieron seguir su viaje. La segunda expedición, enviada cuatro años después, la mandó Bobadilla, quien no llegó siquiera á los mencionados raudales. En 1848, el explorador de las Guyanas, Roberto Schomburgh, cruzó la sierra de Párima y bajó por el río Pádamo hasta el Orinoco, pareciéndole aquél tan caudaloso como éste. Antes de recibir las aguas del

Pádamo, sólo tiene de 80 á 90 metros de anchura y tan poca profundidad, que apenas pueden navegar por él pequeñas lanchas. En 1886 el francés Chaffanjon consiguió trasponer los raudales de Guaharibos y el salto de la Desolación, que está pasado éste, y llegó, sino á las fuentes, al menos á un arroyo que es el origen del Orinoco. Mucho antes que el viajero francés habrían visitado los españoles todas aquellas partes de la sie-



El Orinoco.

rra y descubierto las fuentes del río, con más la separación del Casiquiare y su marcha al Negro.

La divisoria entre el Orinoco y el Casiquiare hállase á 280 metros de altura sobre el mar, y del caudal que éste trae al Negro sólo la tercera parte es de aquél. Pasada la bifurcación, corre el Orinoco al Oeste y luego toma el rumbo del Norceste, recogiendo por la izquierda las aguas tranquilas de los ríos de los llanos, y por la derecha las revueltas y turbulentas de los que bajan de las montañas guyanesas. El mayor de éstos es el Ventuari, que marcha de Nordeste á Sudoeste, dirección precisamente contraria á la del golfo en que ha de ir á morir su corriente mezclada á la del Orinoco. El punto de unión es un delta cubierto de palmeras, desde el que el río principal, ya mucho más crecido, toma su primera marcha al Oeste para rodear los estribos meridionales de una escarpada cadena, y va á juntarse al Guaviare ó Guayavero, que nace en los Andes

de Suma Paz, á Oriente del Magdalena alto. El Guaviare es el más caudaloso de los tributarios del Orinoco. Baja siempre en la misma dirección, como si quisiera ir en derechura al Atlántico, por una pendiente no demasiado precipitada, hasta encontrar los primeros obstáculos que se oponen á su paso y que son unas angosturas entre altas paredes de gres cortadas á pico, donde el agua se arremolina y corre con mucha fuerza. Esto no obstante el Guaviare, llamado con razón por algunos Orinoco occidental, es navegable tanto trecho, por lo menos, como el oriental, pudiendo subir por él los vapores hasta la boca del Ari-Ari, á 1.000 kilómetros de distancia y por el mismo Ari-Ari (al que ciertos autores consideran más importante que el Guaviare alto) algún espacio. Tiempos atrás el Guaviare bajo corría por el canal de Amanaveni, que está hoy ocupado por el brazo llamado Uva, por el que pueden navegar las lanchas. La mayor parte de la corriente torció á la derecha, quedando entre ambos una larga isla. El caudal del Guaviare, al llegar al Orinoco, es de 3.200 metros cúbicos por segundo.

El verdadero centro hidrográfico de toda la región circunscrita por el mar de las Antillas y el Amazonas, puede considerarse la encrucijada que forman el Orinoco y el Guaviare al encontrarse, porque en ella se cruzan las dos grandes vías fluviales de navegación que cruzan el continente: una de los Andes á los montes de las Guyanas, y otra que se prolonga por el Orinoco abajo, hacia el Norte, para inclinarse después al Oeste, y que por el Sur va en busca del río Negro ó Guania por los lechos del Inirida y del Atabapo, por los que se pasa á la cuenca del Amazonas con mayor brevedad y facilidad que siguiendo el tortuoso curso del Casiquiare. El agua del Guaviare es arcillosa y de color blanco amarillento, al contrario de las del Inirida y el Atabapo, que son negras, quizás por llevar en suspensión muchas materias orgánicas. También son negros los peces de Atabapo, y se ha observado que los innumerables caimanes que viven en el Guaviare no entran nunca en aquel oscuro río, sobre cuya silenciosa y enlutada corriente tampoco zumban las nubes de insufribles mosquitos que en otros de la América tropical.

Pasada la boca del Guaviare, marcha el Orinoco lamiendo la base de los últimos estribos de las sierras de la Guyana, y por tanto, no deja espacio para que ningún río llegue á tener importancia. Todos los de esta margen son cortos y revueltos. Muy al contrario sucede con los de la opuesta, que es llana,

dilatándose leguas y leguas hasta la Cordillera. Allí tienen largo espacio de nacer, crecer y morir. Por eso son muchos y caudalosos, siendo el principal de ellos el Vichada, tan negro como el Atabapo y paralelo al Guaviare como los demás. Junto á la desembocadura del Vichada comienza á luchar con las rocas avanzadas del sistema oriental ó guayanés, que parecen oponerse á su paso hacia el Atlántico. En vez de seguir rodeándolas, rómpelas con gran esfuerzo y pasa entre ellas, saltando los 191 metros que necesita bajar para ir después mansamente en demanda de aquél. Los pilares de granito que se levantan en el cauce del río entre las revueltas aguas son ruinas de la barrera destruída por el Orinoco en siglos y siglos de combate. El primer raudal llámase de Maipures, del nombre de una aldea de indios que fué tribu, y de la que sólo restan algunas familias mestizas. De lo alto de las rocas de granito que dominan el paso, admírase la fiera batalla que el poderoso río da á los montes, aquí saltando, allí embistiendo y envolviendo en espuma á durísimos peñascos, más allá abriéndose en varios brazos para pasar las estrechuras; espectáculo hermosísimo que cambia según el caudal de las aguas, pero siempre embellecido por la vista de tantas islillas cubiertas de eterno verdor y de altas y peladas rocas, como columnas, unidas entre sí por la orla de espuma de cada grada del raudal. Después de seis kilómetros salen á terreno más llano las aguas vencedoras y entréganse al reposo, pero pronto encuentran dos barreras más, á las que consecutivamente, y sin mucho trabajo, van venciendo. Pasadas éstas, la tierra, ya rehecha, salen de nuevo al encuentro del río, y la pelea entre ambas trábese no menos formidable, aunque algo diferente, por espacio de diez kilómetros. Aquí las peñas son redondas, manteniéndose unas sobre otras con maravilloso equilibrio hasta mucha altura. Por los huecos que dejan salta el agua con gran ímpetu, transponiendo sucesivas barreras, en las que se juntan, para embellecer el panorama, islotes frondosos, grandes rocas graníticas y escollos, sobre los que el río se desliza, dejando á su paso estelas de blanca espuma. Hay sitios en que la tierra parece haberse complacido en abrir un foso tras la barrera de rocas, haciendo que éstas se adelanten sobre el abismo como el alero de un tejado. Al llegar la furiosa corriente, salta á distancia por la fuerza que trae, y deja entre ella y la pedregosa pared un hueco bastante para que, sin dificultad, pueda pasar una persona, como sucede en el Niágara. En otros

hay grietas, por donde se filtra no poca agua; pero de todos estos obstáculos y de otros pequeños raudales que encuentra poco más adelante, queda vencedor el Orinoco, dirigiéndose ya más sosegado á recibir el gran tributo de sus aguas que le entrega el Meta.

Parte del raudal de Maipures no puede navegarse, por lo que los que le pasan sacan las barcas al llegar á los sitios más peligrosos y las llevan por las peñas de la margen hasta que salvan el obstáculo. Lo propio sucede en el de Atures. Debe éste su nombre, como aquél, á una tribu de indios, y le domina un gran monte, á que llaman Cerro Pintado, por los muchos jeroglíficos que ostenta en sus faldas, y otro denominado de los Muertos, porque en él se halló una gruta llena de esqueletos, sin duda cementerio de los primitivos habitantes. Junto á estos dos montes vense otros más pequeños también con sus grutas que fueron cementerios. La diferencia entre el nivel del río á la entrada y á la salida de cada uno de los raudales grandes no es de consideración: 12 metros en el de Maipures y nueve escasos en el de Atures. En este trozo destácanse, á orillas del río, piedras graníticas famosas en toda la comarca, porque, como la estatua de Memnon, en Tebas, producen ciertos sonidos armoniosos, sobre todo al salir el sol. Este fenómeno, observado en muchos países, explícase sin dificultad, pues el calor solar dilata el aire frío encerrado en las grietas de las rocas, y éste, al escaparse, hace vibrar las hojas de la mica. La más celebrada de estas piedras con música es la Roca del Tigre.

El Meta baja, lo mismo que el Guaviare, de los Andes de Colombia, pero como se junta con el Orinoco después de pasados los raudales, y muy cerca del sitio en que aquél termina el larguísimo recodo que venimos describiendo, hace gran ventaja al dicho Guaviare, porque su cauce es el camino más derecho, más corto y más fácil de la cordillera al mar, ó sea de Colombia á Europa. Este río Meta será, andando el tiempo, la vía mejor y más seguida entre Europa y Bogotá, y llegará á serlo cuando las relaciones entre los hombres de ambos continentes sean lo íntimas y frecuentes que deben ser. No toma su verdadero nombre hasta que se unen el Uplá y el Humadea, conjunto de ramblas, torrentes y verdaderos ríos que nacen en la cadena oriental, encontrándose en el principio de los llanos á 150 metros de altura. Desde allí marcha el Meta por terreno suave en la misma dirección que el Guaviare, aumen-

tando su copioso caudal con los de otros ríos que también vienen desde los Andes á acabar en su margen izquierda, y el mayor de los cuales es el Casanare, que ha dado nombre á un dilatado distrito de los llanos. Llega á tener, después de recibidos tantos y tan considerables tributarios, 2.000 metros de ancho, y tanta profundidad, que podrían navegar por él los mayores buques, si no abundasen en su lecho los bancos de arena y piedras, que ninguna baliza ni luz indica; descuido natural en una región desierta. Tal como se halla, admite desde la boca del Upiá hasta la isla de Orocué (la tercera parte de su longitud) lanchas de 50 centímetros de calado; pero traspuesta dicha isla, pueden bajar hasta el Orinoco, en invierno, vapores que calen 2,50 metros. Cálculase que el Meta tributa al Orinoco 4.5000 metros cúbicos por segundo.

Pasado el Meta, entra en el Orinoco el Capanaparo, y tras éste el Arauca, ambos muy largos, pues tienen sus fuentes en los primeros estribos de los Andes, pero de cuencas tan estrechas, que no reciben afluentes de consideración. El Arauca se divide, antes de llegar al Orinoco, en muchos brazos que se unen á los ríos vecinos, confundiendo así sus aguas con las del Apure. Entre el Capanaparo y el Arauca pasa el Orinoco los grandes desfiladeros de Barragán, donde alcanza la anchura de 1.778 metros. Después tuerce hacia el Este y va á tomar en línea recta el camino del Atlántico cuando recibe el importante tributo del mencionado río Apure, que en la misma dirección de Occidente á Oriente viene de los Andes, tan poderoso, que parece el mayor de los dos. Los vapores le pueden subir un espacio de 500 kilómetros, hasta Palmarito, y ninguna cascada, raudal ni angostura se oponen á la navegación desde el punto en que se juntan los dos ríos que le forman: el Uribante y el Sarare. Es, por excelencia, el río de los llanos. Sus principales afluentes bajan de la sierra de Mérida, de la que le traen gran cantidad de aluviones. El principal es el Portuguesa, también muy navegable, y ya visitado por algunas lanchas de vapor. Antes de perderse en el Orinoco, forma el Apure un delta muy extenso, dejando entre él y su brazo del Norte, llamado Apurito, una espaciosa isla, muy baja y llana, cubierta de altas hierbas hasta en los meses de sequía.

Cerca de cuatro kilómetros tiene de ancho el Orinoco en donde desemboca el Apure, y su caudal pasa de 11.000 metros cúbicos en tiempo de crecida. Hasta las montañuelas de Cabruta marchan sus claras aguas separadas de las amarillen-

tas de aquel gran tributario, pero desde allí se mezclan y confluyen completamente. Tan caudaloso va ya, que no se le conoce aumento, á pesar de que por la orilla derecha va recibiendo grandes afluentes, como son: el Cuchivero, el Caura y el Caroni, tan negro como el Atabapo, no sólo importantes por la mucha agua que llevan, sino porque ofrecen camino directo para pasar al Branco y al Amazonas. En la estación lluviosa, los tributarios del Caroni y los del Cuyuni, que lo es del Esequivo, llegan á estar unidos por grandes lagunas que cubren la indecisa divisoria.

Negruzcas piedras de granito, á las que da este color el bióxido de manganeso que contienen, se ven en las orillas del Orinoco, antes de entrar éste en la última angostura. Hasta este paraje, distante todavía 420 kilómetros del Océano, sube la marea, pero sin aquella violencia que en el Amazonas. El lecho del río hállase á 7 ú 8 metros sobre el nivel del mar, y en Ciudad Bolívar, antes de recibir el Caroni, que es el más caudaloso de sus tributarios guyaneses, lleva 7.500 metros cúbicos por minuto, cálculo que se reputa inferior á la verdad. Según Orton, el caudal del Orinoco en este sitio es de 14.000 metros cúbicos por minuto. La profundidad pasa en muchas partes de 50 metros. En medio de la corriente del Orinoco, delante de Ciudad Bolívar, hay un peñasco puntiagudo y alto que nunca cubren las aguas, por mucho que suban, y cuyas paredes marcan la altura de la crecida. Esta comienza siempre el 15 de Abril y continúa hasta Agosto, en cuyo mes comienzan á bajar. En Noviembre vuelven á subir el río, aunque poco, y á esta crecida llaman de los Muertos, porque coincide con el día de Difuntos. Pasa pronto y las aguas vuelven á bajar, descubriendo foco á poco islotes y arenales. En la estación de las lluvias, propiamente dicha, la corriente se ensancha y desborda por las llanuras vecinas en términos de parecer un mar interior en aquellos sitios en que se juntan los ríos. La anchura de lo inundado ha llegado á 200 kilómetros algunas veces. Uno de los conquistadores, que oyó hablar á los indios de cierto mar que se extendía al Sur de los montes de Barquisemeto, más allá de los llanos, bajó hasta donde comenzaba la inundación y llegado á un sitio que quizás sería cerca de la desembocadura del Apure, se volvió persuadido de haber llegado á orillas del Océano. Los habitantes de esta región, unas veces seca y otras acuática, viven en chozas de dos pisos, que ocupan según la altura de las aguas. Cuando éstas están altas, andan por el piso de abajo

los cocodrilos y por las rendijas del de arriba pescan los habitantes.

El delta del Orinoco no guarda la dirección del lecho fluvial si no es en la más importante de las bocas, llamada de Navíos. La de Manamo arranca de ésta, con rumbo al Noroeste, para ir á desembocar en el golfo de Paríá, y el espacio comprendido entre ambas es de unos 17.500 kilómetros cuadrados. Toda esta tierra es casi tan movable como el agua misma, modificando su aspecto las altas y bajas del río, y las arenas que éste arranca, traslada y esparce por todas partes. En el paraje en que se apartan las dos ramas mayores del delta tiene el Orinoco 20 kilómetros de ancho y mucha profundidad. La base del delta desde la bahía de Vagre, donde desemboca el brazo llamado Manamo hasta la boca de Navíos, es un arco de 300 kilómetros de extensión, distancia que puede aumentarse mucho contando los esteros de Amacuro y de la isla Barima y las desembocaduras de los riachuelos del Norte que nacen en los cerros del litoral. Miles de canales cortan las partes más bajas del delta, dejando entre sí infinitas islas, islotes y bancos. Brazos principales hay 50, aunque sólo 7 son navegables por buques de alto bordo y sujetos como los demás á constantes alteraciones. El que más frecuentan los buques es el de Macareo, no por más profundo y cómodo, sino porque conduce en derechura de Ciudad Bolívar á Puerto España. Considérasele dividiendo en dos partes el delta, Oriental ó inferior la una y Occidental ó superior la otra. La barra de la Boca de Navíos, que es la más honda, tiene de 4 á 5 metros en bajamar y de 7 á 9 en la marea alta.

Los demás ríos que desembocan en el golfo de Paríá, enlazando los brazos de sus deltas con los del Orinoco, son de poca ó ninguna importancia, porque tienen el origen tan cerca del fin, que sin espacio para hacerse grandes, mueren. Sólo han servido para ayudar á la obra de rellenar el golfo, llevando al mar grande porción de tierras. Mas no por eso se les ha de creer inútiles para el comercio y navegación, porque como la porción de costa por donde se derraman es tan baja, el mar ha ido abriéndoles y ensanchándoles las bocas hasta hacer los ríos anchos y profundos. Sirva de ejemplo el Caño Colorado, en el que desemboca el río Guarapiche, uno de los que más surcan los buques. También el Unare ha sabido abrirse paso hasta el mar por un hueco de los montes, al Oeste de los de Cumaná, pero ha fabricado á su entrada en el mar una barra que con

sumo cuidado evitan los navegantes. Pasada ésta, pueden subir la corriente embarcaciones no muy grandes. En el resto de la costa no se encuentra ningún río, y sí torrentes, hasta llegar al Aroa y al Tocuyo, que nacen en la falda del Norte de la sierra de Mérida, á los que siguen algunos riachuelos que llevan las aguas de los montes nevados de ésta á la laguna de Maracaibo, la cual van cegando poco á poco, como en parte lo han hecho con el golfo de Paríá los que bajan de Cumaná. En todo el litoral se advierten señales de haber retrocedido el mar, viéndose tierra adentro indudables vestigios de las olas y, á lo largo de las playas, series de lagos que contienen las aguas que el Océano fué dejando olvidadas en su retirada, y que están como prisioneras de las tierras, esperando á que el sol las evapore.

El mayor afluente del lago ó golfo de Maracaibo es el Catatumbo, cuyas fuentes pertenecen á la República de Colombia. Nace de la reunión de muchas ramblas que bajan de los montes de Ocaña, en una sierra que envía aguas al Magdalena por la vertiente opuesta y que por Oriente se junta con la Nevada de Mérida. El caudal del Catatumbo es muy variable, pero esto no obstante, navegan por él algunos vaporcillos, así como también por su tributario el Sulasquillo ó Zulía, que viene de la parte del Sur. El principal comercio de la Colombia oriental con Maracaibo pasa por la parte alta de la cuenca de este río, uno de cuyos afluentes, el llamado Táchira, sirve de frontera en parte de su curso á las dos Repúblicas limítrofes. La llanura que en remotos tiempos fué mar comienza por este lado del litoral del lago de Maracaibo, en el punto en que se encuentran el Zulía y el Catatumbo. Camina éste por ella perezosamente, haciendo infinitas curvas y escoltado de pantanos á derecha é izquierda, en los que vierte parte de sus aguas cuando baja muy crecido. Su caudal es de unos 420 metros cúbicos por segundo, término medio.

Más acertado será considerar lago al Maracaibo que bahía ó golfo marítimo, á pesar de que la marea ejerce en él su influencia, si bien con tanta flojedad, que sólo le levanta algunos centímetros, á excepción de la entrada, donde la diferencia entre la alta y la baja mar casi es de un metro. Más adentro deja de ser salobre y pasa á ser dulce. Aunque los aluviones le van estrechando, todavía es el Maracaibo un lago de los mayores, pues ocupa 21.740 kilómetros cuadrados, y tiene más de 600 kilómetros de circunferencia, no midiendo todos los pormeno-

res de la costa. Cerca de ésta hay muchos escollos y bancos de arena peligrosos para los navegantes, sobre todo en la porción de ella á que llaman la Mochila. Comparada la profundidad del lago con la del mar, parece escasa, no obstante llegar á 150 metros en el sitio más hondo y ser en toda su extensión suficiente para buques de alto bordo. Pero éstos no pueden pasar de la entrada por impedírsele la poca hondura del canal en la garganta que empieza en Maracaibo, y que sólo tiene tres metros. Tampoco es más accesible el canal del Norte, abierto entre las dos islas, que casi tapan la primera garganta, y donde en marea baja la profundidad es de muy poco más de dichos tres metros. Fuera de estos pasos ábrese el verdadero golfo de Maracaibo protegido de los vientos del Este por la península paraguana y de los del Oeste por la de los Goajiros, que internándose en el mar, se acercan la una á la otra como si quisieran juntarse. En este golfo estaba la Venezuela que vieron los primeros navegantes y que dió nombre á la comarca y por último á la República. En toda ésta no hay más lagos que las albuféras del delta del Orinoco y del Unare (al que, como á todos, llaman Tacarigua en el país), los pantanos de las márgenes del Maracaibo y algunas lagunas que forma temporalmente el Apure. En los valles y mesetas de las montañas apenas se encuentra alguno, y los que hay son pequeños con una sola excepción, pero famosa: el lago de Valencia, llamado por antonomasia de Tacarigua y que debe aquel otro nombre á la mayor ciudad de sus riberas. Ocupa gran porción del valle de Aragua, el más fértil y poblado de Venezuela, y cuando por primera vez se le contempla, viéndole rodeado de montañas por todos lados sin ninguna interrupción al Este ni al Oeste, parece fuera de duda que no tiene salida. Pasado el extremo occidental reconócese el error viendo la estrecha garganta que por debajo de las Tetas de Hilaria se abre para dejar salida á una rambla que baja al mar, siguiendo rápida pendiente, y después de ésta la brecha por donde corre el Paito, afluente del Pao, y por medio de éste, del Orinoco. Cuando el nivel del lago estaba más alto que ahora (hállase á 432 metros), derramábase por esta abertura, hacia el Sur, de lo que se ven patentes muestras en las rocas. También refiere la tradición, reforzada por el dicho de algunos ancianos, que el lago ha tenido en bastantes ocasiones comunicación con el Orinoco por el Caño Camburi, que unas veces va hacia el Valencia y otras sale de él, y que ha ido bajando. Desde que así sucedía, la

forma y la extensión del lago Tacarigua han sufrido grandes y diversas mudanzas. El lugar en que, mediado el siglo xvi, fundaron los españoles la ciudad de Victoria, estaba á unos tres kilómetros de la orilla. Humboldt y Bonpland hallaron que en 1800 llegaba esta distancia á 2.700 toezas, lo que acabó de probar que las aguas bajaban. En 1793 aparecieron nuevas islas (las *Nuevas Aparecidas* las llamaron), y la Cabrera, en que había un fortín, se halló unida por una lengua de tierra á la costa. En torno del lago veíase una playa de fina arena con muchas conchas. Los pobladores de la comarca, no acertando á explicarse esta novedad, imaginaron que, sin duda, los terremotos habrían abierto alguna gran grieta en el fondo del Tacarigua, que se lo iba sorbiendo; pero aparte de que la naturaleza de aquellas rocas contradice tal supuesto, hay que oponerle la explicación que dió Humboldt, y que parece muy razonable. Según este sabio, la causa del fenómeno ha de buscarse en la corta de los árboles de los montes y en el cultivo de los valles vecinos. Con aquélla disminuyeron las lluvias y con ésta quedan detenidas por las plantas de las haciendas parte de las aguas que antes corrían hasta el mismo lago por los barrancos en que sólo crecían hierbas. Buena prueba de ello es que cuando la guerra de la Independencia despobló el país y le dejó casi del todo inculto, al aumento de los bosques, que sin pérdida de tiempo comenzaron á reconquistar el terreno, correspondió luego la subida de las aguas, que volvieron á cubrir á las Nuevas Aparecidas y á dejar convertida en islote, por poco que las levantara el viento, la península de Cabrera. Hízose la paz, cultiváronse los campos nuevamente y volvió á bajar el nivel del lago, de cuyos márgenes queda la ciudad de Valencia á ocho kilómetros de distancia, habiendo reaparecido las sumergidas islas y cubiértose de vegetación, sirviendo de morada á infinitas aves. Sin embargo, no hay miedo de que se seque por completo. Es algo salobre y su agua se considera malsana, pero el equilibrio entre la evaporación y el tributo de los ríos se ha establecido al fin ó hállase á punto de establecerse. El paraje más hondo del Tacarigua es la bahía del Sur, donde la sonda ha bajado á 92 metros. La profundidad media es de solos 32 y la diferencia entre el nivel más bajo y el más alto, al cabo del año, de dos metros.

IV

Clima, flora y fauna.

Toda Venezuela está dentro de la zona ecuatorial, lo que quiere decir que las comarcas situadas á poca altura y expuestas á la marcha ordinaria de los vientos se hallan en el Ecuador térmico del Nuevo Mundo, cuya temperatura media es de 25 á 29 grados centígrados. Las sierras templan en parte estos rigores, y como en Méjico y otros países en que hay grandes montañas, sucédense unos sobre otros los climas tórrido, templado y frío. En la de Mérida, y á 4.443 metros sobre el nivel del mar, donde acaba la vegetación, el termómetro baja á tres y aun á dos grados sobre cero. Las tierras frías empiezan á 2.200 metros, donde la temperatura media anual es de 15 grados. Allí acaban el bananero, la caña de azúcar, la mandioca, y empieza la zona del trigo, la cebada y las patatas.

Los rigores del clima han tenido influjo decisivo en la población de Venezuela, habiendo procurado los primeros habitantes establecerse en las sierras, donde la temperatura, dulcificada por la elevación, llegaba á ser desde poco más calurosa que en España á fresca y aun á fría, circunstancias que se encuentran á lo largo de la costa en todos los montes que van desde los de Parí á los de Mérida, y en cuyas laderas están las ciudades y pueblos más populosos. En cambio al Sur del Orinoco hasta las sierras de la Guayana no hay otros habitantes que algunas tribus de indios montaraces. Al Norte del río, entre éste y las cadenas costeras, es decir, en los llanos, hace más calor que en ninguna otra parte de la República, y además no se siente la brisa marina. De las ciudades de la montaña las principales son Caracas, Valencia, Barquisímeto y Mérida, pero cada una tiene clima muy diverso de las demás. Caracas hállase en un valle orientado de Este á Oeste, entre dos sierras paralelas, cuya situación altera el orden meteorológico de aquella zona, siendo causa de que esta ciudad tenga uno propio, en el que se señalan únicamente dos vientos: por la mañana la brisa de Oriente, seca y calurosa, y por la tarde, la de Occidente, cargada de humedad, debida al pasar por el mar de los Caribes. Esta es la que trae la lluvia, la cual cae entre cuatro y cinco de la tarde, siempre con acompañamiento de relámpagos y truenos. La mayor fuerza de la tempestad va siempre á des-

cargar en las montañas del Norte, que tienen mucho arbolado, y sobre las que las nubes arrojan la mayor cantidad de agua. Pero estas tempestades no son violentas y acompañadas de fuertes vientos, sino serenas. Lo general en Caracas es que la atmósfera esté tranquila y el cielo nublado, pasándose á vecea algunos años sin que llegue á verse completamente limpio de nubes.

Hallándose Venezuela dentro de la zona tropical, se encuentra también en la región dominada por los vientos generales ó alisios de Nordeste y del Este, más conocidos en la costa con el nombre de brisas. Las mil aberturas del litoral, desigualdades del suelo, contrastes de temperatura y especies y cantidad de vegetación perturban la marcha regular de estos vientos, originando muchísimos cambios. El alisio sopla con más fuerza de día que de noche. Levántase entre nueve y diez de la mañana y va arreciando según el sol sube, baja con él y se echa cuando éste desaparece del horizonte. Cerca de la costa, el enfriamiento del suelo en las primeras horas de la noche llega á producir un poco de terral. Con esta brisa las noches son frescas y claras, y tan agradables, que pasan sin dar tiempo á advertir el transcurso de las horas. No corren el viento alisio ni el de tierra y la tranquilidad de la atmósfera es perfecta. Una luz difusa permite ver de lejos los objetos de mucho tamaño, pero lo que sobre todo cautiva la atención es el maravilloso espectáculo de la bóveda celeste, en cuyo negro fondo relucen millones de astros y cruza de cuando en cuando alguna estrella errante. A las horas de la siesta refúgianse los venezolanos de la costa en las habitaciones más obscuras y frescas de la casa, huyendo del calor, que es muy grande, pero de noche todos salen á los patios y azoteas á gozar del fresco y de la pureza del aire. En el campo, la gente busca las orillas de los riachuelos, las playas del Océano y los muelles de los puertos de mar, formándose tertulias como aquella de Cumaná de que habla Humboldt. Los vecinos y amigos se reúnen en el mismo cauce del río en sillas bajas ó en taburetes, con los pies en la mermada corriente, de pocos centímetros de profundidad, que mansamente discurre fresca y cristalina sobre la fina arena, y allí pasan las horas charlando sin cuidarse de los cocodrilos ni menos de los delfines, que fuera de la barra saltan sobre las olas, despidiendo por las narices chorros de vapor. El influjo de los alisios en el Orinoco no pasa de las cataratas, y tampoco los montes de las Guayanas, que se levantan al Oeste, cerca de

la costa, dejan internarse á los vientos hasta la región que va de dichas cataratas al río Negro, de todo lo que resulta tan completa tranquilidad atmosférica en esta parte de Venezuela que el calor del sol es insufrible y el aire se llena de espesísimas nubes de mosquitos, que llegan á obscurecer el cielo. La falta de brisas vivificadoras explica el abandono en que se encuentran estas riquísimas comarcas de América meridional, tan bien regadas por tanto río caudaloso. Uno de los fenómenos más dignos de admiración, causados por esta inmovilidad del aire, es ver cómo cruza silenciosamente el horizonte el resplandor del relámpago, sin que nada indique tempestad y pareciendo que las mismas corrientes aéreas tienen ondulaciones luminosas.

Las variaciones del clima traen aparejados en el suelo cambios de flora, de lo cual es buen ejemplo la cuenca baja del Orinoco, en la que tras las impenetrables selvas del delta, vienen las sábanas de los llanos cubiertos de grandes hierbas. En parte alguna es tan maravillosa la selva tropical, tan intrincada y tupida la red de bejucos y *epifitos*, como en la zona de las bocas del Orinoco, ó en la que rodea á la laguna de Maracaibo, á los pies de las montañas de Mérida; pero tampoco en país alguno hay vegetación herbácea de tal variedad y espesura como en los llanos de Venezuela, que tantas novedades tienen todavía reservadas á los naturalistas. Las partes bajas de los llanos llámense *esteros*, por los pantanos ó lagunas que allí dejan las aguas del Orinoco ó de sus afluentes, y que al secarse se cubren de millares ó millones de tallos. En las largas sequías, cuando la superficie de la sábanas amarillea, agostada por los ardores del sol, los esteros continúan verdes y sirven en muchas ocasiones de asilo á los rebaños acosados por el hambre. Encuéntranse árboles, pero poco elevados, unos solitarios y otros en grupos, que parecen islas en medio del mar de las hierbas. Son chaparros, de hojas duras y nauseabundas, y palmeras *copernicia*, terminadas por penachos de ramitas, todas acabadas en forma de abanico. Llaman á este árbol palma llanera y palma de cobija: lo primero, porque vive mejor y se la encuentra con más frecuencia en los sitios en que los llanos reúnen todos los caracteres de tales, pareciendo desafiar los ardores del sol y la sequedad del aire; lo segundo, por la magnitud de sus hojas, que tienen hasta cinco metros de largo; de modo, que á veces, basta una para cubrir una choza. Las sensitivas (*dormideras*, dicen los llaneros), cubren el suelo

de los palmares de un tapiz verde y rosa. Hay una gran palmera en los llanos á que llaman *moriche* los habitantes, *murichi* los indios guaraunos, y *mauricia flexuosa* los naturalistas, á cuyos tres nombres debe añadirse el del *árbol de la vida*, que otros indígenas le dan. Y lo es, en efecto, para muchos, porque de la madera construyen sus chozas y cubrenlas con las hojas; de las fibras hacen cuerdas de hamacas y cables, comen su fruta y beben su savia después de fermentada. Este árbol es para ellos lo que el cocotero para los habitantes de ciertas islas, y le tienen tanta estimación, que dicen haber nacido de él los primeros hombres, pues según tradición que entre ellos se conserva, cuando las aguas del Diluvio cubrieron toda la tierra, acogiéronse un hombre y una mujer á lo alto de una gran montaña en que había *murichis*, y tomando frutos de uno de ellos, comenzaron á arrojarlos al agua, que ya iba retirándose, y luego estos frutos comenzaron á trocarse en hombres y mujeres, que poblaron de nuevo el mundo.

En la flora de Venezuela hay muchas especies famosas, bien por las descripciones de los viajeros, bien por su utilidad comercial. Una de estas plantas es el samán, gigantesca y solitaria mimosa, de ancho ramaje y hojas finas y rosadas. En las montañas del litoral crece el *árbol de la leche*, urticácea de la misma familia que el árbol del pan, y así llamado del jugo lechoso que corre en abundancia de cualquier corte que se haga en su tronco ó ramas, y cuyo olor y sabor son agradables, según algunos. Otro vegetal de mucho provecho es el *crescentia cujete*, productor de grandes calabazas, que sirven de vasijas, de todos los tamaños y formas, y de unas fibras de que se hacen ciertos paños con que se visten los ribereños del Orinoco Alto. También hay plantas de grandes virtudes farmacéuticas, como por ejemplo: un arbusto llamado *coloradito*, cuya corteza aún es más eficaz que la del cinchona ó quina para curar las fiebres palúdicas.

En 1595 los indios de la Guayana española descubrieron á Raleigh el terrible veneno llamado *curare* ó *urari*, y aquel fué el primero que lo trajo á Europa. Esta parte oriental de Venezuela y la región del Amazonas, son las únicas comarcas en que saben preparar tan peligrosa substancia. Cada nación lo hace á su modo; pero en todas, los preparadores son sacerdotes, magos ó curanderos de la tribu, tanto hombres como mujeres. Le extraen de un bejuco llamado *mabacure*, á cuya savia añaden algunas gotas de veneno de cierta serpiente; le

cuecen y luego le guardan en vasijas pequeñas ó en calabazas. Es un extracto negro, que queda brillante por donde se rompe, y con el cual frotaban las puntas de sus flechas y de sus lanzas los indios, para envenenarlas. Cuentan, que los otomacos se frotaban también las uñas en el curare, por lo que sus arañazos eran mortales. Conocidos son los efectos de este temible veneno que, sin privar á la víctima de inteligencia, sensibilidad ni voluntad, la va quitando, primero la voz, luego el movimiento de los miembros, después los de los músculos del rostro y del tórax, y por último la vista, enterrando, por decirlo así, la inteligencia, viva aún, dentro del cuerpo muerto.

Venezuela pertenece por la fauna á las regiones colombiana y guayanesa. Toda la comarca montañosa, desde la península de Paríá hasta los nevados de la sierra de Mérida está poblada de animales, cuyo centro de dispersión se halla mucho más á Poniente, en las mesetas que se interponen entre las cuencas del Cauca y del Magdalena; pero las tierras del Sur del Orinoco, pertenecientes á las sierras de Párima, seméjanse bastante por las especies que en ellas viven, á las Guayanas y á las comarcas amazónicas del Brasil. La frontera entre estas dos provincias zoológicas, es decir, el espacio que va desde las faldas meridionales de los montes de la costa á las praderas cubiertas de hierbas que las siguen, tiene gran riqueza de especies, por juntarse en ellas muchas de las que pueblan las dos provincias citadas. Las de monos son 16, que viven en las selvas vírgenes del llano y en las laderas de los montes, sin pasar nunca de 3.000 metros. La más famosa es la de los *aragutos* ó gritadores, que de mañana y de noche atruenan con horribles voces los bosques, dominando á todos los otros ruidos de la naturaleza. También son muchas las especies de quirópteros, y de todas, la más curiosa, cierto murciélago pescador, que por las noches revolotea en rededor de las barcas. A pesar de esta costumbre, en nada esencial se diferencia de los demás murciélagos de la India y de las Antilla, que son frugívoros y grandes comedores de frutas. El naturalista halla en Venezuela casi todas las especies de la fauna sudamericana: los felinos grandes y pequeños, como son: el tigre, el león, el ocelote y el gato salvaje; los osos, tan pacíficos como corpulentos, que raras veces atacan á los demás animales, y que viven en las vertientes de la sierra de Mérida hasta 3.000 metros de altura sobre el mar, alimentándose de pescados y miel; el hormiguero, llamado también oso de las palmeras, armado de formidables

garras, agudas como puñales, en las patas delanteras; el cabiai ó chiguiri, roedor tímido, que se zambulle muy bien y mucho tiempo en el agua, pero tan mal corredor que un hombre á pie puede cogerle; el gracioso *cuchi-cuchi*, que se domestica con facilidad, y hace muy agradable compañía á su amo; el *perezoso* ó *pereza*, denominado así por los venezolanos, porque son tan lentos y pesados sus movimientos que, cuando ha consumido las hojas de una cecropia y tiene que subir á otra para comer, gime cual si se doliera del trabajo de la subida. El *chironectes variegatus* es otro curioso animal, gran pescador, al que muchas veces cogen en los ríos juntamente con la pesca que ya tiene hecha. En el Orinoco se encuentran dos especies de cetáceos, llamados vacas y cerdos de agua, es decir, manatís y toninas, que suben por el río.

Mayor es todavía la variedad y riqueza de Venezuela en aves que en mamíferos, según ocurre en toda la América meridional. Hasta hace años, creíase que únicamente en esta República (y en un solo distrito de ella, pequeño y montañoso) vivía el *guacharo*, y que Humboldt halló en las grutas de Caripe, al Oeste del golfo de Parí. Pero después se le ha visto en otros sitios, tales como en las islas de la Boca del Drago, entre la Trinidad y la Tierra Firme, y en las grutas y en las gargantas oscuras de Colombia, donde le llaman *guapaco*. Vive al modo de los murciélagos, en las tinieblas de las galerías abiertas por la naturaleza en algunas montañas calizas, y sólo sale á cazar de noche, sobre todo si hace luna. Esta es una de las pocas aves nocturnas que se alimentan de vegetales, y su manjar favorito es el fruto de mataka, que algunos van á buscar al mismo nido del pájaro, porque se le reputa muy eficaz contra las fiebres. Los indios de Caripe entran todos los años en las grutas á hacer su provisión, matando millares de guacharros para derretir la enjundia, de que éstos tienen mucha cantidad en el vientre, cuya enjundia da un aceite semilíquido, transparente y sin ningún olor, bonísimo para la cocina, y que puede conservarse fresco más de un año. El *gallito de laguna* es una de las aves de Venezuela que con mayor facilidad se domestica, y toma tanto cariño al dueño, que acude de lejos á solicitar sus caricias como un perro. En la época de los amores, el macho demuestra á la hembra su amor con danzas y piruetas muy bonitas. El *turpial*, que á todos los de Venezuela aventaja en la suavidad y armonía del canto, tiene la industria y advertencia de suspender el nido de las ramas de

los árboles, colgándole de un hilo muy delgado para que las serpientes no puedan llegar á él. Sus trinos son tan sonoros, fuertes y afinados como los del ruiseñor, y su oído tan bueno, que canta cuanta música oye, conservando así en la memoria muchas piezas. Pero tiene el genio muy vivo y colérico, y á veces acomete á las personas á quien no conoce, tratando de picarlas en los ojos. En el laberinto de esteros que forman las aguas del Arauca, Apure, Apurito y Orinoco, viven millones y millones de aves acuáticas, en términos de que, según cuentan, habiendo acampado un regimiento de caballería á orillas de una laguna, toda su gente comió patos silvestres más de quince días, sin que el número de éstos en aquellos contornos padeciese merma alguna.

También son muchos los reptiles y de muy varias especies, sobre todo en los llanos, entre cuyas hierbas pululan. En los lagos y ríos conócense hasta ahora tres especies de saurios: el *bava cocodrilo*, que no llega á tener dos metros de largo y que nunca acomete á los hombres, viéndosele nadar entre ellos cuando se bañan, sin darles muestra alguna de hostilidad; el caimán, que á cada paso se encuentra en los ríos de los llanos, y el verdadero cocodrilo que vive en el Orinoco y sus afluentes y hasta en el mismo Portuguesa. Este llega á tener, según aseguran los indios, más de siete metros de largo. Los hay que son mansos, por lo que apenas causan temor, y otros muy peligrosos por su afición á la carne humana, que les lleva á atacar al hombre si le encuentran en el agua, y á veces á salir á tierra en su busca. Los cocodrilos que alguna vez han hecho una de estas presas, quedan codiciándola toda su vida, y á éstos se les llama *caimanes cebados*. Los propios pescadores llaneros, tan acostumbrados á la vista y trato de dichos animales, que cuando alguno se les prende en la red, le incitan á marcharse hurgándole bajo los brazos con palos, se guardan mucho de los cebados. Al bajar las aguas, bajan también los cocodrilos por los ríos que se van secando hasta llegar á los grandes afluentes del Orinoco y á este mismo. Los que se retrasan y quedan en seco, hacen agujeros en el lodo, donde se entierran y permanecen aletargados hasta que vuelven las aguas. Hay en el Apure un pez que tiene parecida costumbre, y es el *curito*, que pasa varios meses enterrado en el fango todos los años. También se sabe de otros, principalmente unas doradas, que tienen la propiedad de vivir en seco algunas horas.

En el Orinoco Alto y en el Bajo las tortugas se apartan unas

de otras para poner sus huevos; pero en la parte mediana jún-tanse á millares en lárgas procesiones, como si una fuerza misteriosa las convocase y guiase. Conócense varias playas en las que se reúnen en mayor número, y entre todas, la más famosa es la de la Tortuga, que ha dado también nombre al río que desemboca en este sitio. En tales parajes las tortugas se apiñan, formando verdaderos bancos, ni más ni menos que las sardinas y el bacalao. Desde el mes de Febrero se ven algunas de centinela, en espera del grueso de la hueste que empieza á llegar á fin de Marzo, caminando de noche. La puesta es en los primeros días de Abril. Persiguen al tardo ejército muchos jaguares, que sin gran esfuerzo toman su presa en aquella muchedumbre, y grupos de indios, así de la montaña como del llano, guahibos, otomacos ú otros, que acuden también á la cosecha de las tortugas, pues así denominan á esta fácil caza, de la que principalmente aprovechan los huevos. El aceite de éstos, que se recoge en la dicha parte mediana del Orinoco, llega á 90.000 litros, cantidad que representa una cosecha de 50 millones de huevos, para poner los cuales son precisas medio millón de tortugas. Si á este número de víctimas se añade la mucha mortandad que en las tortugas hacen los tigres y otras fieras, se comprenderá con cuánta razón temen algunos el exterminio de aquellos animales y piden que se sujete su caza á ciertas leyes, según se ha hecho con la de las focas.

El pez más conocido de cuantos hay en Venezuela es el gimnoto ó *temblador*, especie de anguila eléctrica que abunda en los esteros y charcas de los llanos, y que debe en gran parte su fama á la descripción que de él hizo Humboldt. En la época de la sequía, cuando por haber bajado las aguas quedan algunos ríos reducidos á rosarios de estanques y pantanos, dejando casi de correr, los gimnotos se acogen adonde hay agua, separándose los machos de las hembras. Matan á descargas eléctricas cuantos peces tienen la desgracia de hallarse en su compañía, los comen y luego ayunan meses y meses hasta que el agua vuelve á subir. El gimnoto tiene mucho parecido con la anguila, salvo la falta de aletas en la cola y que las escamas son casi invisibles. Su longitud llega á dos metros y á veces es mayor. Los naturalistas le han estudiado mucho y de cerca, atraídos por la novedad del aparato eléctrico que se extiende por todo su cuerpo ó poco menos, hallándose los demás órganos reunidos en la parte delantera. Las primeras descargas

eléctricas son débiles, pero después se van haciendo más fuertes, principalmente si el gimnoto se encoleriza, y bastan para matar animales muy corpulentos. Consumida la electricidad de que pueden disponer, quedan algún tiempo desarmados, y entonces se cogen sin peligro. Cuenta Humboldt que cuando los llaneros quieren pescar gimnotos, echan primero, hacia las lagunas en que están, caballos silvestres, contra los cuales gastan toda su electricidad, y que con esta estratagema los toman sin otro trabajo. Pero según opiniones autorizadas, aunque así haya ocurrido en alguna ocasión, no debe creerse que tal suceso se ve con frecuencia, ni llega á ser costumbre, porque aun en los tiempos en que había en los llanos millones de caballos, valían éstos lo bastante para que tal pesca saliese demasiado cara. Además, al llanero le basta para consumir la fuerza eléctrica de un gimnoto un esparavel ó cualquier otro instrumento de pesca. En muchos tributarios del Apure, el enemigo de que más tiene que guardarse el hombre no es el cocodrilo, sino ciertos peces mucho más peligrosos, tales como el gimnoto, ya descrito, los rayas, los *parayas* y los *caribes*. Estos tienen tan fuertes y afilados los dientes, que de un solo bocado parten cualquier anzuelo, y acometen á su presa con inaudita furia. Son tan codiciosos de la sangre, que si el caballo que cruza el río lleva alguna herida, aunque sea un arañazo hecho por la espuela, muerden en aquel lugar hasta enterrar la cabeza en la desgarradura que abren y llegar á las tripas, por lo que en el país les llaman *mondongueros*. También de esta afición á la carne y á la sangre les viene el nombre de *caribes*, por analogía con los pueblos comedores de hombres, que en otro tiempo fueron tan temidos y famosos. Tal es la abundancia de estos peces caribes, que en algunas charcas y esteros hay de ellos más que agua, según dicen los llaneros. Algunas tribus indias aprovechaban las quijadas del caribe para cortarse el pelo.

V

Indígenas de Venezuela.

De los indios montaraces de Venezuela, es el pueblo de los guaraunos uno de los más conocidos. Viven dispersos en las islas del delta del Orinoco y en las tierras bajas y anegadizas de aquella comarca, siendo su principal centro en Piacoa,

cerca del sitio en que los primeros brazos del río se apartan. Distínguense por la anchura del rostro, que excede á la altura de la barba á la frente; no tienen la nariz chata como los negros, y hablan una lengua que en todo se diferencia de la que usan los pueblos vecinos. Son gentes medio acuáticas, cuyas viviendas están edificadas en lo alto de cerrillos que descuellan sobre las aguas de los ríos, cuando éstos crecen, y que en la época de la sequía quedan como perdidas entre los pantanos, sin más comunicación que sendas tan difíciles de recorrer, que en algunos trechos reducen á troncos de árboles, los cuales más parecen arrojados allí por la casualidad, que por industria humana, pues á poco que el agua suba, se les ve andar semiflotantes de uno á otro lado. Tan escondidos viven, que algunas de sus aldeas no las conocen los indios de otras tribus, ni los mismos blancos. Sin embargo, ya no son los guaraunos lo que eran años atrás, cuando levantaban sus cabañas sobre estacas para huir de la inundación, ó en las copas de las palmeras. Donde hallaban un grupo de éstas dispuesto á su gusto, unían los troncos por una red que fabricaban con los pecíolos del mismo árbol. Este era el piso de la casa. El techo le hacían con mayor facilidad aún, pues su labor consistía en coser las hojas de modo que formasen toldo. La vivienda venía á quedar á cuatro ó cinco metros sobre las aguas, en tiempo de crecida. Tenían perros que les guardaban y defendían, y que además pescaban.

Uno de los usos que conservan es el de poner á prueba e valor y sufrimiento de los mozos antes de admitirles en el número de los guerreros, ó sea, al llegar á la mayor edad. El que quiere casarse, ha de padecer antes el atroz suplicio de las hormigas. También las mujeres tienen que estar recogidas algún tiempo en cierta choza sagrada antes del matrimonio. El marido, cuya esposa ha dado á luz, no sale de casa en algunos días, con lo que cree evitar que le embrujen al hijo los malos espíritus. Opónese la humedad excesiva del suelo á que entierren los cadáveres, por lo cual, cuando alguno de ellos muere, le envuelven primero en su hamaca, después en hojas, y por último le cubren de una gruesa capa de arcilla. El cuerpo, una vez empaquetado de esta suerte, queda colgado junto á las cabañas. A veces, en vez de envolver al muerto, le atan á una cuerda y le echan al río, donde en menos de veinticuatro horas limpian los peces caribes el esqueleto, con tal perfección, que no quedan en los huesos señales de haber tenido carne ni

tendones. Sácanlos entonces, los ponen ordenadamente en un cesto, que adornan de cuentas de vidrio de colores vivos, y colocan encima de todos el cráneo. Humboldt y otros viajeros han exagerado al decir que la existencia de los guaraunos depende de la vida de las palmeras, que les sustentan, les sirven de morada y permiten atender á sus demás necesidades. Lo cierto es que si su número va á menos es porque estos indios, como los demás que tienen trato con los blancos, se mezclan con ellos, hasta que toda la nación, hecha mestiza, pierde el nombre. Según Plassard, los guaraunos serán diez ó doce mil.

Otro pueblo muy nombrado (en lo que tienen no pequeña parte las descripciones de Humboldt), es el de los otomacos, que vivían hacia la mitad del Orinoco, entre las desembocaduras de los ríos Meta y Arauca, y principalmente junto á los peñascos de Barraguan. Tenían por antepasados y fundadores de su raza á unas grandes piedras que allí se ven, y era uso muy autorizado entre ellos enterrar los muertos en las grietas y rocas de aquella garganta, sin que pudieran hacerlo en ninguna otra parte. Eran grandes jugadores de pelota, más diestros que los vascongados. Las hacían de caucho, y no podían arrojarla ni recibirla sino con el hombro derecho, entusiasmándose tanto con este juego, que solía acometerles una especie de frenesí ó locura furiosa, en cuyo delirio se abrían y desgarraban las carnes. Cuando las aguas de los ríos crecían, faltábales el pescado de que se sustentaban, y entonces comían tierra. De cierta arcilla muy fina, que tostaban un poco, hacían unas bolitas, y de éstas tomaban todos los días una cantidad de medio kilogramo, poco más ó menos. Para explicar que pudieran alimentarse con tan extraña comida, opinaron algunos autores que esta arcilla contendría infinidad de gusanillos, que serían el verdadero sustento de los otomacos, y daba motivo á creerlo la circunstancia de que en esta nación no se veían las enfermedades que en otras de indios y negros geófagos, en las que son muchos los que mueren de tal costumbre; pero Vauquelin, que la analizó, asegura que sólo encontró tierra, sin mezcla de substancias vegetales ó animales. Esto es lo único que desde tiempo de Humboldt se ha podido saber de la alimentación de los otomacos, los cuales se han apartado de las orillas del Orinoco, internándose en los llanos, donde viven cada vez más esparcidos, porque su número disminuye.

Al acabar el gobierno de España acabaron las antiguas

misiones, que eran otros tantos reinezuelos, casi independientes, que los misioneros regían sin contradicción de nadie, y tras las misiones desaparecieron las aldeas que á su calor habían nacido y vivido dos ó tres siglos. De los pueblos de que hablan Gumilla y otros misioneros, no encuentran los viajeros que recorren ahora los campos de la parte media del Orinoco ni señales, habiendo desaparecido muchos de ellos como aquellas tribus de atures, de los que no pudo recoger Humboldt otros vestigios que algunas palabras de su idioma, retenidas por un solitario papagayo. Una de las causas de la concunción de los indígenas fué la guerra de la Independencia, á la que siguieron las guerras civiles. Tanto en aquélla cuanto en éstas, los aventureros de uno ó de otro bando los cazaban para servirse de ellos, dándoles arcos y flechas, y cuando podían fusiles y bayonetas. No fueron más felices en tiempo de paz, porque se vieron en algunas ocasiones víctimas de la avaricia de poderosos comerciantes, que les obligaban á remar muchas horas seguidas ó á cargar pesados fardos, pagándoles poco ó nada y las más de las veces dándoles el mezquino salario en aguardiente malísimo, mezclado con drogas aún peores. De todo esto y de los sufrimientos que una ley misteriosa impone á las razas inferiores cuando tratan con otras más fuertes y mejor organizadas, se siguieron y siguen mil enfermedades que les están acabando. Compréndese que algunos indios, enseñados por la experiencia, teman al blanco en tales términos, que si le oyen toser ó estornudar, huyen en dirección contraria. Pero este miedo no ha podido impedir las epidemias que los diezman.

No obstante las guerras, los malos tratos de los blancos, la miseria, la emigración y las enfermedades, aún hay en Venezuela muchísimas tribus montaraces, si bien las únicas conocidas y hasta ahora estudiadas son las establecidas cerca de los caminos. Tales son: los altivos guaicas y sus vecinos los guaharibos, cuyo nombre han tomado de uno de los primeros raudales que se encuentran bajando por el Orinoco; los maquiritares, que viven en la parte alta de este río y en el Ventuari; los banivas, cogedores del caucho de las selvas del Atabapo y del Guaviare Bajo; los temidos guahibos de las orillas del Vichada, á los que llaman *cuñados*; los yaruros y los guamos, habitantes de las tierras que antes tenían los otomacos cerca de la desembocadura del Arauca; los piaroas, que son, como los guahibos, buenos barqueros que navegan en las revueltas aguas

de los raudales, y otros muchos. Los indios que viven al Norte y al Oeste del Orinoco casi todos son pacíficos y están dedicados al cultivo de los campos. Los que se hallan dentro de la gran curva que hace el río son completamente bárbaros. Tienen muchos *piaches* ó adivinos, semejantes á los de los pieles rojas y de los negros de Guinea, que curan las enfermedades sin otras medicinas que las músicas y el encantamiento. Se consideran grandes hechiceros. Estos indios tienen una fiesta misteriosa llamada *botuto*, de una trompa de terrible son que en ella tocan. Si por casualidad ó por industria se introdujese una mujer en esta ceremonia, la matarían, y con esta amenaza, procuran todas no entrar en ella.

Los habitantes de las costas de Venezuela son de origen español, pero con alguna mezcla de indios y otras sangres. Encuéntanse, sin embargo, diversos pueblos en que la raza se ha conservado pura, citándose, como ejemplo de éstos, á la gente de la Grita, en la vertiente septentrional de la sierra de Mérida, en la que apenas se advierte el menor vestigio de la sangre india y ninguno de la negra, siendo particularmente notable la belleza de las mujeres. A fines del siglo XVIII, las relaciones de Venezuela con la madre patria eran muy estrechas, principalmente con las Provincias Vascongadas, donde hubo una compañía que tuvo algún tiempo el comercio con La Guaira, Puerto Cabello y demás puertos de la provincia á que llamaban Capitanía general de Caracas. Esta fué, sin duda, la causa de establecerse allí muchos vascongados, según lo confirma la cantidad de apellidos euscaros que se conservan, y que son algunos miles. Aunque estos vascos de América han olvidado el idioma de sus padres, muéstranse orgullosos de su origen. Los vascongados fundaron las ciudades de Puerto Cabello, La Guaira y Calabozo poblaron el rico valle de Aragua, que es la región más próspera de toda la República, y precedieron á los demás agricultores en el cultivo del indigo, el algodón y el azúcar. Bolívar, el Libertador, como le llaman en Venezuela, era vascongado, descendiente de cierto Simón de Bolívar que en 1590 desembarcó donde hoy es la Guaira, y fué uno de sus fundadores. También acudieron á Venezuela muchos catalanes, gente industriosa que conserva muy vivo el cariño á la tierra natal allende los mares, y nunca dejan de ayudarse unos á otros, de modo que consiguen sobreponerse á dificultades que, sin esta buena condición, no podrían vencer. Tienen también mucha iniciativa y espíritu industrial,

debiéndoseles considerar como fundadores de la industria venezolana, porque fueron los primeros que extrajeron el aceite de coco, y que hicieron cuerdas y hasta paños burdos, valiéndose de las fibras del agave ó pita y de otras plantas. Los españoles se aclimataron en todas las comarcas de Venezuela, así en las vertientes templadas de los montes como en los llanos y en la costa, donde el calor es tan grande. En Caracas y en las otras ciudades de los montes viven muchos miles de extranjeros del Norte de Europa y de la América Septentrional, sin daño de su salud. En los llanos el clima no les es tan favorable, y llega á ser peligroso en la vecindad de las lagunas y pantanos. En toda esta parte de la República se padecen enfermedades epidémicas, á las que castizamente llaman peste los naturales, los cuales culpan de esta calamidad á la podredumbre de animales muertos que lleva el Apure cuando baja crecido. Algunas de estas pestes son espantosas, porque nada escapa á sus rigores, ni hombres, ni animales de tierra ó de agua, domésticos ó montaraces. En cierta ocasión murieron hasta los monos de los bosques y los más de los infinitos caballos de los llanos. La corriente del río Orinoco apenas llevaba otra cosa que esqueletos. En 1843 perecieron seis ó siete millones de caballerías, llegando á valer cinco veces más que antes los que escaparon al mal, al que llamaron los llaneros *derrengadera* ó *deslomado*, porque uno de sus efectos es la parálisis del cuarto trasero. Esta enfermedad, casi siempre mortal, muy rara vez afecta á las vacas y carneros. Supónese que la producen ciertos parásitos microscópicos que se alojan en la espina dorsal.

Hasta el siglo XIX Venezuela fué casi únicamente colonizada por los españoles, pues los alemanes que allá marcharon en tiempo de Carlos V murieron casi todos, no pudiendo resistir los trabajos de las primeras expediciones. Los hacendados franceses, á quienes la Gran Bretaña iba echando de las Antillas Pequeñas á fines del siglo XVII, se acogieron en muchas ocasiones á la costa de Tierra Firme, y más que á otro sitio á la península del cabo Paríá; pero, recelosos los gobernadores de la provincia de Caracas de la llegada de tantos extranjeros, no les permitieron establecerse juntos y tuvieron que derramarse por diferentes puntos del país para trabajar las tierras, que era su principal ocupación. La introducción de negros africanos ayudó mucho á la explotación de las haciendas y á la fundación de otras, con lo que la agricultura fué prosperando y extendiéndose. A principios del siglo XIX, cuando Humboldt

viajó por Venezuela, se calculaba que serían negros las ocho décimas partes de los habitantes, es decir, unos 62.000, número que disminuyó al compás del de los blancos y mestizos, por las pestes, terremotos y guerras que después vinieron. En 1830, una ley muy rigurosa acabó con la trata, según pedía la opinión pública. Entonces se contaron 50.000 negros libertos. Todos los que desde aquella fecha han entrado en Venezuela eran de la Trinidad, de Haití y otras Antillas y de la Guayana inglesa. Africanos esclavos no volvieron á verse. Tampoco se encuentran en Venezuela negros puros, pues todos se han ido mezclando con los blancos. Esta mezcla la favoreció mucho el Gobierno español, quien diversas veces reconoció á los mestizos los mismos derechos que á los españoles. Carlos III declaró blancos, por un decreto, á todos los zambos de Nirgua. Donde quedan más señales del tipo negro (y en ocasiones parece éste el principal) es en Puerto Cabello, La Guaira y otras poblaciones de la costa.

Entran en esta República bastantes españoles, franceses, italianos y alemanes al año, la mayor parte braceros ó industriales, que se establecen en las ciudades. Llámánles *jorungos*, y no están muy bien mirados al principio; pero poco á poco se van haciendo amigos. A estos extranjeros se debe en mucha parte la explotación de las minas, construcción de caminos y ferrocarriles, puertos, etc., cuyas obras son las que más contribuyen al progreso de la colonización, porque gracias á ella se extienden por los campos los pobladores de las ciudades. La mayor parte de la República, al Sur de los montes, está aún desierta ó poco menos, y donde no, la habitan tribus de indios, unos montaraces y otros reducidos. Los colonos y civilizadores de los inmensos llanos llegarán, sin duda, de las ciudades, que van ganando terreno al desierto, y ensanchándose por él adelante. En torno de muchas de ellas vense dilatados jardines y campos labrados: primeros pasos que da la Agricultura para conquistar las dilatadas y riquísimas comarcas de la cuenca del Orinoco.

VI

Poblaciones de Venezuela.

No tiene Venezuela en el golfo de Paríá puerto alguno que pueda compararse á Puerto España, el principal de la Trinidad,

isla venezolana que posee Inglaterra. La costa de las bocas del Orinoco es baja y pantanosa y sin otras poblaciones que algunas aldeas medio enterradas en fango. Para encontrar lugar propio del comercio hay que subir por el río Guarapiche ó Caño Colorado hasta unos 50 kilómetros antes de Maturín, cuyo pueblo sirve de mercado á los hacendados de las vertientes meridionales de los montes de Cumaná. Escondido en un seno de la montañosa península de Paríá está el puertecillo de Güiría, muy abrigado de los vientos, pero tan al pie de los



Una vista de Puerto España.

cerros, que casi no tiene campiña que labrar, por lo que es de escaso comercio, y apenas le visitan algunas barquichuelas. Entre las dos penínsulas de Paríá y Araya ábrese la bahía de Carúpano, del fondo de la cual arranca una cortadura que divide en dos partes la cadena de la costa, y pone al mar en fácil comunicación con las llanuras del interior. Favorecida por esta posición tan aventajada, nació la ciudad de Carúpano, que tiene bastante comercio, y que le tendría mucho mayor, y daría salida á todos los cafés, cacao y tabacos de la quebrada y fértil comarca de Cumará, si la ayudasen con ferrocarriles y otras buenas vías para el transporte de los géneros, y la quitasen ó mejorasen algunos bajos muy peligrosos que hay á la entrada de la rada. Al Oeste de Carúpano está el excelente

aunque pequeño puerto de Cariaco, en la salida del golfo de su nombre, que separa, según dijimos, dos sierras paralelas. Cariaco hállase casi abandonado, á pesar de ser muy seguro refugio, y de las grandes salinas que cerca tiene, las cuales producen muy buena sal, sobre todo las de la península de Araya.

Cumaná, capital que fué de la Nueva Andalucía, y hoy principal ciudad de los distritos orientales de Venezuela, aventaja en antigüedad á todas las de Tierra Firme, pues Nueva Cádiz, que fué fundada algo antes, levantóse en la isla de Cubagua. Llamáronla al fundarla (1520) Nueva Toledo, luego Nueva Córdoba, y por último Cumaná, del río que riega su término. En una montañuela vecina vense ruinas de la fortaleza que Diego Colón construyó para defenderla de los indios. Está más sujeta á terremotos que ninguna otra de Venezuela, habiendo sufrido de ellos grandes daños. En prevención de otros, sus moradores hacen las casas muy bajas, y hay arrabales, como el de los indios guaqueris, que viven en la orilla izquierda del Cumaná (al que ahora nombran Manzanares), que todo se compone de chozas. Tiene puerto espacioso, pero está casi desierto de buques, porque para el escaso comercio de la comarca bastan y sobran los que caben en las ensenadas del litoral. En la parte alta de la cuenca del Manzanares hay muy buen tabaco, al que llaman de Cumanacoa los traficantes, y todo el cual sale por Cumaná. Pocos kilómetros al Sur de esta población estuvo la villa de Ameracapana ó Am̄aracapana (que las cartas modernas señalan con el nombre de Maracapana ó Maracapano), lo que en indio vale tanto como *pueblo de América*. En otros tiempos era centro de grandes negocios, y acudían á ella las mercancías del interior y los comerciantes de esclavos con sus rebaños humanos. Uno de estos mercados llevó en cierta ocasión 4.000 indios á venderlos.

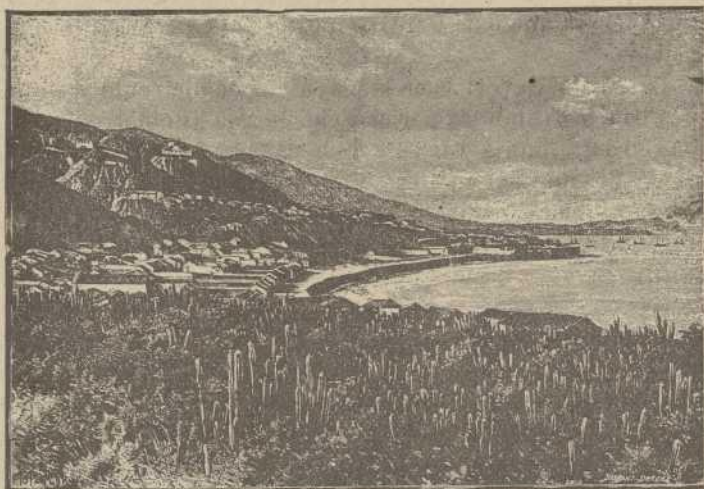
Cumaná fué poblada por andaluces y Barcelona por catalanes, lo que se sospecha con sólo nombrarla. Fundáronla en 1637 en la ladera de un cerro, al que apellidaron Santo, y de allí bajó á orillas del mar, junto al Morro, promontorio aislado que se levanta cerca de la boca del río Neveri. Está de tal modo colocada para la exportación de Cacao, cafés, pieles, maderas tintóreas y otros productos del país, que sería de los principales puertos de la República si las arenas del Neveri no le hubieran medio cegado. En este puerto hay bancos peligrosos que obligan á los buques á fondear mar afuera sin abrigo

alguno. Esto no obstante, Barcelona es más rica y de mayor comercio que Cumaná, gracias al puerto de Guanta, que aunque pequeño es seguro, y sólo dista de ella 19 kilómetros, cuya distancia en poco tiempo se salva, merced al ferrocarril. Guanta es todavía un pueblecillo rodeado de bosques vírgenes, pero sin duda ha de llegar á mucho, lo mismo que Barcelona, porque ambos se hallan cerca de unas minas de carbón de piedra muy bueno, que arde con mucha llama dejando poca ceniza, y que fueron descubiertas hace pocos años. Para dar fácil salida á estos carbones que, según parece, yacen en las capas llamadas permianas (terreno carbonífero), se ha contruido una línea férrea que baja á unirse por el valle de Naricual á la antes citada.

Pasado el río Neveri hace la playa un semicírculo y sigue siempre baja y pantanosa por espacio de 200 kilómetros hasta el cabo Cordera, punta que sale de la cadena de Caracas hacia Oriente, y después del cual hay varios ancones que las aguas del mar han abierto en los mismos fundamentos de las montañas. Uno de esos ancones, el de Caravellada, fué puerto de Caracas algún tiempo, hasta que en 1587, habiéndose alzado los habitantes contra el corregidor que les habían nombrado (por ser el primero, pues no querían ninguno), abandonaron el pueblo. Desde entonces es La Guaira el puerto principal de Venezuela. Hállase entre las montañas y el mar, con tan poco espacio para extenderse, que las casas están edificadas de tal modo que acompañan á todas las revueltas de la costa por espacio de muchos kilómetros. Al Oeste acaba en las quintas y palmares de Maiquetia, y al Este, en los hoteles y baños de Macuto. Las altas y escarpadas rocas que la dominan y oprimen detienen los rayos del sol, de los que toman grandísima cantidad de color, color que despiden de noche, y si á esto se añade que cortan el paso á los vientos, se explica perfectamente por qué es La Guaira una de las ciudades del mundo en que el calor es más riguroso, siendo compañera en esto de Mascata, Masaua y otros lugares de Africa. Sin embargo, no es malsana, ni la temperatura media anual pasa de 28°,1, en lo que aún queda como inferior á algunos sitios de la misma costa y á los llanos. Lo que hace en ella casi insufrible el calor es la mucha humedad del aire, singularmente cuando cae el viento. Del día á la noche la diferencia media de temperatura no llega á 3°. El puerto, no seguro, es pequeño y obra de la industria humana, que allí ha construido muelles y un rom-

peolas, á cuyo resguardo pueden ponerse algunos barcos. En la rada exterior, el oleaje suele ser siempre fuerte, y á veces fortísimo, y muy difícil de aguantar. En cierta ocasión, de 20 buques que estaban anclados, 19 vinieron á tierra á impulsos de poderosas olas que se levantaron y que los estrellaron contra las rocas. La principal mercancía que sale por La Guaira es el café. En cambio entran comestibles, muebles y artículos manufacturados que llevan á Caracas.

La Guaira es un barrio ó suburbio de Caracas, no mediando



Puerto de la Guaira.

entre ambas más que 9.290 metros en línea recta. Pero Caracas está 900 metros más alta, y entre las dos se interpone la empinada Silla, lo que hacía que las comunicaciones entre las mismas fueran muy trabajosas, cuando sólo cruzaba la sierra un camino de herradura que trepaba retorciéndose en infinitas revueltas, y por el que todavía suben y bajan muchas mercancías, principalmente cacao, en la época de la cosecha. La construcción del ferrocarril que por el puerto de Catia sube de La Guaira, y cuya longitud es de 37 kilómetros, ha reducido mucho los trabajos y el tiempo que antes se empleaban en tal viaje. A pesar de los infinitos y largos rodeos que da la línea para ir elevándose á tanta altura, aún es tan pendiente, que en muchos sitios sube 35 metros por kilómetro, y en algunos las

curvas no pasan de tener 45 metros de radio. Tanto por esto como por su estrechura y por su marcha, serpenteando en la ladera de la sierra, seméjase mucho al antiguo camino. Como casi toda la fuerza del vapor se gasta en el remolque de los vagones, quedando muy poca para llevar mercancías, hace mucho tiempo que piensan los caraqueños substituir el ferrocarril por un ascensor de nueve kilómetros, que baje derecho de la ciudad al puerto por un túnel de pendiente uniforme abierto en las entrañas de la sierra. Caracas conserva el nombre de la tribu india que vivía en el mismo lugar que ocupa ella hoy, oculta en las fragosidades de la sierra. La fundó Diego de Losada en 1567, llamándola Santiago de León, pero este nombre se olvidó pronto, quedando en uso el que antes tenía. Poco después de fundada, cuando aún contaba pocas casas, la saqueó el pirata inglés Drake, en el año de 1595. Está en un bonito valle que cae suavemente hacia el Este, regado por el Guaire, riachuelo que casi por toda esta parte de su curso es vadeable, y su terreno muy desigual, se halla cortado por tres barrancos muy hondos que bajan hacia el río. Los barrios altos hállanse á 1.010 metros, y los bajos á 880. La parte principal de la población ha sido edificada á 920 metros, en terreno bastante llano para que se hayan podido trazar calles derechas que se cruzan en ángulos rectos. Las casas son bajas y hechas con materiales ligeros, por temor á los terremotos, no habiéndose olvidado aún la catástrofe de 1812, que sepultó á 12.0000 personas bajo los escombros. Es ciudad de buen aspecto, con muchos parques y frondosos caminos, cuyos árboles visten de verdura las pendientes de las colinas. Tiene muy buena y abundante agua, que toma del río Macareo un acueducto situado al Oeste. Entre los varios edificios notables que posee, deben mencionarse la Universidad, cuya fachada principal es de hermoso estilo gótico, el palacio de la Exposición, donde está la Academia Venezolana, la de la Historia y el Museo Nacional. Al palacio del presidente de la república lo llaman la *Casa Amarilla*, imitando el nombre de *Casa Blanca*, que dan los Estados Unidos al que ocupa también el primer magistrado. De las iglesias, hay muchas y buenas, la de mayor mérito es quizás la antigua basílica de Santa Ana. Es famoso su clima por lo benigno y agradable no habiendo bajado de 9° el termómetro ni subido á más de 29 en muchos años. En cambio de este singular favor, la Naturaleza la ha hecho el grave daño de los terremotos, y los hombres, por si no bastaba, han añadido el de las guerras civi-

les. Por eso no ha crecido constantemente la población de Caracas desde su fundación. Antes del terremoto de 1812 tenía 50.000 vecinos, que mediado el siglo quedaban en 35.000; pero ahora, con un poco más de paz y el aumento del comercio, pasan de 75.000. Desde lo alto de la florida colina del Calvario, que domina la ciudad del lado del Norte, contéplase la hermosa vista de Caracas, con sus manzanas de casas muy bien cuadradas, separadas por anchas y rectas calles, ajustadas en su disposición á los cuatro puntos cardinales, y en muchos sitios rodeadas de hermosos jardines y huertos; la plaza central, donde se halla la estatua de Bolívar, rodeada de los principales monumentos, la catedral, el correo, la Casa Amarilla, etc. A lo lejos extiéndense los arrabales. Hacia la tierra más llana vese, por entre los grupos de palmeras y el espesor de los bosquecillos, la vega por donde corre el Guaire para bajar al mar. La cumbre de la colina que como azotea natural sirve para contemplar tan espléndido cuadro, es tan sólo uno de tantos contrafuertes avanzados de los altos montes que por todas partes la dominan, y á todos los cuales se sobrepone y aventaja la Silla. De cualquiera de ellos descúbrese vistas admirables sobre los campos y el mar, pero pocos suben á gozarlas, quedando los más fervientes admiradores de la Naturaleza en el puerto, por donde pasa el ferrocarril de Caracas á La Guaira. Desde este empinado sitio parece tan cerca el mar, cuyo rugido se oye muy apagado, que se cree está á tiro de piedra. Abren los barrancos profundos surcos en la falda de las montañas, y en el fondo vese La Guaira, en una cortadura de la costa, con su muelle, que remeda un brazo extendido en el mar, sus buques, semejantes á insectos casi microscópicos, y la zona de jardines y haciendas, mezcladas con fábricas y otros edificios que á derecha é izquierda se extienden á lo largo del Océano.

De Caracas salen cuatro líneas férreas: una á La Guaira, otra á la villa de Pitare, otra al pueblo de El Valle y la cuarta por Antímano á Valencia. La de más importancia, sin duda alguna, es la primera, pero las otras podrán llegar á tenerla igual cuando continúen hasta su término, ó sea hacia el Atlántico, el Orinoco, Maracaibo y Colombia.

En la porción de la cadena de la costa próxima á Caracas nacieron las colonias agrícolas de mayor consideración de Venezuela. Codazzi fundó en 1843, en un valle situado á 1.802 metros sobre el nivel del mar, cerca de donde nace el Tui, el pueblo de Tovar, con colonos alemanes de la Selva Negra. La

colonia fué creciendo y prosperando á despecho de las continuas revueltas, pero por fin la destruyeron las guerras, habiéndola tomado en 1870 un grueso de tropas, que obligó á los habitantes á desampararla. Mejor suerte ha tenido Tagacigua, grupo de pueblecillos agrícolas, llamado también Guzmán Blanco, y que, protegido por el Gobierno y por su buena situación en unos valles que bajan, de un lado al Tui, y del opuesto á los llanos, ha prosperado mucho.

El valle de Aragua ó *Valle* por excelencia, según en la tierra dicen, es el jardín de Venezuela, por la fecundidad del suelo, excelencia y abundancia de las aguas y suavidad de la temperatura, no tan cálida como la de los campos que están más abajo. Es un paraíso para las plantas y para los hombres. En él crecen muy bien el cacao, la caña de azúcar, el café, el banano, el índigo, el algodón, en compañía del maíz y del tabaco. Hasta el trigo cultivaban los habitantes cuando allí estuvo Humboldt, pero como ahora le pueden traer con facilidad de otras comarcas, le han abandonado para reemplazarle por el cacao, que produce mucho más. Desde principio del siglo xix el número de pobladores del valle se ha hecho tres veces mayor. De los muchos pueblos y ciudades que en él se encuentran, la más oriental es Victoria, donde hubo misiones que redujeron á ios indios caracas. Es estación en la línea de la capital á Valencia, y en la que se dividen las dos vías que siguen por las orillas del lago de Tacarigua, siendo su comercio casi todo agrícola. A 519 metros sobre el nivel del mar, en el lomo de unas montañas que de un lado dominan la cuenca del Aragua, y del opuesto el Guárico, cuyas aguas van al Orinoco luego de mezcladas con las del Apure, está la ciudad de Cura, que es la puerta de los llanos. Fundóla á fines del siglo xvii Juan de Bolívar y Villegas, y fué Villa de Cura hasta que la elevó á su actual categoría el Gobierno de la República. Es capital del Estado de Guzmán Blanco, y de ella salen las expediciones que marchan á los ríos Portuguesa y Apure.

En la otra orilla del lago, frente á la ciudad de Cura, hállase Maracai, quizás la que más ha trabajado por la riqueza y prosperidad del país. Sus primeros pobladores, que eran todos vascongados, propusieron cultivar por sí mismos la tierra, sin ayuda de esclavos, á cuya feliz determinación deben el privilegio de ser los mejores labradores de Venezuela, los que en más floreciente estado tienen las fincas y los iniciadores de nuevos cultivos y reformas agrícolas. Maracai tiene por vecino á Tur-

mero, pueblo también rico, por el que pasa el camino de Victoria, y no lejos de Turmero admira al viandante la magnitud de un *samán* (familia de los mimóseas), cuyo ancho ramaje tiene 200 metros de circunferencia, y era tan venerado por los indios en tiempo de la conquista (ya entonces era grandísimo), que le adoraban como Dios. Cerca de Maracai y de Cura, á oriente del lago de Valencia, brotan los manantiales de Onoto y Mariara, aguas termales de gran virtud curativa.

Valencia, la rival de Caracas, á la que aventaja en estar más hacia el centro de Venezuela, levántase á 472 metros sobre el mar, á Occidente del lago de su nombre una hermosa explanada de sano y templado clima, en el cual no suele pasar el termómetro centígrado de 25°. Fué su fundador Alonso Díaz Moreno, quien construyó los primeros edificios mediado el siglo xvi, cuando aún no existía Caracas. Ha disputado á ésta el honor de ser cabeza de la República, y cuando los Estados colombianos se separaron, celebróse en Valencia el primer congreso. Sigue á la capital en número de habitantes, riqueza, bondad de los edificios y paseos, y comodidad y limpieza de las calles. Cerca de ella está el llano de Carabobo, donde se dió la batalla en que fueron vencidas en el año de 1821 las mermaidas huestes que aún defendían á España contra los partidarios de la Independencia, los cuales desde aquel día no hallaron ya quien se les opusiera.

Con ser tan bello el lago de Valencia, que le llaman, con razón, el Lemán del Nuevo Mundo, apenas tiene visitas de viajeros, y con prestarse tanto á la navegación y haber en él algunas islas pobladas, sólo una decena de lanchas surcan sus tranquilas aguas. Con esto dicho queda que el comercio es insignificante ó nulo. De Valencia á Puerto Cabello (que es para esta ciudad lo que La Guaira es para Caracas) va un ferrocarril atravesando los montes á 600 metros de altura, y que pasa por el sitio llamado Las Trincheras (la parte más alta del camino), donde están las fuentes termales más calientes del mundo. En los manantiales de Las Trincheras sale el agua á 91° y aun á 97° en algunos años y estaciones, dando origen al riachuelo de Agua Caliente, que va á parar al mar junto á Puerto Cabello. Llamóse éste así, según cuenta la tradición, por la tranquilidad de sus aguas, que es tal, que podría mantenerse y estar seguro en ellas, un buque amarrado con sólo un cabello. Lo cierto es que los barcos pueden fondear con gran seguridad en el abra de Puerto Cabello, defendida por un semicírculo de

islas y de bancos que no dejan otro espacio libre para entrada que un canal de 13 á 18 metros de profundidad. Interiormente divídese en tres bahías. La ciudad está al Sur del canal, en terreno muy bajo, que formaron los corales, y siglos atrás era isla separada del continente por otro canal hoy cegado. Detrás de éste hállase la ciudad nueva, que crece sin cesar y ya ocupa más espacio que la vieja, encerrada en el antiguo islote. Defienden la entrada de la bahía de Puerto Cabello varios fuertes, y fáciles a la defensa los canales, pantanos y lagunas que rodean á ésta, cuya ventaja es causa de otros mayores inconvenientes, cuales son las muchas enfermedades que las aguas estancadas producen, singularmente fiebres, que se hacen más peligrosas en la época lluviosa, cuando las aguas dulces del río de San Esteban, que viene entonces muy crecido, se juntan á las del mar y matan cantidad de animales marinos que las olas arrojan á la playa, y cuyos cuerpos apestan el aire. Los tiburones de Puerto Cabello no son mansos como los de La Guaira, que en vez de acometer al hombre, huyen cuando le ven en el agua; antes al contrario, son muy voraces y nadie puede bañarse sin riesgo de la vida. En el comercio parécense ambos puertos, pues también por éste salen café, cacao, cueros y maderas de tinte; pero además exporta mineral de cobre. En el pintoresco valle del San Esteban, donde los comerciantes ricos de Puerto Cabello tienen sus casas de campo escondidas entre palmeras, hay una roca con jeroglíficos.

Siguiendo hacia el Noroeste por la costa del golfo Triste, así denominado del constante romper de las olas contra la playa, llégase al abra de Tucacas, que puede considerarse dependiente de la bahía de Puerto Cabello, y por la que exporta una compañía los minerales de cobre de Aroa. Para la salida de estos minerales tuvo esta empresa que construir un ferrocarril desde La Luz, que es la población más próxima á las minas, hasta Puerto Tucacas, distancia de 90 kilómetros, de donde le llevan á Puerto Cabello vapores pequeños. Antiguamente bajaban el mineral, desde las montañas donde están los criaderos, por el río también llamado Aroa. Estas minas, únicas de Venezuela, de las que se sigue sacando cobre, son muy importantes y productivas. El ferrocarril será continuado hasta San Felipe, Barquisímeto y otras ciudades del interior. San Felipe, fundada en 1551, y á la que se dió el nombre del monarca que entonces gobernaba á España, es como en lo pasado, cabeza de la riquísima cuenca del Yaracui, en la que

hay infinitas haciendas de cacao y caña de azúcar, si bien no ha podido levantarse del todo de las ruinas y estragos que en ella produjo el terremoto de 1812. Yaritagua, población situada en la divisoria de las aguas entre el Yaracui y Portuguesa, donde principian las sábanas que preceden á los llanos, la aventaja ahora por el número de pobladores y la importancia del comercio.

A 539 ó 605 metros sobre el nivel del mar, á orillas de un arroyo que por el Cojede y el Portuguesa lleva aguas al Apure, está la antigua Nueva Segovia, hoy Barquisimete, fundada en 1552 por Juan de Villegas, no lejos del lugar que ahora ocupa. Los primeros colonos acudieron atraídos por la fama de las minas, y más tarde también se acogieron á éstas muchos negros cimarrones, que en ella fundaron una república independiente. El terremoto de 1812 la destruyó, lo mismo que á Caracas; pero se ha repuesto de la catástrofe, y hoy es de las principales ciudades de Venezuela, si bien de las más feas. Al Sudoeste tiene á Quibor, cuya importancia ha venido muy á menos, mediando entre ambas bosques de cactus, en los que apenas se encuentra aldea ni casa alguna. Hay quien dice que en Quibor, por haber sido colonia de los alemanes de Coro en tiempo de Carlos V. domina el tipo germánico.

Aunque el río Tocuyo, que desemboca en el mar, al Norte de la punta Tucacas y del puertecillo de Chichirivichí, tiene dilatada cuenca y considerable caudal, alimentado por las nieves de la sierra de Mérida, no hay en él ciudades importantes. Los principales poblados, como son Carora y la bella é industrial Tocuyo, que le ha dado nombre, están á bastante distancia de la costa, en cañadas fértiles, á la salida de los valles de la sierra y separadas del lago de Maracaibo por las dilatadas y desiertas mesetas de Agua de Obispo. El litoral de esta región carece de puertos. Vela de Coro, pueblecillo situado entre cactus y mimóseas en el arenoso istmo de la península de Paraguana, hace algún comercio, pero de cabotaje ó exportando ganado y pieles de cabra, que llevan á la isla holandesa de Curaçao, distante de Tierra Firme unos 100 kilómetros y paralela á la costa. Los buques de mucho calado tienen que fondear á tres ó cuatro kilómetros de la playa, pues hasta esa distancia no hay agua suficiente, y quedan expuestos sin defensa, á la furia de los vientos, que es terrible. La ensenada occidental, formada por el golfo de Coro, del otro lado del istmo pantanoso, llamado de los Medanos, es todavía menos hospita-

laria, pues no se conoce en ella sitios en que puedan fondear los buques. Sin embargo, á la llegada de los españoles era Coro (Cariana, decían los indios) puerto concurrido, y por esto, sin duda, sirvió de punto de partida para la conquista de Venezuela. Coro fué fundada por Ampúes en el año 1527, siete años después de Cumaná, á la derecha del lugar que ocupa actualmente, y á tres kilómetros de la playa. Los indios acogieron bien á los españoles y les ayudaron á conquistar los otros poblados, para ser ellos, á su vez, conquistados más tarde. Los aventureros alemanes, Alfinger, Fredemann, Speier y Hütten, á quienes los Welser de Augsburg habían encargado que les conquistaran unos reinos, organizaron expediciones á Coro, gran mercado de esclavos, de cuya población partieron para el descubrimiento de las mesetas de los Andes, el Orinoco, los llanos y el Magdalena. El botín de aquellas conquistas acabó de enriquecer á Coro y contribuyó á que fuese cabeza de Venezuela, pero no pudo resistir á los corsarios ingleses, que la tomaron por asalto en 1567, haciéndola pagar fuerte rescate. Para evitar la repetición de estos desastres, se trasladó la residencia del gobierno á Caracas algunos años más tarde, y Coro quedó tan obscurecida, que no pudo ser, andando el tiempo, ni capital de Estado, distinción que fué otorgada á Capatárida, pueblecillo situado entre Coro y Maracaibo.

Del dilatado semicírculo de montañas que vierten aguas en el lago de Maracaibo y el golfo de Venezuela, sólo pertenece á Colombia el extremo sudoccidental. La mayor parte de sus pueblos son venezolanos. Trujillo (818 metros), en la salida de uno de los valles altos de Sierra Nevada, rodeada de fertilísimas campiñas, ha cambiado varias veces de sitio desde su fundación á mediados del siglo xvi, no habiéndose fijado definitivamente en el actual hasta 1570. El pirata Gramont la saqueó en 1608, refugiándose los habitantes en las montañas. Pobláronla mineros ó aventureros, que es lo mismo. Después de destruída por el mencionado bandolero, no volvió á tomar su nombre hasta los primeros años del siglo xix. Un ferrocarril, aún no terminado, debe unirla al mar por Mendoza, Valera, Motatán, y el puerto de la Ceiba ó del «Quesero» al lago de Maracaibo, es decir, al mar. Al Este de Trujillo, en la divisoria de aguas del golfo de Maracaibo y la de los llanos, está Plazuela, centro comercial importante de la provincia de Zamora. A esta región acuden muchos emigrantes italianos, de los que se compone la mayoría de la población de la próspera Valera.

Mérida, que tomó su nombre de la ciudad de la Extremadura española, está en el corazón mismo de los Andes, á 1.660 metros sobre el mar, en una meseta que fué fondo de un antiguo lago, y en las que se juntan muchos afluentes del río Chama, que va á desembocar en el lago Maracaibo, gozando de una temperatura de 16 á 17 grados centígrados, á cuya suavidad se debe que las plantas europeas vivan junto á la vegetación propia de la zona tropical. Pocas ciudades pueden compararse á Mérida por la hermosura del paisaje. Ocupa mucho espacio, por ser muy bajas las casas, á las que rodean jardines, y hállase al borde de una meseta de origen lacustre, según ya dijimos, como colgada á 300 metros de altura sobre el espumoso lecho del Chama, que al cabo de muchos siglos de trabajo ha podido abrirse camino, aunque estrecho, en la gruesa capa de las tierras de acarreo. Cortan profundamente las escabrosidades de la sierra, dejando á Mérida como aislada, los torrentes de Mucujun y de Albaregas, en que se han abierto también lechos hondísimos, de modo que la ciudad, sus arrabales, quintas y huertos parecen un jardín aéreo. Los paseos que de ella parten, aléjanse, y suben por las vertientes de los Andes, ofreciendo todas las variedades de las diferentes floras, según la altura. Hacia el Sur, cortan la vista y suspenden el ánimo los picachos de Sierra Nevada, cubiertos de nieve; pero el resto del horizonte aparece siempre verde y florido, menos en los raros casos en que al correrse las nubes, después de una tormenta, se ve la ciudad rodeada de blancos hielos que el sol derrite en gran parte á las pocas horas. Fundada en 1558 con el nombre de Santiago de los Caballeros, que tantas ciudades sudamericanas tuvieron, es Mérida una de las que conserva más pura de toda mezcla la sangre española; pero los campos de los alrededores casi todos están poblados de mestizos, sin otra excepción que las antiguas tribus de los timotes y de los mucuchíes, á las que deben su nombre dos poblados de la montaña al Noroeste de Mérida.

El mayor es Mucuchíes, situado á 3.030 metros, y que debe considerarse el pueblo más alto de la República; aunque diversas aldehuelas están 300, 400 y hasta 500 metros más elevadas, y una casa del mismo término, ordinariamente deshabitada, y á la que llaman Barrio Negro, se encuentra á la altura de 3.645 metros. De este distrito llevan á Mérida la manteca y el queso que se consume en la ciudad, pues no tiene otra industria que la cría de ganado. De otras partes recibe el trigo, las frutas y las legumbres de origen europeo, cultivándose en las campiñas

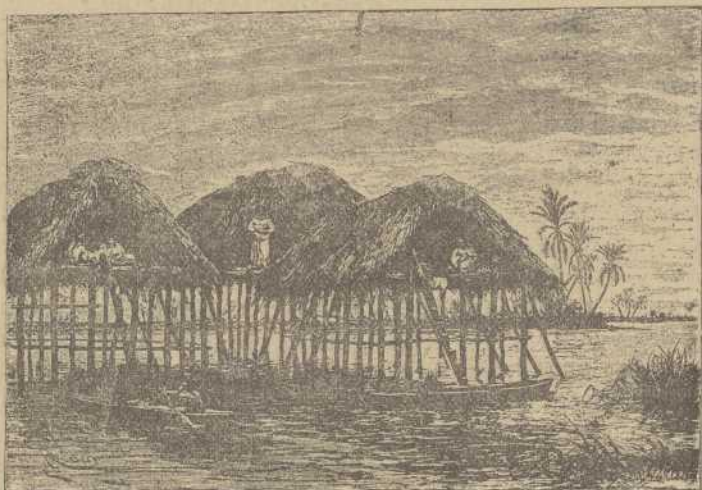
más bajas los productos de la región tropical. De los extranjeros establecidos en Mérida, son los italianos los más numerosos. Esta ciudad ignorada, que se hallaba como perdida en el seno de las montañas, conservaba muy puras las tradiciones eclesiásticas; pero ha cambiado, siguiendo las modernas ideas, y de su Seminario ha hecho Universidad, siendo ésta y la de Caracas las dos únicas que existen en Venezuela.

Mérida procura comunicar con el mar, y por medio de él con el resto del mundo. Hasta ahora no tiene con él otro lazo de unión que el camino tortuoso que sale hacia el Norte, trepando trabajosamente por la montaña, y que cruza los altos páramos brumosos para bajar al través de las florestas y los pantanos del litoral, sea á la Ceiba, sea á cualquier otro puercecillo de la orilla meridional de la laguna; viaje largo y penoso que requiere estar á caballo muchos días. Pero los meridenses piensan acabar dentro de poco un ferrocarril que bajará por suave pendiente el lecho del Chama hasta el puerto de Zulia, situado en un río navegable que desemboca en el lago de Maracaibo. Cerca de Mérida existen dos fuentes de petróleo. La población india de Lagunillas, al Oeste de aquélla, en el camino de San Carlos, explota cierta sal, á que llaman *urao ó trona*, de que hay abundancia en una bahía ó laguna, y que se emplea para sazonar el tabaco. Desde 1840, este pequeño lago ha disminuído mucho.

San Carlos de Zulia, ó Zulia á secas, rodeada de cafetales, de bananos y de bosques de naranjos, ha dado nombre á toda la comarca baja que dominan los últimos estribos de los Andes. Está en la orilla del río Escalante, frente á Santa Bárbara, y al Oeste corre el río Zulia, que comunica con aquél por el Cataumbo, y que forma una red de esteros y un gran lago pantanoso, que se llama «lago de Zulia». Este río sirve á la gente de Colombia para llevar á vender café y otras mercancías al mercado de Maracaibo, y además une al mar las poblaciones venezolanas de la sierra occidental; Tovar Bailadores (así llamada de los indios que la habitaron) y la Grita, lugar encantador rodeado de cafetales. Las mujeres de la Grita, famosas en toda Venezuela por su bondad, su energía y su amor al trabajo, son muy buscadas para esposas en toda la República y millares de familias venezolanas deben su origen á enlaces con la raza de los griteños.

Maracaibo, la Nueva Zamora de los españoles, fué fundada el año 1571, siendo destruída tres años después por los corsa-

rios. La actual está en la misma playa en que el conquistador Alfínger construyó en 1529 pequeñas chozas para guardar las mujeres y los niños que cautivaba. Está muy bien colocada sobre la ribera occidental de la garganta que une el golfo de Maracaibo, propiamente dicho, á la laguna, cuya situación la ha hecho heredera del comercio de Gibraltar, ciudad de la orilla meridional del lago, al Noroeste de Trujillo, y que el pirata L'Olonais saqueó en 1668. Considerándola expuesta á nuevos ataques, no la reconstruyeron españoles, y casi toda la con-



Maracaibo.—Habitaciones lacustres en Santa Rosa.

ratación que en ella había pasó á Maracaibo. Desde entonces no ha variado el centro de la contratación, y á Maracaibo acude toda la de la comarca ceñida por la cordillera oriental de los Andes, las montañas de Santander y la sierra de Perijá en Colombia, siendo allí el principal depósito del comercio con Cúcuta, Pamplona, Bucaramanga y otros pueblos fronterizos de la vecina República. Dos caminos que pasarán por Ocaña la pondrán en fácil comunicación con la cuenca del Magdalena. Navegan en el lago y sus afluentes hasta quince vapores. Maracaibo se extiende á lo largo de la playa entre cocoteros, y vista desde la bahía, cuyos contornos siguen sus edificios, parece una gran ciudad, de lo que pronto se desengaña el viajero que penetra en sus calles estrechas y descuidadas, á las que la altura de las casas merma el aire. Al Sur la continúa el

elegante barrio de Hatitos. Su comercio consiste principalmente en café, que envía á los Estados Unidos, siendo sus otros productos de exportación el cacao, los cueros, maderas tintóreas, ganado vacuno, lanar y cabrío, gomas y cortezas medicinales. Los indios goajiros alimentan en parte este comercio, pero no de un modo directo, porque son aún medio montañeses y se detienen con sus mercaderías en la aldea de Sinamaica, junto á la costa del golfo y no muy lejos de la frontera oficial de Colombia. Los géneros importados en Maracaibo son casi todos ingleses, franceses y alemanes. De españoles sólo llega algún vino de Málaga. Los buques de alto bordo no pueden franquear el canal de entrada, por lo que Maracaibo, deseosa de mayor comercio, proyecta construir un puerto exterior, con aguas más profundas, en el pueblecillo de Cojoro, junto á la frontera de Colombia, y al cual la unirá una vía férrea. Santa Rosa, aldea de los alrededores de Maracaibo, levántase sobre estacas en medio de las aguas, como aquellas que vieron los españoles á su llegada á la comarca y por lo que dieron á ésta el nombre de Venezuela. Otra aldea semejante hay en la laguna de Sinamaica. Hacia el lado del Sudeste del Maracaibo se ven en mayor número restos de las que escaparon á la rabia destructora de Alfinger, y una de ellas ha llegado al honor de ser parroquia de las demás y tener en la mayor y mejor adornada de sus chozas una iglesia, á la que acuden los mestizos convertidos. Son estos mestizos grandes cazadores de patos bravos, lo que hacen de manera muy singular. Como hay siempre flotando sobre el agua ramas de árboles, hojas, cocos y otras frutas, échanse á nado con la cabeza metida en una gran calabaza, á la que hacen varios agujeros, y así llegan silenciosamente adonde están los pájaros sin ser vistos de éstos, y cogiéndoles por las patas, tiran de ellos hacia abajo, de manera que, sin tiempo de gritar y advertir del peligro á sus compañeros desaparecen. Algunos autores refieren parecida costumbre tratando de otros pueblos.

Los llanos del Sudeste de la Sierra Nevada de Mérida, en el triángulo que señalan estas montañas y los ríos Apure y Portuguesa, están en proporción más poblados que las campiñas del Este, viéndose algunas villas á la salida de los valles meridionales de la Sierra ó junto á los ríos de bastante caudal para ser navegables. Una de estas villas es San Cristóbal, á 450 metros sobre el nivel del mar, en una bella y saludable campiña, dominando el curso del Torbes, afluente del Uribante

(Apure Alto), desde una cortadura de tierra. Los vecinos pueblecillos de Táriba, Rubio y Capacho Nuevo, están en la vertiente del Orinoco: pero por el comercio, costumbres y modo de vida, pertenecen á la del lago de Maracaibo. Los productos principales de su suelo, que son ganados, cafés, azúcares, cacao y petróleo, envíanlos por el ferrocarril colombiano de Cúcuta, mientras se construye el que se proyecta desde San Cristóbal á la Fría, donde empieza á ser navegable el río de la Grita, pasando por Lobatera y Colón. Es probable que esta línea se complete, continuándola hasta los Encontrados, en cuyo sitio efectivamente se encuentran los ríos Zulia y Cataumbo. La quebrada comarca á que llaman de Táchira, del nombre del río que la separa de Colombia, debe á la fertilidad de sus campos, rodeados de áridas mesetas y colinas, el haberse poblado y enriquecido en poco tiempo. En ella hay pueblos, como Rubio, que se han levantado recientemente en parajes antes del todo desiertos. Aunque el terremoto de 1875 causó grandes daños, sobre todo en San Antonio de Táchira ó de Cúcuta, todas las villas y aldeas se han repuesto del desastre, y son hoy más ricas, más bonitas y más pobladas que antes, acudiendo á ellas los habitantes de las campiñas á descansar de sus trabajos en la estación en que los calores son rigurosos. Al Norte de San Cristóbal hay un monte llamado el Zumbador, que no es volcánico, pero de cuyas entrañas salen unos rugidos que parecen avisar á la gente del país de los peligros con que la poca seguridad del suelo les amenaza.

La antigua Altamira de Cáceres, hoy Varinas, que fué capital de provincia y ahora apenas pasa de ser una aldea, tomó el nombre de las tribus indias que vivían en aquellos parajes. Dos veces han tenido los habitantes que trasladar sus moradas, buscando sitio más sano y ventilado y en que menos les atormentaran los mosquitos. Lllaman tabaco de Varinas á uno muy bueno, pero sólo una pequeña parte del que lleva tal nombre se cultiva en esta región de los llanos. La capital del Estado es ahora Guanaré, edificada en una altura á orillas del río así denominado. En la vertiente meridional de los montes de Valencia, regada por dicho río, están Bejuma, Miranda, Nirgua (una de las primeras colonias fundada por los españoles), San Carlos (que fué misión y luego colonia poblada por gente de Canarias) Cojedes, Acarigua y Pao. Los ríos se secan en verano, menos el Portuguesa, que lleva siempre alguna agua, y hay minas de fosfatos y unas cuevas en las laderas de las montañas,

en otros tiempos lamidas por las aguas, en que se encuentra mucho guano.

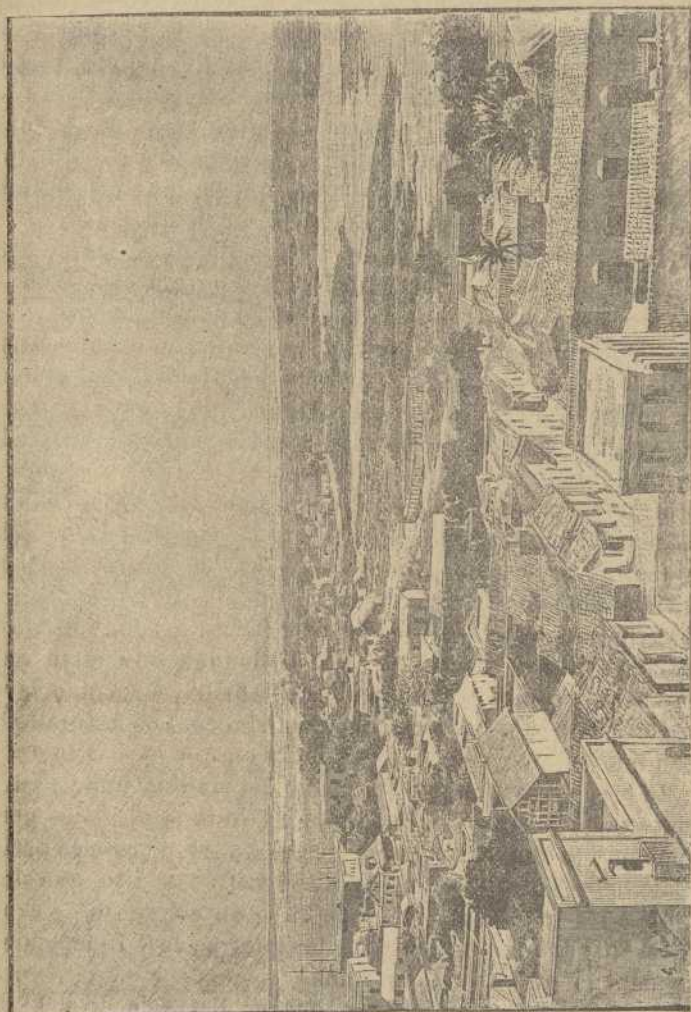
La ciudad del Calabozo, fundada en el siglo XVIII por la Compañía Guipuzcoana, está al Este, sobre un montecillo rodeado casi del todo por el río Guárico. Ha tenido siempre fama de ser la población más sana de los llanos, lo que quizá se debe á que sobre ella pasan los vientos alisios con toda libertad, y á que la tierra de sus alrededores no se anega nunca, volviendo el caudal del Guárico á su lecho después de las crecidas, sin formar pantanos en las orillas. Tiene también Calabozo puras y frescas aguas de manantial que salen de unas grietas del terreno, y al filtrarse por las rocas se destilan y purifican. Cerca de la vecina aldea de Misión de Abajo ensanchanse algunas de estas grietas hasta llegar á verdaderas grutas, en cuyas cristalinas y templadas aguas toman los habitantes del país baños calientes á temperaturas que varían desde 25 hasta 40 grados. En ellas viven también unos peces de color plateado, muy gustados de los calaboceros. Por cierto que Calabozo fué hasta 1868 una de las ciudades más ricas de Venezuela, poseyendo sus vecinos hasta un millón de bueyes y caballos, que era la quinta parte del ganado de Venezuela. Pero la guerra civil, que poco después asoló la comarca, redujo á la mitad esta riqueza, y con ella el número de pobladores. Calabozo dejó de ser cabeza del Estado de Guárico, pasando á serlo la humilde villa de Ortiz, al Norte de ella y á los pies de los montes. Sin embargo, sus vecinos conservan el primer puesto en el Estado, por su inteligencia, instrucción é iniciativa. Al lado de Ortiz está Parapara, pueblo que con aquél se halla en la entrada de los llanos por el Norte y en el arranque de la montaña de la Galera, que se yergue ahora sobre el mar de hierbas, como en siglos muy anteriores sobre las aguas del Océano. Otra bonita población es San Juan de los Moros, al pie de un monte que fué volcán y hoy está apagado, y á la cual la peste de los llanos dejó medio despoblada en 1885. Conócense en sus inmediaciones unas fuentes minerales de mucha reputación. El pueblecillo de San Fernando ocupa excelente posición á 118 metros de altura en la margen derecha del Apure y frente á la boca del Portuguesa, siendo llave de una encrucijada de vías navegables. Los vapores que suben el Orinoco desde Ciudad Bolívar, no sólo llegan á San Fernando, sino que suben hasta Nutrias, y otras embarcaciones navegan por el Portuguesa en demanda de El Baúl, donde cargan tabaco, café, cueros y otras mercan-

cías que tienen fácil salida en el Apure. Lo único que esta villa necesita para ser de las primeras de la República es que se pueblen las regiones á que forzosamente ha de servir de capital mercantil. Por ahora, no es más que capital de distrito, categoría que ha quitado á Achaguas, situada hacia el Sudoeste, en el laberinto de canales pantanosos que unen al Apure y al Arauca, y donde los misioneros tuvieron una aldea de convertidos. Según dicen en el país, nunca se atrevieron los españoles en la guerra de la Independencia á intentar la toma de Achaguas, estando todo aquel territorio defendido, no sólo por pantanos casi impenetrables, sino por un batallón de patriotas difuntos, que se titulaba *de las ánimas*.

Las aldeas del Orinoco Alto y de las tierras entre ésta y el Negro tienen, como San Fernando, gran porvenir y un presente ruín y si figuran en los mapas, aunque las más son apenas grupos de cabañas, débenlo á las relaciones de los viajeros. Así sucede desde tiempo de Humboldt con la aldehuela de Esmeralda, á los pies del monte Duída. También siguen existiendo Yavita y Pimichín, tantas veces mencionadas como lugares de paso del Atabapo, afluente del Orinoco al río Negro, tributario del Amazonas. El primero de estos lugarejos redúcese á unas 30 cabañas y el segundo á solas dos. Yavita es capital de los indios banivas, y gracias á éstos y á los de Pimichín, no es el camino de una á otra cuenca, que tiene 15 kilómetros de largo, un sendero casi intransitable, como la mayor parte de los de Venezuela, sino un verdadero camino de seis metros de ancho y bien cuidado. Una vez al año, por lo menos, acuden los indios de la vecindad con machetes, hachas y escobas á limpiarle y arreglarle, lo que ejecutan con mucha diligencia, arrancando las hierbas, cortando los bejucos y tendiendo gruesos troncos sobre los barrizales y pantanos hasta que le dejan en tal estado, que así como sólo andan por él peones, podrían también andar bestias y carros. Al llegar los viajeros al riachuelo de Pimichín, toman de nuevo las barcas que trajeron, y pronto se encuentran bajando la corriente del río Negro, con la cual pasan, todavía dentro de territorio venezolano, por los poblados de Maroa y San Miguel, donde se construyen muchos barcos, y por último San Carlos, que tiene aduana, y transpuesto éste, se entra en el territorio del Brasil.

San Fernando de Atabapo es un grupo de chozas en el lugar en que se encuentran el Atabapo y el Orinoco, á 257 metros sobre el mar. Solano la fundó en 1757, en tan privilegiada

situación, que los barcos que de ella parten, pueden ir en seis diferentes direcciones: al Sur, hacia el Brasil, por el Atabapo; al Este, hacia el Orinoco Alto; al Nordeste, hacia el Ventuari; al Norte, hacia el Orinoco Medio; al Oeste, por el Guaviare &



Vista de Ciudad-Bolívar.

Colombia, y al Sudoeste, hacia el Inirida. Es pueblo de 500 vecinos, que viven del oficio de barqueros y de algunas otras industrias con ésta emparentadas, entre ellas la de construcción de lanchas. También venden caucho, copaiba y grandes

racimos de la palmera piragao, cuyos dátiles son muy parecidos á los melocotones. Cada uno de dichos racimos tiene de 70 á 80 dátiles. Bajando el Orinoco se hallan dos pueblos venidos muy á menos, que son los de las cataratas, Maipures y Atures. El primero está en la orilla izquierda, y pertenece, por lo tanto, á Colombia, por haberlo determinado así la sentencia del tribunal que decidió el pleito entre ambas Repúblicas; pero el camino por donde es forzoso conducir las barcas para pasar del otro lado de los rapdales es libre para los viajeros de cualquiera de ellas hasta el año de 1911. De Uruana ó Urbana, que fué misión de indios otomacos, nada queda, más que algunas estacas clavadas en el suelo y una cruz medio quemada.

Privilegiada situación es la de la villa de Caicara, poco más abajo de las desembocaduras del Apure y el Apurito, y junto á la gran vuelta que da el Orinoco para encaminarse al mar. No obstante la mucha falta de gente que en toda la extensión de los llanos se nota, Caicara va poblándose, y al compás de la población crece su riqueza. Tiene calles limpias, buenas casas y almacenes bien provistos de todas suertes de mercaderías. De Caicara envían á los pueblos del interior los géneros manufacturados que traen de Ciudad Bolívar, á cambio de los cuales reciben cuerdas hechas con fibras de palmera chiquichique, fuertes amacas de palmera moriche y en mayor cantidad todavía el *tonka* ó *sarrapia*, fruto pequeño que se coge en la cuenca del Cuchivero, al Sudoeste de Caicara, y muy usado en Europa para dar aroma al café. Defienden el puerto unos peñascos de granito negro que desde la orilla, formando larga fila, van hasta la mitad del lecho del Orinoco. Los naturales les temen mucho, porque en las ocasiones en que hay peste despiden un olor nauseabundo. En medio del río está una isla muy frondosa que le divide en dos brazos y quita la vista de Cabruta, pueblo junto al cual desemboca el Apure. Poco más arriba de Caicara vese un montoncillo de 50 metros de alto, que sirve de guía á los marineros, y donde hubo un convento de capuchinos, abandonado en tiempo de las guerras de la Independencia y del cual aún se ven las ruinas.

De Caicara á Ciudad Bolívar, en una distancia de 400 kilómetros, sólo hay miserables aldeas. Una de éstas, llamada la Piedra, es punto de descanso para los navegantes que se disponen á trasponer los raudales del Infierno. En una roca muy eminente, desde la que se dominan el río y los llanos en grandísimo espacio, está Mapire, cerca de la Piedra, pero separada

de ésta por algunos bosquecillos. Las dos aldeas principales de la orilla opuesta ó guayanesa son Muitaco y Borbón.

La capital de la Guayana venezolana, Ciudad Bolívar, ha cambiado de sitio muchas veces. Estableciéronla los jesuitas Llauri y Vergara sobre la orilla derecha del Orinoco y junto á la desembocadura del Caroni, donde se halla la aldea de las Tablas, en 1576; pero al poco tiempo dieron sobre ella los holandeses, mandados por Adriano Jansoon, y la destruyeron.



Una ceiba. (Dibujo de Bondiez.)

Reedificáronla en 1591 los españoles, 10 leguas más abajo, en la misma situación que hoy tiene el puerto de Guayana Vieja, y cuando començaba á crecer, la quemaron los ingleses de Raleigh. Tercera vez volvieron á levantar á la desgraciada Santo Tomé (éste era su nombre), hasta que en 1764 la trasladaron á 150 kilómetros río arriba, donde las aguas se reducen á un ancho de 740 metros, y de aquí vino el llamarse Angostura, que después de la guerra de Independencia mudaron los venezolanos en el de Ciudad Bolívar en memoria del *Libertador*. Extiéndese la ciudad de Este á Oeste á lo largo de la margen derecha desde el arrabal de Perro-Seco, principalmente habitado por negros y al que con mucha frecuencia cubren las aguas, por hallarse muy bajo, hasta el bonito paseo de la Alameda. La calle principal, donde se encuentran los almacenes de lujo y los edificios públicos, tiene soportales á derecha é

izquierda, y córtanla otras que suben por la pendiente de una montañuela de 60 metros de alto, desde cuya cumbre se domina inmenso espacio, viéndose abajo la ciudad dividida en cuarteles de casas, todos iguales, á los que siguen los arrabales con sus casitas dispersas, perdidas entre los árboles y por los campos. Pasada la población, contéplase el puerto poblado de vapores, unos fondeados, otros surcando rápidamente las aguas del Estrecho por donde comunican las dos partes anchas del río que semejan lagos. Atrae particularmente la vista la



Riña de gallos en una aldea. (Dibujo de Neuville.)

negra punta, en la que crece un árbol, llamado de la Piedra del Medio, en cuyos lados señala el agua la altura de la crecida. En la orilla izquierda descúbrese el arrabal de la Soledad, cuya población y extensión van creciendo con el comercio, y en el que se ha de construir la estación en que morirá el ferrocarril de Caracas. Las casas de campo de la gente rica están junto al Orinoco, en las faldas de algunos cerrillos y llámanlas *morichales*, de los grupos de palmeras moriches que las dan sombra. Aunque Bolívar se encuentra en la orilla derecha del río, donde ya hay bosque, depende de la comarca de los llanos y el comercio terrestre que sostiene es con Calabozo y Varinas. Casi todos los barcos que antes subían por el Orinoco hasta el

Estrecho de Bolívar, favorecidos de la marea eran, hasta hace algún tiempo, de vela, pero ahora son de vapor. La mayor parte de la contratación se hace con Puerto España, en la isla de la Trinidad, el cual viene á ser una factoría marítima de Ciudad Bolívar, y aunque hay tanta distancia de una ciudad á otra, están tan enlazadas por el negocio como Caracas y la Guaira, siendo escala intermedia el pueblecillo de Barrancas ó San Rafael, en el comienzo del delta del Orinoco, puerto preferido por los comerciantes de Maturín. Bolívar apenas tiene comercio ultramarino de mercancías pesadas, pero su negocio ha aumentado mucho desde que se empezaron á explotar los criaderos de cuarzo aurífero descubiertos en 1840 por el viajero Plassard en la cuenca del Yuruari, afluente del Cuyuni, que lo es del Esequivo. El camino de las minas es por Puerto Tablas en la boca del Caroni y por el pueblo de Upatá ó por Guayana Vieja, es decir, por una de las dos antiguas capitales de la Guayana española, y se está construyendo un ferrocarril de 140 kilómetros de largo que enlazará á esta última población con Guacipati, capital del territorio de Yuruari. La comarca donde están los criaderos es muy cortada de valles y cañadas, que se abren en la vertiente meridional de la sierra Piacoa, á orillas del Orinoco. El principal grupo de ellos es el del Callao, del que se han sacado á veces sobre 20 millones de pesetas por año.

Las ricas cuencas del Cuchivero, del Caura, del Caroni y de los tributarios de éstos, sólo en las partes próximas al Orinoco están pobladas de indios mestizos, que hablan español; pero aun éstos son en corto número. No tienen puebl'os que pasen de merecer el nombre de aldeas, sus casas son cabañas y viven de guardar ganado y de buscar plantas medicinales. Unos misioneros catalanes de la Orden de los capuchinos habían fundado en las fertilísimas campiñas del Caroni más de 30 colonias de las que nada queda, habiendo vuelto los indios á la barbarie. Al pie de la sierra de Pacairama, en un sitio á que dan el nombre de Grior ó Guirior, se ven ruinas de algunas de estas misiones. También en varias tribus de las que ahora son montaraces se advierten huellas de civilización y muestran empeño en llamarse cristianos. De éstos merecen mención especial los quiriquiripas, nación agrícola, que vive en la margen meridional del Orinoco y en algunos valles tributarios y los ariguas del Caura, que aunque siguen tarazeándose el rostro, conservan la costumbre que les enseñaron los misioneros

de usar taparrabos los hombres y camisas las mujeres, y entonan cánticos que recuerdan las oraciones que de los mismos aprendieron. Marchando hacia el Sur llégase á comarcas, ya cerca de las montañas, pobladas de caribes y aruacos completamente salvajes, pues andan desnudos, se pintan la cara y todo el cuerpo, se adornan con plumas, garras y dientes de fieras, pelean con lanzas, cuya punta mojan en curare, y poco ó nada se diferencian de los que se opusieron á Ordaz y Alfin-ger cuando éstos emprendieron la conquista de Venezuela.

VII

Isla Trinidad.

Aunque esta isla figura realmente entre las Antillas inglesas es en realidad un trozo del territorio venezolano.

La contextura de sus rocas, su proximidad á la América meridional frente á frente del delta del Orinoco, hacen de ella una dependencia de Venezuela. Tiene una superficie de 454.400 hectáreas, pero de éstas solo una vigésima parte se halla sometida al cultivo, perteneciendo el resto á bosques profundos, sábanas, pantanos y montañas que son una prolongación de los Andes y de las cuales el pico mayor, el Tucutché se eleva á 916 metros.

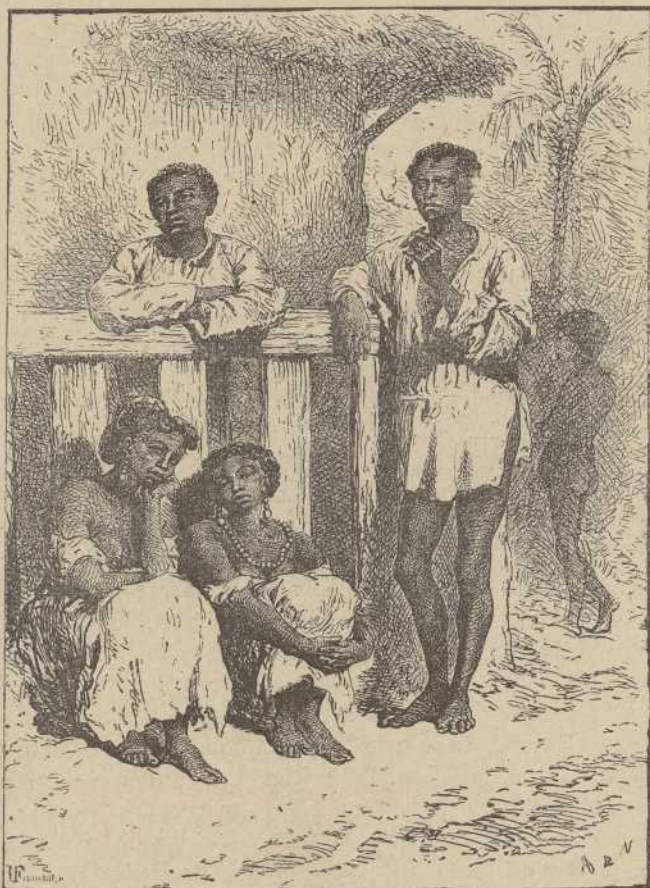
El clima muy caluroso no tiene nada de hostil, á excepción de cuando soplan los vientos fatales de los pantanos. Los huracanes no son muy frecuentes.

Colón descubrió esta isla en 1498 y la dió su nombre de Trinidad.

De los 154.000 habitantes que tiene, sólo son blancos puros unos cuantos millares portugueses en su mayoría procedentes de Madera. La gran maravilla de la isla es el lago de Brea ó del Asfalto que está en un terreno algo elevado á 26 metros sobre el mar. Ocupa unas 40 hectáreas y es negro como el carbón. Cuando los calores son grandes se derrite hasta una profundidad de 2 centímetros. De este asfalto se hace mucho comercio, exportándose 70.000 ú 80.000 toneladas por año, lo que representa algunos millones de pesetas.

No sólo en la parte mercantil, sino en la parte política, han sabido sacar fruto los ingleses, de la isla Trinidad que fué española hasta 1797. En las guerras de principios del siglo XIX sir-

vióles de base de operaciones contra las posesiones españolas de esta parte del continente; en las de la Independencia americana dieron asilo en ella á los que combatían á España y les ayudaron en cuanto pudieron; y todavía hoy, concedores del



Indios venezolanos. (Dibujo de Neuville.)

gran daño que recibirían, si Venezuela tuviese poder suficiente para disputarles las bocas del Orinoco, dan calor á cuantos conspiran contra el gobierno venezolano, contribuyendo de este modo á sostener cierta anarquía. Los ingleses saben que su isla puede producirles grandes beneficios por estar tan bien situada, que desde ella dominan el comercio de

casi todo el territorio venezolano y hasta el de parte del de Colombia.

La capital y la mejor ciudad de Trinidad es Puerto España (*Port of Spain*) ó *Town*, la ciudad, como ellos la llaman. Rodéanla frondosos bosques, en los que tienen los habitantes muchas casas de campo. Las calles son anchas, con grandes y copudos árboles que las dan sombra, y en los arrabales encuéntranse grandes parques que van á morir á los bosques ya dichos, confundiéndose con ellos. Años atrás había en la ciudad tan poca agua, que era preciso buscarla á más de tres kilómetros de distancia, de donde la llevaban en botes, pero ahora la conduce del arroyo de Maraval un buen acueducto de cinco kilómetros de longitud. La rada de Puerto España (á la que ésta debe su prosperidad) es de muy tranquilas aguas y buen fondeadero, pero su poco fondo obliga á los buques de mucho calado á echar anclas á algunos kilómetros de distancia de los muelles. No obstante tan desventajosa circunstancia, casi todo el comercio de la isla se hace por este puerto y, aunque más al Norte los hay mucho mejores, entre ellos el de Charaguamas, cerca de la boca de los Monos, no entra en ellos un barco. La causa es que se hallan en terreno quebrado y pedregoso, y con muchos pantanos, y apartados de las ricas campiñas del centro de Trinidad. Defiende á la rada de Charaguamas de los asaltos de las olas una línea de peñascos que están á la entrada, y detrás de la cual pueden surgir, con fondo de arena, los barcos de mayor porte. A él se acogió en 1797 el jefe de escuadra D. Sebastián Ruiz de Apodaca con la escuadrilla española al acometer la isla la armada inglesa mandada por el almirante Harvey, á la que no podía combatir por ser mucho más poderosa que la suya. De lo que sí sirve toda esta parte de la costa es de lugar de esparcimiento y recreo á las personas acomodadas, y más que ningún otro paraje la playa de Charaguamas, los vecinos islotes llamados las Cinco Islas, cubiertos de bosquecillos, y la isla de los Monos en las bocas del Drago, á cuyos agradables sitios concurren en el buen tiempo miles de visitantes.

De Puerto España á San José, que era la antigua capital, se va por ferrocarril ó subiendo el Caroni. San José es ahora un pueblecillo sin importancia, pero de buenas vistas por estar en lo alto de una colina, desde donde se descubre mucha parte de la campiña. El ferrocarril sigue de este lugar á Arima, otro pueblecillo en el que la mayor parte de los habitantes son

mulatos. Más importante que esta línea es la que baja al Sur, siguiendo siempre por la playa hasta morir en Naparima ó San Fernando, segunda ciudad de la isla en población, pero no menos rica que la capital. En sus cercanías están los mayores ingenios, viven los más de los indios orientales, y se hallan las ricas villas de Montserrat y Princetown, cuyos fértiles prados, cultivados por los propios dueños, dan gran producto, siendo de notar la circunstancia de que muchos y de los más principales hacendados son venezolanos, es decir, de raza española.

VIII

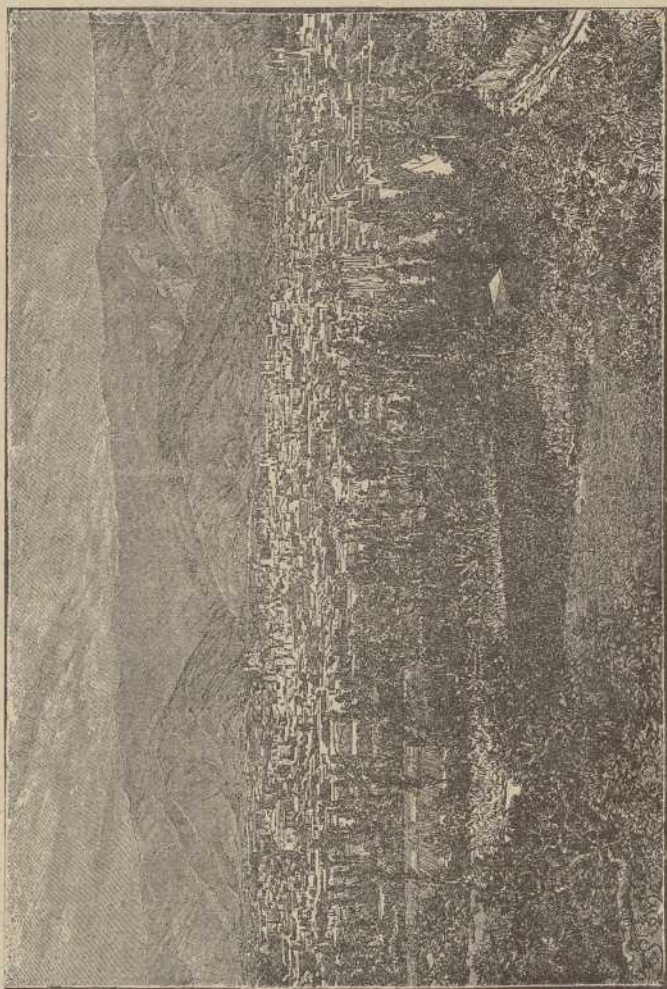
Población, comercio y gobierno de Venezuela.

El recuento de los habitantes de esta República se ha hecho en diversas ocasiones, aunque nunca con el suficiente cuidado ni en épocas fijas. La guerra de la Independencia despobló algunas partes del territorio; pero no puede dudarse que desde entonces viene en aumento, según lo atestiguan los cálculos hechos de diez en diez años. Explicanse las exageraciones de algunos viajeros cuando se sabe que en muchos documentos oficiales se llegó á señalar, como población de la capital de un distrito, la de todo él, con lo que algunas aldeas insignificantes adquirirían consideración de ciudades populosas (1). Según cál-

(1) Principales poblaciones de Venezuela, según varios autores:

HABITANTES		HABITANTES	
Caracas.....	82.624	Mérida.....	15.000
Valencia.....	58.727	Coro.....	8.000
Maracaibo.....	50.000	Victoria (Sievers)....	8.000
Barquisímeto (Sievers).....	29.000	Guanare.....	4.600
La Guaira.....	15.000	La Grita (Sievers)....	14.000
Puerto Cabello.....	18.000	Ortiz (Sachs).....	4.000
Ciudad Bolívar.....	12.000	San Cristóbal.....	12.500
Barcelona.....	12.000	San Carlos.....	19.960
Maturín.....	4.509	Varinas.....	3.000
Tocuyo.....	10.000	Valera (Sievers)....	3.000
Maracay (Lisboa)....	7.500	Quibor.....	3.000
Nirgua.....	7.000	Guacipati.....	3.000
Parapara (Sachs)....	7.000	San Fernando de Apure.....	3.000
Cumaná.....	16.000	Tovar.....	2.500
Turmero.....	6.000	Trujillo.....	10.000
Carora.....	6.000	Catapárida.....	2.000
Calabozo (Sachs)....	8.000		

culo de Humboldt, había en 1810 unos 800.000 habitantes en Venezuela, contando negros, mestizos é indios, cuya cifra estaba reducida en 1825 á 660.000, disminución causada por la san-

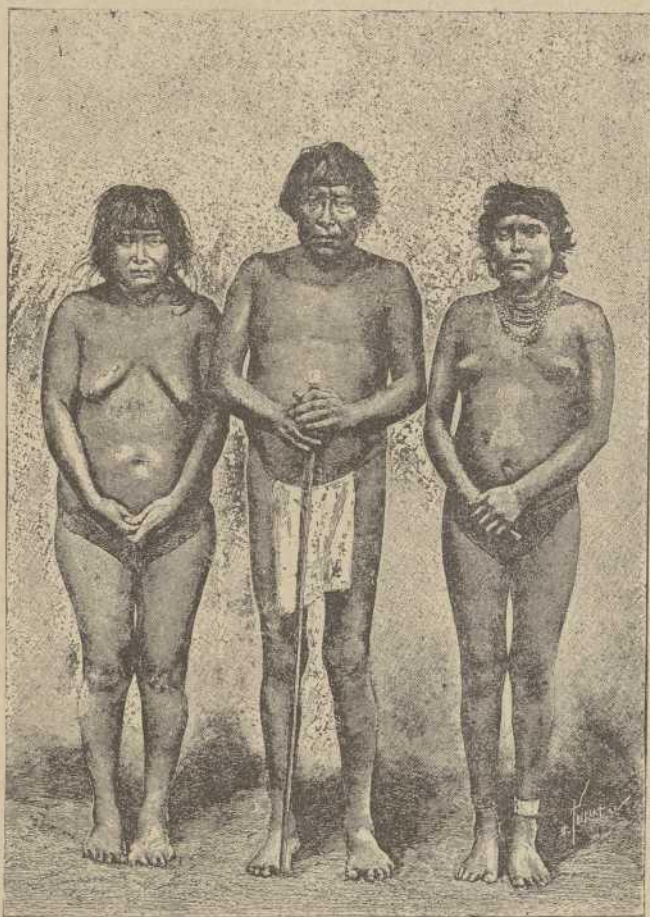


Vista de Caracas. (Dibujo de Slom.)

griente guerra con España. Desde entonces ha vuelto á crecer sin interrupción, aunque contrariada por las continuas revueltas y contiendas civiles.

El número de habitantes de Venezuela actualmente puede calcularse que no bajará de 2.500.000 personas. Estos cómpu-

tos, poco seguros en casi todas sus partes, lo son menos todavía en lo que atañe á los indios montaraces, que no se mezclan con el resto de la población ni casi tienen trato con ella. Supónese que de los 325.000 que viven en toda la República, 60.000



Indios guaraimos.

son de éstos, 240.000 civilizados y el resto reducidos á poblado aunque bárbaros. Después de la mortífera guerra civil de 1873 quedaron, según el censo que entonces se hizo, 128 mujeres por cada 100 hombres en el distrito federal, prueba de los muchos que la guerra consumió, pero después no han dejado

de aumentar, restab'eciéndose la proporción entre ambos sexos, no obstante la fiebre amarilla de 1884, que mató mucha gente, subiendo hasta la misma ciudad de Caracas. En el aumento de la población tienen pequeñísima parte los emigrantes. Viven en Venezuela unos 40.000 extranjeros, la cuarta parte de los cuales son vascongados y los demás ingleses (muchos de éstos de la Trinidad), italianos, holandeses (de Curaçao), franceses y alemanes. No por ser la cincuentava parte de la población, se ha de entender que estos extranjeros pesan poco en la vida del Estado, antes al contrario, como son muy trabajadores y llevan allá las artes y las ciencias de Europa, desempeñan papel muy principal. De los vascongados que se han establecido en Venezuela, algunos son franceses y viven principalmente en Caracas.

El ganado y el producto de las ricas vegas y campiñas venezolanas son más que suficientes para el sustento de sus habitantes. Cuando la emancipación de los esclavos arruináronse muchos hacendados y las grandes fincas se dividieron en otras pequeñas, que sus propios dueños beneficiaron. Los que pudieron sostenerse procuraron reemplazar á los negros con indios, puros ó mestizos, disfrazando la esclavitud con el nombre de contrato y continuando á costa de la raza indígena la explotación en grande de la tierra. En cambio, no han imitado el ejemplo de contratar asiáticos ó chinos, como hacen los ingleses de la Trinidad y de la Guayana, por cuya causa dichas razas no se encuentran en Venezuela. En lo alto de las sierras, donde la frescura del clima favorece á los europeos, hay colonias de éstos, á los que se ha facilitado la adquisición de tierras dividiéndolas en haciendas de seis hectáreas. Siendo Venezuela tan rica de terreno como tan pobre de pobladores, el mayor deseo de sus gobiernos es aumentar el número de éstos, por lo cual permiten establecerse en cualquier parte del territorio y cultivar la tierra á los que quieren tomar sobre sí esta empresa, sin pedir contribución alguna, si no es un derecho de posesión y medida del terreno cultivado, y aun eso á los tres años. La planta que más cultivan los venezolanos es el maíz y después de ésta el café, que da cuatro cosechas al año y 360 por 1, en las tierras de primera. Introdujéronlo los españoles en 1784, y se hicieron las primeras pruebas en los alrededores de Caracas. El mejor café es el de la zona templada, á media ladera de los montes, donde hay algunos rocíos y nieblas que humedecen las hojas de la planta de cuando en cuando. Abajo, en las

vegas, en que el calor es muy rigoroso, no se daría bien el café sin la protectora sombra de algunos árboles frondosos que le cobijan bajo su follaje, como hace el bucaré, el *bois inmortal* de los criollos franceses de la Trinidad, conociéndose de lejos los cafetales por las hermosísimas rosas de vivo color rojo que brillan entre la obscura hojarasca. Los primeros hacendados cogían bastante cacao y luego hicieron de él menos aprecio del que merece, que es mucho, pues crece silvestre en algunas partes de la sierra de Mérida y da muy buen fruto, que tiene alto precio en los principales mercados de Europa. La caña de azúcar es la tercera de las plantas que se cultivan en Venezuela, atendiendo á la riqueza, y da sus mejores productos en las tierras de aluvión de las vegas bajas de los ríos donde el calor es grandísimo, y singularmente en las campiñas pantanosas que rodean el lago de Maracaibo. La caña tiene gran preferencia por estas tierras anegadas, y sin duda le está reservado el honor de conquistarlas para el hombre, substituyendo en ellas á la selva virgen. Sólo así podrán los venezolanos cultivar el delta del Orinoco. El tabaco prepáranlo de dos modos: la *cura seca* es la que hacen para el que se gasta en el mismo pueblo en que se cultiva, y la *cura negra*, la del destinado á ser exportado. También hacen un jugo de tabaco que tiene mucha nicotina, y en el que ponen salitre, cuya mezcla usan mucho los trabajadores, vaqueros y mozos de mulas para frotarse las encías. Esta substancia es un poderoso narcótico. Los hacendados no se atreven á cultivar el algodón por serles imposible competir con los norteamericanos, y han abandonado del todo el cultivo del índigo, que antes les daba buenos beneficios. Además de los mencionados frutos, cogen los agricultores venezolanos mucho tonka, caucho, zarzaparrilla y copaiba, y también hay en la Sierra Nevada de Mérida algunos cinchonas silvestres, cuya corteza no pasa de mediana.

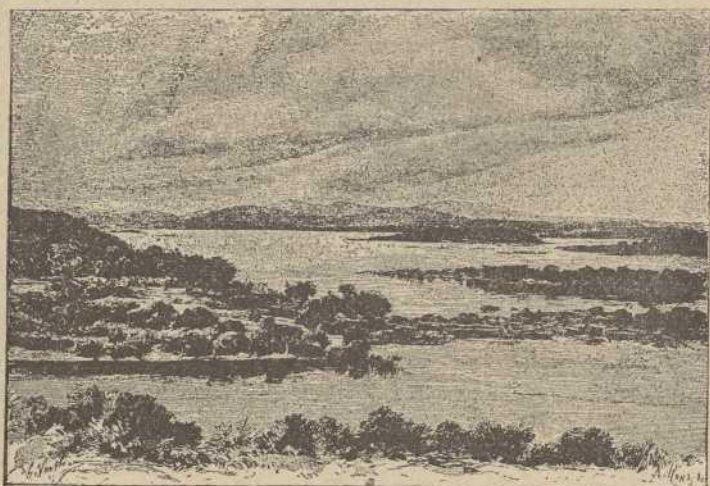
Mientras los llanos estuvieron casi desiertos, apenas se conoció en ellos la agricultura; pero la fundación de nuevos pueblos y el crecimiento de otros, que comienzan á parecer ciudades, ha hecho necesario el cultivo, con no poco provecho de los que le emprendieron, porque aun en la época de la sequía, cuando las hierbas de los prados están completamente agostadas por el sol, los platanares, huertas y jardines ostentan gran lozanía, debida á la humedad que las raíces saben extraer del suelo, penetrando en él á mucha profundidad. Algún día estarán cultivados los llanos; pero hasta ahora, la única riqueza

que hay en ellos, de que se saca algún partido, es el ganado, desconocido antes de la conquista, pero introducido por un vecino de Tocuyo en 1548 y que aumenta y disminuye cada año, según llueve mucho ó poco, ó lo consienten la peste, la guerra y otras calamidades. En 1863 había en Venezuela más de cinco millones de cabezas de ganado vacuno. Las guerras civiles que vinieron después hicieron en la ganadería tal estrago, que en 1873 estaban reducidas á menos de 1.400.000. De entonces acá, se han multiplicado hasta más de 8.000.000, ó sea cuatro bestias por habitante, á cuya proporción no llega ninguna nación de Europa, ni siquiera Dinamarca, que es de todas la más rica en rumiantes.

El cambio de estaciones, seca la una y lluviosa la otra, obliga á los llaneros á trasladar sus rebaños según la marcha de ellas, haciéndolos trashumantes. La humedad de la tierra va corriéndose de las partes altas á las bajas y reuniéndose en éstas, de suerte que siempre se secan y pierden los pastos altos mucho antes que los bajos, y aun de éstos los hay que se conservan hasta las primeras lluvias por ser en sitios muy hondos en que hubo lagunas, y siempre quedó en el subsuelo alguna agua, y esteros y brazos de ríos que guardan restos de la que tuvieron. A tales sitios llevan los llaneros sus ganados á pacer las grandes gramíneas que, favorecidas de dichas circunstancias, se conservan tan lozanas. En estas marchas sucede interponerse algún caudaloso río, como el Apure, el Arauca ó el Capanaparo, y el cruzarlo este ejército de tantos y tan crecidos animales, guiados por sus pastores, es cosa muy de ver. Estos les llevan á un camino que, internándose entre dos filas de gruesas y altas estacas, no tiene otra salida que el río. Delante marcha el *cabestrero*, montado en buen caballo, sin freno ni silla, y al llegar á la orilla, lánzase á la corriente, cantando con robusta voz alguna de las canciones que están en uso en los llanos. Tras él, por seguirle y por huir de los vaqueros que vienen detrás, arrójanse todos, viéndose entonces la multitud de cabezas que, cortando derechamente el río, pasa de una á otra margen, escoltada á derecha é izquierda de filas de barcos, cuyos remeros, con sus voces y golpes que dan en el agua, procuran que ninguno se desmande y espantan á los cocodrilos, gimnotos y peces caribes que, sin este artificio, no dejarían de cebarse en tan abundante presa. Con esto y con la vista de otros rebaños que del opuesto lado esperan, y con las conocidas voces de vaqueros amigos, anímanse á seguir á

cabestrero, que esfuerza las suyas, y suele acabarse el paso del río sin novedad. Pero á veces acontece que algunos peces caribes más osados, despreciando el gran ruido y algazara de los barqueros, acometen á un buey ó vaca. y los gritos del moribundo, á lo que se añade luego la vista de la sangre, acobarda de tal modo al ganado, que deshace la formación, sin que nadie pueda contenerle. Entonces arremete en masa á vaqueros y barqueros, y se desmanda en grupos, que la corriente arrastra.

El terreno que ocupan los pastos y el de los campos y vegas cultivadas no llega á la mitad de la extensión de Venezuela, de



El Crinoco desde el cerro Periquito.

la cual todo lo demás es bosque, virgen en su mayor parte, sin otra utilidad para el hombre, hasta hace muy poco, que algunas frutas, bejucos, fibras y cortezas que para diferentes usos se cogen. Pero con el aumento que ha tenido la navegación de vapor en el Orinoco hasta Ciudad Bolívar, se le va conociendo al bosque otro empleo de no poca importancia, cual es el de sacar leña para las máquinas. Desde aquella población hasta la desembocadura del río, el hacha de los leñadores va abriendo notables claros en la gigantesca vegetación tropical. También se comienza á cortar madera para la ebanistería, carpintería y otras industrias, para todas las cuales hay mucha y muy buena. En los distritos marítimos del Noroeste se sacan de los bosques próximos á los puertos maderas de tinte y cierto fruto, á que llaman *dividivi*, que tiene unos granos muy

astringentes, de gran provecho para el curtido de pieles, por cuya razón le compran á buen precio en Europa. A pesar de que los mares de Venezuela son ricos en pescados, sobre todo las aguas de la Margarita, y que no menos número y variedad de ellos se encuentra en los ríos de los llanos y más que en ninguno en el Apure, la pesca produce menos todavía que los bosques. Las perlas de la isla Margarita se acabaron por completo.

Venezuela tiene gran abundancia de minerales, pero no tanta, ni con mucho, como Colombia. Mayor ventaja todavía la hacen en este particular Bolivia, Perú y Chile, cuya opulencia minera es conocida, de modo que sólo deja atrás á la República del Ecuador, que, comparada con las demás de los Andes, es pobre en minas. Los únicos metales que vende son los cobres de Aroa y el oro de Yuruari, porque si bien tiene plomo, estaño y más que nada hierro, no lo aprovecha. Algo se saca de algunos criaderos de carbón de piedra, de las fuentes termales y de los lagos de alquitrán, parecidos ó iguales á los de la Trinidad, que se encuentran en terrenos de la misma calidad que los de dicha isla, en el delta del Orinoco y en las cercanías del lago de Maracaibo, así en la costa como en las islas. En las faldas de los montes que caen sobre los llanos se han descubierto fosfato de cal y minas de guano.

La pobreza y pocas necesidades de los habitantes explican el atraso y escasa consideración de la industria manufacturera en Venezuela. Una choza, cubierta de hojas de palmera, sin más muebles que toscas tablas, cortadas en los vecinos bosques, asientos formados por cuero de buey y hamacas compradas á los indios, todo ello sobre tierra apisonada, que es el suelo, parecele al aldeano excelente vivienda, y él mismo se hace los vestidos, ó parte de ellos, de fibras de diversas plantas, de que teje sombreros, no tan buenos como los que hacen en Colombia y *cobijas* ó mantas semejantes á los *ponchos* de los mexicanos y á las *ruanas* de los de Socorro. Al lado de cada choza crecen calabaceras, fábrica natural y poco costosa de vasijas y pucheros, y decuya planta construyen también instrumentos de música, llamados *maracas*, en los cuales los habitantes de los llanos meten algunos granos de maíz, que suenan al moverlos acompasadamente al son de la mandolina para acompañar sus bailes y cantos. La gente rica de Caracas y otras ciudades, cuyas necesidades y afición al lujo no pueden satisfacer estos rústicos industriales, traen del extranjero multitud de mercancías.

Cuando Venezuela era provincia española, tuvo su comer-

cio algún tiempo en manos de la «Compañía Guipuzcoana», contra la cual se alzaron en 1749 algunos revoltosos, mandados por Juan Francisco de León, quien reunió 9.000 hombres, y marchó sobre Caracas para arrojar de allí á los empleados de la Compañía. Esta se había comprometido á enviar anualmente á la Guaira y á Puerto Cabello dos buques de 40 á 50 cañones, que fuesen á la vez mercantes y de guerra. El comercio es ahora diez veces mayor que en 1830, época en la cual comenzó la recién nacida República á reponerse de los desastres de su larga guerra con España; pero las guerras y revueltas continuas son un gran obstáculo á su prosperidad. Por ironía de la suerte, España, dueña en otro tiempo del comercio venezolano, apenas tiene trato mercantil con su antigua colonia, pues no sólo Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Alemania, sino Colombia y la isla inglesa de la Trinidad, tienen más comercio en Venezuela que la nación española. La Gran Bretaña, á quien sus posesiones antillanas dieron el primer puesto en el movimiento comercial de la República, lo ha perdido también. Ahora el principal comercio de Venezuela es con los Estados Unidos, habiendo llegado á doble de lo que era, gracias á las comunicaciones directas por medio de vapores. El café, el producto por excelencia de Tierra Firme, se expide sin transbordo á los puertos de los Estados Unidos, siguiendo por orden de importancia los cacao, las pieles, los minerales de cobre, las maderas y los fosfatos. De retorno, la República del Norte envía, principalmente, harinas, carnes y pescados salados y algodones. El movimiento de tránsito es considerable entre Maracaibo y Colombia por el valle del Zulia; pero sin duda lo será mayor con el tiempo por el que se dirige de Ciudad Bolívar á Bogotá, subiendo el Meta y las montañas de Suma Paz, camino importantísimo y que al fin ha sido abierto á las mercancías.

El gobierno de Venezuela como otros de América es republicano y tiene gran espíritu democrático, pero tan sólo en las leyes escritas siendo en la realidad las más de las veces una dictadura. El gobierno general consta de tres partes: poder legislativo, poder ejecutivo y poder judicial, todo imitado de los norteamericanos. El Congreso tiene dos Cámaras: la de diputados y la de senadores. Son electores todos los hombres de más de diez y ocho años. Venezuela es la República americana donde las revoluciones surgen con más frecuencia. Nada es estable. Tras diversas organizaciones dadas al país se transforman y cambian con el triunfo de los caudillos revolucionarios.



Una selva de la Guayana. (Dibujo de Rion.)

LAS GUAYANAS

I

Ojeada general geográfica, climatológica é histórica.

Cuando los primeros navegantes españoles, ingleses y holandeses visitaron las orillas del Orinoco, encontraron á los indios guayanos, guayanas ó guayanajes, cuyo nombre se aplicó vagamente á todo el territorio ocupado al Sur del río. Reprodújose esa palabra bajo diferentes formas, aplicándola, ya á tribus indígenas, ya á corrientes de agua, en varias regiones del Continente.

En su acepción primitiva, no abarcaba la denominación de Guayana las regiones del litoral atlántico, á las cuales se aplica hoy con especialidad. No se extendía la Guayana más allá del vasto hemicírculo formado por el alto Orinoco, pero lentamente se fué extendiendo la denominación hasta determinar hoy todo el espacio ovalado, de una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados que separan de la masa continental las corrien-

tes del Orinoco, el Casiquiare, el río Negro y el bajo Amazonas. Tal vez se convierta algún día en verdadera isla, gracias á los canales que abren los hombres.

La división natural de este óvalo lo partiría en cuatro partes casi iguales, debidas á dos líneas cortadas en ángulo recto, formadas por las aristas de montañas paralelas al Ecuador, que se dirigen hacia el septentrión del estuario del Amazonas y por la depresión transversal, bañada por el Esequibo y el río Branco. Pero como los colonos europeos sólo llegaban con facilidad al litoral y á las riberas de los ríos grandes, no pudieron los conquistadores hacer caso de tal segmentación natural. Suponíase que en las regiones montañosas del centro estaba El Dorado, rey que se bañaba en oro líquido y habitaba en palacios de piedras preciosas: varias veces se le quiso ir á buscar, para conquistar sus tesoros, pero no hubo exploraciones verdaderas hasta el siglo XIX.

Los conquistadores hicieron el reparto desde el litoral hacia el interior. España se apoderó de toda la Guayana del Norte y del Oeste (hoy República de Venezuela), Portugal (heredado por el Brasil) de la parte situada en la vertiente del Amazonas, y no les quedó á las otras potencias europeas más que el litoral comprendido entre las dos regiones de las desembocaduras, delta del Orinoco y estuario del Amazonas. Los ingleses, holandeses y franceses añadieron, hasta las aristas de los montes, las cuencas fluviales cuyas desembocaduras poseían, y esos tres dominios coloniales constituyen hoy el territorio llamado especialmente Guayana.

Poco determinadas están de todos modos las fronteras: pretende la Gran Bretaña tener derecho, no sólo á toda la vertiente del Esequibo, sino también á parte de la cuenca superior del río Branco, reclamada también por el Brasil. Más exigente se muestra Venezuela, que después de ensanchar sus fronteras hasta cerca de una de las grandes bocas del Orinoco, por la corriente del Amacuru, se ha apoderado de una parte del valle de Cuyuní, rica en aluviones auríferos. Al otro extremo de las Guayanas, disputa Francia al Brasil una región, cuya extensión equivale á la mitad del territorio francés.

Por la naturaleza y escalonamiento de las rocas, orientación de las corrientes de agua, dirección de las marítimas, fenómenos del clima, distribución de especies animales y vegetales y agrupación de tribus indias, tienen gran parecido entre sí las diversas Guayanas.

Estudió primeramente el litoral el año 1500, Vicente Yáñez Pinzón, que al llegar á las costas del Brasil, al Este del Amazonas, atravesó el *mar dulce* del estuario y siguió las costas bajas hasta el Orinoco, y pasó más de un siglo sin que penetraran europeos tierra adentro. Españoles, holandeses, ingleses y franceses hicieron tentativas de exploración y colonización, y una vez acampados en el litoral guayanés, los mercaderes de las diversas naciones se disputaron el territorio conquistado, tomando parte en tales luchas los gobiernos europeos. Poco á poco fueron conociéndose algunos puntos privilegiados del litoral, y se adquirieron vagas nociones sobre las tierras del interior.

La exploración seria de las Guayanas empezó en 1743 y 1744, gracias á La Condamine, que volvía de su memorable expedición á los Andes ecuatoriales, y al médico Barrère. Veinte años después desembarcó Simón Mentelle en Cayena, haciendo interesantes visitas por el litoral de la Guayana francesa, en treinta y seis años de residencia. Patri y Leblond hicieron también grandes investigaciones geográficas.

Después de las guerras de la Revolución y el Imperio, merecen mencionarse las expediciones de los hermanos Schomburgk, de 1835 á 1839. Estudiaron la Guayana inglesa casi en toda su extensión, y enlazaron sus itinerarios con los de Humboldt y otros viajeros por la cuenca del Orinoco. Adam, Bauve y Leprieur habían explorado la Guayana francesa, Appun, que acompañaba á los indios de los bosques, estudió desde 1849 hasta 1868, principalmente la flora y la fauna de las Guayanas inglesa y venezolana. Brown y Sawkins, Idenburg, Crevaux y Coudreau, enlazaron los itinerarios del litoral con los de las vertientes brasileñas del interior y llevaron á cabo trabajos de mérito en la Guayana holandesa. Más recientemente, Thurm, Kappler, Trollope y Gifford Palgrave, han publicado obras de importancia relativas á la geografía, costumbres, administración y política de las regiones que estudiamos.

El principal nudo montañoso límite natural entre Guayana y Venezuela, es el poderoso Roraima (2.286 metros) abundante en cascadas. El conjunto de aristas, denominado montes Pacaraima, ofrece aspecto grandioso por sus muros de asperón erguidos verticalmente, cuya blancura y desnudez contrasta vigorosamente con los bosques de su base. El Roraima se prolonga al Noroeste hacia el río Mazaruni con masas cuadran-

gulares, semejantes á ciudadelas construidas por el hombre.

Al Sur se elevan montañas de menor elevación, entre páramos que, al parecer, formaron vasto mar interior paralelo al mar. Los montes Canucu, Curaucurun y Coratamung, de alturas no superiores á 600 metros, siguen la misma orientación que los Paracaima. Otras masas van de Este á Oeste entre el río Takutu y el Esequibo.

La línea divisoria entre las aguas atlánticas y la vertiente amazónica no ofrece alturas perceptibles. Al Sur se suceden otras masas hasta cerca de las fuentes del Esequibo. La montaña más alta de esas regiones es el Cairrit ó Cairrid Dekenu ó Monte de La Luna de 1.500 metros de altura. La cordillera dominada por esta cumbre viene á tener una altura de 1.000 metros y forma una vasta curva, primero hacia el Sur y luego hacia el Este, y allá, se elevan las alturas del Curucuri, entrevistas por Coudreau. Hacia el Este es más baja la sierra, que constituye límite natural entre la Guayana holandesa y el Brasil. No pasan de 100 metros las cimas que hay sobre las fuentes del Corentyne, río que separa las Guayanas holandesa é inglesa. Más allá, se eleva la cordillera Tumuc-Humac donde nace el Maroni, y cuya cima más elevada, el Timotakem, llega á 800 metros. El conjunto del Tumuc-Humac sigue la dirección Este Suroeste.

Las parte de las Guayanas comprendida entre las masas meridionales y el litoral, carece de cordilleras y las alturas, divididas por valles fluviales, son la Montaña Francesa á la orilla derecha del Maroni; la Montaña Magnética (218 metros) al Sudeste; el monte granítico de Leblond (406 metros) junto á las fuentes del Sinnamari. Cerca del litoral, las alturas de las masas no pasan de 100 á 220 metros.

Al Sudeste de Cayena están los montes de Cau cuya ortografía francesa ha adquirido la forma inglesa de Kaw; el punto to culminante (255 metros) es el monte de Maturi

El río mayor de las Guayanas, llamado Esequibo, corre casi todo él por el territorio inglés, pero por su afluente el Cuyuní, su vertiente pertenece parcialmente á Venezuela. Su nombre parece de origen indígena, aunque hay quien opina que es corrupción del apellido de un compañero de Diego Colón, Juan Esequibel ó Jaizquibel. El Esequibo nace en la montaña de Anarrina, va al principio hacia el Nordeste, se junta luego con el Yaose (que viene del Oeste), se encorva hacia el Norte, y forma una sucesión de cataratas. Recibe por la orilla izquierda

varios afluentes como el Cuyuwini, el Rupunini, el Rewa, el Burroburro y el Potaro. La cascada de Kaieteur, formada por las aguas de este último, es una de las más hermosas del mundo; una masa de agua de 100 metros de anchura y un caudal máximo de 500 metros cúbicos por segundo, se desploma desde una altura de 226 metros, entre dos paredes perpendiculares y después de formar inmenso hervidero, se desliza por un rápido de 25 metros de pendiente y 155 de longitud. El río Mazaruni, que se junta con el Cuyuni para desembocar en el



Una piragua en el Esequibo (Dibujo de Rfon.)

Esequibo, le lleva una masa líquida casi tan grande como la de éste. Más abajo forma estuario el Esequibo, y al llegar al mar tiene una anchura de unos 25 kilómetros.

El Demerara corre al Este del Esequibo con perfecta regularidad y recorre las mismas regiones que éste.

El Berbice y el Corentyne ó Corentijn, presenta el mismo paralelismo que el Esequibo y el Demerara ó Demerari, y ambos tienen curvas y cascadas.

En el estuario del Corentijn desagua el Nickerie, tipo de las corrientes costeras de la Guayana holandesa, que forma un canal irregular, pero continuo, de Oeste á Este de la comarca. Ríos que nacen en el interior en una de las gradas avanzadas de la altura divisoria, bajan hacia el Atlántico. Merecen mención el alto Nickerie, el Coppename, el Coesewijne, el

Saramacca, el Commewijne, el Coetica, el Coermoribo y el Wanc Creck.

El Maroni (Maroweija en holandés), es el primero de los ríos secundarios entre Orinoco y Amazonas; forma no pocas cascadas, la última de las cuales llamada Hermina, Aramina ó Gimnoto, presenta un desnivel total de cuatro á cinco metros en una longitud de 800. El río, navegable para vapores, des-



Desembocadura del Maroni. (Dibujo de Rion.)

agua en el Atlántico, en una barra, inferior en cinco metros á la baja mar.

En dirección al Este corre el Marra, el Sinnamari y el Appruagne con unos 300 kilómetros de longitud cada uno. El Oyapok forma el límite oriental del territorio francés, como el Maroni constituye el límite occidental. Dos de sus saltos de agua caen desde 20 metros de altura. El Araguari, el Cachipuo, el Cunani, el Carsevenore, el Mapa Grande, el Frechal y el Tartarugal se van separando como varillas de abanico, después de brotar desde la misma altura divisoria. Los ríos procedentes de los páramos arrastran aguas turbias y blanquecinas; los nacidos en regiones forestales, parecen negruzcos, aunque

resultan transparentes después de pasar por los peñascales y rápidos; los ríos anchos y profundos, removidos por la marea que rechaza su corriente, presentan ondas amarillentas, ocultas á veces por las hierbas flotantes, y se pierden en pantanos ribereños, estanques ó lagos. En las partes bien cultivadas de los litorales inglés y holandés se han construído diques y canales. El agua dulce de los ríos guayaneses sobrenada por encima de la salada hasta 10 ó 12 kilómetros mar adentro.

Casi todos los antiguos lagos de las Guayanas han quedado secos. Algunos quedan al Sur y al Sudeste en la península de Cabo del Norte, como el Yac y el Lago Novo, que conservan la forma y apariencia de bahías marítimas. Este último podría servir de puerto de refugio para escuadras enteras, si se ahondara el canal de salida hasta el Araguari y se dragara el estuario que va llenándose de cieno.

Muy rápidamente se van desecando los lagos: se marchitan las cañas y otras plantas en estío, y sus restos van formando una capa flotante de mantillo, en la cual arraigan varias especies vegetales; las tormentas desgarran y llevan de orilla á orilla esas alfombras de verdor que luego se vuelven á unir, espesar y consolidar cegando poco á poco el lago, en el cual no queda libre más que el canal de navegación para las piraguas. Hay quien cree que la dirección y empuje de la corriente costera ha encorvado los ríos y que se han formado lagos en el antiguo cauce de éstos.

Las Guayanas se encuentran, en general, bajo el dominio de los vientos alisios del Nordeste, pero están bastante cerca del Ecuador para notar la influencia de los del Sudeste buena parte del año. El viento alisio del Nordeste corresponde al invierno y empieza á llover en cuanto se establece en la costa la corriente atmosférica normal; el mes de Marzo es el menos abundante en lluvias, y en la Guayana francesa se llama verano de Marzo á esa sequedad del aire. En Mayo llueve muchísimo y se ha visto que el espesor de la capa de agua caída llega á 33 centímetros en doce horas. En el interior suele variar poco la temperatura, y el aire contiene casi siempre gran cantidad de vapor de agua.

La flora varía mucho por el reparto desigual de las lluvias, y el territorio se divide en dos zonas distintas: la de los páramos ó campos, y la de bosques vírgenes. Los páramos de la Guayana presentan toda la serie de transiciones entre la superficie de arbolado y la de hierbas ó praderas. El aspecto

y vegetación de los páramos varía según lo húmedo ó seco del suelo. Cerca de la costa se desecan los pantanos en verano y producen hierba escasa y *euterpe edulis* en las riberas. Al elevarse el terreno, da gramíneas y legumbres análgas á las europeas, pero de menor crecimiento. Esas llanuras carecen de flores, y el trabajo de los hombres contribuye poco á modificar su vegetación y sólo se ocupan en la incineración de hierba seca en verano para recoger tortugas entre las cenizas.

Los bosques de la Guayana que cubren la mayor parte del territorio en la vertiente occidental, pertenecen al área vegetal amazónica y su mundo vegetal es prodigioso por lo vario de sus especies: el territorio francés cuenta con más de 260. No se sabe ni aun aproximadamente cuáles son todas las riquezas vegetales de las Guayanas por no haber sido recorridas todas sus regiones, y en 1872 calculaba ya Grisebach en 3.500 el número de especies descritas; abundan las leguminosas, los helechos, las orquídeas y las palmeras. Las flores espléndidas de la *Victoria regia* descubierta en el río Berbice el año 1837 demuestran la belleza maravillosa que pueden alcanzar las formas florales en el clima del Ecuador americano y á favor de ciertas condiciones atmosféricas, la flores de una ninfácea de agua dulce, despiden una claridad tranquila, semejante á la de una lámpara, menos brillante que la de algunas luciérnagas, pero más clara que la de la madera podrida. Abundan también los vegetales alimenticios como el cacao; las piñas silvestres, las marantáceas que producen el *arrow-root*, el maniac, la euforbiácea que sirve para preparar el casave, el cocac y la bebida llamada payurás, etc. La región costera posee especies oleaginosas, medicinales, resinosas y aromáticas, cauchos y gomas, y especies tintóreas.

También poseen las Guayanas maderas de construcción y de ebanistería.

Por su fauna son un país de transición entre el área amazónica y las del litoral venezolano y las Antillas. Abundan el ciervo de los pantanos, el cangrejero y la grulla cenicienta, así como numerosas variedades de ibis, flamencos y patos. El pájaro más común es el kiskadi, y en los bosques se oye sonar á menudo como el toque de una campana la voz del campanero (*chasmarrhyuchus carunculatus*). El caimán vive en algunos ríos; casi todas las serpientes son inofensivas para el hombre y hay boas enormes, especialmente la serpiente de agua (*eunectes murinus*).

Los indios de las Guayanas tienen gran habilidad para domesticar animales silvestres, como gallinas, agamis, grullas, boecos, cotorras, papagayos, perros, monos, y hasta yaguares. Una de las dos especies de perros montaraces llamada maikang, hace grandes destrozos en las plantaciones.

II

Los habitantes.

Los ingleses y holandeses dan respectiva y despreciativamente el nombre de *bocks* y *bucks* á los indios todos de las Guayanas. Consideraron primero los europeos á las diversas tribus como otras tantas naciones distintas, pero poco á poco se han ido distinguiendo los elementos étnicos y se han clasificado los habitantes primitivos de las Guayanas en las tres familias arawak, caribe y tupi.

La primera, que constituye el tipo aborigen por excelencia, parece ser la más antigua y se la encuentra con su propio nombre en las regiones litorales de la Guayana inglesa, y con otros en los distritos del interior; generalmente, se llaman asimismo *Sukkunn*, es decir, hombres. Los wapisianas, tarumas y atorais del alto Esequibo y del Takutos, y los palicur de la Guayana discutida pertenecen á aquel pueblo primitivo. Los arawak del litoral están más ó menos britanizados y hablan un inglés chapurrado. Los arawack conservan varias costumbres antiguas, como las pruebas de resistencia, y en fiestas crueles se dan mutuamente feroces latigazos en las pantorriñas, hasta que brota la sangre, conservando invariable buen humor. Son los indios más civilizados y poseen vasijas de variadas formas, con adornos y figuras grotescas de hombres en alto relieve. La alfarería de los demás guayaneses es muy sencilla, y no ostenta más que rayas delgadas.

Los wapisianas y atorais conservan su tipo original. Los últimos perderán probablemente al cruzarse con otras razas, pues sus mujeres tienen formas muy perfectas y rostros muy nobles. El perfil difiere poco del europeo y la tez es casi blanca. Los wapisianas son más morenos, sus facciones menos regulares y menos elegante su actitud. Unos y otros tienen escaso bozo y barba, pero cabellera muy abundante. Se atraviesan el labio superior con dos alfileres lo menos, y el tabi-

que nasal con otro, del cual cuelga una moneda. Se ha perdido la tradición que obligaba á las muchachas á arrancarse dos incisivos superiores. No llevan más traje que el taparrabos, pero son aficionadísimas á adornos. Cultivan el maíz sólo para elaborar el cachiri, que es una especie de cerveza con la cual se proporcionan alegres borracheras; durante éstas se verifican los raptos de las jóvenes, única manera de constituir matrimonios. Entre el Takuto y el Esequibo, se ha convertido su idioma en el de la civilización y el comercio, hasta entre las tribus caribes.

Deberíamos tal vez contar entre las tribus emparentadas con los arawak á los guaraunos ó warran del territorio inglés, acampados en los bosques de las regiones aluviales del Noroeste y cristianizados en parte. Difieren poco de los del delta del Orinoco; viven en cabañas de madera, hojas y fibras de palmera mauricia, árbol que les proporciona también vestidos, alimentos y bebidas. Nunca se lavan, y cuando tienen varias familias algún disentiimiento, se dan cita en un banco de arena, y colocados los hombres en dos filas opuestas, se arman con escudos de fibras de mauricia, y excitándose con gritos y bailes, se agarran y forcejean, ganando los que derriban á sus adversarios.

En toda la Guayana tiene representantes el tipo de los caribes. En Warramuri, al Oeste de las bocas del Moruka, hay una tribu, junto á la cual se ve inmenso hacinamiento de conchas y otros restos culinarios que demuestran una permanencia de varios siglos. Thurn da á esos indígenas el nombre de «caribes verdaderos» creyendo que desembarcaron en el lugar citado al llegar de las Antillas, supuesta patria de su raza. Efectivamente, hay leyendas que dicen que vinieron del Norte, y los mismos caribes cuentan que «bajaron del cielo por un agujero». Los galibis de la Guayana francesa, que son también de raza pura, viven hace unos tres siglos en la zona del litoral, al Oeste de Cayena, y están establecidos junto al Sinnamari, el tracubo y la orilla izquierda del Maroni. Junto al Lurinam hay otra tribu caribe, la de los calinas. También son caribes los rucuyenes del interior, llamados así por los criollos á causa del rucu con que se pintan el cuerpo. Los akawois de los distritos montañosos que atraviesa el Mazaruni en la Guayana inglesa, los partamonas, los arecunas, que viven en los altos valles del Roraima, los uyené del alto Esequibo, los tai-ras de la Guayana francesa, y los macuris de las vertientes

superiores del río Branco, también son de origen caribe y hablan dialectos semejantes.

En general son más feos los caribes que los arawak.

La tercera familia étnica guayanesa es la de los tupis, nación brasileña por excelencia, representada por centenares de tribus entre el Maroni y el Río de la Plata. Las dos tribus principales son los oyampis de los Tumuc-Humac, en el alto Oyapok, y los esmerillones, más al Oeste entre el Aprurague y los afluentes del Maroni.

Hay en las regiones del interior varias tribus, cuyo idioma no se conoce, ni se puede determinar su origen étnico, como los oyarícules, del valle del Hani. Según la leyenda (pues ningún europeo los conoce), son blancos, rubios y de ojos azules. También se ha dicho que vivían en la Guayana inglesa los fabulosos didis, gente velluda, temida por los demás indios, aunque éstos nunca los han visto. Por otra parte, cuando los salvajes tienen miedo de ver á un ser formidable, ó una peña de forma extraña, á lo cual creen un demonio enemigo, se frotan los ojos con pimienta, y al dejar de ver, se imaginan que no se los ve á ellos.

Todos los indios guayaneses tienen costumbres parecidas, aunque pertenezcan á razas distintas. En ningún grupo se ve la autoridad constituida sólidamente, con sujeción al modelo importado por los colonos de Europa. Aunque haya personaje con título más ó menos honorífico, no llega á ser verdadero «jefe». Podrá tener cierta influencia por sus condiciones personales, pero no se mete á dictar órdenes y cada individuo es libre en todos sus actos. Hasta á los niños se los respeta, y un refrán maensi dice que no se pega más que á los perros. Antes, sin embargo, eran terribles las pruebas de la pubertad; las madres azotaban á sus hijas mientras dormían los varones y ¡desgraciadas de ellas si los despertaban con sus lamentos! Los rucuyenes en la fiesta de iniciación someten á muchachos y muchachas á picaduras de avispas y hormigas; los pobres padecen mucho, pero no exhalan un quejido.

Los médicos-brujos, conocidos con diferentes nombres, deben á su ciencia curativa y adivinatoria más influencia que los jefes, pero también se abstienen de dictar órdenes. El gran instrumento del culto es la maraca, calabacilla tamaño como un puño con guijarros dentro. Sirve para expulsar á los diablos y para evocarlos también, sobre todo cuando hay que suscitar un Renaima ó vengador de la sangre derramada. El hombre que

se ha consagrado al homicidio, se enfurece y no conoce á nadie; se interna en los bosques y no vuelve hasta que ha degollado, envenenado ó torturado á la víctima.

En algunas tribus todavía se queman los cadáveres y se arrojan en la hoguera cuantos objetos les pertenecían. Parece que la antropofagia existió en otro tiempo, pero han desaparecido las principales tribus donde se observaba tan horrible costumbre. Los caribes quemaban el corazón del enemigo vencido y se bebían las cenizas.

La trata de negros ha llevado á las Guayanas una población negra muy superior al número de los aborígenes. Millones de negros krus, llegados voluntariamente de Siberia, trabajan también en los aserraderos, sirven como marineros en los barcos de cabotaje, y cuando á fuerza de trabajar han reunido dinero suficiente para comprar varias mujeres, regresan á su país.

Los negros guayaneses se dividen en dos grupos: los descendientes de los esclavos y los negros independientes. Suelen ser agricultores y viven junto á los ríos, en poblaciones permanentes rodeadas de cultivos. Las primeras emigraciones empezaron á mediados del siglo xvii, cuando los judíos portugueses de las orillas del Surinam despidieron á sus negros para librarse del impuesto de la capitación, creyendo que al marcharse los cobradores, volverían los esclavos, pero éstos le habían tomado el gusto á la libertad y permanecieron en sus campamentos. Hubo más adelante luchas entre negros y blancos, una de las cuales duró veinte años, hasta que se reconoció á los negros insurgentes la dignidad de beligerantes y hombres libres, haciendo luego la paz y respetando los límites del territorio independiente. Nuevas comunidades de negros provocaron guerras, y los del interior recabaron su independencia, mientras los que andaban cerca de Paramaribo y de los fuertes del litoral, fueron destrozados por las guarniciones disciplinadas.

Según las diversas estadísticas, se calcula el número de negros entre ocho y veinte mil, y las emigraciones, cruzamientos y guerras han borrado todo recuerdo de las naciones de origen.

Los descendientes de los negros rebeldes se dedican con preferencia á la agricultura, recogen bastante víveres para su subsistencia y producen arroz para abastecer á las ciudades y plantaciones del litoral, pero su principal ganancia procede de la corta de maderas para construcciones y ebanistería. Son muy

sobrios, pero ya los han desmoralizado algo las explotaciones de las minas de oro.

Los misioneros moravos fundaron misiones religiosas para los negros desde el año 1739, pero no han logrado muy próspero éxito. Aunque convencidos los negros de que existe un Dios bueno, creador de los hombres, los monos y el manioc, cuya mujer se llama María y Jest Kisti su hijo, conservan su culto naturista. El objeto de la veneración pública es el ceiba, árbol soberbio, de raíces salientes, tronco recto y copudas ramas, que se eleva aislado junto al campamento, como protector místico de la comunidad. Se le ofrecen libaciones, y se siembra el suelo á su alrededor de frutos y otras ofrendas. También se hacen sacrificios propiciatorios en torno al hiari, árbol de jugos venenosos que se supone habitado por un demonio. Cuando un negro muere durante un viaje, sus compañeros llevan su cabellera á enterrar al suelo patrio.

Viven en paz sus comunidades, sin que las perturben rivalidades ambiciosas y todos los negros son iguales en bienestar y en derechos. Cada pueblo tiene su jefe titular, elegido casi siempre en una misma familia y distinguido entre sus conciudadanos, no por la autoridad, sino por el privilegio de ostentar uniforme y bastón con puño de oro los días de fiesta. Los jefes por excelencia de los aucans y saramaceas, han recibido el nombre de *gramman*, tomado del inglés *grandman* (gran hombre) y la sucesión dinástica no sigue la línea paterna, sino la materna. El Gobierno holandés reconoce al *gramman* como una especie de presidente de las repúblicas negras, pero le impone un vigilante llamado *posthonder* que ha llegado á convertirse de hecho en el magistrado principal de las tribus en materias litigiosas.

Negros é indios van disminuyendo, tanto por la mezcla con otras razas, como (principalmente los primeros) por un exceso de mortalidad, debido en gran parte al excesivo afecto maternal, que ceba extremadamente á los pequeñuelos. También contribuye al mismo efecto la incompleta alimentación de los negros.

El abandono de las plantaciones por los negros, impuso la necesidad, especialmente en la Guayana inglesa, de importar *coolíes* del Ganges, y los supervivientes de tal inmigración representan hoy el tercio de la población del territorio británico. También han inmigrado *coolíes* chinos, javaneses, árabes, senegaleses y anamitas, y así como insulares de Madera y Azores.

III

Guayana inglesa.

Es la parte más importante de la Guayana, por lo extenso de la población y lo activo del comercio. Le pertenece la mayor cuenca fluvial y sus plantaciones principales, creadas por holandeses, son las más accesibles para los buques procedentes de Europa y las Antillas. Además, la zona cultivable está próxima al mar, mientras en la Guayana holandesa y gran parte de la francesa, ocupa la región ribereña la zona pantanosa.

Desde que la Gran Bretaña poseyó oficialmente su parte de la Guayana, se aprovechó la proximidad de las colonias antillanas, favoreciendo la inmigración de los negros de las Barbadas y de la Trinidad. Posteriormente se acudió al mercado indio de *coolies*, y por todas las razones expuestas ha prosperado más la Guayana británica que las otras.

Hasta época reciente, la zona de su gran cultivo agrícola, se limitaba á la parte del litoral comprendida entre el Pomerin y el Berbice, quedando inhabitada la región del Noroeste. En 1870 comenzó en serio la colonización, gracias á emprendedores portugueses, y el progreso ha sido rápido é incesante, para lo cual ha influido no poco el establecimiento de barcos de vapor entre George Town y el delta del Orinoco, que ponen el distrito del Noroeste en relaciones fáciles con el resto de la colonia. Los tres grupos principales de población residen respectivamente en la encrucijada que forman las aguas de la laguna Baramanni con el río Waini, en la afluencia del Morawhauna, que une el Waini con el Barcina, y en la desembocadura del Barcina en el Orinoco. La capital del distrito es el pueblecillo central, junto al Morawhauna, donde el Gobierno inglés ha mandado edificar un conjunto de edificios públicos.

Poca población guayanesa vive en la cuenca del Esequibo, que no constituye todavía el centro de la exportación europea. Los indios torimas ocupan la región de los manantiales, cuya población se componía únicamente hasta hace poco de indios y mestizos, con algunos mercaderes negros y portugueses. Pero indudablemente, la ancha vía de emigraciones abierta entre el litoral y el Amazonas, ha de adquirir gran importancia comercial. La principal aglomeración de habitantes es el modesto pueblo de Quatata, donde viven wapisianas, tarumas, macu-

sis, nayesies y tratantes europeos para el cambio de productos. Los misioneros protestantes de Demerara y los católicos de Manaos se han disputado la región, á la cual emigran todos los años mestizos brasileños, para dedicarse á la ganadería.

Ha nacido una ciudad en el punto donde el Mazaruni, acrecentado con el Cuyuni, desagua en el Esequibo y existe la bifurcación natural de dos caminos, uno por el Esequibo hacia el Amazonas y el Brasil, otro por el Cuyuni hacia el Ori-



Catarata en la Guayana inglesa. (Dibujo de Berard.)

noco y Venezuela. Llámase esa ciudad Bártica y está casi oculta por las frondosidades de los mangos, al pie de una colina. Fué centro de misiones indias, pero ya quedan en ella pocos indígenas convertidos; los demás han vuelto á los bosques y los han substituído portugueses, negros y mestizos, que comercian en madera y almacenan abastos para las minas de oro de las orillas del Barima-Bártica, va creciendo y será el centro comercial de la colonia. A algunos kilómetros al Oeste, en una colina junto á la orilla izquierda del Mazaruni-Cuyuni, se ve un establecimiento penitenciario, construído por los ingleses en 1843, en el cual hay unos 300 penados; alrededor de la cárcel y entre arboledas, están el palacio del gobernador general y las casas de dignatarios y empleados. Entre la penitenciaría

y Georgetown hace frecuentes viajes un buque de vapor.

Ensáchase el río en estuario, acabando por formar con sus canales un archipiélago, muchas de cuyas islas están habitadas. Una, situada á cinco kilómetros del mar, conserva las imponentes ruinas del fuerte Zeelandia, fundado por los holandeses en 1743. Todos los islotes ostentan espléndida vegetación y las principales islas están llenas de plantaciones.

La antigua ciudad holandesa de Stabrochs ha adquirido gran importancia desde que con el nombre de Georgetown ha llegado á ser la capital de la Guayana británica. Es la población más populosa entre Orinoco y Amazonas y tiene más habitantes que toda la Guayana francesa. Agrúpanse los buques en el ancho estuario del Demerara, cuya orilla derecha está llena de elegantes casas blancas. Todos los edificios están rodeados de jardines y tienen cisternas para el riego de árboles y acirates, y muchos pozos artesianos proporcionan á Georgetown un agua algo mineral. La región litoral y las orillas del río, esmeradamente cultivadas, se dividen en plantaciones ricas y populosas. De Georgetown parte el primer ferrocarril construído en la América del Sur.

New-Asterdam ó Berbice, es también de origen holandés y se empezó á construir en 1796.

Mientras el país fué cultivado por esclavos, no se cultivaban plantas variadas en la Guayana y obedecían las operaciones agrícolas á una rutina constante. Todavía no ha progresado mucho la agricultura y sigue siendo la caña de azúcar el producto que más se explota, ocupando la mitad del territorio cultivado.

El ron de Demerara, muy inferior al de Jamaica, se exporta principalmente á la Gran Bretaña y la melaza se aprecia mucho en las Antillas francesas.

No suelen encontrarse cafetales más que en los jardines y pequeñas explotaciones de los negros. Después del azúcar, el principal producto de la Guayana inglesa es la madera de construcción. El comercio de frutas, cocos y piñas ha tomado cierta importancia, porque esas frutas, especialmente la piña, tienen un gusto tan agradable como las de Guatemala, Costa Rica y las Antillas. También exporta la Guayana inglesa pepitas y polvos de oro y diamantes pequeños. La importación consiste en víveres, máquinas, aparatos, telas y objetos manufacturados, procedentes, sobre todo, de Inglaterra y los Estados Unidos.

El poder político de la colonia está casi todo en manos del gobernador, representante de la metrópoli, auxiliado por la *court of policy*; á ellos corresponden también los poderes legislativo y ejecutivo. La ley civil holandesa, modificada, rige en la colonia, pero la legislación criminal es de importación inglesa. La guarnición se compone de 300 soldados, procedentes de los regimientos negros de la India occidental. La colonia administrativa se divide en cuatro distritos ó condados: Noroeste, Esequibo, Demerara y Berbice.

IV

Guayana holandesa.

Los primeros colonizadores de la Guayana inglesa la cultivaron en beneficio de sus rivales, y les queda muy poco de lo que tuvieron. Surinam, que así llaman los holandeses á su Guayana, viene á tener la sexta parte de la población de la inglesa, y esta población disminuiría, á no ser por la inmigración de *coolies* indios.

La zona habitada tiene poca extensión; comprende la región litoral entre la línea exterior de los paletuvios y los páramos del interior, pero tiene muchos claros, llenos de maleza y pantanos. El distrito occidental de Nickerie está muy poco poblado. El mar devoró el territorio de la colonia instalada en el promontorio que domina la confluencia del Corentijn y el Nickerie, y los habitantes acabaron por dispersarse.

La colonia de Groninyen fundada en 1843 cerca del estuario del Saramaca, tampoco tuvo próspero éxito, aunque inspiraba al plantearse grandes esperanzas: murió la mitad de los colonos á los seis meses, y los restantes tuvieron que emigrar. Batavia, al S. O., junto al Coppenhame, es un lazareto de atacados de lepra, enfermedad que hace grandes estragos en la Guayana holandesa.

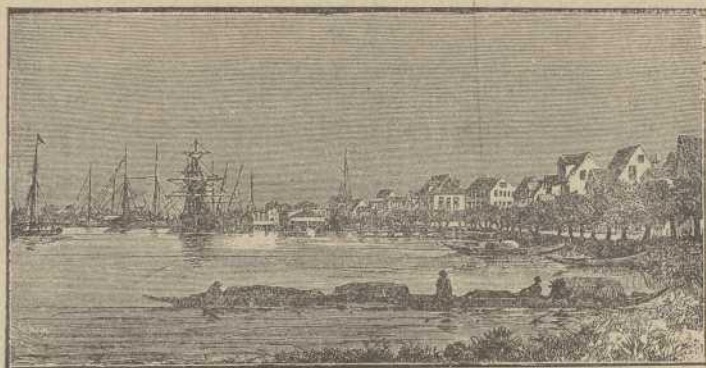
Paramaribo, capital de ésta, no está cerca del mar como Georgetown y Nueva Amsterdam. Fué fundada en 1640 por unos fugitivos franceses de Cayena que construyeron allí un fortín. Más adelante convirtieron los holandeses aquel lugar en la capital de Surinam. Paramaribo, semejante por el aspecto á las ciudades neerlandesas, está muy limpia y no es insalubre.

Al Este de Paramaribo había á orillas del Coticas y el Com-

mewjne una serie de plantaciones y jardines, abandonados hoy en parte, y propiedad de negros los que quedan. El pueblo de Sommelsdijk, dominado por un fuerte pentagonal, en la unión de los dos ríos, recuerda el nombre de un gobernador holandés. Las ruinas de una sinagoga y unas pocas cabañas de Joeden Savane (Páramo de los judíos), constituyen el recuerdo de unos israelitas portugueses que en 1644 se establecieron junto al río Surinam. Semita es la mayor parte de su población blanca.

Poco poblada está la orilla izquierda del Maroni, en la cual viven indios galibis y mestizos.

Antes era la principal riqueza de la colonia la producción



Vista de Paramarino. (Dibujo de Rion).

de azúcar, pero los plantadores no pudieron resistir la crisis producida por la abolición de la esclavitud, y hoy quedan pocos ingenios azucareros, pertenecientes á ricos capitalistas. Ingenio hay en el cual trabajan 1.580 personas, entre africanos, indostánicos, javaneses y chinos. El cultivo de los cafetales se ha reanimado algo, merced á la introducción del café de Siberia, que se aclimata muy bien. También se producen la batata (gutapercha guayanesa) el cacao, etc., y la industria aurífera ha adquirido cierta importancia.

El Gobierno colonial es absoluto, á pesar de revestir algunas formas parlamentarias. El gobernador nombrado por la corona es también presidente de una asamblea de trece miembros.

El país está dividido administrativamente en diez y seis dis-

tritos, pero es ilusoria toda descentralización en un país cuya capital encierra la mitad de la población civilizada.

V

Guayana francesa.

Si se le sumara el territorio discutido que la prolonga al Sur hasta la desembocadura del Araguari, igualaría en extensión la Guayana francesa á la británica, pero en cuanto á población de industria, comercio y vida política y social, no hay comparación posible de todas las colonias francesas: ésta es la que menos ha prosperado. Nunca hubo en ella inmigración realmente espontánea, y cuantos llegaban á la Guayana francesa desde la metrópoli, eran soldados, funcionarios, esclavos y penados. Se preparaban mal los terrenos para los colonos, que perecían á millares, y en vista de que fracasaban tales ensayos de colonización forzada, se eligió aquella posesión para convertirla en residencia de deportados por delitos comunes y políticos. Cediéronse muchas veces á los desterrados terrenos notoriamente insalubres, y tan desastroso fué el resultado, que se dió á Cayena el nombre popular de «guillotina seca». Ninguno de los progresos que se llevan á cabo en la Guayana francesa, en crecimiento de la población ó en explotación de las riquezas del suelo, puede atribuirse á esfuerzos de los gobiernos, sino al lento trabajo producido espontáneamente en la masa indígena, auxiliada por algunos inmigrantes de la Martinica, negros de Surinam, portugueses y brasileños de las regiones limítrofes.

En la cuenca del Maroni, que separa la Guayana holandesa de la francesa, ocupan la parte alta y media indios, negros y algunos escasos buscadores de oro. Los primeros establecimientos de hombres blancos están á unos 60 kilómetros del estuario, y pertenecen casi todos á la penitenciaria. La colonización libre corresponde á plantaciones concedidas á árabes licenciados de presidio. Saint-Jean, enlazado por ferrocarril con la capital, agrupa sus cabañas en un terreno pantanoso. Mejor situado está Saint-Larent, donde residen los directores de la penitenciaria. En la isla Portal está la plantación más importante de la Guayana francesa, destinada al cultivo del acaíóte. El pueblo de Mona (á orillas del río del mismo nom-

bre), uno de los más saludables de la colonia, fué en otro tiempo el granero de arroz de ella.

Sinnamari, junto á la desembocadura del río que lleva la misma denominación, fué fundado por los holandeses. Ha sido uno de los puntos más famosos de destierro, y allí han perdido la vida no pocos colonos. Un cafetal que pertenece al Gobierno, señala el lugar donde perecieron muchos.

Al Este también han sido objeto de tentativas de colonización las tierras de la desembocadura del Kuru. Saint-Joseph y



Palacio del Gobernador. (Dibujo de Rion.)

la isla Real constituyen un penal, donde se encierra á los pre-sidarios peligrosos.

Cayena es uno de los establecimientos más antiguos de la comarca, fundado en 1604. Es relativamente grande, pues tiene 10.000 habitantes, casi la tercera parte de todos los de la colonia. Sería muy saludable si no se estancara con frecuencia el agua de los canales de las cercanías. La población, cuya mayor parte es negra, se compone principalmente de las familias de emancipados que acudieron á la ciudad en 1848 y comprende representantes de todas las razas de la colonia: los criados suelen ser criollos de la Martinica, y los anamitas vendedores de pescado. Un faro erigido al Norte ilumina la entrada del puerto.



Se encuentran en la Guayana francesa todos los productos de la zona tropical, pero ninguno en cantidad suficiente para crear una exportación seria. Hace poco se calculaba en 1.834 hectáreas el número de las destinadas al cultivo, y la producción de café, cacao y azúcar no excedía en conjunto de cien toneladas. La ganadería vale también muy poco, y la industria apenas pasa de rudimentaria. El mineral de hierro, muy abundante, no ha sido explotado, y la recolección del oro ha disminuído mucho. Una línea de vapores enlaza la colonia con la Martinica y Francia, por Surinam y Demerara.

La Guayana francesa tiene un consejo general de diez y seis miembros y elige un diputado para la Cámara francesa, pero el poder del gobernador es casi absoluto.

La deportación, única razón de ser de la dominación francesa en Guayana, fué reglamentada por decreto á raíz del golpe de Estado de 1851. Luego la ha substituído la Nueva Caledonia como principal colonia de penados, y aquélla recibe ya menos deportados.

La Guayana francesa está dividida administrativamente en trece distritos.

VI

Territorio discutido franco-brasileño.

Comprende oficialmente este territorio un espacio de más de 260.000 kilómetros cuadrados, y forma una faja alargada que se extiende desde el Atlántico hasta el río Branco, limitada al Norte por el río Oyapok, los montes Tumuc Humac, la corriente del Araguais y la línea equinoccial; al Oeste el valle del río Branco pertenece indudablemente al Brasil. Las regiones intermedias están totalmente habitadas por indios independientes. El territorio realmente discutido no ofrece más de 3.000 habitantes civilizados.

Ya hubo discusión entre Francia y Portugal sobre este territorio en el siglo xvii, y el tratado de Utrecht, firmado en 1713, debió acabar con aquellas diferencias, pero las complicó, dando como límite de las posesiones respectivas, un río que nadie conocía, y cuya desembocadura no había explorado ningún marino. Había y hay dudas sobre cuál era aquel Yapok que los diplomáticos de Utrecht, ignorantes en geografía, quisieron

indicar en sus mapas rudimentarios. Se llenaría una biblioteca con los documentos y memorias diplomáticas publicadas sobre este punto, y todavía no se ha puesto en claro.

Pero la historia no se decreta, se hace ignorando tratados y convenios; en 1836 establecieron los franceses un puesto en el territorio discutido, en el lago de Mapa, y los brasileños fundaron á los cuatro años la colonia militar de Don Pedro Segundo, á la orilla izquierda del Araguais. Decidió un convenio que ambas partes evacuaran el territorio, y así lo hizo Francia, pero no el Brasil. La colonia, antes desierta, se fué poblando poco á poco, fundándose pueblos, cuyos habitantes, en su mayoría desertores y fugitivos brasileños, á quienes debería contentar su independencia, quisieron salir de su estado de indivisión política. De este deseo nació el Estado independiente del Cunani (del cual se ha vuelto á hablar hace poco) en 1886, por haberse proclamado autónomos los habitantes del pueblo así llamado, eligiendo presidente á un geógrafo francés que nombró un ministerio y fundó una orden nacional con más grandes cruces, comendadores y caballeros que habitantes tenía el Estado, pero al año desapareció éste.

La población se ha duplicado desde la desaparición del tal Estado libre y va prosperando el comercio, y entre la desembocadura del Oyapok y la del Mata navegan unas goletas llamadas *tapuyas* de construcción indígena. Posee esta región el mejor fondeadero de la costa entre el Orinoco y el Amazonas, que se llama Carapoporís, se abre al Este de la isla Maraca y podrá llegar á ser una de las radas más frecuentadas del Atlántico.

Los cunanienses no explotan los aluviones auríferos, pero se dedican mucho á la ganadería.

La pesca es muy productiva, y además de los pirarucus, abundantes en los lagos, se pesca el lamantín y la tortuga. Los habitantes de los bosques recogen caucho y otras gomas preciosas.

La población, de origen brasileño, generalmente habla el portugués, pero también conoce el francés criollo de Cayena. Una tercera parte de la población la constituyen portugueses y criollos franceses y de la Martinica, además de los indios mestizos llamados tapuyos, nombre que en la «lengua general» ó tupi del Brasil significa extranjeros ó enemigos y ha acabado por aplicarse indistintamente á los indios y mestizos sedentarios de las orillas del Amazonas.

Los brasileños han avanzado hasta el Mapa, donde han fundado la colonia de Ferreira Gomes, y, en cambio, por la parte de la Guayana francesa están muy desiertas las tierras, inundadas en parte por el Massa y el Cachipur.

Los tres pueblos de Rocana, Curipi y Massa, en la cuenca de este río, son grupos de chozas, á cuyo alrededor vagan los indios palcuros y azúas; algo más importantes son Cunani y Mapa, más al Sur. Poseen pocas casas de ladrillo y madera, y muchas chozas cubiertas de hojas de palmera, pero cada una de ambas poblaciones tiene su escuela, y el estado intelectual y moral de la población no difiere del de las comarcas vecinas.

Todos esos centros de población están constituidos administrativamente en «capitanías», cuyos jefes pueden algo cuando poseen valor personal, aunque sus órdenes no se cumplen cuando desagradan á los ciudadanos. Los funcionarios son nombrados y destituidos por asambleas públicas.



Entrada de la bahia de Rio Janeiro. — (Dibujo de Taylor).

ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL

I

Nociones generales.

La nación de mayor magnitud de la América latina es indudablemente el Brasil, que sólo cede en extensión á tres grandes Estados del mundo: Rusia, China y los Estados Unidos. Su superficie es casi igual al conjunto de todos los países hispano-americanos, y sus habitantes constituyen la tercera parte de todos los latinos del Nuevo Mundo. Tiene como límites de su inmenso contorno, en una mitad el Atlántico, y en la otra las Guayanas, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, la Argentina y el Uruguay.

Procede su nombre de la palabra *brasa*: la tierra llamada primitivamente isla de Veracruz y luego Santa Cruz; por los portugueses recibió la denominación de Brasil, por una madera tintórea color de brasa, que llevaron á Portugal los exploradores.

La forma y el relieve del Brasil presentan un contraste

muy marcado con las comarcas andinas que á su alrededor se elevan formando enorme semicírculo.

El Brasil difiere también de los Estados andinos por su temperatura más elevada, por su naturaleza más tropical, y únicamente la punta meridional del territorio penetra en la zona templada del Sur.

Atribúyese, en cierto documento, el descubrimiento del Brasil á un tal Juan Rumalho, que murió en San Paulo el año 1580, después de permanecer noventa años en el país, pero la historia ha olvidado á ese supuesto antecesor de Colón; parece que el primero en entrever las playas brasileñas fué Américo Vespucio, el año 1499; Pinzón, Diego de Lope y Alvarez Cabral, columbraron al año siguiente algunas riberas, y luego fué visitado el litoral por numerosos marinos. Fundaron colonias varios exploradores portugueses, siendo de las primeras San Vicente y Paratininga, cerca de la ciudad moderna de Santos, y ya en 1534 se dividió el inmenso dominio en varias capitanerías, concedidas á poderosos señores, con atribuciones casi regías, hasta que ciertos asomos de insubordinación de éstos, hicieron que enviara allá el rey Don Juan III un gobernador general que se instaló en la población llamada hoy Bahía.

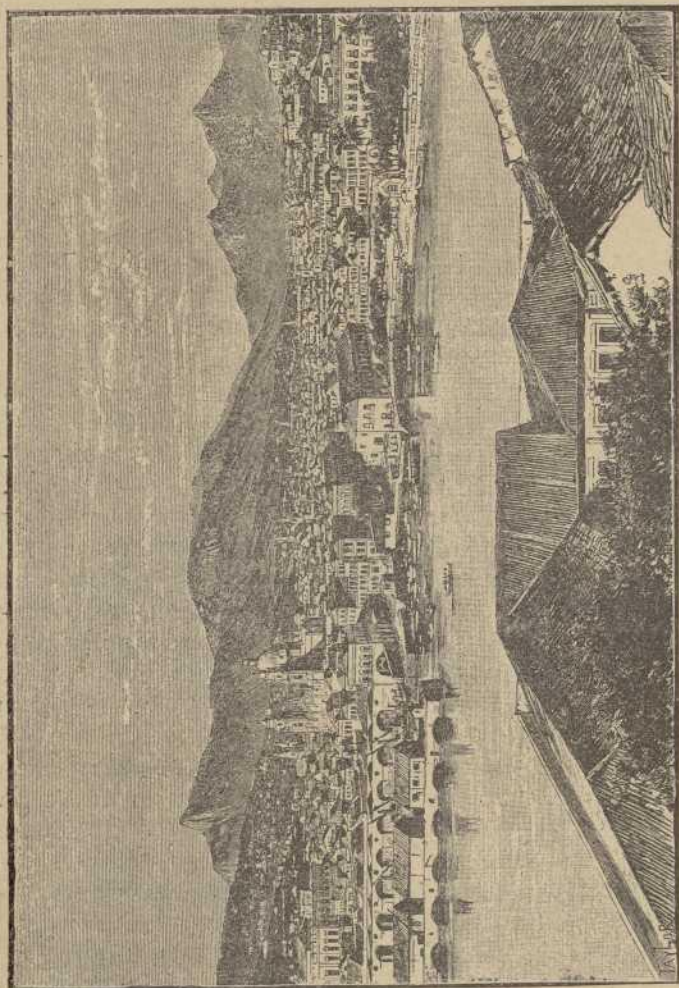
Como en todas las tierras americanas, se persiguió y esclavizó á los indígenas y se fué extendiendo la dominación europea por todo el país. No sólo con los indios, sino también con otros europeos, tuvieron que luchar los portugueses, que combatieron contra los franceses (á los cuales quitaron la bahía, donde se construyó después Río Janeiro), ingleses y holandeses.

Durante el siglo XVIII, los habitantes de San Paulo hicieron excursiones por el Oeste, anexionando gradualmente al Brasil, Goyaz y Matto Grosso.

En el mismo siglo hubo insurrecciones de indios, con varia fortuna, en las provincias de San Paulo, Minas Geraes y Pernambuco. Mantúvose, sin embargo, la dominación portuguesa, hasta que en 1821, y casi sin conflicto alguno, se erigió el Brasil en reino independiente, bajo el cetro de Don Pedro, de la familia real portuguesa. Recientemente, la abdicación de otro Don Pedro ha convertido también en República al único Estado monárquico que quedaba en la América del Sur.

Puede considerarse dividido el Brasil en dos regiones distintas: la del Centro y Sur, menos abundante en vegetación, pero más saludable para el blanco, es la habitada principal-

mente por hombres civilizados, y la que recibe á millares colonos de Ultramar. Esa región constituye el Brasil europeo, donde se yerguen las montañas y ondulan las mesetas. La



Río Janeiro (Dibujo de Taylor.)

atraviesa el Trópico, dejando al Sur Río Grande do Sul, Paraná y el Mediodía de San Paulo, y al Norte el septentrión de San Paulo, Río Janeiro, Minas Geraes, Bahía, Goyaz y Malto Gosso.

La región del Norte, más india y negra que europea, debilita al hombre, pero vigoriza la vegetación y no hay nada

más hermoso en nuestro planeta que las selvas amazónicas. Si á esta maravillosa naturaleza le faltan admiradores, tampoco tiene en cambio quien la profane, y no se han apoderado de ella los taladores de bosques; en el Brasil ecuatorial no hay más que negros indolentes, indios apáticos y blancos ó mestizos faltos de energía.

II

Región del Amazonas y el Pará.

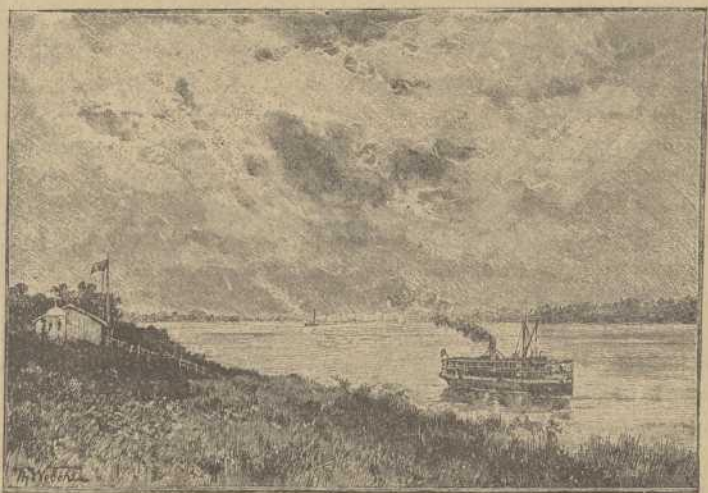
La región que comprende ambos Estados llamada Amazonia, comprende inmenso territorio, pero poca población, que no pasa de medio millón de habitantes entre civilizados y salvajes.

El Amazonas, río más importante no solo de América, sino del mundo entero, lleva también el nombre de Maraíón ó Maranhao en los límites con el Perú y de Solimoes ó Alto Amazonas desde el Tabatinga hasta la confluencia con el Río Negro. Los indios le llaman Tunguragua, Paranaguassú (Gran Río) y Paranatinga (Río Rey). Tiene una longitud de cerca de 600 kilómetros y una anchura tan grande que á veces no se ve una orilla desde la otra y el viajero que va por el centro no contemp'a más que agua hasta los límites del horizonte: su profundidad es de 50 hasta 100 metros, su cuenca abarca más de 700 millones de hectáreas; su estiaje es de 17 á 18.000 metros cúbicos por segundo, su caudal medio de 80.000, y llega á 250.000 delante de Obidos cuando las grandes crecidas lo convierten en diluvio inmenso de agua que baja por su propia fuerza, pues la pendiente es casi nula. Hay 50.000 kilómetros navegables en su brazo mayor, en sus igarapés ó brazos laterales, en sus afluentes y tributarios: durante ciento veinte días cubren sus aguas varias islas innumerables, y bien merece el nombre de «padre de las aguas.»

La parte alta del Maraíón no pertenece al Brasil, sino al Perú. Al llegar el río á Tabatinga forma islas, brazos y falsos brazos, pantanos y lagunas. Salvo grandes repliegues, se dirige rectamente al Este, cerca de la línea ecuatorial, por lo cual se le ha llamado Ecuador visible. A izquierda y derecha el magnífico río, de aguas no transparentes, baña inmensos bosques, llenos de bejucos, doble tapicería de árboles y tallos flexi-

bles, de palmeras que llegan hasta 15 metros de longitud. Recibe tributarios de aguas azules ó blancas como el Madeira, el Yapurú ó el Purus, ó de aguas grises como el Xingir, ó de aguas verdosas, como el Tocantín y el Tapajoz, ó negruzcas como el Río Negro, cuyo color se asemeja al obscuro transparente como el de los ríos del granito canadiense. Tiene oleaje como el mar, corrientes violentas como una ribera oceánica, y tres veces más especies de peces que el Atlántico.

Las selvas de sus orillas son las más pomposas del globo, con ríos por caminos, arroyos por senderos, y blancos é indios



Tatuíga.—El Marañón.—(Dibujo de Weber).

por huéspedes, buscadores del caucho. El Marañón arrastra enorme cantidad de agua, porque la inmensidad de las selvas conserva ríos, igarapés, lagos y lagunas, aguas estancadas y corrientes, húmeda frescura del terreno, todo el tesoro de las lluvias para la estación seca.

Tanta abundancia de selvas hay junto al Amazonas, que son muy escasas poblaciones y aldeas.

Sus dos tributarios mayores son el Río Negro y el Madeira. Lllaman los indios Curana (agua negra) al primero, y bien merece tal nombre al afluir el Solimoes, cerca de Manaos; sus aguas de color de café, pero límpidas llegan lentas y tranquilas al enorme y fangoso río que se precipita enfurecido sobre ellas.

Tal contraste hay entre la fogosidad del Solimoes y la indolencia del Río Negro, que los indios de Manaos llaman á aquél río vivo y á éste río muerto. En las crecidas, sube el Curana 13 metros sobre su nivel y cubre hasta muy lejos la comarca. El Marañón y los demás tributarios se elevan también á la misma altura durante las lluvias, pero cuando suben los afluentes de la orilla izquierda, bajan los de la derecha, y recíprocamente, lo cual explica el enorme caudal del río en todo tiempo.

El Madeira, que desagua algo más abajo del Río Negro, baja de las sierras bolivianas á las llanuras de las selvas por una serie de rápidos y saltos poco elevados, que tienen 370 kilómetros de largo por 69 metros de pendiente. Luego mezcla el Tapajos sus aguas verdosas con las cenicientas del Amazonas, y en su confluencia se repite la batalla entre los ríos de diverso color que vienen á unirse en un lecho común, como antes el Madeira y el Amazonas, el Río Negro y el Solimoes.

Después de haber bañado las colinas de Almeirim y la sierra de Ezeze, recoge el Amazonas las aguas del Xingú.

En el golfo de la desembocadura, dividido en dos por la isla de Marajo, se levanta la Pororoca en tres olas sucesivas á alturas de 10 y 15 metros. Los aluviones del Amazonas son arrebatados por una corriente hacia la Guayana. Si el cieno se fuera depositando en la desembocadura, acabaría por formar un gran país.

El Japura, que nace en los Andes colombianos y el Putumays, de igual origen, vierten también sus aguas en el Amazonas, así como otras muchas corrientes de menor importancia.

El clima de la Amazonia se revela por el régimen del río, por los vientos que influyen en su corriente, por las oscilaciones periódicas de su caudal, por las alternativas de crecida y descenso en sus afluentes.

En el ritmo anual de las estaciones, corresponde el predominio regular de los alisios al período de sequía de Septiembre á Enero, y las calinas coinciden con el de lluvias de Febrero á Julio y Agosto. Obsérvanse grandes diferencias de climas entre las poblaciones del Bajo Amazonas y las del Río Negro, Solimoes y Marañón. Estas tienen temperatura más desigual y en cambio en las otras oscila ésta con mucha lentitud.

La flora de la Amazonia es muy distinta en conjunto de la del resto del Brasil. Ambas poseen especies comunes, pero los

contrastes son numerosos. Los árboles que se yerguen como muro movedizo á las orillas del Amazonas, sorprenden al viajero por su poca altura, porque como nacidos en riberas de nueva formación no han tenido tiempo de crecer como los gigantes seculares de las selvas, que prosperan hace siglos. Con alturas de 50 á 60 metros vese el moiratinga ó árbol rey, el samauma y el masaranduba ó árbol de leche, cuyo licor se bebe mezclado con el café. Uno de los rasgos más característicos de la mayor parte de los grandes árboles de la selva, consiste en los poderosos contrafuertes exteriores que sostie-



Vegetación de las riberas del Amazonas.—(Dibujo de Rion).

nen el tronco, verdaderos muros de madera, divergentes alrededor del tronco, que forman dos ó tres huecos donde caben varias personas. Innumerables especies se adhieren como parásitos á la corteza ó crecen entre las ramas, proyectando largas raíces que se balancean en el aire. La palmera, de más de cien variedades, es uno de los principales habitantes vegetales de los bosques amazónicos. En cambio carecen éstas de gran riqueza floral. Ciertas partes abundan en frutos y otras están escasas de ellos. A millares existen las plantas medicinales, las maderas preciosas y productoras de caucho, goma y otras resinas.

La fauna de las selvas amazónicas es poco abundante en individuos, pero en cambio ha habido naturalista que ha coleccionado 14.712 especies, 8.000 de ellas completamente nuevas para la ciencia. Merecen mención especial mención el tapir, el mono, el oso, el hormiguero, ardillas, serpientes y

otros reptiles, en la tierra, y la fragata, el lamantin, el delfin, el boa fluvial, la tortuga y el cocodrilo ó jacaré, en el agua, además de innumerables peces. Entre los insectos se encuentran muchos lepidópteros, mosquitos nocturnos, moscas pinan y hormigas zambas, las cuales sirven de alimento á los indígenas.

Los antiguos pobladores de la Amazonia han dejado pocas huellas de su estancia en el país, pero siempre quedan algunos rastros de su industria. A los indígenas ribereños se les da el nombre general de tapuyos, y los cruzamientos los van haciendo penetrar en la raza mezclada de rojo, blanco y negro, en la cual es difícil reconocer los elementos oriundos. Los tapuyos son reservados y taciturnos, pero de buen carácter, corteses y hospitalarios. Tienen más afición á vivir lejos de las ciudades que dentro de ellas, pero es vano su empeño de sustraerse á la invasión europea. Cultivan algo el terreno alrededor de sus cabañas, y antes de que hubiera barcos de vapor en el Amazonas, sus embarcaciones eran las intermediarias de todo el comercio local. Suelen ser perezosos los tapuyos, porque la fertilidad natural del terreno les permite comer sin trabajar.

A las orillas de los afluentes hay numerosos pueblos aborígenes, sin mezcla de sangre extraña, y casi sin relaciones con los blancos ó negros, hijos del mundo antiguo. Gran trabajo ha costado á los viajeros visitar sus campamentos y recoger algunos vocablos de sus 250 idiomas y estudiar algo de sus costumbres, de modo que, á pesar de las investigaciones de muchos sabios, poco se sabe de sus orígenes y enlaces étnicos. Las razas principales son las de los azamak, caribes, tupis, mirañas y carayas. Los habitantes de los páramos tienen inteligencia más despierta que los cazadores que viven en los bosques.

Otras razas viven en el alto Solimoe, como los omaguas, los ticumas y los yalmas.

Los mirañas son gente muy belicosa y van armados con un sable de madera. Usan una especie de tambor de madera hueca, cubierto por un parche con dos agujeros, que hacen sonar con dos palillos de goma elástica. Los sonidos lúgubres del tal instrumento se oyen hasta á dos leguas de distancia, y sirven para anunciar la guerra, señalar las fiestas y comunicar noticias importantes, pues los mirañas, como otros pueblos indios y negros, conocen lo que podría llamarse «lenguaje del tambor». Aunque viven cerca de los ríos, son más cazadores que pescadores, colgando de los árboles unas redes de toscó

tejido, á las cuales van á parar las aves asustadas por los gritos y gestos de los indios. Cuando las mujeres están de parto, se ocultan en lo más tupido de los bosques para que los rayos de la luna «origen de todos los males» no perjudiquen á los recién nacidos.

Los carijonas ó nitotos son de origen caribe, y los passes de raza arawak. Estos indígenas suelen ser hermosos y las mujeres son muy solicitadas como amas de cría por las familias de Manaos, así como los hombres son muy apreciados para el servicio doméstico, por su inteligencia, bondad y afición al trabajo. Los passes que permanecen en estado salvaje, se ennegrecen la cara frotándose con el jugo del genipa. Los mozos deben conquistar á sus novias batiéndose con sus rivales, y la mujer se considera siempre inferior al hombre.

El origen de los naupés no se ha podido poner en claro: algunas tribus practican la circuncisión y se dedican á fabricar el curare; otras preparan la sal echando en agua hirviendo la ceniza de una planta grasa. Andan unos desauados y otros se visten á la europea. Tribus hay que conservan las pruebas para la pubertad, y otras que entierran á los muertos en las cabañas y atacan á hachazos al genio, supuesto culpable del fallecimiento. Los matrimonios no suelen ser válidos sino cuando son fecundos. Lo único en que se parecen los naupés todos, es en la religión, pues todos conservan un culto nacional, mezclado con ceremonias cristianas. Exclúyese de las fiestas religiosas á las mujeres y se condena á muerte á la que infrinja la prohibición.

También hay tribus wapisianas y atorais, macusis y naye-sis. Los últimos constituyen una nación muy fuerte. Los japús, del mismo origen, son indios muy guapos, y abundan entre ellos los de ojos azules y cabellera rubia. En cambio son imberbes, mientras sus vecinos, los treanes, tienen bigote, pómulos salientes y ojos oblicuos como los mongoles.

Muchas tribus han desaparecido y las que quedan van siendo empujadas en las cuencas de los ríos al Norte de las ciudades. Los tapuyos, negros y brasileños que ocupan las orillas inferiores de los ríos van apareciendo en las cuencas superiores, junto á las salvajes, y formando á modo de pequeñas repúblicas llamadas *mucambos*.

Las tribus libres abundan más en la vertiente meridional del valle amazónico. En el río Javary, que separa el Perú del Brasil, pertenecen la mayor parte al grupo de los panos. Junto

al Jurriall y al Purus, son de origen arawak. Los ipurinas son gallardos y bien formados, se baten muchas veces por gusto y suelen envenenar sus flechas, pero no con el curare, que no usa ninguna tribu de la vertiente oriental amazónica. Se dedican á tomar rapé y practican la poligamia.

También son de origen arawak los catanixis y los pamuaris: éstos padecen enfermedades de la piel, debidas á la costumbre de frotarse con grasa de cocodrilo. Son, por lo general, bondadosos y pacíficos. Los nuvias son restos de una poderosa nación, y se les considera como por extremo indolentes. Hacen vida nómada y son pescadores muy hábiles; en sus fiestas acababan las orgías de bebida agarrándose dos á dos é inhalándose mutuamente por la nariz con una caña grandes dosis de panca, producto extraído de una simiente leguminosa, que causa una gran excitación, seguida de abatimiento.

En los ríos que forman el Madeira viven las tribus salvajes de chunchos, mosetenes y yuracares, y las más civilizadas de chiriguano, chiquitos, guarayos y mojos. Estos son barqueros inmejorables. También existen las de los caripunás y parentintines, parexis, cabixis, cachinitis, vaimares, poblaciones inofensivas é indolentes que labran con instrumentos de hierro y usan fusiles en vez de flechas y mazas. Merecen mención también los apiacas, los mundurucus y los maulíes. Los mundurucus constituyen la nación indígena más poderosa y que mejor representan el tipo natural brasileño. Son unos 20.000, altos, robustos, y van perdiendo su antigua costumbre del tatuaje. Tienen excelente organización militar y saben resguardar sus poblaciones de cualquier ataque, con fuertes empalizadas. El matador de un enemigo conserva siempre como talismán y trofeo la cabeza del vencido.

Los maulíes parecen ser del mismo origen que los mundurucus; rodeados de enemigos, son desconfiados, y á veces pèrfidos, y prohíben á sus mujeres el casamiento con gente extranjera. Creen que cuando una mujer está preñada, padece su marido una enfermedad análoga, y ambos ayunan, sin comer más que hormigas y setas, ni beber más que algunos tragos de guarana.

Los bakairis y nahuquas son de origen caribe y se encuentran en un estado de civilización bastante rudimentario. Los yurunas fueron antropófagos, pero se encomian su buen carácter, virtudes hospitalarias y habilidad para domesticar animales.

Frecuentan las orillas del Iça los macaguajes, ticunas y orejones. Estos se hienden labios, nariz y orejas, y se visten con mimbres.

Teffé, la antigua Ega, es una de las principales ciudades de solimoes, aunque no encierra más de 1.000 habitantes. Está á la orilla del río de su nombre, y tiene enfrente el pueblo de Nogueira.

Junto al Purús deben citarse Labrea y el puerto del Purús, llamado Hyntanabam.

Santos Antonio, Crato y Humaita están á las orillas del Madeira, y á las del río Negro, Marabitanos y Barcellos, pero la ciudad importante de sus riberas es Manaos, situada en la margen izquierda. Tiene puerto accesible para los buques de gran calado, y su población es relativamente considerable. Allí reside mucho tratante extranjero, especialmente ingleses y franceses.

En la región que nos ocupa se encuentran también Uta-coatiara, Villa Bella, Obidos, Alemquer, Santarem, Monte Alegre, Almeirim, Porto de Moz, Gurupá, Macapa, Mazagao, Breves y Pará, cuyo nombre oficial es nada menos que Santa María de Nazareth de Belén del Gran Pará, y está junto á una playa poco elevada al Este del gran estuario ó golfo de Pará. Tiene barrios muy hermosos y hermosas arboledas, y es la quinta ciudad comercial del Brasil.

III

Región del Tocantins.

El Tocantins es el río mayor de la enorme provincia de Goyaz (75 millones de hectáreas con 120.000 habitantes). Tiene 2.300 kilómetros, magníficas anchuras y rápidos saltos. Su lecho es bastante profundo para hacerlo navegable. Parece á primera vista que pertenece á la cuenca del Amazonas, pero es, en realidad, un río independiente de los más caudalosos del mundo, y se comunica con el Amazonas por medio del estrecho canal de Tagiura. A él afluye el Araguaya. Antes de llegar al mar se mezcla con el Paraná Tuiga ó río Blanco, y recibe también las aguas del río de Socuno y otros afluentes menos considerables.

La orientación del Tocantins da mucha variedad de climas

al Estado de Goyaz. La parte inferior de su corriente es caliente y húmeda y la alta ofrece mayor variación de temperaturas; en menos de veinticuatro horas hay oscilaciones de más de veinte grados.

La flora y la fauna presentan variaciones que corresponden á la del clima en la región en declive que va desde la meseta central á las llanuras bajas del estuario del Amazonas. Por esta parte abundan los bosques, que escasean en la superior. Caimanes y delfines pueblan las aguas del río, y en sus afluentes altos, dice Saint Hilaire, que vive una especie prodigiosa de *lepidoricea*, el *nimbrosco* semejante á enorme gusano, que ahoga á los animales grandes, agarrándolos por debajo del vientre. Suelen penetrar en Goyaz los avestruces de la Argentina.

Se extinguieron los indios goyazes ó guayazes, y el grupo indígena más considerable de la región es hoy el de los Cayapos, que con otros nombres viven también en Matto Grosso y San Paulo. Son braquicéfalos y presentan un tipo mongoloide muy marcado; llevan un disco de madera en el labio inferior, desconocen el empleo de embarcaciones para atravesar los ríos, pero saben fabricar armas, instrumentos y adornos. Proceden de la misma raza los chavantes, chikziabas, akzvas, cherentes y apinajes. Son buenos mozos, bien proporcionados y de tipo algo mongólico.

Los carayas parecen de origen distinto; tienen cráneo estrecho, nariz muy aguileña y cabellera más fina que la de los demás indios. Los carayas independientes no beben licores alcohólicos, odian la mentira y son rígidos observadores de la fe conyugal. Han fundado una institución especial, única en el mundo: nombran un marido para las viudas que vive á costa del pueblo todo y está dispensado de todo trabajo y de cuantas guerras y expediciones emprenden sus conciudadanos. Entierran á los muertos de pie con la cabeza fuera de la tierra.

Hubo antes una gran población negra al Sur de Goyaz que ha ido desapareciendo; lo que hoy abunda son los mestizos de india y blanco.

Formosa, Meia Ponte (llamada ahora Pyrenópolis), San Felix, Porto Nacional y Pedro Alfonso, son pueblos situados en la región, poco importantes todos ellos. La capital de Goyaz se llamaba Villa Bra y hoy lleva el nombre del Estado.

IV

Costa ecuatorial.

Desde el estuario del Pará hasta la desembocadura de San Francisco se extiende una zona costera dividida en varias cuencas fluviales y cuyos habitantes no son todavía bastante numerosos para enlazar sólidamente la Amazonia con el resto de la República.

Las corrientes de agua más importantes son el Gurupy, que separa los Estados de Pará y Maranhão, el Grahajú, que recibe el Ucarím y el Pindaré, el Itapicurú, el Parnahyba y el Jaguaribe.

La temperatura media es de una igualdad muy de notar en aquellos climas tropicales y no suele pasar de tres grados la diferencia entre la máxima y la mínima.

La vegetación, muy rica y semejante á la de la Amazonia en las regiones costeras cegadas por la lluvia, se va empobreciendo hacia el interior de las tierras. En esta región interior, las familias vegetales que más abundan, son los árboles productores de esencias caras, gomas preciosas y savias olorosas.

Se encuentran en la región de la costa ecuatorial las tribus indias de los guajajaras, hombres vigorosos, de tipo mongólico, timbiras ó gamellas que llevan discos labiales y pimenteiras.

En el Estado de Maranhão hay pocas poblaciones que merezcan mencionarse. Turipassis se encuentra á orillas del río del mismo nombre. San Luis de Maranhão es la mayor ciudad entre Pará y Pernambuco y está situada en una península baja, entre dos estuarios que se unen en la bahía de San Marcos. En su puerto, por el cual se expide mucho azúcar, café y cuero, hacen escala todos los vapores de Pará.

Therezina es la capital del Estado de Pianhy, al cual pertenecen también Unión, Curalinhs y San Bernardo.

La capital del Estado de Ceará es Fortaleza, junto á una bahía, ciudad muy limpia y con calles hermosas, pero rodeada de arenales, en los cuales se han abierto pozos artesianos para combatir la sequía y grandes aljibes para recoger el agua llovida.

En la cuenca del Jaguaribe deben citarse las poblaciones de

Crato, Jardim, Lavras, Quixeramobim y el puerto de Aracaty.

Cajazeiras, Cambal, Caico y Macán están en el valle del Piranhas, que atraviesa los dos Estados de Río Grande de Norte y Parahyba. La capital del primero de ambos es Natal, población de poca apariencia en la embocadura del Río Grande.

Pertenece al Estado de Parahyba de Norte Mamanguapé, Bananeiras, Alagoa Grande, Campuía Grande y Parahyba, dividida en dos partes: Ciudad vieja y puerto, casi desierta aquélla y animado éste, como en Coruña.

La capital del Estado de Pernambuco, es la ciudad llamada del mismo modo (y además Recife), población comercial de gran porvenir, fundada en 1503. Constituyen la aglomeración urbana actual las antiguas poblaciones de Olinda, Recife y Boa Vista. Su puerto es el preferido por los buques procedentes de América del Norte, Europa y Africa y tiene gran importancia estratégica. Una corona de poblaciones secundarias rodea á Pernambuco, como Limoeiro, Taguaretinga, Jaboatao, etc.

Maceió, capital de Alagoas, ocupa una península entre el mar y una laguna, y la rodean arboledas frondosas, en las cuales la palmera datilera africana se mezcla con el cocotero de la India.

La isla de Fernando de Noronha que administrativamente depende del Estado de Pernambuco, corresponde naturalmente á las tierras Norte-Orientales del Brasil y está dedicada á penitenciaría.

IV

Región de San Francisco.

Dos mil novecientos kilómetros de longitud tiene el río San Francisco y da al mar un caudal de 2.800 metros cúbicos de agua por segundo. Nace en las montañas de Minas Geraas, y da un salto de 203 metros en la Casca d'Anta, y forma los ruidosos rápidos de Pirapora, 1.500 kilómetros más abajo, después de atravesar todo el territorio de Minas Geraas y casi toda la provincia de Bahía, se irrita y enfurece y recorre 75 leguas de violentas corrientes hasta el abismo de Paulo Alfonso. Reducido el San Francisco en las grandes sequías á 15 metros y medio de ancho, entra en cinco desgarrones de rocas, y da un salto de 85 metros en tres parciales de 10, 15 y 60, con estré-

pito que se oye, cuando el viento es favorable, á 25 kilómetros de distancia y todavía no agota entonces sus furoros; hasta llegar á aguas plácidas y anchas se quiebra diez y siete veces



Una plaza de Pernambuco. (Dibujo de Taylor.)

en el fondo de gargantas, algunas de las cuales llegan á 250 metros de hondo. Al llegar al mar, ha recibido las aguas de una cuenca cuya extensión es una de las mayores del mundo, con una población de 2.500.000 hombres, sexta parte de la total del Brasil.

Los ríos costeros de esta región son el Vasa Barris, el Utapicuru, el Paraguam, el Jacubype, el Contas, el Pardo, el Jequitinhonha, que es el más largo y caudaloso, con impetuosa corriente y grandes cataratas, el Mucury y el Dôce.

La parte del Brasil cuya arteria central constituye el San Francisco está en plena zona tórrida y su temperatura pasa siempre de 20 grados en el litoral, y en lo interior disminuye en proporción á las altitudes. La diferencia entre las temperaturas extremas es de 10 grados en las costas y de 30 en las mesetas del interior.

Una selva comparable con la de la Amazonia ocupa toda la faja del litoral bien regada y los valles altos orientados hacia los vientos lluviosos del mar, y la flora y la fauna de la región difieren poco de las que hay en las limitrofes. Muchas especies, como un mono de gran tamaño, un yaguar enorme, un caballo como el nuestro moderno y un llama como el del Perú, han desaparecido ya.

Las tribus indias más notables que había en la cuenca del San Francisco eran los botocudos, llamados así por el botoque ó disco de madera con que se atravesaban el labio inferior y los lóbulos de la oreja. También se los llamaba aimores; tienen ojos hundidos, pómulos salientes, boca grandísima y mandíbula muy fuerte. Solían pintarse el cuerpo, desgarrarse los labios y se arrancaban los incisivos inferiores. Desconocían el arte de la construcción de cabañas, no sabían tejer, ni fabricar cacharros, y utilizaban como utensilios las calabazas y las hojas replegadas en forma de vasijas. No hacían barcos y quizá fueran los únicos salvajes americanos que no sabían nadar. Los descendientes de los botocudos hablan casi todos el portugués y poquísimos llevan el botoque.

Los negros llevados á las mesetas mineras como esclavos han dejado pocos descendientes, por la escasez de mujeres en los talleres, y éstos se han confundido con la raza mestiza del interior. En los distritos del Bajo San Francisco y en Bahía es donde está, en cambio, mejor representada la raza africana en el Brasil, y forman aún en Bahía una corporación cuyos miembros se distinguen por sus sobresalientes condiciones físicas y morales y su espíritu de solaridad.

En Bahía y en las demás poblaciones del litoral están representadas todas las naciones de la Europa occidental, que han enviado y envían á ellas gran cantidad de emigrantes.

En la región del San Francisco están las poblaciones de

Queluz, Miguel Bournier, Amo Preto (capital de Minas Geraes), Marianna, Conceição, Serro, Sabará, Santa Lusía, Carinhanha, Joazeiro, Petrolina, Propria, Penedo y Bahía, ó San Salvador de Bahía á la entrada del mar interior de Todos os Santos. Esta es la segunda ciudad del Brasil, con 180.000 habitantes. Fué metrópoli de la Colonia y conserva un aspecto de venerable antigüedad, muy raro en el Nuevo Mun do. Su bahía (que le ha



Puerto de Santos. (Dibujo de Docher.)

dado nombre) sería la primera de la República, si no existiera Río Janeiro; tiene 180 kilómetros de contorno, profundidades de 60 metros, y en su salida al Atlántico bogan perfectamente los buques en aguas de 20 á 40 metros. Hermosean los alrededores de la población grupos de quintas de recreo.

Cachoeiro, Nazareth, Valença, Tapervo, San Jorge, Canavieiras, Filadelfia, Porto Seguro, San Mateo y Victoria, son también poblaciones situadas en la región que acabamos de estudiar.

VI

Región del Parahyba.

Nace el Parahyba en las mesetas de San Paulo y corre hacia el Nordeste por una honda cortadura. Pertenece por sus

pendientes superiores á la zona templada, y á la tropical por sus llanuras bajas; sus pantanos y sus deltas abundante en cataratas, recibe las aguas del Río Preto y el Parahybuna, y atravesando un desfiladero, sale de él navegable y serpentea por llanos de aluvión hasta la zona pantanosa del delta, depositando en el mar bancos de arena, á los cuales hacen cambiar de sitio tormentas é inundaciones.

A la misma región pertenece el río Macacis, que nacido en la cordillera de la costa, desagua en la bahía de Río Janeiro, sin haber recorrido ni un centenar de kilómetros. Si el litoral carece de corrientes de agua, posee en cambio numerosas lagunas, entre las cuales merecen particularizarse la Layva Vera y la de Araruama.

La maravillosa bahía que ha dado su nombre portugués á la capital del Brasil (y fué llamada por los indígenas Tupi, Nictheroy y Guanabara) es á un tiempo golfo y laguna, en cuya entrada se aproximan uno á otro los peñascales graníticos, dejando en medio un paso de 1.500 metros, con 30 de calado.

La humedad relativa de la región es bastante elevada en todo tiempo, y la oscilación entre sus dos extremos es escasa. En general no es saludable por lo peligrosos que resultan los muchos y grandes pantanos y las orillas cenagosas de los arroyos en las cercanías del litoral.

La selva virgen ha sido muy talada, y no se conserva más que en los lugares malsanos de la llanura ó en las fragosidades poco accesibles. Ha desaparecido también la mayor parte de las grandes especies de animales montaraces, y las de aves, pero quedan más de 800 de mariposas y 2.000 de otros insectos alrededor de la bahía.

Apenas quedan en esta región huellas de los aborígenes y hasta han desaparecido los mestizos ó descendientes de mestizos perpetuadores de la antigua raza de los tamayos. Los indios conocidos por los primeros exploradores europeos pertenecían á la raza tupi, que se pintaban el cuerpo de colorado y de negro se atravesaban el labio inferior con piedras ó discos de madera, se agujereaban las mejillas para incrustar en ellas pedazos de cristal y se cubrían la cara de protuberancias artificiales y el cuerpo de espinas y plumas. Eran sanos y vigorosos, sin que entre ellos se encontraran cojos, tuertos ni contrahechos y habitaban en cabañas de 30 metros de longitud, con tantos hogares como familias particulares. Los matrimonios eran

estrictamente endógamos y los tamayos se casaban siempre con sus sobrinas. Algunas mujeres se armaban de arco y flechas como los hombres, y cuando llegaba algún extranjero á la tribu, las jóvenes desmelenadas y llorosas se precipitaban á su encuentro como lastimadas de los trabajos y fatigas que habría pasado. Se practicaban pruebas de resistencia y los jefes iban de cabaña en cabaña, haciendo á los niños cortes en las piernas para que aprendieran á padecer sin quejarse. Durante las batallas los adversarios se insultaban y el vencedor se comía al vencido.

Aparte vivían los natecas ó goytacoces, que no pertenecían á la raza de los tupis, sino de los aimores y eran los más salvajes y feroces del litoral. Combatían al descubierto y como vivían entre lagos, estanques y ríos eran semianfibios: empleaban como armas los dientes agudos del tiburón y amontonaban junto á sus campamentos los huesos de los vencidos.

En el fondo del valle del Parahyba están las poblaciones de Rezende, Barra Mause, Parahyba, do Vul, Entrerrios y Barra de Pirahy.

Río Claro, Vassouras y Cantagallo pertenecen á la misma zona agrícola, aunque no están en el valle propiamente dicho.

Campos, á la orilla meridional del Parahyba, será probablemente una gran ciudad.

Dos poblaciones, frente á frente una de otra á la entrada de la gran bahía, se llaman Nictheroy y Río Janeiro, una con nombre indio, otra con denominación portuguesa, á pesar de las diferencias de organización administrativa y política, constituyen el mismo organismo urbano. Llama la atención en la costa un pico soberbio, llamado Pico de Fora por encontrarse al Oriente de la bahía. El núcleo de la ciudad ocupa de Este á Oeste un espacio de unos dos kilómetros. Las casas, mezquinas y sin estilo, reciben pocas veces la luz del sol y reina la obscuridad en los hondos almacenes. Desarrollada desde ese centro la ciudad en arrabales serpenteadores, puede compararse con un pulpo gigantesco cuyo cuerpo es la población primitiva y proyecta en diversos sentidos sus tentáculos. Desde un extremo á otro no hay una distancia menor de 28 kilómetros por las vías más directas. El número de habitantes llega á 500.000, de muy diversos orígenes, de raza harto mezclada para que se los pueda considerar como verdaderos representantes de la nación brasileña. La mortalidad infantil es muy numerosa, y causa la tuberculosis numerosas víctimas, así como la fiebre amarilla

que suele visitarla muchos años. Posee Río Janeiro incomparables jardines, como el Paseo Público y el Jardín Botánico.

Como dependencias de Río Janeiro pueden considerarse, aunque están alejadas de la capital federal, Santa Cruz, Jaco-repagna, Guaratiba y Petrópolis.

Mangoritiba, Angra dos Reis y Paraty, son puertos de la costa occidental, tan favorecidos como Río, en cuanto á profundidad y abrigo.

VII

Región del Paraná y contravertiente oceánica.

El Paraná debe sus primeras aguas á picos de una sierra próxima á Río Janeiro, en la provincia de Minas Geraes, pero en vez de correr en pocas horas hacia las riberas de esa reina del Brasil, se dirige al Oeste y luego al Sur, llegando al Océano al acabar el estuario del Plata, después de recorrer 3.700 kilómetros.

La rama madre se llama Río Grande, y casi tan grande como ella son los afluentes Paranahyba, Tieté, Paranapanema, y cuando el Paraná abandona el imperio por la orilla derecha, que se convierte en Paraguaya, es una corriente inmensa. A algunas leguas de su primer contacto con la pequeña república de los guaranis, pierde su anchura espléndida (que de 4.000 metros se reduce á 60) y forma un rápido cuyo descenso es de 17 metros y su pendiente de 60 grados. Llámase Salto Grande ó de Maracayú, de Guaira, ó Siete Caídas. Más grandioso es otro salto de más abajo sobre el Iguasú: este magnífico tributario, dividido por los peñascales en 30 brazos, cae de una altura de 50 á 60 metros.

En su parte inferior, en las llanuras argentinas y paraguayas, es navegable el Paraná para los buques grandes y bordeado de selvas y páramos, ancho ó dividido en canales, cae en el estuario del Plata acompañado del Uruguay.

Entre el Estado de Río Janeiro y el de Río Grande do Sul, la principal corriente de agua del litoral atlántico es el Iguapé, navegable en su parte inferior para buques pequeños, así como sus dos afluentes, el Inquia y el Jacupizanga. El Itajaby es inferior al Iguapé.

El clima de los Estados de San Paulo, Paraná y Santa

Catharina, pertenecientes á esta región, se parece, en general, al de Minas Geraes, con la diferencia esencial de que estas comarcas, que se desarrollan parcialmente al Sur, fuera de la zona tropical, presentan contrasta de estaciones más marcado, según la posición del sol en el cenit. En invierno baja muchísimo la temperatura, nieva á veces, y reinan vientos fríos de origen polar. La zona del litoral pertenece á la región tórrida y la de la montaña tiene temperatura más baja, pero se encuentra bajo el influjo directo del mar, que le envía sus brisas y lluvias.

En la región del Paraná se mezclan las dos grandes áreas



Vista de Rio Grande. (Dibujo de Taylor.)

de la América del Sur, la de las selvas y la de los campos. La espesura de los bosques se extiende por el litoral y la pendiente marítima de las montañas, aunque los cultivadores la van talando. En los campos hay vastas extensiones desprovistas de toda vegetación arborecente, pero las plantas bajas presentan gran variedad de especies.

En San Paulo y Paraná hay todavía monos, coatis, sarigas, capivaras, perezosos, hormigueros y tapires; tortugas y cocodrilos pueblan los ríos; por entre las flores juguetejan pájaros-moscas y mariposas, y bandadas de nandús atraviesan los campos.

Cuando llegaron al Brasil los primeros europeos, la raza

india dominante en la región que nos ocupa, era la de los tamoyos. Los demás indígenas (que se han ido fundiendo también con el resto de la población) eran goyaneges, itatinos, piturnas, guanhanasis y carijos. En los bosques y en los campos, quedan algunos indígenas llamados *bugres* por los brasileños, copiando la palabra *bougre* con que injuriosamente los denigran los franceses. Pertenecen á las familias de los chavantes, caguás y coronados. Los chavantes son feísimos, casi negros,



Pará, vista desde el río. (Dibujo de Taylor.)

viven miserablemente en ajompas formadas con palmas de punta aguda, se alimentan de hierbas, raíces, lagartos y ratas. Los caguás son de origen tupi, admirables barqueros, nadadores intrépidos, hábiles en tejer fibras de ortigas y hacer cacharros. Usan para la numeración el sistema septenal, son buenos mozos y suelen introducirse en el labio inferior un palito resinoso llamado *tembeta* ó *discimbita*. Los coronados, llamados así por llevar la cabellera dispuesta en forma de corona alrededor de una tonsura, son hombres recios y vigorosos, de anchos hombros y cabeza gorda, quijadas poderosas y ojos pequeños, con tipo análogo al de los mongoles.

La población más importante en la vertiente del Parahyba en esta región es Juiz di Fora, que va creciendo en industria y número de habitantes, lo mismo que Parahybuna, Mar de Espanha y Leopoldina.

Merecen mención en las vertientes paraniana de Minas Geraes, Barbacena, Tiradentes, San Juan del Rey y Uberaba.

En el valle del Parahyba están Caçapara, Taumaté, Pinda-monhaugaba, Guaratingueta, Lorena y Crujeiro.

San Pablo es la capital del Estado de su nombre, el más industrial y comercial de la República, y fué fundado en 1560. Su extensión es de unos 25 kilómetros cuadrados; está situada á 750 metros de altura media y crece en población de manera vertiginosa.

La ciudad de Santos forma un solo organismo comercial con San Paulo, á la cual sirve de obra marítima.

Debemos citar entre las poblaciones de esa comarca, la de Guadialuy, Campinas, Casa Branca, San Simón y Riberão Preto.

En el valle del Tieté están Asi, Sorocaba, Ipaneura y Botucatin, y en la parte meridional del Estado, Apiahy, Jiririca, Iguapé y Cananea.

Pertenecen al Estado de Paraná Curitiba, capital, á 889 metros de altura, ciudad semieuropea, Morretes, Paranaguá y varias colonias fundadas por emigrantes polacos, que abundan en el Estado.

En el Estado de Santa Catharina están las poblaciones de Joinville, Blumenan, Desterro y Biguassín.

VIII

Region del Uruguay y litoral adyacente.

El río Uruguay es un Paraná pequeño que, lo mismo que el grande, nace en una sierra litoral y se dirige al Oeste, y luego al Sudoeste brasileño en los dos tercios de su corriente; envuelve la provincia de Río Grande do Sul, comarca muy colonizada, y recibe las aguas del Uruguay, Mirim ó Pequeño Uruguay, Chapeio, Pepiri Guassú, Ibicuy Grande, siguiendo la misma dirección Suroeste en toda la parte de su corriente, que sirve de límite al Brasil y á la República Oriental del Uruguay. No empieza á ser navegable libremente hasta que entra en este último Estado, pasado el rápido de Salto.

El Estado de Río Grande do Sul, que es el más meridional del Brasil, es el más parecido en temperatura á la Europa Occidental, y la diferencia entre la máxima y la mínima exce-

de de 40 grados. Los saltos más bruscos ocurren cuando soplan el viento *minuaro*, procedente de las mesetas frías de los Andes, ó el *pampeiro* que ha barrido las pampas argentinas. Contrastan los bosques con los campos, unas veces por gradación lenta, y otras de repente, y numerosas especies de árboles y arbustos mezclan la flora argentina con la brasileña. Vense en esta región meridional monos y vampiros, yaguares y pumas, cocodrilos, iguanas y tortugas.

Vivieron en la comarca, durante los tiempos prehistóricos, unos indígenas de tipo análogo al de los aimores, pero de carácter casi bestial. De aquella raza, ni de las familias de carijos, patos, minuanos, tapes ni charrúas, quedan ya vestigios de tipo puro, y habrá, si acaso, un millar de indios coronados al Norte del Estado. La raza africana también cuenta con pocos representantes.

El tipo característico del campesino se asemeja mucho al del gaucho argentino, y la industria de la preparación del tasajo florece en Río Grande do Sul como en el Uruguay y en las Pampas, gracias á los inmensos rebaños que recorren los pastos.

La capital se llama Porto Alegre, situada en el verdadero centro geográfico de la comarca, donde el Jacubý, con todos sus afluentes, forma el estuario de la Guahyba. Los edificios se elevan en forma de anfiteatro, y presta risueño aspecto á la ciudad una serie de colinas con árboles, cubiertas de casitas.

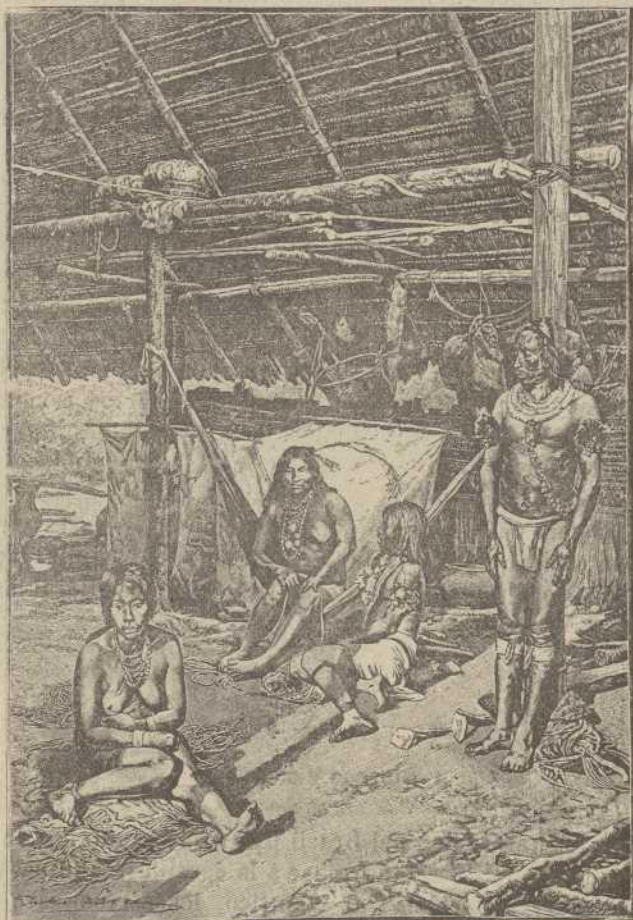
Las poblaciones de la comarca que merecen enumerarse son Río Pardo, Cachoeira, San Leopoldo, Nova Hamburgo, Torres, Jagurao, Pelotas, San José do Norte, Río Grande, Bagé, Itaguy y Uruguayana.

IX

Matto Grosso.

La provincia de Matto Grosso ó Bosque Grande, de enorme extensión, constituye casi en totalidad una soledad inmensa, abandonada á los salvajes y á las fieras. Está en el centro de la América del Sur, es fecunda, posee minas de diamantes y selvas interminables, pero su lejanía de los grandes ríos y del mar hace que los europeos no se encaminen á ella; en una superficie de 138.000.000 de hectáreas, no tiene más que 80.000 habitantes.

Por esta región corren el Alto Guapore, el Taquary, el Miranda y el Paraguay. Nace éste á una altura de 305 metros, y forma cascadas en su parte superior, pero luego tiene su corriente una pendiente muy suave, que permite hacerlo nave-



Una choza ticuna.—(Dibujo de Lavée.)

gable. Son sus tributarios el Faurú y el Aguapeby. Sigue rectamente hacia el Mediodía y es el afluente más larga del Paraná.

Al Oeste del río hay pocas corrientes de agua, y sólo merece mención el Zucabaca ú Oliden.

La temperatura media de la parte central es bastante elevada y las oscilaciones son muy bruscas. Unense en esta comar-

ca las floras y las faunas de la región amazónica y de la argentina, pero en las orillas de los ríos predomina la flora tropical. Por las llanuras del alto Paraguay abundan los avestruces, y la naturaleza del suelo ha favorecido el desarrollo de los ofidios, representados por enormes boas terrestres y acuáticos.

Los indios que cubrían la comarca con sus tribus al llegar los europeos, andan ahora dispersos y son poco numerosos, distribuidos entre muy diversas familias, como los parexis, que están en relaciones pacíficas con los brasileños, los bororos, de aspecto hurano, labios hendidos y cara pintada de rojo, que matan á los enfermos incurables, y por su creencia ciega en la metempsícosis se consideran hermanos de los loros, y nunca matan á tales aves; los guatos, que tienen tipo más parecido al europeo, llevan collares de dientes de yaguar y cocodrilo, andan completamente en cueros, excepto en la vecindad de los blancos, son celosos, muy hospitalarios y domestican admirablemente las fieras; los guanes, siervos de los invasores blancos, para quienes tejen teas, construyen embarcaciones y recogen plantas; los guaycuries, relativamente numerosos, excelentes jinetes y divididos en tres castas, de nobles, plebeyos y esclavos, que nunca se mezclan.

Citaremos en esta región las poblaciones de Matto Grosso, antigua capital, San Luis de Cáceres, Cuyaba, capital actual, pero con poco comercio é industria, Corumba, Herculáneo ó Coxiru y Wivac.

X

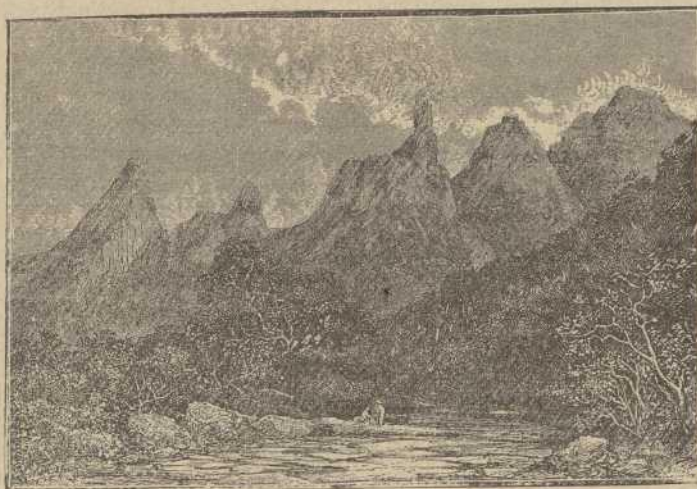
Sierras y campos.

En ninguna región del Brasil pasan las montañas de 1.000 metros de altura, ni están unidas á la cordillera andina.

Las sierras paralelas al Atlántico, los eslabones que las unen entre sí, los campos ó mesetas que sostienen, los valles y cañadas que por ellas serpentean, los abismos que las cortan ocupan una extensión de 275.000 millones de hectáreas.

Generalmente, los picos más altos están poco lejos del Océano; más de uno contempla la brillante ribera de Río Janeiro. Yérguense algunos en la Serra do Mar, nombre muy apropiado, puesto que sus cumbres están bien cerca del Atlántico, descollando sobre las cálidas plantaciones los hermosos jardi-

nes, las ciudades perezosas de Beiramar (litoral). En muchos lugares se trepa en pocas horas, saliendo de donde muere el oleaje, á lo alto de esa Serra do Mar, y desde la cúspide se ven correr las aguas al Occidente en demanda del gran Paraná que desagua en el Océano á millares de kilómetros más lejos; afluente hay que corriendo pocas leguas iría á parar al mar y prefiere perderse en el Paraná para internarse en el continente, separar el Brasil del Paraguay y formar estuario delante de Buenos Aires y Montevideo. En la Serra dos Orgaos, hay una



La Sierra de Orgãos.—(Dibujo de Rion).

cumbre de 2.015 metros; en la de Mantiqueira ó Espinhaço, al Oeste de la metrópoli, el Haticosson llega á 2 994, por lo cual le corresponde en el Brasil la categoría del Monte Blanco en Europa. Otros geógrafos dicen que el Haticosson no se yergue más que hasta 2.712 metros, y en este caso, el primer lugar corresponderá á una cima (2.932 metros), en la provincia de Goyaz. El Haticosson ó Gran Peñón llameante, debe haber sido volcán en otros tiempos. Sus tres puntas, llamadas las Agujas Negras, se cubren todos los años de nieve que se derrite á los quince días. Las rocas brasileñas guardan en sus laderas diamantes, otras piedras preciosas y oro abundante, pero mayor riqueza hay en los campos cubiertos de bosque ó de un gramen de mal olor llamado *capin gordoso* y en las

plantaciones de tabacales, cafetales, algodoneros, cañas de azúcar, cereales, maíz, arroz y plantas medicinales ó tintóreas; en una palabra, de cuanto producen las tierras cálidas y las templadas. Suelen dividirse los campos en dos clases y llámense cerrados cuando los bosques impiden que se vea el horizonte y abiertos cuando no los cubren más que matorrales y hierbas.

Llámase Sertao el país lejano, interior, bosque salvaje, asilo y diversión de las fieras, tierra india, lusitanizada poco á poco. Sertao húmedo ó seco, catinga ó matto, selvático ó pelado, va desapareciendo lentamente, porque brasileños é inmigrantes le han declarado la guerra y acabarán por poblarlo.

XI

Agricultura, industria, comercio, minería y administración.

La extensión de los terrenos cultivados representa una parte muy mínima en la superficie del Brasil, y sería muy difícil llevar á cabo una estadística de los cultivos, porque el labrador brasileño es medio nómada. Basta con el calor y la humedad en tierra tan fecunda para revestir de vegetación los terrenos de naturaleza más ingrata, donde hasta la roca, al descomponerse, se recubre de tierra vegetal.

La agricultura corriente fuera de las grandes fincas utilizadas para las plantas industriales, es muy rudimentaria, imitada de los antiguos tupis y constituye más bién un pillaje del suelo, que una industria regular, pero cada agricultor obtiene con abundancia, por medio de su rutinario trabajo agrícola, el manive, las judías negras, el arroz, el maíz, los plátanos, las patatas y las ignamas. El plato fundamental de las mesas brasileñas, llamado *feijoadá*, comprende los tres primeros ingredientes á los cuales suele añadirse tasajo importado de Río Grande do Sul ó de las regiones del Plata.

Después de la de estas plantas, la explotación más importante del Brasil es la del café, cuya producción llegaba hace algunos años á 440.000 toneladas y aumenta considerablemente.

Antes era el Brasil el primer país productor de azúcar, pero ha perdido su primacía en beneficio de las Antillas, que la conservan, sin embargo; la producción brasileña es todavía importante.

Prodúcese también el algodón, el tabaco, el te, el naranjo

y la viña. El arroz, indispensable á los brasileños, en cuya alimentación diaria entra, se importa casi por completo de la Indochina inglesa.

De las inmensas selvas se saca el caucho, la goma de la palmera caruamba, que además da frutos comestibles y hojas textiles, la fibra del piarsava, maderas de construcción y ebanistería y tintóreas.

La ganadería florece especialmente, como queda dicho, en Río Grande do Sul, que suministra á Río y á las demás poblaciones de la región tropical mulillas incansables y muy resistentes. Goyaz, Matto Grosso y Minas Geraes envían al litoral enormes boyadas, y en las costas ecuatoriales abundan manadas de caballos, vacas y carneros.

La minería ha sido uno de los trabajos más importantes en el Brasil, y esta nación fué considerada el país del oro. Hoy, casi todo el oro exportado procede de Minas Geraes, región minera por excelencia, en la cual comenzó la busca del precioso metal á fines del siglo xvii. El rendimiento anual de las minas de oro puede evaluarse en cuatro á ocho millones de pesetas, y las minas son explotadas en su mayor parte por Compañías inglesas, que no trabajan los aluviones fluviales, sino la roca piritosa.

Muchos chascos ha dado la rebusca de los diamantes, por haber arruinado súbitamente las industrias brasileñas el descubrimiento de las minas del Africa del Sur. Se han explotado yacimientos diamantíferos en Minas Geraes, en Matto Grosso y más recientemente en la Chapada Diamantina al Oeste del Brasil. Cítanse entre las piedras célebres encontradas en el Brasil, el brillante de Abaete y la Estrella del Sur, que pesaron respectivamente 144 y 254 quilates. Hoy se calcula el producto de estas piedras en 7 ú 8 kilogramos anuales, cuyo valor asciende á un millón de pesetas. También hay en el Brasil granates, topacios, corindones, berilos y amatistas.

Río Grande do Sul, posee minas de cobre; Minas Geraes, plomo; Santa Catharina y Río Grande, hulla; y San Paulo, lignito.

Casi todas las industrias manufactureras están representadas en el Brasil, especialmente las de maderas, gomas, tinturas y pieles, así como las de ladrillería, fábricas de cal y cemento, construcción de muebles y carruajes, y la exportación es muy superior á la importación. El comercio va aumentando también con rapidez, y las naciones que sostienen prin-

principalmente relaciones comerciales con el Brasil son los Estados Unidos, Inglaterra, Francia é Italia, por el orden en que van enumeradas.

La forma de gobierno es en el Brasil, como queda ya indicado, la República federal. Existe el sufragio universal, excepto para los soldados y religiosos en clausura, pero no hay gran entusiasmo en los ciudadanos para el ejercicio de este derecho, y las abstenciones son numerosísimas en los comicios. Cada uno de los 20 Estados tiene dos Cámaras y su presidente. En Río Janeiro se reúne una Cámara general y un Senado. El presidente y vicepresidente de la República son nombrados por sufragio directo de los ciudadanos.

El ejército (aunque hay una ley de quintas), se recluta por enganche voluntario; el servicio dura seis años, y los soldados son generalmente gente de color, mandada por oficiales blancos. La marina de guerra es bastante considerable, y la mayor parte de los buques se construye en Europa.

Los 15.950.000 habitantes del Brasil están repartidos muy desigualmente en los 20 Estados y el Estado Federal, cuya lista, con sus respectivas capitales, va á continuación:

ESTADOS	CAPITALES
Amazonas.....	Manaos.
Pará.....	Pará.
Goyaz.....	Goyaz.
Maranhão.....	San Luis.
Piauí.....	Oherezina.
Ceará.....	Fortaleza.
Río Grande do Norte.....	Natal.
Parahyba.....	Parahyba.
Pernambuco.....	Recife.
Alagoas.....	Maceio.
Minas Geraes.....	Ouro Preto.
Bahía.....	Bahía.
Sergipe.....	Aracajú.
Espírito Santo.....	Victoria.
Río Janeiro.....	Nitheroy.
Distrito Federal.....	Río Janeiro.
San Paulo.....	San Paulo.
Paraná.....	Curritibá.
Santa Catharina.....	Desterro.
Río Grande do Sul.....	Porto Alegre.
Matto Grosso.....	Cuyabá.



Volcán de Imbabura con la población de Ibarra al pie. (Dibujo de Taylor.)

ECUADOR

I

El país.

Llámase Ecuador esta República por cortarla en dos partes la línea ecuatorial, y es la menor y menos poblada de todas las naciones de los Andes. De Norte á Sur corre su costa por espacio de 5° , calculados á vista de pájaro (1), y el menor es el de la parte poblada, medido según se camina hacia el interior. Dividiendo su territorio en Cis-andino, Inter-andino y Trans-andino, sólo las dos primeras regiones ocupan casi toda la República, porque las comarcas de allende los Andes son de corta extensión, y su población, sobre ser cortísima, está estacionada, á cuyas circunstancias hay que añadir la de estar casi del todo separadas de las demás de la República, con las que no tiene otro lazo de unión que algunas insignificantes colonias

(1) Longitud de la costa del Ecuador, signiéndolo todas las sinuosidades 7,500.000: 950 kilómetros. Extensión y población del Ecuador: 400.000 kilómetros, con 1.500.000 habitantes.

perdidas en la selva virgen. Mucha parte de ellas es desconocida y ni siquiera se puede asegurar que pertenezcan al Ecuador, pues naciones más poderosas le disputan la jurisdicción que allí pretende ejercer.

Aunque el Ecuador está más distante de España que la Nueva Granada, fué conquistado antes, transcurriendo cinco años desde la entrada de Pizarro en el Perú hasta el encuentro de Fredemánn, Quesada y Belalcázar en la meseta de Cundinamarca. Cupo á este último en suerte la conquista del reino de Quito, y á ella marchó con 300 hombres, de los que 80 eran de á caballo y algunos indios aliados, encaminándose por la meseta que ciñen las dos altas cordilleras á la capital del Estado. Reinaba allí un príncipe, á quien llamaban Rumiñahui, usurpador del trono, pero hombre valeroso, que resistió á los españoles y tuvo esperanzas de vencerlos, lo que no logró, porque estando para darles la última batalla, comenzó á vomitar humo y llamas el Cotopaxi con tal furia y ruido, que la gente se asustó creyéndolo presagio seguro de derrota, y los guerreros quechuas, en vez de pelear, huyeron. Los españoles entraron en Riobamba, sin resistencia, con lo cual se acabó la conquista, y pudieron dedicarse á explotar á los indígenas y á saquear templos y sepulturas. Mientras el reino de Quito fué provincia española, unas veces dependió del virreinato de Méjico y otras del de Nueva Granada, siempre con el título de Audiencia ó Presidencia, pero con poca ó ninguna historia, viviendo obscurido hasta que le dió fama la expedición de Bouguer, Godín, Ulloa y La Condamine, que midieron un arco de meridiano y dieron elementos para que se hiciesen mapas de comarca, los cuales se han venido copiando unos de otros hasta hace muy pocos años. Con sus estudios hicieron famosa esta parte del globo cubierta de tan grandes montañas, que pensaron, y así se creyó mucho tiempo, ser las más altas de la tierra. También gobernaban en América los españoles cuando Humboldt y Bonpland pasaron al Ecuador á estudiar los volcanes, la orografía y la flora del país. Subieron al Chimborazo y al Pichincha, y ganaron merecida fama de grandes sabios por los muchos problemas referentes á la física del globo y á la sucesión de los climas y las plantas, de abajo arriba, que plantearon, resolvien lo no pocos. La guerra de la Independencia y las que siguieron á ésta, que fueron infinitas, apartaron de la nueva República á los sabios, hasta que, establecida cierta relativa calma, volvieron á ella atraídos por la materia de estudio que

encierra su territorio, muchos continuadores dignos de Ulloa, Humboldt y Bonpland, entre ellos Spruce, Wisse, Reiss, y Stübel, que casi completaron la obra comenzada por aquéllos. Para conocer los volcanes y los mil fenómenos que en ellos se originan, no hay en el mundo tierra como el Ecuador, y tal cosecha de observaciones se puede hacer en ella, que á Eduardo Whymper le ha bastado una monografía del Chimborazo y



El Chimborazo. (Dibujo de Rion.)

un estudio comparativo de las alturas barométricas de las demás montañas de aquel trozo de los Andes para adquirir mucha reputación científica.

No es posible dudar de que el número de pobladores del Ecuador aumentó mucho, y que ahora tiene otros tantos habitantes sobre los que tenía en la fecha de la independencia, lo que demuestra que para doblar la población le ha bastado poco más de medio siglo, sin necesidad de la ayuda que á otros pueblos americanos da la emigración europea, pues al Ecuador apenas va algún comerciante ó viajero que, á poco de llegado, se marcha, no teniendo nada que ofrecer esta República á la codicia de los aventureros, si no es playas húmedas y malsanas, tierras y mesetas altísimas, en las que asaltan al caminan-

te furiosas tempestades de nieve y un suelo siempre movido por la cólera de los volcanes. Sólo los *pastusos* de Nueva Granada, gente ya hecha á tales rigores, por ser su tierra tan sujeta á ellos como la ecuatoriana, suelen establecerse en ésta. Es posible que el carácter melancólico de los quechuas, no menos tristes que su patria, tenga alguna parte en la poca simpatía que muestran hacia el Ecuador los emigrantes. Quizás con la apertura de los caminos en que se está trabajando se podrá llevar gente de Europa á las faldas de la Cordillera, así á la que da al Pacífico como á la que cae al Alamazonas, donde hay muy buenos terrenos, y sin duda tendrá entonces toda la consideración que merece la sierra de Cuenca, que es el paraje en que más se estrechan los Andes en toda la dilatada extensión que va de Venezuela á Chile, y á la que corresponde la gran entrada que hace el mar por Guayaquil, único golfo en toda la costa americana desde el golfo de Panamá hasta el archipiélago de Chiloé.

II

Montañas y r'os.

Los Andes del Ecuador puede considerarse que comienzan en el nudo de Pasto y acaban en el de Loja, en cuyo largo trecho semejan, por la disposición especial de sus capas, una rústica gradería ó escalera de torcidos y desiguales escalones y tramos de diferente magnitud, puestos á desiguales distancias unos de otros. Llamen en el país Cadena Real á la del Este, cuyas aguas van todas al Amazonas y la consideran la más principal, aunque la montaña más alta, que es el Chimborazo, se halla en la Cordillera del Oeste. Esto se explica por la mucha altura que tiene en toda su extensión, pues llega á unos 4.000 metros, levantándose bastante sobre su compañera. Ambas cordilleras marchan paralelamente: la del Este, con más orden y regularidad, aunque haciendo dos curvas, cóncava la primera y convexa la segunda, en relación con los llanos que se extienden á sus pies; la occidental es mucho más torcida: cambia de dirección en bastantes sitios y tiene tantos puertos, que no sin razón ha podido decir el viajero Whympet que más que sierra es una fila de picos mal alineados, formando el borde occidental de la gran meseta ecuatoriana. Pero llámese sierra ó de otro modo á esta serie de montañas y picachos, lo cierto

es que los habitantes la consideran cadena ó cordillera cortada en muchas partes por los ríos, en lo que también se diferencia de su compañera del Este, pues por ésta sólo se abren paso el Pastaza y el Paute, y por la otra pasan siete importantes ríos nacidos en las mesetas del interior, á saber: el Mira, el Guallabamba de Quito, el Chanchan de Alausí, y más al Sur el Cañar, el Jubones, el Túmbez y el Achira, los cuales han conseguido cortar la sierra ó han podido conservar el cauce que tenían al levantarse ésta removida por el fuego de los volcanes.

Siendo tan diferentes las dos Cordilleras por la naturaleza de sus rocas y por el papel que tienen en la hidrografía de la comarca, son, sin embargo, semejantes, ó mejor dicho, iguales, por los volcanes que se han abierto en ellas, y cuyos soberbios conos se levantan sobre tan gigante pedestal. También las sierras que en diferentes sitios, desde las fronteras de Colombia hasta la hoya de Cuenca, enlazan las dos Cordilleras, participan en gran parte de su origen volcánico, habiendo quedado divididos, con su levantamiento, el Ecuador y la Colombia meridional, en hoyas de unos 2.500 metros de altura, que probablemente fueron lagos en otro tiempo. El primer circo que se encuentra, viniendo del Norte, es el de Ibarra, así llamado de la ciudad edificada en el centro de él á 2.225 metros de altura junto á uno de los tributarios del río Mira, límite disputado entre Colombia y el Ecuador. Al Oeste álzanse los picos del Cotocachi ó Monte de la Sal, cubiertos de nieve, el Yana-Urcu ó Monte Negro y otros, también volcánicos, formando sierra, y al Este, solitario y erguido, el sombrío Imbabura, que parece tocar al cielo con la negra aguja de su cráter. El viajero Whympfer, que subió al Cotocachi, asegura que no se ve señal alguna de boca entre los dos picachos en que termina; pero como dicho sitio está cubierto por una glaciación, podría suceder que la boca se hallase oculta por éste. En las faldas del monte, y hacia la parte del Sudeste, hay una hondonada, llena también por un lago, al que llaman Cui-cocha, y de cuyas aguas surgen dos islotes de forma cónica. Abrense en las faldas del Cotocachi, hasta gran altura, grandísimas grietas, que se cruzan, formando toda suerte de ángulos, laberinto que, sólo á costa de grandes trabajos, se puede cruzar, pues algunas de estas grietas llegan á tener hasta 10 kilómetros de longitud, y es preciso, para subir, rodearlas, caminando por sus orillas ó aprovechar ciertos puentes naturales que las mismas paredes han fabricado al desmoronarse. Dicen los habitantes del valle

que estas grietas las abren los terremotos, y señalan á la admiración del curioso algunas de 20 y más metros de ancho, abiertas en el de 1868, uno de los más espantosos de que hablan los anales de la República del Ecuador. Tembló la tierra con inaudita furia, cruzando el temblor la hoya de Ibarra, de Sur á Norte, hasta las montañas de Colombia, y chocando en éstas, rebotó para volver al Sur y acabar el destrozo que en su primera carrera hizo. En cuantas ciudades y aldeas cogió á su paso arrasó los edificios, y sorprendiendo á los habitantes en sueños, perecieron más de 50.000 entre las ruinas. De algunas casas nada se supo, porque las tragó la tierra, y para que fuera mayor la catástrofe, vino en ayuda del terremoto el monte Imbabura, quien derramó sobre el llano tal cantidad de agua y cieno, que se ahogaron cuantos rebaños pastaban en la comarca. Al Septentrión del Imbabura, no á mucha distancia de él, y á los pies del monte Mojanda, estribo transverbal que sin llegar al límite de las nieves eternas une las dos cordilleras, hay un lago muy hondo llamado de San Pablo, cuyo perímetro es de ocho kilómetros, y del que se cuenta que también salieron aguas que hicieron más desastroso este diluvio.

Entre las hoyas de Ibarra y de Quito, precisamente bajo la línea equinoccial, alza el Cayambe su triple cúspide, no merced soberbia que la del Chimborazo, poniendo junto al azul del cielo el blanco resplandor de sus hielos eternos y sus campos de nieve, á más de 1.800 metros sobre las desnudas rocas de la sierra. Bajando por las faldas occidentales del dormido volcán, en compañía de los muchos arroyos que en ellas nacen y que, reunidos á otros que se encuentran en la meseta de Quito, dan origen al río Guallabamba, éntrase en la extraordinaria y nunca imaginada calle de volcanes, que con sobrada razón ha dado al Ecuador fama de comarca sin igual en el mundo. Cuantos montes corren á derecha é izquierda, lo mismo que las sierras menores y las montañuelas ó *panecillos* que en algunas partes del centro de la meseta se descubren, formáronse de rocas, piedras ó cenizas volcánicas. El primer monte que se encuentra al Suroeste del Cayambe, pasados los altos valles en que nacen los afluentes del Coca, el cual lo es del Napo, y éste á su vez del Amazonas, llámase Pampamarca y también Frances-Urcu ó Monte del Francés, en memoria de La Condamine, que allí estuvo trabajando en sus operaciones geodésicas. Siguen el Guamaní y otros cerros, que, aunque muy altos, no llegan al límite de las nieves eternas, y al Este de éstos descubre su blan-

ca cúspide el Sara-Urcu, al que subió Whympcr á costa de trabajos sobrehumanos en 1850. Uno de los mayores montes de la cordillera oriental es el Antisana. A 4.000 metros de altura, levántase sobre la espalda de la sierra, con tal corpulencia, que ocupa 30 kilómetros de espacio de Norte á Sur y otro tanto de Este á Oeste. Acaba en un largo lomo con dos cumbres, y todo él está cubierto de nieve en los últimos 1.000 metros, de donde bajan varios glaciares á las gargantas que se abren á los pies de aquéllas. Cortan los hielos más altos de la montaña grandes grietas que dificultan mucho la subida y la hacen sumamente peligrosa. También bajan por las laderas corrientes de lava ya endurecida, la mayor de las cuales salió de una boca abierta en la vertiente occidental y corre por espacio de 12 kilómetros, señalándose en el verdor de aquellos campos por su color encarnado, aunque en algunos sitios está cubierta de líquenes. Según parece, esta montaña vomitó fuego en 1590, y cuando Humboldt recorrió la comarca en 1802, cuenta que vió salir de la cumbre una columna de humo. Al subir Whympcr á ella en 1880 cruzó un barranco de nieve, del que salían vapores sulfurosos, pero no halló señales de cráter. Caminando del Antisana al Cotopaxi, encuéntrase otro gran monte llamado Sincholagua, del que se puede asegurar que no tiene cráter ni hay noticia de que en tiempo alguno haya hecho erupción.

El Cotopaxi es el más famoso y gallardo volcán que se encuentra en el Ecuador, cayendo sus faldas con tal regularidad y simetría, que Humboldt calculó en 50 grados la pendiente, aumentándola otros que dibujaron la montaña, según la descripción que de ella hizo; pero la verdadera inclinación es de 30 grados de los lados del Norte y del Sur y de 32 de los del Este y el Oeste; de modo, que sin notable esfuerzo pueden subir hasta la cumbre los que no padezcan el mal de montaña. El cráter de este volcán apenas se ha apagado un momento desde el descubrimiento. Una de sus grandes erupciones fué el mejor aliado que tuvieron los españoles á su entrada en el reino de Quito, pues viéndole arder, se acobardaron los supersticiosos quechuas y abandonaron el campo á los conquistadores. Es singularidad propia del Cotopaxi el que causan mayor daño que sus lavas los ríos de lodo que derrama sobre las tierras vecinas. Tal diluvio de agua, barro, témpanos y peñas bajó sobre éstas en 1877, que destruyó cuantos obstáculos halló á su paso, así casas como puentes. Descendió de la montaña al llano, caminando un kilómetro por minuto, y corrió hasta el mar, adonde llegó aquel

mismo día. Fué mensajera de la catástrofe una descomunal columna de negras cenizas que, con gran fuerza y no menos ruido, arrojó el volcán á 6.000 metros de altura veinticuatro horas antes y que, plegándose á impulso del viento del Este sobre el Océano, nubló el cielo hasta mucha distancia mar adentro. Los vapores que navegaban por el Pacífico, de Guayaquil á Panamá, se vieron envueltos en esta nube y mudado el claro día en obscura noche, llevaron la noticia del suceso al último de dichos puertos, de donde vino por telégrafo á Europa. Después de la erupción de las cenizas vieron los habitantes de la aldea cómo salían hirviendo del cráter las rojizas lavas, y



El Cotopaxí. (Dibujo de Rion.)

derramándose por él, sobre las nieves que cubren la montaña, las derretían dando origen á los ríos de lodo que ya hemos mencionado.

Acompañan al Cotopaxi otras montañas, de las que la llamada Rumiñahui, que está al Noroeste, es la principal, aunque apenas llega al límite de las nieves eternas, pero admirable por la majestad de su forma y digna también de atención por su cráter, que según Reiss, tiene 807 metros de hondo. Este monte y el Pasochoa, que junto á él se levanta del lado del Norte, enlazan al Cotopaxi á la Cordillera Occidental, formando el estribo transversal de Tiupullo, denominado por Humboldt lomo de Chisínche, el cual separa las dos hoyas de Quito y La-

tacunga, dejando aquélla al Norte y ésta al Sur. Un ramal que limita la cuenca alta del Napo y la separa del Pastaza, corre á gran distancia, siguiendo por el Quelendaña para volver luego al Sur y al Sudeste y acabar en el Llanganati ó Cerro Hermoso, montaña de elevada cumbre que sobre un Océano de selvas vírgenes se alza á 4.576 metros. Corta la cordillera el hondo desfiladero abierto por el río de Baños ó Pastaza, á los pies del soberbio Tunguragua, hermoso volcán de perfecta forma desde la base hasta cerca de la cumbre, manchada de nieves y glaciares, como las de tantos otros del Ecuador, y cuyas explosiones de cólera son tardías, pero destructoras y terribles. En 1886 arrojó cenizas con tal fuerza, que hasta en el puerto de Guayaquil cayeron algunas, y vomitó tanto fango como el Cotopaxi cuando derritió sus hielos, llenándose los valles y cañadas vecinos, pero encaminándose la inundación al río Pastaza para bajar al Amazonas. Del Tunguragua como del Imbabura se cuenta que han arrojado millones de peces vivos criados sin duda en las aguas de algún lago que aquellos cerros tienen escondido en sus entrañas; pero ningún sabio de autoridad ha visto tal maravilla, por lo que es prudente considerar la invención del vulgo. Otra no menos extraordinaria tradición es la de haber estallado la cumbre del Altar, antiguamente llamada *Capac-Urcu*, (Monte-Rey), y también Cerro de Collanes, saltando en mil pedazos en una terrible erupción que duró ocho años y que ocurrió poco antes de la llegada de los españoles, con lo que dejó de ser la más alta de las montañas de aquella parte de los Andes, quedando para atestiguar esta catástrofe las agujas y picachos que hoy la dominan y rodean la pequeña meseta que le ha dado nombre. Al Oeste ábrese la ancha boca del volcán, de forma semejante á una herradura y llena por un glaciar sobre el cual cuelgan largas estalactitas formadas por las nieves derretidas y nuevamente cristalizadas de los hielos que están más arriba. Sigue al Altar el Sangay, del cual se dice que es el más destructor y colérico de todos los del Ecuador, y á cuyos pies se extienden inmensas selvas. Auguran los habitantes de la comarca que sus explosiones alternan con las del Cotopaxi; de modo que mientras el uno arroja llamas, el otro permanece dormido, y así vienen á ser ambos como válvulas de seguridad de aquella hirviente caldera. Pero las cóleras del Sangay son sin duda mucho más temibles. Wimper oía todas las mañanas desde Guaranda, población situada á 100 kilómetros del volcán, y separada de él por todo el ancho

de la meseta, el seco ruido de los estallidos del fuego, semejantes á los de un nutrido tiroteo. Es una hermosa vista contemplarle desde lo alto del Chimborazo y observar cómo salen de la cumbre con veinte ó treinta minutos de intervalo columnas de vapor, que suben por lo menos á 1.800 metros de altura hasta formar una nube, que el viento empuja de Norte á Sur y que al fin se deshace en la atmósfera completamente hasta no quedar de ella el menor vestigio. Apenas vuelve á brillar el azul del firmamento con toda su admirable pureza, otra negra columna brota con la misma increíble fuerza que las anteriores (de 35 á 36 kilómetros por minuto).

Cortada la Cordillera Oriental al Sur del volcán de Sangay por la cuenca del Paute, todavía muestra algunos picos muy altos, entre ellos el Quinoaloma, al que siguen las montañas que enlazan con el nudo transversal del Azuay ó Pucaloma, pasando el cual creyó Humboldt que acababan los terrenos volcánicos, estando formadas todas las sierras de rocas de sedimento. Esta opinión autorizada por el crédito científico de aquel sabio fué generalmente seguida hasta que Riis y Wolf demostraron su falsedad, encontrando antiguos volcanes en el centro de la meseta sostenida por ambas Cordilleras. Estos volcanes están dispuestos en tres grupos: el de Azuay, otro que se levanta hacia Oriente, cerca de Cuenca, y un tercero más al Sur, junto á las fuentes del río Jubones, semejantes á los tres en haber perdido su primitiva forma volcánica, no viéndose en ellos cráteres ni otros testigos de su pasada actividad que corrientes de lava petrificada. Al Este de esta región va bajando la Cordillera, toda de schistos cristalinos en la que se ven pocos picos que lleguen al límite de las nieves eternas, y empieza á estrecharse hasta quedar reducida, después del nudo de Loja, á una sola y angosta sierra que corre hacia el Sur, dejando al Oeste los desiertos del litoral peruano y al Este las cuencas de muchos ríos tributarios del Marañón alto, el cual, dando una gran vuelta, se acerca en aquel paraje á unos 300 kilómetros del mar del Sur. Reducida la cadena á un istmo, que enlaza los Andes del Ecuador con los del Perú, cede mucho en altura, no pasando en ninguna parte de 2.000 metros sobre el nivel del mar, y aunque todavía se abre en ella el cráter del volcán de Pululagua, al Sur del hondo valle de Guallabamba, no le levanta ya en la cúspide ó en la vertiente de un gran cerro, según hasta aquí hemos visto, sino que lleva sobre su mismo lomo, sin que le señale eminencia alguna.

El primer volcán de la Cordillera Occidental es el Pichincha, famoso por extenderse á sus pies la ciudad de Quito. Es muy ancho y tiene tan poderosos y dilatados estribos, que facilmente puede subirse hasta la cumbre, en la que han estado muchos viajeros, siendo accesibles las faldas á caballo hasta 4.200 metros. A pesar de levantarse sobre una ciudad tan principal, no es del todo conocido el Pichincha, y aun se discute sobre el número de picachos en que termina sobre los cráteres en él abiertos, la altura de aquéllos y el tamaño de éstos, corriendo sobre el particular exageradas y fantásticas versiones entre los habitantes del país. Lo que sí parece averiguado es que sus dos cerros principales son el Joven ó *Guagua*, y el Viejo ó *Rucu*, y que el primero ha ido creciendo de algún tiempo á esta parte, dejando al otro, que antes era mayor que él, en segundo lugar. Pichincha quiere decir en quechua *Monte Hirviente*, y merece este nombre por las muchas erupciones que ha tenido, aunque desde 1660, en que arrojó algún humo y cenizas, permanece completamente dormido. Su crater principal tiene una brecha muy grande del lado del Oeste, y es de los más grandes que hay en el mundo, pues según Ortón, mide 871 metros, y según Stübel, 773. Dicen éstos que en el fondo hay solfataras y grietas, de que sale mucho humo; pero Wymper dec ara no haber visto allí sino una pradera. En el mismo cráter nace un rio que baja cruzando la selva virgen al Tachi y al Esmeraldas, y que lleva con razón el nombre de Río del Volcán. Tras el Pichincha se encuentran el Atacazo, el Corazón y el Illiniza, formados en línea recta hacia el Sur. El primero no llega al limite de las nieves eternas, hacia las cuales levanta su cono bien formado de suaves pendientes, pero el segundo es más alto y de más difícil subida, porque acaba en un peñasco escarpadísimo de 250 metros de alto, al que no se puede llegar sino trepando con gran trabajo y peligro por los estrechos surcos que la lluvia y los desprendimientos de tierra han abierto. La caldera del Corazón es más honda todavía que la del Pichincha, pues Reiss, que la midió, halló que tenía 1.204 metros de profundidad. El Illiniza acaba en dos picachos iguales cubierto de nieves eternas, y está siempre tan envuelto en nubes y espesas nieblas, que pocas veces puede gozarse de su vista, como le sucedió á Wymper, quien en setenta y ocho días que vivió cerca de él, sólo pudo ver alguna de sus partes separadamente, y esto sólo por breves momentos. Quiso entonces subir á la cumbre, pero llegando ya cerca de la región de las nieves, perdióse en el

laberinto de un glaciar, y tuvo que volverse. Pasado el Illiniza encuéntrase el Quilotoa, en cuyo cráter hay un lago que se puede llamar de agua caliente, pues su temperatura suele ser de 16 grados centígrados, mientras que la del aire en aquella altura no pasa de ocho. Después del Quilotoa se ven otros cerros no tan altos que descuellan, marchando al Sudoeste otra cordillera casi tan alta como la principal y llamada del Pacífico por Whymper y de Chimbo por Wolf. Crúzala por un puerto de 3 175 metros de altura el camino de Guayaquil al Chimborazo, y tiene un picacho llamado de Pumín, que llega á 3.564 metros. Este es su último esfuerzo para elevarse como su vecina, y luego de hacerlo, comienza á descender hasta acabar en unas montañas, que dominan el río Chimbo, tributario de la bahía de Guayaquil. Cerca de su desembocadura recibe éste las aguas de otro río llamado Daule, junto al cual corre la sierra de Colonche, entre Santa Elena y Montecristi, la más alta del sistema (750 metros), y de la que sale un ramal llamado cordillera de Chongon, que se adelanta hasta encontrar el río Guayas, pasando poco más arriba de Guayaquil á la otra margen de aquél, ya reducida á una serie de montañuelas sin importancia. Un peñasco que se ve en medio del río señala el paso de la sierra. El nudo meridional de los montes occidentales de estas montañas costeras tiene sólo 300 metros de alto, pero aun así, es bastante para desviar hacia Guayaquil los vientos que soplan del Mediodía, por lo cual llaman á éstos en la citada ciudad *vientos de Chanduy*, que es el nombre de la serrezuela.

La última montaña cubierta de nieve que hay en la Cordillera Occidental del Ecuador es el Chimborazo ó nieve de Chimbo, así nombrada del valle por donde hay que emprender la subida á la cumbre. Sirven de pedestal á este altísimo cerro (el mayor de los Andes del antiguo reino de Quito), otras grandes montañas, que son: al Este, el volcán de Igualata, y al Norte, el Carihuaírazo, volcán apagado, al que la gente del país, en su afición á personalizar los grandes fenómenos y rasgos notables de la naturaleza, llama *Chimborazo hembra*. Según tradición que entre ellos se conserva, este monte fué hasta fines del siglo XVII más alto que el otro Chimborazo; pero un gran terremoto le derribó la cúspide, de la cual son ruinas los dos picachos rodeados de nieve que le coronan. Desmiente esta creencia la circunstancia de no verse por ninguna parte los escombros que de tan espantable derrumbamiento debieron quedar, aunque bien podría ser que viniese esta conseja de algún des-

moronamiento de rocas que con el transcurso de los años fué creciendo en la memoria de las posteriores generaciones. En cambio no queda recuerdo de erupciones ni de temblores del Chimborazo, aunque verdaderamente fué volcán y se hundió en parte, como lo atestiguan los inaccesibles cortes y colosales rocas á pico que se levantan sobre los glaciares de su cumbre, bajo los cuales está quizá escondido el antiguo y apagado cráter. Todo él es una gran mole de traquitas resquebrajadas. De la cúspide bajan por todas las hoyas y barrancos que la rodean diversos glaciares, á los que dió Whymper los nombres de los viajeros que han estudiado las sierras de los Andes. Humboldt, Boussingault y Hall intentaron subir hasta ella, sin lograrlo, y lo mismo le sucedió al francés Remy en 1856. Quien primero salió adelante en esta empresa fué Whymper en 1879, repitiéndola al año siguiente y gozando de la admirable vista que hay en aquellas alturas, desde las cuales se dominan todos los volcanes del Ecuador, los picos, puertos y valles de la cordillera del Pacífico y tras ésta las selvas inmensas del litoral, cerrando el horizonte la superficie del Océano á 300 kilómetros de distancia.

Al Mediodía de Chimborazo baja mucho la sierra y la cortan tres ríos, que son: el Chanchan, el Cañar y el Jubones. El primer trozo, denominado Chilchil, es por su poca extensión más bien monte que cadena de ellos, pero luego cambia en extensa paramera, cortándola el camino de Cuenca al Pacífico por el Puerto de Cajas (4.135 metros), y, por último, pasado el río Jubones, se ensancha, toma el nombre de Chilla y se encamina á unirse á la que viene del nudo de Loja, para entrar unida á ésta en tierra del Perú. Hasta hace poco se tenían contadas noticias de esta comarca de las mesetas del Ecuador, siendo su suelo mucho menos conocido que el de las regiones volcánicas del Norte, pero los viajes que en ellas se han hecho recientemente nos la han descubierto del todo.

A pesar de que en el Ecuador llueve copiosamente, son pocos y pobres los manantiales y ríos de la región donde hay volcanes y terrenos de origen plutónico, lo que se explica fácilmente, pues éstos son muy porosos y secos, de modo que en poco tiempo sorben gran cantidad de agua, la cual baja á las entrañas de la tierra, donde por ignorados conductos va á las calderas de los volcanes, que luego la vomitan cambiada en vapor. Hasta en fuentes termales, de que tanto número suele haber en países volcánicos es pobre el Ecuador, no teniéndose

noticia de otras que la de Machachi, entre el Cotopaxi y el Corazó, y las que hay junto á algunos volcanes, entre ellos el Illiniza y el Tunguragua. Por esta falta de fuentes es tan pequeño el caudal de los ríos que corren en la meseta y ni aun después de grandes lluvias, tienen éstos crecidas de alguna consideración. Pero en las comarcas no volcánicas, donde el agua no se filtra por las mil grietas de la superficie terrestre, hay ríos verdaderamente caudalosos. De éstos es buen ejemplo el Guallabamba, que para salir de la meseta de Quito, ha abierto á los pies del volcán de Mojanda una espantosa garganta de 600 metros de profundidad. Ya en el llano únese al Toachi y ambos forman juntos el Chinto, Perucho ó río de las Esmeraldas, bastante caudaloso para ser navegable, pero por el que no pasan barcos, pues la comarca que baña está casi desierta y no se hace en ella ningún comercio. Al Sur del río de las Esmeraldas corren muchos riachuelos que bajan de los montecillos de la costa, no encontrándose ninguno caudaloso hasta llegar al gran seno que forma aquélla, y en el fondo del cual vierte sus aguas el Guayas, de cuyo nombre ha tomado el suyo la ciudad de Guayaquil. La rama principal de este río es el Babahoyo, que nace en la cordillera del Pacífico y que á la salida de las montañas, junto á las posadas ó *bodegas* donde descansan los viajeros para emprender la subida á las mesetas, muéstrase todavía un mediano torrente; pero una vez en el llano, engruesa mucho con las aguas de los tributarios que recibe: de suerte que tiene 600 metros de ancho antes de unírsele el Yaguachy, que baja de los glaciares del Chimborazo, aumentando su caudal con las aguas del Chanchan, nacido entre los volcanes de la meseta y el nudo de Azuy. Más abajo viene á él, por la derecha, el Daule, río cuyas fuentes están entre grandes bosques y que en la segunda parte de su curso corre entre sábanas ó *pajonales* y tierras anegadas, llamadas *tembladeras*. Llegando á tener en la boca un kilómetro de ancho. Unidos el Guayas y el Daule, forman una gran ría, que delante de Guayaquil se ensancha hasta 2 kilómetros, y más abajo, mucho más, acabando en espaciosísimo brazo de mar, en el que se halla la gran isla de Puná, además de otras más pequeñas.

Son tan copiosas las lluvias en la vertiente del Amazonas y con tanta lentitud se evapora el agua caída, por detenerla la gran frondosidad de la vegetación, que todo el terreno, incluso las partes dispuestas en pendientes, está empanado de humedad como una esponja, en términos de ser muy difícil, y á veces

peligroso, caminar por él. En los sitios no cubiertos de árboles corpulentos, cuyas ramas se enlazan unas con otras, son dueñas de la tierra unas grandes hierbas, ó mejor dicho cañas, llamadas *chusquea*, de una altura de tres metros por término medio, de duros y cortantes bordes, y tan espesas, que para caminar entre ellas es preciso apartarlas con los brazos y luego echar hacia delante todo el peso del cuerpo, lo mismo que cuando se nada. A estas sábanas esponjosas y pobladas de *chusquea*, que en ninguna otra parte se encuentra sino en el Ecuador, siguen precipicios, ciénagas, ríos y selvas vírgenes interminables y espesísimas en las que una inmensa red de bejuco cierra el paso al viajero, el cual á cada uno de ellos ve aumentar los trabajos y los peligros de enfermedad y de muerte. Hoy parece más admirable que nunca la arriesgada expedición que en 1540 hizo al país de la canela Gonzalo Pizarro, y del que apenas puede creerse que volviese con 80 compañeros. Los ríos de esta vertiente crecen en tan poco espacio merced á la mucha agua de las nubes, que al entrar en el llano por sólo contados sitios son vadeables, y aun eso con mucha dificultad, señaladamente el Napo, el Pastaza, el Paute y sus afluentes. El Napo tiene su origen en las nieves del Antisana y del Cotopaxi, y se enriquece con el tributo de dos afluentes importantes, el Coca, al Norte, y el Curraray, al Sur, siendo aquél el que trae la dirección que luego sigue la cuenca, y merece por esta razón el título de principal río de ella. El Napo debe la principalía á que por correr más cerca de Quito le tomaron de camino para bajar al Amazonas los primeros exploradores, comerciantes y misioneros, y desde entonces por él han comunicado las mesetas del Ecuador con los llanos peruanos y brasileños por donde corre aquél. También le han seguido los viajeros de nuestro tiempo, algunos en opuesto sentido.

Parte de las aguas que lleva el Pastaza son tomadas en la gran meseta ceñida de volcanes de que hemos hablado, reunidas en el cauce de los dos ríos que al juntarse le forman, y que son el Patate y el Chambo. Nace el Patate en las quebradas del Chimborazo y del Cotopaxi; corre de Norte á Sur por la meseta de Ambato; da un rodeo lamiendo las faldas meridionales de las montañas de Llanganati, y cae en una garganta de 50 metros de hondo, para abrir la cual ha cortado una corriente de lava petrificada. El Chambo va de Sur á Norte desde la laguna de Colta, de donde sale por galerías subterráneas hasta encontrar al Patate en dicha garganta, desde la cual comien-

za á caminar hacia el Este, lamiendo los pies del Tunguragua y van á caer poco después desde 60 metros de altura en un gran barranco, después del cual aparece ya en todo su esplendor la vegetación de los trópicos.

Las fuentes del Paute están en la hoya de Cuenca, y son las más vecinas al Pacífico de cuantas envían aguas al Atlántico en la América del Sur, no separándolas de las playas del golfo de Guayaquil más que 56 kilómetros.

III

Clima, flora y fauna.

Se encuentran en el Ecuador todos los climas que se sobrepone en las laderas de las montañas y cada región tiene el suyo propio, con mezcla de todos los demás, según la altura, la orientación y la vecindad del Océano. Sin sus altas sierras y mesetas el territorio de la República del Ecuador sufriría los rigores de un calor tórrido, pero gracias á aquéllas la temperatura es suave y en algunas partes fría, haciendo los rayos del sol brillar la nieve en las pendientes de los volcanes. En la parte más saliente del litoral de la provincia de Manabí toca la corriente fría del Pacífico, moderando los ardores del calor en términos de que la temperatura media del mar es allí de 23°, mientras en los abrigados senos de Esmeraldas situados más al Norte llega á 28. En toda la longitud de la costa cambia el viento dominante, según los parajes; de modo que corre del Oeste en la parte septentrional y del Sur en la parte meridional, pero cuanto más se avanza en el mar, más se confirma el viento del Sur, que viene á ser una corriente aérea paralela á la marítima. Cuando no corre la brisa soplan unas ráfagas del aire caliente de la playa, á las que llaman *bochornos*. Aunque resguardado de los vientos generales por la muralla doble y triple de los Andes, está sometido el litoral del Ecuador al orden de las estaciones tropicales. En Guayaquil es verano de Junio á Diciembre, en cuya época hay menos humedad en el aire y alternan de modo agradable las brisas de mar y de tierra, dispersando á los mosquitos y disipando la pestilencia de los pantanos. En el invierno, ó estación lluviosa, es mucho el calor que hace de día, siguiéndose á la caída de la tarde y por la noche fuertes chubascos, á lo que hay que añadir las crecidas

de los ríos, los enjambres de insectos dañinos y muchas veces grandes epidemias.

Los vientos del Este hacen alguna alteración en la marcha de las estaciones en la meseta de los Andes, sobre la cual traen con toda puntualidad gruesas nubes preñadas de lluvia, que se arremolinan en algunos sitios contra las cumbres de las montañas. De las más favorecidas por ellas son el Sara-Urcú y el Illiniza, á las que envuelven tan completamente, que por espacio de muchos meses las hacen invisibles, descargando casi á diario en los valles y barrancos de la parte alta fuertes tempestades y granizadas. Deseando el geólogo Stübel ver uno de estos montes, y no hallándole nunca desenvuelto de la espesa cortina de vapores, preguntó cierto día á un indio si al fin aclararía el tiempo: «La montaña vive así todo el año»—respondió el indio. En Quito hay, por término medio, trescientos días tempestuosos anualmente, conservándose el cielo despejado más tiempo que en ninguna otra época en las de los solsticios, es decir, en Junio y Diciembre, en las que se ofrecen las únicas ocasiones de subir á las montañas nevadas. En cualquier otra estación es tan puntual la tempestad por la tarde, que todos los habitantes cuentan con ella lo mismo que con el día y la noche. Hasta las dos consérvase el cielo despejado, pero á esta hora comienzan á aparecer nubes y al poco tiempo llueve copiosamente, volviendo á quedar el tiempo sereno después de las seis.

Las zonas forestales del Ecuador á un lado y á otro de los Andes son de tanta riqueza y variedad como las del Brasil, enlazándose los bosques impenetrables que cubren las cuencas del Napo, del Pastaza y de los demás ríos de la misma vertiente á los del Amazonas. Hay en el Ecuador infinidad de vegetales utilísimos ya estudiados, y seguramente se descubrirán muchos más cuando toda la botánica del país sea bien conocida. Los indios de la provincia de Esmeraldas dieron á La Condamine los primeros pedazos, de caucho que vinieron á Europa. Juan de Vega descubrió en 1638 la virtud de la corteza del cinchona, llamado *árbol de las calenturas* para curar el *chuchu* ó fiebre endémica, probándola con resultado en la fiebre que padecía la condesa de Chinchón. Desde muy antiguo conocían los indios dicha virtud y de ellos aprendió Juan de Vega el uso de este antifebrifugo, que pronto empezaron á traer á Europa los españoles, cultivándole en los montes de Loja y sus alrededores, y siendo conocido en las farmacias con el nombre de *pol-*

vos de los padres jesuitas. También vinieron de aquellos países la ratania, una especie de canela que Gonzalo Pizarro descubrió en las selvas orientales, una planta muy parecida al árbol de la pimienta, y que de la cuenca alta del río Mira, su patria, ha venido á hacerse muy común en las costas del Mediterráneo, y por último el guayusa, arbusto del que se saca una especie de te, y que crece en matorrales muy cerrados en las faldas del Pichincha y de otras montañas, pero que todavía sólo se cultiva en su país natal.

Los árboles y arbustos suben por los Andes del Ecuador hasta la altura de 3.600 metros sobre el nivel del mar; pero á pesar de lo copioso de las lluvias, mucha parte de la zona forestal hállase desnuda de arbolado, lo que se explica recordando cuanto hemos dicho de ser el suelo en muchas comarcas tan permeable, que el agua, apenas caída, desaparece en las entrañas de la tierra. En las mesetas volcánicas de Quito y Riobamba no se ven otros árboles que los sauces y cerezos silvestres, que crecen en las vegas de los ríos, y en los arenales cercanos á la última de las poblaciones citadas sólo se encuentran pitas, euforbias, eupatorias, chumberas y otras especies de cactus, además de una caña llamada en quechua *sigsig*. Hasta en las orillas de la rambla de Guallabamba, que tan rápidamente cae de las mesetas á las llanuras de clima tropical, por las que corre el río de las Esmeraldas, es escasísimo el arbolado. Encuéntrase el bosque cada vez más cerrado según se hace menos permeable el terreno, sobre todo en las vertientes exteriores de las Cordilleras y al Sur de la meseta de Loja, donde las selvas del litoral del Pacífico se dan la mano por encima de las sierras con las del Atlántico. En esta región han encontrado los botánicos cierta *asclapiádea*, llamada *condurango*, que tuvo fama mucho tiempo de ser excelente específico contra el cáncer, y especies muy raras de orquídeas, más fáciles de aclimatar en las estufas de Europa que las del Brasil, por estar criadas en clima menos cálido. En toda esta costa hay grandes espacios, á los que no pueden llegar los vientos alisios por cerrarles el paso las montañas, y hallándose de este modo condenadas á eterna sequía, son tierras del todo estériles, á pesar de su buena calidad. A mayor altura que los verdaderos árboles, crecen en las vertientes de las montañas unos arbustos de ramas y raíces retorcidas, habiéndolos encontrado André en el Chimborazo hasta 4.223 metros. Destruídos por el fuego en muchas partes los arbustos, han ocupado su lugar las gramí-

neas, llamadas por los indios *ichu*, y que forman dilatados *pajonales*. Subiendo más, encuéntranse hierbas vivaces, entre ellas el *culcitium*, planta de hojas lanudas. Una especie de *culcitium* denominado *nivale*, vive en medio de la nieve. También llegan á esta altura las fanerógamas, pues se las ha encontrado hasta cerca de 5.000 metros, pero en ninguna parte de las Cordilleras se encuentran flores tan bonitas y de tan brillantes colores como en los Alpes de Europa. Casi todas son cenicientas y viven solitarias, en vez de crecer en grupos como en esta sierra.

Viven en el Ecuador especies de animales semejantes á los de las naciones fronterizas, que son Colombia, el Perú y el Brasil, pudiendo decirse que la región andina, poblada por la raza quechua, tiene su fauna propia. De los más notables animales que hay en ella es el llama ó camello del Perú, que viniendo del Norte, empieza á encontrarse en Riobamba. Presta buenos servicios á los peruanos, pero ahora la ha substituído el mulo, introducido por los españoles. Del cóndor, famosa ave de estas comarcas, se han contado muchas fábulas. Humboldt dijo que levantaba el vuelo sobre las montañas más altas de los Andes, y que lo mismo vivía sobre las nubes que á orillas del mar, y siguiéndole, lo han repetido muchos autores; pero hoy se sabe que no sucede así en el Ecuador, donde todos los cóndores llevados á la costa han muerto, no viéndoseles nunca á menos de 2.700 metros. Sólo en Chile, según parece, bajan hasta el Océano. Respecto de la altura de su vuelo, sábese que Whymper no halló ninguno á más de 4.875 metros. Allí suelen estar á 500 metros sobre los rebaños, acechando el momento de caer sobre la presa, si bien nunca se atreven sino con reses muy pequeñas ó enfermas. En las selvas orientales hay gran variedad de aves, pero lo general es que cada especie ocupe muy poco espacio, y que éste dependa de tal flor ó fruta de la que aquélla se sustenta. Así sucede con la mayor parte de los colibríes, aun los que viven en las mesetas y montañas, conociéndose un pájaro mosca que Wagner encontró en las vertientes del Pichincha, á 4.200 metros de altura, y una especie parecida, que únicamente se halla en el Chimborazo, entre esa misma altura de 4.200 metros y el límite inferior de las nieves. El *ibis* y el *flautero* de armonioso canto muy ceñido á las reglas de la música, sólo se hallan en las selvas orientales. Cada especie tiene diferentes costumbres, según lo exigen las necesidades de la vida. En los platanares de Baeza, situados en la cuenca

del Napo, á 2.400 metros y al pie de rocas bien expuestas al calor de los rayos solares, causa muchos daños el *thyroctera bicolor*, vampiro que se introduce en la flor y chupa la savia, cuya costumbre no se ha encontrado en ningún otro quiróptero. Una de las mayores dificultades que se oponen á la colonización de la vertiente que cae al Amazonas es cierto murciélago, de que hay grandísimo número, y que se posa sobre los animales y sobre el hombre y sorbe la sangre, matando de este modo á muchos niños, á quienes sorprende dormidos. En las selvas de esta misma vertiente amazónica hay también innumerables serpientes, pero de 4.000 metros para arriba no se ha hallado ninguna.

Los animales más extraños del Ecuador encuéntranse en las especies llamadas inferiores, las cuales, á semejanza de los pájaros, suelen ocupar muy poco espacio cada una, habiendo algunas que sólo viven en un determinado monte. En el Pichincha descubrió Whymper 21 especies nuevas de escarabajos, de las cuales ocho no se han visto en ninguna otra parte. Hay también una especie de mariposa que revolotea cerca de las nieves y á la que nunca se encuentra en la parte baja de los montes, siéndole nocivo el clima cálido de los llanos y vegas. En los ríos y charcas de las mesetas hasta la altura de 4.455 metros no se encuentra otro pez que la *preñadilla*, pues aunque los indios hablan de muchas especies de ellos que, según dicen, viven en aquellas aguas, los naturalistas no han dado con ninguno, y aun de lo que cuentan de la *preñadilla*, rebajan mucho, si no todo, los zoólogos modernos. Dicen que en las lagunas y torrentes subterráneos escondidos en las entrañas de los volcanes, hay grandísima cantidad de estos peces, y que el Imbabura en 1691, el Carhuairazo, en el estallido que le dejó descabezado en 1698, y el Tunguragua, cuando se abrió por varias partes en 1797, vomitaron millares de millones de preñadillas, juntamente con mucho fango, de cuya mezcla salía malísimo olor, padeciéndose poco después en la comarca unas peligrosas calenturas. Pasados algunos años, en 1803, volvió á reventar el Cotopaxi y á arrojar peces crudos y cocidos, singularmente preñadillas, que se hallaron vivas y sanas, como si no hubieran dado tal salto. Pero faltan testigos que confirmen estas narraciones, pues las cercanías de los volcanes están del todo desiertas y puede asegurarse que nadie se acercó al cráter de ninguna montaña mientras duró la erupción. En los mares del Ecuador es mucha la variedad de animales, sobre todo cerca

de Colombia, donde la costa se abre para dar entrada á tantas rías. Los famosos *peces músicos*, descubiertos por Onffroy de Thoron, encuéntrase en la bahía del Pailón y en los estrechos del archipiélago de las Sarlinas en tanta muchedumbre, que forman gruesos bancos. Llámánles músicos porque cantan de un modo singular, con mucha armonía y prolongando el sonido de la voz de tal suerte, que se les distingue de otros peces cantantes que hay en aquellos mares. También vive en éstos otro animal muy temido de los marineros, al que llaman *manta*, y que es una especie de tiburón, que en vez de aletas, tiene unos brazos muy parecidos á los del hombre, pero unidos por una membrana. El mismo Onffroy de Thoron le ha descrito, diciendo que sube á la superficie del agua á buscar la comida, asiendole con la mano las frutas y otros restos vegetales para él comestibles que andan flotantes.

IV

Indios del Ecuador.

Los primeros habitantes que tuvo el Ecuador acabaron casi todos por mezclarse con otras razas que antes de la llegada de los españoles entraron en el país y lo conquistaron. La raza que de esta mezcla se iba originando á la sazón de la conquista, se confundió en mucha parte con la española, de donde nacieron los mestizos que hay en la República. La gente que invadió el reino de Quito en lo antiguo vino toda del Sur, así los *caras* y *cañares* como los *quitus*, que dieron nombre á la tierra, pero no eran extraños á los que la poblaban, sino parientes suyos, según se demuestra por la circunstancia de ser la lengua quiteña de origen quechua y dialecto de la peruana. El gobierno de los incas obligaba á los vencidos á dejar la lengua que hablaban para tomar la de los vencedores, y la facilidad con que lo conseguía es prueba de que no tenían mucha dificultad en pasar de una á otra. Conservaban los quechuas una tradición, según la cual había antiguamente tribus de gigantes en estos países, y pretendían acreditarla enseñando huesos de gran tamaño, que sin duda pertenecieron á animales antediluvianos, tradición que quizás tuvo origen de la reputación de ferocidad alcanzada por ciertas tribus indómitas que pelearon contra los quechuas, defendiendo su independen-

cia más bravamente que otros indígenas. De éstos fué la de los Huanca-Vilca ó *mellados*, que vivían al Norte de la península de Guayaquil, entre el Daule y el mar, y á los que daban este nombre por la costumbre que tenían de arrancarse los dos incisivos del medio de la mandíbula superior. Venciólos Huayna-Capac y los condenó á arrancarse los otros dos.

De la antigua nación de los *caras*, sólo se conservan puras algunas familias del Toachi alto, á que llaman *colorados*, y la tribu de los cayapas, disminuída hasta unas 2.000 personas, que viven en los bosques de las vegas de aquel río, cuidando mucho de no tener trato con los blancos. En la meseta que ciñen ambas sierras de los Andes, todos los indios, menos algunas familias de cañares, que viven cerca de Zaraguro, hablan la lengua general. No tiene esta gente noticia de su pasado, pero se va averiguando con el descubrimiento de los sepulcros, á que llaman *huacas* ó *tolas*, codiciosamente abiertos por los buscadores de tesoros. Los castillos que los incas habían levantado en el Mediodía de la comarca que hoy es Ecuador los han destruído los habitantes de las ciudades cercanas para buscar en ellos el tan deseado oro, aprovechando los escombros para materiales de nuevos edificios. También han encontrado los arqueólogos en el Ecuador trozos de los caminos construídos por los incas, aunque de menos importancia que los del Perú, pues probablemente eran nada más que senderos en los que de trecho en trecho hallaba el caminante la casilla del guarda á cuyo cargo corría el velar por la seguridad de los viajeros.

En la vertiente oriental ó del Amazonas quedan por reducir muchísimas tribus, que aún parecen más de las que son, atendiendo á las infinitas denominaciones que se encuentran en los libros de viajeros, misioneros y empleados del Gobierno, porque muchas veces hablan del mismo pueblo, con diferente nombre, dándole, ora el que á sí mismo se dan los indios, ora el que tienen en boca de esta ó de la otra tribu, ó el de un monte, río ó selva, sacándolo de la apariencia del rostro ó de cualquier moda ó costumbre extraña que en los habitantes adviertan. De estas tribus montaraces, la mayor parte viven en los llanos orientales, cuyo dominio disputan al Ecuador, el Brasil, Perú y Colombia, y de las que están en territorio propiamente ecuatoriano, apenas habrá alguna que no salga fuera de sus términos. De los indios reducidos dicen que son indios que comen sal, y de los montaraces hacen otra clase que denominan de *infieles* (*aucas* llamaban los quechuas á las naciones

independientes), ó indios que no comen sal, en la que entran los orejones, encabellados y otros muchos. Los más famosos de estos indios son los jíbaros, en pasados tiempos convertidos al cristianismo y á reglas de policía por los misioneros que los regían, y de cuyo eficaz gobierno son vestigios muchas ruinas de iglesias que se encuentran á orillas de los ríos Paute y Santiago, hacia el Sudeste de la República. Alzaronse á fines del siglo XVI contra sus gobernantes, y contra cuantos blancos vivían con ellos, degollándolos á todos, pero dejando con vida á las mujeres. Andando el tiempo fué creciendo la plantación en la meseta de Loja y extendiéndose por estas vertientes, y al compás de ella la población de blancos y mestizos, que fué sobreponiéndose á los indios, quienes huyendo de aquéllos, se acogieron á lo más espeso y escondido de sus bosques, en los que viven errantes, desde la angostura del Pastaza al Pongo de Manseriche. Suponianles muy numerosos, y Osculati dice (porque á él se lo contaron otros indios vecinos de aquéllos) que eran medio millón de hombres, repartidos en 400 tribus, y que podían poner en armas hasta 150.000 guerreros, pero hoy en día quizás no lleguen, reunidos todos, á 1.500. Hablan una lengua nada parecida á la de los quechuas; viven de la caza, de la pesca y de la carne de muchos cérdos que tienen; son de buena presencia y muy dados á adornarse de varios modos. Píntanse el cuerpo con dibujos encarnados sobre fondo negro, pónense collares de semillas y atraviésanse con cañas las orejas. Son muy trabajadores é industriosos, y además de cazar y pescar, cultivan los campos y fabrican los objetos que más les pide la necesidad. Viven en grandes casas de mucha vecindad, divididas en habitaciones, una por familia, menos los que tienen más de una mujer, pues las celan tanto, que algunos las encierran á uso de musulmanes. Una de las más raras costumbres que observan es la de casarse un hombre con una niña de pecho, quedando el marido desde entonces como protector, no sólo de la esposa, sino además de toda la familia de ésta. Para dar la señal de alarma, en caso de aparecer enemigos, tocan un tambor, al que llaman *tundili*, cuyos ecos corren de colina en colina por todo el país. Son muy hábiles en conservar la piel de la cabeza de los enemigos, secándola hasta reducirla á menor tamaño, sin cambiar su forma, y alardeando de valientes, se dejan crecer el cabello para que pueda el enemigo en la batalla asirles de él al cortarles la cabeza para apoderarse de este trofeo. Tienen muchas guerras, y cuando salen á campaña suben

á una colina, desde donde ven al Sangay arrojando humo y lavas, y contemplando este espectáculo, juran hacer con las tierras de sus enemigos lo que el volcán con las que le están próximas. Es también uso corriente de este pueblo, que cuando pare una mujer, se acueste el marido en su lugar, y celebran con grandes fiestas el día en que el hijo fuma por primera vez, lo que suelen hacer á los tres ó cuatro años. Pero aún tienen una costumbre más extraña, la cual consiste en comenzar el día bebiendo una taza de te quiteño (*guayusx*), que es un fuerte vomitivo, muy conveniente, según ellos, para arrojar la bilis que mientras duermen se junta en el estómago, y tener mayores fuerzas y agilidad en la carrera. Después beben un poco de *chicha* de maíz y salen á rondar por los alrededores de la casa á ver si encuentran emboscado algún enemigo. Atribuyen á hechicería ó mal de ojo cualquier enfermedad que padecen, suponiendo que el autor de ella es algún encantador disfrazado de jaguar ó de serpiente, ó una flecha disparada por cualquier invisible cerbatana. El jíbaro que sospecha ser víctima de encantamiento, bebe la raíz de una planta narcótica, con cuya bebida delira, y si sueña con alguno, cree autor de su desgracia á aquel cuyo nombre se le representa en la memoria, y fórjase la idea de matarle, cuyo propósito persigue sin descanso hasta realizarlo; lo que trae aparejadas las consiguientes venganzas, y así viven en perpetua guerra familias contra familias y tribus contra tribus.

Los indios del Napo bajo son casi todos de las tribus de los záparos y piogés, y han sabido conservar su independenciam sin dejar de tener trato y comercio con los blancos ó *viracochas*. Los záparos hablan una lengua especial de muy difícil pronunciación por la abundancia de sonidos roncós, y les llaman *cestos*, de unas cajas impermeables hechas de mimbres, que fabrican. Son gente tan belicosa, que están divididos en más de 200 bandos enemigos, cuya única ocupación consiste en cazarse unos á otros y robarse las mujeres y los niños. La idea de una batalla les vuelve locos de contento, y su mayor alegría es derramar sangre. Acostumbran á matar á los enfermos por no tener bocas inútiles que sustentar ó por ser tan crueles, que el sufrimiento ajeno, en vez de moverles á compasión, les causa repugnancia. Las mujeres gozan entre ellos de la mayor libertad, de manera que hay marido con una sola mujer ó varias mujeres, mujeres con varios maridos y mezcla de sexos sin limitación alguna. Bajando el mismo río Napo llégase á la tie-

rra de los piogés, cuyo nombre quiere decir *los que nada tienen*. Son parientes de los otros piogés del Putumayo, mucho menos belicosos que los záparos y más trabajadores é industriales. Su principal ocupación es la agricultura, á la que dedican todo el día, y llegada la noche, toman un cocimiento de *yoco*, planta que tiene mucha cafeína, con la que se desvelan y pasan el tiempo tejiendo diversas clases de paño y especialmente hamacas. Los jibaros, záparos, piogés y demás pueblos independientes de esta región son muy diferentes de los napos, quijos ó canelos, que habitan en Napo alto, en las aldeas de las misiones á que los blancos les han reducido, teniendo aquéllos de altivos y fieros lo que éstos de humildes y mansos.

La mayor parte de los habitantes del Ecuador son indios mestizos, con alguna, aunque no mucha, mezcla de sangre española, y con carácter y costumbres en que se advierte ser descendientes de la nación Quechua. Habiéndose acostumbrado á vivir oprimidos por su tiranos los incas primero y los españoles después, tiemblan ante cualquier blanco y desconfían del que les trata con bondad. No niegan ningún servicio, y desde luego prometen cuanto se les pide, procurando rehuir el cumplimiento astutamente. Su humildad y cortesía son hijas del miedo. Para saludar dicen siempre: *Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar*, y hay que contestar: *Alabado sea*. Este encogimiento y timidez de los ecuatorianos quizás sea hijo del miedo constante que tienen á los terremotos y erupciones volcánicas. Las fuertes sacudidas del suelo, que destruyen á veces grandes ciudades, parecen castigos enviados por Dios, y así pasan la vida implorando la misericordia divina y el favor de todos los santos de la Corte Celestial. Por esto son tan fervientes adoradores de ellos como sus padres lo fueron de los ídolos. Sobre la religión antigua han puesto la nueva y veneran lo mismo que antes á seres sobrenaturales, así dioses, como demonios, esperando sus favores y temiendo sus cóleras. San Miguel venciendo al diablo es uno de sus santos favoritos y adoran tanto al vencedor como al vencido, aunque hay quien piensa que tienen por éste preferencia y que á él llevan más cirios, flores y ofrendas de todo género. En las solemnes procesiones que tienen, hay como en España y como en las que usaban los quechuas, enmascarados, bailarines y demás mártires voluntarios que se maceran las carnes, como se veía algunas veces en la Edad Media y se ve aún en el Indostán. Suelen marchar detrás de la procesión unos hombres desnudos que llevan arras-

trando gruesas vigas, las cuales sujetan á los brazos y hombros con alambres que oprimen la carne fuertemente hasta hincharla y romperla, haciendo saltar la sangre. Otros van cargados de grandes fardos hechos de plantas espinosas, cuyas púas se les introducen en el cuerpo é igualmente le sangran. A estos penitentes les llaman *chacatascas*. Aparte de estos días de éxtasis y frenesí religioso parece el pueblo del Ecuador entristecido y mustio, advirtiéndose en todos los rostros, principalmente en los de las mujeres, una expresión de gente resignada con su desgracia. Tienen costumbres nada agradables para el viajero, y cuantos conocen el país hablan con horror de haber visto por todas partes á las madres peinando á sus hijos en las puertas de la casas, cazando piojos en las infantiles cabezas y aplantándolos entre las uñas con repugnante chasquido. A pesar de ser tan general la suciedad en este país, no puede negarse que los quiteños son artistas de talento, y bien lo prueba el número de indios y mestizos, que sin maestros, ó mal enseñados por los curas, pintan cuadros religiosos y esculpen cristos y vírgenes tan bellos, que hasta del Perú y de otras naciones de la América del Sur vienen á comprarlos. Aunque tan pobres y viviendo tan tristemente los ecuatorianos, visten con elegancia y saben elegir con acierto el color de sus trajes.

V

Poblaciones del Ecuador.

En las mesetas que siguen por el Sur á las de Pasto encuéntrase las ciudades septentrionales del Ecuador. Junto á la frontera y frente á la población colombiana de Ipiales se halla Tulcán, cuya importancia viene del comercio que hace con la vecina República, la mayor parte del cual es por cuenta de la antigua ciudad de Ibarra, fundada á fines del siglo xvi en un llano cuyas aguas bajan hacia el río Chota y al Mira, que de allí á breve espacio entra en Colombia. Como Ibarra está á 2.225 metros sobre el nivel del mar, es decir, á 800 metros menos que Tulcán, tiene clima más templado que el de aquella aldea. La comarca de Ibarra fué teatro de importantes sucesos históricos, hallándose á poca distancia de la población la ciudad de Caranqui, una de las importantes del imperio de los Incas, donde éstos tenían un Templo del Sol y un convento de

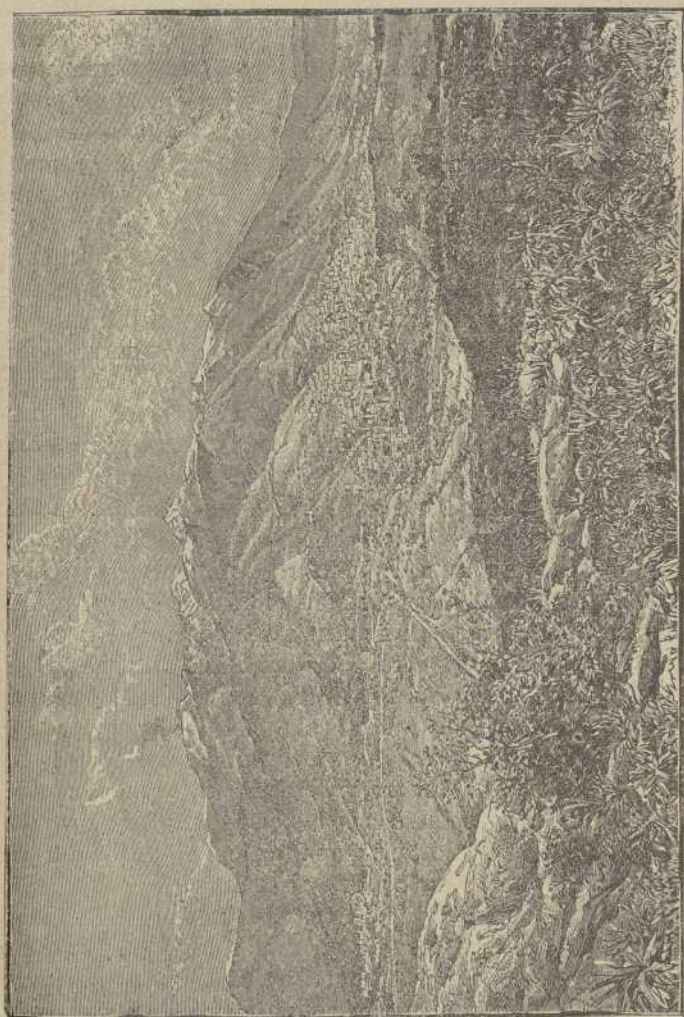
vírgenes, y donde nació Atahualpa, príncipe que gobernaba el país cuando llegaron los españoles con Pizarro. En el llano de Hatun-Taqui ó del *Gran Tambor*, que baja hacia el lago Yaguar-Cocha, dió el inca Huayna-Capac á los indios caranquis la batalla en que los venció, y después de la cual hizo degollar y arrojar al agua muchos miles de hombres de la nación vencida. Según la tradición, fueron 40.000 los muertos, quedando todo el lago, que tiene unos 15 kilómetros de circunferencia, teñido de rojo, por lo que le dieron el nombre que lleva y que quiere decir *Lago de la Sangre*. En todas las campiñas de aquellos contornos se ven centenares de sepulcros ó *tolas*, abiertos por los buscadores de tesoros que han sacado de ellos muchos objetos antiguos y curiosos.

Ibarra está á los pies del soberbio monte Imbabura, en tierra, cortada á pico sobre el río y que fácilmente se agrieta, por cuya causa son en ella los terremotos muy destructores. El de 1868 derribó casi todos los edificios de la ciudad, quedando aplastadas bajo los escombros 3.000 personas. Aún se ven, como pruebas del desastre, las ruinas de iglesias y conventos medio escondidas en las espesuras, y cubiertos de flores, pareciendo más bellas que como estaban al salir de manos del arquitecto. Todavía hizo más daño el terremoto en la ciudad de Otávalo, edificada al Sur del valle, en las laderas septentrionales del Yana-Urcu, pues perdió casi todos sus habitantes, que eran poco más de 6.000. Pero más dañosa ha sido á este país la violencia de los hombres que la de la misma naturaleza, pues se cuenta que sólo de la aldea de Pimampiro huyeron, por escapar á la opresión de los españoles, 11.000 habitantes, gente toda de mucha civilización, que fué á esconderse en las selvas orientales, donde vivían los indios sucumbios. Dícese que los habitantes de Iloman, pueblo que está á mitad del camino, entre Ibarra y Otávalo, son de los primitivos que allí había, de la raza de los incas, pues nunca quisieron desamparar sus moradas, y se diferencian de los otros indios en los vistosos colores de sus trajes, y en peinarse dejándose una trenza á uso chino. Son también gente de singular industria para la fabricación de sombreros. De todos los habitantes de estas mesetas puede decirse que son muy trabajadores, y de ello han dado buena muestra reparando en pocos años los grandes males que produjo el terremoto de 1868. Hay minas de sal, plata y oro, pero apenas las benefician, y sólo los indios de la parte baja de la cuenca del Mira cogen alguna cantidad de este último metal

en polvo, para lo que emplean un artificio muy ingenioso, sin que se lo hayan podido enseñar los mineros de California, que son los que le usan, y que consiste en derribar la tierra de aluvión y hacerla pasar por unas balsas, donde va dejando las partículas de oro que contiene, mientras la arena y tierra que las envolvía corren arrastradas por el agua, por ser más ligeras. Las vegas del litoral, cuya fertilidad es grandísima, tienen salida al mar por el Ancón de las Sardinas, y por el puerto de Pailon, que entra muy adentro en la costa y está bien resguardado del mar por algunas islas y lenguas de tierra, y mucho mejor situado para la navegación de altura que el de Guayaquil. A este puerto del porvenir llevan sus mercaderías los comerciantes de Ibarra por senderos abiertos en las selvas con el machete. También hay en esta costa tanta cantidad de sardinas, que forman gruesos bancos en las playas, y se aprovechan, no sólo para sustento de aquellos habitantes, sino también para abono de sus campos.

Entrando en la gran calle que corre entre las dos sierras de volcanes del Ecuador, encuéntrase, pasadas Ibarra y Otávalo, la ciudad de Quito, metrópoli que fué de los indios quitus y ahora capital de la República. Sus pobladores son menos de 80.000; pero tuvo muchos más, así cuando fué una de las capitales del imperio de los incas, como en el tiempo en que sirvió de cabeza de una de las provincias de la América española, y era centro de las misiones de los jesuitas en la cuenca del Amazonas. Goza de perpetua primavera, no excediendo de un grado la diferencia entre el más caluroso y el más frío del año, y está á 2.850 metros de altura, á los pies del Pichincha, en una estrecha hoya cerrada al Este por la sierra de Poingasi, en terreno cortado por hondos barrancos que separan la ciudad en varios barrios y por donde bajan las aguas, así las de lluvia como las de las casas, á unirse á un torrente que las lleva al Guallabamba, por el que van al Pacífico. A esto y á los cristalinos manantiales del Pichincha debe Quito el ser ciudad tan sana. Al Sudoeste hay una montañuela á que llaman Yavirac y los españoles Panecillo, por su forma, sobre la cual se ven ruinas de tiempo de los incas y también de los españoles, y que es excelente sitio para disfrutar del admirable panorama de la ciudad con sus monumentos, jardines y arrabales, y de las sierras de volcanes que por todas partes cierran el horizonte, descolgando al Norte el agudo picacho de Cotocachi, y luego á derecha é izquierda, al Este y al Sur, el Yana-Urcu, el Cayambe,

cubierto de eternas nieves, el Sincholagua, el humeante Coto-paxi, escoltado por sus humildes vecinos, el Pasachoa y el Rumiñahui, la sierrezuela de Tiupullo, y por último, la Cordi-



El Pichincha y la ciudad de Quito. (Dibujo de Slom.)

llera Occidental, en que sobresalen el Corazón, el Atacazo y el doble pico del Pichincha.

Quito, «Quito bonito», según le llaman los naturales, es ciudad bien situada, de caserío bajo y en muchas partes cuar-

teado por los terremotos y de apariencia tan triste como la de sus habitantes. No obstante, aunque escasos, hallanse en ella notables edificios: una biblioteca, museos, numerosos conventos, ruinosos casi todos, y á los que la gente aristocrática concurre por temporadas á entregarse á toda suerte de piadosas prácticas. Algunos de estos conventos encierran hermosos cuadros de la escuela quiteña, de que tan orgullosos se muestran los ecuatorianos. No hay academia de dibujo; de modo, que los artistas estudian con sus padres ó con algún maestro establecido en la ciudad, en cuyo taller entran de aprendices, siendo muy prácticos en su arte, del que viven, copiando imágenes de santos para venderlos en la ciudad ó en el extranjero, más de una docena de pintores. El observatorio, que está 30 kilómetros más al Este de donde le puso Humboldt, levántase en el centro de un jardín situado en la parte de la ciudad que sale más hacia el Nordeste. Aún se conserva allí la famosa piedra en que La Condamine y los suyos hicieron grabar una inscripción relatando los trabajos que practicaron al medir el arco del meridiano terrestre; pero no se ha podido encontrar la base que con tantos esfuerzos trazaron al Nordeste de la ciudad y les permitió medir hasta tres grados del meridiano entre Ibarra y Cuenca. Fuese patriotismo exagerado, bárbara ignorancia ó espíritu de rencorosa envidia, el caso es que el gobernador mandó que se deshiciesen las dos pirámides levantadas en los extremos por La Condamine, una cerca de Pifo, entre el Cotopaxi y el Cayambe, y otra á orillas del Guallabamba. No contrándose huella de la primera ó de Oyambaro, se dispuso que nuevamente fuese levantada, para conmemorar la guerra de la Independencia, á poco de acabada ésta, y supónese con algún fundamento que la otra se reedificó en el propio lugar en que estuvo. Piedras diseminadas por los alrededores de Quito, son vestigios de las antiguas fortalezas de los incas y de sus predecesores los caras. El ser Quito ciudad de mediana importancia, á pesar de hallarse bien situada en la meseta interandina, casi á igual distancia de entrambas vertientes, débese á los malos caminos que por lo general la tienen incomunicada. Por el de Ambato pueden andar carros, aunque casi siempre está anegado, pero no hay ninguno que comunique con el puerto de Esmeraldas, en la desembocadura del río así denominado, lo que sería muy conveniente por estar más cercano que ningún otro. Por el año 1735 comenzó á hacerse, bajo la dirección de Maldonado, un camino que debía acabar en el para-

je donde comienza la navegación del río, fundando de trecho en trecho aldeas de indios, á cuyo cargo había de correr el cuidado del camino, el entretenimiento de las bestias de carga y la conducción de mercancías. Pero esta obra quedó sin terminar, aunque después se trató de hacer otra que iba más al Sur, pasando por Aloag, las faldas del monte Corazón y el río Toachi, no la cruzan sino algunos leñadores, y así ha quedado Quito, sin otra comunicación con el mar que el trabajoso camino de Guayaquil, dos veces más largo que el de Esmeraldas, no atreviéndose á mejorar á éste y á encauzar su comercio hacia dicho punto por miedo de que los guayaquileños, ofendidos de la preferencia, dejen de obedecerla y se unan al Perú. Hallándose, por estas razones, abandonada, sigue siendo Esmeraldas una humilde aldea, á pesar de la feracidad extraordinaria de las vegas vecinas, donde se cogen, además de otros ricos productos, excelentes cacao y tabacos. Los criaderos de esmeraldas que la dieron nombre y cuyo hallazgo despertó la codicia de Pizarro, no se benefician. Cuenta la tradición que los indios de Manta habían extraído de ellos una gruesísima piedra, que después escondieron y que se ha perdido. La aldea de Esmeraldas tuvo primitivamente otro asiento que ahora, hallándose más arriba, al pie de una colina donde hay canteras, y era su puerto el de Tacames ó Atacames, que está en aquella costa á algunos kilómetros de la desembocadura del río, á la parte del Sudoeste. Al Septentrión del Esmeraldas corre un riachuelo á que llaman Río Verde, cuya boca señala el paraje donde desembarcó Pizarro la primera vez que pisó el continente en demanda del Perú, en el año 1526.

Menos y peores que los caminos de Quito á Esmeraldas son los que bajan al Napo y á su tributario el Coca, no pasando ninguno de sendero ó vereda, en muchos sitios interrumpida. La principal de todas transpone la cordillera Oriental, al Este de Quito, entre el Sara-Urcú y el Antisana; toca en la aldea de Papallacta, ya en la bajada al Amazonas; luego en Baeza, pueblo del territorio de los quijos, y en la aldea de Archidona, de donde se baja á Puerto Napo, en cuyo sitio empieza la navegación de este río, el cual más adelante pasa por Santa Rosa de Oas y luego recibe las aguas del Coca. Si las pretensiones del Perú en estas regiones llegan á ser admitidas por el Ecuador; dicho pueblo de Santa Rosa será el primero de esta República subiendo del Amazonas.

La ciudad más alta de la cuesta del Pastaza es la de Lata-

cunga, nombre que algunos escriben La Tacunga ó Tacunga á secas, debiendo ser aquella forma la mejor, si es cierto que en estos parajes vivió en otro tiempo una tribu india, llamada de Llactacunga. Está á 2.778 metros de altura á sotavento del Cotopaxi, cuyas cenizas caen casi siempre sobre ella, empujadas por las corrientes atmosféricas cuando hay erupción, lo que ha sido causa de grandes males, pues varias veces ha quedado destruída, pero consiguiendo siempre reparar sus pérdidas, gracias á la posición que tiene en el camino de Quito á Guayaquil. También es pueblo de alguna industria, pues en ella se hacen unos lienzos ordinarios á que llaman *tocuyos*, y que suelen comprar los indios de la vertiente oriental. Esta ciudad posee un colegio de los mejores del Ecuador, fundado por León, uno de sus habitantes, cuyo apellido dió nombre á la provincia. Treinta kilómetros al Sur de Latacunga, situada también en la cuenca alta del Patate ó alto Pastaza, y como ella amenazada por la vecindad peligrosa de los volcanes, se encuentra Ambato, ciudad rodeada de jardines que asienta sobre un lecho de residuos pentónicos, velados por una capa espesa de piedra pómez, que se ha deshecho en innumerables fragmentos, rastros quizás de alguna reciente erupción. El menor soplo de aire, aventando las cenizas que cubren la superficie de la meseta y colinas próximas, forma remolinos, que esparcidos en finísimo polvo, hacen el ambiente irrespirable. Entre Ambato y Riobamba interpónense unos estribos del Chimborazo.

Es Riobamba ciudad antigua, fundada por los indios puruhas, ocupada después por los españoles, y situada también sobre la cuenca del Pastaza, en la base occidental del Altar, á unos 15 kilómetros al Oeste de los pueblos de Cicalpa y Cayambe, y con tal vista de nevados montes, que á todos los demás del Ecuador hace gran ventaja. Un terremoto que precedió á la erupción del Carihuairazo, en 1797, la destruyó, siendo reedificada en paraje más resguardado. No lejos de ella se ve la sima en que en 1640 se hundió la ciudad de Cacha con 5.000 habitantes. Cerca de Riobamba está la aldea de Guano, cuyos industriosos vecinos hacían antes ácido sulfúrico con azufre de los volcanes próximos, y que ahora viven de los paños y tintes que fabrican. Rompe el Pastaza la cordillera á poco de unidas las dos ramas, marchando hacia el Este primero y luego al Sudoeste, á los pies del Tunguragua, del cual salen unas aguas medicinales, unas termales otras frías, á cuyo beneficio se for-

mó la vecina aldea de Baños. Más hacia el Este, por encima del torrente que corre con rapidez vertiginosa por una angostura, se ve la Cascada de la Chorrera, copiosísimo salto de agua, alimentado por el deshielo de las nieves, y que cae de gran altura de peñasco en peñasco. El aspecto de la comarca ha cambiado no poco con la última erupción del Tunguragua, desapareciendo bajo las lavas y piedra [pómez todo el poblado, incluso las piscinas y la capilla de Agua Santa, visitadas antes por los fieles en romerías y peregrinaciones. Un puentecillo colgante, hecho de tiras de piel tñe oro, salva la garganta más allá de Baños, entre una terraza de micasquisto y un cerro de lava. Por esta grandiosa puerta se sale de las monótonas y sombrías mesetas para entrar en la región de las selvas, la cual comienza con plátanos y otros árboles de los trópicos. Pero traspuestas las haciendas de Santa Inés, que están á 1.244 metros, en vez de grandes poblados, como podría esperarse de la lozanía de la vegetación, sólo se encuentran aldehuelas de mestizos é indios, una de las cuales es la de San José de Canelos, cuyo nombre recuerda el descubrimiento de Gonzalo Pizarro, quien imaginó al llegar á estos parajes haber descubierto un nuevo Ceilán, no menos rico en cinamomo que el asiático.

Detiéndose la carretera al pie de Chimborazo, entre Ambato y Ríobamba, desde donde se despide de las mesetas interandinas el viajero que va á Guayaquil, y rodeando por el Sur la encumbrada sierra, cruza el Arrenal, si es que no prefiere pasarla por el lomo de Tiocajas, que se halla más al Mediodía, y seguir, á la parte baja del río Chimbo, caminando entre las dos cordilleras, hasta Alausí y Sibamba, donde encuentra nuevamente la vía férrea, Siempre fué Tiocajas muralla natural del valle de Pastaza y de las regiones Populosas del Ecuador, por lo que sus habitantes la utilizaron en todas las guerras como posición estratégica de gran importancia. Junto á ella vencieron los incas á los indios que primitivamente poblaron el país; ganó Belalcázar á Rumiñahui la batalla decisiva que le abrió el camino de Quito, y en el siglo XIX han sido testigos aquellos montes de sangrientas peleas en las repetidas guerras civiles de la República.

Casi todo el comercio de Guayaquil y sus alrededores se hace por los antiguos caminos, pues el ferrocarril comenzado se ve substituído con frecuencia por buenos caballos y mulas. La principal estación del camino es Guaranda, situada sobre el

valle de Chimbo, á 2.709 metros de altura, más abajo de la cual desaparece el río Cimbo, bajo un gran *socabón*. El camino de Guaranda á Guayaquil no va siempre por la orilla del río, pues se aparta de ella hacia el Oeste, levantándose para buscar el puerto de Tambo-Gobierno, abierto á 3.175 metros en el estribo de la Sierra de Chimbo, y vuelve á viajar hacia el valle del Guayas en el punto en que, juntándosele el Babahoyo, comienza á ser navegable el río, por el que suben unos 15 ó 20 vaporcitos hasta el pueblo, también llamado Babahoyo, donde hay muchos almacenes ó *bodegas*, como dicen en el país, y que en los cuatro ó cinco primeros meses del año queda casi cubier-



Guayaquil.—Una calle del puerto. (Dibujo de Berteaut.)

to por las aguas. Llega el nivel de éstas hasta el segundo piso de las casas, y las calles quedan cambiadas en otros tantos canales, por donde pasean á sus anchas muchos caimanes, los cuales en vez de hacer daño, como pudiera creerse, prestan el no pequeño servicio de limpiar de cadáveres la corriente, pues de ellos se sustentan. Cuando se acerca la terrible temporada de lluvias é inundaciones casi todo los habitantes huyen de esta «Venecia de paja y bambúes» y se acogen á las cabañas de Sabaneta, donde continúan su manera de vivir, porque la mayor firmeza del piso consiente á los viajeros que van camino de Quito hacer para la y tomar las caballerías necesarias para la jornada. La ría comienza junto á un cerrillo cónico (298-

metros), á cuyos pies se ven las casitas de Zamborondón. Divídense las aguas en infinitos esteros, que corren y cambian de lecho, según las crecidas y las mareas lo disponen, de modo que allí acaban los cafetales y cacaoteros, comenzando los llanos anegados y las *tembladeras*.

La mayor ciudad del Ecuador es Guayaquil, centro principal del comercio de la República con el extranjero. Está al Mediodía de unos collados de menos de 100 metros de alto, cubiertos de arboledas, y extiende por la orilla occidental del Guayas en un espacio de tres kilómetros, su caserío dominado por las torres de algunos principales edificios, con cuya buena apariencia da al viajero la mejor idea de todo este país, y el gentío que discurre por los muelles, los muchos coches que se encuentran en las calles y las banderas que se ven en los balcones de las casas, le confirma luego en ella, pues en toda la costa sudamericana del Panamá al Callao (2.000 kilómetros) no se encuentra ciudad de tanta animación y alegría. A lo bien situada que está para el comercio, debe el haber podido reparar las muchas pérdidas que la han causado acometidas de piratas, incendios, sangrientas peleas en sus calles y otras desgracias. Los barcos que doblan el cabo de Santa Elena ó la punta Pariñas (según vienen del Norte ó del Sur), no encuentran en parte alguna tan cómodo resguardo y surgidero como metiéndose entre las infinitas islas de este gran seno, y á él van empujados por la necesidad ó por el gusto.

Cuando llegaron los españoles tenían allí los indios una población á que llamaban Culenta, que estaba en las faldas de la colina del Norte, y cuyos restos se ven aún. Tan bien pareció el sitio á Belalcázar en 1535, que fundó algo más al Sur una nueva ciudad, la cual vino á juntarse á la antigua por un puente de 700 metros, el cual creían los guayaquileños el más largo del mundo, y que salva los esteros y ciénagas que se interponen entre los dos poblados.

En marea baja sólo entran en el puerto de Guayaquil buques de mediano calado, pues los grandes tienen que fondear á alguna distancia, siempre que calen más de siete metros. La principal mercancía que por él sale es el cacao, primera y mayor riqueza del Ecuador tropical. El canal pasa al Sur del islote de Santa María, á la que por su singular apariencia llaman los marineros la Amortajada, rodeando por el Este la gran isla de Puná, en el canal de Jambeli, cerca de la tierra firme, y sube al Oeste, hacia el río Guayas. Por el Estero Salado, que

corre á orillas de la población, sólo pueden navegar pequeñas embarcaciones. Mucho tiempo careció Guayaquil de agua dulce, pues todas las que se encontraban en sus inmediaciones eran salobres, y era preciso ir á tomar el agua potable á la parte alta del río, de donde la traían en grandes balsas unos barqueros, que luego la repartían en la población. Hoy tiene agua abundante, que baja de los Andes y corre por un canal paralelo á la vía férrea. Las mercancías que han de ir tierra adentro navegan por el río en vapores, que las dejan en las tiendas de Babahoyo ó en el barrio de Durán, construido frente á la población en la margen izquierda del estero donde acaba el ferrocarril. La primera estación de éste es Yaguachi, á orillas del río del mismo nombre, y lugar de mucho comercio con las mesetas, hasta que cegado su puerto por el cieno del río, viéronse los comerciantes en la necesidad de buscar mejor paraje para la contratación. En Guayaquil se proveen los habitantes de las mesetas de las mercancías de que carecen, muchas de las cuales se fabrican allí mismo, siendo la principal industria la de curtidos. También tiene esta ciudad astilleros en que se hacen algunos barcos, aprovechándose para ello las muchas y buenas maderas de los grandes bosques de la comarca, donde las hay tales como el guachapeli, el guayaco y el guarango, que además de dejarse trabajar con mucha facilidad, resisten á los gusanos victoriosamente en términos que pueden decirse incorruptibles. En el río vense muchas barcazas y balsas que llevan dentro chozas de bambú y ramaje, semejantes de lejos á los barcos de flores de Cantón.

En la costa occidental de la península de Guayaquil está el puertecillo de Santa Elena, al que concurren, lo mismo que á la aldea de Puná, en la isla del mismo nombre, muchas personas enfermas de Guayaquil, donde hay gran número de ellas, y allí curan merced á la pureza de la brisa marina. También sirve á Guayaquil de antepuerto en el Pacífico, y tiene bastante comercio de sal que saca de unas copiosas fuentes, pescado seco, cera, ganado, sombreros de paja de *toquilla* y barcos pequeños, con y sin puente, que allí calafatean con cierta grasa, á la que los indígenas denominan copé, y que mana en aquellas playas, la cual la usan también mezclada con otras substancias para curar ciertas enfermedades de la piel, así de personas como de animales. Otra industria de esta villa es la fabricación de gas para Guayaquil.

Al Este de Santa Elena levántase el volcancillo de barro de

San Vicente, único que se encuentra en toda la costa occidental de América. Hay unas conchas ó *caracolillos* en ciertas rocas de estos contornos, de donde se hace el color púrpura como en el golfo de Nicoya (Costa Rica). En la isla de la Plata, que se encuentra á 30 kilómetros de Tierra Firme, hay ostras perleras, en las que, más que la perla se busca el nácar. De Santa Elena á Esmeraldas encuéntranse varios puertecillos, entre ellos el de Manta, por donde se sacan los objetos que fabrican en Montecristo y Jipijapa, famosa esta última ciudad por la *toquilla*, de que se hacen los sombreros llamados también de Panamá. Montecristo fué reedificada, después de destruído su puerto, con el nombre de Manta la Nueva, sobre una colina dominada por un alto cerro, cuyo verdor le hace muy notable en medio de aquellas áridas campiñas, y que por su altura y aislamiento, sirve de guía á los marinos.

La principal ciudad de toda la comarca comprendida entre el mar y la Cordillera Occidental, aunque se halla á unos 30 kilómetros de la costa, llámase Puerto Viejo, y su vega es muy fértil. Báñala el río de Charapotó, que separa la región de los bosques de las áridas campiñas que corren hacia el Sur. Al Norte hay un ancho golfo, en el que acaba la ría ó bahía de Caracas, que conserva la denominación de los indios caraquis, señores de estas tierras en otro tiempo, y en cuya ribera meridional está la ciudad, con un puerto, cerrado por una barra para los buques de mucho calado. La poderosa nación de los *cañares*, que resistió valerosamente á los incas, y de cuya mano son algunos edificios de que aún se ven ruinas en los riscos de la comarca, dejó su nombre al río Cañar ó Grande, que muere en el golfo de Guayaquil, frente á la isla de Puná, formando en su boca un puerto en que, medio escondida entre naranjos, está la población de Naranjal. En una hoya de la parte alta del río, sobre una mesa de tierra que á cada momento se resquebraja, hállase la ciudad de Cañar, en cuyos arrabales aún quedan ruinas de edificios anteriores al descubrimiento, entre ellos Hatun-Cañar, que, según cuentan, fué palacio de Huayna-Capac, poco antes de la llegada de los españoles, y Tomebamba, donde se encerraron los *cañares* para resistir al poder de Atahualpa, quien al fin los venció, matando 60.000 (1530). Al Sudoeste de Cañar, y en la misma vertiente del Pacífico, está la próspera ciudad de Machala, con puerto en el canal de Jambeli, resguardado por las islas de este nombre y llamado Puerto Huaila ó Bolívar. Por él salen los pocos minerales



del valle de Zaruma, cruzado por los afluentes de la parte alta de la cuenca del Túmbez, única región del Ecuador en que hay minas. Las peñas de esta cuenca son de pórfiro descompuesto con una arcilla rojiza en que hay vetas de oro. También tiene la comarca criaderos de cobre en algunas peñas de aquellos contornos. Celica, Catacocha y Cariamanga son otras ciudades del Ecuador meridional, que se hallan en la vertiente cuyas aguas corren al Perú, formándose de los arroyos de la comarca el río Chira ó Achira, que muere en la bahía de Paíta, entre los desiertos de Túmbez y Sechura.

Toda la parte poblada de esta región del Ecuador entra en territorio peruano, bajando hacia el Amazonas. Las ciudades principales y las vegas más fértiles se hallan en la cuenca alta del Paute ó Santiago, que va á morir en aquel río junto al Pongo de Manseriche. La capital de la comarca es Cuenca, ciudad edificada á 2.690 metros de altura en el bonito valle de Bamba, donde se reúnen muchos riachuelos, que poco más adelante se pierden bajo tierra, volviendo á salir 8 kilómetros más abajo para dar nacimiento al río Paute, el cual, á muy poco trecho de allí, comienza á ser navegable por lanchas. Del otro lado del torrente que la baña tiene Cuenca un arrabal al que llaman el Egido. La provincia de Azuay, de la que Cuenca es cabeza, tiene gran cantidad de trigos y ganados, con los que sustenta á mucha parte de la población de la República, y considerable industria de telas y sombreros. Está poblada por indios cañares que se han conservado bastante puros, á pesar de las invasiones de incas y españoles. Junto á ella, del lado del Sudoeste, están las fuentes termales de baños, á las que concurren muchos enfermos. En cambio se hallan casi abandonadas las minas, y ya no se cogen en los alrededores de la ciudad de Azogues tan grandes cantidades de esta substancia como en otro tiempo, á pesar de que la tierra sigue dándola con igual liberalidad. Del otro lado de la Cordillera hay una aldea de indios llamada Macas, vecina á las selvas en que viven los jíbaros, tan famosa en otro tiempo por el oro que en sus cercanías se cogía, que la dieron los españoles el nombre de Sevilla de Oro, pero que hoy está del todo obscura y olvidada. Dominando la hoya de Tarquí, lecho sin duda de algún antiguo lago, levántase entre Cuenca y Jirón el monte de la Pirámide, así denominado de la señal que en él puso La Condamine para marcar el extremo de la cadena de triángulos que trazó cuando midió el arco de meridiano.

No tan sana como Cuenca, que en esto aventaja á todas las ciudades del Ecuador del Sur, es Loja, la cual se encuentra en cambio mejor situada para el comercio, á la altura de 2.220 metros, que es excelente en la zona tórrida, y en el sitio por donde con más facilidad podría pasarse la Cordillera si hubiese verdaderos caminos. Toda esta región ha decaído mucho. Con la destrucción de los árboles de quina perdió Loja su principal comercio, que era el de enviar á Europa la corteza, para lo que tuvo privilegio en otro tiempo. También tenía una colonia en el camino del Amazonas, que era la ciudad de Zamora, sobre el río así llamado, y la cual ya no existe por haberla abandonado los indios que en ella vivían. Tampoco queda nada de Logroño, población situada junto al Paute, y puede decirse que toda esta comarca, al parecer dispuesta por la naturaleza para el paso del comercio de Guayaquil al Pará, se halla en la mayor soledad y abandono (1). Según una tradición de los indios, en la alta meseta de Piscobamba, al Sur de Loja, están enterrados los tesoros enviados de Quito á Cajamarca para el rescate de Atahualpa, y por creerlo han quedado en la miseria muchos codiciosos que gastaron en buscarlos cuanto tenían.

VI

Islas de los Galápagos.

En el Océano Pacífico, á gran distancia de tierra firme, y tan separado por la naturaleza del resto del mundo, que con ninguna otra tierra se le conoce parentesco, está el archipié-

(1) Vecindario de las poblaciones del Ecuador de más de 3.000 almas.

HABITANTES		HABITANTES	
Quito.....	80.000	Santa Elena.....	6.000
Cuenca.....	40.000	Manglar Alto.....	7.000
Gualaceo.....	8.000	San Miguel de Ibarra.	14.000
Guaranda.....	8.000	Cotacachi.....	11.000
Guannjo.....	6.000	Otávalo.....	12.500
Chimbo.....	5.000	Latacunga.....	16.000
Azogues.....	13.000	Loja.....	5.500
Tulcán.....	8.000	Porto Viejo.....	8.000
Ríobamba.....	20.000	Jipijapa.....	6.000
Esmeraldas.....	3.000	Machala.....	6.000
Guayaquil.....	56.674	Babahoyo.....	4.500
Samborondón.....	3.000	Vinces.....	4.800
Balzar.....	3.000	Ambato.....	16.000
Pelileo.....	16.000 habitantes.		

lago de los Galápagos, que el Ecuador posee por haberle heredado del antiguo Estado de Quito. Hay indicios de que le conocieron los quechuas, á pesar de hallarse á tanta distancia, pues los cronistas españoles hablan de una tradición que tenían los peruanos, según la cual, el inca Tupac-Yupangui descubrió en aquellos mares dos islas, á que llamó Hahua-chumbi y Nina-chumbi, lo que en su lengua quería decir de *Afuera* y del *Fuego*. Quizás vinieron los peruanos en conocimiento de haber tierras á Occidente por alguna lluvia de cenizas volcánicas que trajera la corriente que en las regiones altas de la atmósfera sopla en opuesta dirección del viento ordinario, ó por haber arrojado á la costa del Perú la tempestad algunas aves extrañas. La vaguedad de estas leyendas no daba motivo bastante para que los españoles navegasen en demanda de aquella tierra; pero en 1535 les llevó á ella una corriente marítima, la cual arrastró el buque en que navegaba, de Panamá al Perú, Fr. Tomás de Berlanga, obispo de Castilla del Oro, el cual, yendo á tomar cuenta de su gobierno á Pizarro, dió con dichas islas.

Señalaron los españoles muy exactamente la situación del archipiélago al Sur del Ecuador, teniendo el descubridor la discreción de no darle su nombre. Hallólas por segunda vez un soldado desertor llamado Rivadeneira, año de 1546, y tampoco las bautizó con el suyo. Sin duda por ser desconocidas, siguiendo envueltas en cierto misterio, las llamaron los españoles *Islas Encantadas*, y estuvieron larguísimo años casi abandonadas, pues no eran escala para ir á ningún puerto ni tenían minas, reduciéndose la riqueza que en ellas había á bosques, aves, peces y tortugas; de suerte que no las buscaron los comerciantes ni se las conoció otra población que las de algunos piratas extranjeros que en ellas se reunían para correr los mares de esta parte de la América española, repartirse el botín y reparar los barcos. Nuevo motivo de que huyeran de ellas los mercaderes y gente pacífica, como sucedió hasta fines del siglo xvii. En el siguiente estableciéronse en algunos de sus puertos pescadores de ballenas, y en 1793 las reconoció, de orden del virrey del Perú, Alonso de Tormes; pero no habiendo fundado el Gobierno ninguna colonia, pudieron servir de guarida á corsarios argentinos que allí se escondían mientras duró la guerra de la Independencia, esperando ocasiones de acometer á los buques españoles. Hasta 1832 no tomó posesión del archipiélago la República del Ecuador, y desde entonces pocos naturalistas le han visitado; pero como uno de éstos fué el famoso

naturalista Carlos Darwin, quedaron siendo tan conocidas de los sabios como antes estaban olvidadas.

Las 15 islas y 40 islotes y bajíos de que está formado este archipiélago de los Galápagos han tenido muchos nombres, no sabiéndose ya á qué islas corresponden algunos de los que Torres y otros navegantes dieron á muchas de ellas, al descubrirlas, desde el siglo xvi hasta hoy, y á las cuales añadió hace poco tiempo el Gobierno del Ecuador otros nuevos. En la mayor parte de los mapas, incluso los españoles, encuéntranse las denominaciones que hace más de medio siglo dieron á las islas los oficiales de la marina británica, y así sucederá en adelante hasta que tengan pobladores que á su gusto las bauticen (1).

Del arrecife más oriental del archipiélago á la costa del Ecuador hay 925 kilómetros de distancia, llegando el mar á tener, según probaron los sondeos del *Albatros*, 2.500 metros de hondo, por término medio, y 3.352 en algún paraje. Por los estudios que en esta parte del Pacífico se han hecho, ha venido á saberse que más se acercan las islas de los Galápagos á la América Central que á la del Sur, pues la curva de fondos de 3.000 metros corre en una eminencia submarina en dirección del Nordeste, envolviendo el pedestal de la isla de Cocos y acabando en una punta que se dirige hacia la península de Azuero, en la región de los istmos, de la que está separada por un gran barranco de 3.060 metros. Divídese el archipiélago en dos grupos, cada uno de los cuales descansa sobre una montaña submarina de 2.000 metros de alto, y ambos han vivido sin comunicación con el resto del mundo desde las más remotas épocas geológicas, no pudiendo decirse con certeza si salieron del seno de las aguas ó si son restos de algún continente sumergido. Lo que sí está bien claro es su origen volcánico, no encontrándose en las islas sino rocas eruptivas de todas las edades de la tierra.

(1) Nombres españoles é ingleses de las islas de los Galápagos. Islas Encantadas, archipiélago de Colón, etc., etc., puestas según el orden de su grandeza:

Albemarle, Isabel.
 Indefatigable, Infatigable, Chálvez,
 Tierra de Valdés, Duke of Norfolk,
 Santa Cruz, Santiago.
 Narborough, Fernandina.
 James, Santiago, San Salvador, Tierra de Gil.
 Chatham, Grande, San Cristóbal.
 Charles, Mascarín, Floreana, Santa María.

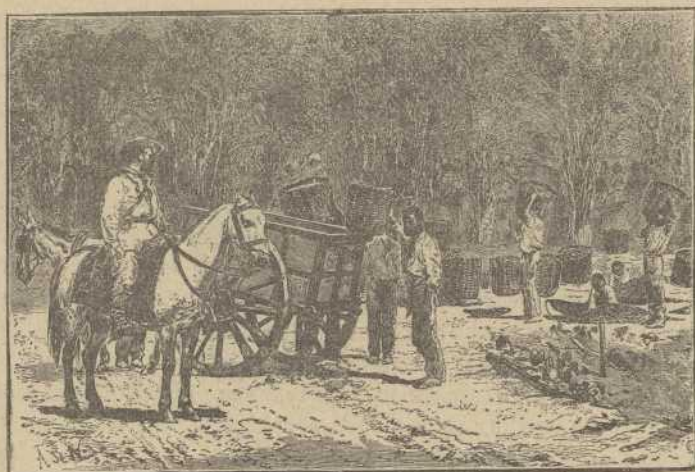
Hood, Española.
 Bindloe, Marchena, Torres.
 Abingdon, Pinta, Geraldino.
 Tower, Genovesa.
 Culpeper, Iervis, Rabida, Guerra.
 Wenman, Núñez, Gasna.
 Barrington, Santa Fé.
 Duncan, Pinzón.
 Islote Bedondo, Roca Redonda.

Sólo en las islas de Albemarle y Narborough se ven aún señales de estar vivo el fuego volcánico que las formó, y de ello da testimonio el almirante Byron, quien en 1735 advirtió las llamaradas de un volcán en la primera de ellas, y también otros marinos ingleses que en 1814 y 1825 presenciaron erupciones en la segunda, que es la que tiene volcanes más altos y lavas rojizas. En las cumbres de las diversas montañas que hay en ella, y cuya altura va de 1.000 á 1.130 metros, vense muchos cráteres, unos ya cerrados, otros abiertos todavía, y en el fondo de los cuales aun se advierten los agujeros por donde antes salían las lavas y vapores. También en las faldas, y aun á los pies de los montes, hay otros muchos respiraderos del fuego interior, habiéndose calculado que pasan de 2.000 los que aún quedan en todo el archipiélago. Aunque cruza las islas de los Galápagos la línea ecuatorial, hállanse por el clima en el hemisferio del Sur, pues domina en aquellos parajes el viento Sudeste, con el cual vienen las lluvias que caen en la parte alta de los volcanes.

No obstante ser tanta la distancia de los galápagos á tierra firme, y de que muchas de las especies de plantas que allí crecen, en ninguna otra parte se encuentran, desde el primer momento se descubre parentesco entre su flora y la del continente. Darwin estudió la fauna de estas islas, sacando de ella argumentos que le sirvieron para escribir su libro sobre el origen de las especies, que tan notable revolución hizo en la ciencia.

Los animales que en mayor número vieron en este archipiélago sus descubridores, fueron las tortugas, y de ellas le dieron el nombre que tienen. Hallábanlas en todas partes, así en los arenales de la costa como en los húmedos matorrales de las colinas y mesetas, en diferentes direcciones cortados por las sendas que el paso de estos animales abría cuando se encaminaban á los parajes en que comían ó bebían. Dice Tomás de Berianga, descubridor de estas islas, que algunas tortugas pesaban muchos quintales y podían fácilmente llevar un hombre encima, necesitándose seis ú ocho para volver á una panza arriba. Con lo mucho que las han cazado, pues hubo barco cuyos marineros mataron cientos de ellas, quedan muy pocas, habiéndose acabado del todo en la de Chatham. Sólo en la de Albemarle se ven todavía con alguna abundancia. En vano sería buscar en aquellas aguas los otarios ó leones de mar que en tanto número las poblaban; pero en cambio hay en ellas

cantidad de ballenas y muchas tortugas de mar. También han encontrado allí los geólogos un rarísimo reptil, especie de lagarto marino, única especie que hoy se conoce de un género que en los tiempos mesozoicos fué muy numerosa. De los animales domésticos que llevaron á estas islas los barcos que la han visitado descienden los muchos toros, burros, cerdos, ovejas, gatos y gallinas silvestres que viven en sus prados, subiendo el total del ganado vacuno, según estadística hecha por el Gobierno, á 25.000 cabezas. También se han hecho silvestres el algodón, el tabaco, el naranjo, la higuera, la chirimoya y otras



Recolección de café en Ecuador. (Dibujo de Neuville.)

plantas cultivadas por el hombre. Es motivo de admiración que las altas y fértiles mesetas del archipiélago de los Galápagos, donde hay tantos pastos y tierras de tan buen cultivo, se hallen casi abandonadas, cuando podrían producir tanto por lo menos como las islas de Haway. Todo su comercio se reduce á algunos fardos de orchilla que se recoge en los árboles y matorrales de Albemarle, y hasta los intentos de colonización penitenciaria hechos por el Gobierno del Ecuador en la isla de Charles han tenido poco éxito. Sólo en la isla de Chatham se ha podido fundar una pequeña colonia, á pesar de que el puerto de ella, que es la bahía del Naufragio, siempre llena de tiburones, mira hacia el Oeste, es decir, hacia el archipiélago.

VII.

Estado comercial y político.

En ninguna de las Repúblicas hispano-americanas han hecho tan poca mudanza las ideas y costumbres europeas como en la del Ecuador, donde siempre fueron en corto número los blancos que subieron hasta lo alto de las casi inaccesibles mesetas para quedarse á vivir en ellas. Y una vez allí, siendo pocos y tan separados de sus compatriotas, y hallándose entre tanto indio quechua, cañar ó puruha, contadas novedades podían introducir en los usos de éstos. Sin exageración se puede decir que todas las novedades entraron juntas cuando la conquista, y que una vez sometidos los indios á las nuevas leyes y cambiada en otra más suave servidumbre la que tenían, olvidada su antigua religión por la de los españoles, algo cambiados sus primitivos trajes, mezclada con su sangre alguna parte de la de aquéllos, ahí se estacionaron, sin pasar adelante en nada, ni deseirlo. Nunca pensaron los quechuas ni la gente de las otras naciones en alzarse contra sus señores, dejándose tranquilamente gobernar por los curas que les instruyeron en el cristianismo.

No así los criollos de Quito y de las otras ciudades, quienes tardaron poco en disgustarse de la arrogancia de los peninsulares y de los privilegios que éstos tenían. Unos cuantos abogados, resentidos del daño que les hacían algunos mozalbetes españoles protegidos por el Gobierno, dieron en Quito, año de 1809, la señal de rebelión; pero aunque declararon hacerlo en nombre del legítimo rey Fernando VII y de la Santa Iglesia católica apostólica romana, pagaron casi todos su atrevimiento con la vida, no habiendo seguido su voz en ninguna parte el pueblo. Este ha sufrido mayores cambios que en los siglos anteriores en los años que van desde que acabó la guerra de la Independencia y se hizo el Ecuador República autónoma. Los indios del campo acuden á las ciudades, quedándose á vivir en ellas, unos porque les conviene para su comercio, y otros por el deseo de aprender y vivir con la mayor civilización posible, á cuyas causas se debe que esté sucediendo en esta nación lo que en los Estados Unidos, aunque no en tanto grado, en lo referente á crecer las ciudades á costa de las aldeas.

En las provincias de Pichincha, Guayas y Azuay, donde

están las tres principales ciudades de Quito, Guayaquil y Cuenca, viven la tercera parte de los habitantes de la República, facilitando esta reunión de tan diversas gentes en reducidos espacios la mezcla de las razas y viniendo á mezclarse la sangre del indio con las ideas y deseos del europeo. Puede decirse que el Estado del Ecuador se contiene en la gran meseta ceñida por ambas cordilleras, en la cual se hallan todas las ciudades de alguna consideración, menos Guayaquil, sin quedar fuera comarca medianamente poblada, si no es los caminos que á esta ciudad conducen. En la dilatada provincia de Esmeraldas, que tal vez aventaja á todas las demás de la República en la fertilidad del suelo, pero que está fuera de dicha meseta y en la tierra caliente, sólo viven la centésima parte de los habitantes de la nación, y en la de Oriente, que comprende la mitad de ésta, apenas se cuentan 80.000, ó sea el vecindario de una ciudad de mediana importancia de Europa.

Siguiendo el Ecuador las tradiciones españolas y aristocráticas, no es de admirar que se halle en él mal repartido el terreno, correspondiendo mucho á unos y nada á otros. Un solo señor posee la montaña de Cayambe, el Sara-Urcú y todas las llanuras y valles intermedios. Otro es dueño del Antisana, con parque, caseríos, todo lo que encierra aquella vasta región, sin contar con que por la parte del Amazonas: «la extensión de su señorío es tan considerable, que por mucho que se camine hacia Oriente, no se le ve el fin». Así sucede que la mayor parte de la población es gente servil y esclava, siempre deudora de sus amos, por lo que les llama, según la ley, *concertados*, voz que, por corruptela, se dice *conciertos*, como si su miserable estado fuese efecto de un contrato libre.

Tal es el atraso en que viven, que en algunos sitios no conocen el arado. En el Sur hay valles apartados, cuyos habitantes hacen la trilla calzando gruesos zapatones, con los cuales pisean el trigo. Llevan la harina de California y Chile, y su principal industria es la cría de ganado. Hay ganadería, hato, que contiene sobre 5.000 vacas, sin contar los rebaños de ovejas y las yeguas. En cambio muchos indios desheredados, para quienes no ha quedado un palmo de tierra, viven de algunas ovejas que sustentan en los pastos de los páramos. Además de los prados naturales, siembran alfalfa en los terrenos á propósito. Los principales y más productivos sembradores que hay hacia la mitad de los montes son los cafetales. En las vegas se coge mucho azúcar, y sobre todo cacao, que es de todas las

mercaderías que sacan del Ecuador la que mayor ganancia deja. También se exporta por Guayaquil mucha tagua ó marfil vegetal, pero esta mercadería se vende como la naturaleza la produce, sin que intervenga en ella el trabajo del hombre.

De las minas que hay en muchas partes de la República, sólo se benefician verdaderamente las de Zaruma. Fábricas de alguna consideración, con grandes máquinas de vapor, no se ven sino en Guayaquil, hallándose tan atrasada la industria en las poblaciones del interior, que casi no hay ninguna, descontada alguna manufactura de paños y sombreros de paja y aun éstas débense á las mujeres, que casi todas tienen un *arte* en casa y aprovechan los momentos de descanso en este trabajo. Esta industria doméstica está amenazada de muerte por la introducción de otros semejantes artículos extranjeros producidos en fábricas grandísimas, de modo que costando menos el hacerlos, pueden venderse más baratos. Los poderosos industriales de los Estados Unidos hacen este negocio con el Ecuador, el cual, como sólo produce algunas telas de algodón, no puede darles en cambio otra cosa que los productos de su feracísimo suelo cuyo comercio se hace casi todo por Guayaquil.

Sin duda tiene alguna parte en esta pobreza del comercio la falta de caminos, tan extremada, que hasta el presente no hay en toda la nación más que una carretera y un ferrocarril. Por el cable de Guayaquil se comunica el Ecuador con el resto del mundo.

No por ser tan lentos los progresos del Ecuador en agricultura, industria, comercio y comunicaciones, se ha de entender que estos progresos no existen, pues por el contrario los realizados en la instrucción primaria son buena garantía de que han de aumentar. Además de numerosas escuelas hay colegios de segunda enseñanza, y Universidades en Quito, Guayaquil y Cuenca.

Según la Constitución del Ecuador, el fundamento del Estado es la soberanía del pueblo, pero no por eso es universal el sufragio, porque sólo pueden votar los ciudadanos católicos de más de veintiún años (ó de diez y ocho si son casados) que tengan bienes estimados en 200 duros, por lo menos, y que sepan leer y escribir. Las personas que, en opinión de las autoridades, observen mala conducta, pierden este derecho. Para formar el Congreso, en quien reside el poder legislativo, elige cada provincia dos senadores, y un diputado por cada 30.000 habitantes. La diputación dura dos años nada más, pero

la senaduría cuatro, renovándose el Senado por mitad de dos en dos años. El pueblo elige el presidente, cuyo cargo dura cuatro años, plazo que no puede alargarse; de modo que sólo en otra elección posterior puede volver al puesto que tenía. También el vicepresidente es elegido por el pueblo y por cuatro años, pero no al mismo tiempo que el presidente, sino dos años después, y así viene á gobernar otros dos años con el sucesor de éste. Los ministros son cuatro, de Hacienda, Guerra y Marina, Cultos é Instrucción pública. Hay un consejo compuesto de un prelado, un magistrado y otros tres miembros, todos nombrados por seis años; examina los actos del presidente, y en caso de no conformarse con ellos, somete la diferencia al juicio de la asamblea. Los autores de la Constitución del Ecuador quisieron hacerla inmutable, poniéndola al abrigo de los cambios que en ella podría introducir la poderosa y tornadiza opinión pública. No puede mudarse ningún artículo que antes no haya sido ley cuatro años por lo menos, y cualquier mudanza, para ser valedera, requiere, sobre el voto de las dos terceras partes de la asamblea, el de otra asamblea nuevamente convocada. Además hay dos artículos considerados perpetuos, y en los que por tanto no se admite novedad alguna: el que decreta que el gobierno de la nación será republicano, y el que declara que la fe del Estado es la católica. El Ecuador es una de las pocas naciones recientemente formadas en las que el Estado tiene religión propia y ésta es la católica apostólica romana, con exclusión de cualquier otro culto. «El único gobierno verdadero y completamente católico que existe es el de la República del Ecuador», estando obligados los poderes públicos á respetar y á hacer respetar la religión del Estado y á proteger su libertad y sus derechos. El juramento que sobre este particular hacen el presidente y el vicepresidente de la República ante el Congreso ó ante el Tribunal Supremo es más religioso que político, pues ambos dicen así: «Juro por Dios Nuestro Señor y sobre sus Santos Evangelios desempeñar con fidelidad mi cargo, proteger la religión católica apostólica romana, conservar la integridad é independencia del Estado, y guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes. Si así lo hago, Él me lo premie y si no, Él y la patria me lo demanden.» Todavía era más católico el Gobierno del Ecuador años atrás, pues en 1873 dirigió el presidente, García Moreno, un mensaje al Congreso reconociendo que el Estado debía sumisión á la Iglesia. «Puesto que tenemos la dicha de ser católi-

cos—decía—seámoslo francamente y sin reservas, no sólo en el hogar doméstico, sino en la vida pública: probemos con el público testimonio de nuestros actos la sinceridad de nuestros sentimientos y de nuestra profesión de fe.» Los libros, periódicos y folletos que se introducían entonces en la nación debían ser examinados por representantes de la Iglesia. Declaróse al Sagrado Corazón de Jesús protector de la República, y el ejército fué dividido en cuatro cuerpos, que se denominaron del Hijo de Dios, del Buen Pastor, de las Cinco Llagas y de la Virgen Inmaculada. También dieron nombres piadosos á las subdivisiones de estos cuerpos, llamándose uno de los *Guardianes de la Virgen*, otro de los *Defensores de María*, y así los demás. Recientemente ha decaído algo este catolicismo furioso y los gobernantes actuales no dan muestras tan vehementes de fe.

En esta nación tan religiosa la organización eclesiástica es de mayor importancia que la civil. Compónenla seis diócesis con sedes en las poblaciones de Ibarra, Ríobamba, Cuenca, Loja, Guayaquil y Puerto Viejo, dependientes todas ellas del arzobispado de Quito. Las diócesis se subdividen á su vez en vicariatos y éstos en curatos, que corresponden casi siempre con las parroquias civiles. Calcúlase en cuatro ó cinco millones anuales la cifra del presupuesto eclesiástico. Son tan numerosas las congregaciones religiosas en el Ecuador, y tienen tanto poder, que en sus manos está la instrucción pública. Así la enseñanza primaria corre á cargo de la cofradía de la Doctrina, y los colegios de niños están dirigidos por religiosos, de igual modo que las escuelas superiores de Quito, Guayaquil, Ríobamba y Cuenca, que se hallan en manos de los jesuitas. Los indios orientales han vuelto á ser gobernados por jesuitas, franciscanos y la cofradía del Buen Pastor, teniendo cada una de estas órdenes á su cargo todo un distrito, en el que es dueña absoluta. Del comercio con los indios encárganse los misioneros, habiendo hecho salir de aquellos territorios á casi todos los comerciantes á quienes en más de una ocasión se han negado los naturales á servir y acompañar á ningún precio. Aun aquellos que merecen buena acogida, se ven precisados á presentarse á la autoridad civil ó eclesiástica en demanda de las oportunas órdenes para que se les den hombres y bagajes, y cuando las consiguen, llevan determinados en ellas los sitios donde han de pararse para el refresco y descanso suyo y de la gente.



Grupo de peruanos (Dibujo de S'o.n.)

PERU

I

El país.

El famoso Perú ó Birú, cuya reputación de riqueza, extendiéndose á remotas regiones, despertó la ambición de Andagoya y de Pizarro, y creció y se ensanchó todavía mucho más, luego de descubierto y conquistado, no ha tenido hasta ahora tan altos destinos como prometió al descubrirle los españoles. No están agotadas sus minas; los tesoros de sus vegas fertilísimas y de sus selvas inmensas hállanse intactos, y de sus montañas orientales bajan al Amazonas infinitivos valles, que son otros tantos caminos excelentes por donde podría comunicar con Europa. No obstante estas favorables circunstancias, otras antiguas provincias españolas, que cuando el Perú era de las de mayor importancia, apenas tenían alguna, le han aventajado mucho, de tal modo, que siendo este virreinato al comenzar el siglo XIX el primero de la América del Sur en población y comercio, ha venido á quedar en el cuarto lugar, es decir, después de la Argentina, Chile y Colombia. El oro, que tanta

parte tuvo en la decadencia de España, hizo también mucho daño al Perú, pues fué de las mayores causas del empobrecimiento del suelo, envilecimiento del trabajo y corrupción de los hombres, notándose aún en lo más profundo de la nación peruana las huellas de la desgraciada época en que no se conoció á sus dominadores otro deseo que el de enriquecerse.

Perdió Perú en la guerra con Chile un dilatado territorio de no menos de 120.000 kilómetros cuadrados de extensión, pero aun así, sigue siendo una de las grandes naciones del Nuevo Mundo. Reduciéndola al espacio que le quedaría si hubiese de ceder á los Estados vecinos las comarcas que le disputan, todavía vendría á tener 1.000.000 de kilómetros cuadrados. Dejando aparte sus litigios pendientes sobre territorios con los vecinos Estados, el verdadero Perú se reduce á aquella parte de los Andes que va del golfo de Guayaquil al seno de Arica, y se halla precisamente hacia la mitad de la costa occidental de la América del Sur, pudiendo también añadirse dos estrechas fajas de tierra, á saber: las orillas del Huallaga y las del Amazonas hasta Tabatinga. Limitado de esta suerte, ciñenle por el Norte el golfo de Guayaquil, los puertos de la cordillera, que desembocan en el callejón del Amazonas, y que son los más bajos de toda ella, y á 2.000 kilómetros de distancia, caminando hacia el Sur, otro corte de la Cordillera, señalado por el lago Titicaca y el cambio de dirección de la costa. Dentro de los términos así fijados por la naturaleza vive la nación peruana, que se compone de unos 4.000.000 de almas.

Luego de conquistado el Perú visitaron los españoles hasta sus más remotas provincias, viajando por todo él, y como las dos ciudades de Cajamarca y Cuzco, en que residían los emperadores, y que por esta razón eran cabezas del Estado, se hallaban á tanta distancia una de otra, viéronse los conquistadores varias veces en la necesidad de cruzar toda aquella tierra de extremo á extremo reunidos en ejército. Después que Pizarro fundó la ciudad de Lima y puso en ella la capital, quedó siendo ésta centro de donde partían, no sólo los soldados que iban á guarnecer lejanas poblaciones, sino los aventureros que marchaban á las minas, los comerciantes y los empleados del Gobierno, gente, en su mayor parte, dada á buscar nuevos géneros de riquezas que beneficiar, y que llevada de su afán, entró en las gargantas de la sierra de Carabaya, donde decían que había mucho oro, en la cuenca del Inambari y en otros parajes, de los que apenas se sabe hoy sino lo que entonces se

averiguó y refirieron los primeros cronistas. De tantos como acudieron al Perú, llevados de la fama de sus riquezas (mayores cuanto más lejos se ponderaban), muchos hubo que estudiaron aquellas novísimas tierras y extrañas gentes, y refirieron su historia y sus costumbres, entre ellos Garcilaso de la Vega, hijo de un español y una peruana y nieto de un inca.

Con los conquistadores llegaron al Perú los misioneros, y no se contentaron con establecerse en la parte poblada y tranquila de la tierra conquistada, sino que bajaron á los llanos orientales á predicar la fe cristiana á las tribus bárbaras que en ellos vivían. Todos estos, al mismo tiempo que levantaban iglesias, estudiaban los países que visitaban, y muchos fueron grandes viajeros. Simón Jara descubrió y visitó las hermosas campiñas llamadas Pampa del Sacramento, que se extienden entre el Ucayali y el Huallaga, y otros muchos le acompañaron y siguieron en su empresa descubridora; pero con la decadencia de España, la guerra de Independencia y las civiles que la siguieron, perdióse toda la labor de las misiones, cayendo en su antigua soledad y barbarie los pocos indios de aquellas comarcas; cerráronse y olvidáronse los caminos abiertos en las selvas, y todo volvió á quedar como antes del descubrimiento. Después de la separación del Perú acudieron á esta nación muchos extranjeros, que la exploraron con mayor cuidado y perfección, según los métodos que la ciencia moderna señala, fijando astronómicamente ciertos principales puntos del territorio.

II

Montes y ríos.

Es uso corriente decir *Andes* ó *Cordillera* hablando del conjunto de montes que pueden considerarse espina dorsal de la América del Sur, y unir ambas denominaciones diciendo sencillamente Cordillera de los Andes, pero en geografía peruana este último nombre corresponde á una sola de las sierras del sistema. Tal voz se aplicaba en lengua quechua á los montes habitados por este pueblo, es decir, los del Ecuador, Perú y Bolivia, que corren al Este de la meseta occidental del continente. Del origen de ella han escrito varios autores, sin llegar á una opinión común. Unos piensan que viene de la nación de los antís, que vivía en la vertiente oriental y de la que ha tomado el nombre

de Antas una región de Bolivia, y otros que es una abreviatura de Antasuya ó Montes del Cobre, que con mucha razón les daban los indios; pero Humboldt no quería aceptar por buena esta etimología. Para los españoles, la verdadera Cordillera fué siempre la de Occidente, por ser la primera que encontraban al entrar en el país, viniendo del Pacífico, camino que siempre traían, siendo para ellos las demás también *cordilleras*, pero necesitadas de apellido que las determinara y señalara entre las otras. Casi siempre sacaron ese apellido de las regiones que cruzaban ó de las ciudades que en sus faldas edificaron.

Los Andes llamados del Perú empiezan en la sierra de Loja, en la cual, según queda dicho, se compendian todas las del Ecuador. Esta reunión dura breve trecho, pues luego de entrar aquélla en tierra peruana, se abre en muchas partes, que son otras tantas sierras paralelas á la costa y que muy ordenadamente corren entre el Pacífico y el Amazonas de Noroeste á Sudeste, separados por estrechos valles de que la Naturaleza ha hecho otras tantas provincias. La *costa* es la parte del país que comienza á levantarse desde las orillas del mar y va subiendo hasta la Cordillera. Córtanla algunos collados paralelos á la *sierra*, pero á los que no consideran en el país parte y dependencia de ésta, si bien es cierto que dicha voz *sierra* no la emplean para nombrar una determinada cordillera, sino toda la comarca situada de 1.500 á 3.500 metros, que viene á ser lo equivalente á la *tierra templada* de Méjico y Colombia, y en la cual vive con toda comodidad la raza blanca, dándose al cultivo de plantas semejantes, y á veces iguales, á las de Europa. La *tierra fria*, á la que llaman *puna* (y en Colombia *páramo*), hállase más alta que la *sierra*, subiendo desde 3.500 hasta 4.200 metros y aun hasta 4.500, pues todavía se encuentran en ella sembrados y algunas pobres aldeas. Es de poca anchura, y en ella se hallan las mesas y puertos barridos por los vientos y las tormentas de nieve, que en tanto peligro ponen la vida de los viajeros y de los muchos pastores que por allí pasan con sus ganados, defendiéndose trabajosamente del frío. Luego de la *puna* está la zona de las peñas desnudas, los escarpados picachos y los helados ventisqueros, á la que en pasados tiempos nadie se atrevía á subir. A ésta llámanla propiamente *cordillera*, dando á este nombre muy diferente significación del que tiene en español, y que así entendido podría aplicarse á toda la cadena de montes del Occidente del Perú. Pasada ésta y á las que le siguen comienza la región denominada *montaña* por los

peruanos, y que en unos parajes merece este nombre por ser quebrada y en otros es llana, pero en los más cubierta de bosques y en todos fertilísima.

Las sierras del Norte del Perú son, comparadas con las otras, de no mucha altura y muy diversas y singulares formas. Adviértese que la verdadera continuación de la cadena mayor parece bajar por la honda cañada por donde corre el Marañón alto, ó sea la rama que se considera principal del Amazonas, cuya cortadura sigue por la cuenca del río Chinchipe, que con opuesta marcha baja del nudo de Loja. Juntos los dos, vuelve el Marañón al Este y rompe la cadena oriental de los Andes, mientras otra sierra, que arranca dedicho nudo de Loja, adelantándose hacia el Sur, ciñe por el Oeste la cuenca del río muy cerca de sus fuentes, y se une á unas montañas que se levantan directamente sobre el litoral, sirviendo de lazo entre ambas las alturas que cierran por la parte del Sur la hoya de Cajamarca. En estas sierras hay cerros que llegan á más de 3.000 metros. Las dos cordilleras que se interponen entre el Marañón alto y el Pacífico suben tan á prisa, según van adelantando hacia el Mediodía, que en breve trecho alcanzan doble altura, sobreponiéndose á su compañera, la de Ancachs, cuyos picos, aunque no tienen la universal fama de otros, sin duda porque no les hicieron La Condamine y Humboldt el honor de subir á ellos, aventajan notablemente á todos los antes descritos, entre ellos el cerro de Huandoy, á cuyos pies está Caraz, el de Huscán, terminado por dos agujas, y el de Hualcán. Cualquiera de ellos pasa de los 6.000 metros y la punta más alta del Huascán llega á 6.721, excediendo al Chimborazo en 411 metros. Por las faldas de estos montes bajan las nieves permanentes más que por las de los otros del Perú, hallándose en el puerto de Yungunaco, encima de Yungay, á 4.800 metros, cuando es cosa averiguada que en cualesquiera otros es preciso pasar de 5.000 metros para empezar á encontrarlas. También sucede que en la vertiente oriental, vuelta hacia los vientos alisios, siempre cargados de humedad, la faja de nieve es más ancha que la occidental, donde el aire es más seco, pero en los montes de Ancachs vese lo contrario, pues la cordillera Negra, que es muy alta y está entre ella y el mar, cierra el paso á los vientos templados que soplan de éste y retarda el derretimiento de los hielos. Esta sierra Negra es tan encumbrada, que ninguno de sus puertos baja á menos de 4.200 metros, y que muchos de sus cerros pasan de 5.000, transponiendo el límite que en la cordi-

llera principal tienen las nieves permanentes; mas no por eso cuajan éstas en sus cumbres, pues no teniendo defensa alguna contra los cálidos vientos de la costa, poco después de caídas se derriten. De aquí se ha originado el nombre que lleva, porque ostenta casi siempre la negrura de sus riscos, en vez de la blancura de la nieve. En otro tiempo debió suceder muy al contrario, viéndose aún en los barrancos huellas de los antiguos ventisqueros. Al hondo valle que separa á la Cordillera Nevada de la Negra llaman los naturales Callejón de Huaylas. Parecen estas sierras muy diversas la una de la otra, pero tan lejos están de serlo, que en lo pasado formaron las dos una sola, de lo que se ven claras señales en los terrenos en que nace el río Santa, donde está bien patente la unidad de las capas geológicas de ambas. Las nieves y las aguas fueron poco á poco separándolas unas de otras y abriendo hoyos en que se formaron lagos unidos por un río, cuyos acarreos acabaron por llenarlos, igualando al fin la pendiente del fondo de la cañada. Lo más hondo de las antiguas hoyas, hoy secas, aún se conoce por el verdor de las plantas que en ellas crecen.

Las diversas sierras siguen al Sur de las fuentes del Marañón, dejando entre ellas muy breve espacio y comunicándose por estribos hasta unirse en un nudo, á que llamaron Cerro de Pasco, del nombre de la ciudad vecina, pero sin que esta unión sea tan completa que deje de advertir la vista cuál es la Cordillera propiamente dicha y cuál los Andes. A todos los picos del nudo se sobrepone el de Huaylillas, que tiene 4.950 metros de alto. Pasado el Cerro de Pasco corre al Sudeste la sierra de los Andes, compuesta, lo mismo que los estribos mencionados, de rocas mesozoicas, rotas por otras de formación cristalina, dominándola montes de más de 4.000 metros de alto. Córtanla el Perene y el Mantaro, afluentes del Ucayali, y al Noroeste del Cuzco, los ríos que dan al Apurimac la mayor parte del caudal con que se enriquece, la han barrido, escombrándola con el empuje de sus aguas, que han abierto á 2.500 metros de altura una dilatada hoya, por la cual corren unos hacia otros hasta juntarse todos como las varillas de un abanico. Al Este del Apurimac levántase una sierra y otra al Este del Paucartambo, escalones del mismo sistema y orientadas ambas de Noroeste á Sudeste. En la primera, ó de Vilcaonga, hay un monte de 4.160 metros. Pero la ventaja mucho en altura la sierra de Carabaya, que señorea con toda la majestad de su corpulencia la gran extensión de la montaña en que nacen los caudalosos tributa-

rios del Amazonas, irguiendo sus picos mayores, siempre cubiertos de nieve, á más de 5.000 metros. El de Chocoma, que es de los más altos, tiene, según parece, 5.370, y se halla ya en territorio boliviano. Desde él encamínanse los Andes un poco más al Sur, primera muestra de la nueva dirección de Norte á Mediodía que toma toda la región, incluso la costa. Pasados el Huallaga y el Ucayali, aún hay otras sierras, pero ninguna tan alta que salgan sus cumbres de la zona de las selvas tropicales. Todas son paralelas á la Cordillera y á los Andes. Al Sur del Cerro de Pasco confúndese la Cordillera propiamente dicha con el borde de las altas mesetas interandinas, dominándolas muy poco, por lo que la denominan *ceja* en el país; pero del lado opuesto ó del Pacífico aparece como verdadera y encumbrada sierra. En la Viuda, al Nordeste de Lima, llega á 4.655 metros, y á lo mismo, con pequeña diferencia, en el monte Meiggs, así llamado del nombre del ingeniero que abrió en la Cordillera el primer túnel para el paso de la vía férrea. Sobre este monte está el gran risco de Piedra Parada, en el que era costumbre de los arzobispos de Lima, al volver de la visita á su archidiócesis, decir una misa de pie sobre la nieve y con el inmenso espacio por templo. Al Este de Ica ábrense en dos la Cordillera, y mientras una de ellas sigue sirviendo de borde á la meseta, la otra cruza sobre ésta con el nombre de Vilnacota. Toda ella es una serie de cerros no muy bien ordenados y que no marchan en la dirección que los demás del sistema; de suerte que en vez de Cordillera debe considerarse lomo de separación entre dos opuestas vertientes, una de las cuales cae al Amazonas, dando nacimiento á las mil fuentes del Apurimac y del Urubamba, y la otra la del Pacífico, por la que corren muchas gargantas ó quebradas, algunas muy largas, pero casi siempre secas y que se abren paso por la sierra á mucha profundidad. Las cumbres más altas de este lomo divisorio levántanse en la prolongación de las cadenas que los ríos han escombrado, según se ve en el gran cerro de Vilcanota (5.300 metros), que da nombre al sistema, y que se encuentra en el eje de la Cordillera principal de los Andes. También el pico de Azungato, cuyas blancas nieves brillan á los ojos de los habitantes del Cuzco, del lado del Sudeste, se halla como á continuación de un collado que está orientado según el orden dominante en la región.

La parte meridional de la cadena del Oeste ofrece, comparada con las demás del Perú, la novedad de tener volcanes,

reapareciendo éstos á 2.000 kilómetros de los del Ecuador. Es probable que el nacimiento de estos montes de fuego sea reciente y que surgieran después de socavados los valles que nacen más á Oriente, los cuales, á pesar de las materias ígneas con que en parte los han llenado aquéllos alguna vez, continúan cortando la sierra. Los primeros de estos volcanes están apagados, ostentando blancas nieves en sus picos casi todo el año, y algunos eternamente. Son los principales el Sara-Sara, el Achatayhua, el Coro Puna, igual al Chimborazo por la magnitud de sus ventisqueros y la majestad de su cumbre, el Ampato, el Chachani y el Misti (Sacahuaya), famosísimo volcán que



Arequipa y el Misti. (Dibujo de Voillart.)

levanta su soberbia cabeza cónica, manchada de nieve, al Nordeste del llano en que se extiende la ciudad de Arequipa. Más aún que á su altura, con ser ésta muy grande (5.640 metros), ó que á su importancia en la historia de la tierra, debe esta montaña la celebridad de que goza á su mucha belleza y á hallarse en el camino de Bolivia, de suma importancia comercial. En su cráter, que desde tiempo remotísimo está apagado, sólo se ve ceniza y nieve; pero esto, no obstante, parece que los terremotos, que tantas veces han hecho temblar con furia el suelo de Arequipa, nacen en las entrañas del Misti. El de 1868 la destruyó casi del todo. Desde que en 1847 subió Weddell á lo alto del volcán, otros muchos le han imitado, pero siempre trepan-

do por la vertiente septentrional que mira al Chachani. Ryder y Rothwell que subieron por la occidental con el propósito de estudiar ciertas grietas que hay hacia aquella parte, perecieron en la empresa. En uno de los estribos del Misti está el observatorio astronómico del Carmen Alto, fundado por Pickering, circunstancia que sin duda proporcionará muchos visitantes á esta montaña. Al Sur de Misti, y en prolongación de la ruínosa cúspide del Pichu-Pichu, álzase, con unos 30 kilómetros de extensión, una cadena de montes, en cuya cumbre más alta se abre el cráter del Omate, llamado también Huayna-Putina ó Putina-Arrogante. Este volcán, sin ofrecer el grandioso aspecto del Misti, es, de todos los del contrafuerte, el más activo y peligroso. La primera de sus erupciones de que se tiene noticia es la de 1600. Seis pueblos situados al pie y en la falda del monte desaparecieron bajo gruesa capa de lava «de una lanza de altura». Más de una semana estuvo envuelta en tinieblas, con espanto de sus habitantes, la ciudad de Arequipa, distante del volcán 70 kilómetros, obscurecida la atmósfera por densa nube de cenizas y sacudida fortísimamente por los terremotos. Creyeron los arequipeños llegada su última hora, y se preparaban á bien morir, acudiendo presurosos á las iglesias ó recitando plegarias, mientras algunos, más medrosos ó menos cristianos, pusieron término á sus días por no presenciar otros peores. Cuentan que los efectos de la erupción se sintieron á 1.000 kilómetros de distancia, y á 1.500 de la costa llevó el viento cenizas del volcán. En Lima, situada á 890 kilómetros del Huayna-Patina, creyeron, engañados por el terrible estampido, que la armada española peleaba con la de los corsarios holandeses. Todos los alrededores de Arequipa quedaron asolados por las lavas, y en seis años no lograron los vecinos recoger fruto de los muchos viñedos que no murieron abrasados por el fuego, como ocurrió á las demás plantas. Otro volcán elévase al Sur de los límites actuales del Perú, y es el Tutupaca ó Candarave (5.780 metros), cuya base rodea por Sur y Oeste á una laguna que acrecentan las nieves en la época del deshielo. Una de las mayores erupciones del Candarave fué la del año 1779.

En el litoral hay algunos nudos independientes de las cordilleras propiamente dichas, y que los marinos conocen de lejos por la resplandeciente blancura de las peñas, siendo prolongación de algunos de ellos los cabos de Túmbez y Lambayeque, que adelantan mar adentro en el Perú septentrional. De estos

nudos el más alto es el de Amotape, que llega á unos 1.000 metros, y á cuyos picos llaman también Montes de la Brea. Hacia más de un siglo que la gente de la hacienda de Pariñas, situada en la parte más occidental de dichos montes, empleaba la brea natural ó *cope* para dar un baño interior á las vasijas que fabrican, y á las que, según el tamaño, llaman *botijas* ó *priscos*, pero sólo en esto empleaban aquella substancia, hasta que el ejemplo del gran provecho y riqueza que de las fuentes de petróleo conseguían los Estados Unidos, determinó á los hacendados peruanos á alumbrar los abundantes manantiales de las peñas de la costa. Los principales están en los montes y junto al mismo mar, en el trozo de litoral que va de Túmbez á Sechura. El asfalto encuéntrase á la profundidad de 30 á 120 metros, bajo capas de diversas clases de rocas. En algunos sitios sube el petróleo por filtración hasta las capas más altas, llegando á atravesarlas algunos gases y grasas que brotan á la superficie del suelo. Tal vez son más ricas todavía que los montes de Amotape unas montañas que hay al Sur de Sechura, semejantes á ellos, pero que deben tener en su interior lagunas de petróleo de mayor extensión. En estos parajes le han salido al suelo ampollas de 10 metros de alto y 200 de circunferencia, que son otros tantos volcancillos de los que la brea en piedra sale líquida y mezclada casi siempre con agua salada para petrificarse luego sobre el suelo. En los llanos llamados de la Garita y del Reventazón, que se extienden junto al mar, vense muchos montecillos de esta substancia. También brotan en el fondo del Pacífico manantiales de petróleo, de lo que son seguro indicio las manchas de aceite que algunas veces relucen en la superficie del agua.

Siguen á la orilla del mar diversos nudos separados unos de otros por vallecillos fértiles ó por quebradas, que por carecer de agua no se han podido reducir á cultivo. Entre el Achira y el Piura está la sierra de Paita, de sólo 396 metros de alto. La sierra de la costa que se levanta más al Sur escondiendo el desierto de Sechura, llega á su mayor altura en el cerro Illescas, y adelantándose al Nordeste hasta Punta Aguja, viene á ser la parte más saliente de América Meridional sobre el Pacífico. Al Sur de Lima sube la tierra á su punto culminante, que es un gran cerro cónico llamado Monte Darwin (1.770 metros). Sobre la cuenca del Rimac hay otros montes menos encumbrados que dominan también á la capital de la República. Siguen luego otras montañas, de las cuales es la primera la

que empieza en medio del Océano con las islas Chinchas. Da nacimiento, con su entrada en el continente, á la península de Paracas al Oeste de Pisco, y luego ensancha el litoral con los montes de centenares de metros de alto que tiene sobre el mismo mar, y de los cuales el mayor es el Criterion, igual, según parece, al Darwin (1.770 metros). Entre el río Vitor y el Océano corre otra serrezuela que llega á su altura máxima (1.018 metros) cerca de Islay. En estas comarcas se ven poquíssimas plantas, y aunque en todo el paisaje haya mucha luz, parece obscuro por la falta de variedad de la desnuda tierra. Son tan frecuentes los terremotos en la región del Misti y en las llanuras de Arequipa, que apenas ponen atención en ellos los naturales. Desde 1811 á 1856 ocurrieron fuertes sacudidas todos los años, según mencionan los libros de la ciudad, y en algunos períodos de mayor agitación las sacudidas se repitieron cada cinco ó seis meses. Las leves ondulaciones que acusan los sismógrafos son tan frecuentes, que puede decirse que forman lo habitual en aquella parte del suelo peruano. Fuera de esta región, la más agitada por los estremecimientos de la tierra es la de Arica, situada al Sur y á la derecha de la curva que en el litoral forman los Andes. Toda la costa y sus inmediaciones están amenazadas por sacudimientos frecuentes, y de ella Callao fué una de las ciudades que más sufrieron en 1746. Derribada en 1630 y reedificada más tarde, destruyéronla las aguas, que en oleada formidable lanzaron á los buques por encima del puerto y de los muelles é inundaron la población. Según cierta profecía antigua, que en aquella ocasión pareció empezar á cumplirse, vendrá un día en que el mar inundará todo el llano y llevará los barcos hasta las puertas de la catedral de Lima.

Opina el geólogo Süss que la causa de estos tan repetidos terremotos debe buscarse en los movimientos de ciertas capas del interior de la tierra, ocasionados por las olas del Pacífico, que con incesante trabajo van socavando las rocas de la costa y sepultando los escombros en los abismos. Sea esto cierto ó no, lo averiguado es que en todo el litoral del Perú se advierten muy singulares fenómenos, cuya explicación se buscó en otro tiempo diciendo que el suelo se levantaba ó que el mar se retiraba. En las laderas septentrionales de la isla de San Lorenzo que defiende la rada del Callao se ven tres bancales puestos por la naturaleza unos sobre otros, ya no muy separados, pero aún no tan confundidos que sea imposible distinguirlos, y los

que, en opinión de Darwin, son antiguas playas cubiertas de conchas de la presente época geológica, y mejor conservadas unas que otras, según la altura sobre el Pacífico á que se hallan. La más alta está á 26 metros sobre el nivel medio del mar. Podría suponerse que el litoral de esta parte del Perú se ha levantado, pero este levantamiento puede haber sucedido en época anterior á la histórica. También es probable que las conchas halladas por el insigne naturalista sean desperdicios de comida. Algunas señales que se suelen advertir en las peñas, á bastante altura, y que parecen hechas por las aguas marinas, piensan varios autores que son obra de ciertos musgos que, favorecidos de la humedad, desmenuzan y parten la piedra, haciéndolo también, que se conocen casos de haber abierto estos musgos en las rocas, durante pocos años, verdaderas cuevas. Sin embargo, pretenden algunos ser cosa indudable que con el terremoto de 1746 se levantó el suelo, porque en 1760 era tan angosto el canal que separa del continente la isla de San Lorenzo, que los muchachos podían arrojar piedras de aquél á ésta; pero quizás la causa de tales mudanzas no es otra que los mismos terremotos, los cuales unas veces alzan y otras hunden las tierras, y ahora se halla la isla de San Lorenzo á tres kilómetros de la orilla, como antes del terremoto de 1746. De estos movimientos del suelo se pueden citar muchos ejemplos. Un campo que fué huerta, donde se cogían *camotes* ó batatas, sigue llamándose *camotal*, aunque sólo es banco de arena cubierto por las aguas del mar. Al Norte de la bahía, otro terreno, productor de caña de azúcar, ha tenido igual suerte; la isla sagrada de Pachacamac, que está al Sur del Callao, no lejos de Lurín, hállase hoy á tres kilómetros de la costa, de la cual dependía como península en tiempo de la conquista; por último, el mar cubre también el sitio en que primeramente estuvo la ciudad del Callao y los marinos viejos cuentan en sus leyendas que navegando á media noche sobre las ruinas, veían desde sus barcos cómo estaban los vecinos de la ciudad submarina sentados á las puertas de las casas, y oían subir hasta ellos desde aquellas profundidades el rumor del canto del gallo.

También hablan Darwin y Tschudi de haberse levantado la tierra en algunos parajes del interior, de lo que es indicio el haber cambiado la pendiente del fondo de los antiguos valles, en los que hoy no podría correr el agua como antes. De esto es ejemplo lo que le sucede al río Chillón, al Nordeste y al Norte de los llanos de Lima, donde una montañuela le detiene,

habiéndole obligado á buscar paso dando un gran rodeo hacia el Oeste. Al Norte de allí vese, en el camino de Casma á Huaraz, el cauce de un río inclinado en dirección contraria á la que primeramente traían las aguas. De este río, hoy seco, salían antes canales de riego, lo que prueba que el suelo ha oscilado, movido sin duda por alguna fuerza interna, desde que vinieron los hombres á cultivar la comarca. También son testimonio del trabajo de las aguas, marítimas ó fluviales, las excavaciones que han hecho en las diversas alturas, las playas que á sus pies han formado y las conchas que en éstas han depositado. En las partes desiertas de la costa hay dilatadas cadenas de médanos, dispuestas en forma de media luna, unidas unas á otras y señalando con la caída de sus faldas y forma de la cumbre la dirección del viento dominante. No lejos de Casma, en el Perú del Norte, suele oírse á la hora del mayor calor una música como de órgano, que sale de cierta montaña cubierta de arena; y no sabiendo los indios cómo explicar el fenómeno, dicen que este cerro es un volcán de agua y que el ruido es el hervor de ésta. Tal música debe ser producida por las vibraciones de las moléculas de arena al resbalar por las pendientes, como sucede en la del Serval, una de las del Sinaí, y en otras montañas, incluso algunas del Perú, oyéndose tanto mejor cuanto más fuerte sopla el viento. La línea de costa es muy derecha, sin más quebraduras que algunos ángulos salientes, que por ser tan semejantes unos á otros, dan testimonio de efectuarse en una sola dirección el levantamiento de la costa, lo que muy bien se advierte en la parte de ésta que sigue al Mediodía de los montes de Amotape, donde se ven, unas tras otras, muchas leguas de tierra dobladas hacia el Norte á modo de ganchos, en cuya concavidad se juntan las arenas que en opuesta dirección arrastra la corriente marítima de aquellos parajes. También al Sur del Santa cortan la línea costera golfos de forma oval, muy regularmente trazados y separados de alta mar por islas y penínsulas, cuyo óvalo copia la dirección del oleaje del agua cargada de arena que el Pacífico arroja á estos senos.

La pendiente de la orilla es grande, de suerte que á poca distancia de ella tiene el mar mucha profundidad, y no hay más islas que aquellos peñascos que fueron promontorios de la costa y que las olas separaron con el poder de su incesante trabajo. Al Sur de las tierras que acaban en las puntas Fariñas y Aguja salen de las aguas dos grupos de islotes llamados Lobos

de Tierra y Lobos de Afuera, y más adelante encuéntrase acompañando á la costa los de Guañape, el archipiélago de Huaura, los Pescadores de Ancón, San Lorenzo, las Hormigas de Afuera y, por último, las famosas islas Chinchas, que tanto valian cuando estaban por entero cubiertas de guano, y que ahora sólo sirven para dar algún abrigo al abra de Pisco. Más al Sur, á lo largo de la costa hay otros peñascos que también tuvieron guano y que aún conservan alguno.

No puede ser mayor la diferencia que ha establecido el clima entre las dos vertientes del Perú, por una de las cuales sólo corren riachuelos, casi siempre secos al llegar al llano, mientras por la opuesta bajan al soberbio Amazonas infinitos ríos, muchos de ellos caudalososísimos. De los primeros que en aquélla encuentra al paso el que viniendo del Norte entra en territorio de la República peruana, sólo el Achira (el más septentrional de todos) llega al mar, pero trabajosamente por la falta de agua, á pesar del tributo que le llevan muchos torrentes nacidos en la sierra de Loja. El Piura, que le sigue, aunque también reforzado al principio por otros torrentes, muere entre las haciendas y arenas de la tierra baja, que le beben el escaso caudal. Ninguna de las otras quebradas que bajan de la Cordillera corre perennemente, si no es la de Santa, la cual debe esta preeminencia á la circunstancia de no nacer en la falda occidental de aquélla, sino en las entrañas de ella. Tiene su origen en la laguna de Aguach (4.225 metros), júntase á una garganta que sale de la de Conococha (3.944 metros), mayor que la de Aguach, y corre derecha de Sudeste á Noroeste por el fondo de un descomunal barranco dominado por dos grandísimas sierras paralelas, de las que bajan á unirsele cortos y revueltos tributarios. Los principales son los de la derecha, que bajan de la Sierra Nevada, y que, con más agua, traen también más tierra, la cual, depositándose en la orilla, va empujando el cauce del río hacia los pies de la sierra opuesta. Al llegar á los de las altísimas montañas Hualcín, Huascán y Huandoy, recibe las aguas de algunos ríos que nacen del otro lado de éstas, es decir, en la meseta oriental, junto á las fuentes del Amazonas, y que para hacerse paso han tenido que abrir tajos de inmensa profundidad. De los mayores de estos ríos es el Manta, y después de recibirle, vuelve el Santa al Oeste, encaminándose al mar, para lo cual necesita pasar primero por una angostura no menor que las de aquellos sus tributarios. Sale de ella con tanto caudal, que derrama sus aguas á gran distan-

cia por los llanos que siguen, haciendo muy difícil la travesía de ellos, sobre todo cuando va crecido, en cuya ocasión los caminantes no se atreven á emprenderla sin el auxilio de *chimbadores*, que son unos hombres prácticos y fuertes, que les pasan á caballo, llevándoles á la grupa por estos peligrosos parajes; y aun así casi todos los años sucede alguna desgracia. El río Lacramarca, que al salir de las montañas se pierde en las arenas, se adelanta algunas veces, cuando las aguas se lo permiten, hasta juntarse al Santa, muy cerca de donde éste desemboca en el mar.

El Rimac es otro río del litoral, aunque menos caudaloso, de mayor fama por estar asentada en sus orillas la ciudad de Lima, á la que ha dado el nombre, con una variación que ha impuesto la suavidad de acento de los españoles de América. Hay también una tradición, según la cual la voz *rimac* quiere decir *el que habla*, y viene de un antiguo oráculo que allí había. El río nace en el puerto de Antarangra (4.754 metros), uno de los de la Sierra, en sitio en que hay dos lagunas separadas por una distancia de más que 30 pasos. De una de estas lagunas sale el Rimac con el nombre de río de San Mateo, y de la otra el río de Pachachaca, arroyuelo que de lago en lago, y tomando diversas denominaciones, acaba en el Ucayali, confiándole sus aguas para que las lleve al Amazonas. Pocos lomos de vertientes se encuentran tan bien trazados como éste. Al Sur del Rimac hay otras quebradas ó ramblas tan escasas de agua, que no dejan la necesaria para el riego, ni aun la de Río Grande, á pesar de sus muchos tributarios. Después de ésta hay algunas, cuyo origen se halla en los valles interiores de la Cordillera, y que por esta causa tienen cuencas muy dilatadas, pero padecen la misma pobreza, como le sucede al río de Mages, que por su longitud puede reputarse gran río, aunque no por su caudal. Parte de las aguas corren á veces bajo el suelo, siendo la sequía más aparente que verdadera. Los naturales saben buscarlas y alumbrarlas para regar con ellas sus campos. En diversas partes de la costa, pero sobre todo entre Ica y Pisco, suele brotar alguna humedad entre los médanos, cuyo indicio basta para que luego cavén fosos muy hondos, llamados *mahamzes*, y en los que hacen jardinillos, donde plantan palmeras y viñas famosas en todo el Pacífico por sus sabrosos frutos, otros árboles frutales, trigo, legumbres de varias especies y exquisitos melones, produciendo además bonísimos pastos. Algunos de estos *mahamzes* son muy grandes, quedando asombrado de su verdor el viajero,

que al cabo de horas de penosa jornada por la amarillenta arena, pone en ellos la vista. Sucede en algunas ocasiones que aparece en el fondo del barranco una cantidad de substancias salitrosas, y para impedir sus efectos ponen en el suelo los jardineros gruesas capas de hojas de *huurango*, planta de que hay mucha abundancia en aquellos sitios.

Los ríos de la vertiente oriental ó del Amazonas, lejos de perder caudal conforme se apartan de su origen, le van aumentando, teniéndole siempre mucho mayor que los de la vertiente opuesta, gracias á lo copioso de las lluvias. Recógense éstas en tres cuencas principales, que son las del Marañón Alto, el Huallaga y el Ucayali, sin contar los que salen de los montes de Carabaya, y caminando por los llanos orientales, van al Purús y al Madera. Pero sólo en la primera parte de su carrera corren estos ríos en la región de los Andes, y hasta salir de ella no dejan de tropezar con los obstáculos que la fragosidad del terreno opone á su paso, vencidos los cuales, entran en el llano, mudando de tal modo su condición, que puntualmente señalan el término de la meseta peruana los sitios donde empiezan á ser navegables. La importancia de estos sitios no necesita encarecimientos, pues está ya á la vista que cada uno de ellos es una puerta, por la que, andando el tiempo, se ha de hacer todo el comercio de los Andes con Europa.

La principal rama de que se forma el Amazonas es el Marañón Alto (en otro tiempo Tunguragua), no tanto por el caudal de sus aguas, cuanto por ser de todas ellas la que entra más al interior de las sierras y mejor continúa la dirección del valle. Tiene su origen entre los Andes y la Cordillera, en el reducido lago Lauricocha (antes Yauricocha), de no más de cinco kilómetros de ancho, y cuyas aguas llenan el fondo de una hoya redonda, sobre la que se levantan unos riscos esquistosos. Sale de él como un humilde arroyuelo, corre por ásperos barrancos, pasando por debajo de puentecillos hechos de grandes pizarras por los pastores indios, y empieza á salir de su humildad con el tributo que le trae el Nupe que, por la izquierda de lo alto de la Cordillera, le hace tres veces mayor. Ya cambiado en río casi formal, camina hacia el Noroeste, como si hubiese de ir á la bahía de Guayaquil, y así continúa unos 1.000 kilómetros, encerrado en el estrecho y hondo valle abierto en el grueso de las peñas de los Andes, creciendo al llegar á cada garganta con el caudal de agua que por ella baja, así de la derecha como de la izquierda. Aquí no se le pasa sobre

trozos de pizarra, sino por puentes colgantes de bejucos (*huarros, oroyas ó tarabitas*), tendidos sobre las angosturas. Más son todavía los sitios en que hay *balsas*, hechas de tres ó cuatro troncos de árboles bien atados y cubiertos con un tablado, sobre el que se colocan los viajeros con sus equipajes y á cuyos sitios llaman *puertos*, como en la costa. Después de haberse unido al Chinchipe, que en dirección contraria baja del nudo de Loja, tuerce el Marañón al Noroeste y luego al Este, para pasar los Andes y sus estribos, abriéndose camino, con no poca dificultad, por muchas cortaduras seguidas, de una de las cuales se hundieron las paredes en el siglo XVIII cerrando el paso del río por completo algunas horas. Precisamente en esta parte de su curso en que con tantas dificultades pelea para salir á terreno menos agrio, desemboca en él el río Paute, Santiago ó Canusa-yaco, que, andando el tiempo, será sin duda el principal camino de la bahía de Guayaquil al Amazonas. Sin embargo, aún se ve el Marañón en otro aprieto antes de salir del todo á la llanura, porque algo más abajo llega á un desfiladero en que todas las aguas se recogen en un espacio de 250 metros, luego en uno de 80 y por fin en 50, corriendo furiosísimas entre peñascos que suben verticalmente á 400 metros sobre el río, y en cuyos bordes crecen árboles que, inclinándose hacia el abismo, cruzan sus frondosas ramas y casi cierran del todo la entrada de la luz. Tan fuerte es allí la corriente, que se sabe de barca ó balsa que sólo en pocos minutos ha cruzado los dos kilómetros que de largo tiene la angostura, pasando así del Marañón *serrano* al Marañón *llanero*. Tal es el *pongo* llamado por antonomasia *Pongo de Manseriche*, antes de llegar al cual difícilmente navegan por el río barcos que no sean de poco calado, mientras después de pasado, á 157 metros de altura sobre el nivel del mar, tiene agua para los vapores que quieran bajar por todo él sin alijar parte alguna de la carga en los 4.000 kilómetros que hay de allí al Pará. No se pasa el Pongo de Manseriche sin peligro de que la barca se estrelle contra algún trozo de esquisto desprendido de las paredes ó de que zozobre en alguno de los remolinos que se forman debajo de las rocas que se inclinan sobre la superficie de las aguas. Estos remolinos sorben muchos troncos de árboles de los que en tiempo de crecida arrastra la corriente, siendo muy arraigada opinión de los indios, siempre dados á creer los mayores prodigios, que ninguno de estos troncos vuelve luego á la superficie.

Pasado el Pongo entra el Marañón en tierras de acarreo, por él mismo arrastradas, y por las que marcha indeciso, cambiando de rumbo á cada instante y dejando siempre huellas de su paso, ó sea esteros y pantanos. Junto á las bocas de los ríos tributarios fórmanse verdaderos lagos que les unen unos á otros, y á los que llaman *furos* ó *caños*. De los Andes del Norte bajar el Morona, el Pastaza, el Tigre y el Napo, y de los del Sur, el Huallaga y el Ucayali, todos los cuales mueren en territorio peruano. A pesar de lo que cambia el río luego de salir del Pongo de Manseriche, conserva el nombre de Marañón, no tomando el de Amazonas hasta después de unirse al Ucayali, que es el que muchos geógrafos consideran el principal de todos por la mayor longitud de su curso.

El Huallaga ó el *Grande*, hermano gemelo del Marañón Alto, nace al Mediodía del lago Lauricocha, en el mismo nudo de montañas que aquél, cerca de Cerro de Pasco, y emprendiendo furiosa carrera, rompe la sierra de los Andes para escapar de la cárcel de aquellas montañas, marcha á los pies de ellas por Oriente y baja entre montañuelas y derrumbaderos cubiertos de arbolado con la prisa que le dan los 42 cachones y tablas de su corriente, junto á la última de las cuales recibe el tributo que le trae su principal afluente el Mayo desde una hondonada escondida es los estribos de la sierra. Las barcas de los indios suben sin dificultad hasta el encuentro de los dos ríos, pero los vapores tienen que detenerse en la Laguna, ó sea 40 kilómetros antes, cuando las aguas están bajas y no por falta de éstas, pues el río llega á tener 1.500 metros de ancho en la desembocadura, sino por las muchas revueltas que hace, los fuertes remolinos, las barreras de árboles y los escollos de duras peñas que en él se encuentran, y cuyo peligroso choque hay que evitar: Aunque el caudaloso Ucayali tiene muchos más tributarios que el Huallaga, todavía está más abandonado de los barcos, sin duda por su mayor apartamiento de las mesetas pobladas, pero con el tiempo será el camino preferido por las mercaderías. Ucayali quiere decir *afluente*, pero esta denominación no está bien aplicada sino á la parte baja del río. Cada una de las ramas de éste tiene nombre diverso, y todas juntas el de Paro ó Apo-Paro, que viene á significar *gran río*. Del mismo nudo de Pasco, en cuya vertiente Norte tiene su origen el Huallaga, bajan por la parte del Sur los primeros torrentes de que se forma el Ucayali, para ir á perderse en el lago de Chancaycocha ó de Junín, que en otro tiempo fué un

gran mar interior y que aun en los presentes es el mayor de los Andes después del Titicaca. Rodéanle espesos juncales por casi todos lados y de él sale por su extremo del Noroeste el río Ancas-yacu ó *Agua azul*, que baja en seguida hacia el Sudeste con el nombre de Acobamba ó río Jauja. Corre al principio, siguiendo la misma dirección que la sierra de los Andes, hasta que cruza las montañas por una estrecha grieta, pasada la cual, vuelve en opuesta dirección de la que traía hasta llegar á otra angostura, por la que se abre camino en los montes orientales al Este de Huancayo. Después de transpuesta la sierra principal, pasa á llamarse Mantaro, y de allí á poco se le junta el Apurimac ó sea *el que habla fuerte* ó *El ruidoso*, que corre también paralelamente á los Andes, sus afluentes por correr entre ásperas y encrespadas montañas se ven obligados á no menores recodos que el Mantaro y especialmente el Pampas, siempre aprisionado entre altísimas rocas. Unidos el Mantaro y el Apurimac, toman del lenguaje de los indios campas el nombre del río Ene ó Eni, que significa *Grande*, y poco después reciben las aguas del Perene, de segundo orden entre los de la cuenca, pero quizás de mayor importancia que ningún otro, porque se halla en la prolongación del camino de Lima á la meseta, y porque los 20 kilómetros navegables de la parte baja de su curso son también la vía más corta para ir al Amazonas. Luego de recibido el Perene, río que poco antes cruza una hoya rodeada de montes salinos á los que llaman *Cerros de la Sal*, muda el Ene su nombre por el de Tambo, y después de rodear un estribo más de la cordillera, se une, para formar con él el gran Ucayali, al Quillabamba, cuya misma dirección toma, por lo que algunos consideran á este último como superior. Los principales tributarios del nuevo río son el Paucartambo y el Urubamba. Este nace en el puerto de la Raya y ambos corren de Sudeste á Noroeste, sirviendo de frontera á los Andes de Carabaya y á sus ramales, el uno por la derecha y el otro por la izquierda. El sitio en que se encuentran el Tambo y Quillabamba está á 262 metros de altura y es frontera de dos partes muy diversas de estos ríos. En la de arriba saltan las aguas con furia de peña en peña ó duermen tranquilas en hondos remansos; en la de abajo, la ancha corriente discurre perezosamente, dando grandes rodeos entre inmensas selvas. Aquí parece el Ucayali, aunque corre en tierra del Perú, un río brasileño, y no recibe más afluente importante que el Pachitea, engrosado con las aguas del Palcazú. Todos los ríos

que bajan al Ucayali y el Huallaga han sido explorados por los hidrógrafos Tucker, Werthemann y otros marinos é ingenieros al servicio del Perú. Al unirse el Apurimac con el Mantaro lleva una corriente de 1.200 metros cúbicos por segundo.

III

Clima, flora y fauna.

A pesar de hallarse el Perú tan cerca del Ecuador, entre los grados 3 y 18 de latitud meridional, su clima es menos caluroso de lo que pudiera creerse. No sólo la altura de la mayor parte de sus comarcas habitadas dan á ésta una temperatura suave, parecida á la de los países de clima templado, sino que también en la costa es el calor menos riguroso que en otras tierras de igual latitud, gracias á la corriente marítima que marcha á lo largo de ella, llevando á los mares ecuatoriales aguas sacadas del mar Glaciar Antártico. Llámase de Humboldt esta corriente en honor del insigne físico y viajero que la descubrió, y lleva un caudal inmenso, pues su anchura es de muchos centenares de kilómetros, y su profundidad grandísima, habiendo probado los sondeos de la *Romanche* que la frialdad del agua aumenta hasta el fondo, lo que hace imposible que por debajo de ella pase una contracorriente templada. Esas capas de agua tan fría que corren más abajo, son las que, subiendo á la superficie, combaten el calor del clima de la costa, mostrándose en el Callao con la misma temperatura que en Valparaíso, á pesar de los 21 grados de distancia que hay entre ambas ciudades, cuya subida se debe á que el viento alisio del Sudeste barre hacia alta mar las aguas de la superficie, dejando á las del fondo grandes espacios que éstas vienen á llenar. También el aire es más fresco en estos parajes, como vecino á la corriente fría, y á su vez refresca la atmósfera de toda aquella región; de suerte que Lima, situada junto al 12 grado de latitud meridional, y por consiguiente algo más cerca del Ecuador que Bahía, en la costa opuesta de América, tiene, sin embargo, clima bastante más templado. Asimismo contribuyen á moderar la temperatura las nieblas que una gran parte del año cubren los valles del litoral peruano, resguardándolos del ardor del sol. En invierno suele soplar en vez del Sur, un monzón del Norte, pero nunca llega á ser tempestuoso, conserván-

dose aun en dicha estación las aguas del Perú, si no del todo sosegadas, lo bastante para que se las pueda contar entre las más pacíficas del Océano de este nombre.

En cambio de no tener las costas el clima caluroso que les corresponde por la latitud en que están, tiene la sierra temperaturas mucho más altas de lo que la corresponden, en términos de poderse decir que en este particular es el clima del Perú único en el mundo. El calor disminuye, según se sube cualquier montaña, un grado centígrado por 180 ó 200 metros, pero en las laderas de los Andes es preciso muchas veces trepar 500 ó 600 para que la columna termométrica baje dicho grado. Así sucede que el clima limeño es puramente local, pues las líneas térmicas que corren por las alturas equivalen á las de las montañas africanas.

El viento general ó alisio que en la zona tórrida sopla comúnmente de Este á Oeste, no goza de libertad sino en la parte oriental del Perú, es decir, en la montaña y en las vertientes de los Andes, sobre los que trae gruesas nubes preñadas de lluvia que riegan copiosamente los valles altos. Pasa la barrera de encumbrados montes, dejándolos cubiertos de nieve, entra en la meseta por los boquetes que encuentra al paso y viene á dar en las vertientes de la Cordillera ó de las sierras que á éstas se anteponen, bañándolas á todas ya en nieve, ya en lluvia, pero dejando secos los valles por ellas ceñidos, á tal extremo, que los viajeros, al cruzar las punas, encuentran á su paso, cerca de los caminos, cuerpos de caballerías de que el aire, con su grandísima sequedad y frialdad, ha hecho momias, no habiéndolos dejado corromperse. El viento alisio, al encontrar en su camino la Cordillera Occidental, sube á mucha altura y no vuelve á bajar á la superficie del Océano que del opuesto lado se extiende hasta una distancia de 200 á 1.000 kilómetros, según las estaciones y los sitios, quedando sin vientos regulares todo el espacio así salvado por la corriente aérea. Soplan generalmente en él las brisas del lado del mar, ya sea por reflujo del mencionado alisio al tocar con aquél, ya porque exista sobre la corriente oceánica otra corriente aérea que suba también del Sur. Igualmente sucede que el calor de los campos y desiertos de la costa llama á éstos el aire de aquella corriente que, por venir de las regiones glaciares, es más frío. En verano (es decir, de Diciembre á Abril), las aguas de los mares ribereños suelen sufrir mudanzas, sobre todo, entre Paita y Pisco. Pierden la transparencia que tenían y toman, de

los millares de millones de infusorios que en ellas se encuentran entonces, un color encarnado. Del cieno del fondo suben á la superficie emanaciones de hidrógeno sulfurado, que ennegrece la pintura de las carenas, á cuyo fenómeno llaman *pintor* y también *aguaje*.

En la costa del Perú llueve muy poco, porque de un lado, las cordilleras se oponen al paso de los vientos cargados de humedad que soplan de Oriente, y de otro, los que vienen del mar, por no haberse extendido mucho sobre éste, llegan bastante secos, de donde se origina haber sitios tan faltos de lluvia, que son estériles y verdaderos desiertos, según se ve en el de Túmbez, al Sur de Piura y de Sechura, en los llanos de Ica y la pampa de Tunga, parajes en que casi nunca llueve. Cuando visitó Boussingault las costas septentrionales del Perú, en 1832, hacía ochenta años que no caía una gota de agua en Chocope. Sucede, sin embargo, que en algunas ocasiones entra el viento alisio por ciertos boquetes de la cordillera, que es por allí bastante baja y corresponde al eje del Amazonas, y entonces llueve un poco, y con este riego bienhechor florecen los campos, viniendo á cultivarlos algún tiempo los naturales. Lo común en los desiertos peruanos es pasarse años y años sin un solo aguacero, conservando el cielo su inmutable tersura y su color azul, sin nubes que, al romper su monotonía, lo adornen, como se ve en casi todas las partes de la tierra. A lo lejos, extendidas sobre la *ceja* de la montaña, divisanse á veces nieblas, de cuyo seno salen de cuando en cuando, sin sentirse el ruido del trueno, el resplandor del relámpago. Si empujada por el viento, logra alguna nube muy alta transponer la barrera de montes para cernerse á 4 ó 5.000 metros de altura sobre los sedientos campos de la costa, reúnen en calles y plazas los habitantes, admirados de la novedad del fenómeno, y pronto desaparecen á su vista, sorbidos los vapores por la atmósfera antes de que lleguen al ocaso. Desde el año de 1803, en que hubo una tronada en Lima, no volvió á descargar otra sobre aquella ciudad en setenta y cuatro años, es decir, hasta en 1877, en el cual hubo una tan furiosa, que los habitantes temieron que se hundieran las casas. Por cierto que, en opinión de algunos, hay cierta relación entre estos grandes nublados y los terremotos. A pesar de tales sequías, no siempre dejan de correr los ríos del litoral, porque sobre alimentarse de las nieves de la Cordillera, reciben alguna lluvia de la que los vientos del mar dejan en lo alto de aquélla, pues si bien las

nubes pasan sobre los llanos sin regarlos, al chocar con las cumbres de los montes se condensan y deshacen, dando origen con la repentina caída de estos chubascos al desmoronamiento de grandes cantidades de tierra y de arcilla, á las que los agentes meteóricos hicieron porosas y quebradizas, y que, mudadas en barro por el agua, bajan despeñadas como aludes al fondo de los barrancos. De allí resbalan suavemente, cegando riachuelos, derribando árboles y cubriendo los campos y las casas que hallan al paso, á lo que en su lengua llaman *Uoclla* los indios. Al secarse estos montecillos de cieno, envuelven las gruesas peñas que arrastraron en la caída y toman un color ceniciento.

La mitad del año, de Abril á Octubre, cubre la parte baja de la costa peruana una niebla húmeda y tibia que oculta por completo el sol, sobre todo en Lima y sus alrededores, llegando á su mayor espesor en los meses de Agosto y Septiembre. Entonces permanece como agarrada al suelo semanas enteras, sin abrirse ni moverse para nada, lo que no sucede en los otros meses del mismo período, pues hacia la mitad del día aclara á veces un poco. En Octubre ó Noviembre los rayos solares suelen deshacerla en algunos trozos, levantándola y aclarándola lo bastante para llegar ellos hasta la tierra. En ocasiones se espesa tanto esta niebla, que se condensa en gotas de rocío, al cual llaman en el Perú *garúa*. Su altura suele ser de 200 á 250 metros y no pasa nunca de 400; de suerte que, luego de subir un poco monte arriba, se llega á quedar encima de ella. Más adentro cae, en vez de rocío, verdadera lluvia; y Tschudi refiere que hay haciendas donde la región de los *garúas* está separada de la de los aguaceros por una tapia. Esta humedad del *garúa* cae principalmente en las montañuelas y en los primeros estribos de la sierra, por lo cual llaman los naturales *tiempo de lomas* á la época del año en que hay rocío, y en la cual se cubren las lomas de hierbas y flores, siendo magnífico el adorno y verdor de los prados, «más hermosos entonces según los antiguos autores que los de España». Con la sequía y ardor de unos cuantos meses basta para agostar aquellos campos, volviendo á aparecer la tierra desnuda y rojiza, mostrando la aridez de sus arenas, arcillas y peñas. Los muchos manantiales que brotan en el *tiempo de lomas*, á los que dan el nombre de *puquios*, sécanse á los pocos días ó á las pocas semanas (los que más duran) de haberse acabado los *garúas*, y los rebaños que pastaban en las lomas suben á la montaña para volver

cuando el rocío; viajes que hacen con la mayor puntualidad.

En las tierras bajas del litoral y en los primeros estribos de los montes, parajes en que no llueve y es muy escaso el rocío, cúbrese el suelo de una capa de substancias salinas; y allí donde por la excesiva sequedad no hay ni *garúas*, manan de la tierra con gran abundancia. El Perú meridional, aunque no tan rico como Chile, lo es mucho en yeso, sales, salitre y otras materias químicas de que está empapada aquella tierra. Por todas partes, incluso en las mesetas de los Andes, se encuentran depósitos de sal gema (*cachi*, dicen los indios), mezclada con capas de *caliche* ó nitrato de sosa. En algunos sitios vense inmensas graderías, que parecen de mármol por la blancura de la capa salina que las cubre. Los grandes depósitos de guano que tanta ganancia ha dado al Perú, sólo han podido crecer y formarse merced á la poca ó ninguna lluvia, pues en climas húmedos como el de las Hébridas ó el de Noruega, el agua deshace ó arrastra el guano de los millares de millones de pájaros que allí viven, desapareciendo en vez de quedar extendido en capas sobre las rocas.

Muy diferente es la vertiente oriental á la occidental en lo referente á las lluvias, pues éstas son muchas y grandes por la humedad que arrastra el viento alisio.

La flora del Perú es según su clima. En las tierras pedregosas y arcillosas del litoral crece alguna maleza de trecho en trecho. Subiendo más arriba, por la vertiente occidental, y llegando á los sitios en que, en vez de la niebla seca de abajo, la hay mojada, y aun algunas lluvias, encuéntrase mayor vegetación, aunque no mucha, y el campo es más verde. En la región interandina hay menos plantas, pero mayor variedad de ellas, y disminuye su número y tamaño con la altura. Por último, en la montaña es tan pródiga la naturaleza, que los botánicos sólo conocen algunas de las infinitas especies vegetales que allí viven. Tal es la multitud de margaritas, que los montes, vistos de lejos, parecen á veces de color amarillo dorado. En las mesetas altas ocupan vastos espacios los *pajonales* ó campos de gramíneas, también llamados *ichales*, de las hierbas ó *ichus*, de que se forman. Hay unos arbustillos resinosos, verdadero tipo de plantas sociales, á que llaman *tolas*, que cubren no menor trecho que los pajonales, y un cacto *gigantón*, que sube hasta muy cerca de las nieves. El único combustible vegetal de estas comarcas, puede decirse que es las *tolas*, que aprovechan para encender los hornos, sirviéndose de la *taquia*.

ó estiércol seco del llama, para los hogares de las cocinas.

Creyóse mucho tiempo que la *coca* era planta exclusivamente peruana, pero ya se sabe que se encuentra también en Colombia, si bien allí la dan otro nombre. Pero en Perú y Bolivia la descubrieron los españoles; en los mismos países la han estudiado los sabios que de ella han tratado en sus escritos, y donde más se coge es en la montaña de Huanuco y Cuzco, al comienzo de la vertiente amazónica, cuya tierra da una cosecha cada dos meses. Burláronse mucho tiempo los europeos de las maravillas que de esa planta referían los indios (*coca*, en lengua aimara, quiere decir *la planta*, por excelencia), pero al fin conocieron sus singulares efectos, y la consideraron como medicamento, siendo hoy de los más acreditados. Mascando la hoja de coca, apaciguase el hambre y la sed por algún tiempo, viniendo á ser una especie de alimento que sostiene las fuerzas del minero en su rudo trabajo subterráneo, lo mismo que las del viajero cuando en el peligroso cruce de los puertos de la sierra se siente acometido del *soroche* ó *veta* (mal de montañas), á lo que se añade la virtud que tiene de matar el dolor, pues no hay anestésico local que se le pueda comparar. Los cargadores indios cuentan las jornadas del paso de las cordilleras por *cocadas* ó bolitas de coca tomadas, costumbre semejante á la de calcular el tiempo por el número de pipas fumadas que tienen los naturales de otras tierras. Saben los lugares donde pueden descansar y tomar una nueva porción de coca, y llegan á ellos tan sin fuerzas, que dejando caer al suelo la carga, quedan algún rato como abrumados por la fatiga; pero repuestas las fuerzas con una nueva toma de la maravillosa planta, vuelven á marchar con iguales bríos que antes. Los efectos de cada porción de coca duran cuarenta minutos, y se tiene por averiguado que un cargador necesita de seis á ocho para hacer una buena jornada de camino con cuatro arrobas de peso. En la vertiente del Amazonas viven los indios campas, que, además de la coca, emplean un bejuco llamado *chumayo*, mezclándole con las hojas de la coca cuando quieren reparar las fuerzas; pero es de notar que mejor pasan sin ella que sin el chumayo. Contra las enfermedades del pulmón emplean una planta de las nieves, á que dan el nombre de *huamanripa*, que los médicos de Europa apenas conocen todavía. De la corteza de cinchona háblase comúnmente, según sucede con la coca, como si sólo se cogiese en el Perú, á pesar de que la primera *cascaquilla* vino de Loja, en el Ecuador, y que en Bolivia había mucha más que

en el propio Perú, antes de que con el trasplante del árbol á otras comarcas, luego del viaje de Markham en 1860, se mudasen los centros de producción de esta preciosa substancia. Por mucho tiempo se creyó que la quina era producto del árbol de quina-quina, y de ahí tomó el nombre, significando la duplicación de las sílabas la mucha virtud que se le suponía.

El caucho del Perú, otro producto de las selvas vírgenes, no es igual al del Brasil. Extráenle abriendo hendiduras en el tronco del *syphocampylus*, árbol de unos 15 metros de alto que contiene copiosa savia de apariencia lechosa, la cual, tocándola con un bejuco llamado *sancha-camote*, cuaja en seguida, mudándose en pasta de color pardusco en lo exterior. Un árbol produce de 14 á 15 kilos de esta savia, no costando el sacarla sino una peseta y valiendo en el mercado de Quito de 50 á 60. Sangran el tronco, hasta dejarle seco, en vez de cerrar la herida y dejarle cobrar nueva savia, y la razón que de esto dan es que abierto en él cualquier agujero, por pequeño que sea, no es posible evitar que entren por allí los insectos y le destruyan. Para que los retoños lleguen á verdaderos árboles y puedan ser á su vez beneficiados, deben pasar unos quince años. Por esto llevan una vida errante en las selvas los *caucheros* del Perú, siempre en busca de troncos nuevos, mientras los *seringueiros* del Brasil, que sangran veinte años seguidos los mismos árboles, son sedentarios. El *tamoi caspi*, ó «árbol de la lluvia», es de los más notables que se encuentran en los bosques del Amazonas. Crece en los alrededores de Moyobamba, llegando á 18 metros de altura, y es tanta la humedad que toma del aire, sobre todo en tiempo seco, que constantemente gotean sus hojas, mojando el terreno adyacente hasta mudarle en lodazal.

No menos apropiada al clima que la flora es la fauna, rica en la vertiente de la montaña; pobre en la opuesta, donde sólo nombra Tschud 26 especies de mamíferos, y original y variada en la región intermedia ó andina, donde la zona habitada por cada especie tiene límites muy bien señalados por la naturaleza, y son éstas tan diferentes unas de otras como las comarcas que les corresponden. De las familias de cuadrúpedos peruanos, la principal es la de los *camellos de América*, á saber: el llama, el guanaco, la alpaca y la vicuña. Llamanles también *carneros de la sierra*, y el más famoso de todos es el llama, al que desde remotísimos tiempos tenían los quechuas tan reducido al servicio del hombre, que no queda montés ni uno solo.

En algunas vasijas antiguas véñse hombres montados en llamas, pero en tiempo de la conquista sólo servían éstos para carga, y desde entonces no ha cambiado el uso que de ellos se hace. Sólo se carga al macho, el cual puede llevar de 20 á 35 kilos, no siendo las jornadas de más de 20 á 30 kilómetros. Las mujeres cuidan de las hembras y aprovechan la lana para hacer telas bastas y los excrementos para combustible. Son tan sobrios, que por poca hierba que encuentren en el monte, quedan muy satisfechos. El indio tiene mucho cariño al llama, cuidándole con gran solicitud y mostrándole á veces mayor ternura que á la mujer y á los hijos. Cuando llega el llama á la edad de poder trabajar, celébranse con una gran fiesta, en la que el animal festejado es introducido en la choza de sus dueños, donde le cubren de vistosas telas, le adornan con lazos de lana y con moñas, y después de bien engalanado, le aclaman y bailan en torno suyo. Con esto comienza una muy suave servidumbre, porque su amo nunca le pega, ni le obliga á trabajar más de lo que buenamente puede, guiándole á silbidos y ajustando el paso propio al del animal en las marchas. Verdad es que con éste no vale el rigor, porque si se enfada, se echa, y no hay blanduras ni castigos que le levanten del suelo. Al salir el sol vuélvense los llamas hacia él saludándole con sus balidos, suerte de adoración que tal vez haya tenido alguna parte en las ideas religiosas de los peruanos. Viven mejor en las tristes mesetas azotadas por el viento y la nieve, que en los valles. Cuando en aquellas alturas se los encuentra caminando con grave y mesurado paso, moviendo con gracia la cabeza de un lado á otro y fijando en cuanto les despierta la atención los curiosos y negros ojazos, parecen los únicos habitantes felices de ellas. En las tierras bajas enferman al poco tiempo y al fin mueren.

La vicuña, el guanaco y la alpaca (el *paco* de los autores antiguos) son animales en gran parte silvestres, aun cuando con facilidad se les domestica, y su lana es muy apreciada, si bien la estimación que alcanza en el mercado varía con el tamaño del vellón, su finura y el color de la piel. La de guanaco es muy buscada, y con el pelo de la alpaca se hacen telas finísimas de hermoso color, que algunos industriales de Europa procuran imitar. En el Perú eran las vicuñas propiedad de los incas, quienes se reservaban el aprovechamiento de las lanas de estos animales, y tenían puesta veda para cazarlos si no era bajo su dirección y en ciertas épocas del año en que

había mayor número de ellos. Llegada una de estas épocas, los oficiales reales organizaban la batida, á la cual acudía toda la gente del distrito, [reuniéndose á veces hasta 50 y 60.000 ojeadores, que armados de largos palos, rodeaban toda la comarca donde había de darse la batida. Sonaba la señal, corría ésta de monte en monte y todos se encaminaban hacia un mismo paraje, el cual era siempre algún estrecho y escondido valle, sin más entrada ni salida que la cerrada por la gente del ojeo, la cual al principio formaba una sola, pero, al llegar á tal sitio, iba bien unida y dispuesta de modo que ni una sola pieza pudiera escapar. De los millares de cabezas cogidos en esta especie de ratonera hacíase un apartado, en el que sucumbían los corzos y guanacos, sobre todo los machos, repartiéndose la carne y las pieles. A las vicuñas, después de esquiladas, se las dejaba en libertad.

Amparadas por esta protección fué creciendo la raza de tal modo, que al comenzar la conquista pastaban innumerables rebaños de vicuñas en las altas mesetas y montañas; pero después su número ha bajado mucho, especialmente por considerarse sus sesos un buen plato. Sin embargo, aún se conserva la antigua costumbre en las comarcas pobladas de indios puros, sin otra diferencia al principio que ser más estrecho el círculo de los batidores y tener éstos que apelar, para encerrar á los asustadizos animales, á diversos engaños, tales como quitarles las salidas con cordeles y colgar de éstos mechones de lana. Después de encerrados ya hay mayor diferencia entre el uso antiguo y el moderno, pues matan á muchos de los mayores luego de esquilados, dejando libres solamente á los pequeños, que por cierto se domestican muy fácilmente. Son de muy buen genio y siguen al amo con la docilidad de un perro, pero si se les hostiga y maltrata, no dejan impune la ofensa, antes la vengan á coces ó arrojando al ofensor los alimentos recién rumiados. No hay duda de que para evitar la destrucción de las diversas especies de esta familia es preciso reducirlas todas al servicio del hombre, como lo están los llamas; de lo contrario, los cazadores acabarán con ellas.

Cerca de los ventisqueros y más arriba todavía, pasando del límite de las nieves eternas, viven otros animales de piel muy apreciada, principalmente la chinchilla y luego la viscacha. Ambos son roedores y habitan en las grietas de las peñas. La viscacha es mayor que la chinchilla y tiene un vellón muy suave y espeso, pero se vende tan barato, que son pocos los

que se emplean en cogerlas, lo que además no es nada fácil, porque son muy listas y vigilantes. No salen de sus madrigueras hasta la puesta del sol, á cuya hora se suben á lo alto de alguna peña, á donde quedan como de centinela con las orejas levantadas y en constante movimiento el hocico.

La fauna de la montaña, no menos opulenta que la flora, contiene casi todas las especies de la región brasileña en el inmenso espacio que va del Orinoco al Plata. Centenares de ellas son de aves, casta de animales para la que parece hecho este país de lagos, lagunas, ciénagas, ríos, pajonales y selvas, donde cada una de sus infinitas familias encuentra lo necesario para vivir según las necesidades y gustos que la naturaleza le dió. Las que moran en las sombras de los bosques son de colores poco vivos y variados, y en cambio, las que tienen sus nidos en las ramas altas, bañadas siempre por la intensa luz solar de aquellas latitudes, tienen brillantísimo plumaje. Del lado del Pacífico, la fauna aérea es muy diversa de ésta, pues en las pendiente áridas se ven pocas aves, notándose entre éstas algunos loros que, por no tener árboles en que vivir según su condición de trepadoras, se acomodan á morar entre las peñas, llegando una de estas especies, habitante de las gargantas cercanas á Lima, á ser exclusivamente troglodita. En la costa cógense cangrejos á millones, sobre todo en Huacho, y podrían cogerse millares de millones. En las aguas del Océano vecino, principalmente entre las rocas y los islotes del litoral, encuéntranse bancos de peces, de tal espesor y magnitud, que las olas rompen sobre ellos como sobre bajíos. No menos poblados que las aguas están los aires, donde vuelan millones de petreles, golondrinas de mar, cormoranes y otros muchos, cuyas nutridas bandadas forman verdaderos toldos, cerniéndose inmóviles sobre los islotes, á los que en el transcurso de los años han cubierto también de gruesas capas de excrementos, que hoy son minas de que se sacan grandes trozos para cargar los buques. También hay muchos pájaros bobos y pingüinos.

IV

Los quechuas.—Los antiguos incas.—Otros indios.

Los principales pobladores del Perú, ahora como en tiempo de la conquista, son los quechuas. Este nombre sirvió al prin-

cipio, según parece, para significar «clima templado», y se dió á las regiones habitables de las mesetas en contraposición del de *puna*, con que designaban á las nevadas é ináccesibles cumbres, y fué poco á poco extendiéndose hasta pasar de la tierra que le llevaba á la raza de hombres que en ella vivía. Según otros etimologistas, quechua vale tanto como «hombre sabio» ó como «hombre que habla bien». Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la lengua de los quechuas domina en el Perú, dividida en diversos dialectos, de suerte que el quechua del Ecuador es completamente distinto del que se habla en el Perú meridional. Muchísimas voces de suave y fácil pronunciación en el Norte, vuélvense guturales y enrevesadas en boca de los habitantes del Sur, y están muy en uso multitud de vocablos españoles y de origen aimara. En Cuzco y sus alrededores, centro del imperio inca, y por tanto, donde mayor resistencia hubo á la conquista, es donde con mayor pureza se habla. Muchos llaman lengua de los incas á la peruana, como si estos soberanos hubiesen tenido lenguaje especial diverso del de su pueblo. Lo probable es que los incas, llevados de ese afán de distinción innata en las clases privilegiadas, empleasen lenguaje más escogido, y en algunos casos hasta voces no usadas por el vulgo. Pero nada más.

Aunque con diversidad de dialectos, la lengua quechua era la generalmente hablada en todo el Tahuanti-Suyu (nombre del imperio inca), y sigue hablándose en las provincias que de él se formaron, hoy repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Argentina. En la región de los Andes hablan el quechua los moradores de los pueblos apartados del trato con los blancos. Allí donde le impusieron los incas se sostiene aún. Puede decirse que en la serranía el español no ha logrado adelantarse un paso; antes bien, los españoles aprenden el quechua, y en este idioma suelen hablar á sus dependientes y criados; y á tal extremo llega su importancia, que algunas palabras, tales como *pampa*, *llama*, *cóndor*, *guano* y *quina* tomaron carta de naturaleza en todos los diccionarios europeos. No puede dudarse de que al fin se le sobrepondrá el español, que es el habla de las ciudades, y en la que están impresos libros y periódicos, pero entre tanto merece señalarse la energía con que pelea el quechua defendiendo su existencia. Verdad que es idioma muy digno de atención y que puede considerarse como tipo principal de los aglutinantes que hay en la América del Sur. Es grande su riqueza, por admitir la formación de palabras com-

puestas; no menor su flexibilidad, pues las más sutiles ideas pueden expresarse en él merced al empleo de los afijos, é ingeniosa la manera de concertar el sujeto y el régimen con el verbo para poder expresar, sin más que la mudanza en la forma de la palabra, cuál de los interlocutores es el que habla. De esta lengua van publicadas diez gramáticas, nueve de ellas en Lima. Consérvanse manuscritos de su antigua literatura, entre otros, el drama *Apu Ollantai* en el que se refiere una de las guerras feudales del imperio inca, la tragedia *Usca Paucan* ó «Amores de la flor de oro», descubierta por Markham y tradu-



Una plaza de Cuzco. (Dibujo de Lanzelot).

cida y adulterada antes por los misioneros con la introducción de coros de ángeles de la Virgen María y todo género de milagros católicos. De aquella literatura conservan vestigios los libros modernos, que con el sinnúmero de plegarias, catecismos, libros piadosos, sátiras, poesías fúnebres y cantigas de amor, llamados *yaravis*, componen la literatura actual. Acompañan los indios estos *cantos tristes* (que bien merecen el nombre, porque lo son realmente), con la suave melodía de la flauta *quena*.

Cuenta Markham haber oído en los alrededores de Ayacu-

cho, cantar á las madres, en tanto daban el pecho á sus hijos, estrofas rebosando llanto y desesperación semejantes á éstas: «En noche tormentosa fuí concebido.—Así me asemejo á una »nube que preñada de amarguras y tristezas, se desata en lágrimas al menor soplo de adversidad.—Naciste en triste albergue.—Mi madre cantaba dándome el pecho.—La lluvia y la »tormenta fueron tu cuna.—Abandonado y solo, erré al azar »buscando un alma caritativa.—Nadie se apiada de mi miseria.—Maldito sea mi nacimiento.—Maldita fué mi concepción.— »Maldito el mundo, maldito todo, maldito yo.»

Los peruanos de origen indio, al igual de los quechuas, seméjanse á los aztecas y mejicanos de las mesetas en la robusta estructura del tronco y dimensiones del tórax, el color aceitunado de la piel, lo pronunciado de las facciones y sobre todo en la presencia de un hueso interparietal, la braquicefalia y forma piramidal del cráneo, muy diverso del de los europeos. Son tímidos y pacíficos, muy amantes de sus familias, pero extremadamente dados á la bebida. Dominados por ella, pasan á veces días enteros gritando y bailando desenfrenadamente, cual si hubiesen perdido el juicio. Como hijos de esclavos que son, carecen de dignidad, y si sospechan algún peligro, recurren para defenderse á la adulación, la astucia y la mentira. Son serviles en grado sumo, obedeciendo sin quejarse al que manda, y si alguna vez se revuelven contra él, nunca lo hacen en defensa de su hollada libertad, sino por lealtad á otros más antiguos señores, como lo prueban las guerras que han tenido, en todas las cuales han intentado restaurar gobiernos anteriores. Raimondi cuenta la historia de un indio del río de Santa, que para vengarse de un sacerdote dándole muerte, se quitó primero la ropa de *cristiano*, vistiéndose con el traje de los incas.

Los quechuas y otros naturales de los Andes habían llegado á muy alto grado de policía y civilización muchos siglos antes de que los descubriesen los españoles, y hasta hay quien cree que los más notables monumentos son obra de gentes anteriores á los quechuas, porque sin duda no fueron éstos los únicos que progresaron en las artes, sino que hubo otros que se les adelantaron y fueron tan civilizados como ellos, y si sólo su nombre ha llegado hasta nosotros, la causa debe buscarse en la propensión de los hombres á condensar los sucesos históricos en un pueblo y á veces en la sola persona de un héroe. Aparecen ante nosotros los peruanos como si siempre hubie-

ran sido lo que eran en el momento de la conquista, cuando las armas españolas derribaron el imperio inca, pero lo probable es que ya entonces estuvieran en decadencia, pues vivían en completa servidumbre y no puede creerse que hubiesen hecho tan peregrinos inventos esclavizados por un gobierno que no consentía ninguna iniciativa individual. Eran los quechuas muy buenos alfareros y hacían diversos géneros de vasijas adornadas con figuras de hombres y animales, simbólicas ó fantásticas. Sabían beneficiar los minerales y trabajar el oro, la plata y el cobre, extraer el mercurio y soldar estos metales,



La meseta de las minas. (Dibujo de Roux.)

fabricando con ellos sus armas; pero no llegaron á trabajar el hierro, hallándose en la edad del cobre cuando se presentaron los españoles. Hacían telas de algodón y lana mucho más fuertes y duraderas que las que hoy compran á fabricantes europeos, y las teñían de brillantes colores, tan permanentes como ellas. Fueron también notables ingenieros, según lo demuestran centenares de *huacos* ó tumbas, diques y terraplenes, puentes, templos y fortalezas. Sirve de ejemplo *Ollantá-tambo*, la «casa de Ollantá», celebrada en la mejor obra que de la literatura peruana nos ha quedado. Sobre una peña caliza que se levanta á gran altura en el valle de Vilcamayo, al Nordeste de Cuzco, vense las no acabadas paredes de esta fortaleza, en cuya construcción trabajaron miles de hombres por espacio de diez años.

Colosales losas de granito sobresalen en lo alto, mientras otras, que no llegaron á su destino, yacen esparcidas á orillas de los caminos de las canteras, distantes de allí unos 10 kilómetros. Asombra el prodigioso trabajo que representa el transporte de aquella mole, que tuvo que cruzar un río impetuoso y bajar y subir terribles cuestas al borde de los precipicios. Aún es mayor el asombro cuando se piensa que tales piedras se tallaron y pulieron sin instrumentos de hierro y sólo con el frote de otras piedras y el uso de hierbas de epidermis dura. Los



Ollantai-Tambo.—Construcciones incas. (Dibujo de Vaillant.)

numerosos puentes de piedra que hoy se ven todavía, monumentales unos, atrevidos todos; los bien trazados caminos de suelo firme, endurecido con una capa de *pilca* ó betún, bien conservados por individuos encargados de su reparación; las difíciles obras de explanación, sorteando los grandes obstáculos, salvando precipicios, asentando sobre marismas y hendiendo á veces la roca viva, muestran hasta qué punto llegó la cultura de aquellos quechuas: cultura sin par en el Nuevo Mundo, excepción de la de los maya, y que en el viejo continente pudo rivalizar con las antiguas civilizaciones china y romana.

Siendo tantos y tan buenos los caminos, sin duda era más fácil el acceso al interior de la sierra que lo es en nuestros días, y por tanto puede asegurarse que en los cuatro siglos de la

dominación española empeoraron las comunicaciones en vez de mejorar y acrecentarse. La razón es que habían sido construidos sólo para los correos reales (*chasqui*), que, merced á los relevos sabiamente dispuestos, podían cruzar el imperio de Cuzco á Quito y de los montes á las orillas del mar en menos tiempo que lo haría un caballo. Acabado el imperio inca, acabó también la utilidad de sus admirables caminos, por los que nunca cruzaron mercaderes ni otra clase de viajeros, estando prohibido á los quechuas mudar de residencia sin permiso del soberano. Con los ferrocarriles que ahora se construyen cambiarán las cosas, pues llevarán el comercio y las nuevas ideas de los llanos á las montañas. Lo que no podían hacer los correos incas lo hará la locomotora en tierra. En el mar, los vapores que navegan de puerto en puerto han reemplazado á las balsas primitivas, de las que cuenta Ruiz de Estrada, piloto de Pizarro, que aguantaban bien la mar, porque las construían muy fuertes. Tenían dos palos y grandes velas cuadradas, y con ellas no sólo navegaban á lo largo de la costa, sino que se engolfaban de Esmeraldas á Trujillo, más de 1.000 kilómetros hasta las islas de los Galápagos.

Los quechuas dividían el año como nosotros, en trescientos sesenta y cinco días, observaban los eclipses, conocían con exactitud la marcha del sol sobre la elíptica y tenían un sistema de numeración decimal semejante al nuestro. Representaban y transmitían sus ideas por medio de signos y jeroglíficos, género de escritura ideográfica que hoy se conserva todavía en algunas rocas del litoral resguardadas de las aguas. Han pretendido algunos que los quechuas, antes de iniciarse el periodo de su decadencia, conocieron el lenguaje escrito y le usaron; un autor añade que habiendo consultado á los dioses un magnate del Perú y oído de boca celeste «que la escritura era la causa de todas las corrupciones é infortunios sociales», ordenó bajo severas penas que abandonasen todos una invención tan diabólica y perjudicial. Demos ó no crédito á esta leyenda, lo cierto es que á la llegada de los españoles, los quechuas desconocían la escritura. Pruébalo que para ayudar á su memoria y comunicarse se servían de *quipos*, esto es, cuerdas finas con nudos de diversos colores, con las cuales se podían hacer muchas combinaciones de la misma suerte que con las banderolas de los buques, pudiendo expresar ideas sencillas y guardar memoria de algunos sucesos. Acosta (misionero jesuita) cuenta que los viejos de su época servíanse de piedras cuya

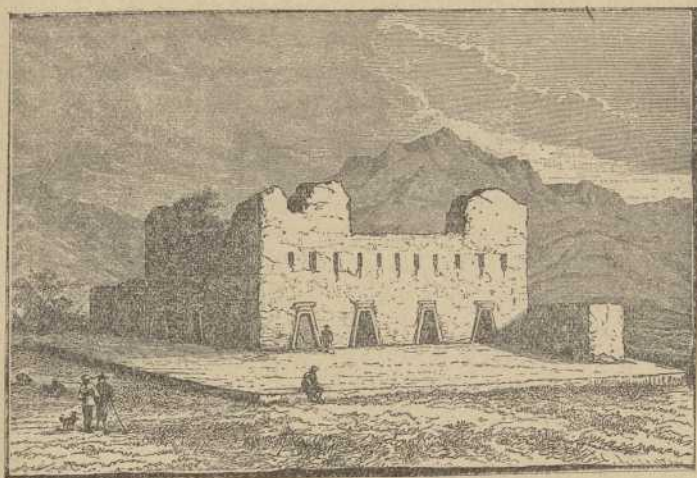


distinta forma, simbolizando sonidos ó palabras, érales de todo punto indispensable ordenar para recitar las plegarias enseñadas por los religiosos. Estos procedimientos no fueron nunca adoptados por los correos encargados de llevar órdenes que aprendían de memoria y estaban obligados á transmitir'as de puesto en puesto hasta llegar al paraje de su destino. Los quipos continúan sirviendo á los pastores y campesinos del interior para llevar las cuentas. Probablemente fué siempre comunista la nación quechua, y las leyes de los incas se redujeron á dar autoridad y á ordenar los antiguos usos y costumbres del pueblo. Dividiase la tierra en cuatro partes iguales: una para los trabajadores y sus familias, otra para los inválidos, viudas y huérfanos, y las dos restantes se guardaban para el sol y el inca; pero como éste era al mismo tiempo emperador y pontífice, quedaba al fin dueño de la mitad del territorio nacional. A estas divisiones correspondían otras subdivisiones dentro de la familia, á la que tocaban tantas porciones iguales de terreno cuantas eran las personas que la formaban, siendo doble la de los hombres.

La parte de la cosecha destinada á la alimentación de los ciudadanos repartíase entre ellos conforme á las necesidades de cada uno. La porción correspondiente á los niños, ancianos ó enfermos que no podían trabajar, se entregaba á las personas que los tenían á su cuidado. Las partes pertenecientes al inca y al sol quedaban guardadas en los graneros públicos para acudir con ellas á las necesidades del pueblo en caso de carestía. Azotaban en público al trabajador perezoso ó que por cualquier motivo se negaba á trabajar, pero no le quitaban la tierra porque no era suya. De igual modo corría á cargo del Estado la distribución de lana, cuero y algodón, con los que cada familia hacía sus vestidos y calzados, devolviendo á los almacenes públicos los restos de los inservibles ó usados. Hacíase cada dos años esta distribución, correspondiendo á los habitantes de las montañas la lana y el cuero, y á los del llano el algodón. También el ganado era de propiedad común, siendo la administración pública la que nombraba los pastores de los diversos rebaños, ordenaba la matanza y repartía por familias la carne en ocasiones solemnes.

No se tiene noticia de nación alguna dividida en jerarquías tan bien separadas unas de otras como las del Perú, ni tan disciplinada. Todos los hombres estaban numerados, alistados y se reunían en grupos de cinco, de diez y de cien. Siendo cien

mandábalos un centurión; llegando á mil, un capitán, y cada uno de los cuatro virreyes (del Norte, del Sur, del Este y del Oeste) sabía cuántos capitanes tenía á su servicio. La insubordinación y rebelión eran castigadas con la muerte, penas que rara vez se aplicaban por ser tal en aquellas gentes el sentimiento del deber y el respeto á las instituciones, que los culpables de cualquier delito se entregaban voluntariamente á la justicia encargada de juzgarlos; verdad que de no hacerlo así difícilmente escapaban á la policía secreta, que estaba muy bien organizada. Imponían á los vencidos su religión. Adoraban al sol, astro vivificador; de igual modo que los yuncas, con terror



Templo del Sol en el lago de Titicaca. (Dibujo de Vaillant.)

sobrenatural, adoraban á *Mama Cocha*, la «Laguna Madre» cuyas crecidas é irrupciones assolaban frecuentemente las riberas. El jefe de la religión quechua era de sangre real y obedecía en todo al rey. Llamábase «hijo del sol», y tenía á su cargo la dirección de sacerdotes y sacerdotisas. Éstas vivían en clausuras y servían en el harén del rey. El Estado encargábase de reglamentar la educación de los niños, enseñándoles, bien fuesen hijos de incas y de altos dignatarios (por excepción) ó hijos de plebeyos, ciencias y artes, matemáticas, teología, historia, arte de la guerra, música, poesía, etc., ó sólo la fabricación de armas, vestidos y toda suerte de trabajos rudos, á los que sin distinción de sexo habían de consagrarse los hijos de las clases

no privilegiadas. Los padres eran los responsables de cualquier omisión ó abandono que condujese á quebrantar las reglas.

Estaban los incas obligados á casarse luego de llegados á la edad señalada en la ley, habiendo magistrados que cuidaban de que cumpliesen este precepto, llevando cuenta de los años que tenían y de que los esposos fuesen de la misma familia. Así al inca le estaba mandado casarse con su hermana mayor. Era tal la vigilancia de los magistrados, que estaba prohibido á los ciudadanos cerrar las puertas de sus viviendas y hacer viajes sin autorización expresa, so pena de incurrir en la de muerte, por considerarles vagabundos. Al quedar los pueblos vencidos bajo el yugo de este cruel gobierno, veíanse obligados, por miserable que fuese su estado, á pagar un crecido impuesto, después de rapados sus cabellos, en señal de quedar sometidos á los peruanos y de su sumisión y vencimiento. Otra costumbre singular de esta nación era la de cambiar la forma del cráneo por medio de ciertas compresiones, que sabían hacer muy bien en los recién nacidos de los pueblos sometidos, teniendo para cada pueblo un modelo especial, que era invariable. Pienzan algunos autores que el gobierno inca quiso de este modo modelar á su gusto para siempre el carácter y talento de los que le obecían, disponiéndolo á su antojo con sólo hacer las cabezas más largas, más achatadas, en forma más semejante á la pirámide, más echada hacia atrás ó más comprimida lateralmente. Suponen los que así piensan que de este modo pretendieron los incas afirmar su autoridad, basándola en el embrutecimiento de los vencidos, abundando en las ideas de la moderna ciencia, que recomienda el hipnotismo como medio eficaz y seguro de gobierno. Estos mismos dicen que sólo por hallarse, merced á tal sistema, reducida la nación al estado de sumiso rebaño y siempre atemorizada, se comprende que un puñado de españoles, bandidos harto más duros que los humildes quechuas y capitaneados por Pizarro, desbaratase el ejército disciplinado de Atahualpa con sólo que la mano audaz del aventurero capitán español, asiéndole de la túnica sagrada, derribase del trono la soberana figura del inca.

Cuando cayó el imperio pareció que iba á acabarse el pueblo. Las matanzas, epidemias y pérdidas de cosechas causaron la muerte de centenares de millares de hombres y aun de millones, según cuentan algunos cronistas. La causa de tantas desgracias debe buscarse en la nueva manera de vivir de los conquistados. Creyeron hacer por ellos los conquistadores cuanto

debían, convirtiéndolos á la fuerza á su religión (aunque dudaban que tuviesen alma), y les obligaron á trabajar contra su voluntad. No solamente les impusieron los tributos que en tiempo de los incas tenían, sino también la *mita*, mediante la cual reducían al trabajo de las minas á todos los hombres válidos de una comarca. En el primer año sucumbieron en esta penosa labor la mitad de los trabajadores, y como las comarcas mineras se despoblaban con tantas muertes, traían de otras más apartadas hombres que las habitasen y que ocupasen el puesto de los trabajadores muertos. Los que escapaban á la *mita*, perecían al rigor de los tributos eclesiásticos y de los *repartimientos*, ó sea de la obligación en que estaban de comprar ciertas mercaderías á los gobernadores y corregidores, procurando éstos hacerles todavía mayor fuerza por medio de créditos que alcanzaban contra ellos, y que nunca veían satisfechos, pues harto hacían aquéllos por evitarlo.

En los comienzos de la dominación española, muchos indios trataron de salvarse huyendo, y según cuentan algunas crónicas y tradiciones populares, hubo incas que, seguidos de millares de vasallos, cruzaron los Andes con sus tesoros para escapar en las selvas del Amazonas á la crueldad de los conquistadores. Dicen estas mismas leyendas que los fugitivos se establecieron en la reunión de los ríos Huallaga y Ucayali, donde edificaron la populosa ciudad de *Yurac-Huasi*, ó la Casa Blanca, confundida en la imaginación del vulgo con el palacio de El Dorado. No carece de probabilidad que algunos incas huyesen á los bosques para seguir sosteniendo en ellos un resto de sociedad civilizada, y en algunas relaciones de misioneros se encuentran indicios de ello. Con tal fe esperaban los indios que vendría á redimirlos algún príncipe de la antigua dinastía, descendiente de los que según la opinión corriente se acogieron á las selvas, que en 1740 reconocieron esta calidad en un sujeto llamado Juan Santos, el cual tomó el nombre de Atahualpa, púsose á la cabeza de los chunchos ó salvajes de las diversas tribus, destruyó muchas misiones, degollando á los misioneros, y pretendió resucitar el imperio de Emin ó de Paytiti, desafiando todo el poder de España. Cuantos alzamientos semejantes á éste hubo en las mesetas de los Andes acabaron ahogados en sangre, y sólo el de 1780 llegó á ser verdaderamente peligroso. Un descendiente de los Incas, llamado Tupac-Amaru ó sea la «Culebra resplandeciente», á quien los virreyes habían considerado y honrado hasta darle el título de marqués de Orope-

sa, creyó propicia la ocasión de restaurar el trono de sus antepasados, y declarando no alzarse contra Dios ni contra el rey, mandó ahorcar á los corregidores que pudo, abolió la *mita* y los



Grupo de indios Antis (Dibujo de Veuilleo.)

repartimientos, y en pocos meses logró enseñorearse de gran parte del Perú. Reunió un gran ejército con algunos cañones, pero no pudo resistir á las tropas que acudieron de Lima y de Buenos Aires contra él, y vencido por ellas, cayó prisionero,

siendo ajusticiado en el Cuzco. Muchas de las peticiones de los revolucionarios fueron atendidas, no atreviéndose los dueños del país á restablecer los repartimientos. Suavizóse bastante el rigor de la mita, aunque no se abolió hasta la guerra de la Independencia, en la cual, criollos y mestizos procuraron atraer á su partido á los indios, apartándoles de los españoles, lo que no consiguieron, pues muchas tribus, entre ellas las de los iquichanos, montañeses de la comarca del Apurímac, pelearon por España hasta el último instante.

La raza quechua ha perdido su pureza, hallándose mezclada con los huancas en el distrito de Huancavelica, con los yuncas, con los charcas, con los antis, por medio de los iquichanos, y habiendo absorbido á los huamanes en el distrito de Huamanga ó Ayacucho. Y no sólo ha recibido sangre de éstos y de otros indios, sino también de europeos, de africanos y aun de chinos. El régimen español, sin cambiarla del todo, la ha transformado mucho, dándola, en vez del culto del sol, la religión de Cristo, y las nuevas ideas, subiendo del litoral á las montañas y mesetas, van poco á poco penetrando en la masa general de la nación y conmoviéndola, aun siendo tan apática. Los indígenas gustaron tanto de los romances españoles y novelas de caballerías, que esta afición llegó á alarmar á los obispos, quienes pidieron al Gobierno que los prohibiera, temerosos de que la narración de las hazañas de Amadís y de Esplandian, redundase en daño del Evangelio. Sobre esta raza mezclada, en la que desaparecen las antiguas tribus y naciones para formar un solo pueblo, se ejercen también otras influencias que acabarán de transformarla.

Los quechuas eran los pobladores principales de la sierra del Perú, pero también habitaban en algunas partes de ella los aimaras, primer elemento de la nación boliviana, y en las vegas cálidas (*yuncas*), situadas á lo largo de la costa y parecidas en la temperatura á las *yungas*, de la vertiente oriental de Bolivia, vivían otras naciones llamadas *yuncas*, como la comarca que habitaban, muy diversas unas de otras, y probablemente mucho más civilizadas é inteligentes que los quechuas, pero que fueron vencidos por éstos porque siendo el país de muy reducida anchura y separado en varias partes por arenales y desiertos, nunca pudieron reunirse todos para resistir á los enemigos que bajaban de la sierra á sujetarlos. En muchas partes del litoral vense aún las ruinas de los pueblos en que vivían, y casi todos están edificadas en lo alto de riscos pela-

dos, sin agua y bien defendidos. Los yuncas preferían el trabajo de ir diariamente en busca de agua á los barrancos, al inconveniente de las inundaciones y de las caídas y al peligro de las acometidas de sus enemigos. Consérvanse muchos edificios levantados por esta nación, tales como ciudadelas, templos, *huacos* ó cementerios, que hacen gran ventaja á los de los incas. por la magnitud y hermosura, así como por la riqueza de las telas, vasijas y metales que en ellos se encuentran. En la costa Norte de este país, hacia la parte de Trujillo hablábase todavía á mediados del siglo XVII uno de los dialectos de la lengua yunca, del cual nos ha dejado la gramática el español Fernando de la Carrera; pero un siglo más tarde este dialecto había desaparecido del todo. Los yauyos son unos indios de corta estatura, pero muy listos, que viven al Sur de Pachacamac y cuya raza no se ha acabado aún, conservándose también en el lenguaje que hablan raíces que sin duda alguna no provienen del quechua.

El rigor de la temperatura, la humedad de la tierra, la grandeza de los precipicios, la inmensidad de los bosques y el caudal y peligrosa fuerza de los ríos de la vertiente oriental del Perú, ha defendido de la invasión á los indios que en aquellos parajes habitaban. Esto, no obstante, también padecieron con la llegada de los blancos, sobre todo por las enfermedades epidémicas que éstos les trajeron, y cuyos focos eran las misiones, porque las novedades que introducían en la vida de aquellos indios, haciéndoles cambiar de usos, trajes y ocupaciones, les quebrantaban la salud. Los más de los pueblos fundados por los misioneros acabaron, no por la guerra, sino por las diversas pestes que en ellos se cebaron. Así desapareció San Francisco de Borja, aunque bien situada á orillas del Amazonas, un poco más abajo del Pongo de Manserique, donde apareció en 1660 la viruela, esparciéndose luego por las misiones vecinas y matando 44.000 indios. Pasados nueve años, volvió la misma plaga y acabó con 20.000 personas, después de lo cual aún se presentó varias veces, hasta dejar desierta mucha parte de la comarca. Los indios mansos sufrieron la mayor furia del mal, escapando mejor los *bravos* ó bárbaros, amparados por la soledad de sus bosques. Muchos de ellos pelearon con los españoles, y los de las vertientes orientales de los Andes de Carabaya los vencieron, destruyendo los pueblos que habían fundado en aquel territorio. Todos estos pueblos se llaman chunchos, lo que quiere decir bárbaros en lengua quechua, y son probable-

mente de raza anti. De los antis, que dieron nombre á la cordilleras y á la región que de ellas dependen, sólo quedan algunos restos. Son de mediana estatura, más delgados y airoso que los quechuas y se les parecen bastante, aunque tienen tipo más semejante al mongólico. Desde niños se les forman hondas arrugas en el rostro, procurando disimularlas pintándose de negro con *genipa* ó de encarnado con *rucu*. Visten una larga túnica de tela obscura guarnecida de una sarta de cuentas y se adornan la cabeza y los hombros con plumas. Son muy hábiles en el arte de domesticar toda casta de animales, encontrándose infinidad de ellos completamente mansos en los bosques, en torno de las aldeas y chozas de los antis. Crían, además de gallinas y otras aves, pécaris, capibaras, monos y hasta tapires, y les toman tanto cariño, que por nada del mundo matan á uno de estos animales para comerlo, pareciéndoles que cometerían un atentado si lo hiciesen. Fueron discípulos de los misioneros franciscanos, de quienes aprendieron muchas cosas que no han olvidado del todo, entre ellas algunas palabras latinas, que más ó menos desfiguradas, han quedado en su lengua. No por haber tenido tales maestros han cambiado de ideas en lo principal, y siguen creyendo en hechiceras y en encantamientos como antes. Una de las cosas que creen con más fe es que toda enfermedad proviene de maleficio hecho por mujer. Si llegan á descubrir á la hechicera, la estrangulan sin oposición de nadie, antes bien con la aprobación de sus propios parientes. Cantan una especie de letanía tan parecida á la de las iglesias, que sin duda la aprendieron de los misioneros, aunque á la verdad la letra es del todo diferente. Al sublevarse estos indios contra los españoles, comprendieron el verdadero sentido de las palabras de aquellos himnos que les enseñaron los misioneros, y hallándolas serviles, pusieron en su lugar otras cantando la fraternidad, como las siguientes: «Si tienes hambre, partiré contigo mi caza, mi pesca y las frutas de mi huerto, porque eres campa. Si algún enemigo te ataca, expondré mi vida para socorrerte, porque eres campa. Si el diablo te mata tus hijos, serán como míos, porque eres campa, y los campos deben amarse unos á otros.»

Una de las tribus que han guardado la costumbre de la antropofagia es la de los cachibos cuyo nombre vale tanto como vampiro. En 1865 se comieron á dos oficiales peruanos y á los soldados que los escoltaban. Cuando á uno de estos indios se les muere el padre ó la madre, asan el cadáver y se le comen

ó lo ahuman, haciéndole cecina para comerlo en ocasión en que les sea más necesario. No siempre aguardan á que la muerte les sazone este bocado, porque los mismos viejos, cansados de vivir sin trabajar, suelen pedir á los hijos que los maten, y ellos les complacen como quien cumple un deber filial. Dan muerte á las mujeres estériles y á los adultos que por cualquier circunstancia carecen de medios para atender á su subsistencia; pero no comen carne de mujer, considerándola venenosa. Cuentan de ellos que si al morir creen que no han de ser devorados, lloran amargamente, lamentándose de que sus amigos y parientes no les hagan la honra de darles sepultura en sus estómagos, dejándolos para pasto de los gusanos; y á esto añaden otros autores que en las grandes fiestas se ha visto á muchos mancebos ofrecerse á la tribu para figurar como viandas en el banquete, y eran tantos los ofrecidos, que había que elegir entre ellos. También ha sucedido, según cuentan los peruanos, que llevados de su amor á la carne humana, han llegado los cachibos á considerar al hombre únicamente como comestible y pieza de caza, y en retorno los blancos y mestizos los cazan á ellos y á otros indios como á bestias feroces, matándolos sin escrúpulo alguno, para lo que creen tener razón bastante por unas y otras cosas que de ellos se refieren. Así, cuando salen á montería de hombres, matan á cuantos encuentran, sin mirar mucho si son ó no cachibos, porque á todos los tienen por antropófagos. A los muchachos que cogen reducenlos á la esclavitud, en cuyo estado son muy apreciados por obedientes: cierto es que no pueden hacer otra cosa, porque si diesen la menor muestra de resistir ó revolverse contra sus amos, al punto los matarían; tan grande es el odio que los tienen. Cuéntanse en estas comarcas horribles historias de asesinatos y matanzas. Los indios puros, conibos, sipibos, setibos y otros de las orillas del Uyacali, tenían desde tiempo inmemorial la costumbre de subir por las cuencas de los afluentes en busca de mujeres que cautivar; pero no hacían estas correrías por su cuenta, sino por las de los blancos que les enviaban en busca de ellas y de niños para trabajar en las haciendas. Hombres no querían, porque preferían morir á ser esclavos, y no aprovechaban para nada, por cuya razón los cazadores los mataban á todos, quemaban las cabañas y se llevaban lo aprovechable de la caza humana. Sin embargo, no siempre fué pernicioso la vecindad de los blancos, porque si bien algunas veces indujeron á las tribus con quienes estuvieron en relación á

costumbres tan inhumanas como las referidas, á otras enseñaron á cultivar los campos y á comerciar, reduciéndolas á vida mejor y menos bárbara de la que antes tenían. Ejemplo de ello son los piros ó chontaquiros de Urubamba y el Ucayali, que viven á orillas de ambos ríos, en un espacio de más de 500 kilómetros. Son curiosos é inteligentes, copian las costumbres de los peruanos con quienes tratan, y van acomodándose á ellas y mezclándose con los blancos hasta desaparecer en el seno de la gran nación peruana. Muchos hablan ya español y otros portugués. Son buenos tejedores y fabricantes de armas y de herramientas, y muy hábiles en el arte de construir chozas. Pero en lo que sobresalen principalmente es en navegar por los ríos, siendo tal el gusto conque se dan á esto, que á veces emprenden viajes de centenares de kilómetros, sólo por pasearse. Los piros bárbaros se pintan de negro los dientes.

Vienen después de los piros, en las orillas del Ucayali, los conibos y sipibos, todavía más adelantados que ellos en el camino de mezclarse con los pueblos de origen europeo. Visten como los *cholos* peruanos; usan escopetas de caza, en lugar de arcos, cerbatanas y hachas de pedernal pulimentado; compran herramientas fabricadas en Inglaterra ó en los Estados Unidos; beben aguardientes y otros licoras; hablan portugués, y aunque muy hábiles en la navegación de los ríos, viajan más en vapor que en las lanchas, que tan bien saben manejar. Sin embargo, en lo más escondido de sus selvas guardan muchos usos de sus antepasados, como los de oprimir con unas tablillas la cabeza de los niños hasta dar al rostro cierta semejanza á la luna llena, circuncidar á las muchachas y enterrar vivas á las criaturas endebles, lloronas é impertinentes. Con tan bárbara costumbre pronto se acabaría la nación de los conibos si no hiciesen de cuando en cuando entradas en las tierras de sus vecinos los amahuacas ó ipiteneres, gente que vive desnuda en lo alto de los árboles, sin otras armas conque defenderse que malas flechas. Aprovechando la ventajas que les dan las suyas, los conibos cautivan á muchos mancebos amahuacas, y les admiten entre ellos, enseñándoles á pelear para que más adelante les acompañen en sus correrías: por donde llegan estos cautivos á trabajar en la ruina de su propia raza. No les dan estos robos á los conibos tan buen resultado como quisieran, porque, á pesar de ellos, cada día que pasa son menos, y á esto ayuda mucho el grandísimo número de niños que mueren al mudarles la forma de la cabeza. Ya se considera próximo el día

en que desaparecerá para siempre la última tribu de esta nación, que para ponderar su antigüedad decía haber venido al mundo en la infancia de éste, cuando el sol y la luna eran todavía pequeños.

Conócense muchas tribus indias de las cuencas de Huallaga y del Ucayali con nombres de animales simbólicos, y todas hablan lenguas diferentes del quechua y del aimara. Los piros y otros pueblos del Sur son de la familia étnica de los antís; los amahuacas, conibos, sipibos, cachivos, cetibos y remos del Ucayali, con los hibitos ó itibos conversos del Huallaga y los panos, forman un grupo etnográfico diferente. Estos panos no son sino restos de una poderosa nación que habitaba el Ucayali bajo y el Amazonas alto. Fabricaban con la corteza de un árbol cierta especie de papel parecido al que de fibras de maguey hacían los mejicanos, y cuentan que en él escribían signos diversos, por medio de los cuales guardaban memoria de las fechas y sucesos importantes. Conocían también el uso de la cruz y usaban amuletos, en los que pintaban figuras, en cuyo poder sobre sus acciones y los sucesos de su vida creían firmemente. Hacían figurillas de madera y de barro, adornaban y pintaban á los que morían, metiéndolos, después de puestos en cuclillas, en jarrones también pintados, y adoraban al sol, como los quechuas, rindiendo culto al fuego por considerarle emanación de aquel astro. A fines del siglo xvii lograron los misioneros convertirlos al cristianismo; luego se alzaron contra éstos y los degollaron (1767), pero en los últimos tiempos del gobierno español volvieron al seno de la Iglesia. Hoy quedan muy pocos de sangre pura, y esos pocos viven separados en pueblos diversos con tantos nombres como residencias, conociéndose á los de cada una de ellas en la diferente manera de pintarse el rostro.

Los cocamas son unos indios cristianos ribereños del Amazonas, que poco á poco se han ido mezclando á los trabajadores de aquella comarca servidores de los traficantes y barqueros, hasta confundirse con ellos. Visten, como éstos, gran sombrero de paja, camisa y pantalones, y han olvidado tan completamente la lengua y el culto de sus padres y las pinturas con que se engalanaban éstos la piel, que hasta ignoran que son indios y descendientes de indios. De los iquitos y pebas, que se vestían con hojas de los árboles, apenas queda otro vestigio que el nombre de algunas aldeas, y en el pueblo que conserva el de los primeros ni un hombre de esta raza por

haberse mezclado completamente de un lado con los tícunas y de otro con los omaguas. También éstos se están acabando y ya no se ve uno solo de raza pura. Conócense sus mestizos en la redondez del rostro y lo poco pronunciado de las facciones, por lo que tienen apariencia de bonachones y hasta de estúpidos. Tocó no poca parte á los omaguas en la exploración de América, porque gozaban fama de ricos, y ésta, rodando de pueblo en pueblo, llegó tan agigantada á los españoles, que los creyeron dueños de grandes tesoros, y que su capital era la famosa ciudad donde habitaba El Dorado, lo que fué causa de que saliesen en su busca muchas expediciones de aventureros. También de los mayorunas, que viven al Sur del río de las Amazonas, en las selvas que riegan las aguas del Ucayali y del Yavari, se contaban estupendas fabulas, tales como la de que descenden de los españoles que quedaron en aquella comarca en 1560 después de la muerte de Pedro de Ursús por el tirano López de Aguirre, y que se les conoce la raza española en las facciones y sobre todo en la negra y espesa barba que todos tienen. Lejos de ser esto cierto, los mayorunas conservan del todo pura su sangre india, sin que se encuentre á la fábula otra explicación que la de haber confundido los nombres *marañones*, ó gente del Marañón, que daban á los piratas de López de Aguirre y *mayoruna*, que es el de estos indios. Por cierto que *mayoruna* es voz quechua, que quiere decir *hombres del río*, lo que no conviene á esta nación, que habita en los bosques, vive de la caza y no tiene piraguas ni balsas para navegar. Quizás se le dieron cuando moraban junto á las fuentes de algún río no navegable, que bien podría ser el Mayo, á orillas del cual fundaron los españoles la ciudad de Moyobamba, Los ribereños del Amazonas aseguran que los mayorunas son antropófagos y aunque de ello no hay pruebas bastantes, se sabe que los blancos deben evitar se encuentren, porque suele ser peligroso. Una expedición de brasileños y peruanos que en 1866 se arriesgó á embarcarse en el Yavari, tuvo que volverse, con pérdida de las canoas y las armas que llevaba, y la de 1874, si bien fué más afortunada, perdió 27 hombres, víctimas de las calenturas, del cansancio y de las envenenadas flechas de los mayorunas. Hermanos de éstos son los marahuas, habitantes de la cuenca del Yavari, pero á mayor distancia del Amazonas, hacia el Este. Los más son cristianos, pero esto no obstante, se pintan y adornan según lo hacían sus abuelos, á semejanza de los mayorunas, y así como éstos pegan al rostro monedas y se plan-

tan plumas en la carne, ellos se ponen espinas en los labios y la barba.

Los yahuas ó yaguas moran poco más arriba de la frontera brasileña y son los más apuestos y agraciados de cuantos hay á orillas del Amazonas. Hombres y mujeres andar con igual arrogancia, y como van casi desnudos, parecen estatuas de carne. No usan más adornos y aseites que coronas de flores y chafarrinones de *rucu*, con que se pintan. El cabello le llevan tan corto, que fácilmente se advierte la redondez de la cabeza. También son de buena presencia los ticunas, que viven cerca de los yaguas, subiendo el río, y que, como ellos, tienen muy buen gusto para adornarse. Pintan sus túnicas con figurillas muy bellas, y se ponen en los hombros rosetones con grandes ramos de plumas, que de lejos parecen alas, lo que junto á sus largas melenas les da apariencia de ángeles. En cambio, los orejones son feísimos, si bien muy robustos. Cortan en dos tiras la parte carnosa de la oreja y la llevan colgando sobre el hombro. De todas estas naciones las mayores apenas tienen 1.000 personas, y lo general es que no pase de unos cuantos centenares el número de ellas.

Los colonos españoles, de cuya mezcla con los naturales se fué formando la nueva población del Perú, estableciéronse casi todos en la Ciudad de los Reyes, fundada por Pizarro, ó en las mesetas, cerca de las minas, desde donde se fueron esparciendo, llevando á sus pobladores la sangre española. Pasada la edad heroica de la conquista, y hallándose España pobre en hombres, pocos de sus hijos iban á establecerse en América, y de éstos casi todos eran empleados y soldados; de suerte que no puede asegurarse que hubiese verdadera emigración. Separado el Perú de la madre patria después de la guerra de la Independencia, y rotos también los lazos comerciales que con aquélla la unían, fueron llegando á aquel país gentes de otras partes, pero tan arraigada hallaron la raza española, que tuvieron necesidad de *españolizarse*. De los habitantes que en 1876 tenía Lima, la sexta parte eran extranjeros, y de éstos, los más italianos, dedicados al comercio en pequeño y dueños de cafés y casas de comidas. Semejantes á estas ocupaciones son las que allí tienen los franceses. Los ingleses y alemanes viven del comercio en grande. En el campo sólo pueden trabajar los europeos en algunas colonias agrícolas formadas por la reunión de muchos de ellos; pero nunca llegan á competir con el miserable indio, que se contenta con escaso jornal.

En tiempo de la dominación española había en este litoral muchos negros. En 1821 comenzó la emancipación gradual, y en 1855 quedó abolida la esclavitud, dando el Estado una indemnización de 1.500 francos por cada negro que recobraba la libertad. Con esto fué ya imposible introducirlos de África ni de otras partes; de suerte, que los que estaban en el Perú se han ido juntando con la raza dominante y desapareciendo en ella, lo que en algunos distritos se conoce fácilmente, pues la estadística descubre que donde el número de negros disminuye aumenta el de los blancos. A mediados del siglo XIX aún había en el Perú unos 50.000 africanos, pero hoy apenas quedará la décima parte. En cambio, de esta desaparición del tipo puro venen muchos tipos intermedios, que son como enlaces entre las diversas razas; y si los más de los que presumen de blancos por los cuatro costados tuviesen la franqueza de confesar quiénes fueron sus abuelos, se vería que los hubo blancos, cobrizos y negros; es decir, de todas las castas que viven en el Perú. Otras completamente nuevas hay que añadir á las tres mencionadas, á saber: la amarilla y la oceánica, que los hacendados de la costa comenzaron á introducir cuando la abolición de la esclavitud les dejó sin medios de continuar el cultivo de sus dilatadas posesiones. Hicieron en 1843 las primeras compras de estos nuevos esclavos, y desde entonces adquirieron más de 100.000.

El comercio de carne humana se hizo con tanta crueldad en el Perú como en las Antillas, y aunque los mercaderes que con él se enriquecían lo negaron, queriendo convencer al mundo de que trataban con suma humanidad á los que vendían, las informaciones que se abrieron para averiguar la verdad descubrieron las crueldades é injusticias cometidas. Por ellas se supo que muchos de aquellos infelices asiáticos, á quienes traían y desembarcaban como emigrantes voluntarios, eran hombres robados en la costa de China y arrojados luego en el fondo de la bodega del barco; y á los que de buen grado se habían prestado á dejar su patria para ir á trabajar en los ingenios con la garantía de un contrato, los engañaban los traficantes, no cumpliéndoles las principales cláusulas de aquél, si es que alguna cumplían. Muchas veces se alzaron los oprimidos contra los opresores, peleando unos contra otros furiosamente en medio del mar, y ocasiones hubo en que les fué preciso acabar á tiros con la mitad del cargamento, ó en que el tifus hizo el oficio de las balas, causando no menos muertes que éstas. Algunos barcos

acabaron incendiados por sus pasajeros, que prefirieron la muerte á la esclavitud. A los horrores de la travesía seguían los del impropio trabajo en las haciendas, tan penoso como se deja considerar, atendiendo á que todo el día amenazaba á los obreros el látigo del capataz. De noche dormían en barracones, bajo la custodia de hombres armados, no puestos allí para su seguridad, sino para impedir que huyesen. Se sustentaban de malísimas viandas, casi incomibles, que á precios fabulosos les vendían sus propios amos; tenían sólo tres días de descanso al año; no podían casarse por falta de mujeres de su raza, y cuando al cabo de ocho años de esta horrible vida esperaban alcanzar otra mejor y volver á la patria, poquísimos lo conseguían, porque al partir, si no les probaban que tenían sin satisfacer alguna deuda, les imponían multas ó les castigaban por haber faltado á alguna orden que ni siquiera conocían, siendo siempre el castigo la continuación del trabajo. Las protestas del gobierno chino, el alzamiento de estos nuevos esclavos, la ruina de muchos hacendados y el agotamiento de las minas de guano endulzaron mucho la suerte de los *contratados* (así los llamaban). Quedaron en el Perú unos 50.000, que disfrutaban hoy de completa libertad y van mudando sus costumbres en términos de no usar ya el traje de su país, ni llevar coleta, encontrándoseles por todas partes, incluso en los pueblos del Amazonas. Son muy dados al comercio, y en cuantos negocios emprenden, desde el tener fonda ú hostería hasta los más bajos oficios, salen gananciosos, á cuya buena suerte deben los muchos enemigos que tienen. Cuando entraron los soldados chilenos en Lima, las turbas pasaron á saco las tiendas de los chinos y mataron más de 300 de ellos, y en las haciendas de Cañete hicieron otra matanza. El vulgo consideraba iguales á chinos y á indios no reducidos, y en ocasiones llamaba también *chinos* á éstos, habiendo quien pretendía que los trabajadores llegados del Celeste Imperio y desembarcados en Etón eran de la misma raza y hablaban igual ó parecida lengua que los descendientes de los yuncas. Exista ó no alguna verdad en esta creencia, lo cierto es que los inmigrantes asiáticos hacen gran ventaja á los indios peruanos en carácter, energía, voluntad y perseverancia. En muchas partes han formado familia, cruzándose con los indígenas, y así se van uniendo las dos razas, una vez vencida la repulsión de los indios á sus huéspedes, á quienes antes llamaban macacos. Ahora que los conocen mejor, estiman su buen genio, honradez y amor al hogar. Los

braceros canacas no han dejado rastros por haber muerto tísicos casi todos. De 2.000 habitantes de las Marquesas, introducidos en el Perú en 1863, apenas quedaba uno á los diez y ocho meses.

La unidad de la nación peruana no parece tan fuerte como la de otras naciones de la América Meridional, pues la diferencia de clases, y no la de raza, separa de tal modo á los habitantes de las ciudades de los del campo, que más parecen dos diversas naciones que dos partes de una misma. Esta falta de unidad es muy peligrosa, y en parte se debió á ella la facilidad con que los chilenos vencieron á los peruanos en la pasada guerra.

V

Poblaciones del Perú.

Ninguna de las ciudades del Norte del Perú se puede comparar á la de Guayaquil. Los barcos que, navegando de Mediodía á Septentrión, se dirigen al canal de Jambeli para entrar en la bahía de Guayaquil, dejan á un lado la antigua Túmbez, de mayores recuerdos históricos que comercio. Las embarcaciones apresadas en el mar por el piloto Ruiz, y llevadas á Pizarro en 1527, eran de Túmbez, colonia de los incas. Tenía un gran fuerte, un palacio, un templo lleno de riquezas y un monasterio de Vírgenes del Sol; pero hoy no pasa de pobre aldea, con algunas casas, todas bajas y rodeadas de arena. El río nace en la comarca de Taruma, famosa por sus minas de oro, y ya no reparte sus aguas en la campiña por mil diversos canalillos de riego como antes lo hacía. En la costa de Túmbez hay también tan poca agua, que los barcos tienen que anclar á mucha distancia mar adentro.

Al Oeste del nudo de Amotape ó *Cerros de la Brea* se abrió al comercio no hace mucho el puerto de Talara, por el que exportan su mercancía los extractores de petróleo. De las minas de los Negritos baja el aceite mineral á los estanques de Talara por una galería subterránea de 11 kilómetros de longitud, en la que lo arroja una bomba, tan poderosa, que puede subir 1.000 toneladas diarias de aquel líquido. Otra galería semejante conduce el agua necesaria á las fábricas y jardines de la ciudad. El fondeadero de Talara es de los mejores de la

costa peruana. Por él sale el petróleo refinado, y por los de Túmbez y Paita los frutos del distrito septentrional.

El puerto de Paita entra mucha tierra adentro y aventaja en comercio al de Túmbez, pues dos terceras partes del de la región se hacen en él. En un seno que se abre hacia la parte meridional de la bahía está la ciudad, cuyas casas se construyeron de cañas. Rodéanla arenas, como á Túmbez, pero el puerto es mejor, porque sobre estar más resguardado de los



Ruínas del templo de las Virgenes en el lago Titicaca. (Dibujo de Barbaut.)

vientos del Sur, que son allí los dominantes gran parte del año, es también más hondo, teniendo de 6 á 7 metros de agua á un kilómetro de la playa. Muere en esta bahía el caudaloso río Achira, nacido en los Andes del Ecuador, y de sus aguas se surte la ciudad, que dista de él 20 kilómetros, por un acueducto que lleva buena cantidad de ellas. Otro río, llamado Piura, poco menor que el Achira, da una gran vuelta, acercándose á Paita, y reparte sus aguas entre infinitos canales que fertilizan la vega de San Miguel de Piura. Los frutos que da esta tierra, entre ellos el algodón, reputado el mejor del mundo, los sombreros de Catacaos, población vecina, y unas vasijas que venden, dándolas por antiguas y extraídas de las huacas, van á Paita, por ser puerto en que tocan vapores. De estas vegas al mar, es decir, de Piura y Catacaos á Paita, corre un ferrocarril que, dando una vuelta, viene á unir los valles de Achira y

Piura. En los prados de esta ciudad se crían los mejores mulos del Perú, prefiriéndolos los arrieros á los de la Argentina. En la parte alta de la cuenca del Achira, cerca de la ciudad de Ayavaca, situada en un cerro á 3.742 metros de altura, hay minas de oro en explotación.

El desierto de Sechura es el mayor del Perú septentrional, y al Sur de él corre la costa hacia el Sudeste, abriéndose para dejar paso al río Morrope, el cual, aunque seco la mayor parte del año, tiene una vega muy fértil, en la que hay muchas haciendas de chinos y dos pueblos grandes llamados Morrope y Motupe. Más adelante viene Lambayeque, donde la costa hace una curva casi imperceptible, que sirve de rada á que se acogen algunos barcos. San José, Pimentel y Puerto de Eten son también fondeaderos desabrigados é inseguros, donde el agua es poco honda, batidos por el viento y la resaca, lo que no impide que algunas goletas se detengan en ellos á cargar arroz, tabacos, azúcar y otras mercaderías que allí envían de las haciendas del interior, donde cogen buenas cosechas merced á los canales de riego con que sangran á los ríos Lambayeque y Eten. Las ciudades del llano están edificadas á algunos metros sobre el nivel del mar y unidas por una red de ferrocarriles, cuyo centro es Chiclayo. La línea del Nordeste pasa por Lambayeque y muere en Ferriñafe, y la del Este sube hacia Pátapo, á la salida de los puertos de la sierra. La del Sur baja á Monsefú y al puerto de Eten, y la del Oeste á Pimentel. En Eten, ciudad que desde lejos se conoce por un peñasco blanco que junto á ella se levanta, vivían en otros tiempos indios puros, que hablaban uno de los dialectos de los yuncas, en el cual pensaron algunos hallar semejanzas con el chino. Los etanos hablan ahora todos español, y son de los más industrioses del Perú. Fabrican sombreros, abanicos, petacas y otros objetos que, por lo bien trabajados y bonitos, tienen mucha salida. Lambayeque y Trujillo se disputan el honor de haber sido las primeras ciudades peruanas que sacudieron el yugo español. A la altura de Lambayeque están las islas de los Lobos, de mucha importancia algún tiempo por las minas de guano que en ellas había, y que se calculó contendrían hasta ocho millones de toneladas.

Llega el río Iquetepeque al mar entre verdes orillas al Sur del puerto de Pacasmayo, muy semejante al de Eten en todo. Un desnudo cerro señala también el lugar donde fondean los barcos, y como en aquél, las olas barren toda la playa. Sobre ellas se adelanta un ramal del ferrocarril. A pesar de los incon-

venientes del puerto, en el de Pacasmayo entran todos los años unos 100 vapores con capacidad de 100.000 toneladas, á cargar azúcar, cueros salados y mineral de Plata. De Pacasmayo parte un ferrocarril, que va á San Pedro de Lloc, principal pueblo del interior, rodeado de haciendas, y también tiene comunicaci3n por vía férrea con Chepen y Guadalupe, situadas al Norte, en las cuencas que est3n más allá del Iequetepeque. Pacasmayo alcanzará una verdadera importancia cuando esté acabada la línea que ha de unirla á Cajamarca y á la cuenca del Amazonas, que pasará probablemente por el sitio más bajo de la divisoria entre el Atlántico y el Pacífico. Esta línea sigue al Nordeste de San Pedro de Lloc, entra en la cuenca del Iequetepeque, en que hay muchas minas, sube hásta las fuentes del río, siguiendo todas las revueltas de éste, y comienza luego á trepar por la sierra, dando grandes rodeos hasta llegar á 2.700 metros á un puerto por donde la cruza, después de larga vuelta, para bajar á Cajamarca, en el opuesto lado. El trazado hasta Chachapoyas y Moyobamba cruza comarcas casi desconocidas y todavía no ha sido estudiado. Navegando hacia el Sudeste, encuentran los barcos otro puerto de escala, quizás tan malo como el de Pacasmayo, y al que antes llamaban Garita de Moche. Hoy lleva esta miserable aldea el nombre vasco de Salaverri, que le pusieron para honrar á uno de los revolucionarios. Está al pie del Cerro Carretas, junto á un pequeño seno de la playa; en el que pueden abrigarse algunas lanchas. Algo más al Norte había un fondeadero á que llamaban Huanchaco, pero ha sido abandonado por peligroso. Lo mismo le ha sucedido al de Malabrigo, cuyo nombre expresa perfectamente las circunstancias que en él concurren y el concepto que merecía á los marinos. El ferrocarril que parte de Salaverri y de allí sube hacia las haciendas del Norte, lleva á este puerto las mercaderías y todos los frutos de las vegas del río Moche y de Trujillo, Huanchaco y campos de Chicama, que estaban casi desiertos en 1860, pero que después de restaurados los canales de riego que habían construído los indios, volvieron á poblarse y á dar copiosas cosechas, viéndose en los alrededores de Ascope y Chocope, principales pueblos del valle, feraces campiñas, en vez de los áridos arenales de antes. El terreno se va levantando hasta los Andes, y en las pendientes se encuentran pantanos construídos para reunir las aguas destinadas al riego. El mayor es el de Chimú, todo de hormig3n, y en el que caben 50 millones de metros cúbicos de agua.

Francisco Pizarro fundó en 1535 á Trujillo, dándola el nombre de la ciudad extremeña en que nació. Conserva la Trujillo peruana cierta apariencia de población considerable, á lo que contribuyen las ruinas de sus antiguas murallas, pero quizás no llega á tener la décima parte de vecinos que vivieron en Chimú ó Gran Chimú, capital de un imperio anterior al de los incas. Extiéndense las ruinas de esta ciudad por grandísimo espacio, que no será menor de 20 kilómetros, al Norte y al Sur del río Moche, ni de 8 á 9 kilómetros á lo ancho, pudiendo en esto compararse á las de Menfis. Quizás fué Chimú la mayor ciudad del Nuevo Mundo. Por todas partes se ven montones de ladrillos secos al sol, y en algunos sitios, la disposición de estos montones descubre la de los edificios que allí hubo. Estaba la ciudad construída en tres grandes escalones, que se levantaban unos sobre otros del mar hacia lo interior de las tierras, entre Trujillo y Huanchaco, y en ella había templos, acequias, graneros y laberintos, conociendo hoy los arqueólogos con toda exactitud los acueductos y sepulturas que dentro de sus murallas se encerraban. Quedan en pie no pocas pirámides, de tanta magnitud como las de segundo orden de Egipto, divididas por dentro en muchos nichos, en los cuales están los cadáveres sentados. La *huaca*, llamada *Pirámide del Sol*, que se levanta al Sur del río Moche, tiene 60 metros de alto y 245 de frente por uno de sus lados, y según la tradición popular, contiene grandes tesoros y comunica con otras huacas por galerías subterráneas. Hay otra pirámide de 45 metros de alto, y de una tercera cuenta el vulgo que de 1560 á 1592 se extrajeron 130 millones de francos. Desde entonces se han hallado entre los escombros y en los sepulcros joyas de infinitas formas, vasijas, telas, etc., en términos de poderse asegurar que de ninguna otra necrópolis del Perú se han sacado tantas figurillas, vasijas, momias y cráneos para todos los museos del mundo.

Al Sur del río Moche muere en el mar, después de regar una estrecha vega, el río Virú, que según algunos etimologistas, viene á ser, ni más ni menos, que el famoso Birú ó Pirú, cuya fama atrajo á Pizarro y á Almagro, y que mudado en el Perú, pasó más adelante á dar el nombre á uno de los virreinos españoles de América. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que á Virú no le queda cosa alguna notable, salvo las antiguas necrópolis que hay en sus alrededores, en otro tiempo llenas, pero ahora vacías por diligencia de los arqueólogos y de los buscadores de tesoros. En cambio de esta pobreza, tiene en

frente el archipiélago de las islas Guañape, donde había tanto guano como en las Chinchas, aunque era menos estimado, porque como en esta porción de la costa llueve algunas veces, el agua disuelve parte de las sales. Cuando empezó la explotación de estos bancos, calculóse que tendrían más de millón y medio de toneladas, á pesar de lo cual se consumieron en año y medio. Sólo en 1874 cargaron guano en Guañape 372 vapores, que se llevaron unas 300.000 toneladas. En 1883 no quedaba ya nada.

En las conchas que se abren en el litoral, pasado el rio Santa, se ha podido hacer buenos puertos, con fondeadero seguro para los barcos. En la bahía del Ferrol está la ciudad moderna de Chimbote, construída entre las ruinas y sepulturas de una antigua ciudad yunca. En 1871, cuando la eligieron cabeza de la línea férrea que va á Huaraz, subiendo la cuenca del Santa, reducíase el caserío de Chimbote á unas cuantas chozas de pescadores; pero acudió tanta gente de todas partes, así peruanos como europeos y chinos, á trabajar en las obras de la vía, que en poco tiempo se vió lleno de embarcaciones el antes desierto puerto. Con el crecer de la ciudad viene el prolongarse por el llano los antiguos canales de riego y repararse el acueducto para que las aguas puras del Santa bajen hasta el mismo muelle. Este ferrocarril de Chimbote aventaja en importancia á casi todos los demás de la costa, porque en vez de acabar en las vegas de aquende los Andes, entra en ellos por el largo callejón de Huaraz, subiendo hasta el pueblo de Recuay, donde hay minas, y cerca de las fuentes del Santa, á 3.366 metros. Encuéntranse no lejos de estos parajes unas vasijas antiguas que tienen algún parecido con las etruscas. Son de arcilla blanquecina y están adornadas con unos dibujos negros y rojos, simulando dragones.

La principal ciudad del valle es Huaraz, capital del departamento de Ancachs, edificada á más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, en clima ya frío, pero muy igual, y donde el agua nunca llega á helarse. Sus moradores son casi todos mineros ó pastores que suelen residir temporalmente y tener sus hatos en las laderas de los alrededores. Por todas partes se ven ruinas de edificios anteriores á la Reconquista, y las tapias del cementerio de Huaraz están en parte formadas de piedras con antiquísimas inscripciones y llevadas de una meseta, que se halla frente á la población, en las vertientes de la Sierra Negra. En algunas de estas piedras están representados hom-

bres disformes, de singulares rostros, con corona en la cabeza y un bastón ó cetro en la mano. En el valle se encuentran, como en muchos otros sitios del Perú, piedras huecas, que parecen pilas para beber el ganado, y que probablemente eran sepulturas. Su tamaño corresponde á la estatura ordinaria de los quechuas. Sube el valle en escalones y unas tras otras se encuentran las poblaciones de Carhuaz y Yungay, esta última á orillas de un torrente, frente al monte Huascán, el mayor de los Andes peruanos. Desde la población se ven rodar todos los días por las vertientes de la montaña los aludes de nieve, que cayendo de precipicio en precipicio, acaban por deshacerse en polvo, y antes de que el estruendo de la caída llegue, mil veces repetido por el eco, á oídos de quien la contempla, ya la nube ha desaparecido, quedando de nuevo descubierto el monte. Cerca de Yungay corre el riachuelo de Ancachs, en cuyas orillas alcanzaron los republicanos la victoria que dió nombre al departamento, y que lo hubiera dado también á la población si el vulgo hubiera querido aceptar lo dispuesto por el gobierno.

Caraz está más abajo de Yungay, y es población de fea apariencia, pero de feracísimos contornos, en los que, entre otras plantas, siembran los pobladores una suerte de patata, llamada *chaucha*, logrando cosecharla á los tres meses de plantada, es decir, en mitad de tiempo que la patata común. En las faldas de los cercanos montes encuéntrase silvestre la patata, aunque no en tanta cantidad como en la parte alta de la cuenca del Santa. No lejos de Caraz, y á mayor altura que el pueblo, hay una mina de cobre, que contiene también plomo argentífero, y de una de cuyas galerías sale mucho ácido carbónico. Se puede penetrar en ella sin riesgo como en la gruta del Perro, en Nápoles, pero ha de ser quedando de pie, de modo que la cabeza venga á estar á mayor altura que la capa de gases dañosos: que por ser éstos más pesados que el aire apenas se levantan sobre el suelo. La mayor riqueza de Caraz es el excelente carbón de sus minas, cuyas capas aparecen en la margen izquierda del río. También Huaylas, que sigue á Caraz en el callejón de Santa, tiene minas de carbón. Su nombre en quechua quiere decir *pradera*, y procede de las verdes y hermosísimas hondonadas que la rodean. En Huaylas, que está á 2.787 metros, comienza el río á volver hacia el Noroeste para salvar la Cordillera Occidental y dirigirse al Pacífico.

En la cuenca del Manta ó Chuquicara, que desagua en el

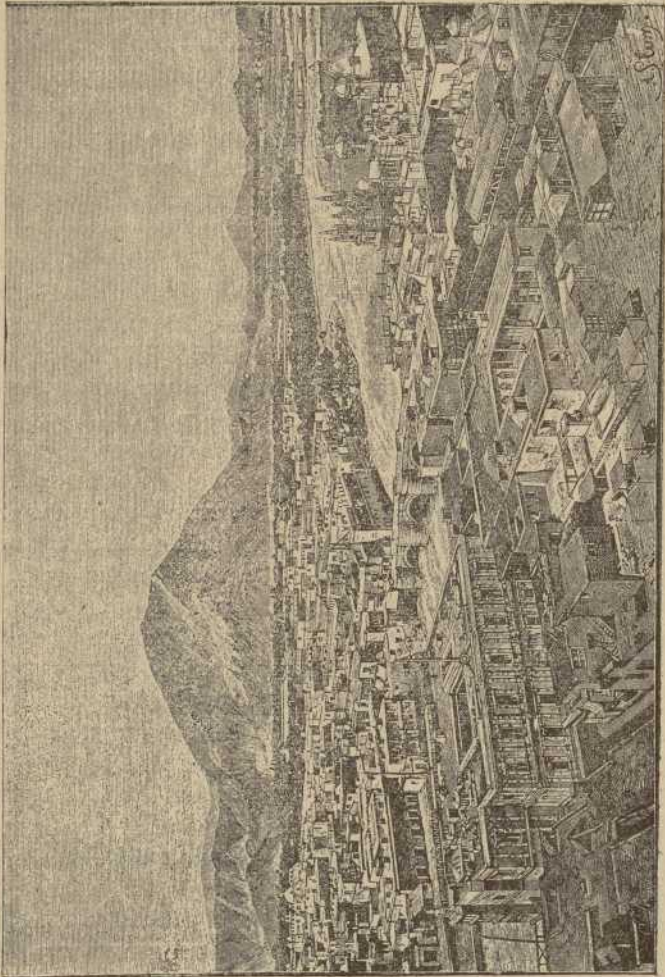
Santa después de haber salido éste de las últimas gargantas, hay muchas minas. En otro tiempo existieron allí grandes y populosas ciudades de que aún se conservan majestuosas ruinas, siendo buenas muestras las soberbias murallas de Huandoval y Cabana, adornadas con frisos de granito. Por la parte de adentro tenían infinidad de esculturas talladas en pórfiro y otras piedras duras, pero casi todas han sido arrancadas y se encuentran hoy en las iglesias y en casas particulares, para cuya construcción y ornato se aprovecharon. Estas estatuillas y relieves son sin duda lo mejor que ha salido de manos de artistas quechuas, y así por la expresión como por la originalidad y vida que en ellos se advierte, se pueden considerar verdaderos retratos. También se han hallado en algunas excavaciones hermosísimas obras de alfarería, mucho más perfectas que las que ahora se hacen. Por las pendientes de las montañas, que hoy se yerguen sobre estériles campiñas, vense, á 3.000 metros de altura, las terrazas que cultivaban los antepasados de los peruanos, y que están del todo incultas. También se ven ruinas de murallas y de una antigua ciudad, caminando hacia el Este, en la meseta de Huauilang, por la que se va á la cuenca alta del Marañón, con la particularidad de levantarse la negrura de estas ruinas sobre la blancura de la nieve. En esta comarca que fué tan populosa, sólo vive gente miserable, recogida en chozas desquiciadas y cuevas ruinosas, siendo la villa más considerable la de Santiago de Chuco, edificada en uno de los valles altos que concurren al Chuquicara. Al Sur del puerto de Chimbote, como al Norte del río Santa, encuéntranse en el litoral desiertos arenosos, separados por verdaderos oasis, que deben su fertilidad á las aguas de los ríos que, sangradas por la industria de los habitantes, dan vida á estas tierras. Los que bajan de la vertiente occidental de la Sierra Negra, como son el de Casma y el de Huarmey, después de regar bellos jardines ábrense al llegar al mar para dar espacio á puertos de que se aprovecha el comercio de exportación. Lo propio sucede más al Mediodía, en los llanos que recorre el Barranca, así llamado por lo hondo de los barraneos por donde pasa, y que se abren al Oeste del nudo cuyas aguas bajan del otro lado hacia las fuentes del Marañón. En lo alto de esta cuenca está Cajatambo, población principal del distrito, en cuyos alrededores hay ricas minas de plata. En otro tiempo la parte más poblada fué la vecina al mar, de lo que dan testimonio las dilatadas ruinas de Pativilva y el magnífico castillo de

Paramanca. A los llanos de estos contornos, cubiertos de agua cuando las repentinas crecidas del torrente sacan á éste de madre, llaman en el país el *panteón de los gentiles*, porque, en efecto, parece aquél un vastísimo cementerio en el que á millares se encuentran esqueletos de indios metidos en sacos cosidos.

La ciudad de Supe, lo mismo que Huaura, situada más al Sur, en la desembocadura del río de su nombre, y Huacho, que está 10 kilómetros más adelante, deben su prosperidad al trato frecuente que tienen con la capital, á la que están unidas por una vía férrea, además de comunicar frecuentemente con el Callao por goletas que hacen este viaje. Huacho es la granja ó huerta de donde Lima se surte de legumbres, frutas, maíz, aves y carne de cerdo, y además sus industriosos habitantes fabrican sombreros, esteras y mil objetos de uso doméstico, á lo que hay que añadir el producto de las salinas de una dilatada playa cuadrangular que, al Sur de la población, se extiende por la costa, y de las que mandan sal hasta Chile. En los alrededores de Huacho se han descubierto huacas ó sepulturas peruanas, pero los restos arqueológicos más importantes se han hallado cerca de Chancay, otra población de donde llevan á Lima muchas vituallas, y que está á mitad de camino de ésta á Huacho. Allí se encontraron unos subterráneos grandísimos que, según la tradición, eran silos de los indios. Al construirse el ferrocarril, apareció también, cerca de los médanos de Ancón, que es un lugar al Sur de Chancay, al que acuden los limeños á descansar de los negocios y cuidar de su salud, un vastísimo cementerio con muchas momias bien conservadas, telas y otros objetos diversos. Muchos sepulcros semejan, por su forma y disposición, ranchos ó casas, y el techo era de cañas, sirviendo de paredes en cierto sitios una estacada y en otros verdaderas tapias. Estos sepulcros eran, según parece, de peruanos ricos.

Lima no es ciudad de origen indio, como las más de las del Perú, sino que la fundó en 1535 Francisco Pizarro. Residió éste primero en Cuzco, por haber estado en ella la corte de los incas; después en Jauja, por estar más cerca del mar y en el centro del recién conquistado imperio, y por último buscó en la costa un paraje desde donde comunicar pronto y bien con España, prefiriendo las orillas del Rimac á los demás que vió, por hallarse cerca de allí la rada á que da abrigo la isla de San Lorenzo. Trazó el plano de la nueva ciudad, como si estuviese seguro de los grandes destinos que la esperaban, señalando

anchas calles y vastísimas plazas, y Lima comenzó, como Washington, por ofrecer á sus moradores *magníficas distancias*. Llamóla Pizarro «Ciudad de los Reyes», en honor de los tres reyes Magos, y el escudo de la ciudad, consecuente con aque-

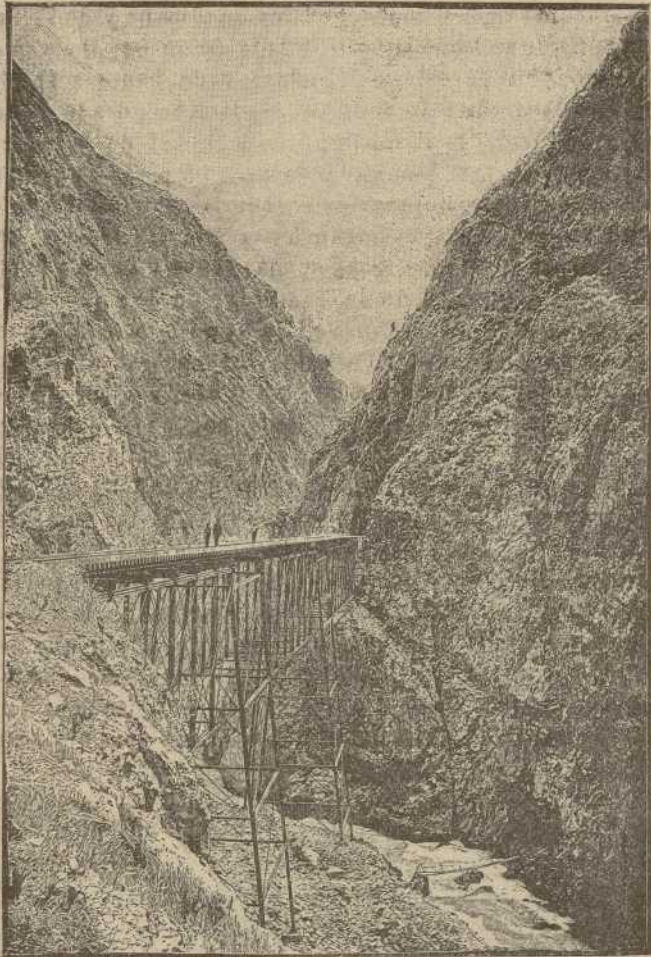


Vista de Lima. (Dibujo de R. Thom.)

lla denominación, representaba á los tres monarcas orientales encamándose á la cuna del niño Dios. No ha llegado á ser la «Ciudad de los Reyes» todo cuanto esperó Pizarro que fuese, y ni siquiera conservó el nombre que la puso, tomando el del río

junto al cual nació. De Rimac hicieron Lima los españoles de América, arrastrados por la suavidad de su pronunciación. No ha podido mantener el rango en que la pusieron los conquistadores, rango del que se sirvió únicamente para oprimir á los naturales como representante del rey de España y de la Santa Inquisición. Tuvo Lima sus autos de fe como Sevilla y Valladolid y llenas sus cárceles de rebeldes y de gente sospechosa que allí enviaban de todo el litoral del Pacífico, desde Panamá hasta Chiloé. Ya no es ahora la primera ciudad de la América del Sur, habiéndose antepuesto otras; pero á pesar de esto, aún ostenta no pocas preeminencias y ventajas. Por estar á la salida de un valle, por el que llegan hasta ella las frescas brisas de las nevadas montañas, goza de más suave y templado clima que los demás pueblos de la comarca, en los que no hay corrientes de aire que renueven la atmósfera, como sucede por ejemplo á Miraflores, villa á siete kilómetros al Mediodía de Lima, rodeada de médanos de blanca arena y cercana á la playa del Pacífico y á áridos peñascos, por cuyo conjunto de circunstancias tiene un clima mucho más cálido que el de Lima, calculán lose que la diferencia media anual llega á 5°,7. A pesar de tanta suavidad y de ser tan iguales las temperaturas, Lima no es ciudad que pueda reputarse sana ni siquiera para los que procuran conservar la salud guardando todas las reglas de la higiene, pues llegada la estación de las nieblas, padécense muchas calenturas y disentería, á las que pocos extranjeros escapan, principalmente si son recién llegados. Por eso son más los limeños muertos que los nacidos, llenándose el lugar que aquéllos dejan con los forasteros que acuden á establecerse; pero como á las calamidades naturales se han sumado las guerras y otros males, la población de la ciudad ha disminuído en vez de aumentar. Además en muchos años no ha sido Lima verdadera capital de la República peruana, aunque en ella estaba el gobierno, porque la falta de caminos la ha tenido largo tiempo casi incomunicada con muchas provincias, inconveniente que no sufrían en tanto grado Cuzco y Arequipa (entre otras), por lo que en más de una ocasión pudieron disputarle la principalía. Los vapores que tocan en todos los puertos de la costa y los ferrocarriles que por diversas partes cruzan los Andes van remediando en parte estas desfavorables circunstancias, uniendo mejor á la cabeza de la nación con el cuerpo. De Lima al mar no hay más de cinco kilómetros y medio en línea recta, pero no por eso ha de

creerse que se halla en la zona llana del litoral, sino que está edificada en una meseta triangular que se levanta sobre la orilla izquierda del Rimac y que en su parte meridional tiene



Puente en los Andes, Vía férrea de Lima á Oroya. (Dibujo de Vaillant.)

146 metros sobre el nivel del mar. En medio de ella nació la ciudad cuyo plan trazó Pizarro, y que fué creciendo hasta pasar el río, en cuya opuesta orilla se formó una población nueva, á la cual llamaron San Lázaro. Unenla á la principal

dos puentes y al Noroeste la domina el cerro de San Cristóbal (430 metros), en lo alto del cual hay un castillo. Hacia el Norte corren otras montañas de escarpadas peñas, que van á unirse á los Andes, y cuya desnudez contrasta con la frondosidad de los jardines, paseos y calles de Lima. Al Este levántanse algunas aisladas montañuelas, y á lo lejos cierra el horizonte el lomo de la Cordillera, que parece perderse en el pálido azul del firmamento. Por esta parte está el túnel que muy poca distancia de la cúspide la cruza, abriendo paso al ferrocarril transcontinental. Las casas de Lima son de adobes ó ladrillos, y tienen un patio en el centro, según la disposición arquitectónica que los españoles copiaron de los moros. Encuéntrase fachadas lujosas y de magnífica apariencia, pero las más de las paredes exteriores no ostentan otro adorno que rejas y miradores. El edificio principal de Lima es la catedral. Está en la Plaza Mayor; la mandó edificar Pizarro, y duró su construcción noventa años. Pocos templos hay tan ricos como éste en el mundo, pues además de la multitud de alhajas y piedras preciosas que encierra, tiene de plata maciza algunas columnas. Otras iglesias de la ciudad se envanecen de sus riquezas, así en mármoles como en metales. El convento de San Francisco, que era el más suntuoso, está casi derruído, y el antiguo palacio de la Inquisición lo es hoy del Senado. Tiene tambien Lima una pagoda y un teatro chino. En las plazas y calles principales vense hermosas fuentes con grandes surtidores, que toman el agua de un canal procedente del Rimac y la dejan caer en menuda lluvia sobre los arbustos y flores que les rodean. En torno de las torres de las iglesias revolotean todo el año las golondrinas, á cuya ave llaman *santa-rosa*, como si fuese mensajera de la patrona de la ciudad, uno de los cuatro santos que ha dado el Perú al orbe cristiano. No hay en Lima otros talleres que los necesarios á la producción de los objetos de mayor necesidad, sin que se frabrique cosa alguna para exportarla. Casi todo el comercio le hacen los extranjeros. En cambio no faltan instituciones científicas y artísticas dignas de una capital. Su Universidad, que está bajo la advocación de San Marcos, es la más antigua de la América Meridional, contando ya más de tres siglos y medio de existencia. La Biblioteca comenzó á formarse en los primeros tiempos de la guerra de la Independencia con los libros que se sacaron de los conventos ó que legaron algunos particulares. También es muy rico el Museo, donde se guardan objetos de arte, arqueología,

etnología é historia natural; pero tanto él como la Biblioteca quedaron muy mal parados con la entrada de los chilenos, quienes se llevaron lo que les pareció más precioso. En las oficinas del Ministerio de Estado vive una sociedad geográfica, cuyos trabajos de exploración paga el Gobierno, circunstancia que á la legua descubre no tener esta sociedad otra vida que la que aquél quiera darle con su amparo. Había una sociedad ó compañía de sabios, nacida al calor de la protección gubernamental, pero murió como murieron otras sociedades semejantes. El jardín Zoológico y el Botánico son bellos paseos, á orillas del Rimac, y donde antes estaban las murallas vense hoy frondosas calles de árboles.

El puerto de Lima es el Callao, arrabal unido á aquella ciudad por dos ferrocarriles, directo el uno é indirecto el otro, que corre serpeando por el llano, y una carretera, á la que da sombra y fresca espesa arbolado. La distancia en línea recta es de 11 kilómetros. A unos tres kilómetros al Norte está la desembocadura del Rimac, en la que pocas veces corre agua; de suerte que los canales que van al Callao apenas llevan la suficiente para las necesidades de los habitantes. Esta población fué fundada en 1535, y aunque reedificada desde entonces dos veces, conserva casi sin variación su nombre quechua. En 1630 la dejó medio derruida un terremoto. Levantáronla un poco más al Este los habitantes, y aun tuvo mayor desgracia en el nuevo lugar, porque en 1746 tembló la tierra con tal fuerza, que hasta el fondo del mar se conmovió, y levantáronse tan furiosas y encrespadas olas, que fueron á dar sobre los escombros de las casas. También affigieron al Callao los horrores de la guerra, porque en el castillo que hay en la punta de la lengua de tierra que se interna en el mar, como si se caminara hacia la isla de San Lorenzo, sostuviéronse los españoles hasta 1826, siendo esta la última parte del continente americano en que ondeó el pabellón español. En 1866, es decir, cuarenta años después, intentaron recuperarla, pero con desgracia, porque la Armada española fué rechazada, suceso conmemorado en un grupo de bronce que se erigió en la Plaza del Callao. Años después ciudad y castillo cayeron en manos de los chilenos.

Más de la mitad del comercio peruano se hace por la rada del Callao, donde la lengua de tierra mencionada, que es arenosa y entra bastante en el mar, abriga del Sur á las embarcaciones, y las islas de San Lorenzo y la de Frontón, que parece

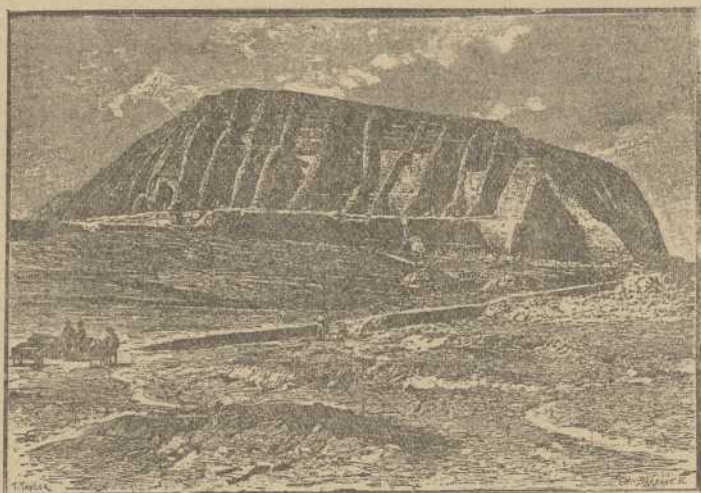
ser prolongación de ella, le resguardan por Sudoeste y Oeste del oleaje del Pacífico. La isla de San Lorenzo tiene 416 metros de alto. Los barcos fondean á poca distancia de la orilla ó en un nuevo puerto de unas 20 hectáreas de extensión. Sostenidos en malecones de madera entran los rieles de la vía férrea mar adentro, y para carenar los barcos hay una dársena de 90 metros de longitud. Las mercancías de que se compra mayor cantidad en el Callao son las que llegan de Europa, principalmente telas, carbones, trigcs, maíz para los peruanos, blancos ó mestizos, y arroz para los chinos. Entre las que salen, figuran en primer término, guano, nitratos y metales preciosos. Tiene también mucho comercio de tránsito con otros puertos de la costa, singularmente con Guayaquil. De los barcos que se emplean en este comercio, la mayor parte son ingleses. Después vienen los de Chile, con mucha ventaja sobre los franceses, alemanes y norteamericanos. Los derechos de aduanas que se cobran en la del Callao son parte muy importante de los ingresos del Tesoro nacional. Además de los mercantes, entran también allí muchos buques de guerra, pues á él se acogen casi todos los que navegan por el Pacífico. Por todas estas circunstancias es el Callao población de más vida que Lima, pero aún queda por añadir la de su industria, que es mucha, hallándose la mayor parte de las fábricas en el barrio de Bellavista.

En la capital abundan más las diversiones y placeres que la industria, y en torno de ella hay muchos y deleitosos lugares de recreo y esparcimiento. Por el ferrocarril del Norte van los limeños á la playa de Ancón; por el del Callao á la Magdalena; por el del Mediodía á Miraflores y Chorrillos, población situada al pie del Morro Solar, cerro de 274 metros de alto, junto á un pequeño seno de la costa, donde los barcos pueden resguardarse un poco del viento Sur. En la vertiente meridional de las montañuelas de Chorrillos comienza el feraz y rico valle de Lurin, lleno de quintas de recreo y aldeas, cuyo verde follaje contrasta agradablemente con la aridez de las arenas y desnudas rocas vecinas. Concurren á Lurin á divertirse, como á Chorrillos, los desocupados de Lima, y además muchos sabios, que van á estudiar las ruinas de los templos y palacios de la antigua Pachacamac, santuario de los yuncas á su dios *Creador del Mundo*, y tan respetado, que tenían seguro para entrar en él los peregrinos de las naciones enemigas. En las peñas de la costa que siguen por el lado de Sudeste al cerro de Chorrillos

se veían viejos edificios, anteriores, al parecer, á los incas, y de todos los cuales era el principal el Gran Templo, levantado probablemente, en honor del sol, en la cumbre de un risco de 170 metros de alto, al que los naturales llaman *Mama-cuna*. Del propio risco hicieron los desconocidos arquitectos pedestal del monumento, labrándole en escalones, y las paredes del edificio que caían sobre el mar las pintaron de encarnado. Los demás palacios están casi del todo destruídos, lo que no es de admirar si se atiende á que los españoles de Pizarro saquearon la ciudad de Pachacamac, y de entonces acá no ha dejado de ejercitarse en aquellas ruinas la piqueta de los buscadores de tesoros. Cuenta la tradición que los incas de Cuzco tenían palacio en Pachacamac, y que á la inmediata playa venían los correos reales á tomar el pescado fresco, que treinta y seis horas después era servido en la mesa del emperador. De esta playa sólo queda un rosario de islas é islotes por haberla roto de tal modo, según dicen, el terremoto de 1506. Otros sitios de recreo, muy diferentes de los que en la orilla del mar se encuentran, tienen los limeños, y son los de la sierra, puestos á su alcance sin gran fatiga, gracias al ferrocarril que llevándolos en pocas horas á Surco, Matucana, San Mateo, Chicla y demás pueblos de esta región, situados á varias alturas según se sube hacia la cumbre, les permite sobreponerse á la zona del polvo y de las garúas, si se quedan en los primeros, y buscar la humedad y frescura de las lluvias y de las nieves si suben hasta los últimos. Pero es demasiado árida y escarpada la vertiente occidental de la Cordillera para producir lo necesario al sustento de una población numerosa, y por eso no hay en esta parte, en toda la longitud de la vía hasta la cumbre, otra cosa que aldehuelas, chozas y solitarios apeaderos. Villas y ciudades de alguna consideración no se encuentran hasta el lado opuesto, es decir, en la comarca que se extiende entre las dos sierras de los Andes. En cambio pasma la contemplación de las obras de la vía, cuyos desmontes, rapidísimas revueltas y vertiginosos viaductos, tendidos sobre barrancos de más de 100 metros de hondo, dejan maravillado al viajero.

Al Sur de Lurín y del pueblo de Chicla, habitado por indios de sangre pura, que viven de la pesca y de fabricar sombreros y petacas, corre la costa al Sudeste, á lo largo de un dilatado desierto de trecho en trecho cortado por pequeños oasis, que deben la existencia á la filtración de las aguas. En el de Cañete están las haciendas reputadas como más ricas de todo el Perú,

y es mercado á que bajan los yaayos, casta de mestizos diferente de todas las demás de la costa. El puerto de Cañete es Cerro Azul. Vienen luego las aldeas de Chíncha Baja y Chíncha Alta, pasadas las cuales vuelve la costa hacia el Sur, y corre baja y arenosa hasta unas peñas que forman promontorio, del cual parecen prolongación las islas Chinchas. A este promontorio se debe que los barcos encuentren abrigo en aquel paraje,



Mina de guano en las islas Chinchas (Dibujo de Taylor).

tras el cual ha venido el hacerse algún comercio, el que ha dado origen á la villa de Pisco, edificada á 3 kilómetros de distancia entre movedizas arenas.

De esta villa de Pisco á la cabeza del distrito, que es Ica, va un ferrocarril de 74 kilómetros de extensión. Ica está junto al río de su mismo nombre y en el sitio en que, saliendo éste de la sierra, se reparte en mil canales, que riegan una hermosa vega, donde hay muchas viñas y palmas, así como también cocoteros y palmeras de dátiles, árboles no muy numerosos en la costa del Perú. Antiguamente llamábase Huananica, y los terremotos la hicieron tanto daño como á Pisco, por lo que varias veces la han tenido que levantar de nuevo sus habitantes. Dan fama á Ica sus vinos, que contienen mucho alcohol y son de sabor bastante parecido al de Madera. No los mandan á Europa, pero los aprovechan para fabricar con ellos unos lico-

res muy gustados en la América del Sur, donde llaman *pisco* á cualquier clase de aguardiente, lo mismo de Ica que de cualquier otra parte ó de caña. Si se aprovecharen mejor las aguas de la sierra podrían plantarse más viñas y naranjos, fertilizando mucha parte del inmenso desierto de arena que se extiende por toda la costa de Ica á Pisco, y en cuyas playas naufragó en 1823 un buque lleno de tropas, siendo tal el abandono en que los náufragos se vieron, que en treinta y seis horas que tardaron en socorrerlos, murieron de sed y de cansancio 116. Hay en estas arenas algunos pantanos y lagunas pequeñas, como son las llamadas Huacachina y Pozo Hediondo, en el fondo de las cuales manan aguas sulfurosas, que á los indios les parecen, quizás sin razón, bocas de antiguos cráteres. La rambla de Chunchanga, casi siempre seca, nace en una parte de la Cordillera en que hay muchas vetas de plata muy ricas, y pasa al Norte de Pisco. Junto á las fuentes está la población de Castrovirreina, así denominada en memoria de la mujer del virrey Castro, á la que el dueño de las minas regaló un entarimado de plata que, á modo de alfombra, había puesto en el camino que aquella dama había de recorrer hasta llegar á la pila bautismal, para tener en ella al hijo de su generoso huésped. La más rica de estas minas se desplomó, matando á 120 hombres. Hoy se hallan todas abandonadas.

Los peñascos que están frente á Pisco, á continuación del promontorio de Huacas, daban antiguamente materia para un comercio de bastante consideración. Cuenta el jesuita Bartolomé Cobo, hablando de las islas Chinchas en su *Historia del Nuevo Mundo*, que en las tormentas en que el viento soplabá del mar, obscurecía el aire con el amarillento polvo de guano que levantaba y que, empujándole hacia tierra, caía sobré las plantas de la costa de Pisco y las quemaba, haciendo también estériles los campos. Ya en aquel tiempo sabían los quechuas que el *hurnu* (ó huano) empleado con prudencia apresuraba el crecer de las plantas y aumentaba el fruto, habiéndose encontrado en las minas de este abono por ellos explotadas unos tridentes de madera muy dura, que eran sin duda instrumentos de que se servían, y con estos tridentes algunas joyas y otros objetos preciosos. Castigaban con pena de muerte al que mataba un pájaro huanero y tenían prohibido que nadie se acercase á las islas en la época de la puesta. Comenzó á beneficiarse el guano en grande el año 1841, y tres años después calculó Rivero que en todos los islotes de la costa del Perú habría 36 millo-

nes de toneladas, de cuya cantidad correspondían 23 ó 24 millones á las islas Chinchas, cubiertas de una capa de abono que no tendría menos de 20 á 30 metros de grueso. Se creía que no se agotaría este tesoro en un siglo á lo sumo, pero se consumió buena parte de él en mucho menos tiempo del que se pensaba. Acudieron á las islas centenares de barcos á cargar el guano que millares de chinos, canacas ó presidiarios arrancaban de los bancos, y así, combatido por el pico y la pala, y por una y otra cortado en escalones, las paredes de aquel grandísimo depósito de excrementos iban retrocediendo de la orilla al interior y descubriendo el color de toda la masa, que era amarillo ceniciento arriba y rojo negruzco en lo hondo. Fué el trabajo de aquellas minas harto dañoso para la salud, y los que le hicieron morían á millares. Comían muy mal ó no comían si no era de la carne de los infinitos pájaros que cogían, buscándolos por la noche en sus cuevas con una luz en la mano que los deslumbraba, merced á cuyo artificio los apresaban sin esfuerzo alguno. Cuidaban sólo los ministros peruanos y los mercaderes que vendía el guano en Europa de ganar mucho en poco tiempo, manejando cantidades que algún año pasaron de 100 millones, y para imaginar lo que produjeron, bastará decir que llegó á venderse la mercancía á un precio treinta veces mayor del que había costado. Los que tenían á su cargo el gobierno de la nación aprovecharon muy bien esta riqueza para favorecer á sus protegidos, siguiéndose de aquí mil fraudes y robos. Pero las minas de guano, como en anteriores tiempos las de oro, fueron más perjudiciales que beneficiosas al Perú, y quizás tuvo esto mucha parte en la desmoralización y debilidad de la República cuando fué invadida por los chilenos. Las islas de guano están ya completamente limpias, y los peruanos no tienen otro medio de hacerse ricos que trabajar mucho.

A unos 100 kilómetros al Sudoeste de las islas Chinchas y de Pisco ábrense en las escarpadas costas los puertos de San Nicolás y de San Juan, que son de los mejores, pero que de nada sirven por estar desierto el país vecino hasta mucha distancia, extendiéndose por aquellas cercanías la pampa de Tanga, territorio de unos 1.000 kilómetros cuadrados, todo él de estériles peñascos, que corre desde los pies de la Cordillera entre dos quebradas. Vienen después algunas villas y aldeas á orillas del mar, entre ellas la de Chala, que es el puerto más próximo á Cuzco, en línea recta, encontrándose entre ambas, en la cuenca alta del Yauca, la población de Coracora, notable

por la industria de sus habitantes. Siguen á Chala, Atico y Ocoña, aquélla rodea la antiguamente de olivos, y ésta en una quebrada que cruza toda la Cordillera, y cuyas aguas bajan de las montañas del Huanso, de donde también salen por la opuesta falda las que dan origen al Apurímac. En este elevado valle hay muchos lagos, señalándose el de Purihuana-cocha, por corrupción llamado de Pariña-cocha. Es comarca fría, rodeada de montes nevados, y su principal poblado el de Cota-huasi, donde se hacen buenas colchas, mantas y tapices. En los montes que circundan el valle hay minas de oro abandonadas, beneficiándose en cambio otras de sal gema. Al Sudoeste de Ocoña, y situados á lo largo de la costa, están Camaná, Quilca, Islay y Mollendo, por los cuales hizo ó hace la importante ciudad de Arequipa su comercio marítimo. Camaná está en la desembocadura del Mages, entre olivos, y es pueblo de bastante consideración, que tiene comercio con Aplao, Chuquibamba y Pamba-Colca, villas cuyas vegas deben su fertilidad á las aguas que bajan de la Cordillera. Quilca está en la garganta ó quebrada de Vitor, que es la de Arequipa, y hasta 1826 fué puerto de esta ciudad. En dicho año cedió el puesto á Islay, y ésta se lo ha tenido que dejar á Mollendo, de la cual parte el ferrocarril. Hállase Islay sobre una cortadura horadada por muchas grutas llenas de *sopladores*, rodeada de barrancos cortados á pico y dominada por un cerro de 1.017 metros, y tenía sobre Mollendo la ventaja de que su puerto, aunque muy abierto, es mas hondo que el de ésta, y por tal razón aún van á él algunos vapores á cargar lanas y metales que allí llegan del interior. La une al ferrocarril de Mollendo un camino que cruza los desiertos médanos de la pampa para ir á parar, después de mil revueltas, á la estación de la Joya. Mollendo encuéntrase á 11 kilómetros de Islay, hacia el Sudeste. A pesar de la gran ventaja que ha conseguido con haber sido elegida para cabeza de la vía férrea que enlaza el mar al Perú del Sur y á Bolivia, todavía no puede llamarse ciudad, y ni siquiera se debe considerar segura, según parece, de conservar el puerto que tiene. Sin embargo, para llevar á ella agua potable se ha construído un acueducto que la toma en el valle de Arequipa y baja hacia el mar, donde llega después de 190 kilómetros de travesía, salvando montes y barrancos. Sin duda se le puede considerar la obra más notable de esta especie que se encuentra en toda la costa del Pacífico, no contando el acueducto de Pica, que conduce aguas á Iquique. Los comestibles, así frutas como legum-

bres, llévanlos del fértil valle del Tambo, que está á pocos kilómetros al Sur y en el que hay muy buenas huertas regadas por muchos canales que en todas las direcciones le surcan.

El ferrocarril que empieza en el desembarcadero de Mollendo sube por la falda de la sierra, dando vueltas en una pendiente en casi todas partes igual; de suerte que en los 165 kilómetros que hay hasta la altura de 2.329 metros donde se halla la ciudad de Arequipa, la subida no pasa de 14 kilómetros por metro, término medio, si bien en algunos sitios muy escarpados llega á 30. Al terminar la pampa de Islay, rodea por el Oeste los cerros de Caldera; vuelve luego al Este; sigue á mucha altura sobre el lecho del torrente de Arequipa, rama principal del río Vitor, y llega á la ciudad, que aparece rodeada de copudos árboles y frondosos jardines en medio de un llano como de 20 kilómetros en redondo, todo cubierto de maíz y de alfalfa, y dominado por el soberbio Misti, sobre cuyo altísimo pico blanquea la nieve. A este monte debe Arequipa su nombre, según cuentan, porque Arequipa quiere decir en quechua *transmontano*, ó lo que está más allá de los montes, porque, en efecto, para la gente de Cuzco, la ciudad estaba del otro lado de la montaña. Junto á ella fundó Pizarro en 1540 la *Villa Hermosa*, que ha llegado á ser rival de Lima y que hasta pretende aventajarla, declarándose á sí misma la primera del Perú, sino en lo extensa y poblada, en lo deleitosa y rica, en el amor á sus hijos, á las artes y á las letras, y en la belleza, gracia y talento de las mujeres.

El suelo sobre que ha sido edificada Arequipa tiembla con frecuencia, y en 1868 uno de estos temblores la dejó casi del todo destruída. También ha padecido los efectos de las guerras civiles, no menos conocidas en el Perú que los terremotos, y en Arequipa, singularmente, porque siendo rival de Lima y cabeza del partido clerical, como Pasto en Colombia, en ella han nacido no pocas revoluciones y ha sido sitiada y tomada por asalto en muchas de estas ocasiones. Para levantar á Arequipa siempre que ha quedado medio destruída por los terremotos, se han tomado los materiales de sus casas de un conglomerado traquítico de color blanquecino, extraído de grandes canteras que hay á los pies del Misti, y que tiene la propiedad de endurecerse al contacto del aire. Es población de hermosa apariencia y muy agradable, gracias á sus frondosos patios y jardines y á las puras aguas del Chili (el Frío) y de otros arroyos que la riegan. En los contornos hay muchas aldeas y bellas quintas,

á las que van á pasar la temporada, llamada de invierno, es decir, de Diciembre á Mayo, cuando algunas ligeras lluvias refrescan y reverdecen los campos, las gentes acomodadas de Arequipa. De estos pueblos son Bellavista y Tingo, aquél al Sudoeste, éste al Sur, con baños y todo género de diversiones, y unidos á la ciudad por frondosas arboledas; Sabandia, que se halla á Oriente en lo alto de uno de los escalones cultivados que corren á los pies del Pichu-Pichu y junto á unos manantiales de aguas carbonatadas, y al Oeste Tiabaya y Uchumayo, junto adonde comienza el acueducto de Mollendo, en unas pendientes, á las que dan fresca sombra. En el vecino cerro de Carmen Alto está, á 2.455 metros de altura, el Observatorio, fundado por el astrónomo Pickering y sus discípulos de Harvard (Massachusetts), por ser lugar muy aventajado para el estudio del cielo, pues á la sin igual pureza de la atmósfera se añade el estar despejado aquél todo el año. En este Observatorio se han hecho importantes estudios del planeta Marte, y con los instrumentos de observación que hoy tiene se le puede considerar el primero de la América del Sur. En el pico de Chachani, á 4.960 metros, ó sea á 652 más que el Observatorio del Pike's Peak, reputado antes como el más alto del mundo, hay una estación meteorológica. Después de Arequipa sigue subiendo el ferrocarril transandino. Cruza las gargantas del Chili, más allá del magnífico puente que los arequipeños celebran como una maravilla, y sigue su ascensión por la cuenca de un afluente del Vitor, donde se encuentra la aldea de Calera. En esta parte vense cubiertas de una capa blanquecina de salitre ó carbonato de sosa las peñas de caliza que sostienen el pico de Chachani, y esta substancia la recogen de seis en seis semanas los habitantes para hacer con ella jabón. Viene después la aldea de Yura, lugar adonde concurren muchos enfermos de remua, disentería y dolencias de la piel á buscar alivio á sus males en las aguas sulfurosas de dos fuentes termales que allí manan y que tienen reputación de muy eficaces. En Yura llega el ferrocarril á 2.870 metros y comienza á dar una gran vuelta, faldeando el pico de Chachani para entrar en la cuenca alta del Sumbay ó Chili, el mismo que más abajo pasa por Arequipa. Sube al alto de Vincocaya, á 4.399 metros sobre el nivel del mar, que es una pampa donde con sólo fabricar un dique y un canal podría hacerse correr hacia Arequipa las aguas del río Colca, tributario del Mages. Después llega á Crucero Alto, punto culminante de la línea (4.460 metros), en el cual suele

acometer el *soroche* á los más de los viajeros. Desde aquel sitio comienza la bajada al lago Titicaca, que es una gran cuenca cerrada dependiente en lo geológico de la del río de las Amazonas. Un poco más arriba de este paso separa una loma no muy alta las aguas que corren al Vitor de las que van al Mages.

En la parte más meridional de la costa, que los chilenos consintieron en dejar á los peruanos después de la victoriosa guerra que les hicieron, está la provincia de Moquegua, en todo semejante á las que se hallan más al Norte. Caen sobre el mar iguales cortaduras; extiéndense entre éste y la sierra los mismos áridos desiertos cortados por barrancos, en que no se encuentra una gota de agua. Parecidos cerros se levantan hasta unirse á los primeros estribos de la cordillera, y de semejante modo bate la resaca los puertos, á los que un ferrocarril une al oasis que las aguas de las gargantas riegan á su salida de las montañas. En la desembocadura de una de estas quebradas está Ilo, inmediato á la ensenada de Pacocha, á la cual abriga del viento del Sur la punta Coles. Moquegua, capital de la comarca, está en el oasis á 1.367 metros de altura, entre viñas que compiten con las no menos famosas que rodean á Ilo. Por estas viñas llaman á Moquegua la Burdeos del Perú.

La cuenca alta del Marañón, que corre paralelamente al Perú del Norte, está muy poco poblada, no encontrándose en toda ella ninguna ciudad considerable. Sin duda no sucedía lo mismo en tiempo de los incas, porque aún se conservan ruinas que debieron ser de grandes poblaciones, como sucede con las de Colpa ó Huanuco Viejo, cercanas á un tributario que recibe el Marañón, allí recién nacido, y las cuales, según aseguran, no tienen menos de 3 leguas á la redonda. La ruina principal, llamada Castillo por los indios, es un grandísimo edificio hecho de guijarros amasados con arcilla y adornado por fuera con figuras de animales, y parece, así como los palacios, templos y termas de la misma ciudad, de tiempo anterior al imperio de los incas. También fué populosa y rica en otras edades la hoy pobre y olvidada Chavín de Huantar, reducida á un pequeño espacio junto á la corriente del Marañón Alto, en las vertientes orientales de la Sierra Nevada de Ancachs. Domínala un fuerte castillo de dos pisos, en cuyas entrañas existe, si se ha de dar fe á lo que de él cuentan, un laberinto de galerías. En una piedra está esculpido cierto monstruo con cabellera de serpientes y unas culebras en la mano, que era, según unos autores, el *Dios del Mal* de los indios; pero otros,

quizás con más razón, dicen que en este ídolo está representado el Dios del Rayo. Todavía usan en Chavín un antiquísimo puente hecho de tres losas puestas unas sobre otras, de seis metros de largo y sostenidas por estribos de fortísima canteería, obra tan duradera y fuerte como de romanos. Se han encontrado entre las sepulturas de la comarca notables dólmenes, y todavía se conoce gran trecho del camino que seguía el de los incas, que se dirigía á Pomabamba y á la que hoy es ciudad de Huamachuco, sobre el cual se levanta un viejo castillo, del mismo tiempo que el camino. Vive la gente de estos apartados distritos como si todavía hubiese Inquisición, pues en 1889 quemaron por bruja á una mujer en la plaza de Huamachuco.

La capital del centro del imperio quechua y lugar donde descansaban los correos que iban de Cuzco á Quito era Cajamarca, ciudad de la sierra, edificada á 2 860 metros; á mayor altura, por tanto, que Bogotá y Quito. Su nombre viene de Casac-Marca, voz que en quechua quiere decir *tierra helada*. Está en una cuenca de fértiles prados, rodeada de montes por el Norte, Occidente y Sur, junto á un arroyuelo cuyas aguas corren al Marañón. Vese del lado del Sudeste el boquete por donde pasará el ferrocarril que ha de poner á Cajamarca en comunicación con el puerto de Pacasmayo, y por el cual podrá dar salida á los productos de la industria de sus habitantes, que hacen bastantes sombreros y telas de lana y algodón. Junto á ella encuentra el viajero algunas ruinas del tiempo de los incas, entre éstas las del palacio de Atahualpa, donde enseñan los naturales á los forasteros la piedra sobre la cual fué muerto aquel príncipe y la sala en que reunió su rescate, calculado en 4.000.000 de duros. Junto á unas aguas termales sulfurosas que manan á 5 kilómetros de distancia y á la temperatura de 54 grados hallábase el inca haciendo penitencia, acompañado de un ejército de 30.000 hombres, cuando llegó Pizarro á Cajamarca con su pequeña hueste. Los habitantes de los contornos van en procesión á aquellas aguas *salidas del infierno*, y tienen grandes fiestas, durante las que echan en ellas agua bendita. Al otro lado del Marañón está Cajamarquilla, rodeada de bosque, y que después de haber sido ciudad de incas fué misión de indios muy principal.

Esta parte del Perú, en que tan rico botín cogieron los conquistadores españoles, es una de las que tienen más minas y mayores en toda América. Las faldas del gran monte, aca-

bado en agudos picachos, que domina á Hualgayoc, aldea situada á 3.619 metros, ó sea en el límite de la zona habitable, están llenas de agujeros, en donde mucho tiempo se ha sacado, y se saca todavía mineral de plata. Después de Cerro de Pasco es Hualgayoc la población del Perú en que más plata se beneficia; pero la falta de caminos, la crudeza del clima y la depreciación del metal han quitado vida é importancia á esta ciudad, que está como colgada sobre precipios, por cuyo fondo corre el Marañón. Los antes tan productivos lavaderos de oro del Perú septentrional, han quedado igualmente casi abandonados. pues sólo trabajan en ellos pocos mestizos é indios, que viven de plátanos y pescado en las orillas de algunos afluentes de aquel río. La capital de este distrito aurífero era Jaén de Bracamoros, así llamado de una tribu india que se extinguió. Tenía mucho comercio, que hacía por la escala de Tomepanda, y era la más adelantada hacia las selvas del Amazonas en el siglo pasado, pero ha dejado de ser punto de partida de los que se internaban en ellas, y no hallándose cerca de ninguna vía comercial, ha decaído mucho. Fundáronla los españoles en 1549, no lejos del río y en la cuenca baja del Chinchipe; pero como el paraje era enfermizo, trasladáronla á otro más sano, en un valle fertilísimo situado al Sudeste, á 458 metros de altura. Los otros puertos del río, poblados de indios conversos que los misioneros redimieron de la barbarie, están hoy desiertos, habiendo vuelto á señorearse la selva de los campos antes cultivados. De estas antiguas misiones la principal era la de Porja, que estaba más abajo del Pongo de Manseriche. No queda de ella otra cosa que el nombre, ocupando su lugar la aldea de Barranca.

Al Este de Marañón hay una comarca aún poco poblada, pero que por ser feracísima y rica en toda suerte de frutos, podría llegar á ser una de las más prósperas del Nuevo Mundo. Es su cabeza la ciudad de Chachapoyas, situada junto al Utcubamba, uno de los principales afluentes del Marañón, á 2.323 metros sobre el nivel del mar, en el límite entre la tierra fría y la templada, donde se encuentran dos diferentes floras, y cercana á unos valles en que crecen plantas tropicales. El camino que iba de Cajamarca siguiendo la orilla del Marañón á la desembocadura del Huayaga, donde aquél se abre á la navegación de los barcos grandes, ha sido abandonado, y los viajeros prefieren el que pasa por Chachapoyas, por el que marchará el ferrocarril del Pacífico al Amazonas, según está proyectado.

Hay en Chachapoyas aguas termales como en Cajamarca, y en sus contornos ruinas antiguas. Al Sur, en un paraje cercano á la aldea de Cuelap, se levanta la pared de un cementerio de dos pisos, con altura de 100 metros é innumerables nichos. La grandeza del cementerio es buena muestra de los muchos habitantes que antes tenía este casi desierto país de Mainas ó del Amazonas Alto.

El Huallaga, río hermano del Marañón, corre casi todo fuera del verdadero Perú, por la montaña ó selva en que viven los indios independientes, no habiendo en su cuenca más tierra de gente civilizada que la de la parte alta, donde está Huanuco, y la del río Mayo, su afluente, en la que se halla Moyobamba. Encuéntrase Huanuco al Norte y no lejos del Cerro de Pasco, junto á las fuentes del Huallaga (1.872 metros), y á ella acuden á mejorar su salud los vecinos de la otra ciudad. Tiene minas de oro, pero sus verdaderas minas son los cafetales, los cicales y la caña de azúcar de su vega, en la que la chirimoya da mejores frutos que en ninguna otra parte del Perú, llegando algunas á pesar 7 y 8 kilos, según refiere Tschudi. En tiempo de los incas era Huanuco lugar de mucha importancia estratégica entre Cuzco y Quito, y conociéndolo así Pizarro, mandó poner en ella guarnición de españoles. El comercio se hace todo por tierra, pues el Huallaga no pasa en estos parajes de ser un torrente, cortado por saltos y cachones, en los que es imposible navegar. Suben las barcas hasta el caserío de Tingo María, á 600 metros de altura, desde cuyo sitio menudean tanto las dificultades que no hay medio de seguir. Sobre una meseta caliza á cuyos pies corre el Mayo (Moyo) está la ciudad de Moyobamba ó *Llano del río*. Desde lo alto de la meseta (866 metros) bajan, separando el caserío, hondos barrancos abiertos por la lluvia. Todas las viviendas, así grandes como pequeñas, tienen huertas y jardines, y como no hay edificios elevados ni torres, y los tejados están cubiertos de paja, parece, más que población, fértil vega poblada de casas de labor. Llaman á los moyobambeños «los judíos del Perú oriental» por su mucha industria, pues hacen sombreros de las fibra de cierta planta nombrada *bombonage*, igual al jipijapa del Ecuador y al nancuma de Colombia. Por hallarse Moyobamba en el primer escalón de los Andes hacia Oriente, sobre la comarque ciñen de un lado el Marañón y de otro el Huallaga, ha de llegar algún día á gran prosperidad y servir de estación comercial entre el Perú marítimo y el que cae hacia los ríos;

pero por ahora no tiene otros caminos que las veredas trazadas por los cascos de las mulas en la humedad y resbaladizas peñas, ó los inquietos ríos que van saltando de risco en risco. Al bajar por el Mayo, pásase por Lamas, aldea de considerable vecindario, cercana á Tarapoto, y buen mercado de telas de algodón de tocuyo, que compran los indios del Amazonas Alto, y en cuya vega se coge el mejor tabaco peruano. Llégase al Huallaga un poco más arriba del Salto de Aguirre, donde se halla el puerto de Chasuta, aldea de las más pobladas del Amazonas peruano, pero lo general es seguir el Nordeste hasta Balsapuerto, con lo que se acorta la distancia. Desde Balsapuerto se baja el río en balsas, por no consentir su poca profundidad que le surquen lanchas, hasta Yurimaguas, donde el agua tiene ya altura suficiente. Antes de llegar á Balsapuerto se camina por la orilla de un río llamado Paranaपुरa, nombre sacado de la lengua tupi ó guarani, que en estos parajes se encuentra con la quechua, viniendo á ser ésta la frontera entre las dos hablas, oriental la una y occidental la otra, á cada una de las cuales llaman en América *lengua general*.

La ciudad de más copioso vecindario del Amazonas Alto, en tiempo del gobierno español, era Jeberos, que tenía entonces 15.000 moradores, y hoy es aldea pequeña, cercana al estero de Aipena y en comunicación con el Marañón, de un lado, y con el Huallaga del otro. No sólo la capital se ha despoblado, sino también la provincia, habiendo comenzado la decadencia con la llegada de los españoles, continuado con las misiones y llegado hasta nuestros días, sin que los efectos de la colonización y de la industria hayan alcanzado todavía á esta apartada comarca. Después de Jeberos, la población más importante era la Laguna, en la que vivían en 1830 unos 6.000 indios; pero ahora la iguala, si no la aventaja, el poblado de Yurimaguas, por ser término de la navegación de los vapores que suben por el Huallaga. En uno de los parajes más altos del quebrado nudo de cuyas vertientes septentrionales manan los ríos Marañón y Huallaga, mientras de las meridionales salen los que, por el Apurímac, llevan sus aguas á morir al Ucayali, á 4.352 metros sobre el nivel del mar, es decir, por encima del límite de la vegetación arbórea está Cerro de Pasco, ciudad de calles torcidas y estrechas y de casas apiñadas, como las antiguas de Europa, edificada en una honda y redondeada cuenca, circuida de peñas altas y negruzcas. El fondo de esta cuenca es desigual, pues en todo él se encuentran hoyos y

lagunas junto á riscos y montañuelas, á cuyas asperezas hay que añadir los muchos pozos abiertos por los mineros. Tan riguroso hace al clima la altura, y son tantos y tan crudos los vientos y las nieves, á pesar de la vecindad del Ecuador, que las gallinas de Pasco no ponen, los llamas pierden la fecundidad y las mujeres, cuando se les acerca el momento de dar á luz, tienen que ir á clima más suave. Si una causa muy poderosa no atrajese á los hombres y les obligara á vivir en lugares tan inclementes, de seguro estarían hoy no menos despoblados como en 1630, cuando sólo algunos pastores los cruzaban; pero uno de éstos halló un día en el rescoldo del hogar unas barras de plata, y tanto corrió la noticia, que muy poco tiempo después acudía á aquellos parajes inmensa muchedumbre, edificándose como por ensalmo, una grande y populosa ciudad, cuyo vecindario ha venido desde entonces aumentando ó disminuyendo, según ha aumentado ó disminuído el producto de los criaderos de tal modo descubiertos.

El pastor que los halló llamábase Huari Capcha, y cuentan que su amo le encerró en un calabozo para toda la vida en premio del hallazgo. La mina Descubridora (este nombre la dieron) aún es conocida, y de ella se saca alguna plata, pero hay otras muchas, hasta el número de 2.000, que cruzan por debajo de la ciudad, dando á ésta por asiento una red de filones de plata, todos ellos dependientes de dos grandes criaderos. Muchos cientos de pozos están cegados por los escombros, pero otros siguen abiertos, si bien abandonados, y el laberinto de galerías que van de unos á otros es tan vasto é intrincado, que los más peritos mineros se pierden en él. En todas las ciudades mineras (y más si las minas son de carbón) hay algún pozo de siniestra memoria, siendo famoso en Cerro de Pasco el de Matagente, donde de una sola vez quedaron enterrados 300 indios. Estos criaderos han sido los más ricos del Perú, habiéndose extraído de ellos en dos siglos y medio unos 2.000 millones de pesetas. Hoy sólo producen 10 millones al año, pero producirían muchísimo más si se abriesen por bajo de las minas canales de desagüe que llevasen las aguas subterráneas al lago de Junín. También hay en los montes de Pasco criaderos de oro, cobre y carbón. Los caminos por donde se subía á las comarcas mineras eran antes muy malos. El principal iba por el puerto de Lachagual, salvando la cordillera á 4.762 metros de alto, ó sea casi al mismo nivel del monte Blanco. El más seguido en nuestro tiempo aún llega á mayor

altura, pero con la ventaja de que se pasa en ferrocarril, siguiendo la vía de Lima á La Oroya. La Oroya ó puente de Bejucos 3.653 metros), así llamada de un puente de indios de 40 metros de longitud, que cruza el Jauja, era hace poco una aldea, pero con la construcción del ferrocarril ha subido á suburbio de Lima. No sólo suelen establecerse en La Oroya muchos limeños ricos, en demanda de reposo y clima más saludable, sino que el Gobierno ha mudado á ella algunos establecimientos públicos, entre ellos las escuelas de ingenieros y la de artillería. Aún ha de ir á más, porque el ferrocarril se dividirá allí en dos ramas, de las cuales una seguirá hacia el Sudeste á la cuenca del Jauja ó Mantaro y la otra al Norte, pasando por la aldea de Cacas y el llano de Junín para bajar por Cerro de Pasco al Amazonas; de suerte que, cuando ambas estén acabadas, vendrá á ser La Oroya el centro de los ferrocarriles de las mesetas. También servirá al aumento de la importancia de La Oroya la vecindad de unas 20 fuentes de aguas sulfurosas que manan á poca distancia de ella, hacia el Suioeste, cerca de Yauli. En el camino de este pueblo á Pachachaca se ve un puente inca, todo de piedra, de 42 metros de largo, que salva, á la altura de 49, un torrente. En los alrededores hay minas de plata. En el citado llano de Junín ganó Bolívar en 1824 la famosa batalla que acabó con la dominación española en el Perú.

Muchos caminos se han proyectado para bajar de Cerro de Pasco al Amazonas, y mucha falta hacen; pero ninguno se ha hecho, y siguen siendo las comunicaciones tan malas como antes. De la ciudad á la colonia de Pozuzo (Antiguo Pozuzo) se va por una vereda que sigue por la orilla del río del mismo nombre, á 908 metros de altura, hasta la desembocadura del Huancabamba. Creyendo el Gobierno que Pozuzo era sitio bastante alto para establecer en él una colonia sin que padeciese la salud de los colonos, dió tierras en 1858 á unos 250 tiroleses, con encargo de cultivar el café, arroz, cacao y azúcar para enviarlo hacia el Amazonas por los ríos Palcazú y Pachitea, adonde van las aguas del humilde Pozuzo; pero la falta de caminos hizo imposible el comercio, y la obra de calor y de humedad engendró muchas enfermedades, todo lo cual fué causa de que se disgustaran los aventureros labradores y poco á poco fueran abandonando sus campos. De la calva hecha en aquellas inmensas selvas para el nuevo poblado, poco queda, y el camino que, cruzando la montaña, conducía de allí á Huanuco, ha quedado del todo cerrado por la potente vegetación tropical.

Andando el tiempo volverá á emprenderse la población de aquellas tierras, pero si el suceso ha de ser bueno, convendrá que, en vez de colonos alemanes, vayan *fronterizos*, ó sea gente del país (quechuas), de los que viven en las vertientes exteriores de la meseta. Son tan dañosas las calenturas palúdicas que en lo hondo de los valles, donde viven los indios lorenzos, se padecen, que con dificultad, y no siempre, logran aclimatarse los habitantes de los montes, sucumbiendo los hijos de éstos á los pocos meses de nacidos. Por eso se reputa imposible la colonización de ciertos parajes del Marañón Alto. Los recorren, pero nunca los habitan los montañeses de las vecinas sierras. Mucho menos peligrosas para la salud son las llanuras bajas y pobladas de árboles y maleza que se dilatan al Este de los Andes, y por las que corren los ríos Huallaga y Ucayali, donde no se padecen tercianas.

El ferrocarril de La Oroya continúa por el Oeste hasta Tarma, de la que le separa uno de los estribos de los Andes. Es ciudad edificada por los españoles en el sitio en que estuvo la peruana Tarmatambo, á 3.050 metros de alto, en un frondoso llano en que crecen muchos chopos. Al Mediodía vense las ruinas de la ciudad vieja sobre un alto dominado por un fuerte de dos terrazas medio derruidas, y en las que no quedan otras habitaciones que algunas cuevas habitadas por gente miserable. Los vecinos de Tarma fabrican telas como en tiempo de los incas y cosechan gran cantidad de alfalfa, que venden á los pobladores de las mesetas. Por su situación, junto á un boquete de los Andes, parece Tarma destinada á servir de lugar de paso de la Entre-Sierra á la cuenca de Ucayali, ofreciendo también la ventaja de hallarse como á continuación de la cuenca de Rimac; de suerte que viene á ser la avanzada de la capital de la República en la vertiente del Amazonas, y ya se conoce su influencia en estos parajes, en las colonias que siguen al Este, hacia la cuenca del Chanchamayo, de las que sale la mayor parte del café, ron y azúcar que se consumen en la meseta.

El que al salir de la Oroya, baja por la orilla del río, llega á la ciudad de Jauja, en cuyos fértiles campos, situados á 3.500 metros de altura, se coge cantidad de frutas y legumbres, y se cría mucho ganado, mandando aquéllas y éstos á Lima para el sustento de los habitantes. Cuando la conquistaron los españoles era ciudad muy populosa, edificada como las de España, y «en cuya plaza se reunían diariamente más de cien mil hombres». Más arriba, al Este del valle, y cerca del

camino de Huancayo, se llega al convento de Ocopa, cabeza de las misiones, que los frailes descalzos tenían en las selvas del Ucayali y de sus afluentes, á cuyos frailes se deben los primeros mapas de estas casi desconocidas comarcas. Algunos misioneros españoles continúan trabajando en la conversión de los indios, si bien en menor escala, y tienen en las misiones canoas que en determinadas épocas suben los ríos de la Montaña. Una de estas canoas sube y baja todos los años, desde el 1881, por el Palcazú y el Pachitea, llevando dos ó tres pasajeros cuando más. A esto se reduce el tránsito de gente por esta vía transcontinental.

Huancayo es bonita ciudad del mismo valle de Jauja, á unos 30 metros más abajo, con parecido clima y frutos y mayor comercio. El río llámase allí Mantaro y continúa bajando al Sudeste por hondas gargantas, en la misma dirección que llevan los Andes, como si quisiera ir á desembocar en el lago de Titicaca, hasta encontrarse con el Huerpa ó río de Ayacucho, cuya cuenca parece continuación de la suya propia, habiendo estado ambas cubiertas en otro tiempo por las aguas de un mismo lago. Al llegar á este paraje ábrese un boquete en los montes y por él pasan ambos ríos ya juntos, encaminándose al Nordeste y al Norte por barrancos y gargantas profundísimas, sin que en sus orillas se vea una sola ciudad ni aldea y si únicamente algunas chozas. Huancavelica, Huanta, Ayacucho y demás poblaciones de los ríos tributarios del Mantaro están más arriba de estas gargantas solitarias, que se pueden considerar como situadas fuera de los términos del Perú propiamente dicho. Las aguas han descombrado, de Ayacucho á Huancavelica, las calizas rocas de esta meseta, abriendo en ellas profundísimos surcos y removiéndolas de modo que han formado con ellas extrañas construcciones, principalmente gigantescos obeliscos, hasta de 50 metros de altura y en grandísimo número, semejando los sepulcros de un gran cementerio. En algunos de estos monumentos naturales han abierto cuevas los indios ú otras gentes de la comarca para vivir en ellas.

Fundaron los españoles á Huancavelica (Huancavilca) en 1572, y la llamaron Villarrica de Oropesa, pero se sobrepuso á este nombre el que daban los huancas al poblado que allí había. Está en el corazón de la Sierra, en un valle tan alto (3.798 metros), que la cebada no llega á espigar, quedando en hierba, y á muy poca distancia del mismo lomo de la Sierra, cuyas aguas bajan, de un lado al río Chincha, que corre hacia el Pacífico, y del

otro á los torrentes que, por el Mantaro y el Ucayali, van al Amazonas. El año 1567 descubrió un minero español que en aquellos lugares había mercurio, y con esto bastó para que al cabo de otros cinco se comenzara á poblar la ciudad, la cual fué por espacio de dos siglos de las principales del Perú, y de sus minas se sacaba casi todo el mercurio empleado en el Nuevo Mundo en la amalgama del oro y de la plata, calculándose que el mercurio que desde 1571 se sacó de estas minas no valdría menos de 500 millones de pesetas. Como ya está casi agotado el mineral y no producen los criaderos arriba de 50 toneladas al año, la ciudad ha venido muy á menos. Cerca de ella hay unos manantiales muy copiosos de agua que en poco tiempo convierte en piedra cualquier madera que á ella se arroje. También tuvo la ciudad de Huanta unas minas de plata, que hoy están agotadas. Ayacucho ó el «Barranco de los Muertos», llamada por los indios Huamanga ó «Peña del Halcón», saca su importancia de ser capital de departamento y principal estación del camino de Lima al Cuzco. Es posición estratégica muy principal, por cuya razón se han dado en sus alrededores batallas que tuvieron considerables efectos. Al Sur está la aldea de Chupas, junto á la cual fué vencido el hijo de Almagro, en 1542, y al Norte, Quinua, en cuyas cercanías se dió en 1824 la batalla en que los republicanos de América derrotaron á los españoles. Hay en Ayacucho un colegio con título de universidad.

Después de unida la cuenca del Apurimac con la del Mantaro, apenas se encuentran en ella poblados. El más considerable es Cangallo, sobre el río Calcamaayo, donde hay muchos tejedores quechuas, que venden sus telas en el Cuzco. Los aficionados á antigüedades acuden en demanda de ellas á Andahuaylas, humilde aldea de indios mestizos, en cuyos alrededores hay muchas ruinas de edificios incas. Abancay, pueblo que está junto al Apurimac, en sitio donde pasa sobre éste el más alto puente de bejucos del Perú, tiene una vega que produce la mejor caña de azúcar de los Andes. Pasado Abancay, únese el Apurimac al Pampas y, después de salir de las Cordilleras por un boquete, como el Mantaro, va á perderse en las soledades de los bosques del Amazonas.

En el puerto de la Raya (4.313 metros) nace el río Vilcanota (Hui'camayo), que baja derecho hacia el Noroeste, á lo largo de los montes, con pendiente siempre igual. En Sicuani corre á una altura de 3.532 metros por una feracísima vega que goza

fama de ser de las más bellas del Perú. Comienzan más abajo los campos de maíz y las huertas y vergeles, y en las vegas y mesetas vense, rodeados de bosque, muchos pueblos, sirviendo de fondo al cuadro las nevadas cumbres de los Andes del Carabaya. Cerca de Urcus hay una laguna, á la que, según cuenta la tradición, arrojaron los indios la cadena de oro con que estaba ceñida la plaza del Cuzco, famosa ciudad, llamada por los incas *El Ombligo* (El Cuzco), y que ellos edificaron, no á orillas del río, sino en un *bolsón*, á 3.467 metros sobre el mar, entre campos de cebada y alfalfa y á los pies de un risco que, cubierto de ruinas, se levanta del lado del Noroeste. El rigor del frío suele llegar hasta aquella altura, y algunas veces ha nevado en la ciudad. Tenían los incas al Cuzco por por cabeza de su imperio en lo religioso, y en aquel tiempo servíanla de linderos á derecha é izquierda dos torrentes, que bajan, corriendo hacia al Sudeste, al Vilmacota; pero de entonces acá la ciudad del Sol se ha ensanchado, viniendo á tierra sus murallas y edificándose nuevos barrios del otro lado de los torrentes, y desde las alturas se les ve alargarse por el campo. En tiempo de los incas ninguna familia podía vivir en otro barrio y casa que el que por su origen le correspondía. En la ciudad vieja aún se conoce en el grueso y fortaleza de las paredes lo construido por los incas, siendo obra de éstos la parte baja de las casas, y la alta, muy endeble y cubierta de tejas, á la española, de más moderna construcción. Lo propio sucede con los antiguos templos y palacios, sobre los cuales se han levantado las iglesias, conventos, almacenes y aun casas particulares. La orillas del torrente de Huatanay, que es el más occidental de los dos arriba dichos, están llenas de ruinas de edificios incas, en los que el viajero admira lo bien ajustado de las piedras sin labrar de que están hechas aquellas paredes. Muchas casas estaban cubiertas por dentro y por fuera de láminas de oro. En cierto lado de la plaza principal, donde tenían los indios por costumbre reunirse en corro, asiéndose cada uno á un anillo de oro, que sujetaba el vecino, vese la catedral, que fué construída por los españoles, y es de fea apariencia, pero que encierra grandes tesoros, reunidos quizás para que el esplendor del nuevo culto aventajase al del anterior, en tiempo del cual se reverenciaba en el templo una imagen del sol de oro macizo. Muestra del gusto arquitectónico de los españoles es en el Cuzco la casa de Pizarro, tan diversa de las otras. Hay también en esta ciudad museo de antigüdades,

biblioteca pública y una universidad que da títulos de doctor.

No menos cosas que en el Cuzco hay que ver en el collado que la domina. Al principio de él, en su primer rellano, hacia el cual suben las calles de la parte alta, encuéntranse las ruinas del palacio de Colcampata, edificado, según la tradición, por Manco Capac, fundador de la dinastía y supuesto civilizador de los quechuas, á los que enseñó las ciencias y las artes. Sean ó no de aquel tiempo las tales ruinas, merecen la atención de los estudiosos, porque descubren gran semejanza entre la construcción de estos edificios y las de los de Egipto, y



La catedral de Cuzco (Dibujo de Cuorz).

hasta se ve en la muralla, adelantándose á ella, una figura de sirena muy maltratada del tiempo. En lo alto del collado, y dominando 226 metros la plaza principal, está el castillo de Sacsahuaman, levantado á mediados del siglo xiv por Viracocha, que fué de los más famosos y esforzados capitanes de aquellas gentes. Era este castillo muy fuerte, componiéndolo tres recintos de murallas, fabricados de piedras de una caliza oscura, tan juntas como las de un mosaico romano, pero que los vecinos del Cuzco han destruído poco á poco arrancando las piedras y echándolas á rodar por la falda del cerro para emplearlas en construir ó reparar sus viviendas. Tras estas murallas se defendieron algún tiempo los indios contra las tropas que

mandaba Hernando Pizarro. Cerca de las ruinas de Sacsahuaman vense las de Rodadero, risco cercano á aquél, al cual se sube por una escalera abierta en la roca. Desde ambos se goza de muy hermosa vista sobre la ciudad, la verde campiña con infinitos pueblecillos y el alegre valle del Vilcanota, recreándose también la vista en la blanca cúspide del Azungato, y por último, en los picos de la sierra, siempre blancos.

Cuzco, metrópoli del alto Perú, es triste: muy al contrario de Lima, capital moderna de la nación, que es alegre. Nunca se halló Pizarro en ella á gusto, ni tampoco los que le sucedieron, pues sólo alguna rara vez la visitaron, sin duda porque la melancolía y silencio de los quechuas les daba pesadumbre. Entraron los españoles en el Cuzco en 1532, y el día de aquella entrada quedó siendo de luto para los naturales por largo tiempo. Cuentan que en tal fecha los ancianos ponían el oído en tierra para escuchar el ruido de las aguas de cierto lago que de las entrañas de la tierra habían de subir repentinamente para acabar con los conquistadores; y quizás, al seguir el pueblo al gran crucifijo de *Nuestro Señor de los Temblores*, en las solemnes procesiones en que daba pública muestra de su fervor, le pedía en secreto la destrucción de la ciudad. En parte alguna han quedado tantas huellas del antiguo culto como en el Cuzco, donde si hay eclipse de luna, las mujeres lloran amargamente, rogando al sol, nuestro padre, que no se coma á la luna, nuestra madre. En el tiempo que duró el gobierno español establecieronse en el Cuzco muchas familias nobles, con lo que se ennoblecó la ciudad; pero después de acabada la guerra de la Independencia se expatriaron casi todas, estando hoy habitados los palacios que dejaron, ó mejor dicho, las ruinas de ellos, por indios mestizos. Cuando el ferrocarril que ha de bajar de la loma de Vilcanota llegue á la antigua ciudad del Sol y la ponga en comunicación directa y rápida con el Océano por Arequipa y Mollendo, cambiará mucho de apariencia y ganará no menos, enviando á la costa los ricos frutos de la Montaña y aumentando su industria, cosa nada difícil para sus habitantes, reputados como muy hábiles en el arte de labrar la madera.

Los incas defendieron la comarca en que primeramente dominaron con muchos castillos, cuyas ruinas se ven aún junto á los ríos Apurimac, Vilcanota y Paucartambo. Por eso quedan en los contornos de la ciudad muchos de estos antiguos restos, de los cuales el principal y de mayor grande-

za es el de Ollantai-Tambo, que se encuentra transpuesto el Vilcanota, entre los dos lindos pueblecillos de Maras y Urubamba, en paraje en que probablemente estaba entonces la frontera del verdadero Perú. Mas abajo no encuentran las aguas de este río sino pobres aldeas, casas de labor y chozas de indios, junto á las cuales pasa con los nombres de Urubamba, Santa Ana, Quillabamba y otros. Los chunchos asolaron este valle el siglo XVIII quemando las 175 haciendas que en él había; pero otra vez le va ganando la civilización, si bien muy poco á poco. Más abajo del soberbio portal de Tonquini únese al Paucartambo, después al Tambo, y con esto comienza á ser el ancho y caudaloso Ucayali, que corre solitario por la montaña, sin que apenas le surque barca regida por blancos hasta acercarse al Amazonas, donde nuevamente vuelve á servir al comercio.

Sarayacu ó *Río del Muiz*, puerto principal del Ucayali Bajo, no está en el río propiamente dicho, sino en un estero dependiente de él, cubierto por las frondosas copas de corpulentos árboles que forman sobre él una bóveda vegetal. Allí se halla establecida una misión de franciscanos enviada de Ocopa, con la cual viven indios puros, cachibos y orejones, que hablan quechua, en vez de español y portugués. Los vapores suben sin dificultad hasta Sarayacu, que está sólo á 165 metros de altura, es decir, en el llano del Amazonas. En la unión del Marañón y el Ucayali, que son las dos grandes ramas de que se forma el Amazonas, está, sobre una eminencia, el pueblo de Nauta, que se alza unos 30 metros sobre las aguas bajas del verano. En el mismo sitio de una misión fundóse en 1830 esta aldea, y de ella sólo quedan unas cuantas chozas habitadas por indios cocamas y algunos mestizos. La situación geográfica de Nauta es buena, pero el comercio ha tenido que apartarse de ella por haberse formado en el río grandes banales, que le han desviado de la dirección que tenía. Otros puertos hay en las orillas del Amazonas, pero separados por grandes distancias unos de otros. El primero es Omaguas, así llamado de los indios que allí se establecieron y en el lugar de los cuales se ven hoy mestizos de todas castas; el segundo, Iquitos, fundado en 1862, y que en poco tiempo ha llegado á tener considerable comercio, siendo ciudad cosmopolita, en la que hay hasta chinos, y mereciendo el título de cabeza de la Montaña; el tercero, Orán, situado más abajo de la boca del Napo; luego Pebas y Cochaquines, misiones pobladas por

indios así llamados; Sancudo ó el «Pueblo de los Mosquitos», y Caballo-Cocha, antes miserable aldea y hoy en camino de mayor prosperidad á costa de la antigua ciudad de Loreto, poblada sólo por ticunas, hábiles fabricantes del famoso veneno llamado curare. Los vapores suben puntualmente hasta los puertos del Amazonas Alto, y los traficantes en ellos establecidos, en su mayor parte brasileños y portugueses, hacen allí su comercio de caucho, tabaco, pescado, zarzaparrilla, cera y sombreros de Moyobamba que, por los ríos de Occidente, ó sean el Napo, el Tigre, el Pastaza, el Santiago, el Marañón, el Huallaga, el Ucayali y el Yavari, le llevan los barqueros indios. En vez de una antigua misión de Ticunas que había en estos parajes, algo más en lo interior, vese hoy la población de Loreto, cuyo vecindario casi todo se compone de negros y de mulatos, descendientes de los negros cimarrones que huían del Brasil cuando en esta nación había esclavitud. Las villas y aldeas que siguen á Loreto, sobre el Amazonas, desde el Ucayali hasta el Yavari pertenecen al Perú, pero no tienen otros vecinos peruanos que los empleados del Gobierno en este dilatadísimo departamento de Loreto, tan grande como la mitad de la República, y que se extiende por casi todo el territorio de la antigua provincia de Mainas, de límites no bien señalados.

Además de las cuencas de los ríos Huallaga y Ucayali, están dentro de la vertiente peruana del Amazonas las de aquellos que nacen en los Andes de Carabaya y bajan hacia el Nordeste á morir al río Manu, Amara-Mayo ó Madre de Dios, gran tributario del Beni y por tanto del Madera. Los primeros pobladores europeos de las tierras altas de Carabaya fueron soldados españoles, sustentadores de la pretensión del hijo de Almagro, y vencidos con él en la batalla de Chupas. Cuentan que estos fugitivos encontraron oro y consiguieron el perdón enviando gruesas pepitas de este metal á los vencedores. Edificaron las ciudades de Sandía, San Gaván y San Juan del Oro, pero estas ciudades no duraron mucho tiempo, porque los indios de la comarca, llamados sin distinción de casta chunchos ó bárbaros, las quemaron, matando á los habitantes, sin que de ellas queden otros restos que algunas ruinas escondidas entre las raíces de los árboles y la espesura de los bejucos. En los dos siglos siguientes volvieron á emprender la colonización algunos negros y mulatos, y después de acabada la guerra de la Independencia, fueron allá colonos extranjeros, entre ellos franceses, que cultivaron algunas tierras en Mon-



tebello y Versalles, pueblos cercanos á Sandía, junto á los ríos de cuya unión se forma el Inambari. La tierra da cacao y café muy buenos, y en las arenas de los ríos se encuentran pepitas de oro, pudiendo calificarse el casi desierto distrito de Sandía de uno de los del Nuevo Mundo en que hay mayor cantidad de aquel codiciado metal. Los ingenieros calculan que sólo el contenido en dichas arenas vale millares de millones de pesetas, y el no haberse comenzado aún á beneficiar estos tesoros debe achacarse á la falta de caminos para ir á ellos, pues en muchas partes no hay siquiera veredas. Clements Markham fué en 1860 á los Andes de Carabaya en busca de plantas de cinchona, las cuales, trasplantadas tiempo después á los montes meridionales de la India, en poco tiempo se aclimataron y prosperaron, originándose de aquí una verdadera revolución económica.

La capital de la provincia de Carabaya es Crucero, no obstante hallarse esta ciudad del otro lado de la sierra, á orillas de una garganta que baja hacia el Sur á morir en el lago de Titicaca. Pobláronla los españoles en la mitad del siglo XVIII, y diéronla el nombre que lleva, porque en ella se cruzaban muchos caminos de las montañas. De aquella altura (3 935 metros), azotada muchas veces por las tormentas de nieve, se baja á la ciudad de Azángaro, que es más importante y está en un valle entre altos cerrós, en terreno que sembraban los incas, pero que ahora sólo se aprovecha para pastos. Pacen en éstos muchas ovejas al cuidado de pastores, que viven en una suerte de servidumbre, y hacen quesos, que envían á los mercados de Puno y Arequipa. Quedan en Azángaro algunos edificios anteriores á la llegada de los españoles, entre ellos una torrecilla de techo de hierbas y cañas al uso peruano, único que se conserva. Refiere la tradición ser en esta ciudad donde los quechuas enterraron los montones de oro que llevaban á Pizarro para el rescate de Atahualpa, y que valían muchos millones, y añade que también allí enterró el rebelde Tupac Ámaru la vajilla de oro y plata robada en el saco de las iglesias de la comarca.

Del río Azángaro se forma el Ramiz, principal afluente del lago de Titicaca, después de haberse unido al río Pucara, que baja del puerto de Vilcanota, corre junto al ferrocarril de Arequipa al Cuzco y cruza la sierra junto á Santa Rosa por debajo del puerto de la Raya (3.990 metros). A los pies de un risco de arenisca rojiza, de 400 metros de altura vertical, taladrado por

muchos agujeros, á la entrada de los cuales revolotean los pájaros, está la población de Pucara (El Castillo), que á todas las del valle aventaja en comercio. Dicen que en este risco criaban halcones los españoles; pero la mayor industria de los habitantes de este pueblo desde tiempo inmemorial es la alfarería, prefiriendo los naturales sus vidriados, en igualdad de precio, á los que de Europa les envían, que son más toscos. El ferrocarril sale de Pucara y va por la orilla del río hasta Nicasio; luego vuelve al Sur, rodea la punta más septentrional del lago de Titicaca, pasa por Lampa y llega á Juliaca, pueblecillo que vendrá á ser muy principal cuando esté acabada la línea de los Andes, pues en él se dividirá ésta en dos partes para encaminarse, de un lado, hacia el Cuzco, del otro, á la Paz por Puno.

Hállase la ciudad de Puno á 3.861 metros, cercana á una bahía del lago de Titicaca, y medio escondida entre altos y espesísimos cañaverales. Es como vanguardia del territorio peruano hacia Bolivia, por ser señora esta nación de las orillas oriental y meridional del lago. Las casas son de tierra, los campos áridos, y sobre el poblado se levanta un cerro calizo con muchas cuevas. No lejos de allí hay dos montañas argentíferas, cebo que llevó á la gente á vivir en este rincón de la meseta. Las minas de Puno fueron en el siglo xvii de las más ricas del Nuevo Mundo; pero habiéndose enriquecido desmesuradamente uno de los dueños, tomóle envidia el virrey, quien le acusó, condenó y mandó matar, tan ejecutivamente, que las tres cosas se cumplieron el mismo día. La leyenda cuenta también que en el momento de la muerte del poderoso minero entró el agua en las minas y las inundó; aunque, según otra versión, las cegaron los propios indios que trabajaban en los criaderos, sin que desde entonces haya sido posible encontrarlas por más que se han buscado. No todo se debió perder, sin embargo, porque aún se saca alguna plata de aquellas minas, pero es poco el provecho que deja, alcanzándose mayor del comercio de lanas. En Puno hay bastante contratación de ésta y otras mercancías porque, además de tener ferrocarril, que las lleve al mar, la favorece mucho la navegación de Titicaca, en cuyo lago tienen sus vecinos muchas balsas hechas enteramente de cañas, así el casco como las velas. En un cercano islote está la sepultura del viajero Ortón. Al lago Titicaca llamaban muchos en el siglo xviii de Chicuito, nombre tomado de una ciudad de sus orillas, muy poblada y rica hasta el alza-

miento de Tupac Amaru, pero que en aquella guerra quedó del todo destruida, sin que hasta ahora se haya vuelto á poblar. No lejos de Puno está la laguna de Umuyo, resto del mar que cubrió aquella meseta, y en esta laguna el promontorio de Sillustani, donde han hallado los anticuarios unos círculos de megalitos, que son, de todos los monumentos aimaras, los que más se parecen á los menhires, y otras semejantes construcciones de los tiempos prehistóricos, conservadas aún en Europa. El pueblo de Yunguyo, que fué lugar sagrado, en la punta Sudoeste del lago de Titicaca y sobre la misma lengua de tierra que une la Península de Copacabana al continente, tiene una feria á la que concurren todos los habitantes de la comarca, y reputada tan antigua, que sin duda debe buscarse su origen en tiempo de los incas. Cuando los que van á la feria llegan á sitio desde donde por primera vez descubren la población, inclínanse muy devotamente (1).

(1) Principales poblaciones del Perú con el número de sus habitantes, según cálculo que se reputa cercano á la verdad:

HABITANTES		HABITANTES	
Lima.....	400.000	Ayacucho.....	15.000
Cañete.....	14.000	Cajamarca.....	15.000
Chorrillos.....	3.000	Cajabamba.....	4.500
Huacho.....	10.000	Callao (El).....	25.000
Supe.....	4.000	Cuzco (El).....	26.000
San Juan de Chachapoyas.....	4.500	Capaamarca.....	7.000
Huaraz.....	16.000	Colquemarca.....	9.000
Carhuaz.....	6.000	Huancavelica.....	9.000
Casma.....	6.000	León de Huanuco.....	9.000
Chimbote.....	1.500	Ica.....	15.000
Pallasca.....	3.000	Cerro de Pasco.....	20.000
San Luis.....	13.000	Jauja.....	8.000
Santa.....	1.500	Junín.....	4.000
Sihuas.....	5.000	Lambayeque.....	51.701
Abancay.....	6.000	Trujillo.....	10.600
Ocochambo.....	6.500	Pacasmayo.....	4.000
Arequipa.....	50.000	Parcoy.....	5.000
Camana.....	7.500	Iquitos.....	15.000
Chylloma.....	14.000	Moquegua.....	5.000
Chuquibamba.....	6.000	Piura.....	14.000
Mollendo.....	6.000	Ayabaca.....	20.000
Tambo.....	6.000	Payta.....	4.000
		Puno.....	11.081

VII

Estado social, económico y político del Perú.

La mayor parte de los peruanos son indios y mestizos, desdenados por los blancos descendientes de españoles, habiendo aumentado la población de la República menos que la de las otras naciones hispano-americanas, y aun disminuido en algunos distritos de las mesetas, de donde sale mucha gente para ir á vivir á las ciudades. Pero esto no ha impedido que el país esté hoy tres veces más poblado que al acabar la guerra de la Independencia. En 1810 se contaba un millón de peruanos, y en el censo de 1876 llegaban ya á muy cerca de tres millones. La guerra con Chile y la pérdida de algunas comarcas, extensas, pero poco pobladas, que pasaron á poder de los vencedores, cercenaron algo esta cantidad; pero con la paz ha vuelto á repoblarse, y hoy puede asegurarse que viven en el Perú cuatro millones de almas. Se ha pretendido calcular cuántas de éstas hay de cada raza, pero tales cómputos nunca se han hecho con noticias suficientes y siempre sobre suposiciones poco fundadas, resultando bien averiguada una sola cosa, á saber: que la mayor parte de los peruanos son quechuas ó descendientes de quechuas. El número de indios bárbaros llega, según parece, á 350.000.

La costa del Perú no es sana, padeciendo en ella la salud del blanco, luego la del chino y, por último, la del negro, siendo éste el que mejor resiste los peligros de aquel clima. Hasta hay dudas de estar bien aclimatados los criollos por los muchos niños de éstos que mueren al nacer, unos de convulsiones y otros de una enfermedad llamada de los *siete días*, porque les da en la primera semana, y pocos de los que enferman escapan. Otra enfermedad tan dañosa como las dichas es la costumbre que tienen las señoras acomodadas de dar sus hijos á criar á nodrizas forasteras. Algunas veces se ha padecido en el litoral la fiebre amarilla, viéndose que los principales atacados eran los indios y luego los blancos, quedando libres de ella los negros. Igualmente se padecen el tífus y la fiebre tifoidea en las tierras calientes del Perú, así como también calenturas intermitentes, disentería y enfermedades del hígado, propias todas de tales climas. Las larvas de ciertos insectos producen otras dolencias, entre las cuales se teme particularmente á la de las

verrugas. Adquiérese bebiendo aguas de ciertas fuentes, y más que ninguna otra, de las de una que tiene el mismo nombre de la enfermedad y que mana no lejos del río Rimac. Es enfermedad grave (menos para los negros), cubriéndose el cuerpo de úlceras, de las que sale cantidad de sangre, y después de muchas hemorragias y grandes sufrimientos acaba con la muerte. Los pocos que escapan quedan siempre mal de salud. Es dolencia infecciosa é inoculable, de lo que es prueba lo sucedido al médico Carrión, que murió por haberse inoculado el líquido extraído de una verruga. Dice Tschudi, que en ninguna otra parte hay tantas y tan diversas enfermedades como en el Perú, no habiendo valle que no tenga la suya propia, y siendo ésta, por lo general, desconocida en los demás.

Los montañeses peruanos viven como los de Méjico, á grandes alturas, que no bajarán de 2.500 metros, y suben hasta 3.5000. Siendo la presión barométrica en tales parajes mucho menor que en los que están más abajo, también respiran los que en ellos viven menos oxígeno que los de los valles y costas, por lo que están expuestos á enfisemas y otras enfermedades producidas por la sutilidad del aire. Casi todos los viajeros que van á Cerro de Pasco padecen el *soroche*, que se siente más ó menos, no sólo según la altura, sino también según el lugar en que se pasa, pues en unos es más fuerte que en otros, siendo singularmente terrible en los sitios en que hay minas donde abunda el antimonio. Algunos animales sufren con el *soroche* más aún que las personas, como sucede á los perros de castas finas, que mueren al cabo de un año si los llevan á mayores alturas de 4.000 metros, y los gatos, que perecen con terribles convulsiones á los pocos días. En cambio, cúranse en las montañas algunas enfermedades de los llanos, entre ellas la disentería, que cesa casi en seguida. También los tísicos se alivian y aun sanan totalmente, pero deben pasar poco á poco de las tierras bajas á las altas, donde apenas se conoce la tisis, para ir acostumbrando los pulmones á la delgadez de aquel aire. Por eso deben tardar de Lima á la Oroya, que es viaje de un día, en ferrocarril, doce ó quince jornadas.

Sin duda fué en otro tiempo mucho mayor la prosperidad de la agricultura peruana que en el presente. Los incultos *andenes*, que hoy se ven escalonados en las faldas de las montañas hasta la región de las nieves, y los magníficos canales de riego, que llevaban el agua bienhechora de las cañadas de la parte más alta de la sierra á los campos de la meseta, dan

testimonio de los muchos habitantes que tuvo y de la gran industria de ellos. Consumíanse entonces los frutos de la tierra dentro de la misma comarca que los producía, siendo muy poco el comercio de la tierra baja con la alta y contando el número de plantas que sembraban. Dos eran las principales para el sustento: el maíz en la tierra templada, y más arriba el *chenopodium chinoa*, de cuyos granos, más carnosos que los del mijo, hacían harina. También sembraban el *curo* ó *papa* y otras especies de patatas, el arracacha, el ulluco y el oca. Había variedades más nobles (por lo exquisitas y corpulentas), que sólo se sembraban para los incas, como sucedía con el maíz del Cuzco. El emperador Urcón hizo llevar tierra de Quito á Cuzco para criar en ella las patatas que en su mesa se habían de servir, y las tenía en un rincón de la parte oriental del castillo. También era privilegio del inca mascar la coca; pero en ciertas ocasiones, no muy frecuentes, la repartían al pueblo. Éste pudo consolarse un tanto de la invasión española con la libertad de usar aquella substancia que los conquistadores le dieron. Sembraron tanta, que pronto cubrieron de ella muy dilatadas extensiones de terreno, principalmente en los alrededores del Cuzco, sin que decayera el cultivo hasta que se despobló la comarca. Los españoles introdujeron en la agricultura algunas plantas nuevas, que la enriquecieron, entre ellas la cebada y el trigo, con lo que pudieron los indios aprovecharse de otras harinas, además de la de maíz, cazabe y quinoa. Luego de la conquista llevó el plátano á la América española el obispo Tomás de Berlanga, que descubrió las islas de los Galápagos é hizo tantas otras cosas dignas de memoria, á pesar de las cuales le han olvidado casi completamente los historiadores. Es fama, que en 1543 estaba la ciudad de Lima rodeada de platanares; pero habiendo caído sobre ellos una gran plaga de destructoras hormigas, corrió muy acreditada la voz de que las criaban los plátanos, y mandó el Ayuntamiento que se arrancasen todos sin excepción, bajo pena de 10 escudos oro de multa. Se ejecutó lo mandado, pero algunos años después apareció en los jardines la proscrita musácea. Según el mismo cronista, la vid y el olivo fueron al Perú mucho después que el plátano, pues las primeras uvas las cogió Hernando de Montenegro en un jardín que tenía en Lima el año de 1551, y los primeros injertos de olivo los hizo en la misma ciudad en 1560 Antonio de Ribera. Sábese que la vid da muy buen fruto en las provincias del Sur, principal-

mente en los alrededores de Ica y de Moquegua, pero la cantidad de vino que de ella se saca es muy pequeña.

Las tres zonas que corren á lo largo del Perú son muy diversas unas de otras por las plantas que en ellas se cultivan y también porque el trasladar sus productos es en unas mucho más costoso y difícil que en otras. Los de las mesetas de los Andes consúmense, generalmente, en la misma comarca en que se cogen, porque son de poco precio y el exportarlos costaría más de lo que valen. Sólo es excepción la alfalfa, de la que llevan mucha á otras partes á lomo de mulos. Cuando haya ferrocarriles longitudinales que enlacen á los que de las costas suben por las montañas, también se podrá sacar trigo, harinas y legumbres que competirán con las que se traen de Chile y la América del Norte. El cacao, café y azúcar de la cuenca del Amazonas debieran tener salida por este río, pero sólo la encuentran en la vecina meseta, pudiendo seguir aquella vía la coca, el caucho, ciertas plantas medicinales y alguna mercancía semejante á ellas en valer mucho pesando poco. De éstas, unas van á Europa por los puertos del Pacífico, á los que la zona occidental debe la notable ventaja que en algunas cosas hace á las otras dos, pues como por dichos puertos, sean buenos ó malos, entra y sale todo el comercio del Perú con el extranjero, á ella ha acudido el dinero para construir ferrocarriles y continuar los canales y pantanos que los quechuas y yuncas tenían para el mejor riego de la tierra. La ambición lleva á los especuladores á acometer las mayores empresas, sin miramiento alguno á la salud de los trabajadores, así naturales como extranjeros, y á aprovechar toda la tierra productiva para sembrar plantas industriales sin dejar espacio para las alimenticias, por lo que hay que traer de fuera el trigo y el maíz que se come.

Mientras duró la guerra de Secesión del Norte de América, y algún tiempo después, diéronse algunos hacendados peruanos á cultivar algodón, pero no pudieron sufrir la competencia de los Estados Unidos, sino los de Piura, que le producían de excelente calidad, y los más emprendieron el cultivo de la caña de azúcar, que fructifica muy bien al abrigo de los Andes y junto al templado mar Pacífico. La mayor parte de este azúcar lo compran los ingleses. Después de esta mercadería viene, entre, las que tienen relación con el aprovechamiento de la tierra, la salida de las lanas de los grandes rebaños de ovejas, llamas y alpacas que pacen en las mesetas la

pequeña gramínea llamada ichu. Sólo las lanas exportadas por el departamento de Puno valen, un año con otro, de tres á cinco millones de pesetas. En los llanos de la costa únicamente se crían caballos, mulas y cerdos, no habiendo sido posible aclimatar el ganado vacuno. El mulo va substituyendo al llama como bestia de carga por ser mucho más conveniente que éste, pues lleva cuádruple peso á doble distancia, se cría mejor y es más dócil.

A pesar de las revoluciones políticas, la propiedad está muy poco repartida en el Perú, habiendo hombres poderosos que poseen haciendas de 80 y 100 leguas en redondo, en cuyo espacio pacen hasta 100.000 carneros, ó de donde se sacan, si en ellas se cultiva la caña, 5 ó 6.000 toneladas de azúcar. Los gobiernos del Perú han querido atraer emigrantes, facilitándoles el establecerse en el país, para lo cual han hecho repartos de la tierra sin dueño, dividiéndola en partes de 120 hectáreas cada una, y de menos; pero en la vertiente del Amazonas, la mejor pertenece ya á una compañía inglesa que hace allí las veces del Estado.

Ya no son las minas del Perú las más productivas del mundo, habiéndose antepuesto, además de los Estados Unidos y Australia, las vecinas Bolivia y Chile. Sin embargo, la riqueza, número y magnitud no ha disminuído, siendo tal, que toda la nación se puede considerar una sola mina. No hay en su territorio paraje alguno en que no se encuentre criadero de algún metal, substancia preciosa, piedra ó combustible. La naturaleza ha repartido estos tesoros con bastante desigualdad entre las dos Cordilleras y la costa. Los Andes, es decir, la Cordillera Oriental, son montes compuestos casi todos de rocas silurianas, con mucho oro en las venas de cuarzo de sus pizarras, y las gargantas que bajan de ellos hacia el Amazonas llevan muchas piritas. La Cordillera Occidental que se interpone entre las mesetas y la costa tiene poco oro, pero en cambio son muchos los filones de plata que la cruzan, dividiéndose infinitamente en los encuentros de las rocas dioríticas con las formaciones calizas, pertenecientes las más á la época jurásica. Junto con el mineral de plata encuéntrase casi siempre antimonio, plomo y cobre. Este último se halla en grandísima cantidad en la zona de la costa, en la cual hay también dilatados espacios impregnados de nitrato de sosa, bórax y petróleo. En otro tiempo pudo contarse con estas substancias el guano que cubría muchos islotes del litoral, pero ya están agotados los

depósitos. En cambio hay en el valle de Ancachs unos criaderos de carbón del terreno jurásico, que harán rica aquella comarca cuando empiecen á explotarse.

La cantidad de oro que se saca todos los años de las minas del Perú es hoy pequeña. Las más ricas están en las regiones menos sanas de la Montaña y á grandísima distancia de las ciudades y poblados, lo que es causa de grandes dificultades para mandar á ellas víveres para el sustento de los mineros. Plata es lo que más se saca del suelo peruano, y ciudades hay, entre ellas Cerro de Pasco y Hualgayoc, sin contar otras, que deben á este metal la importancia que tienen. Huancavelica fué riquísima cuando de sus contornos se extraía mucha cantidad de azogue, pero casi no se beneficia este metal, del que sólo vende el Perú pequeñísima parte del que antes vendía. Aunque desconocemos de la fama de rico que tuvo este reino la parte que corresponde á la Bolivia ó Alto Perú, todavía requiere explicación la decadencia á que vino su industria minera, y hay quien la explica recordando cómo los dóciles y melancólicos quechuas callaban, cual si para ello se hubiesen conjurado, cuando los españoles les preguntaban por las minas de donde los incas habían sacado tanto oro y tanta plata, prefiriendo ir á la cárcel ó sufrir la pena de tormento á descubrir aquel secreto, causa de las desdichas de su raza, y de la ley de la *mita*, que equivalía al trabajo forzado y á la muerte. Es indudable que con este estudiado silencio han logrado los indios ocultar á los propietarios peruanos el paraje en que se hallan muchas minas, en otro tiempo muy productivas, y los lugares donde los incas escondieron gran parte de sus tesoros. Por esfuerzo de la fantasía, natural en gente tan ignorante y sencilla, imaginan á estos tesoros en forma de un gran pescado, y al cabo de cuatro siglos no saben de ellos otra cosa que ésta y otras fábulas, habiéndose convertido la ignorancia fingida en verdadera. No quedándoles noticia alguna del paradero de las riquezas que sus padres ocultaron, pretenden descubrirlas con sortilegios y brujerías, y dicese que de las bayas de la *datura sanguínea* hacen una bebida llamada *tonga*, con la que caen en éxtasis, durante el cual creen firmemente que se les revela el sitio en que están las huacas aun desconocidas y llenas de oro. Los indios respetan mucho las tumbas de sus antepasados, y nunca beben tonga para descubrirlas y profanarlas, sino para hacer de adivinos, muy convencidos de que en esos éxtasis averiguan lo porvenir. La baja del producto de las minas explícase por la mudanza que

ha habido en los mercados de metales preciosos, viniendo á salir demasiado caro: á los dueños de aquéllas, sobre todo por lo costoso de los transportes.

La extracción de petróleo empezó en el Perú no hace mucho tiempo, y todavía se halla en los comienzos, á pesar de la gran cantidad de este aceite que hay bajo tierra, señaladamente al Sur de Tumbes y en los alrededores de Payta y Sechura. En las locomotoras y vapores pertenecientes á peruanos comiézase á usar el petróleo de Tumbes, y también en muchos ingenios, donde le emplean en lugar del bagazo de la caña de azúcar. En 1890 dió el Congreso una ley eximiendo al petróleo de pagar derechos en veinticinco años, y se espera que con esta nueva riqueza se resarcirá el Perú del agotamiento de los depósitos de guano y de las pérdidas de las comarcas de bórax y salitre que Chile conquistó.

La industria manufacturera del Perú es pequeña. Además de los paños burdos de lana que hacen los quechuas de las mesetas, de las vasijas que fabrican para el uso de la gente de la comarca y los sombreros, cajitas y filigranas de los moyobambeños y de los vecinos de algunos pueblos de la costa, no hay otras fábricas que una en que se hacen telas de algodón, sin contar algunos telares pequeños, casi todos los cuales se hallan en Bellavista, cerca del Callao. Esta es la representación que la industria moderna tiene en el Perú, país donde todo ó casi todo se trae del extranjero. Las grandes y poderosas máquinas de los ingenios de azúcar las compran en Europa ó en los Estados Unidos, así como las locomotoras y rieles de los ferrocarriles, y cuantas cosas necesitan, sin que puedan dar en cambio de ellas más que lo que la tierra ó el ganado producen naturalmente, es decir, minerales de toda especie, salitre y lanas. La nación que tiene más comercio con los peruanos es Inglaterra, á la que sigue Francia, Alemania y los Estados Unidos. Después de éstas viene Chile, única de las naciones vecinas que tiene trato comercial de alguna consideración con el Perú. Cierta que de Guayaquil al Callao y á otros puertos peruanos van muchos vapores, recorriendo las escalas de la costa, pero el comercio que hacen es muy poco, por ser los mismos productos los de ambas naciones. El Perú ha hecho tratados con el Brasil y Bolivia para facilitar el comercio directo, según los cuales las mercaderías peruanas que salen del puerto de Loreto pueden bajar por el Amazonas y permanecer depositadas en el Pará tres meses sin pagar derechos, y las bolivias-

nas tienen el privilegio de bajar también libres de derechos por el ferrocarril de Arequipa al puerto de Mollendo, cláusula de importancia para esta República, que no tiene comunicación alguna con el mar.

Hasta hace algún tiempo los barcos mercantes que llevaban el pabellón peruano eran tan pocos, que juntos no reunían más de 12.000 toneladas; pero habiéndose concedido á los extranjeros la facultad de nacionalizar los suyos, ha crecido de pronto la marina mercante del Perú. Casi todos los vapores que se emplean en la navegación de altura se hicieron en astilleros extranjeros, siendo ingleses más de la mitad de ellos. De los restantes, los más son chilenos, siguiendo Alemania y á ésta Francia. Las escalas entre los puertos de la costa las hacen vapores de estas cuatro naciones. La mayor parte del comercio se hace por el puerto del Callao con el extranjero. En el de cabotaje tenía Pisco tanta parte como el mismo puerto de la capital. En las radas muy combatidas de las olas, el embarco y desembarco se hace en balsas bastante toscas, pero que tienen la ventaja de ser insumergibles, y que arbolan una vela muy grande. Los indios no temen confiarse al mar sobre una endeble tablazón, sostenida por cueros de foca llenos de aire, siendo los más atrevidos los de Huanchaco, que montan unos manojos de caña, á que llaman *caballitos*, acabados en una punta que hace oficio de proa.

El Perú ha comenzado á construir su red de ferrocarriles, siendo mayor la longitud de los trozos de vía terminados que la de las carreteras. La primera de éstas se hizo en 1873 (á los tres siglos y medio de la conquista) para ir de Lima al Callao. De la construcción del ferrocarril que une á estas dos ciudades van pasados ya muchos años, y desde entonces acá otras líneas férreas han puesto á las principales ciudades de la vertiente del Pacífico en comunicación con los puertos más próximos á cualquiera de ellas, lo que ha sido de gran provecho para los habitantes de las feracísimas vegas, que, recogiendo las aguas de la sierra, se han formado á la salida de las gargantas, los cuales no podían dar salida á los productos del suelo por interponerse entre sus huertas y el mar regiones desiertas en que sólo había áridos peñascos y sedientas arenas. En tales parajes se hace y conserva mejor y más fácilmente una vía estrecha asentada sobre traviesas sueltas que un camino carretero, y por esta razón, luego que hay algún comercio construyen un ferrocarril; de modo que á pocas de dichas vegas les falta una vía

érrrea, siquiera de 10 kilómetros de longitud, por donde vayan á los vapores costeros los frutos que en ellas se cogen.

A lo que oponía el suelo graves dificultades era á la comunicación entre el mar y las mesetas, por interponerse entre ellos la gran altura de la Cordillera Oriental; pero aun con ser la empresa de cruzarla con ferrocarriles de mayor coste y trabajo que la del cruce de los Alpes, atreviéndose con ella el Perú en aquel tiempo en que las exportaciones de guano le hacían rico, y se portó en la obra como tal, pues gastó en ella 500 millones de pesetas, cantidad muy grande para una nación de 3 millones de habitantes esparcidos en tan inmenso territorio. Aún queda muchísimo por hacer y la desgraciada guerra con Chile paralizó este movimiento, pero poco á poco logrará el Perú completar la red de ferrocarriles, que es su principal elemento de vida.

En cambio aumenta en todo el territorio la longitud de los hilos telegráficos, algunos de los cuales son el único lazo que une al Perú con ciertas comarcas del Amazonas, que, contra las leyes de la geografía, le pertenecen, y que la por falta de caminos, vienen á quedar tan apartadas de él, que los empleados del Gobierno despachados para Loreto, en vez de ir á su destino directamente, lo que sería muy largo y costoso, se embarcan en el Callao, cruzan el istmo de Panamá, y volviéndose á embarcar en alguno de los vapores que van al Pará, suben desde este punto el río de las Amazonas. En tiempo de Humboldt, el correo de Trujillo á Jaén de Bracamoros le llevaba un buen nadador. Llamábanle «el correo que nada», y merecía bien el nombre, porque al llegar al río Huancabamba se ponía en la cabeza el paquete de las cartas á modo de turbante, se arrojaba al agua, llevando debajo del brazo una tabla de madera ligera, y se dejaba llevar por la corriente, saltando con ella de cascada en cascada hasta Marañón y después hasta el puerto de Tomependa. De Jaén volvía por una escabrosa senda de los montes. La instrucción primaria no está muy difundida en el Perú, pero tiene tres Universidades, las de Lima, el Cuzco y Arequipa.

El Gobierno del Perú es tan centralista como los del Ecuador y Colombia, siendo pequenísima la parte que en los negocios del Estado tienen los representantes de la nación. El poder establecido en Lima, creyéndose sin duda heredero de los virreyes españoles, aprovecha la docilidad de los quechuas para gobernarlos á su antojo. Pero no por eso se ha de enten-

der que las revoluciones que en aquella nación han estallado con tanta frecuencia son producidas por el disgusto del pueblo, cansado de sufrir; la causa es siempre la ambición de algunos militares ó las rivalidades de las provincias. Más de una vez ha quedado abolida la Constitución en provecho de cualquier dictador. En la apariencia, el sufragio es universal, pero la realidad dista mucho de serlo. Dice la ley que todos los nacionales y los naturalizados de veintidós años de edad y los casados que aún no los hayan cumplido son electores, pero se les suspende el derecho de votar si no saben leer ni escribir ó si no son propietarios ni contribuyentes, y tienen que delegar su voto en otros, pero ni esto pueden hacerlo directamente. También para ser diputado ó senador hay que llegar á la edad que marca la ley, y que es la de veinticinco á treinta y cinco años, con más la condición de tener bienes ó 500 y 600 duros de renta. Las Cámaras se renuevan por terceras partes de dos en dos años. Los departamentos nombran dos senadores, con excepción de los que tienen dos ó más provincias, porque entonces el número de aquéllos aumenta en la proporción de algo menos de la mitad. En la Cámara de Diputados tienen asiento un diputado por cada 30.000 habitantes ó por cada fracción de más de 15.000. Con tales noticias se viene en conocimiento de ser la Constitución peruana copia de la de los Estados Unidos, porque, con ésta, corresponde al Senado la representación de las regiones territoriales, y á la Cámara de Diputados la del pueblo.

El presidente de la República tiene grandes poderes, que suelen hacerse mayores en los generales que suben á aquel alto puesto por la costumbre que tienen de mandar. Para nombrarle reúnen asambleas, las cuales designan delegados que á su vez eligen el presidente. El cargo dura cuatro años. Le asisten cinco ministros, que son: el del Consejo, el de Justicia, el de Estado (Negocios Extranjeros), el de Hacienda y el de Guerra. A todos puede nombrar y despedir cuando le place. También nombra y despide á los gobernadores de los departamentos y á los subgobernadores de las provincias, y elige el juez que cree conveniente de los seis que le propone el Tribunal Supremo. Si enferma ó muere, hace sus veces el vicepresidente, el cual puede ser también substituído por otro vicepresidente electo. Las Diputaciones provinciales y los Ayuntamientos nómbrense también por sufragio. La religión del Estado es la católica, y las demás, aunque toleradas, no pue-

den tener culto público. El presupuesto del Perú ha quedado reducido á la cuarta parte de lo que era al comenzar la guerra con Chile, cuando principalmente engrosaban las rentas del Estado la venta del guano y del salitre. Casi todos los tributos son indirectos, viniendo en primer término entre ellos los derechos de aduanas, al que siguen la venta del guano que aún queda. el correo, los telégrafos, los ferrocarriles, el impuesto sobre ventas y sucesiones, las patentes, el papel sellado y la pólvora. La deuda, que año tras año ha ido creciendo, es muy grande, y y como á ella hay que sumar intereses verdaderamente usurarios, sería pesadísima carga si la nación pagase esos intereses con puntualidad, pero los atrasos de éstos suben centenares de millones de pesetas.

El ejército, que no ha sido una de las menores causas del aumento de la deuda, tiene en tiempo de paz unos 12.300 hombres y 83.000 en tiempo de guerra. La armada era poderosa antes de la lucha con Chile, pero ahora cuenta con pocos barcos. La marina mercante peruana nunca ha tenido importancia.

Los distritos eclesiásticos y los judiciales son casi los mismos y con parecidos límites. Las diócesis son ocho: Chachapoyas, Trujillo, Huanuco, Lima, Ayacucho, Cuzco, Puno y Arequipa. Los tribunales de justicia son nueve. a saber: Cajamarca, Piura, Trujillo, Huaraz, Lima, Ayacucho, Cuzco, Puno y Arequipa.



INDICE

Páginas.

América Central.

BRITISH HONDURAS Ó BELIZE.

- | | |
|----------------------|---|
| I.—El país..... | 5 |
| II.—Poblaciones..... | 8 |

GUATEMALA.

- | | |
|--|----|
| I.—El país y su exploración..... | 11 |
| II.—Clima, flora y fauna..... | 21 |
| III.—Indígenas de Guatemala..... | 25 |
| IV.—Poblaciones de Guatemala..... | 37 |
| V.—Agricultura, Industria, Comercio, Gobierno..... | 50 |

EL SALVADOR.

- | | |
|--|----|
| I.—El país, volcanes, ríos y lagos..... | 54 |
| II.—Indios salvadoreños..... | 63 |
| III.—Poblaciones del Salvador..... | 64 |
| IV.—Estado.—Situación económica y política de El Salvador..... | 68 |

HONDURAS.

- | | |
|--|----|
| I.—El país.—Montañas, ríos y lagos..... | 69 |
| II.—Indígenas de Honduras.—Caribes..... | 75 |
| III.—Poblaciones de Honduras..... | 79 |
| IV.—Estado económico y político de Honduras..... | 85 |

NICARAGUA.

- | | |
|--|-----|
| I.—Historia.—Montañas.—Ríos.—Lagos..... | 87 |
| II.—Clima y suelo de Nicaragua..... | 96 |
| III.—Indígenas de Nicaragua..... | 98 |
| IV.—Poblaciones de Nicaragua..... | 102 |
| V.—Estado político y económico de Nicaragua..... | 110 |

COSTA RICA.

- | | |
|--|-----|
| I.—El país.—Montañas, volcanes y ríos..... | 111 |
| II.—Pobladores de Costa Rica..... | 117 |

III.—Poblaciones de Costa Rica.....	121
IV.—Situación económica y política de Costa Rica.....	125

PANAMÁ.

I.—El país y sus accidentes.....	127
II.—Indígenas de Panamá.....	135
III.—Poblaciones de Panamá.....	139

América del Sur.

COLOMBIA.

I.—El país y su exploración.....	147
II.—Montañas, volcanes é islas.....	153
III.—Ríos y lagos.....	166
IV.—Flora y fauna.....	183
V.—Indígenas de Colombia.....	187
VI.—Poblaciones de Colombia.....	205
VII.—Estado económico y político de Colombia.....	254

VENEZUELA.

I.—El país.....	459
II.—Montes y llanos.....	261
III.—Ríos y lagos.....	270
IV.—Clima, flora y fauna.....	282
V.—Indígenas de Venezuela.....	290
VI.—Poblaciones de Venezuela.....	296
VII.—Isla Trinidad.....	320
VIII.—Población, comercio y gobierno de Venezuela.....	323

LAS GUAYANAS.

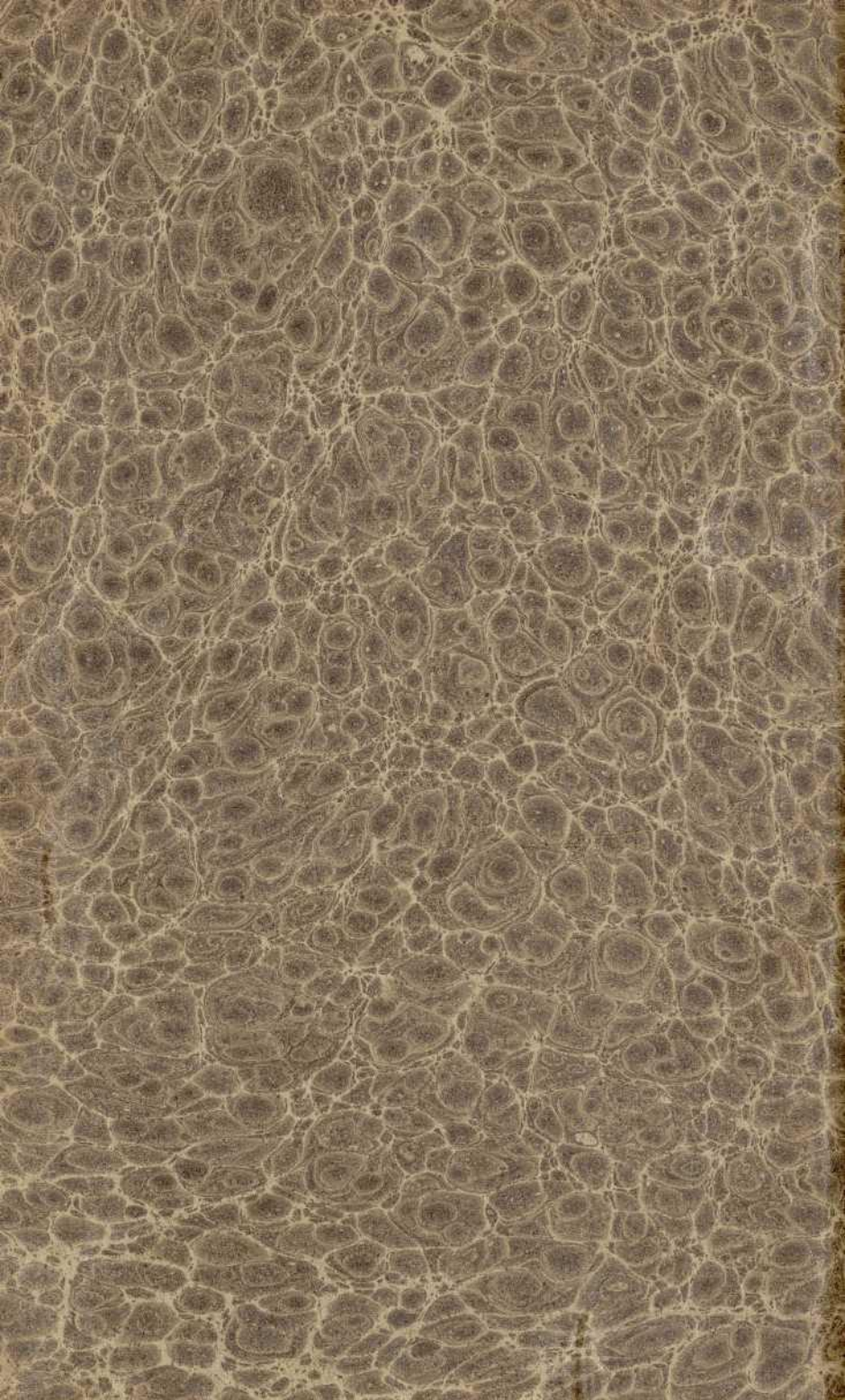
I.—Ojeada general geográfica, climatológica é histórica..	322
II.—Los habitantes.....	340
III.—Guayana inglesa.....	345
IV.—Guayana holandesa.....	348
V.—Guayana francesa.....	350
VI.—Territorio discutido franco-brasileño.....	352

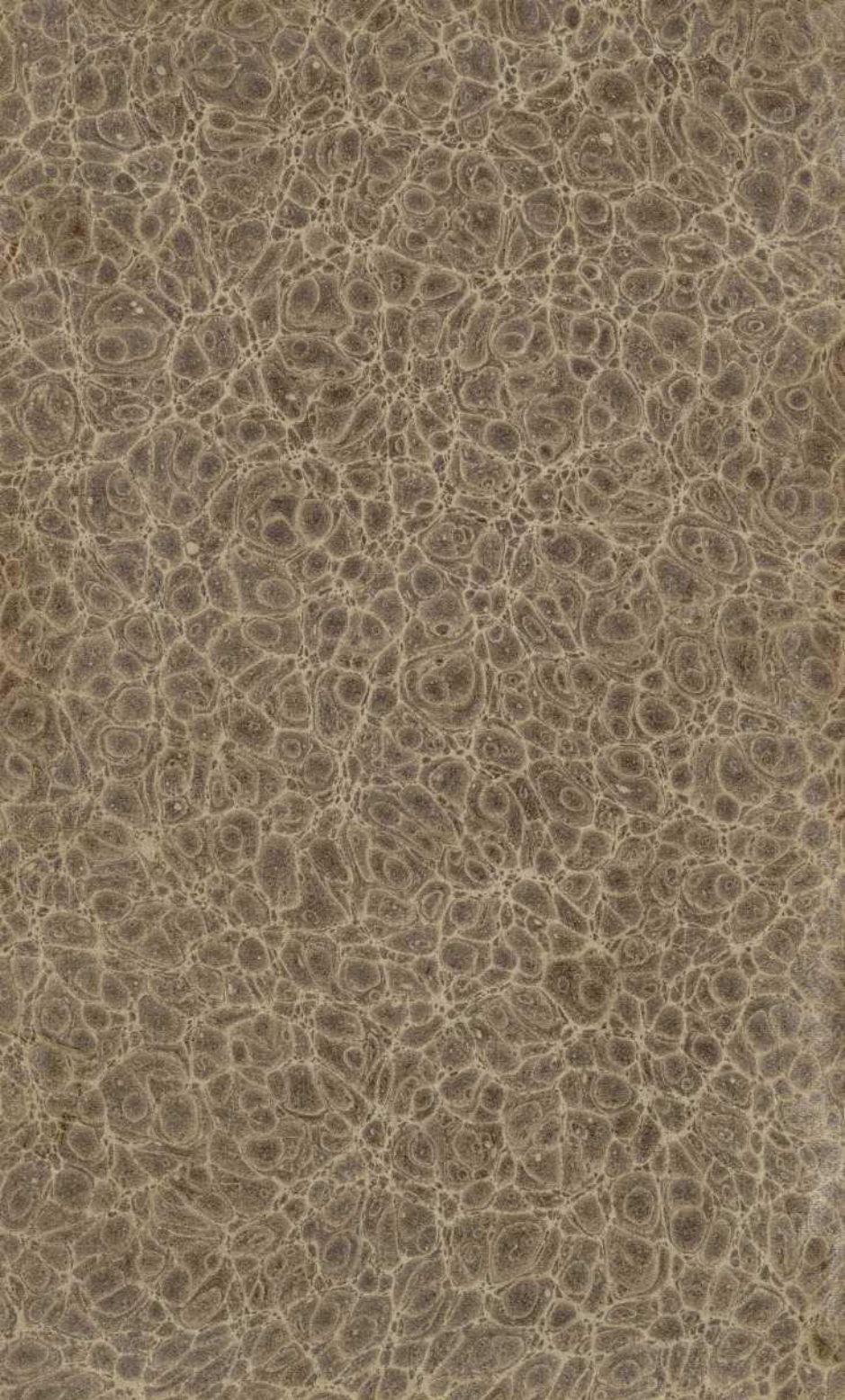
ESTADOS UNIDOS DEL BRASIL.

I.—Nociones generales.....	355
II.—Región del Amazonas y el Pará.....	358
III.—Región del Tocantins.....	365
IV.—Costa ecuatorial.....	367
V.—Región de San Francisco.....	368
VI.—Religión del Parahyba.....	371

	<u>Páginas.</u>
VII.—Región del Paraná y contravertiente oceánica.....	374
VIII.—Religión del Uruguay y litoral adyacente.....	377
IX.—Matto Grosso.....	378
X.—Sierras y campos.....	380
XI.—Agricultura, industria, comercio, minería y administración.....	382
 ECUADOR.	
I.—El país.....	385
II.—Montañas y ríos.....	388
III.—Clima, flora y fauna.....	400
IV.—Indios del Ecuador.....	405
V.—Poblaciones del Ecuador.....	410
VI.—Islas de los Galápagos.....	423
VII.—Estado comercial y político.....	428
 PERÚ.	
I.—El país.....	433
II.—Montes y ríos.....	435
III.—Clima, flora y fauna.....	452
IV.—Los quechuas.—Los antiguos incas.—Otros indios...	461
V.—Poblaciones del Perú.....	483
VI.—Estado social, económico y político del Perú.....	523











RECLUS.
GEOGRAFIA
UNIVERSAL



5



C
612